

Archivo General de la Nación
Vol. XIX

MÁXIMO GÓMEZ

A cien años de su fallecimiento



EMILIO CORDERO MICHEL
Compilador



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia





MÁXIMO GÓMEZ

A CIEN AÑOS DE SU FALLECIMIENTO



Archivo General de la Nación
Vol. XIX

MÁXIMO GÓMEZ

A CIEN AÑOS DE SU FALLECIMIENTO

Emilio Cordero Michel
Editor

Santo Domingo, República Dominicana
2005



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Título original: *Máximo Gómez a cien años de su fallecimiento, 1905-2005*
Editor: Emilio Cordero Michel

© 2005

Archivo General de la Nación

Vol. XIX

Calle Modesto Díaz No. 2.

Santo Domingo, República Dominicana.

ISBN: 9945-020-03-X

Composición y diagramación: Guillermina Cruz

Impresión: Editora Búho,

Calle Elvira de Mendoza No. 156

Santo Domingo, Distrito Nacional.

Ilustración de Portada: Máximo Gómez en el caballo zaíno “Noble” en el Central Narcisa, Yaguajay, Remedios, Provincia Santa Clara, que perteneció al general José Maceo. En ese corcel hizo su entrada triunfal en La Habana, el 24 de febrero de 1899 al frente del Ejército Libertador. Fotógrafo desconocido. Fuente: Archivo de Emilio Cordero Michel.

Impreso en República Dominicana

Printed in Dominican Republic



Sumario

| | |
|--|-----|
| <i>Prefacio.</i> Roberto Cassá. | 9 |
| <i>Presentación.</i> Emilio Cordero Michel. | 13 |
| <i>Notas autobiográficas.</i> Máximo Gómez | 35 |
| <i>Recuerdos. Páginas dedicadas a mi hija Clemencia.</i> Máximo Gómez | 45 |
| <i>El Viejo Eduá o mi último asistente.</i> Máximo Gómez. | 63 |
| <i>Mi Escolta. Última Guerra de Independencia.</i> Máximo Gómez. | 87 |
| <i>Carta al coronel Andrés Moreno.</i> Máximo Gómez. | 99 |
| <i>Consejos del general o Proclama de Yaguajay.</i> Máximo Gómez. | 105 |
| <i>Duarte. Obra de Justicia.</i> Máximo Gómez. | 107 |
| <i>El porvenir de las Antillas.</i> Máximo Gómez. | 111 |
| <i>Quién es Máximo Gómez.</i> Eugenio María de Hostos. | 141 |
| <i>Vida cívica de Máximo Gómez.</i> Federico Henríquez y Carvajal. | 147 |
| <i>Máximo Gómez. Bosquejo biográfico.</i> Max Henríquez Ureña | 161 |
| <i>Máximo Gómez entre los libertadores de América.</i> César Herrera Cabral | 169 |
| <i>Máximo Gómez.</i> César Herrera Cabral. | 183 |
| <i>Salutación a Máximo Gómez, 1900.</i> Eugenio Deschamps. | 199 |
| <i>¡Adiós Libertador!</i> Enrique Deschamps. | 201 |
| <i>Máximo Gómez: De Monte Cristi a la gloria.</i> Juan Bosch. | 203 |
| <i>La imposible desintegración de un Libertador.</i> Francisco A. Henríquez Vásquez. | 233 |
| <i>Máximo Gómez. Libertador de Cuba.</i> Roberto Cassá. | 247 |



| | |
|---|-----|
| <i>Tácticas militares de Máximo Gómez.</i> | |
| Radhamés Hungría Morell. | 285 |
| <i>Perfil militar dominicano de Máximo Gómez.</i> | |
| Euclides Gutiérrez Félix. | 303 |
| <i>Máximo Gómez en el marco de las relaciones dominico-cubanas.</i> | |
| Jaime de Jesús Domínguez. | 333 |
| <i>El pensamiento social de Máximo Gómez.</i> | |
| Emilio Cordero Michel. | 349 |
| <i>La prisión de Máximo Gómez en Santo Domingo, 1886.</i> | |
| Emilio Cordero Michel. | 379 |
| <i>Últimos días de Máximo Gómez.</i> | |
| Clemencia Gómez Toro. | 403 |
| <i>La muerte de Máximo Gómez.</i> | |
| Pedro Henríquez Ureña. | 421 |
| <i>La muerte del soldado. 17 de junio de 1905.</i> | |
| Enrique Ubieta. | 425 |
| <i>Certificado de defunción de Máximo Gómez.</i> | |
| Dr. José Pereda. | 429 |
| <i>Ecos de prensa dominicana de la muerte de Máximo Gómez.</i> | |
| Emilio Cordero Michel. | 431 |
| <i>Breve iconografía de Máximo Gómez.</i> | |
| Emilio Cordero Michel. | 441 |



Prefacio

Roberto Cassá *

Esta recopilación de siete textos de Máximo Gómez, quince de autores dominicanos, tres de cubanos y uno de puertorriqueño, hecha en ocasión de conmemorarse el 17 de junio de este año el centenario de su fallecimiento, llena un vacío que se hace cada vez más patente entre quienes se interesan por la vida del ilustre guerrero.

Dentro del medio dominicano se ha ido perfilando con el curso de los años un interés cada vez mayor por quien entregó su vida a la independencia de Cuba y ofreció una de las contribuciones más destacadas para su consecución. La presencia de Máximo Gómez desde el inicio de las hostilidades en la Guerra de los Diez Años, al igual que la de otros militares dominicanos, se debió a razones accidentales, pues irónicamente se hallaban en Cuba como emigrados por haberse colocado del lado español durante la Guerra de la Restauración entre 1863 y 1865.

Con el transcurrir del tiempo, la independencia de Cuba se hizo un tema de actualidad entre los dominicanos de mayor talante patriótico. Centenares de dominicanos se alistaron en diversos momentos en las filas insurgentes cubanas. Máximo

* Historiador, profesor meritísimo de la Escuela de Historia y Antropología, Facultad de Humanidades, Universidad Autónoma de Santo Domingo; autor de más de 40 obras históricas; miembro de número y ex presidente de la Junta Directiva de la Academia Dominicana de la Historia y actual director del Archivo General de la Nación.



Gómez vino a representar, como él mismo lo advirtió en cierta manera, ese estado de opinión entre sus compatriotas.

De tal modo, su vida puede ser vista como una síntesis de una época de la historia dominicana. Su intervención en la lucha liberadora cubana resulta ininteligible al margen de la sensibilidad patriótica que acompañó su formación. En su medio provinciano se distinguió como una figura de cierto relieve que tuvo participación en la última de las campañas militares contra las agresiones haitianas, distinguiéndose particularmente en la batalla de Santomé. La complejidad de los conflictos sociales y políticos que se presentaron con motivo de la Restauración lo llevaron a colocarse del lado anexionista.

Logró una formación cultural básica como autodidacta. Aunque no se formó como un intelectual, en ningún sentido era un militar de vocación. Más bien fue el nivel reflexivo que adquirió en los escenarios que en las diversas etapas de su vida le correspondió vivir, lo que le permitió desempeñar ese protagonismo militar y desarrollar el profundo pensamiento revolucionario y social que lo caracterizó.

Varios de los escritos aquí recopilados tienen por común denominador el interés de los historiadores dominicanos por los años de existencia del héroe antes de su salida hacia Cuba en el año 1865. Estos textos, vistos en conjunto, constituyen una contribución al conocimiento de la biografía de Gómez, sobre todo para los lectores dominicanos aunque también para los cubanos.

Emilio Cordero Michel, quien ha realizado esta recopilación como parte de su labor de investigador del Archivo General de la Nación, era la persona indicada para hacerla, Él es uno de los apasionados en el conocimiento de la trayectoria de Gómez, tiene definidos planes en perspectiva para adentrarse en nuevas facetas de su vida y posee la conciencia cabal del significado intelectual y moral que entraña la difusión entre los jóvenes del ejemplo de honestidad, desprendimiento personal y



de solidaridad entre los pueblos antillanos hispanoparlantes que encarna la figura del prestante guerrero dominicano.

Con esta publicación, el Archivo General de la Nación cumple con el cometido de contribuir al conocimiento de la historia dominicana, como parte de las labores de animación cultural y difusión establecidos en el programa definido por la presente gestión.

Santo Domingo, 20 de mayo de 2005.





Máximo Gómez durante su exilio en Jamaica, en la segunda quincena de enero de 1879, poco antes de abordar el vapor de la línea real inglesa que lo trasladó, junto al poeta y patriota bayamés José Joaquín Palma, a Colón, Panamá, en ruta hacia Honduras. Foto de Ernest Bavastro.

Fuente: *Archivo Nacional de Cuba*. Fototeca, Caja 13, Sobre 21, Registro N° 643. La Habana.

Presentación

Emilio Cordero Michel*

En ocasión de conmemorarse el 17 de junio de este año el centenario del fallecimiento de Máximo Gómez, el director del Archivo General de la Nación decidió conmemorar esa luctuosa efemérides con la publicación de este libro.

Para tales propósitos, en mi calidad de editor he seleccionado, además de ocho trabajos del propio Máximo Gómez, quince de otros autores dominicanos, tres de cubanos incluyendo a la hija del Generalísimo, María Clemencia Gómez Toro, y uno del educador, independentista y antillanista puertorriqueño Eugenio María de Hostos. Además, al final he recogido algunas de las noticias de prensa aparecidas en el periódico *Listín Diario* y cierro la obra con una pequeña sección iconográfica.

Escogí esos ocho trabajos de Máximo Gómez porque considero que son los más representativos de todo lo que escribió en su agitada vida y porque evidencian su pensamiento social, sus concepciones revolucionarias y su profundo amor hacia los sectores explotados de la sociedad colonial cubana. De esas siete exposiciones del Generalísimo, cinco aparecieron publicadas por primera vez en la obra compilada por su hijo Bernardo Gómez Toro titulada *General Máximo Gómez y Báez. Revoluciones...Cuba y Hogar*, editada en La Habana en 1927,

* Historiador y profesor meritisimo de la Escuela de Historia y Antropología, Facultad de Humanidades, Universidad Autónoma de Santo Domingo; autor de varias obras históricas, miembro de número y vicepresidente de la Academia Dominicana de la Historia.



volumen que ha sido reproducido en Cuba infinidad de veces y que aquí yo sugerí publicarlo, al celebrarse el sesquicentenario de su nacimiento en el 1886 y realizarse la XIV Feria Nacional del Libro “Prócer Máximo Gómez”, reimpresión que estuvo a mi cargo y que prologué. Los otros tres escritos han sido reproducidos de publicaciones cubanas, particularmente del historiador Salvador Morales Pérez y del Instituto Cubano del Libro. Cada uno de estos siete trabajos, así como los diez y nueve restantes, tiene una nota al pie de la página en que comienza señalando la fuente de donde fue extraído o si eran inéditos.

Presentar, aunque sea brevemente como en esta ocasión, algunos de los ensayos y escritos de Máximo Gómez no es tarea fácil porque él es más conocido por sus actividades bélicas que por las literarias. Muy poco se conoce de su pensamiento revolucionario y humanista, de su sensibilidad social que lo llevó a hacer suyas las demandas de libertad y justicia social de las masas hambreadas y desposeídas y a profesarles una insondable adhesión mientras, por el otro lado, sentía un rabioso desprecio hacia los ricos, hacia los poderosos dueños de los medios de producción de la sociedad de Cuba. Ése es el Máximo Gómez que ofrece una faceta ignorada de su extraordinaria personalidad en los siete trabajos -algunos muy breves- que se reproducen en esta obra con la que se le rinde homenaje de recordación.

Debo aclarar antes de continuar, que en todos los trabajos y ensayos incluidos en este libro, absolutamente en todos, se ha respetado la versión de su autor, su estilo y forma gramatical y que solamente me he tomado la libertad de separar ciertos párrafos excesivamente largos y de emplear, en algunos casos, cursivas en las citas mencionadas en los mismos, En dos o tres oportunidades ante algún dato confuso o errado, no lo he tocado y al pie de la página he colocado una nota del editor para aclararlo.



En el primer trabajo de Máximo Gómez, *Notas autobiográficas*,¹ redactadas cuando en octubre de 1884 trabajaba la tierra en su finca La Reforma, ubicada en Laguna Salada, Guayacanes, Monte Cristi, y junto a Martí preparaba la fallida expedición de Fernandina, es en el que manifestó su sentimiento humanitario y compenetración con las aspiraciones del ser que más sufría y era explotado en Cuba: el negro esclavo. Fue en esa oportunidad que declaró que “*acepté al principio la revolución para buscar en ella la libertad del negro esclavo*” y aseguró que fue a combatir a Cuba por su independencia contra España porque creyó “*que peleaba por la humanidad*”.

El segundo trabajo, *Recuerdos. Páginas dedicadas a mi hija Clemencia*,² fue escrito en Tegucigalpa, Honduras, cuando Máximo Gómez residía junto con su familia en ese país centroamericano, invitado por el presidente Marcos Aurelio Soto para organizar el ejército hondureño. En parte, estas *Páginas* completan sus datos autobiográficos ofrecidos anteriormente, especialmente los relativos a su vida y participación en la Batalla de Santomé y algunas de sus posteriores experiencias y peripecias en Cuba durante la Guerra de los Diez Años.

En el tercer trabajo, *El viejo Eduá o mi último asistente*,³ igualmente redactado en La Reforma en julio de 1892, ensayo en el que mostró su ternura y amor hacia los hombres, es probablemente el más humano y hermoso de sus escritos. Ello así porque a Eduardo (*Eduá*), viejo esclavo negro de 60 años a quien, según sus palabras, “*la libertad le alcanzó demasiado tarde,*” le agradeció tanto que le sirviera por varios años como ordenanza, que se lo dedicó perpetuando su nombre.

Eduá, junto a otros tres antiguos esclavos negros (Simón, Tacón y Polo) se ocupó del Generalísimo durante gran parte de

1 Bernardo Gómez Toro. *General Máximo Gómez y Báez. Revoluciones... Cuba y Hogar*, La Habana, Imprenta y Papelería de Rambla, Bouza y Cía., 1927, pp. 125-135.

2 *Ibidem*, pp. 279-294.

3. *Ibidem*, pp. 33-57.



la Guerra de los Diez Años. Lo alimentaba cazándole jutías y asándoselas con boniatos, malangas y plátanos machos (batatas, yautías y rulos); le preparaba el desayuno con miel de abejas, huevos crudos y un trago de añejo ron; le construía en un santiamén el rancho debajo del cual le colgaba su hamaca para que descansara, escribiera a leñera bajo la luz de un quinqué o de unas cuantas velas; le cargaba su archivo e impedimenta y, hasta llegó *Eduá* a llevar en brazos a la pequeña hija de Gómez y Manana, Clemencia, cuando de noche y bajo nutrido fuego de la fusilería española, cruzaron la Trocha de Júcaro a Morón al invadir el Ejército Libertador a Las Villas en el 1875.

El cuarto trabajo, *Mi Escolta*,⁴ fue escrito en la segunda mitad de junio de 1898 mientras el Generalísimo se encontraba acampado en su cuartel general de “La Demajagua”, Sancti Spíritus, Las Villas. Este ensayo Gómez lo dedicó a honrar a esa unidad de 100 valientes jinetes que recordaba con gratitud, comandada por el bravo general camagüeyano Bernabé Boza, que siempre le siguió fielmente en todas las cargas al machete que personalmente encabezó. Además, señaló la repercusión internacional y latinoamericana que provocaría la independencia cubana e indicó, con cierta amargura, los problemas que confrontó con el regionalismo de los oficiales y soldados orientales que no querían abandonar su zona para ir a Camagüey, Las Villas y Occidente.

También resaltó el papel que le correspondería desempeñar “*a esos hombres que forman mi Escolta, combatientes de todas partes y en todas partes vencedores (...) que jamás tuvieron que sufrir la vergüenza de la derrota,*” en el devenir histórico del pueblo cubano y destacó la decisiva participación de esos hombres extraordinarios en las batallas y combates de “Mal Tiempo,” “Calimete,” “Coliseo,” “Iguará,” “Casa de Tejas,” “Guira de Melena,” “Sarataoga” y cientos de acciones bélicas memorables en las que combatieron “*siempre en primera línea,*

4 *Ibidem*, pp. 109-119.



mis ayudantes de campo y los hombres de la Escolta”, por lo que Gómez consideró que era “*una verdadera obra de milagro que haya quedado alguno de esos hombres con vida*”.

El quinto trabajo, *Carta al coronel Andrés Moreno de la Torre*,⁵ miembro del Ejército Libertador y de la sacarocracia cubana por ser rico hacendado propietario de ingenio azucarero en Cárdenas, fue escrita el 6 de febrero de 1897 cuando Gómez y el Ejército Libertador invadieron las zonas azucareras de Matanzas y La Habana. Esta misiva retrató fielmente su pensamiento revolucionario, su desmedido amor por “*los pobres de tierra*” y la ira que le causó contemplar la miseria en que vivían los campesinos y el boato y lujo de que hacían gala los dueños de ingenios. Esta carta, de la que hago largas citas en mi ensayo *El pensamiento social de Máximo Gómez* que aparecerá más adelante, desde sus primeras líneas denota la identificación del Generalísimo con las condiciones en que sobrevivían los trabajadores de las plantaciones azucareras y el campesinado de las zonas orientales, víctimas de la rapacidad e inhumana explotación a que estaban sometidos por los hacendados y latifundistas.

Fue al contemplar la miseria de todo tipo que afectaba a la mayoría de la población y las riquezas materiales y culturales de que disfrutaba una minoría, cuando justificó la guerra económica de “la tierra arrasada” y “la tea incendiaria”. Fue el momento en el que “*se sintió indignado y profundamente predispuesto en contra de las clases elevadas del país, y en un instante de coraje, ante la contemplación de tan marcado como triste y doloroso desequilibrio exclamó: ¡Bendita seda la tea!*” Y aplicó “la tea incendiaria” para destruir la base económica del gobierno colonial, debilitar a la metrópoli y lograr la independencia que pudo alcanzar, mas no lo perfecta y completa como deseaba.

5. Instituto Cubano del Libro. *El viejo Eduá y otros escritos*, 3ª ed. La Habana, Unidad 08 “Mario Reguera Gómez, 1972, pp. 95-100.



En el sexto trabajo, *Consejos del General o Proclama de Yaguajaya*,⁶ redactado en diciembre de 1898, cuando estaba acampado en el “Central Narcisa”, ubicado en Yaguajay, término municipal de Remedios, provincia de Santa Clara y había cesado la guerra con la derrota española, Gómez lanzó al pueblo cubano esta sencilla y elocuente proclama al vislumbrar los efectos que produciría la ocupación militar yanqui y prever el rol que desempeñaría la burguesía agraria cubana en la república bajo el dominio del naciente imperialismo norteamericano.

El Generalísimo dio una serie de consejos o recomendaciones para que pudiera plasmarse la auténtica independencia que tanta sangre había costado al pueblo cubano. Esos consejos, dictados con la mejor buena fe para ser aplicados en el período de paz que se avecinaba, desgraciadamente cayeron en saco roto y la corrupción, el autoritarismo, el nepotismo, la ostentación, el lujo, el continuismo, el entreguismo y el irrespeto a la ley imperaron en el nuevo Estado y el gobierno revolucionario y nacionalista con el que soñó Gómez no pudo instaurarse en lo inmediato.

En el séptimo trabajo, *Duarte. Obra de justicia*,⁷ una carta escrita en Monte Cristi en el otoño de 1894, Gómez exaltó la figura procera de Juan Pablo Duarte y con dolor expresó que “*la masa de nuestra población no está empapada del mérito de su obra, no tiene la conciencia de su gran valor*” por lo que pidió a todos los dominicanos pobres del país, incluyendo a las mujeres, aportar sus centavos para erigirle una estatua al Padre de la Patria. A la vez, solicitó que el monumento fuera “*la obra*

6 Bernardo Gómez Toro. *General Máximo Gómez...Revoluciones...*, pp. 123-124.

7 Periódico *El Montecristeño*, N° 54, Monte Cristi, 1° de septiembre de 1894. Archivo Nacional de Cuba, Fondo Máximo Gómez. En Salvador Morales Pérez. *Máximo Gómez. Selección de textos*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1986, pp.173-175. Este periódico de interés general era propiedad de Emiliano I. Aybar, quien a la vez lo dirigía y era su editorialista.



del pueblo agradecido” y concluyó aseverando que: “Para la única clase de obra que nunca, jamás, se puede pecar de ostentación, es para las que, como ésta, son ofrenda de gratitud que todo un pueblo levanta perpetua a sus bienhechores, que desafía la furia destructiva del tiempo para que después hayan de admirarlas las generaciones venideras. ¡Ése debe ser nuestro orgullo!”

Ya anteriormente Máximo Gómez había hecho que en el periódico *El Montecristeño* N° 53, del 11 de agosto de dicho año, le publicaran una carta dirigida a Manuel de Jesús Peña y Reynoso en la que le trató del proyecto de la estatua.⁸ Este propósito de construir la estatua de Duarte se convirtió en una obsesión y, junto al tema de la independencia de Cuba, el problema agrícola nacional, la redacción de *las Notas autobiográficas* y del *Diario de Campaña*, devino en el tema central de sus escritos.⁹

Estando en New York en abril de 1894 junto a Martí, organizando la frustrada expedición de Fernandina, le escribió al Apóstol una hermosa misiva para que, como director de *Patria*, hiciera un llamado a los patriotas cubanos para que “contribuyeran con su óbolo (...) a aumentar los fondos que en Santo Domingo se recolectan para llevar a cabo el pensamiento nacional de erigir a Juan Pablo Duarte una estatua digna de su memoria”.¹⁰

Martí, con su hermoso estilo epistolar, le respondió de inmediato enaltecendo la figura de Duarte, dando muestras de conocer el proceso de formación de la sociedad La Trinitaria, del trabucazo de Matías Ramón Mella en la Puerta de la Misericordia, del izamiento de la enseña nacional por Francisco

8 Emilio Rodríguez Demorizi. *Martí en Santo Domingo*, 1ª ed. La Habana, Imprenta Ucar García, S.A., p. 380. Existe 2ª ed. facsimilar, Barcelona, España, Gráficas M. Pareja, 1978 (Fundación Rodríguez Demorizi, Vol. VII).

9 *Ibidem*, p. 41.

10 “Carta de Máximo Gómez a José Martí, New York, abril de 1894”. En Emilio Rodríguez Demorizi, *Martí en Santo Domingo*, pp. 96-97.



del Rosario Sánchez en la Puerta del Conde, de las guerras dominico-haitianas y de la historia republicana nacional, anunciando que *Patria* pediría encarecidamente a los ciudadanos “*cubanos y puertorriqueños su tributo para el monumento*”.¹¹

Esos escritos de Máximo Gómez del año 1894 demuestra, con claridad meridiana, el profundo sentimiento patriótico y nacionalista que anidaba en el hondón de su alma y dan una bofetada a los historiadores e intelectuales de ayer y todavía de hoy que alegan de manera olímpica que fue un traidor a la patria por su autocriticada posición durante la Guerra Restauradora.

La estatua a Duarte promovida por Máximo Gómez nunca llegó a levantarse, a pesar de que en el país, con la ayuda de los nacionalistas antillanos, se logró reunir una suma de dinero que hubiera permitido hacerlo. La razón fue, aparentemente sencilla, aunque en el fondo resultó traumática al evidenciar profundas e insalvables divergencias, envidias y hasta enemistades entre los familiares y seguidores de Duarte, Sánchez y Mella, situación que dio nacimiento a un caso insólito en la historia latinoamericana: la existencia de tres Padres de la Patria.

Los familiares de Sánchez, encabezados por su hijo José Francisco Sánchez de Peña (*Papí*), quien mantenía estrechísimos lazos de amistad y colaboración con el dictador Ulises Heureaux (*Lilis*), desempeñando altas funciones gubernamentales y siendo titular de varios ministerios, se opusieron rabiosamente al proyecto de Máximo Gómez y otros dominicanos. *Papí* Sánchez le dijo a su compadre *Lilis* que si se le hacía una estatua a Duarte, también había que hacerle otra a Sánchez. Como tres años antes, el 27 de febrero de 1891, se había realizado la apoteosis de Matías Ramón Mella trasladándose sus restos a la Capilla de los Inmortales en la Catedral de Santo Domingo, sus familiares le argumentaron al dictador que él

11 José Martí. “Adhesión de *Patria*, New York, julio de 1894”. En *Ibidem*, pp. 99-100.



también era merecedor de otra estatua. Fue ese el momento en el que *Lilis* expresó con ironía y sapiencia: “no me remeneén el altar porque se me caen los santos”.

Los aportes que se habían recolectado en el país y en el extranjero no fueron destinados a la estatua a Duarte sino que se aplicaron a pagar las indemnizaciones adeudadas al gobierno de Francia como resultado de las reclamaciones incoadas por el gobierno de ese país por los escandalosos casos del Banco Nacional de Santo Domingo, el asesinato de Noel Cacavelli y la arbitraria prisión de Pierre Boimare, dos súbditos franceses.¹²

El octavo y último escrito de Máximo Gómez aquí incluido, *El porvenir de las Antillas*, es un ensayo descubierto por uno de sus nietos en el voluminoso archivo de su abuelo, quien consideró que pudo haber sido escrito en el año 1886 y que fue publicado en la revista *Carteles* en 1942.¹³ Este trabajo es muy original porque, además de estar redactado en forma de diálogo (en el que Gómez es el personaje Don Manuel), el autor se sitúa como si la estuviera escribiendo en el futuro, 60 años después, a mediados del siglo XX y, como pasado histórico, “narrara lo que el consideraba que vendría a ser el porvenir del conjunto de las islas antillanas”.¹⁴

12 Estas reclamaciones crearon un conflicto dominico-francés de tanta gravedad que el gobierno galo envió una flotilla de buques de guerra entre los que se encontraban los cruceros *Aretheuse* y *el Hussard*, al mando el contralmirante Abel de Liba, para que éste “con el apoyo moral de sus cañones” diera al presidente Ulises Heureaux un ultimátum y el gobierno dominicano satisficiera las demandas que exigía.

13 Semanario habanero *Carteles*, Año 23, Nos. 46 y 47, de los días 15 y 22 de noviembre de 1942. Reproducido por Salvador Morales Pérez, ob. cit., pp. 229-249.

14 Ramón de Armas. “Un importante y casi desconocido trabajo de Máximo Gómez”. *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, Año 77/3ra. época, Vol. XXVIII, N° 2, p. 8. La Habana, mayo-agosto de 1986.



El futurista ensayo trata fundamentalmente de la trascendencia que Gómez -conforme a su idea de la unidad antillana- le daba a las poblaciones negras y mulatas de las tres nacionalidades que conforman los pueblos antillanos hispanoamericanos (Cuba, República Dominicana y Puerto Rico) y del rol que les correspondería desempeñar en sus respectivos procesos de desarrollo histórico basado en la concepción antillanista que se inició con Gregorio Luperón, Gaspar Polanco, Manuel Rodríguez Objío y otros dirigentes de la Guerra Restauradora que, inmediatamente después siguieron Eugenio María de Hostos, Ramón Emeterio Betances y, posteriormente, José Martí.¹⁵

La revolución antillana, la llamada por Gómez “*revolución de los desheredados*,” que él concebía estallaría en la zona de la cuenca del Caribe “*daría por resultado la sustitución de las clases altas -hasta entonces en el poder- por las clases populares integradas mayoritariamente por negros y mestizos, que contarían con el apoyo de amplios sectores de la población blanca*”. Puesto que Gómez fusionaba el problema racial con el social, también la revolución “*tendía a identificar las clases populares más preteridas, las clases más humildes, con los grupos étnicos de negros y mestizos; la raza blanca con la que él llamaba ‘las clases elevadas’*”.¹⁶ En definitiva, Gómez planteó la unidad de las razas antillanas para poder conformar lo que denominó “*una comunidad histórica y de raza para evitar que los pueblos antillanos desembocaran en la república oligárquica o en la demagogia y la inestabilidad de la anarquía*”.

15 Véase a Emilio Cordero Michel. “El antillanismo de Luperón”. Revista *Ecos*, Año 1, N° 1, pp. 45-66. Santo Domingo, 1993 (Instituto de Historia de la Universidad Autónoma de Santo Domingo).

16 Ramón de Armas. Ob. cit., p. 8.



Hermosos planteamientos esos de Máximo Gómez que muestran un oculto y real trasfondo sociológico, quizás un poco utópico porque no previó el fenómeno histórico de la expansión del rapaz imperialismo norteamericano en las Antillas y todo el Caribe que frustró la por él añorada “*revolución de los desheredados*”, salvo en Cuba a partir de 1959.

Quizás he sido algo extenso reseñando los escritos de Máximo Gómez porque, insisto, su pensamiento social y revolucionario es total y verdaderamente desconocido e inexplorado en este país y, en cierta medida, también en Cuba. No lo será tanto con los otros trabajos incluidos en esta obra.

Eugenio María de Hostos, reformador de la educación dominicana basada en el escolasticismo e implantador de la filosofía positivista que fue muy amigo del Generalísimo, estando residiendo en Santiago de Chile escribió en 1897 *Quién es Máximo Gómez*, ensayo que es el noveno de esta recopilación.¹⁷ En este opúsculo, Hostos trata la meteórica y brillante carrera militar de Gómez destacando sus dos grandes virtudes como guerrero: “*la prudencia en el avance y la oportunidad en el ataque*”.

Cuando en octubre de 1885 el Generalísimo vino al país a reclamarle al gobierno de Alejandro Woss y Gil las armas que con dinero del exilio cubano había comprado su primo y cónsul dominicano en New York, Hipólito Billini, para trasladarlas a Santo Domingo y poner en ejecución el Plan Insurreccional Gómez-Maceo que reiniciaría la lucha independentista de Cuba, fue arbitrariamente encarcelado el 2 de enero de 1886.¹⁸

17 Publicado en París en *La República Cubana*, los días 8 y 15 de abril de 1897, Reproducido por Emilio Rodríguez Demorizi, *Hostos en Santo Domingo*, Vol. II. Ciudad Trujillo, Imprenta e J, R. Vda. García, Sucs., 1942, pp. 33-38. Reimpresa por la Sociedad Dominicana de Bibliófilos,, Santo Domingo, Editora Amigo del Hogar, 2004, pp. 97-100.

18 Véase más adelante mi ensayo *La prisión de Máximo Gómez en Santo Domingo, 1886*.



Gracias a las gestiones de Hostos, de monseñor Fernando Arturo de Meriño y Gregorio Luperón ante Ulises Heureaux (*Lilis*), quien era el mandamás del país, y su presidente títere Alejandro Woss y Gil, obtuvo la libertad y fue obligado a abandonar el territorio nacional. Gómez no regresó a su patria sino a finales de 1888 y desde 1889 a 1895 se mantuvo trabajando el campo en La Reforma, Laguna Salada, Guayacanes, hasta que junto a Martí y cuatro valientes más se fue a la Gran Antilla a dirigir “la guerra justa y necesaria” que dio la independencia al pueblo cubano.

A este trabajo le sigue el décimo, *Vida cívica de Máximo Gómez*, de Federico Henríquez y Carvajal (*Don Fed*),¹⁹ que recoge episodios de la juventud de ambos cuando se reunían en la bucólica Baní o en Santo Domingo. Afirmó *Don Fed* que a los 18 años Gómez “era ya joven de apuesta figura: erecto, delgado, ágil i elegante. Tenía trigueña la faz, finos los labios, los ojos negros, ondulado el cabello. Era ya el galán mimado de las damas, que en breve dió la norma en bailes, veladas, paseos, amores i amoríos”.

También el autor rememoró que Gómez era diestro cazador de palomas, magnífico nadador y siempre ganador de las carreras de caballos en las que participaba en su corcel criollo, “bailador sin émulos (...) trovador nocturno alta la noche”. Fue escribiente y “El jefe comunal, el juez alcalde, el síndico municipal i el cura de almas del pueblo, valíanse a menudo de su péndola para actas i correspondencia. La huella de su pluma podría rastrearse, quizás con éxito, en legajos de la Jefatura, la Alcaldía, del Ayuntamiento i de la Parroquia”.

Afirmó *Don Fed* que al salir de la adolescencia y encontrándose de vacaciones en Baní, conoció a Máximo Gómez,

19 Publicado originalmente en *Cuba y Quisqueya*, La Habana, Imprenta El Siglo XXI, 1920, pp. 31-42 y posteriormente en su obra *Todo por Cuba*, Santo Domingo, Imprenta de J. R. Vda. García, Sucs., 1925, pp. 174-185.



quien era amigo de sus hermanos, en especial del mayor de ellos, Manuel, y cómo el joven guerrero participó, de los primeros, en el apoyo a los patriotas que iniciaron la Guerra de la Restauración en Capotillo, el 16 de agosto de 1863, y las circunstancias que lo empujaron a incorporarse al Ejército Español e irse del país hacia Cuba con las derrotadas tropas anexionistas. Trató la vida de Gómez en Cuba, su preponderante papel en la dirección de la Guerra de los Diez Años, su unión a José Martí y concluyó con una repetidísima oración del Apóstol en la carta que le dirigió desde Monte Cristi, el 25 de marzo de 1895, el mismo día de la firma del Manifiesto de Monte Cristi, en el llamado “Testamento Político”: *“Hagamos por sobre el mar, a sangre y cariño, lo que, por el fondo del mar, hace la cordillera de fuego andino (...) Levante bien la voz: que, si caigo, será también por la independencia de su patria”*.

El décimo primer ensayo, *Máximo Gómez. Bosquejo biográfico*,²⁰ de Maximiliano Adolfo Henríquez Ureña (*Max*), originalmente se publicó en La Habana el 28 e junio de 1905, justo a los once días del fallecimiento del Generalísimo. En él, su autor hace una breve reseña histórica de Gómez desde su niñez y juventud en Baní; su participación en la batalla de Santomé; su postura ante el proceso de la Guerra Restauradora; su marcha a Cuba y su brillante participación en la Guerra de los Diez Años. Luego de la Paz de El Zanjón, describe su peregrinar en el exilio caribeño y centroamericano; su unión con Martí; su dirección de la Guerra del 95 y su postura cívica en la paz hasta su desdichada defunción.

20 Publicado por primera vez en la revista mensual *Cuba Literaria* del 28 de junio de 1905. Revisado y ampliado en su forma actual, se publicó el 17 de junio de 1906 en el importante diario habanero *La Discusión*, de donde lo reprodujo Emilio Rodríguez Demorizi en *Papeles dominicanos de Máximo Gómez*, 1ª ed., Ciudad Trujillo, Editora Montalvo, 1954, pp. 298-304 y en la reimpresión facsimilar hecha en Santo Domingo, Editora Corripio, 1985 (Fundación Rodríguez Demorizi, Vol. XXIII).



El décimo segundo ensayo, *Máximo Gómez entre los libertadores de América*,²¹ del destacado investigador histórico César Herrera Cabral fue presentado al concurso convocado por el Ateneo Dominicano al cumplirse el centenario del nacimiento del Generalísimo en 1936. Por su calidad ganó el primer y único premio y la obra de Abigail Mejía de Fernández, *Vida de Máximo Gómez en Santo Domingo*²² obtuvo una mención honorífica. Este trabajo de César Herrera Cabral, inexplicablemente mantenido inédito por su autor hasta la celebración del sesquicentenario del natalicio de Gómez en noviembre de 1986, es de magnífica calidad y constituye una de las mejores síntesis biográficas del Generalísimo.

Del mismo autor es el siguiente trabajo, el décimo tercero, titulado *Máximo Gómez*,²³ que recoge el discurso que pronunció en la develación de la estatua ecuestre del Generalísimo inaugurada por el presidente Joaquín Balaguer en la rotonda formada por las avenidas John Fitzgerald Kennedy y Abraham Lincoln, hoy trasladada a las Avenidas Máximo Gómez y Kennedy y semioculta por el gigantesco puente peatonal allí construido, por lo que debe ser colocada, en la misma avenida, en un sitio

21 *Máximo Gómez entre los libertadores de América* fue mantenido inédito por su autor hasta 50 años después, cuando al conmemorarse el sesquicentenario del natalicio del Generalísimo, el 18 de noviembre de 1986, se publicó en el periódico *Listín Diario* del 9 de noviembre de ese año. Luego se reprodujo en la *Revista de la Fundación García Arévalo*, Año I, N° 1, pp.31-39. Santo Domingo, junio de 1987 y en la recopilación *Divulgaciones Históricas*. Santo Domingo, Editora Taller, 1989, pp. 117-125.

22 *Vida de Máximo Gómez en Santo Domingo*. Ciudad Trujillo, Editorial “Caribes”, 1936, es un ensayo poco conocido en el país que, a pesar de tener algunos errores históricos, debería ser reeditado al igual que la obra más rara todavía y mucho menos conocida por el escaso número de ejemplares impresos de fray Cipriano de Utrera *La familia de Máximo Gómez*. Santo Domingo, Tipografía de “Dios y Patria,” 1929.

23 Publicado en la citada obra del autor, *Divulgaciones históricas*, Santo Domingo, Editora Taller, 1989, pp. 127-137.



que permita su contemplación. Ese brillante discurso es una sinopsis de la vida, accionar revolucionario y pensamiento de Gómez.

El décimo cuarto escrito, *Salutación a Máximo Gómez*,²⁴ recoge las palabras que pronunció el ministro, periodista, orador y nacionalista Eugenio Deschamps cuando el Generalísimo fue recibido en la orilla del río Ozama, el 18 de abril de 1900, por el vicepresidente Horacio Vásquez al frente de una multitud. Según la reseña periodística, Gómez, “*vestía levita negra, cerrada; pantalón de casimir oscuro, de rayas; sombrero de fieltro, negro, con el ala caída, (...) Usa espejuelos de oro y desembarcó con ellos puestos. Está fuerte, muy fuerte, y representa menos edad de la que se le atribuye: 76 años. Su voz es llena, fuerte, y, hablando en público, se le puede oír a una regular distancia. En una palabra, no es el anciano que acusan sus últimas fotografías*” .

Esa improvisada y hermosa salutación, fue originalmente publicada por Emilio Rodríguez Demorizi en *Discursos históricos. Contribución al estudio de la oratoria dominicana*²⁵ y reproducida en *Papeles dominicanos de Máximo Gómez*, del mismo autor.

Después de recibir múltiples homenajes en la ciudad de Santo Domingo, Gómez fue a su pueblo natal, a Monte Cristi, desde donde viajó a Laguna Salada, Guayacanes, lugar en el que tuvo la finca La Reforma; realizó visitas a Puerto Plata, Santiago y La Vega y regresó a Santo Domingo. El 28 de mayo se dirigió al muelle para abordar el vapor que lo conduciría de regreso a La

24 Eugenio Deschamps, *Salutación a Máximo Gómez*, publicada originalmente en Emilio Rodríguez Demorizi, *Discursos históricos. Contribución al estudio de la oratoria dominicana*. Ciudad Trujillo, Imprenta San Francisco, 1947, pp. 376-378 y reproducida en la obra del mismo autor *Papeles dominicanos de Máximo Gómez*, pp. 234-235.

25 Véase la reseña periodística reproducida en de Emilio Rodríguez Demorizi, *Papeles dominicanos de Máximo Gómez*, p. 332.



Habana y allí el joven periodista Enrique Deschamps pronunció el discurso de despedida *¡Adiós Libertador!*,²⁶ que es el décimo quinto.

El 10 de octubre de 1976, en ocasión de cumplirse el 108º aniversario del Grito de Yara con el que Carlos Manuel de Céspedes inició en su finca “La Demajagua” la Guerra de los Diez Años por la independencia de Cuba, Juan Bosch dictó en el Conservatorio Nacional de Música la charla *Máximo Gómez. De Monte Cristi a la gloria*,²⁷ que es el décimo sexto trabajo de este libro. En esa conferencia improvisada Bosch, con su característico estilo y metodología de la interpretación de los hechos históricos, analizó la vida heroica del Generalísimo, su táctica y estrategia guerrera y sus éxitos militares.

El décimo séptimo trabajo, *La imposible desintegración de un libertador. Respuesta a dos calumnias históricas*,²⁸ de Francisco Alberto Henríquez Vásquez, fue una contestación que le dio al periodista José Rafael Sosa porque publicó un artículo en el vespertino *El Nacional de ¡Ahora!* en el que hizo suyos viejos y calumniosos conceptos de dos conocidos intelectuales cubanos ya desaparecidos: Julio le Riverend y Sergio Aguirre. Estos dos altos miembros del Partido Socialista Popular sostuvieron que Máximo Gómez fue un ardiente

26 En Emilio Rodríguez Demorizi, *Ibidem*, pp. 258-259.

27 Conferencia pronunciada el 10 de octubre de 1986 en el Conservatorio Nacional de Música, publicada en el órgano del Comité Central del Partido de la Liberación Dominicana, *Revista Política: Teoría y Acción*, Año 7, N° 80, pp. 1-21. Santo Domingo, noviembre de 1986. Al año siguiente fue reproducida en un pequeño libro con el mismo título, junto a otros trabajos del autor sobre Máximo Gómez, Santo Domingo, Editora Alfa & Omega, 1987, pp. 79-112.

28 Publicado en tres partes en el diario vespertino *El Nacional de ¡Ahora!*, Santo Domingo, los días 17, 18 y 18 de enero de 1987, pp. 14, 18 y 19, respectivamente, replicándole al periodista José Rafael Sosa los conceptos emitidos en su artículo “Máximo Gómez integral,” publicado en *El Nacional de ¡Ahora!*, p.30-A-1, Santo Domingo, 22 de diciembre de 1986.



anexionista por ser seguidor de Pedro Santana; el culpable de la intervención militar norteamericana en Cuba porque apoyó la disolución del Ejército Libertador y de que, en consecuencia, la república naciera mediatizada. El autor Henríquez Vásquez, con sólidos argumentos y pruebas históricas rebatió esas calumnias y demostró su falsedad.

A continuación, en el décimo octavo trabajo, se reproduce un ensayo biográfico de Roberto Cassá que, con el título de *Máximo Gómez. Libertador de Cuba*,²⁹ publicó en la “Colección de Biografías Dominicanas Tobogán”. El autor, con amplia experiencia como profesor universitario y redactor de biografías, escribió esta obra no solamente para estudiantes sino también para adultos por su resumido contenido y didáctica exposición. Considero que por su calidad debiera establecerse como texto en el sistema educativo dominicano y ser divulgada entre la población para ayudar a que Gómez no continué siendo ese gran dominicano, antillanista e internacionalista ignorado.

El décimo noveno ensayo, *Tácticas militares de Máximo Gómez*,³⁰ del historiador militar Radhamés Hungría Morell, fue una ponencia que presentó en un seminario realizado en el país en julio 1986 y que publicó posteriormente en la *Revista de las Fuerzas Armadas*. El autor analizó detalladamente las características de la táctica de la guerra irregular o de guerrillas llevada a cabo por Gómez para alcanzar sus principales objetivos estratégicos: debilitar y derrotar al ejército español para lograr la independencia de Cuba.

29 Publicado en la “Colección Biografías Dominicanas Tobogán”, Santo Domingo, Editora Alfa & Omega, 2001, pp. 1-65.

30 Ponencia presentada en el *Seminario Nacional Máximo Gómez en las Antillas* celebrado en el Museo Nacional de Historia y Geografía, Santo Domingo, el 26 de julio de 1986 en ocasión de conmemorarse el 18 de noviembre de dicho año el sesquicentenario del natalicio del Generalísimo. En octubre, fue publicada en la *Revista de las Fuerzas Armadas*, Santo Domingo, 1986, pp. 49-58.



Sigue a este ensayo, el vigésimo, de Euclides Gutiérrez Félix, *Perfil militar de Máximo Gómez*³¹ que fue una conferencia dictada en la XXIII Feria Nacional del Libro en julio de 1986, reproducida en una publicación en marzo de 1995. En este trabajo, su autor planteó el origen ancestral de las tácticas bélicas dominicanas del uso del machete y de la guerra irregular o de guerrillas, en las que Gómez se hizo un maestro y provocó con ellas y las de la “tea incendiaria” y la “tierra arrasada” la derrota española en las guerras de independencia cubanas.

El vigésimo primer ensayo, *Máximo Gómez en el marco de las relaciones dominico-cubanas*,³² de Jaime de Jesús Domínguez, fue publicado en 1986 en la *Revista Política: teoría y Acción*. En el mismo, su autor analizó las relaciones económicas y políticas entre República Dominicana y Cuba en la segunda mitad del siglo XIX, haciendo énfasis en el aspecto de la esclavitud al momento de proclamarse la Anexión a España en 1861; en el rol desempeñado por Máximo Gómez en la Guerra de los Diez Años; en la inmigración cubana al país a raíz de la firma de la Paz de El Zanjón y su trascendental influencia en el fomento y desarrollo de la moderna industria azucarera nacional.

El vigésimo segundo ensayo, *El pensamiento social de Máximo Gómez*,³³ del editor de esta obra, fue un trabajo con el que pronunció su discurso de ingreso como miembro de número de la Academia Dominicana de la Historia. En su exposición, solamente trató tres aspectos del amplio pensamiento humanista

31 Conferencia pronunciada en la XXIII Feria Nacional del Libro José Martí y Máximo Gómez, celebrada en Santo Domingo el 26 de julio de 1986, publicada en Santo Domingo, s/e, 1955, pp. 1-47.

32 Publicado en el órgano del Comité Central del Partido de la Liberación Dominicana *Revista Política: Teoría y Acción*, Año 7, N° 80, pp. 29-39. Santo Domingo, noviembre de 1986.

33 Ensayo inédito que fue presentado para ingresar como miembro de número de la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, el 4 de febrero de 2004.



y revolucionario de Gómez, su devoción por los “*pobres de la tierra*”: los esclavos, campesinos y obreros.

El vigésimo tercer ensayo, *La prisión de Máximo Gómez en Santo Domingo, 1886*,³⁴ también del editor de esta obra, fue escrito para su publicación en un monográfico que hará el Instituto de Historia de Cuba para conmemorar el centenario del fallecimiento del Generalísimo. Trata de las causas que motivaron su detención, en enero de 1886, cuando vino a reclamarle al gobierno de Alejandro Woss y Gil los pertrechos bélicos que había adquirido en New York, al través de su primo el cónsul dominicano Hipólito Billini, para utilizarlos en el Plan Insurreccional Gómez-Maceo; prisión que estuvo a punto de costarle la vida.

El vigésimo cuarto trabajo, *Últimos días de Máximo Gómez*,³⁵ de su hija mayor María Clemencia Gómez Toro, fue una patética descripción de los momentos finales de la vida de su padre en junio 1905. Su lectura conturba el ánimo del más despierto porque deja la triste impresión de que “*las desavenencias*” entre los dos principales médicos que atendieron a Gómez, los doctores José Pereda (habanero enviado por el Partido Liberal) y el dominicano Francisco Henríquez y Carvajal (residente en Santiago de Cuba, íntimo amigo del Generalísimo, padre de los Henríquez Ureña y posterior presidente del país de junio a noviembre de 1916, cuando los invasores yankis lo obligaron a renunciar), degeneró en una especie de intriga en la que parecería que el Dr. Pereda se empeñó en que Gómez no sanara.

34 Ensayo inédito, escrito especialmente para el Instituto de Historia de Cuba, La Habana, para ser incluido en una publicación monográfica con la que conmemorará el centenario del fallecimiento de Máximo Gómez.

35 “Carta de María Clemencia Gómez Toro a Leopoldo Doménech, La Habana, 20 de septiembre de 1905,” publicada en el órgano de la Academia Dominicana de la Historia, revista *Chlo*, Año XXIII, N° 103, pp. 115-121. Ciudad Trujillo, abril-junio de 1955.



La propia Clemencia aseguró en su conmovedor relato que “*vinieron disturbios entre Pereda y demás médicos, pues Pereda con la ambición de gloria científica sólo para él no quería ejercer allí su profesión á menos que no fuera como médico de cabecera. En la consulta estuvo contra todos sus compañeros*”. Esa dolorosa y extraña situación plantea la interrogante de si hubo un descuido médico por la situación creada o una conjura del Partido Liberal -al que Gómez apoyaba por su campaña contra la reelección de Tomás Estrada a Palma, la corrupción y el entreguismo de su gobierno- para sacarlo de circulación en vista de la enorme popularidad y apoyo que las masas cubanas le manifestaban. Esa es una suposición de difícil comprobación documental o testimonial, pero desde el punto de vista de lo declarado por su hija y uno que otro rumor que circuló por La Habana en los días posteriores a su muerte, no es del todo descartable.

En definitiva, podría decirse que la muerte que no pudieron causarle las balas españolas a las que se enfrentó en primera fila durante 14 años de guerra (aunque si lo hirieron un par de veces), lo lograron los apretones de manos de decenas de miles de cubanos agradecidos de su “Viejo Mambí” y quizás, también, la ambición desmedida de un médico o el interés de un partido en el que Gómez (aunque ya había rechazado la presidencia en varias ocasiones) era un verdadero líder que se oponía a la corrupción, el entreguismo a los norteamericanos y al continuismo. Esa postura del Generalísimo quedó bien evidenciada cuando llegó a afirmar al referirse a la corrupción del gobierno de Estrada Palma que, “(*...*) *aquí en La Habana hasta Dios se puede malear*”,³⁶ y como le expresó a Orestes Ferrara en varias ocasiones al referirse a los intentos continuistas el presidente: “*La reelección es un crimen, un crimen de lesa patria*”.³⁷

36 “Carta de Máximo Gómez a Francisco Carrillo, Calabazar, La Habana, 30 de agosto de 190. En Hortensia Pichardo. *Máximo Gómez. Cartas a Francisco Carrillo*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1971, pp. 271.

37 Orestes Ferrara. *Mis relaciones con Máximo Gómez*. La Habana, Impresora Molina y Compañía, 1942, p. 253.



El vigésimo quinto trabajo, *La muerte de Máximo Gómez*,³⁸ de Pedro Henríquez Ureña, quien se encontraba en La Habana al momento del acontecimiento, constituyó un importante testimonio de los preparativos para el sepelio, de su velatorio en el salón rojo del Palacio Nacional, del luto que guardó la ciudad capital y del entierro en la tarde del martes 20 de junio. El sepelio de Gómez fue una verdadera manifestación de duelo y casi toda la población habanera acompañó sus restos al camposanto o se aglomeró a lo largo del trayecto del cortejo fúnebre. Al llegar al Cementerio Colón, el ataúd fue cargado por cuatro generales que combatieron bajo su mando³⁹ y lo depositaron, provisionalmente, en una bóveda hasta que se construyó el hermoso y sobrio mausoleo en el que reposan sus despojos.

El vigésimo sexto trabajo, *La muerte del soldado, 17 de junio de 1905*,⁴⁰ del periodista cubano Enrique Ubieta, fue escogido por el editor porque, además de reseñar algunos detalles de las últimas horas de vida de Máximo Gómez, indica las medidas de su cuerpo, tomadas para “*perpetuar su figura en mármoles*”. Dichas medidas y el peso promedio del Generalísimo indican que fue un hombre de pocas carnes y de estatura media.

El vigésimo séptimo escrito, *Certificado de defunción del general Máximo Gómez*,⁴¹ expedido por el Dr. José Pereda,

38 Publicado en Emilio Rodríguez Demorizi. *Papeles dominicanos de Máximo Gómez*, pp. 293-297.

39 Estos cuatro generales fueron: Bernabé Boza Sánchez, de Camagüey, antiguo jefe de su Escolta y Estado Mayor; Javier de la Vega Basalto, también de Camagüey; Emilio Núñez Rodríguez, de Sagua la Grande, Santa Clara; y Pedro Díaz Molina, de Yaguajay, Remedios, Santa Clara.

40 Publicado en “Efemérides de la revolución cubana”, diario *La Discusión*, La Habana, 17 de junio de 1914 y reproducido por Emilio Rodríguez Demorizi en *Papeles dominicanos de Máximo Gómez*, pp. 284-287.

41 Emilio Rodríguez Demorizi. *Papeles dominicanos de Máximo Gómez*, pp. 366-367.



médico de la última enfermedad del Generalísimo, tiene de interés que el galeno especifica el tipo de infección que le arrebató la vida.

El vigésimo octavo trabajo, *Ecos de la muerte de Máximo Gómez en la prensa dominicana*,⁴² en particular en el periódico de Santo Domingo *Listín Diario*, que fue el único de importancia en la ciudad capital al que pude tener limitado acceso, es una incompleta recopilación de las noticias que aquí circularon. Esa tarea la realicé con muchas dificultades porque en la hemeroteca del Archivo General de la Nación los ejemplares disponibles del indicado periódico correspondientes a junio, julio y agosto de 1905 se encuentran encuadernados por meses y de tanto ser fotocopiados se han destruido en su gran mayoría.

Es asombroso el estado de deterioro de esos periódicos: incompletos, sin la primera y segunda página, que eran en las que aparecían las noticias de relevancia; falta de partes de las páginas por roturas y sustracciones; pedacitos de papel con fragmentos de noticias; en fin, un verdadero desastre en el que, sin embargo, encontré un par de informaciones intactas. Por esas causas, tuve que recurrir a las informaciones suministradas por el ya citado Emilio Rodríguez Demorizi en *Papeles dominicanos de Máximo Gómez*.

Para terminar con esta recopilación, como vigésimo noveno trabajo he incluido una pequeña sección iconográfica de Máximo Gómez con fotografías de diversos momentos de su vida, de su mascarilla, de su sepelio, del mausoleo en el Cementerio Colón y de sus hermosas e imponentes estatuas ecuestres en el Malecón y en la Academia Militar Máximo Gómez, ambas en La Habana.⁴³

Santo Domingo, 20 de mayo de 2005.

42 Hemeroteca del Archivo General de la Nación, Santo Domingo y Emilio Rodríguez Demorizi. *Papeles dominicanos de Máximo Gómez*, pp. 288-292.

43 Las fuentes de las fotografías aparecerán al pie de las mismas.



Notas Autobiográficas *

Máximo Gómez

No puedo precisar la fecha en que nací, pues por más que busqué personalmente la partida de bautismo en los libros de Parroquia, no pude dar con ella; eso quiere decir que desde la cuna empecé a resentirme del descuido de otros con que somos víctimas los hombres a nuestro paso por este planeta. Pero por la edad precisada en la fecha de nacimiento de contemporáneos míos, y por la tradición conservada en la memoria de mis buenos padres, pude averiguar sino más datos que esos, que nacía allá por el año 36.

En cuanto al mes, día y hora, siempre he lamentado ignorar tan preciosos datos para mí, que señalan los primeros instantes en que aparecemos casualmente, a ser miembros de la gran familia humana.

Vine al mundo, y fue mi cuna un pueblecito ribereño del Banilejo (entonces sería un caserío), que le da su sombra: Baní,¹ tierra de los hombres honrados, y de las mujeres bonitas y juiciosas.

Se llamaban mis padres: Andrés Gómez Guerrero y Clementina Báez Pérez; dos almas que formaron del amor un templo y un altar, consagrados a la familia. Solamente hubo dos varones en el hogar, el primero, ya hombre murió siendo yo muy

*. Escritas en Monte Cristi, República Dominicana, en octubre de 1894, publicadas por primera vez por Bernardo Gómez Toro, *General Máximo Gómez. Revoluciones... Cuba y hogar*. La Habana, Imprenta y Papelería de Rambla, Bouza y Cía., 1927. pp 125-135.

1. República Dominicana. Nota del autor.



niño, y habiéndome correspondido ser el último y único varón entre mis hermanas, me adueñé de todo el cariño y preferencia de padres tan buenos y amorosos.

Corría allí mi infantil existencia, pura y campestre puedo decir y allí me crié e hice hombre. Mi instrucción se limitó a la que se podía adquirir en aquel lugar y en aquellos tiempos “del maestro antiguo de látigo y palmeta hasta por una sonrisa infantil”. Sin embargo, conservo recuerdos amorosos y santos de mis maestros, pues nada se quiere tanto una vez pasado el atolondramiento de la vida, cuando ya los años y los dolores han desteñido nuestros cabellos como el recuerdo de los primeros que nos enseñaron a balbucear las letras. No se olvida jamás ese sabor a pan de almas.

En cambio mi educación fue brillante, bajo la dirección de unos padres tan honorables como severos y virtuosos; y lo digo con orgullo, porque si en mi vida azarosa algunas veces me he sentido bien armado y fuerte contra el vicio y la maldad tentadoras, a sus enseñanzas debo el triunfo, por el aprecio con que me acostumbraron a tratar la virtud y por la fuerza de voluntad, que con palabra y ejemplo, pusieron en mi entendimiento y mi corazón.

Ya hombre, fui derecho a parar, a donde por lo general y por desgracia se ha encaminado siempre la juventud de este país, a la política imperante personal o de partidos, en fin, el personalismo puro.

No obstante, yo, por esa senda de mis primeros pasos, siempre conservé las normas sanas y severas que imprimieron en mi carácter la pureza y ejemplaridad de mi hogar.

Un suceso extraordinario vino a variar el curso de mi vida, iniciado apenas en los acontecimientos políticos del país; el impulso absorbente y dominador con que la invasión haitiana amenazaba sojuzgar a la joven República Dominicana, ante cuya perspectiva se aunaron todos los corazones de mi patria para rechazar el atrevido invasor. Mi bautismo de sangre lo recibí en los campos históricos de Santomé, la más



extraordinaria a la vez que decisiva función de armas contra las huestes haitianas.

Las armas de la joven República salieron brillantemente victoriosas, pero de aquel campo de honor y de gloria salieron los héroes predispuestos y preparados para las contiendas civiles.

Era el año de 1855 y el país seguía hondamente conturbado con sus luchas intestinas hasta 1861 en que confuso y aniquilado cayó en poder extranjero. La República Dominicana dejando de ser lo que era pasa por el trance doloroso de anexarse a la monarquía de España. Tan inexplicable locura más tarde debía pagarse muy cara. Aquello fue un aturdimiento nacional que dejó a la juventud dominicana huérfana, sin guías ni directores; Santana, jefe de un partido, capitanea la anexión, pues se hallaba en el poder; Báez, caído y fuera del país, viste la faja de Mariscal de Campo del Ejército Español.

Se abisma uno al meditar cómo fue que los hombres patriotas y políticos de aquella situación no preveían que la anexión debía traer aparejada una revolución formidable, aunque España no hubiese venido aquí con sus bayonetas, con sus impuestos forzados de bagajes, su Bando absurdo de buen gobierno, sus alojamientos forzados y sus Brigadieres como Buzetas.²

No se hizo esperar mucho tiempo la Revolución Restauradora, y el año 1864³ le sirvió a España, para después de

-
2. Se refiere al brigadier español Manuel Buceta, quien fuera gobernador del presidio de Ceuta, posesión española en el norte de África y durante la Anexión también gobernador de Samaná, donde dirigió una prisión política, y de Santiago. Se hizo tan famoso por sus arbitrariedades y crueldades, que en el Cibano y todo el país, se hizo famosa la expresión "*Más malo que Buceta*". Nota del editor Emilio Cordero Michel.
 - 3 El 3 de marzo de 1865, tras amplios debates en las Cortes, la reina Isabel II firmó el decreto que derogó la anexión y entre los días 10 y 25 de julio de dicho año 1865, las tropas españolas y los dominicanos que combatieron a su lado contra los restauradores, abandonaron el país. Nota del Editor.



una resistencia inútil, abandonar el país, que dejaba sumido en la más espantosa ruina y desconcierto, y maligna, arrastró en su fuga a mucha parte del elemento principal criollo, que más tarde dejó abandonado y disperso.

Joven yo, ciego y sin verdadero discernimiento político para manejarme dentro de aquella situación, más que difícil oscura, porque realmente la revolución se presentó más que defectuosa, enferma, fui inevitablemente arrastrado por la ola impetuosa de los sucesos, y me encontré de improviso en la Isla de Cuba, a manera de un poco de materia inerte que lejos de su centro arrojan las furiosas explosiones volcánicas. Era la primera vez en mi vida que abandonaba el suelo natal, y muy pronto empecé a purgar la culpa cometida, con la pena más cruel que puede sufrir un hombre.

Me enfermé de nostalgia, a no ser por los cuidados que me prodigaron una madre y dos hermanas amorosas, no sé el fin que hubiera sido de mí. No fue en parte causa de ello el desdén con que en llegando allí, pagó España a sus leales, que ni yo me sentí herido por eso, ni lo contrario nos hubiera dado más honor. Mejor fue así, porque para los hombres de bien no hay deuda más obligada que la de la gratitud.

Por encima de todo eso, que lo consideré como efímero y despreciable, estaban permanentes los recuerdos de mi Valle, de mi Río, de mis Flores, de mis Amigos y de todos mis Amores.

Así viví en Cuba cuatro años, arrastrando una existencia oscura y triste, cargado con los recuerdos de la Patria y la amargura de los desengaños.

Cuba, país de esclavos; no había conocido yo tan fatídica y degradante institución, y ni siquiera había podido tener una idea cabal de lo que era eso, tan fue así que me quedé espantado al encontrarme en aquella sociedad donde se despreciaba al hombre, por el hombre, de un modo inhumano y brutal.

Me encontraba en una situación excepcional de espíritu; pobre, sin dinero, sin relaciones valiosas, abatido, aislado entre



los hombres. La pena y el dolor buscan al dolor y a la pena para asociarse, los que sufren pronto se hermanan. Solamente las almas degradadas se van a curar de sus quebrantos a la orgía y el festín. Muy pronto me sentí yo adherido al ser que más sufría en Cuba y sobre el cual pesaba una gran desgracia: el negro esclavo. Entonces fue que realmente supe que yo era capaz de amar a los hombres.

En esta situación de ánimo, me encontré con la Conspiración Cubana que ya germinaba en el país, dirigida y capitaneada por sus principales hombres, y para mayor abundamiento, mi residencia era en la comarca en donde también existía el foco principal de la Conspiración, a donde yo había cultivado mis relaciones y me había hecho querer de la gente de los campos. Inútil es decir que enseguida quedé afiliado en la lista de los conspiradores, y sin enténdermelas con la “Gran Junta” empecé por mi propia cuenta, a hacer preparativos entre mis amigos y conocidos del campo, que desde aquel momento naturalmente procuré aumentar en número haciéndome más popular y dadivoso.

Pero así y todo, me encontré en una situación bien extraña y peligrosa, pues el hecho de haber ido yo con los españoles a Cuba fue causa para que algunos de los conspiradores no me tuvieran confianza, y por otra parte las Autoridades Rurales españolas tenían orden de vigilar mis pasos; pero como estos destinos eran desempeñados, en su mayor parte por gente criolla, a cuyas familias buen cuidado tenía yo de dispensarles mucho cariño y mucho respeto, por lo que logré despertar en ellos tantas simpatías que sobrepusieron éstas al celo que debían tener por el Gobierno español.

Como cuatro o cinco meses pasé en esta situación angustiosa y comprometida, pues al ser perseguido por el Gobierno en caso de denuncia, no contaba, de seguro, con el amparo de los cubanos; porque al estado en que habían llegado las cosas, yo era para ellos de todos modos, un hombre peligroso, tan peligroso estando libre como en la cárcel.



El secreto de una conspiración siempre ha constituido un gran peligro para el que lo posee; pero por circunstancias especiales pocas vidas corrían tanto riesgo como la mía durante el período de incubación de la Revolución Cubana; podía, por denuncia, ser apresado y fusilado por el Gobierno español y podía ser muerto misteriosamente por desconfianza y por mandato de los conspiradores; partiendo del principio que no se conocen medios malos para salvar de sus peligros a las revoluciones buenas. No obstante, no me intimidó lo crítico de mi posición y seguí recto el propósito, con toda la fe y el entusiasmo de mis 25 años, y enamorado de aquel ideal generoso y noble. Soñaba con Bolívar, San Martín, Robespierre, Garibaldi y toda esa gente loca y guapa, pero soñaba despierto.

Para que la Revolución me encontrara más y mejor expedito, acababa de cubrir con el polvo de la tierra los restos mortales de mi anciana madre. ¡Quién sabe, pensé yo enjugándome las lágrimas, si su espíritu me proteja y defienda! Mis dos hermanas solteras debían quedar al lado de otra hermana casada. Había quedado huérfano absolutamente, pues el hombre nunca lo es cuando Dios le deja a la madre aunque se lleve al padre o viceversa, yo que acababa de enterrarla a Ella, me proponía tener otra: la Revolución.

No para el tiempo su carro tirado por las horas, el avanza y todo lo termina o consume; nos encontró el año 1868 enemigos encubiertos de España en Cuba, pero no bien organizados, para una lucha como tenía que ser aquella; mas no siendo prudente esperar más tiempo fue necesario precipitar el alzamiento, y el día 10 de Octubre del mismo año sonó para la esclava Antilla, la hora de la Justicia, de las vindicaciones y de la lucha más desastrosa y cruenta que registra la historia de América.

De un lado apareció un puñado de patriotas republicanos, casi desarmados, sin recursos e ignorantes del arte de la guerra; del otro, los soldados de la Monarquía; 100,000 hombres bien armados y ricos en recursos de todo género y el país subyugado sirviéndole de poderoso auxiliar. En medio de la América libre,



en esa desigual contienda así luchamos 10 años, desamparados, solos y pobres.

Narrar los episodios horribles y sangrientos de aquella guerra sin cuartel, referir siquiera fuera a largos rasgos, la Historia grandiosa y sublime de aquella desigual lucha por la Libertad de un pueblo, eso sería más propio para escribir un libro que no para unos simples apuntes personales.

Ocupando yo, desde un principio, puesto elevado en las filas de los patriotas, debido a mis pocos conocimientos en el arte de la guerra procuré ayudar a los cubanos durante aquella batalla permanente de 10 años en su obra de Libertad; con todos mis esfuerzos, resolución, lealtad y abnegación. Durante esa década guerrera, jamás Sol de Cuba me calentó un día fuera del campamento o del campo de batalla; y cuando por desgracia para la infeliz Cuba, en daño para aquella Revolución Redentora, se entró allí en el período de política interior, y como era natural y lógico, la ambición y la codicia empezaron a ser terribles y funestos rivales del patriotismo puro y desinteresado, yo siempre, tanto con la palabra como con el ejemplo, traté de restablecer la concordia y ayudé a conservar la unidad de acción sin la cual es dudoso el triunfo de las revoluciones.

A pesar de tan titánicos esfuerzos, de tantas abnegaciones y sacrificios consumados, la Revolución languidece al fin y de eso nace la idea de la Paz. Cuando se me consultó sobre asunto tan grave, aconsejé tomar la idea como mero ardid de guerra, para ver de lograr la unificación de nuestros elementos disgregados y que de aquella situación surgiera un Gobierno o Directorio para la Revolución, fuerte y enérgico, contando a la vez con el desprestigio en que debía caer el Jefe del Ejército enemigo y el Gobierno General de la Colonia. Cuando todos veían perdida la Revolución yo la veía salvada por ese camino. Concentrados y reunidos todos los patriotas con el fin de tratar de la Paz, de seguro que de lo menos que hubiéramos tratado hubiera sido de eso; seguramente el tema de conversación se inclinaría al mantenimiento de la guerra. La Revolución no sufría en



aquellos instantes más que decaimiento y de ese mal hubiera curado con la reorganización de todas sus fuerzas vivas, esa operación no era posible efectuarla porque el enemigo no daba tiempo. En un campamento de 100 hombres aislados era posible que la palabra hiciese eco, pero en un campo cubierto de 2 a 3,000 hombres armados, batalladores de 10 años hubiera sido hasta peligroso verter la frase.

Pero mi idea, que fué acogida al principio, al fin no se llevó a cabo y se fué a parar derecho a la paz. La acepté sin protestar, que no correspondía a mí hacer eso, y ni tomé parte en indicar ninguna otra fórmula. Entendí que mi misión estaba terminada tristemente, pues ella era pelear al lado de los cubanos, y al desear ellos la paz mi presencia estaba de más allí.

En aquella guerra desastrosa de 10 años, había consumido inútilmente el valioso caudal de mi juventud y de mis fuerzas, ahora ya gastado y por todo capital los andrajos de la miseria, era encontrarme parado ante un presente aterrador, teniendo de frente un porvenir tan oscuro como incierto; al lado del pesar por tantos ensueños de gloria desvanecidos, me abrumaba la idea de haber arrastrado a la desdicha que debían compartir conmigo a una mujer y tres hijos, pues me había casado durante la guerra. ¿Qué hacer pues, en situación tan apurada y difícil?

El jefe enemigo, general Arsenio Martínez Campos, rico de oro y rebosando orgullo y satisfacción por un triunfo conseguido a tan poco costo, me hizo ofertas cuantiosísimas para que me quedase en el país *ayudando a su reconstrucción*, pero rechacé con energía todas las ofertas, pues que no me pareció digno ni decoroso vivir pacífico, tranquilo y sumiso, a la sombra de la bandera que yo mismo había combatido durante 10 años con tanto tesón como lealtad. El dilema era delicado y serio, donde no cabían términos medios; o resuelto a emprender el camino del destierro hasta morir quizás, con alguna honra; o aceptar del general Martínez Campos su protección y amparo envainando la espada de Cuba libre para ir a vivir a Cuba española y renunciando de este modo y para siempre de la



Revolución, olvidando sus grandiosos recuerdos, confesándose vencido y jurando fidelidad a España; para después de todos estos sacrificios, recoger lo que era natural; el desprecio de los españoles.

Resuelto y sin miedo, dirigí mi rumbo a otras playas cubierto con mi gran infortunio, acompañado de mi esposa y tres niños y sin más amparo que Dios.

La Isla de Jamaica, colonia inglesa, me dió hospitalidad, pero fui como un náufrago arrojado por la tempestad a país desierto, porque de distinta raza y sin saber el idioma, nadie puede esperar nunca nada de los habitantes de aquella tierra, en donde desde el tiempo de sus aborígenes, el mismo Colón por poco se muere de hambre y soledad. El elemento cubano que allí había esperado largos años, que le diéramos la Patria libre se sintió indignado contra todos los que combatimos 10 años sin poder conseguir el triunfo.

No contento el destino con mi precaria situación quiso agregar un nuevo suplicio a mi infortunio, pues pensando encontrar allí amigos compasivos, agradecidos y generosos, que me amparasen, es por el contrario gente apasionada y de limitados alcances; vieron en mí el primer factor de la Paz que concluyó con una guerra a que nunca fueron ellos a ayudar, de ahí que fuese yo el blanco de su injusto encono y desprecio.

En aquella miseria y orfandad abrumadoras trabajo me costó desvanecer tan negra injusticia, y a fuerza de hacer luz y demostrando la verdad de los sucesos ocurridos en Cuba, logré al fin serenar la opinión y que se me juzgase con más justicia y menos pasión.

No hay mejor consuelo, no hay más firme y seguro amparo, para sentirse uno lleno de fortaleza en las desdichas e infortunios de esta vida, que una conciencia sin mancha y tranquila. En mi desventura, en mi miseria extrema, acosado por el desprecio de los cubanos en Jamaica, pero con mi mente llena siempre de grandes recuerdos; mi familia dispersa, mis compañeros muertos, mis amigos dispersos también, el



aislamiento entre los hombres que es más triste que la soledad en el destierro; yo, sin embargo, sentía una esperanza y un consuelo que me hacían tranquilo y resignado.

Después, como no hay médico más insigne para curar todos los males, como es le Trabajo, a él me he dedicado con ahínco y no me ha faltado pan para mis hijos.

No se ha rematado la obra, aún vive España en Cuba. Su poder se sienta sobre las puntas de las bayonetas y como ni aún los gobiernos legítimos son eternos, veremos cómo se resuelve el destino de Cuba.



Recuerdos. Páginas dedicadas a mi hija Clemencia*

“La gratitud es la cadena de
seda y oro que une a los co-
razones honrados”.

José Joaquín Palma

A tí, hija amada de mi corazón. A tí, pedazo de mi alma, amor de todos mis amores y esperanza de mi vida. A tí, hija mía, dedico estas líneas que aprenderás como una oración y guardarás en tu memoria como un recuerdo sagrado.

Léelas tú, y haz que tus hermanos las lean, para que tú y ellos sepan cómo y dónde nací, algo de lo mucho que he sufrido, y sepan también a quiénes les debemos un favor, porque quiero que desde la infancia aprendan a pensar, sentir y agradecer.

Hay deudas en la vida de los hombres que jamás acaban de pagarse, y es preciso que los padres las leguen a sus hijos: y cuando tu mano amorosa cierre mis ojos sin luz, porque haya caído para confundirme con el polvo de los demás, a tí y a ellos tocará honrar mi nombre y mi memoria con la gratitud hacia nuestros bienhechores –yo habré desaparecido de la escena de los vivos.

Esos amigos, también pueden abandonar este mundo mentiroso y falaz, pero quedarán sus hijos, justos acreedores para recoger el fruto que sus padres han sembrado.

* Escrito en Tegucigalpa, Honduras, en 1881, publicados por primera vez en la citada obra de Bernardo Gómez Toro, *General Máximo Gómez. Revoluciones... Cuba y Hogar*, pp. 279-294.



No olvides nunca, hija mía, que la gratitud es el sentimiento más dulce que conmueve el alma, que agrada a Dios y que siempre ha procurado conservar en su corazón, tu padre que te ama,

Máximo Gómez

* * *

Hay en medio del mar Caribe allá en el Atlántico, una isla (la geografía te la enseñará) que se llama la Isla de Santo Domingo, tan rica y tan bella, que un tiempo fué designada “La Primada de las Indias”.

Las brisas de aquel mar siempre inquieto, mecieron mi cuna; allí nací, y aquella tierra, que quizás no vuelva a pisar, es mi patria.

Mis padres que fueron honrados y virtuosos, sino ricos gozaban por lo menos de posición acomodada y decente. Y como yo era el único varón, fuí desde luego el principal objeto de su cariño y cuidados, y de este modo mi existencia se deslizaba dulcemente en medio de las caricias del paternal amor.

El ciego cariño que mi madre me profesaba, contribuyó no poco a que mi ilustración fuese menos que mediana, pues no querían separarme de su lado, ni que mi padre me enviara a un colegio extranjero, y fué mi profesor el cura del pueblo, que era mi padrino, íntimo amigo de la familia, y que daba muestra de sentir tierno y sincero afecto por mí.

Este hombre, aunque bastante instruído era de atrasadas ideas, como lo ha sido siempre la gente de sotana, y mi educación primaria, única que pude alcanzar fué puramente religiosa —con mucha más razón, que mi madre como todas las demás mujeres de aquel país, era un tanto fanática y acariciaba la idea de que yo adoptase la carrera eclesiástica.



No obstante todo eso, yo no me sentía muy inclinado a ella; pero jamás me atreví a manifestar lo contrario, por no causar pena a mi madre, a quien tanto amaba.

Así corría el tiempo para mí, cuando en el año 1855, que ya contaba yo diez y seis años, un día, la banda militar de la guarnición de la plaza, a una hora inesperada tocaba marcha por las calles del pueblo. Se publicaba con gran pompa y solemnidad, un decreto del Gobierno, llamando a las armas a todos los hombres de la República, sin distinción de clases, ni categorías, y de la edad de 15 hasta 50 años.

Hacía algunos años que sostenía una guerra con la vecina República de Haití, en la cual las armas dominicanas habían quedado siempre victoriosas; pero esta vez el negro poder de Haití, con el descabellado propósito de sostener bajo su dominación el territorio dominicano, levantó un ejército de más de 20,000 hombres, y marchaba con gran aparato de guerra como un futuro invasor. Esta era, pues, la causa poderosa que obligó al Gobierno a dar aquel perentorio decreto.

La patria está en peligro, decía el decreto, y sólo la decisión y patriotismo de sus hijos podía salvarla de un rudo golpe, no de su pérdida porque eso era imposible.

No se necesitaba más para que el entusiasmo cundiese en todas las clases de la sociedad y sobre todo, en la juventud, dispuesta siempre a las grandes impresiones.

Apenas el oficial que leía el decreto terminó, dando un viva a la patria, varios jóvenes en confuso tropel se dirigieron al palacio del Gobernador de la Provincia a inscribir sus nombres en los batallones de voluntarios, y yo era uno de ellos, que olvidando los libros y los cuidados de mi madre, no pude resistir al impulso del sentimiento nacional.

Una lucha terrible tuve que sostener entre las lágrimas de mi madre y el deber ante la patria; y te confieso, que muchas veces me sentí débil, y quien sabe si las primeras hubieran triunfado, si mi padre, de carácter severo, no me hubiera apoyado con su



silencio, hasta que últimamente, en una conferencia doméstica que tuvieron en presencia mía, para tratar del asunto, le dijo: *“dejadlo acudir a llamamiento de la patria ya que yo soy tan desgraciado, que por mi edad y mis achaques no les son útiles mis servicios”*.

¿Qué más se quería oír? Aquella entusiasta y superior aprobación de mi anciano padre, bastó no sólo para tranquilizar mi pobre corazón, sino para que hiciera subir de punto mi entusiasmo y decisión.

Traté de consolar a mi madre, y ella bien pronto se resignó, como sucede casi siempre, cuando el convencimiento de lo irremediable penetra en nuestro ánimo.

Tres meses duraron los trabajos de organización de los batallones de voluntarios, que fueron de goces y de placeres para mí: —aún lo siento al recordarlos, pues hay ciertas impresiones que recibe el corazón cuando está joven, que no pueden borrar los años.

No había en aquellos momentos música más sonora y dulce para mí, que el sonido penetrante del clarín y el ronco son del tambor; ni salón más lucido y elegante, que el destinado a la limpieza del armamento y a los primeros manejos de las armas.

Mi orgullo y el de todos mis compañeros fué el vestir el traje de campaña.

Por fin, organizado todo, se emprendió la marcha, y abrazando a mi madre y hermanas, de cuyos brazos pude arrancarme haciendo un supremo esfuerzo, me despedí de todos, besando también a mi padre.

Este, en su solicitud paternal, no se olvidó de recomendarme a sus muchos amigos, que hacían parte del ejército, pero con especialidad a un General íntimo amigo suyo (Contreras).

Entraba yo, como tú comprenderás, en una vida enteramente nueva, pero tan repentinamente, que mis compañeros se reían. Porque yo la llamé transición eléctrica. Había de un solo brinco salido de un polo y caído en el otro.



Separarme del regazo de mi madre amorosa, que me hacía rezar el rosario todas las noches, y seguir para la cama, al capricho del sacristán, cuando a éste se le antojaba dar las nueve muchas veces a las ocho, y en fin, del buen cura que me hacía creer en el juicio final y en las penas del purgatorio: de todo esto repito, separarme para trasladarme al cuartel y al campo de batalla; me parece que la distancia era considerable.

Cambiar la voz tierna y dulce de mi madre, por la enérgica y dura del capitán: las inocentes sonrisas y pláticas, también inocentes, de mis hermanas, por las groseras carcajadas y palabras descompuestas del soldado: el buen cura por el sargento de la compañía, que no sabía reprender instruyendo: los libros de moral, por la ordenanza militar y la táctica; el incensario por el fusil; la blanda cama por el duro suelo; en fin cambiar todo lo dulce por todo lo amargo.

Sin embargo te confieso que nada de eso me causó ni tristeza ni miedo, y solamente una vez más que otra, me asaltaba el recuerdo de los míos. Así es el corazón de los jóvenes ávidos de aventuras y peripecias.

Quedé, pues, en completa libertad de dar rienda suelta a mis pasiones y dueño absoluto de mis acciones, según la línea de conducta que me aconsejaron los ejemplos, no muy edificantes, de gente de guerra en campaña. Pero no sucedió así, porque ¡ay! cuánto valen en un hombre las máximas de honor y virtud, que una buena madre deposita en su corazón de niño: en semejante escudo se estrellan toas las tentaciones del vicio y la corrupción

Por eso debemos creer que el hombre que no ha tenido una mano bienhechora que lo dirija en los primeros pasos de su vida, por malo que sea, antes de condenarlo, es más justo compadecerlo.

Yo no olvidaba nunca a mi madre, y su solo recuerdo me hacía ser bueno. Tengo placer en decirte que cuando abandoné aquellos campos quedé virgen de todo vicio, y esta conducta me



granjeó no pocas consideraciones. Ascendía al grado de Alférez.

Reunido ya el ejército en las fronteras, se aguardó al enemigo, que no tardó mucho en presentarse, y se dió la gran batalla, nombrada allí de “Santomé” (ese es el nombre de los llanos donde se dió). Las armas dominicanas quedaron triunfantes, y aquel enemigo fué deshecho.

Mi batallón pudo distinguirse, y varios jóvenes fuimos agraciados, cuya distinción nos dejaba ligados a las fuerzas permanentes del ejército, que en mi país quiere decir soldado por toda la vida.

Limpias de enemigos las fronteras, el ejército debía retirarse, dejando como es costumbre, aquéllas cubiertas con algunos destacamentos, y a mi batallón tocóle prestar ese servicio. Así fue cuando la mayor parte de mis compañeros iban a abrazar a los suyos, y a pasar alegres y orgullosos bajo los arcos del triunfo que había levantado el entusiasmo y agradecimiento nacional a los hijos de la patria vencedores, yo y otros quedábamos allá lejos en el aislamiento y la soledad.

Te confieso que fué la primera vez de mi vida que me sentí profundamente triste.

Me horripilaba el silencio y soledad del campamento, después de la retirada del ejército: yo les decía a mis amigos: –esto es un cementerio y nosotros somos muertos que hablamos.

Teníamos que esperar tres meses para ser relevados, pero yo tuve necesidad de abandonar antes mi puesto por una causa inesperada y triste para mí. Un día el General, Jefe de la línea, dió orden al Capitán de mi compañía para que yo pasara a su oficina, e inmediatamente que fui, puso en mi mano un salvo conducto y una carta.

La carta era de mi madre, anunciándome que estando mi padre gravemente enfermo, había fundados motivos para temer por su vida. Ella se había valido de amigos influyentes para conseguir la licencia.



No habían transcurrido dos horas y ya iba yo en camino, y diez o doce días después entraba por la puerta de la casa paterna, que encontré desolada y triste.

Corrí al lado del lecho de mi padre, y allí estaban mi madre y mis hermanas, llorosas y llenas de pesar.

Mi padre aún vivía, pero en los últimos instantes de su vida. Sin embargo con bastante lucidez aún, me dió algunos consejos y me dijo: *“te esperaba para despedirme de ti; no puedo vivir más pues siento que la vida se me acaba”*. A las doce de la noche de ese mismo día expiró.

Este golpe me impresionó hondamente, no solo por la pérdida de un padre tan bueno, sino porque temía por la vida de mi madre, que había sufrido tanto por mi peligrosas separación, y la muerte de mi padre vino a poner el sello a sus sufrimientos.

Conseguí que se me prorrogase mi licencia por algún tiempo, y así pude ocuparme de algunos negocios que aunque no los había dejado mi padre encomendados a mi exclusivo cuidado, como mi madre me tenía tanta confianza tuve que entenderme en ellos.

Poco tiempo después tuve que volver a las filas del ejército, y ya en esa época se había desarrollado en mi patria el maléfico espíritu de partidos. Como era consiguiente tuve que seguir la corriente de los acontecimientos políticos que con frecuencia se sucedían, y me ví envuelto muchas veces en peripecias peligrosísimas.

El huracán de las guerras civiles, que todo lo arrasa y conmueve, ha dejado la ruina en aquel país, y muchas familias acomodadas y de posición quedaron en la miseria y el abandono.

Mi madre fué una de ellas: las revoluciones devoraron el regular patrimonio que mi padre nos legaba, y caímos en la miseria.

Era el año de 1861, cuando tuvo lugar allí un acontecimiento inesperado y sorprendente: Santo Domingo se anexó a la



monarquía de España, y aquel suceso trajo a poco tiempo la guerra que hizo que aquella la abandonase nuevamente.

La anarquía y el desorden amenazaban concluir todo; y yo tuve que refugiarme en Cuba trayendo conmigo a mi madre y dos hermanas.

Acosado por la miseria y el pesar, lejos de mi patria, busqué en los campos de Cuba en rincón donde trabajar, descansar de vida tan azarosa, y me establecí en la jurisdicción de Bayamo.

En un pequeño caserío que se llama *El Dátil* experimenté el dolor de perder a mi madre, anciana ya, más que por su edad, por sus sufrimientos. Cuando esto aconteció; corría ya el segundo tercio del año 1868, y se trataba de adelantar los trabajos de conspiración cubana y en la cual me encontraba yo iniciado tanto por sentimientos como porque había palpado los sufrimientos y las vejaciones del pueblo cubano.

Consideré hermanos míos a los hijos de Cuba, y me sentí dispuesto a seguir con ellos en la independencia de su patria.

Un lazo más vino a unirne fuertemente a la causa de Cuba que desde entonces consideré como mía.

Conocí a tu madre, la amé, y segura ella de la sinceridad de mi afecto, me amó también y bien pronto nos unimos.

Desde entonces fui más feliz, con la esperanza de que tendría una segunda patria si el triunfo era seguro, como debía esperarse; pero ¡ay! el destino otra cosa nos tenía reservada.

En Octubre 10 de 1868, se dió el grito de levantamiento, y principió la lucha más titánica que registra la historia de América.

Diez años de constantes combates y llenos de miles y miles de peripecias horribles y sangrientas, duró la guerra, y allí en medio de tantos peligros y zozobras, viste tú la luz; allí en los campos libres de Cuba, naciste bajo el humo de las batallas. La estrella solitaria alumbró tu cuna.



Tu madre jamás quiso abandonarme y me seguía a todas partes. ¡Cuánto no pasaría!

Te contaré un episodio tristísimo de tu vida, que siempre recordamos ella y yo con pesar.

Una vez –apenas contabas tú treinta días de existencia– por la delicadeza del estado tuyo y de tu madre, me fué preciso dejarla oculta en una montaña, al cuidado de tu tío, que bien conoces y a quien le debes tanto como a mí.

Yo tenía que separarme para cumplir órdenes en otra comarca distante, a donde marché.

Los españoles, que perseguían tanto a tu madre como a mí, con la esperanza de que una vez en su poder, sabiendo cuánto la amaba, sacarían algún partido de mí, por debilidad, no desperdiciaban ocasión de querer lograr su intento, y por doquiera que sospechaban que ella pudiese estar, lanzaban espías, y esta vez como otras, descubrieron su escondite.

Una guerrilla mandada con tan inicuos fines, asaltó el rancho donde estaba.

Tu tío no se encontraba allí en aquellos momentos, pero la Providencia le había enviado un pequeño, pero poderoso auxilio, que la salvó de caer en poder de aquellos forajidos.

Un oficial del Ejército Libertador con dos soldados, que desempeñaban una comisión de servicio, por una casualidad llegaron allí a tomar descanso unos momentos, al mismo tiempo que la gente enemiga desembocaba por la senda que conducía a la choza.

El valiente oficial y los dos soldados, al sentir ruido, se prepararon y dieron el “¡*Quien vive!*” El Jefe de la guerrilla contestó: “¡*Cuba!*” Era un engaño. “¡*Alto!*” Gritó el cubano, haciendo fuego en seguida, porque conoció que era el enemigo disfrazado: –no era muy fácil engañar el ojo avizor de aquellos hombres que combatían a todas horas del día y de la noche. Entonces se trabó allí un rudo combate de tres contra veinte. Mientras tanto que aquellos tres valientes le disputaban el paso



al enemigo, tu madre, contigo en sus brazos, y ligera como una gacela, huyó hacia el lado opuesto, descalza y cubriendo con su cuerpo el tuyo, para que el plomo enemigo que silbaba a su alrededor cortase primero su vida que tu existencia.

Nada es comparable con el amor de una madre.

Ella no debió correr, sino volar.

Pocos instantes después, en el fondo de una quebrada del terreno, cayó exánime y extenuada. Ella me cuenta que no sabe cuánto tiempo le duraría una parálisis que se apoderó de todo su ser; que tal vez más preocupada por tí que por ella misma, pudo dominar, y no perdió del todo el uso de los sentidos, pero que le parecía encontrarse en un mundo de tinieblas, y un sordo rumor atormentaba sus oídos.

Cuando recobró de nuevo todas sus facultades, ya no oía nada: el fuego había cesado, y vió que te tenía oprimida fuertemente contra su pecho. ¡Santa inocencia! Tan tranquila que dormías y sobre tu cabeza de ángel estaba levantada la sangrienta e insaciable segur enemiga, para cortar tu vida en flor.

Vió tu madre sus vestidos desgarrados por las breñas del matorral, y entonces pensó que no era posible que con sus delicados pies descalzos hubiese hecho huella alguna sobre las hojas secas del monte, pero temió que los girones de su vestido, que habían quedado en su huída, dejaran marcado el rumbo de su carrera, y el enemigo bien pudiera seguirla. Entonces más llena de pavor y espanto, trató de alejarse de aquel lugar, procurando no dejar rastro ni señal alguna.

Sin dudas eras tú el ángel que salvándola a ella te salvabas tú también, como lo verás por la narración que seguiré después, pues la interrumpo, dejándote a tí en los brazos de tu madre, errante en la desierta montaña, sin encontrar ni siquiera una fuente donde apagar la sed que la devoraba, para referirte lo que aconteció en el rancho, o mejor dicho, en tu agreste cuna, con



aqueños defensores de tu patria, de la vida de tu madre y de la tuya misma, apenas despertada del no ser.

Tu tío que llegó poco después al lugar del siniestro, me ha referido el caso.

El estaba a alguna distancia de allí porque había ido en solicitud de un poco de miel de abejas, único alimento y poco abundante que se podía conseguir, porque el enemigo, de intento nos había destruído todos nuestros recursos.

No era tanta la distancia a que se encontraba tu tío, que le impidiese oír el nutrido fuego de la refriega, y al momento, conocedor del terreno, comprendió que era hacia donde había dejado a tu desamparada madre; pero lo que no se explicaba era lo nutrido y prolongado del tiroteo, puesto que, si bien al enemigo le era dado dirigirse donde quisiera, no así a los cubanos armados que teníamos gran cuidado de no frecuentar las zonas que ocupaban las indefensas familias y nuestros heridos, para no llamar allí la atención del enemigo –y si lo hacíamos era con sumas precauciones. Sin embargo, no vacilé, y emprendió ligero su carrera al punto del combate.

Pocos momentos después cesó el fuego y ya no oyó nada más; siguió con las precauciones del caso y al acercarse a la choza sintió rumor, se acercó más y entonces conoció que era el enemigo. Escondido por entre los árboles de la espesura les hizo fuego, y aquel se lo contestó en retirada a paso ligero; sin duda creyó que eran exploradores de alguna fuerza mayor.

Sucedió el silencio al ruido de los disparos y gritería y entonces pudo reconocer el campo.

Vió el cadáver mutilado del oficial cubano, con la cabeza separada de su tronco, que no encontró y más allá un soldado muerto y a medio enterrar, perteneciente a la guerrilla enemiga, hechos tiras todos tus pobres pañales y la poca ropa que tu madre poseía; habían tratado de prenderle fuego a la choza, pero siendo ésta de hojas verdes de palmeras no llegó a arder.



Le dió, como pudo, sepultura al cadáver del oficial, tu defensor, y después pensó que tu madre no debió caer en poder del enemigo por haber, quizás, tenido tiempo de emprender la fuga mientras aquel hombre solo, se batía.

Lleno de esperanza con esta suposición, principió a explorar el terreno en todas direcciones, hasta que descubrió algunos girones del vestido de tu madre que le indicaron la dirección de su huída, mas enseguida se desconsoló, pues sobre sus mismos pasos y siguiendo las mismas señales, se trazaba el paso de la guerrilla española, que había entrado y vuelto a salir parecía indicar que le habían dado alcance y motivos para creer que era inútil toda tentativa de encontrarla.

Dios debió haber tocado al corazón de tu tío, que no obstante le instó a seguir adelante, hasta donde llegó el enemigo en su marcha de retroceso –y allí nada vió que reanimase sus esperanzas ya perdidas.

Sin embargo, lleno de pavor y miedo, loco, maquinalmente, trató de hacer una pesquisa circular en aquel punto, y entonces se encontró a algunos pasos, uno de tus botincitos que al emprender tu madre la segunda carrera, se te había salido y ella no lo notó. Este fué un rayo de luz para tu desolado protector, pues creyó desde luego que ella y tu se habían salvado, puesto que cerca de aquel precioso objeto no había pisada humana.

Ya entonces, más animado y con esperanza, siguió un poco más y vió en la arena de la quebrada, la huella del pie desnudo de tu madre.

Con este segundo indicio desaparecieron todas sus dudas y creyó firmemente que estaba salvada del enemigo y que vagaba por la montaña –y entonces un horrible y nuevo temor le asaltó; si no la encontraba pronto y pasaba ese día y otro día y otros, ¿qué sería de ella y de ti? El punto que yo había escogido para dejarlas, estaba desierto, por lo menos veinte leguas a la redonda; –no había esperanza de encontrar ningún ser viviente que la protegiera y sí más bien al enemigo que todo lo invadía.



Tu tío me dice que este pensamiento no lo anonadó. Siguió siempre, y no encontrando más que vestigios, continuó buscando a la ventura dando voces de cuando en cuando.

La noche se aproximaba y nadie contestaba a su llamada y ni encontraba huella ni señal alguna, cuando un silbido a poca distancia llamó su atención y miró; eran dos hombres armados tendidos debajo de un árbol y nada menos que los dos soldados que se habían batido al lado de su Capitán hasta consumir su último cartucho, y muerto aquél, no pudieron recoger su cadáver, porque apagados sus fuegos, el enemigo se les echo encima.

Entonces, ellos le aseguraron más, de que tu madre, llevándote a tí en los brazos, había tenido tiempo suficiente de emprender la fuga.

El oficial muerto se llamaba Lorenzo Carmel; fija, hija mía, este nombre en tu memoria y tu corazón, y pide a Dios que su espíritu se haya remontado a la región de la verdad y de lo imperecedero.

Los dos soldados se llamaban Julio Díaz y Francisco Cruz; ignoro su paradero o si son muertos.

Dos días con sus noches anduvo errante tu afligidísima madre perdida y sola por la desierta montaña, sin ningún alimento y sin encontrar por desgracia, ni siquiera una fuente o arroyo en que apagar la sed que la consumía.

Ya tú llorabas de hambre porque sus pechos se secaban y de noche no tenía con que cubrirte, y también llorabas de frío.

Al segundo día de tanta agonía y de tanta congoja que a no ser ella dotada de un espíritu fuerte debió haber sucumbido y cuando ya casi exánime, porque me dice ella que principió a perder toda esperanza, oyó a lo lejos una voz (¿cuál sería la impresión que sintió?), que aunque contestada por la suya débil y de mujer, no era posible que la oyesen.



La voz continuó y se aproximó hacia ella, que la contestaba con esfuerzos. A poco tiempo, por entre la espesura del monte, se destacó la figura de un hombre.

Era tu tío.

Ni ella, ni él, nadie, podrán explicar las emociones que ambos sentirían. Quizás tú puedes darte una idea como me la doy yo: hay cosas que no se pueden expresar, porque en mi concepto, el lenguaje humano está muy atrasado y aún no ha podido encontrar el hombre con qué designarlas y explicarlas. Las siente el corazón, las percibe el alma, los ojos las ven, los oídos las oyen; pero la lengua se queda muda. Cuanto más puede articular algunas veces es un ¡ay! pero nada más. Los ojos lloran, desahogo del alma que ha sufrido, y después queda el silencio, pero más elocuente que todas las frases humanas juntas.

Tu tío, como pudo, la llevó donde había otras familias, no sin gran trabajo.

Yo estaba a setenta leguas, y cuando recibí noticias del suceso, ya tu madre y tú estaban en más seguridad, pues un General amigo mío y padrino tuyo, Calixto García la había amparado.

A pocos días las mandé conducir donde yo estaba, y entonces, te besé y oí conmovido, de ella y de tu tío, la relación que acabo de hacerte.

Seguía y seguía la guerra cada día más encarnizada, y ni un solo patriota llegó a dudar del triunfo definitivo de la revolución que la duración de aquella sangrienta contienda parecía asegurar.

No debo sobrecoger tu tierno y cándido corazón, con el relato de las terribles escenas que tuvieron lugar en aquellos campos de Cuba, donde viste la luz por vez primera; tampoco es ese mi propósito.



Yo ayudaba con tanto ardor y tal decisión a la conquista de la independencia de tu patria que ni un día, ni una vez me sentí siquiera fatigado, mi espíritu, ensanchado siempre por su grandioso y bello ideal vivía mecido en mis sueños de porvenir y de gloria. No me preocupaba más que la ambición de, ayudando a hacer una patria libre, conquistar un nombre glorioso que legar a mis hijos.

Pero tanta sangre vertida y tantos sacrificios consumados, fueron inútiles: la muerte de tantos valientes que ví caer a mi lado, fué estéril y el sacrificio de tantos mártires que ví sucumbir nada valió para hacer que aquel pueblo, más servil que ignorante, desgraciado, se levantara en masa.

Eramos un puñado porque nos dejaron solos: los que no se quedaron a los pies de su señor huyeron al extranjero –y una revolución tan hermosa que llamó la atención del mundo entero, por lo grande y sublime de sus principios y por su larga duración en la lucha, vivió agonizando, al fin murió, y se enterró su cadáver en el tratado del Zanjón.

Este fatal suceso llenó mi corazón de pesar y dejó mi alma tristemente abatida.

En tal situación, determiné abandonar aquella tierra donde tantas esperanzas había concebido, donde había gastado mis mejores años, consumido mis fuerzas, y donde, en fin, nada me quedaba que hacer.

El país más cercano era la colonia inglesa de Jamaica, y allí dirigí mi rumbo, acompañado de tu sufrida madre, de tus hermanitos y de tí.

La única riqueza con que contaba eran ustedes: mi salud se encontraba notablemente afectada y no teníamos un pan que comer. Mi situación era tristemente difícil; –los españoles lo conocieron y me ofrecieron oro, pero yo prefería la muerte de ustedes mismas y rechacé su oro antes de cometer una indignidad.



Nos encontrábamos sin patria, sin hogar, ni amigos, ni pan, y sin siquiera podernos entender con los hijos del país, por no conocer su idioma.

Era poco menos que si hubiéramos naufragado en un país desierto.

Pero oye aún más, y verás cuánto se pasa sobre la tierra cuando al destino le ocurre divertirse con nuestras desgracias. Entonces sólo hay un recurso y se encuentra un consuelo: una conciencia tranquila, y un corazón limpio.

Esto me valió a mí, para no sentir mi ánimo abatido en aquellos aciagos días que recuerdo con tristeza.

Había en la Isla de Jamaica más de mil cubanos de todos los sexos y edades, y en su mayoría aptos para tomar armas; pero que no habían querido ir a la lucha.

Al llegar al seno de aquella emigración la noticia de la paz de Cuba, se sublevó en contra de los que hacía 10 años que estábamos en los campos de aquella tierra, luchando por hacerles patria.

Creyéndome a mí de tanta significación y poder para haber detenido los acontecimientos que precipitaron aquel suceso, fui desde luego el blanco de su encono, hasta el extremo de calumniarme que yo había recibido oro español. Yo, que en aquellos momentos lloraba porque ustedes me pedían pan y yo no tenía pan para darles.

Pensaba yo que al llegar entre aquella emigración llegaría cerca de mis hermanos y juntos lloraríamos la pérdida de Cuba desgraciada y tendría derecho a alguna consideración. Pero no fue así: —el desprecio y la calumnia me recibieron en la colonia inglesa.

Me fué preciso escribir un folleto, relatando los hechos y cuál fué mi conducta en aquel desgraciado asunto, y la opinión entonces se volvió favorable.

¡Pero cuánto sufrí y devoré en silencio, mientras tanto!



Me fuí al campo: un inglés, un judío, me arrendó un pedazo de tierra; me puse a ararla.

Una pobre choza de paja era nuestra habitación. Cómo logré alimentarlos a ustedes el tiempo que duró aquella situación yo mismo no me lo explico. La Providencia nunca abandona a los hombres honrados.

Un día se me apareció un hombre a la puerta de mi choza y me dijo: *“–Yo soy amigo tuyo, te conozco, y allá lejos hay otro hombre que también será tu amigo porque lo es mío: –le he hablado de tí y te ofrece su generoso amparo”*.

El hombre que así se explicaba era José Joaquín Palma: el otro Don Marcos Aurelio Soto.

En la situación que yo me encontraba, te confieso que no había pensado en nada. Abrumado por los desengaños y la miseria, me pareció de debía acabar mis días en la oscuridad, alejado de todo el mundo, y solamente algunas veces, al verlos a ustedes, me aterraba la idea del porvenir que les aguardaba, con semejantes resolución mía.

Palma me animó con su sincero ofrecimiento, y luego pensé que el hombre honrado no debe avergonzarse de admitir los favores de otro hombre honrado también, cuando la fortuna le sea tan adversa que a ello le obligue: determiné, pues, pasar a Honduras.

Inútil es decirte que el mismo Palma llevaba los recursos para nuestro viaje.

El Dr. don Marcos A. Soto, Presidente de esta República me recogió, por decirlo así, como un triste despojo de aquel pequeño ejército que combatió por la libertad de un pueblo, y me dió colocación en el de su patria; me ha colmado de consideraciones, y debido a tan franca y generosa protección, nuestra situación cambió, y abandonamos la colonia, hemos venido a vivir en la República, en un pueblo de hermanos.

Nuestro agradecimiento debe ser profundo y eterna nuestra gratitud.



Yo debo morir dejándolos a ustedes, porque así está indicado por el orden natural de las cosas, y desde ahora para entonces, os dejo recomendada deuda tan sagrada.

Ellos también, como yo, tienen hijos que aman, y a esos toca la herencia de sus padres. –Procura, hija mía, en todo el curso de tu vida, buscar siempre la ocasión de corresponder, de un modo digno para tí y para ellos, con afectuosa gratitud a los beneficios recibidos.

Dirige tus hermanos al mismo fin y yo les bendeciré desde la mansión donde me encuentre, cuando los deje aquí para reunirnos después.

Tu amante padre:

Máximo Gómez.



El viejo Eduá o mi último asistente*

Máximo Gómez**

!La guerra de Cuba! ¡Qué guerra aquella tan llena de grandes pequeñeces y de pequeñeces asombrosas por sus grandezas! Así son todas.

Cinco años habían transcurrido, y día por día alumbraba el sol los episodios más sangrientos, las escenas más conmovedores, de aquel combate permanente que sostuvo Cuba con sin igual bravura para conquistar su independencia. Se combatió con denuedo y sin descanso largo tiempo y se hicieron asombrosos esfuerzos de valor por los que se atrevieron a luchar.

En aquella guerra sostenida por la santa indignación de los menos, nacida e innecesaria y brutal opresión bien armada de un pueblo entero, tuvieron lugar hazañas heroicas de diferentes modos y maneras. De mil modos se le puede servir a la patria. Lo esencial es servirla.

La lucha era por demás desigual. Cuba, encolerizada y enloquecida, con el corazón herido por tantos dolores y ofendida su dignidad con tantos ultrajes, no se aprestó bien para aquella batalla, y sobrante de fé y entusiasmo, pero sin fusiles ni pólvora se levantó para sacudir su oprobiosa tutela. No quiso otra cosa España y abocó sobre ella todos sus cañones y con ellos todo el refinamiento de la matanza y el exterminio para

* Escrito en la Reforma, Laguna Salada, Guayacanes, República Dominicana, en julio de 1892, publicado por primera vez en la citada obra de Bernardo Gómez Toro, *General Máximo Gómez y Báez, Revoluciones... Cuba y Hogar* 1927, pp. 33-57.



saciar su venganza y producir el terror sin comprender que las revoluciones ni se asustan ni se exterminan.

¿Cómo matar una idea?

Cuba sigue erguida y poderosa solamente por el derecho y la razón que le asisten, pero sus defensores no tenemos armas, y el derecho y la razón contra la tiranía, no significan nada cuando no son pregonados por la voz de los cañones. Sin embargo, aquel alzamiento asustó a los españoles y se quedaron un instante a la defensiva, mientras hacían sus aprestos de guerra.

La revolución, ¡funesta ilusión! se durmió sobre sus primeros laureles, y hasta llegó a ser –cosa extraña en aquellos momentos de loco entusiasmo– magnánima y generosa con sus propios enemigos, pagando más tarde, y muy caro, su cordial entusiasmo. “¡Ay de aquel que es humano y conspira!”

No se hizo esperar mucho tiempo el látigo de la guerra que España despiadada debía dejar caer encima de la colonia sublevada, y un cuerpo de ejército de tropas regulares que comandaba, como General en Jefe un hijo o hermano del Duque de Alba, sin dudas se aproximaba sobre la margen derecha del caudaloso Cauto: el General español que más sangre derramó en Cuba, y que más ayes arrancó, y más lágrimas hizo verter a la mujer cubana, General y Conde por añadidura, para ser más fiero: era Valmaseda, que venía dispuesto a exterminar en la heroica Bayamo la Revolución. ¡Cómo sí las revoluciones fueran un solo punto y una sola fuera su cabeza! La Revolución de Cuba no está sólo en el corazón y la mente de sus hijos, está en sus brisas, en sus palmas, en sus arroyos, en sus cavernas y está en toda la América.

Se quiso poner resistencia a aquel cuerpo de ejército y se empeñó el propósito de impedir el paso del Cauto al Conde de Valmaseda. Empresa temeraria por cierto: un ejército de desarmados enfrentarse a otro ejército erizado de cañones y bayonetas. No puede haber mayor arrojo, más inaudito.

Yo me encontraba a la sazón disputándole otro paso del Cauto –Palma Soriano, en Oriente–, a Campillo –segundo tomo



de Boves, aunque no tan valiente, que con una fuerte división también forzaba marcha hacia el interior a darse las manos con **Valmaseda**: ésa era la combinación. En “La Cuchilla” de Palma Soriano, le tuvimos detenido diez días, hasta que refuerzos llegados de Santiago de Cuba le ayudaron a continuar.

Los generales Donato Mármol y Modesto Díaz mandaban de consuno el ejército de operaciones contra Valmaseda.

A tres o cuatro mil llegaría el número de patriotas con más de 2,000 libertos desarmados unos y mal armados otros, con pésimos machetes y viejas escopetas. Aquella masa de hombres indefensos se arrojó sobre los cañones de Valmaseda: la metralla hizo su carnicería espantosa, muchos se abrazaron de los cañones. Los patriotas al fin se retiran y el Conde plantó su tienda, triunfante según él, sobre los escombros humeantes de la heroica Bayamo.

A Bayamo seguramente reservará la Historia una página tan honorable como gloriosa. Aquel pueblo no se reservó nada: todo, absolutamente todo lo ofrendó a la Revolución. Sin distinciones de clases ni categorías, la población en masa, sin quejas y sin esfuerzos, más bien con altanero orgullo y satisfacción extraña y digna a la vez, abandona el campo al enemigo poniendo fuego a sus hogares.

Tal acto de asombroso sacrificio confundió al Conde, cuyo primer impulso fué mandar a preparar cuarteles en la vecina villa de Manzanillo para ir allí a alojar su ejército. Pero tamaño desaire debía ser castigado a fuego y sangre, y eso propuso después. Puso en práctica la persecución más despiadada y feroz, cebando su rabia en aquella masa de poblaciones indefensas que errante vagaba por las montañas y las selvas, teatro de las escenas más crueles de sangre y dolor.

Valmaseda, a mi juicio, no nos hizo daño en cierto sentido. Aquel Boves de su época, ayudó al afianzamiento de la idea, a lo verdaderamente definitivo de la Revolución, al “*diente por diente*” de la revoluciones cuando son buenas porque son implacables con sus enemigos; de otro modo, es decir, cuando demasiado sensibles y generosos, los pueblos no les cantan



himnos como “La Marsellesa” ni les levantan altares como la guillotina. Entonces tal parece que los pueblos no tienen plena conciencia de sus derechos y anda escasa en ellos la dignidad.

De la masa aquella de patriotas desarmados que en forzosa retirada dejaban libre el paso a las huestes devastadoras del Conde, los 2,000 libertos llenos de espanto se dispersaron por todo el territorio insurreccionado, y muchos de ellos todavía aún ciegos pues no había tenido tiempo de alumbrar su cerebro la antorcha de la libertad se presentaron a sus antiguos dueños.

Eduá, el viejo Eduardo, de 60 años, formó parte de aquella masa arrollada con la metralla y después dispersa; pero él guardó la fé en su corazón y siguió vagando entre el torbellino y la matanza de la guerra.

Atacada la Revolución por todas partes, España empleó todos los elementos de que podía disponer, que eran muchos.

Le puso sitio. Cuidóse muy mucho de aniquilar en perjuicio nuestro todos los recursos del propio suelo, al mismo tiempo que atenta y vigilante impedía que no viniesen de fuera. Y, sin embargo, la Revolución no pudo morir. ¡Ay de España si Cuba, como deberá suceder, se levanta para que se cumpla su destino! ¡Españoles, o quedaos con nosotros como hermanos o arreglad la maleta!

Del acosamiento y la persecución sin descanso, de la matanza sin piedad, de las terribles y constantes privaciones, de todo eso, grande y feroz, resultó otra cosa más poderosa e incontrastable y sublime: la necesidad. Ésa es una madre severa, pero buena. España no supo lo que hizo. Nos enseñó a pelear de firme. Llegando a los extremos, nos hicimos seriamente cargo de nuestra situación, y la aceptamos. Hubo más, la amamos. ¡Qué amor tan grande! El combatiente amó a la montaña, el matorral, la sabana; amó las palmas, el arroyo, la vereda tortuosa para la emboscada; amó la noche oscura, lóbrega, para el descanso suyo y para el asalto al descuidado o vigilado fuerte enemigo.



Amó más aún la lluvia que obstruía el paso al enemigo y denunciaba su huella; amó el tronco en que hacía fuego a cubierto, y certero; amó al rifle, idolatró al caballo y al machete. Y cuando tal amor fue correspondido y supo acomodarlo a sus miras y propósitos, entonces el combatiente se sintió gigante y se rió de España. España estaba perdida. No sé qué genio fatídico batió sus alas sobre Cuba. Caprichos siniestros y menguados del destino.

Casi no nos explicamos El Zanjón, cuando nos ponemos a pesar situaciones...

En alas de mis amados recuerdos me desvíó, sin advertirlo, de la hilación verdadera, del relato sobre mi futuro viejo asistente, Eduardo. Perdonen mis lectores, pero probaré a encontrarlo. Soy buen práctico de Oriente, donde debe hallarse.

Había transcurrido el tiempo –¡se vivía tan aprisa!– olvidándonos muchas veces hasta las fechas; tan llenas de emociones diversas pasamos aquella vida, siempre al trote, unas veces detrás del enemigo y otras veces delante.

Ya yo tenía casi olvidada la sangrienta y asoladora invasión del Conde de Valmaseda a Bayamo y una casualidad insignificante al parecer, me hizo recordar aquel fatídico suceso. Advierto que tampoco en una guerra como la que sostuvo Cuba pasaba nada insignificante y que no tuviera su importancia relativa, del propio modo que no hubo un solo hombre que fuera completamente inútil. De ahí aquel heroico axioma: “si no sirvo para matar, serviré para que me maten”.

Explicaré el caso, pero antes es preciso citar antecedentes.

La muerte natural del general Donato Mármol, jefe que comandaba el ejército de Oriente, fué causa de que yo abandonara por orden superior del Gobierno, el mando de la División, ya bastante veterana, con que sosteníamos la campaña de Charco Redondo al sur de Jiguaní. Los españoles en Oriente, como en el Camagüey, al saber la muerte del invicto General trataron de aprovechar el desaliento y el desconcierto, que torpemente suponían pudiera acontecer en aquellas tropas ya



aguerridas por la falta de su Jefe. En las revoluciones pocos hombres son necesarios. El que se crea eso está en un ridículo error.

Trataron, pues, de activar sus operaciones en toda aquella parte que por nuestra organización territorial se denominó Departamento Oriental. Reforzaron sus campamentos y puestos fortificados y establecieron otros más, multiplicaron sus columnas y guerrillas en operaciones, y fué más activo y cauteloso su sistema de espionaje.

Los batallones más aguerridos, probados prácticos ya en aquella comarca, marcharon enseguida a engrosar las filas de aquel ejército exterminador y sanguinario.

En las guerras, como es sabido, los lugares, como los hombres, adquieren, por los sucesos que en ellos o por ellos se suceden, cierta celebridad y renombre que la Historia no puede prescindir de mencionar. Y en Cuba los tenemos de bastante resonancia, especialmente aquellos donde se han dado batallas quedando vencedoras las armas de la República, de la misma manera que tenemos hombres que apenas si tiraron un tiro, y la Historia no podrá menos que colocar sus nombres al lado de los más esforzados combatientes. Como por ejemplo, en Oriente, “La Demajagua”, “Yara”, “Tacajó”, “Las dos Palmas”, “Miranda”, “Arroyo del Rosario” (pocos saben el por qué de éste). Como en el Camagüey. “Guáimaro”, “Najasa”, “El Horcón”, y “Sigüanea” en Las Villas, y por último “El Zanjón”.

Me ocurre poner al lado de Céspedes a Aguilera, al lado de Agramonte a Luaces, al lado de Argilagos a Moralito, al lado de Henry Reeve a L. Ayesterán, y así a muchos.

A los unos les escribiría yo en sus hojas de servicios las siguientes notas de conceptos; *Valor fuera de toda duda*. A los otros: *Terribles*.

Miranda, uno de los lugares citados, es o era, una finca derruida y abandonada, a la que la tremenda escoba de la guerra barrió hasta los cimientos de sus viviendas.



Está situada al norte de la ciudad de Santiago de Cuba, a larga distancia, y en el camino que conduce a Holguín. Se respalda la posesión por el norte de un monte enmarañado y tupido, pedregoso en algunos puntos, pero tan terrible como los de Remedios, arsenales misteriosos de Carrillo y Seraffin Sánchez, y posee al mismo tiempo algunas cuevas y cavernas capaces de facilitar alojamiento a algunos hombres, y conocidas solamente de nuestros hombres de confianza.

Ocupado el asiento de la mencionada finca por un campamento enemigo, bien guarnecido y mejor abastecido, que servía de proveeduría y descanso de las columnas y guerrillas, siempre en activas operaciones en aquella zona, me ocurrió un día que tal vez no sería difícil apoderarnos por sorpresa de aquel puesto, que nos daría buenos y abundantes elementos, y lo que es más, quitaríamos de aquel centro tan perjudicial como peligroso estorbo.

Para poder llevar a cabo con algunas probabilidades de éxito, operación de tanto riesgo, era necesario estudiar bien y muy de cerca la posición, y no queriendo confiar a otro tan delicado encargo, me propuse yo mismo ejecutarlo. Con tal propósito y acompañado de tres hombres de mi confianza, Juan Millares, uno de esos, salí una tarde de nuestro campamento situado en los montes de Barranca, a dos leguas del punto objetivo, y pretextando que salía a ver a mi esposa, oculta más al interior del monte. Para inspeccionar o explorar mejor, con más seguridad y menos peligro en el campo enemigo, la hora más propicia era la de rayar la aurora, pero es preciso tomar puestos con bastante antelación. Mientras se despereza el soldado, se puede ver mucho: luego el soldado, el centinela que en la madrugada oscura ha estado vigilando sin novedad, no la espera al comenzar el día y sólo piensa en su relevo y en el café. Siguiéndome por estas reglas procuré estar a la caída de la tarde en el monte cavernoso de Miranda. Allí, en efecto, llegamos a buena hora, y al internarnos para buscar un puesto para dejar mi caballo, Juan Millares, que era todo ojos, oídos y nariz, dijo:



-Me huele a candela- cuando él nos advirtió eso, entonces nos olió a los demás.

-Efectivamente- repuse yo-, Juan, veamos eso y no nos fiemos de una celada.

Cuando nos preparábamos para hacer una pesquisa alrededor de nuestro campo, divisamos por el claro oscuro de la espesura del monte, una especie de espectro o fantasma, que pasó muy lento y se dirigía rumbo a nosotros, apoyándose en un palo largo.

-¡Quietos!- dije preparándonos - y mucho ojo para ver si alguien más viene detrás.

A medida que el espectro se aproximaba a nosotros, tomó la forma de un hombre viejo, enfermo y extenuado, casi un cadáver, apenas si tenía un andrajo que le cubriese las partes pudorosas. Mi primera idea fue, que de seguro aquel viejo negro, que tal vez no sabía hablar, ya, sería un cimarrón antiguo de aquellos que preferían a la esclavitud, los riesgos del arranchador y los perros de presa, y se refugiaban en las montañas o en los grandes montes.

-¿Quién eres tú? -le dije una vez llegado a nosotros, y con acento claro y despejado me contestó:

-Yo soy Eduardo, un viejo negro de los que estábamos con el General Mármol. No lejos de aquí le enterramos. Con su muerte todos nos dispersamos y yo triste y enfermo, me refugié en este monte. Por allí tengo mi cueva donde vivo.

-Entonces ¿conocerás bien todas esas cercanía de Miranda.

-Como la palma de mi mano.

-Pues me servirás de guía, quiero ver de cerca este campamento.

-Es inútil, -me contestó-, no puede ser hoy, pues ha entrado mucha gente.

Entonces para quedar cerciorado ordené a Juan, fuese con otro número lo más cerca posible, sin dejarse ver, a saber lo



cierto. En efecto, al regresar éste confirmó la noticia. Una columna de tropas de las tres armas acampaba allí.

Quedó sin efecto mi exploración y dejé instrucciones al viejo Eduardo, tanto para el espionaje como para que hiciera todo lo posible por comunicarse con algún camarada, que tal vez habría en el campamento enemigo, teniendo yo buen cuidado de mandar a recoger la noticia.

La importancia de Miranda databa desde muy atrás: siempre había sido acampadero de los patriotas, por cuya razón se habían librado allí algunos combates.

Es el punto céntrico, y el mayor general Donato Mármol había fijado en él su cuartel general. Allí murió tan insigne patriota, mi primer compañero en aquella guerra, y allí están depositados sus restos.

Como he dicho antes, la campaña se embraveció, si es permitida la comparación, a la manera de huracán furioso que intranquiliza o ensoberbece al mar. No permitiendo que nadie se estuviese quieto, yo era el primero en moverme, por eso y porque luego pensé que aquel infeliz viejo negro, enfermo y extenuado y por consiguiente inútil, poca cosa haría de provecho, no me ocupé más de él. Sus días debían estar contados, pues los alimentos que a duras penas podía proporcionarse por aquella vieja estancia abandonada, tenían que ser muy exiguos. Su muerte era segura e ignorada en su caverna oscura, o cogido infraganti y rebelde liberto, por España, escarbando un triste boniato y allí mismo ejecutado. Los procedimientos en todas las guerras son tremendos: de otra manera no pueden ser, no obstante la benevolencia de los directores. Pero en la de Cuba eran terribles. Y así son mejores para acabar más pronto. No hay que tener miedo. El Decreto de Trujillo lo hizo todo.

Volviendo a mi viejo Edúa. ¡Pobre e infeliz esclavo! –pensaba yo–. La libertad le alcanzó demasiado tarde. ¡Qué destino! Lo ha sacrificado más bien que redimido. ¡Morirá desamparado y solo! Y yo seguí marchando sin ocuparme de aquel cadáver (tampoco me era posible), ni de Miranda. Pero me



dije: “Voy a ver si logro que el enemigo, no sólo abandone este puesto, si no otros más. Probemos a obligarlo”.

Serían las nueve de la noche tempestuosa del día en que me ocurrió esto, cuando mi secretario, que lo era en aquellos días el comandante Vicente Pujals, patriota sin igual y más sufrido que Job –tomo segundo de Enrique Collazo–, me avisó que estaban extendidas varias órdenes y que sólo esperaban mi firma para despachar.

Firmé y en seguida partió un hombre protegido por la oscuridad al que se le dijo: “Cuidado con descansar”. ¡Qué hombres aquellos!

Diez días después estaban concentrados nuestros batallones en las casi inexpugnables posiciones de “La Galleta” y los batallones más bravos del enemigo, entre ellos “San Quintín”, que nutrieron las filas del ejército español en Cuba, allí quedaron fusilados.

Así son las cosas. La verdad histórica ante todo. Yo no pude llegar a tiempo y por eso fue deshecho “San Quintín”.

Yo necesitaba mucha gente entera y al tenerla, el combate se hubiera excusado.

Pero ¿quién iba a convencer a Prado, a Maceo, a Paquito Borrero, a Moncada, a Mayía Rodríguez, a Marín, y cincuenta oficiales más, bravos y resueltos, de que no convenía batirlos allí? ¡Ah! Cuando evoco estos bélicos y grandiosos recuerdos, apenas me pude dar explicaciones de El Zanjón a pesar de saber muchas cosas cubanas.

Aún no despejadas las ondonas de aquellas agrestes montañas, del humo de tan terrible combate, que se resolvió cuerpo a cuerpo a favor de las armas de la República; aunque enteros los cadáveres de los bravos de “San “Quintín”, allí abandonados y ya estaban enseñoreándose nuestras huestes en la rica y españolizada comarca de Guantánamo. La destrucción del famoso campamento de La Indiana dejaba franco y seguro nuestro centro de operaciones, y nuestro ejército provisto de todo lo más necesario de que había carecido en absoluto.



De ahí el inútil esfuerzo de Martínez Campos, el General español más bravo y astuto que nos combatió. El General llegó tarde, ya conocíamos el terreno y los recursos eran nuestros.

De ahí deduzco que Cuba será de los cubanos a la hora y punto que ellos quieran. Un querer y un rifle. Esto lo venden baratísimo los yankees.

Los partos más felices son aquellos que se hacen menos acomodaticios. Para una cosa solamente debemos pensar muchos los hombres, para hacer el mal.

En verdad, dejamos casi abandonada la jurisdicción de Cuba, pero en su vecina la de Jiguaní estaba Calixto García con su brazo aún vendado sosteniendo la combinación. ¿Pero cómo lo hizo?

Un hombre enfermo y herido yendo a buscar a su atrincheramiento a los españoles. ¿En dónde hubiese estado un General español en idénticas circunstancias y de los méritos de aquel? En el Palacio del Capitán General en La Habana, o en la Quinta de los Molinos, que según me explicó un día de campamento, Pepe Urioste, era espléndida. Yo no la he visto.

Las comparaciones, además de ser odiosas, tienen mucho de vulgar, pero algunas veces son necesarias u oportunas, y entonces se deben perdonar. Esa es la verdad histórica, lo digo por si en un momento de ofuscación se me pueda suponer apasionado por Calixto a quien nunca podré dejar de amar, aunque viva en España siendo Cuba esclava. Existen lazos entre los hombres que se han comprendido, que ni las circunstancias más poderosas y potentes en apariencia pueden romper. La nobleza de pensamientos y alteza de miras se levanta siempre por encima de las pequeñeces de hábito o de carácter. No sé si me explico bien.

Inaugurada del modo que queda explicada la Campaña de Guantánamo, forzoso me fué volver la cara a la jurisdicción de Cuba. Lo sentí, estaba hastiado de hacer todos los días lo mismo en los idénticos lugares. Lo monótono en la paz es abrumador, pero en la guerra es insoportable. Un mensajero de la “Guardia



secreta” (éste es otro misterio) me entrega un pliego, era del general García Íñiguez. Me avisaba de la llegada al territorio de sus operaciones de los Supremos Poderes y que por orden del Gobierno pasase allí a conferenciar.

Al siguiente día, después de haber nombrado al teniente coronel Antonio Maceo, coronel en comisión (esto quiere decir que aún no tenía un coronel para dejarlo jefe superior de operaciones) me puse en marcha. Con poca gente y de pie ligero, a la cuarta jornada fuí a pernoctar a Miranda. Los españoles lo habían abandonado como también a Mayarí Abajo, Jaragüeca, Piloto y muchos lugares más que ahora no recuerdo.

Yo hubiera podido pasármela esa noche sin avanzadas, no había peligro.

A muchas leguas a la redonda no había españoles. No encontrándome ya sino a una jornada bien andada de la residencia del Gobierno, me propuse no madrugar, pues me sentía molido de cansancio, y fue así que hubo tiempo para que se me estuviera espiondo mientras yo dormía.

“Los montes tienen ojos”, dice el refrán, y eso no deja de ser una verdad.

Muy al amanecer me envió el Jefe de la avanzada principal, un hombre de color, un liberto, de estatura y formas de Hércules, que se le había presentado.

- “¿Y tú quien eres y adónde vas?”
- “Yo soy Simón y vengo del campamento”.
- “¿Qué campamento?” –repuse yo asustado.
- “Donde mi amo dejó a Eduá”.
- “¿Eduardo vive? Anda, corre, dile que venga”.

Media hora después se me presentó el viejo Eduardo, el liberto desamparado, el abandonado de todos, menos de Dios, ya repuesto, ya otra vez hombre, rico de fuerzas y rebosado de fé y contento.

Le acompañaban tres hombres más, con Simón. Le tendí la mano a aquel hombre y él se conmovió.



- “Vacía ese saco”- le dijo a uno de los suyos.

- “¿Y eso qué es, Eduá? –le dije creyendo que eran golosinas”.

- “*Doscientas cápsulas, General, que hemos recogido en ese puesto abandonado, y aún tenemos en nuestro campamento (esto lo dijo con orgullo) ropa, galleta, tocino y otras boberías*”.

- “*Cuénteme bien como ha pasado todo*”- y entonces dijo:

- “*Cumpliendo la orden que usted me dejó, desde aquel día me puse largas horas en acecho en estas cercanías para ver si podía verme con algún negro como yo. Pasé muchas horas crueles de hambre y de sustos, hasta que un día logré que éste, Simón, me viera y se acercase, y como él y sus compañeros deseaban coger el monte, pero no se atrevían a salir por no ser prácticos de por aquí, pronto nos entendimos y todo quedó arreglado. Ellos me dijeron que pasaba alguna cosa grande y que creían que los gringos se iban a ir de aquí, pues habían venido muy de pronto a llevarse muchas cajas de parque que tenían en este campamento. Desde ese momento nos pusimos en acecho y apenas ellos salieron entramos nosotros*”.

Me hizo gracia la entusiasta conclusión de su relato, pues tal parecía que había tomado el campamento por la fuerza.

Momentos después continué mi marcha con cuatro hombres más, de alta, en mi pequeña escolta. El comandante Marín anotó sus nombres: Eduá, Simón, Polo y Tacón. Sigamos, pero primero un poco de geografía mambisa.

Del asiento de Miranda, desde donde yo partí en aquella mañana al paso del Cauto, por Barranca, habrá aproximadamente hora y media de marcha. Este trayecto, de terreno llano y firme, era entonces pobre de vegetación montuosa, se componía de maniguas o matorrales, testimonios en Cuba de viejas tierras de cultivo abandonadas; pero una vez vadeado el Cauto y siguiendo rumbo franco al Oeste, que era mi itinerario aquel día, una vereda tortuosa (vereda mambisa), conduce al viajero por el centro de un espeso monte fresco y seguro, de árboles corpulentos, que forman con las enredaderas preciosas



pabellones y cortinajes lindísimos. Ese monte mide por su parte más estrecha cuatro leguas, las mismas que yo tenía que caminar para llegar a un lugar nombrado “El Bejuco”, residencia de los Supremos Poderes en aquellos momentos.

Internado un poco, y a orillas de manantial (Catunda) de fresca y cristalina corriente, dispuse hacer alto tomar algún descanso y alimento. La menestra no era abundante, y dispuse que los recién incorporados saliesen por allí a ver si conseguían jutía, a excepción del viejo Eduardo, que por intuición pensé no sería muy leído en asuntos culinarios.

Desde que la brillantez de las acciones de Juan Millares, y por ellas las distinciones militares y sociales con que la patria le honró, me privaron de sus servicios personales, yo estaba sufriendo por ese lado. Verdad es que difícilmente hubiera encontrado el sustituto de Juan. Yo lo pasaba como Dios quería y me resigné buenamente al servicio de cualquiera. Tenía a la sazón de asistente a uno nombrado Manuel, liberto, puntual, listo, sin miedo, oficioso y sin pereza; pero con el pequeño defecto de que se servía él primero que servirme a mí, que dejaba al ala y se tomaba la pechuga. En cuanto al café, mi bebida favorita, de seguro que si el mal espíritu viraba la cafetería, la parte derramada era la mía y no la suya.

Un asistente no es un ente vulgar, de cualquier parte y de cualquier ejército. ¡Oh!, la servidumbre, aún largamente remunerada, siempre me ha parecido tremenda. ¡Cómo será a bayoneta calada! ¿Y en campaña? El asistente es un amigo, pero en aquélla guerra de Cuba era un bienhechor a todas horas. Para poder tener una idea de eso es necesario haber estado allí, haber pasado el Rubicón.

Aquel que tenía necesidad de un asistente y no lo tenía o lo tenía malo, inútil o inepto, ése sufría, sufría mucho. Llegar (eso de llegar era serio allí) cansado, fatigado, molido, con hambre, el agua calada hasta los tuétanos y en noche tenebrosa, y en un “santiamén” y como por encanto ver fabricado un rancho, después tendida la hamaca, e improvisar la cama, vivo y calentador el fuego, lista la comida aunque fuera un boniato, y



después venga el café aunque fuese amargo, que es mejor, y luego que llueva, y departir con el compañero, de hamaca en hamaca, de cosas de la guerra y de la patria... A comentar las peripecias extrañas y fabulosas del triunfo conseguido por la mañana y burlarse de la desgracia en la derrota sufrida por la tarde...

Todas estas cosas las saboreábamos acariciados por la puntualidad oficiosa del asistente, por su infatigable asistencia.

Compañeros tuvimos que mucho sufrieron porque su carácter les obligaba a cambiar con frecuencia de ese servicial, y eso es lo peor que puede suceder porque no hay lugar a la reciprocidad del cariño; pero hubo otros a quienes siempre les conocí uno mismo. Tomás Estrada Palma fue de éstos. ¿Pero quién no vive con don Tomasito?, como le decían los asistentes y los que no lo eran.

Mas tengo que advertir una circunstancia muy importante; y es, que no era lo mismo ser asistente en Oriente que en otra parte, como no es la misma cosa ser esclavo en un ingenio que en un cafetal. Ser esclavo es una desgracia, y soportar ese yugo en un ingenio es la suprema desgracia.

Para el asistente oriental la tarea era más dura por varias razones: por lo fragoso del terreno, en que la carga tenía que ser más pesada o molesta, puesto que conducía lo suyo y lo de su Jefe; por la necesidad de buscar y conducir provisiones para dos y por otras razones de no escasa importancia.

Atizaba el fuego el viejo Eduardo y en pocos momentos ya estaba listo el café. Yo observaba los ágiles movimientos de aquel hombre canoso, y cierto cuidado y pulcritud en el oficio, y eso me llamó la atención.

- “¿De qué lugar eres, Eduardo?” – le pregunté.

- “Yo era del cafetal “San Juan”, Guantánamo. Al principio un tal Rendón nos sacó de allí y yo salí muy triste porque dejé mi mujer y dos hijitos, después me consolé con la guerra. En el Cauto por poco no queda uno de nosotros y yo llegué a ponerle la mano a un cañón. Después lloré otro día en



la cueva, pues creía que iba a morir y me vino a la cabeza mi mujer y mis hijitos”.

Aquella relación hizo sentirme interesado por aquel hombre. Un momento después regresan los monteros de jutías diciendo: “*No hay*”.

-*Si hay* –repuso Eduardo con viveza, y como hubiese a diez pesos de allí un gigantesco cupey, a él se dirigió y buscó algo por el suelo. Yo lo comprendí: rebuscó y levantando una hoja y con ella en la mano encarándose a Simón, le dijo:

- “*Aquí hay, mira esta mancha algo parecida a sangre, eso son sus miasos, buscarlas arriba*”.

Eduardo jefeaba, derecho natural de la superioridad intelectual y había nombrado a Simón su teniente. Simón le obedecía sin replicar; no hay para qué decir que también lo hacían ciegamente Tacón y Polo. Su edad madura, sus timbres de viejo mambí, su mano tendida para sacarlos a las selvas libres y luego un poco de mejor intelecto: no es extraño que aquellos hombres consideraran al viejo Eduardo como su protector y maestro. Y en realidad lo era.

El cupey (puede haber algún cubano que no lo conozca, y voy a pintárselo) es un árbol corpulento, gigantesco, tiene mucho de parecido al catalán, amo de la tienda de campo en Cuba, con la pequeña diferencia que el cupey casi siempre sobrevive poco a la muerte de su víctima, su castigo no es dilatado, no profundiza sus raíces y el viento se encarga de la ejecución de la sentencia. El catalán muere, pero su prole vive después alegre y contenta frente a frente a la choza del veguero pobre, sin dinero, y su deudor eterno. Parásito el cupey, sus cuerdas son enormes y bajan hasta el suelo donde en vano tratan de arraigarse lo suficiente para sostener aquella inmensa arboleda, pues semejan a lo lejos un montcillo.

Obedeciendo Simón al superior mandato del viejo Eduardo, se asió a una de aquellas cuerdas y principió la ascensión, más apenas adelantó quince pies se detuvo y respiró, quiso proseguir y no pudo, y entonces se dejó rodar hasta el suelo, exhalando un



resoplido algo parecido al del caballo. No sé si aquel acto de imposibilidad física de su teniente indignó al viejo Eduardo, lo cierto es (yo me quedé espantado) que tirando con enfado su sombrero viejo, despojo de un soldado español, y sin decir una palabra agarró la cuerda y cual un experto marino que maromea por los mástiles de su barco, así aquel hombre de 60 años, sin detenerse un instante, subió al árbol perdiéndose entre la espesura de su follaje.

Un momento después cayó herida de un machetazo una jutía y por la misma cuerda que subió se deslizaba el viejo Eduardo.

No hay que decir que el almuerzo fue espléndido. Llegada que fué la hora de marchar, proseguí, y a la caída de aquella tarde fresca y dichosa, llegamos a la residencia de los Supremos Poderes de la República de Cuba.

La historia de Cuba, y sobre todo aquel brillantísimo período del 68, no se puede profanar relatando los sucesos de cualquier modo, impulsado por el mero deseo de escribir. No; cosas son ésas respetables para nosotros –por lo menos así me lo dictan los impulsos de mi conciencia- y por esa razón digna y levantada no debo (y lo dejaré para otra ocasión) ocuparme en este episodio de los interesantes e históricos detalles de mi confianza con aquellos hombres que representaban lo más selecto de la Revolución. Perdónenme esta frase los que se supongan más demócratas que yo.

Se encontraba allí el Presidente Carlos Manuel de Céspedes con su E. M., la Cámara de Representantes entera y verdadera, y el brigadier entonces Calixto García Íñiguez con todos sus oficiales, vencedor de la víspera sobre las trincheras de Jiguaní.

Sigo, pues, mi sencillo relato por gratitud a mi viejo asistente, y ojalá pudiera yo ser tan feliz como fué Dumas, para decir tanto y tan bien sobre la tumba de aquel servidor mío, como dijo él a la memoria del mulato dominicano que le enseñó a conocer las letras siendo aún muy niño en los baños de no recuerdo dónde.



Seguía la guerra con todas sus peripecias sangrientas, con sus bruscas alternativas sorprendentes. Un día, poseídos de incomparable satisfacción de alegría (como los niños) victoriosos sobre el campo de batalla, al otro, sorprendidos y fatigados en retirada comprometida, con varios compañeros heridos y siempre salvados al siguiente, dando vivas a la patria encima de las trincheras enemigas al romper la aurora, tomando el campamento por asalto y por la noche apesarados y tristes a la noticia de capturas de amigos y compañeros como Antonio Luaces. Pero siempre en medio de ese constante vaivén de los sucesos, de ese flujo y reflujo de cosas graves y serias, como el mar, aunque arriba tenga estrellado el cielo.

Sentíamos en el alma la esperanza más pura en el triunfo, hasta que sonó la hora menguada de la tregua...

El viejo Eduardo siguió conmigo, y está de más decir que nos llevábamos muy bien. Generalmente se cree que la juventud es la edad de los amores; así sea, pero en la edad madura los afectos son más puros y duraderos. Mientras más se acerca el hombre a su fin, más se descarta de lo superfluo, y se va quedando con lo útil, lo positivo. Por eso alguien ha podido decir que “no hay anciano sencillo”.

El viejo Eduardo sustituyó, con gran provecho mío y en perjuicio de aquél, al malicioso y poco considerado Manuel, y éste pasó de alta a las filas de lo que llamábamos convoyeros. Este fué otro cuerpo, gran auxiliar, que bien merece un episodio aparte escrito por una pluma como la de Ramón Roa o Fernando Figueredo.

Atento siempre a la buena organización, pues soy de los que creen que sin ésta no se anda seguro y derecho, ni aún en el cielo, organizar me propuse.

De las tareas que cuestan fatigas y disgustos, la de organizar está en primera línea. Cuando se dice “fulano es organizador” ése tiene que ser muy hombre y organizar allá entre nosotros, eso tenía tamaños bigotes. Como era natural, para mi procedimiento me apoyé en la ley. Aquellos hombres nos la dieron para todo. Por ejemplo, un Mayor General con el mando



de tropas, solamente tenía derecho a cuatro asistentes, y después así relativamente en escala descendente hasta el Alférez.

Tenía necesidad de dar el ejemplo y dije: “fuera convoyeros y venga la Ley”, y fueron mis cuatro números: el viejo Eduardo, Simón, Tacón y Polo. Dije antes que las organizaciones proporcionan disgustos y a mí me proporcionó ésta más de uno.

Como yo tenía mi esposa, pues dos a su servicio, a Simón y Tacón, y por supuesto, el viejo Eduardo se quedó conmigo teniendo por auxiliar a Polo. Había muchos jefes y oficiales que tenían un número excesivo de asistentes y convoyeros para ellos y sus queridas, y aunque la época en que por la carencia de recursos de boca se tenía necesidad de ir a extraerlos de lejanas zonas, podía estar justificado este abuso que nos privaba del servicio de algunos cuantos hombres para las armas, no era así en la actualidad, porque la posesión adquirida por la fuerza de las armas de la rica comarca de Guantánamo había acabado con nuestra miseria.

Por fin, después de una gran lucha algo pude hacer en ese sentido.

El viejo Eduardo, sin perderme “ni pie ni pisada”, lógico y natural fué que al llevarme mi destino a otras regiones fuera el primero en preparar el *jolongo*.

Debía pasar al Camagüey y me puse en camino, pero ocupada mi mente en asuntos de grave importancia, no me ocupé durante la marcha, ni aún después de llegar al Camagüey, de la situación en que iba a encontrarse mi viejo sirviente y que había que montarlo allí para que me pudiera ser útil. Y fué así que al moverme el primer día al frente de algunos escuadrones, me encontré al viejo Eduardo todavía de infantería, y forzoso me fué dejarlo por allí con gente acampada hasta mi próximo regreso.

- “*Ya usted, mi General, me va a dejar!*” –me dijo muy apesorado.

- “*No, Eduardo, volveré pronto y seguirás conmigo*”.



Pocos días después el viejo Eduardo era caballero en una hermosa mula bien aperada y que él cuidaba con esmero.

Todo nuestro reducido equipaje lo llevaba en un pequeño serón, así como jamás faltaba un trozo de carne asada, que muchas veces después de una fogosa carrera y debido al sacudimiento, aparecía confundida con algunos zapatos viejos, riendas de frenos ya desechados u otros cachivaches que somos los viejos muy dados a conservar.

Además, el viejo Eduardo portaba terciada una valija tremenda que contenía todos mis papeles y libros y que pesaría 15 libras aproximadamente. Aquel hombre viejo, en las horas de refriega, era necesario que el lance fuera muy comprometido para que se retirara a larga distancia, por más que yo, en tono de reconvencción cariñosa, le decía:

- *“Eduá, si me pierdes la valija te fusilo”*.

- *“No, mi General, no se perderá”* –me contestaba.

Como por cualquier circunstancia, por un mal paso del declive del terreno, para desviarse, para desechar un árbol caído, una zanja, un pozo, en fin, por cualquier tropiezo que implicara retardo, todos los combatientes no pueden ir apareados en una carga contra el enemigo, sucedió muchas veces que el viejo Eduardo, sin tener en cuenta estos detalles, gritaba detrás a hombres muy valientes:

- *“¡Adelante, esa gente no ve que los Jefes van allá!”*

Y como nuestros soldados lo conocían, aquel mandato más bien les hacía gracia que molestarlos, y después en la quietud y solaz del campamento a la sombra de los palmares celebran los arranques bélicos del viejo Eduardo.

Pero sucedió un día que me hizo pasar un gran susto y sufrir una pena. Lo contaré.

Invasadas por nuestras tropas Las Villas, quise en uno de los viajes que hice al Camagüey, llevar mi esposa que ya había hecho venir de la de Oriente, para aquella comarca. No teníamos más hijos que a mi Clemencia, de tres años de edad. Dos o tres familias de gente de Las Villas quisieron aprovechar mi pasada



para irse conmigo y me dió pena negarles mi amparo, así fué que se formó una impedimenta delicadísima. El paso de la Trocha solamente constituía un peligro: en aquellos días estaba muy reforzado y vigilado. Los españoles trataban de impedir a todo trance el paso de los batallones orientales que yo había pedido para reforzar el ejército invasor y concluir de una vez.

Llevaba yo un buen práctico, Tranquilino Cervantes, además un croquis minucioso de toda la línea. La gente que me acompañaba no pasaba de quince hombres, eso sí, quince leones. Uno de los oficiales del E. M. era el coronel Enrique Mola. Cuando llegamos al punto designado para el paso, era ya la caída de la tarde, hora esperada de intento. Mientras aguardábamos a que cayera más la noche para que la oscuridad protegiera nuestra marcha y de este modo evitar la persecución de fuerzas muy superiores de que el enemigo podía disponer, se oyó un toque de corneta, punto de atención sobre nuestra izquierda, y que a seguida fué contestado en la derecha. Nuestro paso, fatalmente, tenía que ser por entre dos campamentos casi a la vista uno del otro. La situación era crítica por lo impedimentado que iba en aquella marcha, si como era cuerdo creer, aquel toque significaba que el enemigo nos había descubierto el paso, que se hacía difícil si no imposible y podíamos ser perseguidos.

Incontinenti ordené al coronel Mola que acompañado del práctico y un hombre más se acercase lo más posible sin dejarse ver, al punto de donde primero partió el toque, en averiguación de lo que pudiera ser. El coronel Mola partió y yo esperé. Quince minutos después estaba de vuelta. Una gran columna estaba entrando en el campamento, a consecuencia de eso se repitió el toque. Entonces me dije: mejor aprovechemos la ocasión, el descuido es consecuente, pero es preciso no dar tiempo a que los soldados se desparramen, y organicé la marcha. Hice entonces que el viejo Eduardo tomase de los brazos de la criada a mi Clemencia ya dormida.

- *“Cuidado, Eduardo”* –le dije.



Ya oscurecía, y no contando con que de la parte opuesta el paso estaba obstruido por muchos yareyes derribados para su aprovechamiento, nos fue forzoso cargarnos hacia la derecha, pero lo hicimos tanto que llegamos a cincuenta varas del fuerte, que rompió fuego sobre nosotros. Ordené enseguida que continuara el práctico con toda la impedimenta y nos quedamos los demás entreteniéndolo el fuego al enemigo para que no quedara envalentonado. Pero cuál no sería mi sorpresa cuando siento a mi lado gritando: “*¡Viva Cuba Libre!*” Era el viejo Eduardo haciendo fuego con un revólver viejo y sin cuidarse de que tenía la niña en sus brazos. Las balas enemigas no dejaban de ser bien dirigidas, pues los enemigos tomaban por blanco el relampagueo de nuestros disparos.

- “*¡No seas bruto, Eduardo!*” –le grité, qué sé yo con qué voz.

Enseguida nos retiramos. A poco encontramos a mi esposa, que desesperada y loca volvía en busca de la niña que juzgaba ella que seguía detrás. Alcanzamos la demás gente y continuamos la marcha para poner distancia entre nosotros y aquel enemigo, que si no a aquella hora, muy temprano podría perseguirnos. Como a la media noche, la luna se elevaba a su mayor altura, hice alto en un gran potrero, se exploró el campo a la redonda y acampamos. No fue suficiente todo el tiempo que duró la marcha para calmar mi disgusto con el viejo Eduardo. Tampoco la diligencia y asiduo cuidado en preparar la cena a algunos pasos de donde yo con mi esposa y los oficiales comentamos el hecho. Aquello que tenía mortificado, lo llamé y con acento de cólera le dije:

- “*Eduá, ¿cómo te atreviste a hacer aquello contra mis órdenes, exponiendo a mi hija?*”

Y aquel viejo, con la sinceridad de un gran corazón, me contestó llorando:

- “*Se me olvidó, General, que yo llevaba a Monchita*”. (Así le decía él).

- “*Lo creo*” –le dije.



Quedé desarmado de mi enojo, y añadí:

- *“Pues no te apures por eso y anda, apura el café”.*

Al rayar la autora de aquel día despaché al práctico con la impedimenta a esperar en lugar seguro y me quedé retrasado con la gente de pelea.

No hubo novedad. ¿Y cómo lo había de haber si más tarde supimos por las confidencias que la creencia era que yo había forzado el paso esa noche por allá con mil hombres?

El teniente del fuerte que se dio por atacado, ascendió a capitán. Nosotros dejamos en el campo unos cuantos hombres y caballos según él, y no habíamos recibido ni un arañazo.

Los acontecimientos inusitados de Las Villas me obligaron a volver al Camagüey y volví acompañado del viejo Eduardo.

Las cosas siguieron de mal en peor y sonó al fin la hora fatídica y siniestra de El Zanjón.

Yo no podía quedarme en Cuba. El general Martínez Campos me hizo ofertas brillantes para los que no piensan como pienso yo, a fin de que me quedara en ayuda de la *reconstrucción* del país como él llamaba eso, sin lo moral. No quise; amé más la miseria cubana que el oro español, y resuelto puse mi rumbo camino del destierro sin más amparo que Dios. En este trance tremendo para un hombre de ideales reuní al viejo Eduardo, Simón, Polo y Tacón y les hablé de esta manera:

- *“Como ustedes oyen, ya esto se concluyó por ahora. Yo no me quedo aquí pero en realidad no sé dónde iré a parar. Si ustedes quieren correr ni suerte, el mundo es bastante grande y no nos moriremos de hambre; juntos trabajaremos”.*

Aquellos hombres no podían contestarme, tal era la impresión. El viejo Eduardo fue el primero que entre sollozos me contestó:

- *“Mi General, yo quisiera irme, pero no sé de mi mujer y mis hijos”.*

No le dejé concluir, y le repuse con viveza:



- *“Eduá, la mujer y los hijos no pueden abandonarse sino por la patria; quédate, ése es tu deber ahora”.*

Aquel hombre quedó tranquilo.

Tacón dijo:

- *“Yo tenía mi mujer, y me quedo para ver si la encuentro”.*

- *“Nosotros somos solos en el mundo, nos vamos con usted”*
—dijeron los otros dos.

Aquella despedida fué tierna. Yo no tenía ni una prenda que dejarles en recuerdo. ¡Estábamos tan pobres! Al darles las espaldas formulé estas frases:

- *“¡Siquiera he ayudado un poco a romper sus cadenas!”*

Después de todo eso nos refugiamos en Jamaica. Simón y Polo me acompañaron en los primeros meses a pasar aquellos días terribles martirizados por la miseria y por la injusticia. Simón a poco tiempo se casó con una mujer inglesa de su propia raza, cuyo suegro, que no era muy pobre, lo protegió.

Un día fué a verme y le brindé asiento en mi pobre mesa.

Polo también se separó de mí, se fué a trabajar a un ingenio y lo perdí de vista.

Después de mi desgraciado fracaso, donde hasta las prendas de mi mujer naufragaron, pobre y abatido nos fuimos a trabajar al Canal de Panamá, y un día que me encontraba triste y enfermo se me presentó un hombre en mi cuarto. No lo conocía.

- *“¿Y tú quién eres?”* —le pregunté.

- *“Yo soy Polo que vengo a verlo y a traerle estos pollos y a decirle que tengo nada más que una mujer y una estancia (o conuco) aquí, bien surtida, para si quiere irse allá y estará bien cuidado. Tendrá dos criados”.*

- *“Gracias, Polo”* —le dije-; *“yo tendré que irme para Jamaica a morir al lado de mi familia.”*— Tan enfermo me sentí. Después hablamos un poco de Cuba, y se despidió.

No he sabido más de esos hombres, pero ellos deben vivir y quien sabe si un día a los que nos dispersó la paz nos vuelva a reunir la guerra.



Mi Escolta. Última Guerra de Independencia*

Máximo Gómez

La Historia de la Guerra de Independencia de Cuba, o la Historia militar de los cubanos, o bien la lucha cruenta por la emancipación de un pueblo esclavo –que todo viene a decir la misma cosa– es sin duda una de las más bellas leyendas que se pueden legar a nuestros hijos y a los hijos en los que vengan después. Y debe ser así por lo fecunda en hechos históricos, en grandezas que dignifican y elevan el espíritu de la familia americana, por el respeto y simpatía que justamente ha de inspirar a las generaciones que se sucedan, la gran obra emprendida por la generación presente, y por el sentimiento más noble que puede abrigar el corazón humano: la gratitud nacional.

Los episodios interesantísimos e históricos que pudiéramos escribir de esta lucha grandiosa, serían en verdad suficientes para formar muchos y gruesos volúmenes.

Aquí cada hombre tiene su historia escrita con sangre: éste, un brazo roto cuyos restos han volado en astillas; el otro, los huesos de las piernas molidos y las carnes deshechas; muchos, las mandíbulas perforadas a balazos; otros tantos, atravesados los pulmones, con terribles hemorragias y dejados al acaso, casi abandonados y después, como por obra de milagro, apareciendo

* Escrito en campamentos en los días finales de la Guerra de Independencia, al concluir el 1898. Fue publicado por primera vez en la citada obra de Bernardo Gómez Toro, *General Máximo Gómez, Revoluciones... Cuba y hogar*. 1927. pp 109-119.



de nuevo a caballo, en el campo de batalla, más resueltos y más valerosos. Todos, en fin, unos más y otros menos, llevan en el cuerpo la mano indeleble del plomo enemigo y ya perdida la cuenta de los caballos que les quedaron sin vida en la ruda y diaria pelea.

Y al lado de ese destrozado de huesos y de carne que sangra y duele, el dolor mucho más hondo que se sufre al depositar en el fondo de la fosa cavada en la sabana o en el monte, al amado compañero muerto en el combate. Como diría el poeta:

“¡Cuántos Césares ocultos
descansan en dulce sueños!”

Y al lado de todo eso –repito– y como si el destino no estuviese satisfecho de poner a prueba la fortaleza de estos hombres, les llega entonces la abrumadora noticia de la muerte de la madre, el hijo o la esposa, ocurrida cuando menos en lejana tierra, o en ésta, por la mano del tirano siempre.

¡Ah! yo que he mandado este ejército de valientes, bien quisiera dejar escrita la historia de cada uno de sus soldados; mas como esto no es tan fácil para mí, me limitaré simplemente, por deber y por gratitud, a consignar a grandes rasgos y en conjunto, la historia de mi Escolta, con el propósito de hacer valer la honra militar que cabe de esos hombres, así como también a la comarca a que pertenecen.

Acostumbramos en esta guerra –y entra en nuestra organización– tomar para sí los generales una escolta, que como es natural, para formarla se ha de escoger siempre entre los hombres de las mejores condiciones. Eso hice yo cuando, después de algunos días de peregrinación con mis cinco compañeros expedicionarios, nos avistamos con el General Antonio Maceo en la jurisdicción de Santiago de Cuba. Empero no podría en aquella hora, dada la precipitación con que debía marchar y en medio de aquel dédalo de pronunciamientos, entretenerme en la escogitación de los hombres y hube de tomar a la casualidad, pero montados, los primeros veinticinco de que



pude disponer. Con ellos emprendí marcha al Camagüey de cuya comarca no teníamos noticias favorables, pues más bien ocurría a algunos la idea de que nuestro movimiento no fuese secundado. Como es natural, esta incertidumbre y las especie que de ella se derivan, no hacía muy buen efecto en el ánimo de los que me acompañaban y traducían su disgusto, de un modo harto significativo, en quejas que, aunque no justificadas, yo me veía en la precisión de atender con prudencia y cariño.

Mi marcha por las riberas del Cauto, perseguido por un enemigo tenaz, sin medios de reponer caballos, bajo una primavera copiosa en lluvias y vadeando ríos y arroyos desbordados, fue una marcha a más de penosa, comprometida. Así continuamos hasta el encuentro de “Boca de Ríos”, donde en combate librado en unión del general Bartolomé Masó, perdimos al nunca bien sentido José Martí.

Desde aquel instante mi situación se agravó considerablemente. Quedé sin salud, sin tropas y sin pertrechos. No era dable que me acompañase mucha gente, por otro lado, falta de municiones, preferí caminar solamente con mi Escolta que estaba un poco mejor pertrechada. Ordené entonces al general Masó que operase sobre Bayamo y de nuevo emprendí la jornada, enfermo no ya del cuerpo, sino también del alma.

A medida que las lluvias primaverales arreciaban, los españoles se empeñaban en hacerme infranqueable el paso. El general Martínez Campos, según confidencias, hacía mover tropas con ese fin de Holguín y Las Tunas. No parecía posible que yo encontrase camino o serventía que no hubiera sido ocupada por los españoles. La antigua trocha (ya Camagüey) de San Miguel la guarnecían, de Norte a Sur, destacamentos y columnas volantes. En Guáimaro había apostados 2,000 jinetes. Además el Camagüey no quería la guerra. A ese respecto se había formado una Junta, cuyos fines eran salir a mi encuentro para manifestarme la decisión de la comarca, obligarme a reembarcar y hasta proporcionarme los medios para hacerlo.



Tal era mi situación y tal el género de confianzas que recibía de continuo en aquellos días pavorosos. Uno de éstos, al amanecer y ordenar la marcha, la Escolta se resiste “*Ellos eran de Oriente y no debían continuar adelante*” –protestaban–, y trabajo me costó reducirlos a la obediencia. Trece días después, ya en límites de Holgín y Tunas, un traidor se presentó al enemigo y le informó de mi situación: La Escolta torna a insistir en su propósito de no seguirme. En vano el oficial que la comandaba interpone su autoridad; los soldados se niegan a obedecer; indignado entonces les increpé duramente, llamándoles “*desleales y malos compañeros*”. *Volved a Oriente* –les dije– *que yo iré solo a Camagüey*”.

Aún más indignado que yo el General Borrero se les encara enérgico, cual nunca lo había visto, pues era de un temperamento inalterable, y entre otras cosas recuerdo haberle oído estas palabras:

“*Sois unos malos cubanos y peores soldados. ¡Nos estáis desacreditando! El General Gómez es un extranjero que viene a ayudarnos en esta guerra santa y queréis abandonarlo enfermo y perseguido por el enemigo. ¡Oh! si así lo hicieréis, todo el mundo podrá deciros con razón que sois unos cobardes*”.

Los apóstrofes de Borrero hicieron impresión en el ánimo de aquellos hombres, y se dispusieron a continuar, no sin haber desertado dos o tres de ellos en la noche de ese mismo día.

Por más confianza que tuviese en los hombres de Camagüey, había momentos en que no podría menos de sentirme molesto por las dudas más terribles. Pero éstas vinieron a desvanecerse por completo cuando, al alcanzarme en Río Abajo, casi en Las Tunas, un individuo con una carta de un confidente se me daba cuenta de un movimiento de tropas, indicándome al mismo tiempo que el General Campos “*recomendaba muy mucho que se impidiese, a todo trance, mi acceso al Camagüey, basándose en que, si eso llegaba a suceder, España se consideraría perdida*”.



Desde luego –dije al General Borrero leyéndole la carta–, estamos salvados. El hecho de encarecer tanto el General Campos que se me impida mi paso, junto con la orden expresa y terminante de que se me *ataje*, quiere decir que él ha sentido palpitar mucho de Revolución en el Camagüey, “*¡Adelante, pues, que nuestros compañeros nos aguardan!*”

El día 5 de junio pasé a nado el Jobabo, entré en la comarca camagüeyana extenuado y todavía enfermo, con una pierna deshecha y unos cuantos hombres arrastrados o, mejor dicho, empujados hacia mí por el enemigo, pues traíamos detrás 3,000 hombres que no se atrevieron a vadear aquel río, retrocediendo una parte de ellos, mientras que la otra me seguía hasta el Camagüey, pero tomando distintos rumbos.

Pocos días después se me reunían los ciudadanos Salvador Cisneros, Lope Recio, Dr. E. S. Agramonte y otros más que fueron los primeros en llegar al campo. Desde aquel instante comenzó la serie de triunfos obtenidos en el Camagüey por las armas cubanas, y la Revolución cobró consistencia y bríos. Después de la toma de “Altagracia”, combate de “La Ceja”, destrucción de una guerrilla y toma de “El Mulato” y “San Jerónimo”, despaché para Oriente, bien provistos de todo, a aquellos hombres que, a duras penas, habían podido conseguir que constituyesen mi Escolta hasta ese instante.

Surgieron entonces a mi lado los patriotas valerosos y leales que estaban destinados a seguirme a todas partes sin reparos y sin miedos.

El cubano, en general, está dotado de espíritu de regionalismo; pero es opinión comúnmente aceptada de que en el hijo del Camagüey, es donde más se acentúa o se demuestra lo arraigando de aquel sentimiento. Y esto en honor a la verdad, no es así, porque por experiencia dilatada sé que en tal sentido, la idiosincrasia de los cubanos, sin exceptuar provincia alguna, no varía ni se diferencia en lo más mínimo. Esa cualidad de índole local que los caracteriza a todos, tiene su origen en la misma



sencillez de las costumbres del país. El hijo de la tierra es hombre de condición esencialmente doméstica; mejor dicho, es hombre de casa. Ni siquiera es dado a las aventuras callejeras. Joven contrae matrimonio, crea una familia, la educa en el molde de sus hábitos y llega a la vejez sin que la modesta historia de su vida haya traspasado los límites estrechos del *batey* de su hogar.

De aquí la causa principal de que en esta guerra nos haya sido difícil formar contingentes de individuos de una comarca para invadir otra. Y de aquí también los méritos excepcionales de los hombres que forman mi Escolta, combatientes en todas partes y en todas partes vencedores, pues cuando no han podido recoger los laureles de la victoria, jamás tuvieron que sufrir la vergüenza de la derrota.

Situado mi Cuartel General en el Centro, principié desde ese punto a organizar el Ejército, cuyo mando se me había confiado, y a preparar el plan de campaña que necesariamente había de desarrollar en toda la Isla, con los elementos de que puede disponer que, por cierto, eran bien pocos o ningunos. El interés capital de la campaña consistía en la invasión formal de las comarcas occidentales; pero para su ejecución apenas contábamos con algunos cientos de armas y muy escasas municiones en las cananas.

Por más que procuraban activar las operaciones, no pude conseguir que se moviese el Ejército de Oriente antes de la acción de “Peralejo”, librada por el General Antonio Maceo contra el General Martínez Campos. Hubo necesidad de un intervalo de espera para reponer bajas y reorganizar aquellas tropas bisoñas y mal armadas. Como los contratiempos por lo general se encadenan, el estado de salud del general Maceo, que no era muy bueno, se empeoró, y en vista de que aquella situación se prolongaba indefinidamente, me adelanté a Las Villas, ya desesperado, en los últimos días de octubre de 1895. En esta época, los generales Carlos Roloff y Serafin Sánchez habían logrado entrar su expedición por las Tunas de Sancti-Spíritus.



Al arrancar definitivamente para Las Villas, la única fuerza que debía acompañarme, pues no quería debilitar el Camagüey, era mi Escolta de 100 hombres. Tuve el buen cuidado de recomendar al jefe de ella que explorase la voluntad de todos, pues habiendo empeñado, conmigo mismo, mi palabra de no volver grupas sino después de haberme franqueado el camino hasta las provincias más occidentales, no quería ser acompañado sino por hombres resueltos y decididos.

“General” –me contestó con arrogancia y orgullo el jefe camagüeyano– *“estos hombres nos han de seguir a todas partes. Yo había previsto el caso y tengo mi gente preparada para la hora que decida usted marchar”*.

El día último de Octubre traspuse, sin novedad, la Trocha de Júcaro a Morón, tan guarnecida por los españoles, y entré en la jurisdicción de Sancti-Spíritus. En espera del General Maceo, hice allí una campaña de movimientos continuos, con objeto de cansar al enemigo sin consumir nuestras municiones, campaña que coronó el éxito, pues nos apoderamos de 25,000 tiros y 50 armamentos en el asalto al fuerte “Pelayo”. Después amagué a la ciudad de Sancti-Spíritus y, por último, puse sitio y atacué al “Fuerte Río Grande.

Me proponía con todo esto que los españoles dejaran libre el paso de la Trocha al General Maceo, de quien tenía avisos que venía aproximándose a la cabeza del Cuerpo del Ejército invasor, y secundaba, por otro lado, nuestro plan de penetrar enteros en el territorio de Las Villas. La actividad y pericia del General Maceo hicieron lo demás. El Cuerpo del Ejército invasor, sin consumir un cartucho, traspuso la decantada Trocha y el día 29 de noviembre yo y mi Lugarteniente nos dábamos la mano en San Juan. Al otro día acampábamos en el extenso potrero La Reforma,¹ en donde maduramos, retocándolo, nuestro plan de invasión.

1. Cuna de mi hijo Francisco.



El primer paso estaba dado. Se había puesto en ejecución la parte más difícil y escabrosa de toda empresa humana; el principio. A partir de aquel momento, a mi juicio, comenzaba la era en que se iba a jugar la suerte de la Revolución. Era preciso proceder con tino y acierto no confiándolo todo a la Fortuna, y a ese fin, con el mapa a la vista siempre, nos concretamos a ejecutar estos propósitos de capitalísima importancia. *“Marcha viva ganando terreno, no importa retaguardia o flanco sucio del enemigo, buscando siempre frente limpio”*.

Siguiendo siempre este orden de cosas esperamos el ataque del enemigo en “La Reforma”; arrancamos de allí el 2 de diciembre y el 3 triunfábamos en “Iguará”, el 9 en “Casa de Tejas” y los días 11 y 12 en “Boca del Toro”. Después en “Mal Tiempo”, y “Calimete” y “Coliseo”, y “Güira de Melena” —y la Revolución en fin, fue a plantar su lábaro de rendición a los confines de la tierra esclavizada.

España entonces sintió la violenta sacudida de nuestro brazo; los políticos miopes de allende y aquende, se convencieron de que la Revolución era una realidad, y desde ese instante, a mi entender, quedó asegurada la independencia de Cuba, porque no cabe en el humano esfuerzo que España pueda, atendidos sus pobres recursos, apagar la llama de este formidable incendio. La lucha ha continuado, sin embargo, porque así tenía que suceder, pero eso no ha sido más que la fórmula, fatalmente necesaria, para llegar a la paz decorosa y digna que debe existir entre Cuba y España.

No me propongo ahora relatar la serie de rudos combates que señalan aquella campaña memorable, en los que tomaron parte —siempre en primera línea— mis ayudantes de campo y los hombres de la Escolta. Sin precisar fechas, lugares y demás detalles importantes, y —si se me permite decir— preciosos para la hoja de servicios de tanto guerrero intrépido y valiente, supliré esa falta con la nota circunstanciada de ellos y cerraré con eso su historia militar. En ella, como se verá, están consignados el nombre y procedencia de cada cual. No distinguiré a ninguno, sí aseguro que todos ellos son de un valor a todo



prueba, disciplinados y asaz inteligentes en el arte especial de esta guerra que se hace en Cuba. Muchos no ingresaron desde el primer instante; pero ¡ay! han sido dignos reemplazos de los que han muerto; otros se han puesto a mi lado por su voluntad propia, muy pocos por elección mía. De este modo, se han podido mantener nutridas las filas, a cada instante clareadas, de esta brillante pléyade de jóvenes patriotas, que estuvieron a mi lado en todas las horas de peligro en que me he encontrado durante esta lucha continua, sin que se sepa todavía cuántos faltamos por caer y cuántos seremos los supervivientes gloriosos de esta contienda, en que, para triunfar, se hace necesario que diariamente abonemos con nuestra sangre el suelo que nos hemos propuesto libertar.

Para darse una idea de lo que esos hombres han hecho, basta conocer la nota de sus heridos, casi todos graves, y lista de sus muertos. De su arrojo proverbial son testigos el “Fuerte Pelayo” en cuyo asalto, machete en mano, se precipitaron sobre el enemigo, y sin hacer caso de sus fuegos, fueron a caer de las mismas trincheras contrarias; “Mal Tiempo” en que los primeros soldados españoles heridos de arma blanca, lo fueron por los bravos de mi Escolta; “Calimete”, “Iguará”, “Casa de Tejas”, “Boca de Toro”, “Saratoga”, “El Desmayo”, “La Purísima” y cien y cien combates más en que pueden suponerse como verdadera obra de milagro haya quedado alguno de esos hombres con vida.

Permítase ahora delinear, a la ligera, algunos de los caracteres más salientes.

Miguel Varona (Miguelito) el ordenanza, es un niño de catorce años que no se ha separado un instante de nosotros. Tiene carácter de hombre y salud inquebrantable. No hay forma que quiera retirarse del campo de batalla cuando algunas veces se le ha ordenado.

Bernabé Boza, jefe de la Escolta, ascendido a Teniente Coronel por escalafón desde Teniente, y por mérito de guerra. Puede llamársele el Cambronne camagüeyano; enérgico, sin dejar de ser amable y querido de sus soldados; estatura mediana



y formas robustas. Gran jinete, de muñeca ruda para las riendas y el machete. Tirador seguro. Hombre para el campo así como para la ciudad. Ha viajado y me sirve muchas veces como intérprete de inglés.

La guerra del 68 deslumbró su mente de niño y desde entonces, palpité en su corazón el sentimiento de honor y de la Patria. Cediendo a estos generosos impulsos, dejó el tibio calor de la casa paterna, se lanzó al campo sirviendo a las órdenes de generales como Benítez, Reeve y Marejón, y logró salir de aquella campaña con una bella hoja de servicios.

Cuando se habla de los españoles se le enciende el rostro y le brillan con extraño fulgor los ojos. Y es que Boza tiene escrita en el alma con caracteres imborrables, la historia del fin trágico y cruento de su padre. Tampoco podrá olvidar jamás las congojas de su madre, de aquella alma pura, obligada en lo más acerbo de su tribulación, a presenciar el frío asesinato de sus dos hermanos políticos. ¡Oh!, dolorosa es esa historia, pero como ésa puede decirse que casi todos los cubanos tienen la suya. Muy poca mujer habrá en Cuba a quien España no haya hecho derramar lágrimas. ¡Pocas, muy pocas las que no hayan llorado alguna esperanza muerta en el hijo, en el esposo, en el amante! En todos los corazones dejó ella el rasgo de sus agravios, porque España todo lo ha ultrajado en esta tierra que nunca amó y a la que sólo ha querido poseer de la manera que el Sultán a la bella y espiritual esclava para saciar en ella sus brutales deseos.

En ese numerario honroso de mi Escolta, siguen después los Vega, Espinosa, Feria, Salas, Rosario y todos los demás héroes y militares distinguidos que han inscrito sus nombres con sangre vertida al calor de la refriega y envueltos sus rostros en la densa humareda de los combates.

Tal es la historia comprendida de ese puñado de valientes, que viven conmigo en la intimidad estrecha y permanente, junto a mi vieja tienda de campaña, humedecida por el rocío de la noche y secada después por ese sol testigo todos los días de la



bravura heroica de un pueblo que, en desigual contienda, lucha por la Libertad.

Esa es la historia de tantos hombres dignos; unos muertos, vivos aún otros –ejemplos de valor y disciplina– cuyos nombres, en estos instantes de reposo que me dejan las múltiples obligaciones de mi destino, quiero dejar estampado para que se graben en el libro de Inmortales de la Patria Libre.

No sabemos, no se puede saber si estamos a la mitad o al fin de la jornada; lo que haya de ser, será; pero no es dudoso que a ellos corresponda el triste deber de levantar un día, polvoriento y ensangrentado, el cadáver de su viejo y leal compañero de armas, para depositarlo en fosa abierta a la sombra del bosque, mudo espectador de nuestros dolores y teatro de nuestra abnegación y patriotismo. Entonces, cuando eso suceda, el cuadro que se ofrezca a la vista será bien sencillo: un hombre más caído por la libertad y un grupo de guerreros que, después de dar su adiós al camarada muerto, volverán la espalda y seguirán de nuevo al campo de la lucha a continuar una obra que el Orbe entero espera con ansiedad ver gloriosamente terminada; esto es, la conquista de la libertad cubana con la cual el Nuevo Mundo completará y justificará su título de América Libre.

Como he dicho ya algunas veces –como lo han dicho otros también–, en Cuba y en esta guerra terrible, cruenta y prolongada, no puede haber nada pequeño. ¡La Independencia será un suceso magno! No, no es la apertura del canal interoceánico que sirve a la civilización, al tráfico del comercio y hasta a la satisfacción de los estómagos; no es el hallazgo de un invento portentoso que da renombre y dinero al inventor: la Independencia de Cuba será un suceso de trascendencia tanta para el mundo, que no habrá una sola porción de Europa y América que pueda sustraerse a su influencia bienhechora.

España misma, que en los primeros momentos creará haberlo perdido todo, podrá contener de ese modo el insaciable antojo de sus elementos burocráticos que hoy la desangran, tendrá tiempo de pensar en la unidad de sus pueblos,



amenazados por un espíritu latente de cantonalismo, que en vano trata de disimular y rivalizará ante el mundo su título de nación civilizada, borrando de la carta geográfica el estigma de una colonia explotada y de la frente de un millón y medio de almas, la mancha afrentosa de su esclavitud.

Por eso, el último, –si es que pueden haber primeros y últimos– de los obreros en esta labor sangrienta, aparecerá mañana pobre, mutilado, desdeñado quizás por aquellos que a la hora del sacrificio, no supieron estar en sus puestos –o muerto tal vez– pero nunca para la historia en cuyo altar sacrosanto los que se sacrificaron por la patria han de aparecer cada día más grandes y más dignos de la apoteosis humana.

¡Es, pues, compañeros: O juntos con Ricaurte, o al lado de Bolívar y San Martín!:

Nota: Los cuadros historiográficos del personal de La Escolta y Estado Mayor (cerca de 143 hombres) entre superiores y subalternos, aparecerán en nuevas ediciones.



Carta al Coronel Andrés Moreno*

Máximo Gómez

Juan Criollo, Sancti-Spíritus, febrero 6-1897.
Coronel Andrés Moreno.

Estimado compatriota:

Siento la necesidad de cambiar mis ideas con usted respecto a un asunto, a mi juicio de no escasa importancia, y sobre el cual me atormentan dudas, que quisiera desvanecer, encontrando luz y más luz en el ilustrado y sano criterio de usted para poder mañana responder con conocimiento verdadero de causa, del a mi entender tristemente deficiente sistema o forma de cómo está constituida en Cuba la industria azucarera, riqueza que aún así, se pudiera decir fabulosa, del país cubano. Y voy a principiar, para que usted pueda compenetrarse bien de mis intenciones o deseos, por comunicarle hasta mis más íntimas impresiones, que he sentido por este asunto.

Yo había oído hablar, con verdadero placer, de la riqueza de las comarcas occidentales, consistente en su mayor parte, en sus soberbios campos de caña y fábricas de elaborar azúcar, que yo no conocía, pero que mis amigos me pintaban de un modo maravilloso. Aquellas relaciones me encantaban, pero como cuando todo esto veía, también bullía en mi mente, con entusiasmo, la idea de la revolución redentora, a la cual había ofrecido mi espada, más de una vez, se lo confieso, sentía mi

* Publicada en Instituto Cubano del Libro, *Máximo Gómez: El viejo Eduá y otros escritos*, 3ª ed. La Habana, Unidad 08 "Mario Reguera Gómez", 1972, pp. 95-100.



espíritu consternado al pensar que tanta riqueza pudiera ser destruida por la mano terrible de la guerra, y perderse en unos instantes todo el patrimonio de un pueblo, levantado en muchos años de labor; y todo ese atroz procedimiento seguramente me tocaría dirigirlo, y firmar el Decreto de su destrucción, como medida justificada de la guerra, si esas riquezas perjudicaban en vez de favorecer la Revolución. Y encariñado yo desde niño con la agricultura, pues mi padre me enseñó a amarla, imagínese usted mis perplejidades y hasta mis dudas algunas veces.

Así sucedió: vino la Revolución fraguada por la misma España y vine yo a entrar en ella, cumpliendo mi palabra empeñada, y firmé el Decreto, preparando a la vez y sin reserva intencionalmente, el Ejército invasor, con la ridícula esperanza de que los hombres de bien no dejaran encender la tea.

El Ejército: Diez mil hombres mal armados y sin organización (¡cual podía yo darle en tan corto tiempo!) emprendió su marcha triunfal, y cuando la tea empezó su infernal tarea y todos aquellos valles hermosísimos se convirtieron en una horrible hoguera, cuando ocupamos a viva fuerza aquellos bateyes ocupados por los españoles, aquellas casas palacios, con tanto portentoso laberinto de maquinarias, todo aquel conjunto de producción, de comodidades, de lujo y hasta cultura, cuando yo vi todo eso le confieso a usted que quedé abismado y hubo momento que hasta dudé de la pureza de los principios que sustentaba la Revolución; pensé que marchábamos por caminos torcidos, y yo mismo no me sentía bueno, como quiero serlo. Fue esa noche molesta para mí, pensando de semejante modo, con mi asiento recostado en las verjas de hierro bruñido del hermoso jardín de la bella señora de Pulido de cuyo Ingenio, su Mayordomo acababa de decirme, que había costado más de cien mil pesos. Yo había dado orden de que cuidara quien se atreviese a tocar aquel plantío de flores y plantas bellísimas.

Más, continúe, como tenía que hacerlo, y bien pronto se operó en mi ánimo y en mis juicios un cambio, que al no



explicarle a usted las causas, le parecería desde luego extraño y en modo alguno justificado.

Cuando llegué al fondo, cuando puse mi mano en el corazón adolorido del pueblo trabajador y lo sentí herido de tristeza, cuando palpé al lado de toda aquella opulencia, alrededor de toda aquella asombrosa riqueza, tanta miseria material y tanta pobreza moral; cuando todo esto vi en la casa del colono, y me lo encontré embrutecido para ser engañado, con su mujer y sus hijitos cubiertos de andrajos y viviendo en una pobre choza, plantada en la tierra ajena, cuando pregunté por la escuela y se me contestó que no la había habido nunca, y cuando entramos en pueblos como Alquizar, Ceiba del Agua, El Caimito, Hoyo Colorado, Vereda Nueva, Tapaste y cincuenta más, no vi absolutamente nada que acusara ni cultura ni aseo moral, ni pueblos limpios, ni riquezas limpias, ni vida acomodada, y nos recibían del brazo del Alcalde y el Cura; entonces yo me sentí indignado y profundamente predispuesto en contra de las clases elevadas del país, y en un instante de coraje, a la vista de tan marcado como triste y doloroso desequilibrio, exclamé: *“¡Bendita sea la tea!”*

Se me presentó la Edad Media, con su Feudalismo que nos refiere la Historia, y pensé de nuevo, como he pensado siempre, que para sacudir la opresión y la barbarie, todos los medios y todas las ocasiones son buenas.

Y después se me ha ocurrido, que si no se podría acaso establecer más equidad en las relaciones entre el agricultor y el industrial, entre el primero, a quien el segundo se lo debe todo, a quien pudiéramos decir que le debe la vida, a quien le es deudor el artesano, el maquinista, y hasta el inventor también; y pudiéramos decir que hasta Cuba misma le debe su grandeza ¿Cómo es que por desgracia se pude notar distancia tanta entre un colono y el dueño de un central, al extremo de que el primero comparativamente, me ha parecido una bestia y el segundo un hombre?



¿Qué razón existe, que yo no he podido encontrar, para que el agricultor le esté vedado decir a sus hijos “Ayúdame a plantar este árbol, bajo cuya sombra podré descansar mañana en mi vejez cansada, mientras vosotros recogéis el fruto”? ¿Qué motivo prohíbe que el hijo del infeliz colono sepa menos, no sepa nada, ni tanto como el buey que ara, mientras que los hijos y las hijas del dueño del central, cuando la zafra está terminada, pueden irse a París, a pasar una temporada, a exhibirse con todo el esplendor que proporciona el lujo, siempre pagado a caro precio, como toda cosa superflua para la vida práctica de los pueblos? ¿Y a dónde pueden ir acaso el colono, su mujer y sus hijos? Esos quedan estancados e inmóviles, como la máquina que tritura la caña.

¿Qué causa habrá para que la esposa del colono no pueda tener un jardín y la señora del central sí pueda tenerlo; es que aquella familia, a pesar de ser trabajadora (virtud primera) está condenada a vegetar en el embrutecimiento, a no asimilarse jamás, con uso y ejercicios de ventajas conquistadas con su trabajo, a sus naturales y obligados consorcios, de los cuales, al contrario es desdeñada? ¿Qué causa, cuáles razones se oponen, para mengua social, a que cada uno de esos centros maravillosos de elaborar azúcar no puedan convertirse, de una manera hábil a la vez en el centro de civilización y de productos distintos, que den para todo bienestar relativo, que proporcionen recursos de todas clases para la vida social y material de las familias todas, en vez de estar concentradas en el batey, cuyos límites, como la “Muralla China” nadie puede traspasar?

¿Cómo se explica que el que tanto dulce suda pase, sin embargo, una vida tan amarga? Ahora bien, coronel Moreno, yo no he podido comprender bien claro las causas primordiales de tan injusta desproporción de las situaciones entre el colono y el industrial, por qué esa inmensa distancia en que viven el uno y el otro, no obstante el fraternal lazo que parece lo debe constituir la materia prima, la caña, dentro de la cual se mueven ambos. Necesito, pues, que usted, honrado y bueno, y que pertenece al



número de los hacendados de Occidente, se sirva darme más luz sobre este asunto, que no creo de escasa importancia, y que tanto me interesa conocer bien para que sus fórmulas nuevas sirvan también de norma a Santo Domingo, en donde hace poco ha principiado a desarrollarse la industria azucarera. Y he dicho fórmulas nuevas, porque entiendo que si después de la paz, después de constituida la República, libre y sin trabas de ninguna clase, sin privilegios de ningún linaje, y cuando este pueblo, que ha de surgir nuevo, alegre y distinto, para ejercer con bríos y ansias de libertad sus energías, para todos los progresos, si las formas continuaran con sus formas viejas, desde luego, coronel Moreno, perderíamos la esperanza de que la República fuese tan fecunda en bienes como ha sido costosa en sacrificios; y como yo y usted y todos los buenos patriotas tenemos derechos a esperar que sea, para completar nuestra obra.

Quedo de usted muy amigo afmo.,

M. Gómez.





Máximo Gómez en Honduras en 1879, cuando organizaba el ejército de ese país por mandato de su presidente Dr. Marcos Aurelio Soto, quien acogió a la migración independentista cubana después de la Paz de El Zanjón.

Fuente: Gobierno de Cuba. *Concurso Internacional para la Erección de un Monumento a la Memoria del Mayor General del Ejército Libertador, Generalísimo de sus fuerzas Máximo Gómez y Báez. Iconografía.* La Habana. Imp. P. Fernández y Cía., 1917.

Consejos del General (Proclama de Yaguajay)*

Máximo Gómez

Para andar más pronto el camino de la organización nacional elegid para directores de vuestros destinos, a los hombres de grandes virtudes probadas, sin preguntarles en dónde estaban y qué hacían mientras Cuba se ensangrentaba en su lucha por la Independencia.

Debéis ser atinados en la elección de ministros, administradores de los intereses del país; que no alfombren sus casas ni sean arrastrados por carrozas, antes de que las espigas maduren con abundancia en los campos de la Patria, que habéis regado con vuestra sangre para hacerla libre.

No tengáis ministros con mujeres que vistan de seda, mientras la del campesino y sus hijos no sepan leer y escribir.

Aprended a hacer uso en la paz de vuestros derechos, que habéis conseguido en la guerra; que no se deben conformar los hombres con menos, porque esto conduce al servilismo, ni pretender más, porque os llevaría a la anarquía.

La observancia estricta de la ley, es la única garantía para todos.

* Al terminar la Guerra de Independencia, el 23 de noviembre de 1898, Máximo Gómez ocupó la población de Yaguajay, término municipal de Caribarién, provincia de Santa Clara. Estando allí acampando redactó estos consejos al pueblo cubano que fueron publicados por primera vez en la citada obra de Bernardo Gómez Toro. *General Máximo Gómez. Revoluciones... Cuba y hogar.* 1927, pp. 123-124



Yo aconsejo para Cuba, puesto que se alcanzó el sublime ideal, un abrazo fraternal que apriete y una para siempre el augusto principio de la nacionalidad cubana.

El triunfo definitivo debe rodear a este pueblo de majestad y grandeza.

Se debe conceder el perdón a todo el que lo solicite, para que la obra quede completa. Al aproximarnos a las tumbas gloriosas de nuestros compañeros a depositar la “siempreviva”, junto con una lágrima de guerrero, es preciso en esa hora piadosa, llevar el alma pura de rencores.

Que no os ofusquen los apasionamientos de la victoria, ni a los que se crean más meritorios les ensoberbezca y ciegue el orgullo, pues por ese camino casi siempre se han perdido muchos hombres, que principiaron siendo grandes y acabaron pequeños.

No se debe olvidar nunca que así como la espada es la bienhechora para dirigir y gobernar bien las cosas de la guerra, no es muy buena para esos oficios en la paz; puesto que la palabra Ley es la que debe decirse al pueblo, y el diapasón militar es demasiado rudo para interpretar con dulzura el espíritu de esa misma Ley.

Se tiene que dejar de oír el relato de pasadas hazañas. Todo eso cumple a la majestad de la historia; porque si no, se mortifica a los que debiendo, no supieron ejecutarlas, y aparecería como un cargo que los irrita, y predispone los espíritus a la desunión o a la discordia.

Con todas estas precauciones de obreros abnegados que todo lo han dado a la Patria, y ayudados por tres factores poderosísimos; el trabajo, la educación y las buenas costumbres –la mejor higiene para preservar el alma y el cuerpo de amargos dolores– Cuba será próspera y venturosa. Mientras tanto si no caigo en lo que falta de la lucha, cuando me vea tranquilo en un rincón de mi Patria, pediré siempre para Cuba la bendición del cielo.



Duarte. Obra de justicia*

Máximo Gómez

¿Queréis que un pueblo sea virtuoso? Enseñale a buscar la virtud en su propio corazón y en su conciencia; en la idea del deber, y no en los reglamentos que le hacen rutinario y servil, ni en la fuerza que lo envilece.

Todo esto pasa y cambia; el corazón queda y es siempre grande y libre.

Samper

A los pueblos es necesario enseñarlos a amar y agradecer, así se les enseña a ser buenos y dignos –buenos, cumpliendo sus altos destinos en la constante elaboración por el perenne reclamo del progreso, trabajando, y dignos, rechazando con energía todo lo que pueda lastimar sus más caros intereses, su nombre y su historia.

Y no se puede conseguir eso sin el ejercicio de actos que le formen la conciencia verdadera de sus deberes sacratísimos cumplidos, que le dan la prerrogativa del derecho natural para presentarse majestuosamente a recoger la medalla obligada del mérito, consideración, respeto y amor que la exposición

-
- Publicado en el periódico *El Montecristeño*, No. 54, Montecristí, República Dominicana, 1º de septiembre de 1894. Archivo Nacional de Cuba, *Fondo Máximo Gómez*. En Salvador Morales Pérez, *Máximo Gómez. Selección de textos*. La Habana. Editorial de Ciencias Sociales, 1986, pp. 173-175. (Ediciones Políticas).



permanente y universal de la civilización humana va repartiendo con exquisita equidad desde Cristo a nuestros días.

¿Qué alma grande, qué corazón bien templado no se sintió gratamente conmovido cuando, en una hora tristísima de esas que sumergen el alma de una nación en mortal abatimiento, porque sufren la pesadumbre de una gran desgracia—, la Francia, la magnánima, por la generosidad de sus hijos, por su desprendimiento— obliga por un arranque del sentimiento herido en lo más delicado, a retirarse, llenándole los bolsillos de otro al terrible invasor de sus hogares?.

La barbarie y la ambición extranjeras en un día aciago para el noble Perú se confabularon con el propósito cruel de arrasar el floreciente Callao sin que aquella plaza tuviese apenas tiempo de aprestarse para la defensa. Las naves de Méndez Núñez con furia y saña ajenas al valor castellano tan bien templado otras veces arrojan sobre aquella plaza cual un nuevo Jorullo o Colima surgido de improviso de aquellas aguas, chorros de proyectiles que caen sobre aquella ciudad esparciendo la muerte por doquier y convirtiendo aquel lugar de belleza y paz en escombros, ruinas y espanto.

Aquello fue una escena triste y horrible. Pero la juventud peruana estaba allí de pie, firme y defendiendo con admirable valor y resolución los fueros de la nación brutalmente atropellados. La causa de la justicia triunfó al fin y las naves españolas plegando sus banderas desechas y ensangrentadas tornan su rumbo hacia otros mares a curarse del desastre sin haber recogido ni siquiera una página de gloria para la brillante historia guerrera de España.

Hoy al pasar el viajero por aquel lugar de cruento recuerdo histórico para la América entera, admira con piedad santísima con entusiasmo americano un monumento de admirable suntuosidad que la gratitud nacional peruana levantó, dedicado a la memoria de los héroes de aquella sangrienta jornada.



La obra es tan bella como colosal, es magnífica: su base solamente que la forman enormes moles de granito representa un valor extraordinario y el caudal empleado en la obra de tanto mérito fue acumulado en muy poco tiempo por una popular recaudación nacional.

La República Dominicana se ocupa en estos momentos de una obra meritoria por el patriotismo acendrado de algunos hombres de luces del país. Pero la masa de nuestro pueblo no está bien empapada del mérito de la obra, no tiene la conciencia de su gran valor. La gente de los campos en su mayoría no sabe aún lo que significa la Estatua a Duarte y es necesario hacer caer en la mente de nuestro pueblo, como semilla fructífera en tierra buena, todo aquello que pueda significarlo.

Así se afianza la paz, abriéndose paso el progreso.

Por otra parte ¿no tendrá derecho el compatriota pobre del Padre de la Patria a la justa y amarga queja?, porque tal parece que sus centavos humildes no deben figurar en la suscripción nacional al lado de los pesos de aquellos que favorece la fortuna.

¿Y las mujeres?, ¡la mitad más cara de la nación, nuestras esposas y nuestras hijas! ¿por qué no invitarlas? Compañeras nuestras en las penas y alegrías del hogar, llevémoslas siempre a nuestro lado en todo lo que sea honorable y embellecedor.

El monumento a Duarte debe ser la obra del pueblo agradecido, y a ese pueblo hay que ayudarle y guiarle siempre alumbrándole la senda que conduce al cumplimiento de deberes altamente honrosos.

El medio más eficaz es la predicación: nuestro pueblo es cristiano y en eso puede hacer mucho la Iglesia. La prensa nunca será suficiente, pues apenas leen solamente los habitantes de ciudades y pueblos. La República Dominicana puede recaudar para su laudable propósito una suma fabulosa, aún concretando la colecta de 50 cts. por cabeza.



Para la única clase de obras que nunca, jamás, se puede pecar de ostentación es para las que, como ésta, son ofrenda de gratitud que todo un pueblo levanta perpetua a sus bienhechores, que desafía la furia destructora del tiempo para que después hayan de admirarla las generaciones venideras.

¡Ese debe ser nuestro orgullo!

Debemos querer y querer es hacer.



El porvenir de Las Antillas*

Máximo Gómez.

Señor Don Manuel: ¿Cómo y qué tal andarían las cosas por estos países y en aquellos tiempos? Me parece que algunas veces le he oído a usted relatar; con mezcla de pena y de entusiasmo muchos rasgos de ese pasado. Me interesa saber mucho de todo eso, por un hombre como usted, que además de que goza de justa fama de verídico y honrado, he oído decir que fué también actor y espectador en muchos sucesos, en los cuales, por más que leo mucho de lo que se ha escrito respecto a Cuba nuestra tierra y demás Antillas, hay sin embargo, muchos puntos oscuros en la historia que no puedo comprender.

-¡Ay, hijo mío! Solamente porque merece atender a tu laudable deseo de saber, pudiera yo perdonarte el dolor que me causas, evocando recuerdos que torturan mi alma, pues de tantos ensueños y honor y gloria en que atolondrado pasé mi juventud, solamente me ha quedado la amarga memoria de haberse perdido todo por causa de nuestras ambiciones, torpezas y perpetua desunión.

-¿Pero no había hombres que puestos al frente de los asuntos fueran capaces de dirigirlos con acierto y buen tino?

-Oh, sí, hubo muchos, y yo pienso que eso mismo fue una de las principales causas de nuestras desgracias. Uno o muy pocos hombres son los que deben dirigir toda acción de empresa de

* Revista semanal *Carteles*, Año 23, Nos. 46 y 47. La Habana, 15 y 22 de noviembre de 1947. En Salvador Morales Pérez, *Máximo Gómez, Selección de textos*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1986, pp. 229-249 (Ediciones Políticas).



grandes e imprevistos riesgos. Así como en el cuerpo humano la inteligencia se concentra y todos los demás miembros y órganos se disponen a obedecer.

De otro modo, ¿dónde el equilibrio? No pudiera el hombre conseguirlo, como lo vemos hoy de un modo sorprendente. Cuando no domina la cabeza el cuerpo viene abajo.

-Me confunde ahora usted, don Manuel, con semejante respuesta. Yo siempre pienso que el mundo de los hombres se gobierna por el mayor número de inteligencias. ¿Cómo se explica eso pues?

-Comprendo muy fácil tu confusión: no estás en antecedentes y no es posible que penetres hasta la verdad de la Historia, porque ella se escribe como se quiere y no como se debe.

-A cada una réplica de usted siento crecer en mí el interés por saber mucho de ese pasado, donde por unos viejos papeles que conservo sé que mi abuelo combatió.

-¡Ah, tu abuelo! ¡Cuántos recuerdos, santo Dios, que sólo con la mente se pueden arrancar del corazón! Conocí a tu abuelo; más que eso, fuimos camaradas y juntos repetidas veces oímos silbar el plomo enemigo por encima de nuestras cabezas combatiendo en el campo en defensa de una misma idea. Él como yo y muchos otros compañeros recogimos al fin la peor parte. Perdimos nuestros primeros años en una campaña estéril para el ideal que puso las armas en nuestras manos, y puros soldados de una idea, cuando concluído todo y muerta la esperanza, sólo nos quedó la miseria por patrimonio y el desdén y el olvido de todo un pueblo por quien luchamos.

-Me desespero, don Manuel, porque entre usted en materia, ahora que con mayor razón me inspira más confianza y profunda veneración y respeto, porque para mí es de alto mérito la revelación que acabáis de hacerme de que fué amigo y compañero de infortunio de mi abuelo.



-Pues oye bien hijo mío, y no te asombres de lo que has de oír de mis labios, seguro de la verdad de mi relato, que de ella al cielo pongo por testigo.

Entra por mucho para hacerse cargo de las vicisitudes políticas, porque atraviesan los países, conocer bien las situaciones topográficas y bastante de la índole y costumbres de sus pobladores. ¿Conoces tú todo esto de las cuatro Antillas: Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico y Jamaica?

-Perfecta y prácticamente, don Manuel.

-¿Y te has hecho cargo de la importante situación que ocupan en el mar de las Antillas, camino real del Atlántico al Pacífico?

-Indudablemente que sí.

-Pues en ese caso omito todo comentario a ese respecto y me inspiro en la confianza de que hablando con quien me entiende hablaré poco y diré mucho. Tengo no obstante necesidad de que me sigas a épocas muy lejanas.

Hace 65 años –contaba yo 20. ¡Qué feliz era! Cuando la Isla de Santo Domingo se encontraba dividida en dos repúblicas- la Dominicana y la Haitiana- la primera, cuyos habitantes no pasarían de cuatrocientos mil eran en su mayor parte de gente del color. La segunda, aunque con menos grado de cultura, pero el número de sus habitantes era superior al de la primera, en su totalidad del color. Aconteció, pues, que por una aberración del destino, la República Dominicana, allá por el año 61 –siglo pasado- se anexó a la entonces monarquía de España hoy dividida en República provinciales o cantonales como la llaman ellos. Reinaban entonces Isabel Segunda de Borbón, al decir de las crónicas la meretriz más hermosa de su tiempo.

Aquella anexión de Santo Domingo a España, parte de la ambición y el lucro, fué urdida por la gente más levantada del país, quiero decir, por el elemento preponderante por el dinero y la posición social, y debía traer y trajo una revolución que necesariamente debían capitanear hombres de lo que allí dió en



llamarse del pueblo o de la clase baja. La guerra se encendió y duró más de dos años, y aquella gente brava y en territorio propio y favorecido por la Naturaleza puso en grande apuro a España y sus anexos a pesar de los fuertes elementos de combatir que hizo caer encima de la revolución restauradora. Los haitianos que habían protestado enérgicamente contra la anexión, aprovecharon la coyuntura de prestar a los restauradores toda ayuda moral y material, dando así ante el mundo una prueba ostensible de republicanismos y dejando comprometida al propio tiempo la gratitud dominicana, que a fines ulteriores pudiera algún día servirles de gran provecho. España se encontró completamente desamparada en contienda tan injusta por la opinión universal, –muy pronto se vió obligada a desistir de sus propósitos de dominación por la fuerza sobre aquel país libre e independiente hacia muchos años– no sin que primero hubiese pagado muy caro, con hombres y dinero su punible terquedad.

España en su fuga, después de haber asolado al país, arrastró y después dispersó los principales elementos sociales de aquella República y necesariamente la parte de abajo subió a la superficie, quedando desde luego justa y legítimamente adueñada de los destinos del país. Ese noble triunfo, así quiero llamarlo, no fue verdaderamente tan sólo el triunfo de la República contra la intrusa Monarquía, sino también de la clase baja y de color sobre la raza blanca y clases superiores. Hizo más, que apretando los lazos de unión entre los dominicanos y haitianos, no muy bien conllevados antes, por tradición de pasadas guerras, dejaba preparado el terreno para una política de ancha base y mutuo provecho. Dejemos pues a los dominicanos y haitianos ya colocados en esa situación social y política; y pasemos a ocuparnos de Cuba, país de interesantísima historia.

Esta hermosa Antilla, como ya sabes, pertenecía como una de sus colonias a España, que según la titulaban los diarios de entonces, la servía de “cruel madrastra”, por cuya justa causa



los cubanos trataron muchas veces de sacudir tan dura tutela. Se sacrificaban siempre con admirable resolución, pero estérilmente y sin éxito favorable, pues los españoles no se detenían ante los medios, por reprobados que fueran para sofocar en su cuna toda tentativa de sublevación y asegurar su dominio sobre aquel suelo cada día más ensangrentado. Ningún pueblo sobre la tierra (tú lo has leído) tiene una historia tan llena de sangre y de horrores como la Isla de Cuba, y todo con España y por causa de España.

—Ciertamente, don Manuel: la Historia me revela con aquellos hechos y con los procedimientos políticos de entonces la época de atraso en que ustedes se agitaron.

—Pero una vez en que unificada un poco más la idea de independencia, pero no lo bastante para que el pueblo entero pudiera con las bayonetas lo que se había hecho a España con la palabra suplicante, sucedió el memorable alzamiento del 68. Epopeya sangrienta, heroica y gloriosa para los que la sostuvieron diez años con valor y constancia admirable, contra todo el poder de España, poderoso entonces y en medio de la América libre, indiferente y fría al grito republicano lanzado en aquellas regiones.

Al fin fueron inútiles tantos esfuerzos y tantos sacrificios, pues aquella guerra terminó con “la Paz de El Zanjón” sin ventajas para los cubanos, que con sistema más humillante y ventajoso continuaron sometidos al Gobierno colonial, pero ni mucho menos para España misma que ejercía ahora su dominio sobre un país que si antes era riquísimo la guerra dejaba en ruinas y cuyos pobladores, que veían flojos y ensangrentados sus antiguos vínculos con la Metrópoli, forzoso les era buscar una solución de su problema político de cualquier modo. Los pueblos como los hombres, en sus horas de tremendas desgracias y abatimientos apelan hasta al suicidio para salvarse de tales pesadumbres. Aquí se hace necesario una ligera digresión, para la inteligencia de la historia. Reclamo, pues, tu atención.



Inglaterra, la nación de Europa a mi juicio la más sabiamente egoísta observaba todos estos sucesos, y más de una vez supo aprovechar momentos históricos, con oportunos rasgos de notable grandeza. Sabía gobernar a todas sus colonias de América, pobladas de gente de color, con una política y bajo un sistema tal, que sin las fuerzas de las bayonetas, tenía asegurado su dominio, por la fuerza de la opinión, que es la fuerza más poderosa e incontrastable.

Además, había obligado a España a firmar un tratado para suspender la trata de negros, y sus naves recorrían los mares vigilando el cumplimiento de tan humanitario propósito, aconteciendo muchas veces sorprender expediciones de buques con bandera española cargados de estos infelices, que Inglaterra dejaba libres en sus colonias y castigaba a los traficantes con la confiscación del barco y demás que en él se encontrase, cuyo producto dedicaba al sustento de los libertos, mientras ellos no se lo procuraban.

Al propio tiempo por las vías diplomáticas excitaba a España y a los Yankees para que la primera concediese la libertad a los esclavos de Cuba y Puerto Rico, que lo eran en número considerable, y a los segundos en el Sur de los EE. UU., Estado de Mississippi. Con estos magnánimos procedimientos, sin alardes y sin bravuras, fué adueñándose y con justicia del agradecimiento y simpatías de todos los hombres libres de la América latina, pero principalmente de la raza de color de todos los países.

Durante nuestra guerra de los 10 años no tomó cartas en el asunto, pero ni vendió a España un cartucho ni un fusil para hacernos la guerra; no sucedió así con los americanos que a la vez que nos explotó y aprovechó cuando le fué posible, fué aquel país el arsenal más abundante que a las puertas de Cuba se encontrara España para surtir a sus anchas de materiales de guerra con que ahogó en sangre el grito de los libres.

De Inglaterra, encontramos amparo gratuito en sus colonias vecinas para nuestros aprestos de expediciones militares, sobre



Cuba y como refugios seguros, para la gran corriente de emigración en masa que abandonó la Isla durante el encarnizamiento de la lucha, en que el solo hecho de ser cubano constituía delito.

Algo más hizo Inglaterra –aconteció una vez, que apresada que fué en aguas inglesas una fuerte expedición que partió del Puerto de Kingston, con dirección a las costas de Cuba, conducida por un vapor de los nuestros. *El Virginio (Virginus)*, ésta fué llevada a la capital de Oriente, Santiago de Cuba; cuando los españoles habrían principiado ya la matanza de los expedicionarios, por los que aparecían como Jefes, se presentó un buque de guerra inglés, *La Niove*, y no solamente intimó en nombre de su nación la suspensión de las ejecuciones, sino la entrega del barco con todos los supervivientes.

Muy duro le fué al Gobernador de la Colonia tener que ceder en este delicado asunto a la intimidación inglesa; pero en la alternativa de un conflicto para lo que no estaban preparados, ni su situación era la más a propósito para aceptarlo. Sin mucho trabajo *La Niove* salvó la vida a unos cuantos que ya la daban por perdida y llorados por sus deudos. Los españoles entregaron todo.

Todos esos sucesos fueron formando en la mente de estos pueblos un concepto favorable hacia esta nación, y más que eso, mucho de gratitud y respeto, al paso que España perdía lo mismo en territorio que en amor y simpatías, en países que la consideran la causa de sus mayores desgracias.

Los americanos con su política de número y su desprecio a la raza de color mal podían extender sus simpatías en América. Ya que te he hecho notar estos importantes antecedentes, vuelvo a reanudar el hilo de mi narración.

Después de la paz de “El Zanjón” que fue término de aquella guerra, no solamente perdió Cuba por sus sacrificios consumados sin fruto sino que se amenguó su talla notablemente, y su prestigio que subieron muy alto ante el mundo



americano y europeo cuando valientemente armada se irguió en lucha por la redención.

Los cubanos que en un tiempo fueron admirados en todas partes, ahora o después fueron mirados con desdén.

Para mayor vergüenza, y cuando se debía esperar que la desgracia uniese más los ánimos en un solo propósito, la opinión del país quedó dividida en grupos políticos que tuvieron la osadía de llamar partidos, cuando en Cuba solo dos tenían razón de ser.

Húmeda aún la tierra cubana con la sangre derramada en los combates por su independencia, nació un partido que se llamó Autonomista, y tomó fuerza la vieja opinión de una soñada y torpe anexión a los Yankees. Se volvió Cuba un caos, o mejor dicho el país de la confusión política. Proclamando los autonomistas nuevos principios e ideas, bajo el sistema de una soñada y poco decorosa autonomía, después del heroico batallar, se dividió por completo la opinión de los hombres prominentes que podían y eran llamados a conducir a Cuba a su independencia, afianzando más España con este criminal desacuerdo, que ella procuraba alentar por todos los medios, su funesta dominación en Cuba, que, como era consiguiente, dado ese estado de cosas, cada un día que pasaba, se mermaba en riqueza material y la inmoralidad y el desconcierto cundía hasta en el seno de las familias.

Desertores en su mayor parte de las filas separatistas, eran los hombres que dirigían a este partido, que declarado dentro de la legalidad, entró en campaña con la palabra hablada y escrita por armas, bien débiles por cierto, para un pueblo hacerse grande y libre derrocando el poder que lo oprime. Precisamente eso le convenía a España, y entraba en su interés alentar la efímera vida de esa agrupación política con promesas de reformas que jamás tuvo la intención de cumplir. Se le concedió al cabo –hasta allí llegó la malicia de España y la candidez de los cubanos– enviar diputados a la Cortes, a representar el ridículo,



sin obtener ninguna reforma que pudiera mejorar la deplorable condición de la Colonia.

Algunos años se pasaron en ese estado de ansiedad, especialmente para los verdaderos amantes de la independencia de la patria, pues no nos era posible iniciar ninguna tentativa revolucionaria en ese sentido y con probabilidades de buen éxito. La pobreza de nuestros recursos, y la bandera enarbolada por esos hombres, que llegaron a desviar la opinión del pueblo que acogió de buena fé por librarse de los horrores de la guerra, todo eso era más que suficiente, para hacer dudar hasta a los más esforzados, de promover un alzamiento en la isla. Algunos hombres extranjeros de gran valer y simpatizadores de nuestra causa, opinaban de la misma manera, y desanimados nos negaban su protección. Algunos de mis compañeros, sin embargo, fueron víctimas de su arrojo, pues el pueblo, no solamente no los siguió, sino que con elementos sacados de su propio seno, emprendía el Gobierno de la Colonia su persecución hasta exterminarlos. Hasta esos dolores extremos, condujo a ese pueblo su espíritu nacional pervertido.

Preciso era que para provocar una reacción debieran acumularse causas poderosas, como al fin tenía que suceder.

Mientras tanto el país se depauperaba, los principales hombres desaparecían con la muerte y el destierro, muy pocos sobrevivían inmaculados a tan asombroso desbarajuste, y los demás que quedaron en la isla, bajo la dominación que odiaban a su pesar, gastaron a la postre su valer y su prestigio, perdiendo por una parte hasta la consideración de sus altaneros adversarios, y por otra el respeto y simpatías del pueblo cansado de esperar y que ya principiaba a pensar que él mismo debía ocuparse de su propia suerte.

—Don Manuel, me oprime el corazón el relato de nuestra historia, y permítame por tanto, hacerle respetuosamente una observación ¿Y la juventud cubana qué pensaba y qué hacía? Ella que siempre han sido la salvadora de los nobles y grandes



principios. Nunca ha faltado hombres nuevos a los pueblos, en sus épocas de gran decadencia moral.

–Poco a poco, hijo mío, y no te subleves ante esa idea. Fue tanto lo que se habló y se escribió en aquella época de debates por oradores y escritores elocuentísimos sobre “soluciones pacíficas” –y como decían ellos– con la mirada fija en la historia y en la ciencia hemos proclamado esta única forma de progreso pacífico para las nuevas sociedades, que lograron enervar en la juventud cubana el sentimiento de una patria independiente y libre, cosa fácil de conseguir en los hijos de Cuba, de suyos dotados de espíritu poco belicoso y dado a los placeres y a la molicie, condición inherente en los pueblos esclavistas. Alguien ha dicho “un espíritu sin fé es un arrenal donde nada fructifica”. Y eso eran esos hombres.

Habían perdido la fé, y si ellos no lograron matarla en el pueblo consiguieron a lo menos adormecerla.

En política, así como el entusiasmo es contagioso, lo mismo lo es el indiferentismo, y llevar el pueblo hasta allí, no era difícil por el cansancio en que le dejó la lucha.

Hombres honrados, pero de letras, solamente, eran poco apegados desde luego a los actos heroicos, a los arranques bien templados que induce el patriotismo, no estudiado y que se siente, al amor a la gloria, a la abnegación, y en fin a todas las grandes virtudes que son necesarias a los hombres para salvar a los pueblos cautivos conduciéndolos “a la tierra prometida”.

Muertas las aspiraciones a los hechos gloriosos, y apagado el sentimiento nacional que un tiempo engendró la guerra de los 10 años, con la vida del servilismo y acostumbrados en fin a vivir como extranjeros en su propio país, fácil te será hacerle justicia a aquella juventud afeminada que no supo volver por sus fueros.

–No, no Manuel, no transijo, y en presencia de un ejemplo vivo de abnegación y patriotismo como el suyo jamás someteré esa falta. Maldigo una y mil veces a los que pudiendo, no



salvaron a la patria, como la concibieron los hombres que se inmolaron por tan noble idea.

—Mucho aplaudo y respeto tus arranques patrióticos, pero ya aquellos tiempos pasaron y ahora cuanto más puedes hacer, es escucharme, y verás en el curso de mi narración lo que son las Revoluciones.

Singular ocurrencia, como te he dicho antes. En los campos que poco antes había gritado con santo entusiasmo: “Libertad, independencia” y en aras a tan levantados principios se derramó tanta sangre, ahora se dijo: “eso no, autonomía”.

Una vez formada esa escuela como tú comprenderás no faltaron discípulos. La juventud ingresó. Buen cuidado se tuvo para conseguirla y guiarla por ese camino de oscurecer las glorias de la pasada lucha, de no enaltecer sus arranques y empequeñecer sus grandezas y sus esfuerzos titánicos desprecian sus hombres y sus hechos y se echan al olvido todo aquello que pudiese servir de ejemplo o de estímulo, hiriendo en lo más vivo el sentimiento delicado del patriotismo. La juventud por tanto, quedó adormecida, o mejor distraída inocentemente por el canto de las sirenas, mientras la nave seguía combatida por contrarios vientos.

La masa del pueblo (—disimula mi lenguaje—) o el bajo pueblo, que siempre en todo tiempo y en toda ocasión ha sido la víctima principal, sobre la cual recae todas las malas consecuencias de las exaltaciones de los poderosos y de la clase superior, y la que al fin y a la postre, recoge junto con los andrajos de la miseria, el descuido, el desprecio y la desconsideración de las altas clases, se nutría poco a poco de ideas nuevas a inspiración de sus dolores y bien presto se le formó su cerebro, si permites la frase.

Al pueblo, que es más corazón que cabeza, y de ahí sus arranques, se le obligó al fin a pensar. Se fijó en el extravagante cambio de la opinión. Antes se pensó que Cuba no podría haber ya con España, que eso era imposible, que se había levantado una barrera inmensa entre esos dos pueblos. Comprendió que se



quiso fundar el derecho a la independencia, más en el odio inspirado hacia España, comentando las barbaridades cometidas en la Colonia, por los mandarines españoles, que en el derecho natural y legítimo del pueblo, aspiración tan justa. Aprendió que la revolución, que así pensó, dejaba su vida a merced de una sonrisa de su adversario, puesto que entendió y vió, que España astuta y prevenida se reservó para las horas supremas comprar el triunfo con cualquier acto de lenidad.

Así lo hizo, reformando al ejército para no parecer débil e implantando una política conciliadora y de perdón alcanzó el triunfo. Se le dijo entonces que España se había regenerado (aunque seguía matando gente a mansalva) y prometía ser buena madre, ya había desaparecido la sinceridad –que no fue por sentimiento– porque Cuba se creyó con derecho a la emancipación, y vió también que representantes que firmaron la sublime Constitución de Guáimaro, emprendieron el camino de las Cortes españolas a suplicar la autonomía para aquel mismo pueblo que valiente y determinado se irguió por su emancipación política.

Cuando en política, con mengua el decoro, se retrocede de esa manera, sucede como en los combates armados, que llegó la hora de “sálvese el que pueda”. Pero después el pueblo como el ejército nombra otro general que no deje comprometido el honor de su bandera, vuelve a la carga más furioso por el desengaño.

Debo hacerte notar que la isla de Puerto Rico corría la misma o peor suerte que la de Cuba. Estaba dispuesta a echarse en brazos de cualquiera con tal de salvarse de la dominación española, perdida ya la esperanza de su futuro engrandecimiento y corrompido el espíritu público en las clases elevadas todo aparejaba y favorecía para una época de radicales cambios que debían arrancar de cuajo viejísimos sistemas e instituciones.

En igualdad de circunstancias, Puerto Rico y Cuba, en cuanto a su dependencia de España, e idénticos sus dolores y sus cadenas, nunca se lanzó a la lucha como la segunda, pero



aunque ésta no lograra realizar sus ideales, ambos recogían algún provecho –y la primera a poco costo– que siempre deja la lucha de la libertad y el derecho contra la tiranía.

En ambas Antillas –como queda dicho– existía la mal llamada institución de la esclavitud y más de un millón de hombres gemían bajo el látigo de tan odioso y brutal sistema, y siendo las clases superiores las que siempre iniciaron todos los movimientos reformistas o revolucionarios en las dos Antillas, la clase baja y los esclavos recogían poco a poco la herencia que les legaban esas muertas revoluciones. La inteligencia, la libertad de espíritu, el valor y el atrevimiento, al paso que las clases privilegiadas o superiores decaían con la pérdida de la riqueza y con la riqueza se iba el prestigio. La clase media y la clase baja se nutrían con los despojos de las clases elevadas. Los mismos sucesos fueron insensiblemente deprimiendo a la una y levantando y emancipando a la otra. A cada sacudimiento recogía la masa del pueblo una lección provechosa, que más tarde, en su tiempo debía dar sus resultados en escala superior.

La ceguera de los tiranos poderosos y egoístas de la tierra no le deja ver las señales de los tiempos.

La guerra de los 10 años que fué iniciada y fomentada por los blancos y acomodados de la isla de Cuba, puso las armas en la mano a la mitad de los negros, en su mayoría esclavos. Esa transición fué demasiado violenta. La duración de aquella lucha gastó al elemento principal no muy resistente para las fatigas de la guerra, pero con los negros en mayoría se sostuvo hasta la Paz de “El Zanjón”, que iniciaron y firmaron también los blancos.

Este fué un suceso provechosísimo para la raza, pues no sólo se le mostró ocasión para distinguirse muchos hombres de color y tenerse, por tanto, legítima confianza, sino, que al firmarse dicha paz, se les reconoció libres a todos los esclavos sublevados con las armas, y por supuesto quedó esclavo todo aquel que siéndolo no formó en las filas de la Revolución armada.

–¿Cómo se explica don Manuel tan absurda anomalía?



—Cosas de España, hijo mío, y porque se veía en apuros— y el fin era concluir.

Vino, es verdad, la libertad más tarde para los esclavos de ambas Antillas, pero ya todos esos acontecimientos habían llevado a la mente del pueblo, cuanto los hombres pueden alcanzar, por el arrojo, el valor y el atrevimiento.

Las demás Antillas veían y sentían los dolores y las palpitations de los pobladores de sus hermanas Cuba y Puerto Rico, en su mayoría del mismo origen y con una misma historia, con las mismas cicatrices, por iguales heridas, fácil era, pues, y no difícil ni dilatado la unificación de la idea que produjera una Revolución de vastísimos horizontes y que debía conmoverlo todo.

A tan colosal propósito ayudó a fortalecer y dar forma a la idea la parte Sur de Estados Unidos del Norte, poblada en su mayor parte de los viejos libertos, sin patrimonio y profundamente heridos por el odio y el desprecio de los Yankees a la raza de color. Pronto entrevió en las Antillas no solamente un seguro refugio para vivir como hombres sino una futura patria para los hijos.

La propaganda secreta atizaba por todas partes; la amistad por la proximidad y la identidad, con Santo Domingo, Haití, Jamaica, Trinidad, las Guayanas y todo el archipiélago de las Bahamas; el Capital inglés echando raíces en las primeras, en empresas ferrocarrileras, y explotaciones de minas, de metales y de carbón de piedra —y al lado de todo eso la esperanza de una pronta y eficaz protección inglesa. —No tardó mucho tiempo en infiltrarse en las masas del pensamiento de una Revolución de nueva forma, que ayudaba a su propagación la gran cantidad de gente de color que no cabiendo en Cuba y Puerto Rico buscaban seguridad y reposo en las vecinas colonias inglesas, cambiando así sus costumbres, su idioma y muchos, hasta la religión.

Como toda Revolución, sus primeros síntomas son secretos, necesaria condición de los engendros que imponen el pudor o el miedo pero una vez formada la conciencia del hecho



consumado ya por la idea y el pensamiento, baja luego al corazón y entonces no solamente desaparecen los miedos y los escrúpulos, sino que vienen los arranques y los alardes, y quizás parten de los últimos que han pensado y han sentido y todo eso sucede, porque se van formando las colectividades y en ella entran los hombres de distintos caracteres. Así fue que muy pronto se sobraron agitadores y propagandistas, que cundían por toda la América antillana, la idea de “la revolución de los desheredados”. Haití contribuyó un poco; en aquel país se redactaban periódicos por hombres inteligentes que se distribuían gratis y con profusión, repetido en los tres idiomas: español, inglés y francés –y en todos ellos siempre había alguna palabra congratulatoria para la Inglaterra, contra España odio y para los Yankees nada. Se dieron a la estampa, con sus rasgos biográficos, los retratos de los próceres de la independencia haitiana –Chavannes, Lamartiniere, Dessalines, Gerin, Petión, Magny, Clairvaux, Magloire, Ambroise, Borgellá, Philippe, Guerrier, Boisrond, Tennerre, David, Troy Clairairon, Capois, La Mort, Roger y otros. Los de Plácido, poeta cubano, víctima ilustre del odio español a la raza del poeta, de Juan Gualberto Gómez, escritor y tribuno defensor ardiente de los derechos del hombre que murió en Madrid al decir de muchos, envenenado y otros tantos defensores de la raza oprimida.

Así las cosas y madurada la opinión, se inauguró el siglo 20 con el grito de esa revolución tan redentora, que deja atrás y oscurece los reflejos deslumbrantes de la célebre Revolución Francesa.

A ese grito respondieron cuatro millones de hombres negros y muchos blancos. Grito verdaderamente democrático.

El manifiesto al mundo civilizado de este portentoso alzamiento, está basado en principios y conceptos que pueden llamarse divinos, no obstante que han sido un poco falseados al llevarlos a la práctica. Se conoce que fue dictado por corazones adoloridos, pero sin enconos. No es un insulto, y más bien que un reto parece una queja lanzada con energía y bravura. “Aquí,



dice al concluir, caben todos los hombres que como nosotros no tengan patrias y amigos”. Y más adelante: “No se puede entrar a este verdadero templo de todas las libertades, que ofrecemos a los desheredados de América, con el corazón lleno de odios, no, sino de amor a la igualdad y al derecho”.

Los dominicanos y los haitianos abrazaron la revolución, como suya propia, y todo se conmovió de una manera espantable para los pequeños y pusilánimes.

No obstante, el grito repercutió desfigurado, “Mueran los blancos” y como la gente ignorante y desenfrenada cometió algunos actos que parecían justificar tan tremenda y salvaje amenaza –la Revolución se sintió perturbada en sus primeros arranques– y España, siempre capciosa, trató de aprovechar esos instantes de tregua ensanchando tan infame y odiosa propaganda, al mismo tiempo que celebraba alianzas secretas con los Yankees, mediante no sé qué concesiones, para que la ayudaran a salvar sus dos Colonias, ya en armas y últimos restos de su poder en América.

Pero no se asustaron por eso los hombres de la revolución y pidieron una protección a Inglaterra que muy pronto obtuvieron –al mismo tiempo que la republicana Francia aplaudía la revolución, lo hacían también todos los estados republicanos del Centro y Sur de América.

Con tan solemnes y respetables manifestaciones de sanción casi universal, no solamente se obligó a la revolución a dignificarse en todos sus actos, pues ya no tenía razón para desesperar de su triunfo, sino que a su vez, los poderes aliados para ahogar en sangre el grito de los libres, se detuvieron asustados y confusos.

Los Yankees, sometiendo al cálculo con sus números, el pro y el contra de la jugada que ya no era tan fácil, resolvieron retirar sus compromisos y dejar a España sola que recogiera el fruto de su histórica torpeza en materia de colonización. No quiso sin embargo España quedarse quieta, malquistada con el Yankee y todo, emprendió la defensa de lo que llamaba suyo. Más que



segura de su triunfo, para llamar y distraer la atención del pueblo español, provocando un gran conflicto y ganar tiempo, prolongando así la vida un poco más de la Monarquía y su partido, sentenciado a muerte por un movimiento republicano que se preparaba en toda España.

Al emprender los españoles su primera campaña sobre la revolución en Cuba y Puerto Rico, Inglaterra les dijo: ¡Alto ahí, hasta cuándo, no más sangre en América para matar a los hombres y a la libertad.

España no se detuvo por eso y avanzó, pues haciendo aspavientos de ofensa y falta de consideración por la intervención de Inglaterra en los asuntos de sus colonias sublevadas, logró al fin preparar a favor de su temeraria empresa de someter las Antillas, el espíritu de los españoles de suyo celosos de su honra, y ahora soberbios y un tanto desesperados por la ostensible decadencia de su prestigio en todos sus dominios.

Como tú comprenderás las cosas se complicaron de una manera sorprendente. Jamás registró la historia del mundo entero, momentos de exaltación política más acentuados. Merece la pena describírtelo un poco, pues así resultará más la reacción de paz y reposo que al cabo se sucedió al período de vertiginosos debates.

Inglaterra habíase enfrentado a una situación que ya no podía darle la espalda. No podía abandonar a su inocente ahijada en la cuna, sin servirla de madrina cuando a ello se le ofreció casi espontánea, al mismo tiempo que la anticipada gratitud de toda la América latina y la voz adicta de todas sus propias colonias y las francesas, comprometían su palabra, su honor y su prestigio.

Pidió pues a los dominicanos, para mientras durara el estado de cosas, la Bahía de Samaná, para depósito de carbón y demás y para estadía de sus buques de guerra. Pidió lo mismo a los haitianos en la bahía del Cabo, e inútil es decir que inmediatamente todo eso le fue concedido. Algunos buques de guerra ocuparon ambos lugares, y la verdad es, que aun no ha podido



saberse por donde tendrían muchos más, que se supo habían salido para la América. España, ante todo, buscó la amistad de Alemania, pero no consiguió gran cosa, por no recrudecer más sus relaciones Alemania con Francia, que con su republicanismo e ideas liberales iba carcomiendo los cimientos del viejo Imperio y de la antigua monarquía.

Alemania se mostró remisa y antes bien, aconsejó una solución pacífica para terminar el conflicto. Principió España a perder terreno en la diplomacia, tanto más que el Parlamento inglés se convirtió en un palenque de acalorados y soberbios debates. Fue entonces que tanta celebridad adquirió Mr. O. Kelli (sic),* viejo orador, irlandés y antiguo reportero del *Herald*, que visitó los campos de Cuba en una época durante la guerra de los 10 años con cuyo motivo escribió una obrita. La he leído y por ella le juzgo como hombre de talento y de gran corazón, verídico y sin pasión. Así mismo es, le traté un poco en aquellos días de eterna memoria.

Decía él en pleno Parlamento defendiendo, sin miedos y sin ambages, la Revolución: “¡Hasta cuándo haréis de vuestra conciencia un embudo. Vosotros sois libres, sois hombres y no

* Nota del editor, ECM. Se refiere al activo nacionalista y revolucionario irlandés James O’Kelly (Dublin 1845-1916) que luego de estudiar en el Trinity College y en La Sorbonne, de París, en la segunda mitad de la década de 1860 se incorporó a la Legión Extranjera Francesa para poder llegar a México. Una vez allí, desertó de la Legión y se unió a los independentistas dirigidos por Benito Juárez para combatir al emperador Maximiliano I. Como corresponsal de guerra del periódico *New York Herald*, cubrió parte de la Guerra de los Diez Años en Cuba, fue hecho prisionero por las tropas españolas, acusado de ser espía de los mambises, juzgado sumariamente y condenado a ser fusilado; decisión que fue suspendida por las gestiones realizadas ante el gobierno español para salvar su vida por el político irlandés Isaac Butt. En 1876-1877 cubrió la guerra de los indios sioux contra el gobierno y el ejército de los Estados Unidos de Norteamérica, llevada a cabo por el famoso cacique de Dakota del Sur Tatanka Iyotake (*Sitting Bull o Toro Sentado*) y en 1881 cubrió en el Sudán la rebelión del revolucionario asceta Muhammad Ahmed (*al-Mahdi*). Para más detalles, véase a Melany Parry (ed), *Chambers Biographical Dictionary*, 6th ed., Edinburgh & París, Larousse ple, 1997, pp. 1392, 1706 y 1329.



queréis que los demás lo sean!, que no queda aún satisfecha vuestra crueldad, con el tiempo, más de cuatro siglos, que veis a esos grandes pueblos gimiendo y derramando lágrimas de sangre bajo el peso de la más cruel servidumbre.

“Es necesario para conocer sus heridas y sentir la intensidad de sus dolores, haber visto, como he visto yo su desesperado batallar. Yo salí horrorizado cuando visité aquellas privilegiadas regiones por la naturaleza, pero manchadas por los crímenes de los hombres de Europa.

“¿Y ahora que aquellos siervos, sin enconos ni venganzas, en nombre de la razón, del derecho y de la justicia piden, lo que nosotros también poseemos, habrá quien sordo o indiferente se muestre a tan justa y legal demanda?

“Nunca será más grande Inglaterra, y ni encontrará ocasión más propicia para reparar viejas injusticias que ahora declarándose abiertamente y sin miedos decidida a protectora de aquella justa causa”.

Mientras tanto España hacía esfuerzos inauditos por sostener el espíritu de integridad, que languidecía en ambas Antillas donde la revolución se aseguró con muchos españoles que viendo amenazados sus intereses se afiliaron a ellos. Los Yankees que como hombres de negocio trataron de sacar el mejor partido posible de la situación, no pusieron estorbo a la gran concurrencia de hombres y dinero, que la parte sur de los EE. UU. le facilitaba a los revolucionarios —donde públicamente y para tales fines se organizaron “sociedades proteccionistas”.

Fácil pues te será deducir cuán mal parada se encontraba España en su cuestión antillana con tan desventajosa situación, sin dinero y sin encontrar quien le prestase un céntimo. Para mayor apuro el Partido Republicano, que se sentía favorecido por los republicanos franceses, seguían en el mismo seno de España sus trabajos de arrancar de cuajo del suelo español la tradicional monarquía de los Borbones y establecer la República en forma más adaptable a la época, cuando un suceso



inesperado, vino a precipitar los acontecimientos de una manera inusitada.

La muerte inesperada de la Reina Madre quien desempeñaba la regencia por menor de edad de Alfonso XIII, heredero legítimo de la Corona, trajo una crisis, que puso en peligro la Monarquía, pues se dudaba qué sería de más garantía para el gobierno de la nación, si la regencia del poder del niño Rey, rodeado de consejeros o en las manos del Ministerio –aunque optando por lo último, pronto al parecer, se consolidó el Gobierno, no fue así, pues en todos esos debates y vacilaciones se echó de ver, que esos eran los síntomas de agonía de un poder viejo y enfermizo que se moría y debía ser sustituido por nuevos sistemas y hombres nuevos.

Los hombres del poder comprendieron eso y para ver el modo de perpetuarse un poco más en él al propio tiempo que sacar de la situación que se les iba a escapar de las manos, todo el provecho posible, trataron de arreglarlo más pronto y lo mejor que pudieron, el litigio de las Antillas.

La Revolución veía venir eso y aconsejada por Inglaterra, debía aceptar la transacción –“Evítese el humo de los combates a cualquier precio. La América libre necesita de paz y reposo para que sea honorable y feliz–”. Se decía en el Parlamento inglés y se repetía por todas parte. Se podía asegurar que ya la paz era un hecho y sólo se esperaban las condiciones –las hostilidades se suspendieron y fue la ciudad del Camagüey la elegida para sus conferencias–. Mientras tanto, se derramó sobre Cuba y Puerto Rico una inmensa y asombrosa corriente de inmigración de extranjeros y naturales repatriados que tal parece que se habían dado cita para celebrar el gran día de la libertad de aquellos pueblos esclavos unos cuantos siglos. La inauguración del Canal de Panamá y la quiebra de la empresa de la apertura del de Nicaragua habían dejado sin trabajo a miles de hombres que en masa acudían a Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo y Haití, cuyos países brindaban asilo a los hombres desamparados. El capital inglés que a su vez sacaba su provecho, se lanzó a grandes empresas y especulaciones en las



tres Antillas fértiles y de prodigiosa riqueza natural y garantizó muy pronto, a raíz de la paz, el orden y el bienestar con el trabajo –la paz se hizo, como dicen los españoles– de cualquier modo para España. Por toda indemnización diez millones de pesos, un pequeño interés y pagadero un millón y medio por año hasta amortizar la deuda –esto por Cuba y cinco en las mismas condiciones Puerto Rico. Todo garantizado por los ingleses. Tratado de 10 de Octubre: 10 de octubre debía ser de 1903.

España recogiendo sus armas y (ininteligible) debía abandonar las islas donde tanta sangre, tantas lágrimas y tanto dolor se quedó oculto en las agrestes selvas de las Antillas, preferían aquellos viejos soldados, la vida pacífica y tranquila en aquellos países de nueva vida, de hermoso porvenir, que volver a su Patria el cuartel o campo de batalla, sirviendo siempre de ciegos instrumentos de poderes injustos y odiosos. La parte del ejército que recaló a la Península, sin embargo, pisó el suelo español dando vivas a la República. Fue contagiado de América y el golpe fue decisivo. La Monarquía murió sin que pudiera defenderse apenas– todo conspiraba a favor de la República.

–Don Manuel, se abisma el espíritu con la relación de hechos consumados que pensar en ello, antes cualquiera hubiera sido tenido por un soñador o un loco –predecirlo o anunciarlo.

–Indudablemente, que así parece hijo mío, para el vulgo de la gente, pero no así para los espíritus escudriñadores, y que saben no despreciar una consecuencia por sencilla que ella sea, para después reunirla a otra que se presenta y así sucesivamente seguir paso a paso los sucesos. El hombre de Estado que posea esas dotes le será muy fácil desviar los acontecimientos o salirle al encuentro a tiempo y bien prevenido. Es verdad que cuando se alcanza algo de esa ciencia es a fuerza de desgracias y de los años, y entonces llega la muerte.

Recogiendo yo en mi mente todos esos sucesos que he venido relatándote, y que se han sucedido en un período de 60 años poco más o menos, no olvido la predicción de muchos de ellos, que leí en un folleto escrito por un haitiano instruido, Mr.



D. Delarme. Recuerdo que entre muchas cosas que indicaba a sus conciudadanos, —esto es allá por los años 1890 exhortándolos a la educación y al trabajo para ser fuertes —les decía— ¿Y quién sabe—una vez próspero y previstos de esos medios materiales e intelectuales que hacen el poder de las naciones, ¿a qué *destinos humanitarios* nos conducirá la Providencia en este archipiélago de las Antillas cuyo centro somos?

Como debe esperarse, “enseñanza grande y fecunda es la que se da probando, que al fin donde quiera que una de esas explosiones de la voluntad aherrojada se deja sentir, tiene toda la omnipotencia que le presta el cumplimiento de una ley natural, la que proclama que todos los hombres en todos los tiempos han nacido para ser iguales como hijos de una misma fuerza creadora”.

—Efectivamente Don Manuel, aquel hombre como amante de su raza, esperaba, a favor del progreso humano, el mejoramiento de su condición, y a propósito de eso, quisiera oír algún detalle de boca de Ud., referente a esa odiosa institución de la esclavitud, cuya noticia ha llegado hasta nuestros días de un modo que horripila; el espíritu. ¿Cómo pudo persistir por tan largo tiempo ultraje tan vergonzoso y cruel a la naturaleza humana atropellando los fueros de la razón, de la justicia y del amor? ¿Cómo se explica el amor de nuestros abuelos a nuestras madres e hijos, teniendo humillados a sus pies y llorosas a madres e hijos también? Si yo no hubiera leído en los diarios antiguos que conservan las bibliotecas, la compra y venta de hombres de color, creería que eran dañinas y de pura invención las tristes escenas que he visto presentar en algunos teatros.

—¡Ah! hijo mío, cumple a nosotros echar un tupido velo sobre ese pasado degradante y que cubra esa mancha que constituye un pecado infamante. ¡Dichosos los que como tú vinieron después! Bien caro por cierto hemos pagado tamaña injusticia— el cielo les hizo justicia. Y ni ellos tampoco deben quejarse, porque tal parece que los designios divinos, para colocarlos hoy en la altura que se encuentran, primero les preparó su calvario. Nos toca ahora a nosotros aceptar sumisos



su dominación si queremos vivir en la tierra, que ellos han sabido fertilizar con su sudor, sus lágrimas y su sangre, primeros, sumisos en la esclavitud y después valientes por la libertad.

—¿Y se alistó usted Don Manuel bajo las banderas de esa Revolución sin temor a los negros?

—No podía temerles porque jamás fui esclavista; no tenía ninguna deuda pendiente con ellos; había nacido en país libre, y siempre fui soldado de las causas justas. Sintiendo siempre profunda veneración por las ideas y los principios de razón, de justicia y de equidad. No me cuido del color de la piel de los hombres que los proclamen. Lo segundo es efecto de los climas, resultado diverso de diversas zonas, de que nadie puede ser responsable; pero lo primero es igual y eterno, como la luz y el aire—para todos—. Son los artículos de fé de la carga magna de la humanidad. Sin eso es imposible la civilización, todo, hasta la vida misma.

—Noble modo de pensar que siempre habrá puesto tranquilidad a su espíritu.

—Sin duda, el mejor estado a que el hombre puede aspirar mientras sigue su viaje por este mundo, pues no le da entrada en su corazón a la soberbia, que es el peor enemigo que el hombre puede llevar consigo mismo, causa principal de todas sus desgracias.

—Es muy posible Don Manuel que por su índole naturalmente bondadosa pensara Ud., tan favorablemente de la raza de color, quizás con pasión, lo que a la generalidad de los hombres de su época, no le sería dado por un cúmulo de circunstancias, que debieran embotar los sentimientos de generosidad, y grandeza en ellos.

—En buena hora, yo no condeno, ni acuso a nadie ni favorezco a éstos ni deprimo aquellos, y sólo formo mi juicio basado en la historia que es la que había ¿Y la autoridad de la historia quién es capaz de rebatirla? La supuesta y ofensiva ingratitud de la raza de color, está desmentida con el hecho, de



que a pesar de nuestro látigo, ellos no han podido odiarnos, y en corazón que no cabe el odio, es muy fácil que se aniden todos los sentimientos dulces y generosos. La historia misma de la esclavitud nos demuestra en miles de casos, que cuando había esclavos malos y perversos sus amos eran los peores.

Aquí los tenéis más claro. ¿Acaso se han ensorberbecido ellos con el triunfo que han alcanzado? No, muy al contrario, su gratitud y reconocimiento están representados, con esplendidez monumental –para memoria de los siglos. La estatua a Las Casas, con su significativa inscripción: “Al que nos hizo grandes por la desgracia” y “un negro, al pie, sosteniendo a un indio que desfallece. La de Colón, sentado con sus grillos entre un grupo de negros y de indios con sus cadenas, y que dice abajo: ¿Qué delito hemos cometido?”

Después la de tantos héroes y mártires de la independencia de Haití. La de tantos héroes y mártires de la gran guerra del 68. Carlos M. de Céspedes, con la palabra “Libertad” escrita en la espada. La de Francisco V. Aguilera, dando la mano y poniendo las insignias de coronel a su esclavo Francisco –que se hizo notable por su valor. La de Ignacio Agramonte y finalmente la de los antiguos héroes indígenas. En la ciudad de Yara la del grupo Hatuey, cacique haitiano. En Santo Domingo la de Canoabo, Maniocatex, Guarionex, Mayobanex, con éstas y otras parecidas inscripciones: “Raza indígena que yaces en el polvo del olvido ya estás vengada”.

Y otros muchos gloriosos monumentos de que están pobladas estas islas, lo que ha hecho decir a un escritor inglés “que la historia de las Antillas está escrita en mármol”.

–Permítame Don Manuel, así como me envanezco con todos esos monumentos, que no acepte aquel que desde aquí alcanzamos la vista. ¿A qué viene ese recuerdo perpetuo de ignominia?

–¡Ah! Ese cuadro es antiguo, es desde tiempo de la gran guerra, y al tallarlo ahora en mármol, no responde a una necesidad del sentimiento. Bien claro está diciendo con su



doliente inscripción: “Recordando siempre los sufrimientos de la servidumbre que ama más la libertad”, el fondo de amor y moral sublime que todo eso encierra. Aquellos esclavos puestos de rodillas, presentando los restos de sus cadenas rotas por la espada de la libertad, es conmovedor y hermoso, junto con la dulce mirada de la diosa. Pues ¿no tiene el Perú su 2 de mayo? Y otros pueblos también tienen sus monumentos en memoria de sus grandes triunfos. Han obsequiado los franceses a los Yankees la estatua “La libertad alumbrando al mundo”, y eso que aquello fue un insulto a la América latina, porque en Cuba y Puerto Rico aún gemía el infeliz esclavo bajo el crugiente látigo del señor. Ahora y por estas alturas era que correspondía colocar tan soberbio monumento, que algunos millones de pesos costó, más por ostentación que para honra de la América toda y del siglo que la dió.

Sin embargo, parece que se proyecta ahora la obra del colosal emblema de la Justicia, que se colocará en no sé que punto del mar Caribe.

–Efectivamente, la prensa toda, así como los gobiernos se ocupan de ese asunto, al que se creen que están dispuestos todos a concurrir con unos cuantos millones de pesos.

Eso en cuanto su reverencia a lo pasado y el amor a sus recuerdos, que referente a su estado actual, si la América no está satisfecha, no me enseña la historia que nada portentoso hubiese antes señalado por la mano del progreso.

–Al contrario el atraso y la pobreza, “en el seno mismo de la riqueza” era el sello indeleble que marcó por más de cuatro siglos el estado de las Antillas, siempre vomitando oro que tomaba el camino de Europa. Y de allá ¿qué nos venía? Cuando más cargamentos de soldados a quienes darle pan y alojamiento por el favor de correspondernos nuestras hijas.

Las Antillas hermanas entre sí no tenían comunicaciones, se vivía en el aislamiento en medio del mar Caribe. Cuando más un poco entre Cuba y Puerto Rico. De Santo Domingo y Jamaica y de éstos con Cuba y Puerto Rico, muy irregulares y tardíos. Hoy



el cable forma una red de tupidos hilos con todos y ya ves que debido al perfeccionamiento del teléfono, vivir en una es vivir en todas a la vez. Las vías de transporte seguras, cómodas y a todas horas de una para otras, y las hay que las señoras y los niños viajan gratis y tratados con exquisita finura y atención. Las vías interiores, no pueden ser más completas. Antes en Cuba, la mayor y más rica, apenas un telégrafo central, hoy el teléfono lo invade todo, el pueblo, lo mismo en ésta que en las demás, conversa siempre y a todas horas, pues eso está al alcance de las familias. Las vías de transporte lo mismo. Los caminos de hierro, los ómnibus y los coches de rueda, no pueden en ningún país haberse desarrollado con mayor furor esta clase de empresa. Es verdad que en esto han ayudado muchísimo los ingleses. Pero el (ininteligible) pues a principio de siglo no existía nada de eso.

La agricultura que había desaparecido como trabajo forzado, a la muerte de la esclavitud y dejado el vandalismo y la vagancia en su lugar, resucitó como por encanto en el instante que libres estos pueblos y dueños de sus propios destinos, surgió la verdadera civilización con el bien positivo de la libertad señalando imperiosas necesidades sociales, que los condujeron derecho al trabajo, y entonces sin trabas ni temores el capital pronto se le asoció.

De aquí debe deducirse en parte el progreso violento de las Antillas parecido al que un tiempo favoreció a los Estados Unidos. La gran emigración que afluye a estos países y la propagación de los idiomas inglés y francés, pues ya tú ves que esto es lo primero, junto con la constitución que se le enseña a un niño, son causas también que cooperan, y no poco a su engrandecimiento y riqueza.

La historia nos está probando, con la elocuencia de los hechos consumados incesantemente que el pasado atraso en que por tantos años vivieron estacionadas estas Antillas su principal causa consistía en el lastimoso y contranatural aislamiento que entre todas ellas existía.



No importa, como algún geólogo expone, que a impulso de un tremendo cataclismo quedaron separadas un día estas porciones de tierra, pero entonces se formó un grupo de hermanas que por ser hijas de una misma causa, con sus mismas tierras, con su mismo sol, idénticos climas y la misma historia en vano han querido los hombres destruir sus naturales y perpetuos lazos.

La ambición y la crueldad se creyeron que eso había sucedido y se repartieron los dos hijos de la infeliz raza que ignominiosamente inmoló a impulso del instinto sanguinario europeo de aquella época, pero que hemos visto como con el tiempo los sucesos han venido demostrándonos todo lo contrario.

La misma Isla de Santo Domingo no obstante de sus dos Estados Republicanos que no habían adelantado en ningún sentido en más de sesenta años de perpetua lucha por la conquista de progreso y bienestar.

Poco o nada que merezca la pena referirse.

Jamaica a pesar de su autonomía colonial y su ordenada administración ¿qué hacía con el auxilio y concurso de sus hermanos?

No hacía nada, vegetar en su pobreza relativa sin aumento de población, pues se tenía que ir a buscar el trabajo fuera y ya se sabe lo que esa necesidad puede quitarle brazos a una población con un comercio reducido, una agricultura muerta, sus habitantes con un solo idioma, en fin arte ni ciencias ni industria, sin vida, que con la ausencia del fecundo comercio de las ideas era de todo punto imposible desarrollarse porque el aislamiento y la soledad no concitan el esfuerzo humano hacia el mejoramiento intelectual y físico que todo eso significa la civilización.

Cuba y Puerto Rico peor y más lamentable si cabe la situación, por cuanto siendo mayor el número de sus pobladores aparecían más rezagadas del movimiento general de la civilización que sus hermanas Haití y Jamaica por no mantener éstas



en su suelo la explotación del hombre por el hombre que en ellas se consideraba como un baldón.

Inglaterra que sin duda comprendió todo esto no quiso despreciar la ocasión que se le brindó de presidir, digámoslo así, el banquete en que debía celebrarse la perpetua alianza entre las Antillas reanudando los lazos de antiguo roto por la conquista.

Nada más justo y natural para los espíritus que algo pueden entrever en los arcanos del destino, que la raza de hombre que fue a buscarse a lejanas regiones para con ella querer salvar los restos de otra que al fin sucumbió, sea esta al cabo de quinientos años legítima dueña y poseedora de las tierras que aquella le legara junto con sus cadenas y sus lágrimas. Inglaterra que sin tener que retirar sus banderas de sus viejas colonias ni de sentir menoscabo de autoridad en sus dominios, ha tenido por el contrario buen tacto para captarse las simpatías de los demás Estados Libres, y nadie podrá disputarle sus derechos de nación más favorecida sostenida por la poderosa sanción de 30 millones de habitantes que pueblan hoy las Antillas.

En resumen, he visto prácticamente suceder en estos países las consecuencias políticas que una vez y en sentido general le oía expresar a un hombre instruido en asuntos del gobierno. Aquel hombre opinaba de este modo: “La historia del mundo, en particular la de la América latina, está comprobando que el Gobierno republicano democrático es poco menos que imposible, con las necesarias condiciones, donde quiera que falta, la *unidad fundamental de la raza*.”

“Para que la idea de la igualdad y del Gobierno de todos no de resultado funesto en la práctica del poder público es necesario que ello esté en armonía *con la conciencia de una comunidad histórica y de raza*. Sin esto la política se complica con un conflicto social permanente; con un antagonismo de elemento de sociabilidad que va a parar en la tiranía de unos y otros; en la República oligárquica o en la demagogia y ordinariamente en la inestabilidad la anarquía”.



Reunidas que han sido esas condiciones esenciales en estos países, de ahí viene la paz y el bienestar de que ahora se disfruta.

Eso interiormente y sometido como esta hoy en el mundo exterior al sistema arbitraje, no hay que temer nada de fuera ya que son inútiles los instrumentos de guerra.

–Don Manuel y como andaba eso de enseñanza en aquellos calamitosos tiempos.

–Contándole un rasgo de mi vida de guerrero dejaré satisfecha tu curiosidad.

A mediados del tiempo que duró la guerra de los diez años me encontraba yo una vez apoyado en la gran sierra que da su origen al Bayamo con los restos de mi división reducida ya a 200 hombres, sin un tiro para el fusil ni un bocado de pan para mis soldados y perseguido tenazmente por los españoles –sufría yo de fiebre y más que eso de una especie de oftalmía que no me permitía ver claro cuando los rayos de la luz herían de lleno mis pupilas. Mi secretario que había yo enviado ese mismo día en solicitud de algunos pertrechos cerca de un amigo y compañero, Gral. M. Díaz (Modesto Díaz), no había tenido tiempo de regresar pues había que andar despacio y con cautela porque el enemigo nunca andaba lejos de nosotros. Serían las ocho de la noche cuando llegó a mi campamento un hombre con un pliego del Gral. Céspedes, inútil me fué encender la luz y tratar de leerlo, mis ojos se inyectaban de sangre al ponerse al contacto con la luz e imposible de distinguir los caracteres en el papel impreso. Desesperado grité a mi gente: “Uno que sepa leer” y sentía en mi alma el dolor que ellos sentían expresando con su silencio –ninguno sabía leer –llamé entonces al correo y procuré saber por los rumores del campamento del Presidente qué objeto pudiera traer aquel pliego para mí –y mi ansiedad creció de punto cuando me dijo que se hablaba del alijo de una expedición por el Sur. Pero en este instante regresó mi Secretario con mejores noticias y leíome que hubo el pliego nos pusimos en marcha. Eran las 12 de la noche, por mis ojos enfermos me convenía aprovechar la ausencia de la luz del sol y por mis fusiles vacíos la de los españoles. Al siguiente día estaba



salvada la expedición “Quesada”, nombrada de “los burros”, porque llevó unos cuantos de esos animales, y nosotros en condiciones de batirnos.

–Me admira, me asusta y me encanta, todo a la vez, Don Manuel, todo lo que usted me cuenta, y siento la verdad de su razonamiento que penetra mi espíritu. Y es que usted dice las cosas con la misma sencillez que las ha visto sucederse, mientras lo he leído tanto que me parece novelas pues más parece que se ha querido resaltar y lucir una estudiada erudición, que decirnos lisa y llanamente la historia de nuestros abuelos.

–Yo no sé de estas cosas, hijo mío. Yo no fui nunca más que un tosco pero fiel y leal soldado de la causa libre de estos países. Jamás pude hojear un libro, que no fueran algunos religiosos en que mi madre me enseñó a leer, y después los de milicia en una escuela militar, donde me condujo mi vocación. Sin embargo la narración de los acontecimientos que acabo de enumerar, se ha hecho ya de cien maneras distintas. Aún se volverá a contar de otras cien maneras, pero aseguro de nuevo que nadie lo podrá hacer con más imparcialidad que yo, y desde luego, apoyado en toda la verdad real de la historia, acomodando mi leguaje y mis juicios al grande respeto que ella exige.

Pero ya es tarde, hijo mío, me siento fatigado, y me pesa dejarte, tampoco el tiempo ofrece estar agradable.

–Don Manuel, antes de separarnos permítame arrancarle la promesa de que siempre nos veremos en este mismo sitio.

–Para mi será muy grato siempre que pueda. Adiós.

–Adiós, señor, con todos mis respetos.

–Cuando me separé de este hombre me fui a mi gabinete y pasé en copia limpia este relato, estampado en mi cartera taquigráfica que él, corto de vista y sin fijarse, no se percibió que yo manejaba entre mis dedos. No faltaba pues, ni una coma.

–Antonio. –Noche 13 Junio 1946 –En La Habana.



Quién es Máximo Gómez*

Eugenio María de Hostos**

Como no todos los días se presenta a la vista de todos en el campo de batalla, no es rostro tan familiar a la muchedumbre excitada como lo era el de Maceo; pero es seguro que no se escribirá la historia de las campañas de Máximo Gómez sin que los tácticos, los prácticos, los patriotas de todos los países, los políticos de todas las escuelas, menos las del mal, sientan, confiesen, declaren honda y reflexiva admiración al soldado, al ciudadano y al político.

Ya en la pasada lucha del decenio hizo el papel de primero, que obligatoriamente desempeña un hombre de primer orden en el momento en que las circunstancias lo descubren.

Ese momento llegó para Máximo Gómez en una hora de desolación. Había muerto Agramonte, y se necesitaba otro tal hombre como había sido el austero patriota que incorporó la juventud cubana en las legiones libertadoras. Máximo Gómez era el jefe de las fuerzas de Oriente, y fue llamado a comandar el cuerpo del ejército que Agramonte había dejado huérfano en Puerto Príncipe.

* Escrito en Santiago de Chile, en 1897 y publicado en *La República Cubana*, editada en París, los días 8 y 15 de abril de 1897. En Emilio Rodríguez Demorizi, *Hostos en Santo Domingo*, Vol. II. Ciudad Trujillo, Imprenta J. R. Vda. García, Sucs., 1942, pp. 33-38. Existe reimpresión, Santo Domingo, Editora Amigo del Hogar, 2004, pp. 97-100 (Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Colección Bibliófilos 2000, Vol. II).

** El maestro y antillanista puertorriqueño residía en Chile, donde fue en 1888 después de colaborar con el gobierno dominicano en la reforma de la educación y en la creación de la Escuela Normal de Santo Domingo.



Fue un aluvión, un incendio, un vendaval. La rapidez de sus movimientos sorprendía y paralizaba al enemigo, como el vendaval sorprende y paraliza los barcos que luchan con la tormenta; inauguró la campaña de la Tea, y de todas partes se le veía al resplandor del incendio que él mismo, concienzudamente, fomentaba; realizó el plan de la invasión a Occidente; y después de pasar la Trocha de Júcaro a Morón, penetró inopinadamente en la zona del azúcar, en los risueños cañaverales, en las tierras enriquecedoras del distrito de Colón, y espantó a Cuba Española, como espanta el aluvión.

Fue entonces también el primero que dió batallas campales, y el ruido de las derrotas que impuso a las tropas españolas en cien puntos distintos, pero sobre todo en Las Guasimas, le dieron la jefatura efectiva del Ejército Libertador.

Entonces era joven; tendría tal vez unos 45 años de edad, aunque batallaba con sujeción a plan, más le gustaba campar o batallar, que seguir paso tras paso el plan que había trazado.

No por eso faltaron en su obra militar de aquellos días las dos grandes virtudes de guerrero que él poseía en grado eminente, y que ha enseñado a los cubanos: la prudencia en el avance y la oportunidad en el ataque.

Esa admirable manera de resistir y combatir que tiene el Ejército Libertador de Cuba, mezcla de táctica faviana y de estrategia lautarina, combinación intuitiva ha sido de la mente de Máximo Gómez, que ha dado al ejército cubano la superioridad intelectual sobre el ejército español, y que ha hecho posible la desigual contienda entre sesenta mil ciudadanos que han aprendido combatiendo a combatir, y doscientos mil soldados disciplinados profesionalmente para la guerra ofensiva y defensiva.

Cuando llegó la triste hora del Zanjón, sintió que era extranjero; y si no fue de los primeros, no fue de los últimos que dejaron la responsabilidad de aquella innecesaria tregua a los mal aconsejados hijos del país que la pactaron. Pudo quedarse;



la autoridad omnipotente del capitán general de Cuba quiso que se quedara; pero se estrelló contra la inflexible resolución del caudillo. Prefirió la vida errante a la vida adulada de un explotador de circunstancias, y salió pobre, desamparado, casi indigente, sin rumbo fijo, sin meta conocida, sin más propósito que salvar el nombre y las virtudes del patriota que habían ennoblecido y exaltado su conciencia.

Fué a Jamaica, a donde poco antes había salido de Cuba a esperarle los cubanos de su hogar: su esposa y sus hijos.

De Jamaica a Honduras, en donde el Presidente Soto, que había sido amigo nuestro en la emigración de Nueva York, y que siempre ha sido un partidario ejemplar de la independencia de las Antillas, le encomendó la organización del ejército hondureño.

De Honduras salió, dejando puesto, pan y paz, por motivos de los que mueven a los patriotas virtuosos: parece, si no me induce a error la memoria, que no quiso tomar parte en una guerra civil o en una lucha contra hermanos.

Allí lo pierde de vista mi memoria: nada sabía de él, cuando, en 1885, junto con los rumores de nuevas tentativas de revolución en Cuba, llegó Máximo Gómez a Santo Domingo, la capital de la República Dominicana.

Llegó a dos puertas de mi casa, a la de un patriota –soldado de la guerra magna, a un caserío de patriotas expatriados, entre los que domaban su nostalgia la familia del doctor Ayala, del general Silverio del Prado, del general Serafín Sánchez y Carrillo, Mayía Rodríguez y otros más que daban ejemplo de laboriosidad, honradez y dignidad, mientras esperaban la hora de dar otra vez su sangre al suelo patrio.

II

Estando en Santo Domingo, estaba en su patria. Máximo Gómez es dominicano.



A una jornada de la capital hay una villa muy pintoresca, habitada por gente hospitalaria, que se llama Baní, de allí es, y de allí salió en sus mocedades el que había de ser uno de los más esforzados libertadores de *“la más hermosa tierra que los ojos vieron...”*.

¡Qué singular destino suelen dar las circunstancias a los hombres que son capaces de aprender en las horas adversas las lecciones que han de aprovechar en las favorables!

El actual jefe del Ejército Libertador de Cuba, comenzó su vida pública peleando contra la independencia de su patria.

Como Narciso López, que antes de sacrificar su vida por libertar a Cuba esclava, había combatido al lado de los españoles contra su patria, Venezuela, Máximo Gómez batalló contra los suyos en la segunda guerra de independencia que han tenido que sostener los dominicanos.

Bueno es decir que, en el fondo de aquella lucha contra la anexión, hubo una lucha de partidos, una como guerra civil dentro de la guerra nacional. Muchos que pelearon al lado de los españoles, no peleaban por España, ni contra la República Dominicana, sino por Santana, el presidente que había efectuado la anexión y contra los enemigos de Santana.

De esos tal vez fué Máximo Gómez. El hecho es que sirvió como oficial del ejército de ocupación que el gobierno español tenía en la anexionada República.

Como premio al sacrificio que hicieron y de las dotes que mostraron, los republicanos salieron triunfantes, recobraron la soberanía de su tierra, las instituciones de su República, el goce de su antigua libertad civil, y el ejército de ocupación salió de Quisqueya, como llaman, con mejor nombre que el oficial, a la buena patria de Duarte, Luperón y Máximo Gómez.

Este salió con el ejército español y se fué a Cuba.

Allí empezó para él, como antes había empezado para Narciso López, lo que llamaremos la expiación de la buena fé.



Lo mismo que el gran lancero venezolano, aprendió con dolor de su conciencia que se había engañado absolutamente en todo y que la democracia de España en América, lejos de merecer el esfuerzo de un hombre buena fe, sólo es digna de condenación y oposición: así Máximo Gómez, puesto a ver y palpar las deformidades del coloniaje, lo condenó en el fondo de su enérgica conciencia.

Desde el año 65 en que llegó a Cuba con los vencidos de Puerto Plata y Santiago de los Caballeros, hasta el 10 de octubre de 1868, en que estalló la primera gran revolución, Máximo Gómez había tenido tiempo de aprender a odiar en Cuba el régimen de opresión y depresión que mal aconsejadamente había sostenido en su patria.

Cuando los cubanos decidieron romper la coyunda, Gómez fue uno de los americanos que tomaron las armas y entre todos ellos, y de entre todos los auxiliares que tuvieron los cubanos en 1868, el que más brillantemente se distinguió.

Conocedor de los hombres, al volver en 1885 a su patria, se condujo con el tacto necesario para no comprometer al gobierno ni excitar sospechas entre los hombres públicos del país. No obstante, fue encarcelado, y hubo necesidad de ponerlo sano, salvo y justificado, a distancia de los que lo habían perseguido.

Eso no obstante, cuatro o cinco años después reaparece en su patria y se establece en los campos vecinos de la ciudad, y puerto de Monte Cristi, en la costa Norte de la isla.

Allí fue a buscarlo Martí, y allí lo encontró dispuesto a secundarlo.

Fueron juntos a Cuba, estuvo a punto de perecer junto con el noble organizador de la Revolución y se puso inmediatamente a la obra. Debía organizar el ejército del centro, si quería realizar su plan de llevar la guerra al Occidente de la isla y fue lo que hizo en ocho meses de trabajo, empeños, esfuerzos, diligencias, inteligencia, entusiasmo sentido y entusiasmo transmitido.



Estaba como ahora está: silencioso, retraído, oscurecido. De pronto, rompe el silencio, sale del retraimiento, se pone a la luz y todo el mundo lo ve al frente del Ejército Libertador, comandando la soberana marcha que la historia militar del último término del siglo XIX conservará como el hecho más digno de admiración que las armas han realizado en estos días.

Es muy probable que Máximo Gómez vuelva a sorprender al mundo y a dar que pensar a los peritos en el arte y ciencia de la guerra”.



Vida cívica de Máximo Gómez*

Federico Henríquez y Carvajal**

Acción de gracias

Os doi gracias por el fervoroso aplauso, de amable i culta galantería, con que saludáis mi presencia en la tribuna del palco escénico: i acéptolo, conmovido i complacido, como una graciosa ofrenda de rosas del espíritu –caídas de vuestras pródidas manos ¡oh gentiles damas gibareñas!– con las cuales ponéis amor, cordialidad i belleza en este acto i en esta noche de efusiones del alma cubana en obsequio del alma dominicana.

Séame dado ampliar ese voto de gracias, sincero como el mío, para ofrecerlo también a los meritísimos centros sociales que han extremado sus atenciones con mi sobrino Max¹ i conmigo; i singularmente a quienes, entusiastas, le dan realce de juventud florida a esta velada con su contribución artística, la cual ha venido a ser como el eco simpático de la voz amiga,

* Conferencia dictada la noche del 4 de julio de 1919, en el teatro de la ciudad de Gibara, Holguín, Cuba, publicada originalmente en *Cuba y Quisqueya*. La Habana, Imprensa El Siglo XX, 1920, pp. 31-42 y posteriormente en la obra del autor *Todo por Cuba*, Santo Domingo, Imprenta de J. R. Vda. García, 1925, pp. 174-185.

** Maestro, literato, profesor y rector de la Universidad de Santo Domingo, fundador y primer presidente de la Academia Dominicana de la Historia. Fue un gran antillanista y antimperialista, amigo íntimo de Martí, Hostos, Luperón y Máximo Gómez. Publicó varias obras que evidenciaron su intransigente nacionalismo.

1. Se refiere a Maximiliano Adolfo Henríquez Ureña, hijo de su hermano Dr. Francisco Henríquez y Carvajal y Salomé Ureña. (Nota del editor ECM).



llena de alma, que acaba de hacer aquí nuestra presentación con encendidas frases de honor y afecto.²

Evocación

Conozco, i no de ahora, vuestro natural sencillo i franco. La franqueza es inherente al carácter de los pueblos que se agrupan, como una sola familia, junto al acantilado de la costa o cabe las arenas de la playa. No es la vez primera que piso el suelo de Gibarra i que me recreo con el azul purísimo de su mar i de su cielo. Más de tres lustros han discurrido desde que –viniendo de México i con escala en La Habana– llegué a su puerto i me detuve en la villa las horas hábiles de un día de febrero.

Era en las vísperas del advenimiento de la nueva República. Compañeros míos en la labor revolucionaria, de la emigración oriental, que fué a plantar sus tiendas en campos i ciudades de Quisqueya, recibieronme entonces cordialmente i del mismo modo que lo han hecho siempre los cubanos conmigo i en honra mía; abiertos los brazos, cual si fuesen alas, en efusión de amistad i de cariño.

Yo nunca lo he olvidado, señores, como tampoco olvidaré este día de halagos i de emociones inolvidables.

Entonces iba yo en recobro de mi hogar, cumplida ya la misión diplomática que me llevó al Anáhuac, la tierra maravillosa en donde floreció aquel vasto imperio azteca, el de los Moctezumas, deshecho a golpes de audacia i quizás de suerte por el conquistador impar, después de la *noche triste*; i Santiago iniciaba la serie de actos con que, en ocasiones diversas, se me ha enaltecido en Cuba, como para compensar con honores i cariño mi antigua devoción i mis servicios a la causa de su independencia; en tanto que ahora soi el peregrino,

2. El señor Armando Leiva, distinguido escritor y periodista. (Nota del autor).



ausente de sus lares, que se aleja inconforme del violado suelo de la patria –¡la sin ventura!– i va en busca de caridad i justicia para el dolor dominicano.

La cruz i la estrella

Por eso hoy, a la caída de la tarde, luego de haber visitado los círculos sociales i recorrido las calles de la ciudad costera, cuando nos detuvimos en una de las secciones del malecón, mientras la luz solar se extinguía en una postrera llamarada de púrpura i moaré, dime al nostálgico placer de aspirar a todo pulmón la fresca brisa marina, el olor i sabor salinos, i los ojos del alma, ansiosos como nunca, se me iban hacia la movable cima del horizonte que le cierra el paso a la ávida mirada de los ojos de la cara;... i parecióme ver, más allá de los horizontes, en las lontananzas del espíritu, la visión dolorosa de la Patria Dominicana –la hija mártir i gloriosa de los ideales de Duarte– clavada en la cruz de su propia bandera trinitaria.³

Mi espíritu, en aquel instante, lo mismo que el mar cantor, entonces hacia el opuesto lado i tuve otra visión celeste. La luna, envolviase en un cendal de sombras. Era ya de noche. Volvíme lámpara de alabastro en cóncavo plafón de zafiro, góndola de ensueño en el piélago del aire, rielaba ahora en cada copo de espuma del vecino mar costero, con su serena luz ambarina, o la vertía, en besos de amor, sobre la villa soñadora.

Era la clara luna de Gibara, con un cielo diáfano i puro, que se diría perenne luna de enero; empero, a mí me pareció que era la estrella solitaria –ojo avizor del Turquino– en el cielo a franjas de la bandera cubana. Era, para mí, la radiante estrella de Cuba, la del Oriente legendario e indómito, i en cada uno de sus cinco radios fulguraba una letra de otro i el armónico

3. Con Juan Pablo Duarte, el Fundador, i el núcleo de los Trinitarios se inició la creación de la República.



pentagrama sideral, en sucesivos turnos, ofrecíame el nombre luminoso de tres inmortales: de la inmortal trilogía libertadora en la etapa postrera de la guerra de Cuba: ¡Martí! ¡Maceo! ¡Gómez!

El tema

Señores: Sea vuestro libertador i mi compatriota –émulo de los más insignes capitanes– quien me suministre el tema de mi discurso. Sea el genial estratega –el de las improvisaciones de seguro éxito sobre le terreno fangoso i ardido por la contienda– quien me facilite un aspecto de su naturaleza, poco conocido hasta aquí, para asunto de esta modestísima conferencia, tal como se me tejería no mucho antes de ascender a la tribuna en el ambiente de emociones afectivas que ahora me envuelve.

Pongo de lado, pues, al soldado esclarecido i omito hablaros de sus arrestos marciales i de sus hazañas épicas; porque sólo aspiro a daros a conocer i admirar uno de los perfiles más salientes de su vida –típico en su juventud no menos alegre que confiada– el cual persiste en él, a través de las sacudidas i las peripecias de la guerra, i al fin le ciñe, en la cabeza firme i altiva, el olivo junto al laurel de las victorias i de la victoria definitiva.

Voi a hablaros, si el tema os place, del civilismo de Máximo Gómez, elevado luego en su conciencia de prócer i en sus actos de ciudadano a civismo ejemplar i edificante.

Vida solariega

Procedía Máximo Gómez de una familia de arraigo en el solar nativo. Había nacido en el pequeño valle, de césped florido, que el Güerra baña i atalaya el Peravia, donde Baní semeja –con sus casitas blancas y pulcras– un rebaño de ovejas de vellón de nieve. Su infancia había corrido, fortaleciéndose, sobre la esmeralda de menuda grama, en cerros i praderas, i cabe el colmado mantel de hatos i conucos, en un ambiente a la vez



patriarcal i pastoril, bajo el ala de la égloga i bajo el ala del idilio. Que así era el florido valle: una Arcadia feliz dominicana.

De la adolescencia a la juventud, primavera de la vida, solía ensanchar sus impresiones i sus conocimientos con sus visitas a la Ciudad Primada. Catorce leguas dista Baní de ese antiguo centro de cultura. Ya no bastaba el párroco de la villa –algo más que un cura de aldea– que había sido mentor i maestro suyo.

A los dieciocho años era ya un joven de apuesta figura: erecto, delgado, ágil i elegante. Tenía trigueña faz, finos los labios, los ojos negros, ondulado el cabello. Era ya el galán, mimado de las damas, que en breve dió la norma en bailes, veladas, paseos, amores i amoríos.

Entonces fué, en 1855, cuando en la leva para la tercera campaña contra la invasión haitiana se enroló con otros infantes en la caballería banileja. Baní daba siempre el mayor contingente para los escuadrones armados de lanzas i de machetes de cabo. Con el grado de sargento marcha al campamento. Como andante caballero de la patria en peligro entra en la lid; i concurre a la reñidísima batalla de *Santomé*, coronada por el triunfo en toda la línea, i obtiene la estrella de subteniente sobre el campo de batalla.

No continúa, sin embargo, en el servicio de las armas. Acaso por la muerte de su padre. No luce en la paz marciales arreos. No figura en la política militante. La Arcadia feliz lo retiene en su seno de la holgada existencia urbana i campesina. Permanece en el valle. Vive satisfecho en su hogar i en su feudo. Es diestro cazador de palomas, al corzo o al vuelo. Como un pez en el agua –ora en “*los tres charcos*”, ora en “*la piedra del chivo*”– se sumerge a diario i nada en ambas hoyas del empedrado río Jinete, en su corcel criollo, era de verlo en “*las corridas de sortijas*”, o en “*las corridas de macutos*”, en *Paya* o en *El Llano*, señor i dueño del campo de la amena justa, ganar uno i otro lauro i recibirlos, con donaire de vencedor, ya de las blancas manos de una linda llanera, ya de las manos canelas de una gentil payesa.



Era un bailaror sin émulos. En vals, danza, polka o mazurka era el primero. El dirijía siempre las contradanzas. Presumo que fuese él, i no otro galán banilejo, quien ensayó en Baní “*los lanceros*”, baile en boga, llevado al país cuando la inconsulta reincorporación de la antigua Española a la corona insegura de la dinastía reinante en España.

E iba él, amante de la música y trovador nocturno, alta la noche, en el grupo cantor de serenatas que –a la luz de la luna i a los acordes de tiples o guitarras– solía desgranar, a dúo, canciones de amor i nostálgicas barcarolas. Algo de Cuba suspiraba en aquel ambiente: entre las canciones favoritas se cantaba entonces la dulce i amorosa *Bayamesa*...

Puso también su pluma al servicio de las actividades de la vida civil en diversas funciones públicas locales. El jefe comunal, el juez alcalde, el síndico municipal i el cura de almas valíanse a menudo de su péndola para actas i correspondencia. La huella de su pluma podría rastrearse, quizás con éxito, en legajos de la Jefatura, de la Alcaldía, del Ayuntamiento i de la Parroquia. Tal vez haya por allí –si el doble incendio de la villa no las trocó en ceniza i humo– algunas hojas dispersas, de su juvenil epistolario erótico, arrancadas a la rosa de su fantasía, cuando nó a su ubicuo corazón amartelado...

Tal la juventud del simpático banilejo.

Al final de ese período de su existencia –cuando aún no había salido yo de la adolescencia i hallándome en vacaciones escolares– fué mi conocimiento personal de Máximo Gómez. El era amigo de mis hermanos. Con el mayor asistía yo a la última gran fiesta tradicional del valle i de la villa: de aquel apacible i risueño Baní, de vida patriarcal i eglógica, tal como perdura en una novela de la época.⁴ Conservo bastante vivas las impresiones de ese fin de año, el 1862, en el cual se prolongó la

4. *Baní o Engracia y Antoñita*, novela criolla por Francisco Gregorio Billini, distinguido banilejo, que fué Presidente de la República. Edición de 1879.



rumbosa fiesta, urbana i campestre, social i religiosa, desde la octava de la Virgen de Regla hasta Pascuas i Reyes.

Paréntesis sombrío

A poco se encendió en Capotillo la hoguera de la revolución restauradora. La juventud banileja no fué de las últimas en oír el bélico clarín i en acudir a su llamada. Máximo Gómez acudió con los primeros. El mayor de mis hermanos, amigo suyo, estuvo en relaciones con el bizarro grupo. Pero sobrevino una anómala situación, absurda i desconcertante, creada en aquella zona insurrecta por Pedro Florentino. Este antiguo oficial de la Independencia –tocado de una suerte de *delirium tremens* acaso por embriaguez alcohólica, acaso por auto-intoxicación de su pigmento afro-criollo– convirtiósese en una hiena e hizo ejecutar, en salvaje hecatombe, lo más granado de la juventud banileja. Aquellos patriotas fueron muertos, a machete i a tiros como traidores i enemigos de la Patria...!Horrible paradoja!

Gómez fué del escaso grupo que logró escapar con vida de la pavorosa matanza. Cundió el pánico. Hábilmente aprovecharon los jefes españoles aquel momento aciago –de estupor i disgusto– para amparar a los vecinos del valle en sus vidas i haciendas.

Cuando el escenario del sur se despejó del vaho de sangre, un año después, i la batalla de *La Canela* ciñó con el lauro del triunfo al héroe de *Santomé*, ya el escaso grupo de banilejos había sido enrolado en un cuerpo de las reservas dominicanas...⁵ Entonces fué cuando rehabilitado el antiguo subteniente como reservista, vistió las armas que nunca esgrimiría en contra ni en daño de sus paisanos victoriosos en la lucha restauradora. Entonces fué también, cuando conoció a cerca de dos bizarros oficiales del ejército español, a quienes habría de oponérseles i

5. El General José M. Cabral, –que luego ejerció la Presidencia de la República– fué el héroe de *Santomé* i de *La Canela*.



vencerlos en su carácter de general en jefe de las armas insurrectas en los campos de Cuba.⁶

¡Oh los contrastes i las coincidencias, a veces peregrinas, que la mano del tiempo teje con briznas de escoria o con hilos de oro en la inmensurable malla de la Historia!

Nueva vida

Máximo Gómez vino a Cuba en el segundo semestre del año 1865. En Santiago se fijó con su familia. Componíase ésta de sólo tres damas: Clemencia Báez, su madre anciana i Regina i María de Jesús, hermanas del proscrito. Regina, la mayor, era de una asombrosa semejanza psicológica con su hermano: el predilecto de las tres damas.

Goza de una pensión mezquina, como reservista i antes de una año renunció a la pensión i el grado. Ese gesto suyo dió origen a versiones. A dos hechos, ambos fidedignos, cabe atribuirlo. El primero: que un día vió, indignado, como la fusta de un hombre blanco –amo o verdugo– caía sobre el dorso, desgarrándose, de un negro esclavo puesto en cruz i de rodillas; i era un mísero anciano. El segundo: que hizo suyo el rasgo de altivo decoro de otro reservista dominicano al rechazar el ofrecimiento menguado a que acudió el jefe militar de la provincia para poner fin a un expediente de fraudes.

A principios del año 1867 tuvo hogar i feudo en El Dátil, lugarejo de la jurisdicción de Bayamo, en donde a poco padeció el dolor intenso, como ninguno, que le causó el fenecimiento de su madre amantísima. ¡Ah, el dolor enseña, educa y purifica! Sobre la tumba de la venerable matrona, sin duda, alzó el hijo piadoso su espíritu a nueva vida. En esos mismos días fué comunicado en el plan revolucionario del magnífico i munífico Aguilera.

6. Armiñán i Weyler. Al primero lo venció en *Las Guásimas* y al segundo lo hizo fracasar, lo mismo que a Martínez Campos, en la última etapa de la guerra libertadora de Cuba.



Modesto Díaz y un hijo suyo; Manuel Abreu i su sobreino Francisco; los hermanos Bernardo y Manuel de J. Delgado; Luis, Francisco i Félix Marcano, los tres heróicos hermanos, –dominicanos los nueve– fueron otros tantos adeptos a la causa desde su inicio.⁷

El dulce i fácil poeta bayamés del cadencioso ritmo de las palmas,⁸ tuvo siempre la encendida ilusión de haber sido él –su íntimo amigo– quien atrajo a las filas insurrectas, con los modestos galones de sargento, al futuro organizador de la victoria. ¡Coincidencia sería! Con igual graduación, a los 19 años, sentó plaza i figuró en el escuadrón de caballería que dió, con Cabral al frente, la carga decisiva en la batalla de *Santomé*. Poca cosa era. Sólo que algo más sabían, al respecto, estos próceres de la primera hora: Francisco Estrada, Bartolomé Masó, Carlos Manuel de Céspedes i Francisco Vicente Aguilera. El mismo general Gómez ha dado fé de ello.⁹

Treinta años cumplidos tenía el gallardo paladín al iniciarse –con el grito de *La Demajagua*, los tiros de *Yara* i la toma de *Bayamo*– las reñidas i numerosas jornadas del decenio: e iba a consagrarle otros treinta de su vida heróica a la causa cubana. Entró a la liza con pie de héroe. Sobre los *Pinos de Baire*, asalto i copo, se yergue y crece su marcial figura. En la *Venta de Casanova*, complemento del anterior combate, gana la acción i gana el entorchado, i entra, enseguida, como Segundo del General Donato Mármol, en la Jefatura del Ejército de Oriente, aún en pañales.

7. Luis Marcano, caído a poco en infame celada, junto con su hermano Pancho i los dos Abreu i los dos Delgado, fué el estratega en la toma de Bayamo. Modesto Díaz fué decano de los guerrilleros en el decenio. Félix Marcano, acibillado de heridas, luchó en ambas etapas bélicas i las sobrevivió i pudo ver el advenimiento de la República.

8. José Joaquín Palma.

9. Nota autógrafa adherida por el Generalísimo a un ejemplar del libro *Inciadores i Primeros Mártires de la Revolución Cubana*, que se conserva en el Museo Nacional de La Habana.



A vuelo de pájaro

¡Ah señores! Yo no voi a seguirle en su dilatada carrera de máximo estratega. Esa carrera suya, de cóndor i centauro es vertiginosa. A vuelo de pájaro pasaré por ella con la fase alada. Por dos veces en el decenio, actúa como General en Jefe. En el trienio es él i no otro, el Generalísimo indiscutido i tal vez insustituible. ¡Mirad! –si es que podéis seguirle en la ruta de centauros de una i otra invasión, la malograda i la cumplida– la vía láctea de sus estupendas proezas. Mirad como constelan en el espacio ardido de las sabana i los montes, hacia los cuatro puntos cardinales, antes en el decenio, después en el trienio, los cien combates de su plan estratégico i los de su comando con Antonio Maceo; entre los cuales descuellan –a modo de erectas palmas triunfales– *Palo-Seco, El Naranja, Las Guásimas, Mal-Tiempo i Coliseo...* Aún diría yo –si no temiese abusar del símil– que esas sonadísimas victorias son también como los cinco radios de la Estrella Solitaria.

¡Vedle...! Allá vá, jinete en su corcel de guerra, brioso i diestro; caballero de la arrogante figura, sin taba i sin miedo; precedido por la helera de llamas del incendio i por el formidable ariete de vanguardia que es el Titán de Bronce, en aquel prodigio de la estrategia que fué la Invasión del Oriente sobre el Occidente, i pasa i repasa las zonas asoladas por el fuego e iluminadas por la victoria!

Tal el adalid preclaro, señores, tal el héroe invicto: i así aparecerá en el grandioso monumento de mármol i bronce que va a erigirle, en honor suyo i en honra de Cuba, la patria reconocida...

El civismo del héroe

I vuelvo al tema.

Las necesidades de la guerra, en plena campaña apenas afectan en él al civilista. Su civilismo persiste i se manifiesta en



actos de civismo. Estos abundan. Algunos basta para ceñirle la toga viril del ciudadano consciente de su noble investidura. Evoquémoslos.

Para él la unidad de la acción militar, a su cargo, no era incompatible con la acción gubernativa, sola o conjunta. Siempre rodeó de respeto a la autoridad del Presidente i la libertad i autonomía de la Cámara. Cuando Donato Mármol, en la aurora de la lucha, quiso la dictadura militar para sí, Máximo Gómez —alejándose de él— mantúvose fiel a la jefatura gubernativa de Céspedes. Cuando este prócer ilustre —olvidándose tal vez de la lealtad del intrépido banilejo— lo destituyó del mando de las tropas orientales, acató el mandato imperativo, i, en lugar de abandonar la manigua i salirse al exterior, como hicieron otros en lo más recio de la lucha, entró sencillamente en la sombra, monte adentro, en disponibilidad, atento el oído i pronto a volver al servicio i al peligro inminente, si el Gobierno, o el mismo Céspedes, lo llamaba.

Justamente al año, caído en el seno de la muerte el insigne prócer Ignacio Agramonte —el Bayardo del decenio épico— reasumía el general Gómez el mando supremo del ejército organizado por el glorioso camagüeyano.

Tal conducta —la de Máximo Gómez— no es de mera disciplina; sino de ejemplar civismo.

De hombre social i civilmente educado fué, asimismo, el encender en su estratégico retiro de *La Reforma*, en fértil zona de los campos de Cuba Libre, en la una i la otra guerra, el hogar compartido con la compañera fidelísima; i el encenderlo luego en el solar nativo, en su feudo cibaño del mismo expresivo nombre, siempre con su esposa i rodeado de su prole. En uno i otro retiro campestre —el cubano i el dominicano— sabe él, con el poeta eximio, que “*la libertad el campo habita*”¹⁰ i hace honesta vida campesina i restaura sus fuerzas para proseguir en la ingente lucha por la libertad i la independencia de Cuba. En

10. Andrés Bello.



ambos feudos, en la paz como en la guerra, los laureles que orlan sus sienes no le vedan inclinarse sobre la tierra, para las labores agrícolas, i tumba i tala i habita parcelas de su conuco i recoje de sus pródidas entrañas el pan de cada día. En ambos pone de resalto su civilismo i su civismo. En ambos evoca, no la marcial silueta de Julio César, aleatoria, sino la silueta cívica, austera, de Cincinato. El también pudo decir, en más de una ocasión, con el gran lírico bayamés: *“Mis tiempos son los de la antigua Roma...”*.¹¹

Arengas i páginas suyas dan fé de su civismo. Hasta en sus órdenes del día, a veces, se ve el gesto cívico. Una hai, de ecuanimidad insuperable, con la cual garantiza la vida i la libertad a los prisioneros españoles o su incorporación voluntaria a las fuerzas revolucionarias. Previsor patriotismo el suyo. Con ese i otros rasgos, no menos dignos de la loa, evoca la austera figura cívico-militar de Hoche, gloria de Francia; i recuerda a Sucre, el magnánimo, antes i después de la victoria síntesis de Ayacucho...

Concluida la contienda de Cuba i España –no contra España– envainó su ociosa espada de estrategia i héroe i aún se la descinó i la puso en la panoplia. El gran soldado cedía el paso al ciudadano conspicuo. El ciudadano iba a postular con la mayoría, como lo hizo, la candidatura en un prócer civilista, para el ejercicio de la función ejecutiva en el período inicial de la vida autónoma de la nueva República.

En honra suya –dominicano de origen i de nacimiento– articula la Constitución de Cuba un caso de excepción, único, para poder ser electo, i ejercer la primera magistratura del Estado. Este canon, de honor i de justicia, puso a prueba decisiva el civismo de Máximo Gómez. Más de una vez se le oyó decir: *“No aspiro a ese puesto. Estoi demasiado acostumbrado a que me obedezcan a la primera voz de mando”*. Luego añadía: *“Cuba, en la paz, sólo necesita de sus próceres civiles en el Gobierno”*.

11. Juan Clemente Zenea.



Así habla el civismo. Su actitud cívica, de ética imponderable, háme sugerido la siguiente inferencia: colocado el Generalísimo frente al insólito dilema —o la presidencia o el ostracismo— había optado por el exilio, acaso para ir a cavar su tumba en donde se meció su cuna i se deslizó la primavera de su vida: a las orillas de Güerra i bajo la sombra del Peravia. Es una mera hipótesis...

Tal fue, señores, el hombre i el ciudadano: tal su edificador civismo. Con tan altos relieves cabría modelar, también la egregia figura cívica del prócer dominico-cubano.

Pro-patria

Hoy es el 4 de julio.

Cada fecha patricia es en la Historia de la Civilización una cima luminosa. En esa cima detona el rayo i se enciende el oriflama de luz que es faro i es guía del pueblo redimido. Ninguna —salvo aquella que inspiró *La Marsella*— tan encumbrada ni tan esplendorosa como ésta del 4 de julio. En la una —la de la Revolución Francesa— surgió a iluminar a la vetusta Europa el sol de la Libertad; en la otra —la de la emancipación de las Colonias— surgió a iluminar a la joven América, el sol de la Independencia. Ambos soles iluminan el mundo. ¡Es el ideal agosto!

Inclínome pues, de buen grado, ante la cimera altura en donde flamea la enseña nacional de las trece franjas i ya de las cuarentiocho estrellas. Inclínome ante la bandera de la Unión Americana —inicial de la Independencia de América— i saludola como una admirable síntesis: *E pluribus unus...*

Pero ¡ai! Sabed, cubanos, que esa misma bandera flota ahora i desde hace tres años en la atalaya de la Torre del Homenaje —en la gloriosa Ciudad Primada i de Febrero— como símbolo de fuerza i como esfínje, a la vista atónita del pueblo dominicano i con escarnio del Honor, del Derecho i de la Justicia.



Pero eso surge a menudo, en lo íntimo de mi alma atormentada, la visión dolorosa que me pareció ver, a la caída de la tarde, más allá de los horizontes del mar de zafiro que baña la costa gibareña. ¡Es la visión perenne i el olvido es imposible!

¡Ah, señores! Yo sé de donde vengo i hacia donde voi en esta hora aciaga i triste. Dejad que os lo repita: Yo vengo, ¡ai! de la Ciudad doliente i de la Isla intervenida: ¡la miseranda! i voi hacia los nobles corazones de los pueblos libres, hermanos del mío, por los caminos del dolor inmisericorde: el de las pampas de granito i el de los mares sin orillas: i estoí otra vez en Cuba i he llegado a Gibara; como en Santiago, como iré a las otras heroicas villas del Oriente épico, –abiertos los brazos i tendidas las manos– con el mismo ritmo de cordialidad i de simpatía que emerje del alma cubana en pro de la causa dominicana– en busca de caridad i justicia para mi patria ¡la sin ventura! Tal como las hubiera pedido, con ejemplar civismo, el héroe invicto que fué Máximo Gómez i tal como las obtuvo de Quisqueya libre, para Cuba irredenta, el héroe mártir de *Dos Ríos*.

¡Martí! Otra vez sube su nombre sugestivo desde el corazón a rastras a los labios trémulos. Yo no olvido que su corazón i el mío, en la hora épica, encendidos en la misma llama de amor i redención, latieron con el mismo ritmo. Al calor de esa llama –la de su apostolado excelso– se han fundido los pensamientos, radiantes e iluminadores, que he recogido, como un legado en la *carta-testamento de un héroe*. Oid, señores, algunas de las palabras de su epístola: “*Esto es aquello i va con aquello (...) Hagamos por sobre el mar, a sangre i a cariño, lo que, por el fondo del mar, hace la cordillera de fuego andino (...) Debo a Ud. un goce de altura i de la limpieza en lo áspero i feo de este universo humano (...) Levante bien la voz: que, si caigo, será también por la independecia de su patria*”.

¿Lo oís? ¡Martí cayó también por la independecia de mi patria!

Así hablaba el apóstol. Así hablaba conmigo. El me llamaba hermano... ¡Ah! me ahogan las lágrimas i la voz me falta... No puedo más... ¡Gracias, señores, gracias del alma!...



Máximo Gómez. Bosquejo biográfico*

Max Henríquez Ureña**

Juzgar una vida es más difícil que juzgar una obra. Hay existencias que son astros luminosos cuyos resplandores bañan por siglos la conciencia de una colectividad, de un pueblo, de un continente, de una raza o de un mundo. Esas existencias no son aisladamente una obra, no son aisladamente una vida, son la culminación estupenda de aspiraciones que germinaron en las raíces de siglos anteriores; representan en sí la vida individual o la redención moral de un pueblo o de una raza; son monumentos hieráticos cuya cúspide rasga el infinito e imponen a la posterioridad su grandeza, son soles que brillan con luz deslumbradora sintetizando un esfuerzo grandioso por el bien y el amor de la humanidad.

La existencia de Máximo Gómez sintetiza más de una obra y más de una vida. Máximo Gómez tenía alma de sol y espíritu de granito: era luz y era fortaleza. Para juzgarle se necesita una

* Publicado originalmente en *Cuba literaria*, Santiago de Cuba, 28 de junio de 1905. Revisado en su forma actual para ser publicado nuevamente, al siguiente año, en *La Discusión*, La Habana. Reproducido por Emilio Rodríguez Demorizi, *Papeles dominicanos de Máximo Gómez*, 1ª ed., Ciudad Trujillo, Editora Montalvo, 1954, pp. 298-304 y en la reimpresión facsimilar hecha en Santo Domingo por Editora Corripio, 1985. (Fundación Rodríguez Demorizi, Vol. XXIII).

** Maximiliano Adolfo Henríquez Ureña, fue un notable intelectual, profesor de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña (UNPHU) y de varias latinoamericanas y de los Estados Unidos de América. Autor de diversas obras literarias e históricas, además de artículos para publicaciones periódicas.



mano firme como su espíritu y una pluma luminosa como su alma.

Máximo Gómez, cuya trascendencia en la obra magna de la libertad de América nadie hubiera podido vaticinar, por su oscuro nacimiento, vio la luz el 18 de noviembre de 1836 en el pueblo de Baní, que forma parte de la provincia capital de Santo Domingo. Sus padres fueron Andrés Gómez y María Clemencia Báez. Los años de su infancia y de su adolescencia transcurrieron en el amoroso valle nativo. Independizado Santo Domingo de la dominación haitiana en 1844, hubo de sufrir frecuentes y rudos conatos de invasión de parte de sus antiguos dominadores. Máximo Gómez militó, muy joven aún, en las filas nacionales, y combatió en repetidas ocasiones, distinguiéndose por su bravura en acciones como la famosa Batalla de Santomé.

Un hecho sensacional vino a cambiar por completo la situación de la República Dominicana. Fue la anexión del país a España, en 1861. Todas las tropas regulares dominicanas quedaron bajo el gobierno del coloniaje. Máximo Gómez era comandante del ejército y permaneció en su puesto. Aceptó y aprobó la anexión, pero cúlpese de ese error a la época y no al hombre. Tiempos eran aquellos de luchas y de odios; tiempos eran aquellos en que a la horrible y bestial lucha fratricida que consumía las fuerzas vivas del país, se unía la amenaza constante de invasión de los vecinos de occidente.

Máximo Gómez fue de los que creyeron que España volvería con solicitud maternal a amparar a Quisqueya la rebelde, y que al bienestar material que reportaría la anexión se uniría la suspensión de toda amenaza por parte de los intrusos del oeste. Que incurriera en ese error no es culpa suya, sea dicho una vez más, lo fue del momento histórico. En Santo Domingo, donde, según frase de Deschamps, el mal viene "*de arriba para abajo*", no hay que extrañar que quien por entonces no era sino



un militar disciplinado y un joven inexperto, fuera contaminado con la engañosa corriente que venía de arriba para abajo.

Empero, ni España volvió como madre amorosa, sino como torpe dominadora, ni el pueblo dominicano estaba dispuesto a perder sus derechos conquistados a costa de indecibles sacrificios. Máximo Gómez lo advirtió ya cuando, como militar, no le pareció decoroso retroceder. Victoriosos los dominicanos en la Guerra de la Restauración, él emigró a Cuba con las fuerzas españolas. Poco después de vivir en Cuba pidió su licenciamiento. Falto de recursos buscó la vida en la provincia oriental, cultivando una pequeña estancia con cuyo producto se procuraba el sustento. Consagrado a esa humilde y penosa faena, vió de cerca las miserias, los dolores y las angustias del pueblo cubano, y recordó cuán desastrosa fue la dominación española en Santo Domingo, defraudando las esperanzas que él había cifrado en ese cambio para su país, y anheló para Cuba la libertad de que ya gozaba Santo Domingo.

Simpatizó entonces con la idea de la independencia de Cuba e ingresó en el movimiento separatista de 1868. Sus primeros hechos de armas los realizó bajo las órdenes del General Donato Mármol, y al morir éste, en 1870, quedó Máximo Gómez ocupando el cargo que quedaba vacante con esa muerte, que era el de jefe superior de la división de Oriente. Como se vé, había cobrado importancia en poco tiempo.

En 1871 invadió a Guantánamo, alcanzando triunfos muy señalados, que le dieron gran prestigio militar. Fué destituido, por una equivocación que sufrió Céspedes, debido a informes apasionados que recibió, en 1872. Máximo Gómez se retiró con un grupo a las montañas, sin protestar de ese acto que consideraba evidentemente injusto, hasta que en 1873 el mismo Céspedes lo llamó: acababa de morir el glorioso Ignacio Agramonte, y para sustituirlo se nombró a Máximo Gómez, que fué considerado el único jefe capaz de dirigir la campaña en Camagüey.



Sus triunfos fueron estupendos, creciendo de grado en grado. Las Batallas de Palo Seco, El Naranjo y Las Guásimas son hazañas homéricas que clavaron hachones de gloria en el campo de la insurrección. En 1875, pasó, herido, la Trocha de Júcaro a Morón. La invasión seguía invencible, formidable, arrollándolo todo a su paso. De todos los labios brotaba un grito de asombro ante la creciente victoria de aquel guerrero insigne a quien sonreía la fortuna, mimaba la gloria y guiaba el deber. Todo presagiaba el triunfo de la insurrección, cuando serias divisiones que surgieron en el propio seno del organismo revolucionario le arrancaron de su campamento de Las Villas, llamado a Oriente por el gobierno de Estrada Palma, a ocupar la cartera de guerra.

En tanto, la disolución cundía en las filas: torpes divisiones trajeron en pocos meses la desorganización completa del ejército libertador, victorioso hasta la víspera dentro de la marcha ordenada y armónica del plan invasor de Máximo Gómez. Se trató en 1877 de que él volviera a organizar el ejército, como General en Jefe, y no aceptó. Comprendió antes que nadie que todo estaba perdido y que las ambiciones inmoderadas llevaban al desastre la obra de la revolución. En efecto: a poco vino la triste claudicación que se conoce en la historia con el nombre de “La Paz del Zanjón”.

Vagó por Centro-América y al fin tornó al solar nativo. Durante la guerra se había casado con la virtuosa dama Bernarda Toro, y en la paz, el hogar le brindaba su bienhechor arrimo, en Montecristi. Rodeado de su esposa y de sus hijos, durante todo ese tiempo no se olvidó de Cuba: en Centro-América, en Santo Domingo y dondequiera que puso la planta seguía conspirando, manteniéndose al habla con amigos y jefes de la pasada revolución, fija la vista en el momento histórico en que había de reanudarse la interrumpida lucha por la libertad de Cuba. Él comprendía que el malestar del pueblo cubano había de culminar en una nueva explosión avasalladora, y esperaba ese momento.



Martí inició, en tanto, su asombrosa prédica en toda América, y sumando voluntades al par que aunando esfuerzos, organizó la revolución y fué a Montecristi a ofrecer a Máximo Gómez el título de jefe supremo en el ramo de la guerra. Más tarde volvió Martí a buscarlo para ir juntos, con una mano de valientes, hacia las costas de Cuba, a tomar parte en la refriega, que ya había estallado. ¡Bien sabemos cuán funesto fué ese empeño para el Apóstol Martí, que vino a encontrar la muerte en los campos de batalla!

Apareció Máximo Gómez de nuevo en la lucha, en abril de 1895. Ya no era el militar joven y resuelto que buscaba la notoriedad en el heroísmo: era el Generalísimo, que surgía en el teatro de la guerra, cubierto de gloria y de prestigio, brindando plena confianza a las tropas para llevarlas a la victoria. La táctica militar por él puesta en juego en esta campaña dejaba estupefactos a todos los técnicos que desde lejos apreciaban el curso de la insurrección, y su reputación como estratégico eminente quedó sentada, no sólo en Cuba y en América, sino en el mundo. Máximo Gómez fué el rompe-cabezas de los tácticos españoles: asombró a Martínez Campos, desesperó a Weyler y asustó a Blanco.

De la gloriosa trinidad que culminó en la última guerra, Martí era la idea, Maceo era la acción: Máximo Gómez resumía en sí la idea y la acción.

Martí tenía el irresistible verbo evangélico, la palabra que arrastraba las multitudes y encendía los corazones en sacro fuego, el cerebro poderoso de un pensador estupendo, el alma inmensa de un apóstol. Maceo tenía la bravura de Aquiles y la nobleza de Bayardo, un corazón hermoso y grande, y un brazo hercúleo e indomable.

Máximo Gómez era un predestinado: él asimilaba la idea y la acción, y bien lo prueba el hecho de que muertos Martí y Maceo, él encarnó la idea y la acción revolucionarias. Invencible y tenaz, no cejó en la lucha, no desesperó en la idea.



Asombraba que su cuerpo no sucumbiera agobiado por las penalidades de la guerra y que su espíritu no desmayara en la afanosa brega. Era sol y granito, luz y fortaleza. Era El Libertador.

Era, al mismo tiempo, un carácter noble y energético. No tenía arrebatos irreflexivos, pero sí indomables energías y rudas altiveces. Una vez, acabando de dictar órdenes para un peligroso encuentro, el jefe subalterno que las recibía preguntó dónde se encontrarían después del combate, y él respondió sin vacilar: *“En el cementerio”* Este rasgo de energía moral contrasta en este otro de suma sencillez: al desembarcar Máximo Gómez en Santo Domingo, por primera vez después de terminada la guerra de Cuba, una manifestación desbordante de entusiasmo fue a buscar en triunfo al muelle al libertador de un pueblo hermano.

El sabía que sus coterráneos sentían por él gran admiración, pero sin duda no esperaba aquella manifestación delirante que constituyó todo un día de júbilo para la capital de la República Dominicana, y mientras Eugenio Deschamps, el tribuno hugoniano señalaba en él *“la resurrección de la epopeya”*; y Pellerano Castro, el de la rima sonora, pedía para su verso *“el nervio bravo de ese cuerpo viejo”*, Máximo Gómez decía con voz emocionada, con acento de suma sencillez y naturalidad suma: *“Lo que yo he hecho no es tan grande para merecer estos honores”*. Nuevo Cincinato, no perseguía el laurel de la gloria fugaz, sino la perdurable satisfacción de su deber.

Tocóle sobrevivir a su obra y presenciar el desenvolvimiento inicial de la República de Cuba. Tocóle asistir a la consagración de la magna empresa realizada por su espada invicta.

En la paz, ¡Cuán benéfica fue su influencia para resolver arduos conflictos! Con desinterés altísimo, se negó a oír toda insinuación de que presentara su candidatura presidencial. *“Los pueblos para ser felices no deben tener el gobierno de la*



espada, sino el gobierno de la ley”, decía, y agregaba: “Yo no respondo, estando en el poder de no desenvainar mi machete para cortar el nudo gordiano, si es necesario”:

Amante del derecho, de la ley y de la libertad, tuvo en estos tres conceptos abstractos la base triangular sobre la cual se asentaba su criterio político.

Abogó en 1901 por la candidatura de Tomás Estrada Palma para el primer período presidencial de la República, y la mejor recomendación que hizo de su candidato fue la de que éste era un hombre civil, capaz de proteger el derecho, acatar la ley y respetar la libertad. Y luego, en la huelga de diciembre de 1902, en el disentimiento parlamentario de 1904, y, en fin, cada vez que creyó útil su influencia, supo intervenir satisfactoriamente para vencer las dificultades que se presentaban en perjuicio de los intereses nacionales.

Poco antes de morir, emprendió una enérgica campaña política, afiliándose al Partido de oposición al gobierno de Estrada Palma, pero predicando siempre la oposición razonada y reflexiva. En esa campaña de propaganda le sorprendió la enfermedad que en mes y medio lo llevó a la tumba. Pero su labor, aún en esa empresa trunca, dió frutos de bien: el país necesitaba dos partidos políticos, unidos y disciplinados, el uno frente al otro. Máximo Gómez, organizando y unificando el uno, estimuló la absoluta cohesión del otro.

Murió en 17 de junio de 1905. La Habana supo rendirle una manifestación extraordinaria de sentido duelo, que reveló cuán grandes eran hacia él los sentimientos de amor y de gratitud del pueblo cubano. Y hasta la hora de su muerte alentaba aquel espíritu que poco antes, a las insinuaciones del médico que le indicaba que durmiera, respondía preguntando si era el último sueño el que iba a dormir.

¡Al fin duerme tranquilo ese último sueño; ¡Al fin se ha ido de él, el Libertador, envuelto en sus dos banderas la de su tierra nativa y la de la tierra que libertó! El había venido como



Hatuey, de Quisqueya la brava, a grabar su nombre en los árboles centenarios de los campos de Cuba. El había venido, como Hatuey con todos los ímpetus y los anhelos de una raza oprimida, y había traído, para los débiles la palabra de fe, para los fuertes el grito del deber. El tenía la serena altivez de las altas montañas y la solemne grandeza del océano. Su figura ciclópea se levanta, iluminando el tempestuoso presente, cubierta por el manto de la gloria, sobre la redimida tierra del pasado, bajo el cielo radioso del porvenir.



Máximo Gómez entre los libertadores de América*

César A. Herrera Cabral**

El 18 de noviembre del año 1836, nació en un humilde poblado de la República Dominicana, un niño, hijo de una pobre, pero distinguida familia.

Bajo felices augurios llegó a la vida aquel ser inocente, constituyéndose a poco en dueño del cariño de los suyos, grabando en su alma para siempre, las ternuras de sus padres, una huella de dulce bondad que conservaría hasta su muerte.

Este pueblo, el Baní de la leyenda y el ensueño, ignoraba que la infancia de un grande hombre se desenvolvía apacible en el marco milagroso de belleza, con que la naturaleza rodeó al valle de Peravia.

Máximo Gómez, que así era el nombre del alegre infante, crecía feliz, circundando de una atmósfera de pureza y frente al ejemplo de acrisolada virtud con que sus padres enaltecían la dicha de su hogar.

* Trabajo ganador del primer premio en el certamen del *Ateneo Dominicano* al conmemorarse el centenario del nacimiento del Generalísimo en 1936. Su autor lo mantuvo inédito hasta el sesquicentenario, al publicarlo en el *Listin Diario*, de 9 de noviembre de 1986, p. 4-B. Luego, se publicó en la *Revista de la Fundación García Arévalo*, Año I, No. 1, junio de 1987, pp. 31-39 y en la recopilación *Divulgaciones Históricas*, Santo Domingo, Editora Taller, 1989, pp. 117-125 (Biblioteca Taller No. 261).

** César A. Herrera Cabral fue un investigador en los Archivos de Sevilla y Simancas, España, que publicó valiosas obras históricas, dejando inéditos más de 100 tomos de documentos del pasado de Santo Domingo.



Su maestro, que lo fue el cura Andrés Rosón, inició a Máximo Gómez en el secreto de las letras. De inteligencia clara y vivaz, Máximo Gómez no pudo ser un estudiante consagrado, pues en aquel tiempo las rudimentarias nociones del conocimiento, bastaban para colmar las más desmedidas aspiraciones de saber, por imposición del medio sin estímulos.

Ocho años contaba cuando el trabucazo de Mella en la noche memorable del 27 de febrero alumbró el nacimiento de la República. Y durante la larga brega de la libertad, Máximo Gómez pudo prestar sus servicios a la Patria, sino en las postrimerías de las invasiones haitianas, en el 1855, cuando Soulouque avanzaba triunfante para uncir la patria de Duarte al yugo de ominosa servidumbre.

Frisaba en los 19 años cuando se enroló al heroico batallón banilejo, para correr a la defensa de la sagrada causa nacional. Con el grado de sargento asistió a la gloriosa Batalla de Santomé, donde Cabral rubricó definitivamente la Independencia Nacional. Bajo el filo de los machetes vengadores, el ejército haitiano se desbandó impotente. Máximo Gómez ganó sobre el campo de batalla el grado de alférez, como premio a su valor demostrado en la brillante carga de las huestes banilejas, que decidieron con su empuje formidable el resultado final de la contienda.

Desde entonces quedó Máximo Gómez ligado a la carrera de las armas. Adolescente aún, su valor sereno era ya tema de muchas conversaciones. En las guarniciones militares del sur prestó servicios durante algunos meses, regresando a su pueblo por la gravedad de su anciano padre, que lo llamaba desde su lecho de muerte.

Máximo Gómez fue desde su infancia un modelo de carácter, respetuoso siempre y ajeno a los vicios que minan la salud y la moral de muchos hombres.

Muerto su padre, quedó él como único sostén de su familia, integrada por su anciana madre y sus hermanas solteras.



24 años y 4 meses contaba el alférez Máximo Gómez, cuando la anexión de la república a la monarquía española, sacudió poderosamente la conciencia nacional.

En Baní tuvo la protesta su lengua de fuego en la heroína Canela Mota, mujer insuperable que clamó vigorosamente contra el hecho nefasto, incitando a los hombres a la acción reparadora.

Pero Baní, es necesario afirmarlo, no fue de los pueblos que se distinguieron por su antiespañolismo. Formado este pueblo por familias canarias en su mayoría, la confraternidad se impuso en poco tiempo entre la ciudadanía y las tropas ocupantes.

Y cuando el movimiento restaurador de Capotillo, Baní, como casi todos los pueblos del sur, permaneció tranquilo y en espera. Pero ya el 6 de noviembre del mismo año, el coronel don José Valera y Alvarez, efectuó el pronunciamiento de la común de Baní, aunque más tarde daría la espalda a la Restauración para enrolarse en las filas españolas, llegando a alcanzar en la guerra de Cuba, los grados de teniente general y mariscal de campo.

Hondas perturbaciones obligaron después a numerosos militares banilejos a negar como Valera, su concurso a la causa de la Restauración Nacional.

Sucedió que el general Pedro Antonio Florentino, delegado revolucionario en el sur del gobierno provisional de Santiago, había hecho reducir a prisión a los valerosos oficiales Modesto Díaz, Luis Marcano, José Valera y Alvarez, Demetrio Alvarez y otros más, acusándolos de estar fomentando un movimiento reaccionario, cuando ellos habían sido brazos y cerebros del levantamiento de estas regiones.

Pero el general Gregorio Luperón, el caballero sin miedo, y sin tacha, incorporó a sus filas estos oficiales, cuando venía para estas regiones en servicio del gobierno revolucionario, y a



quienes encontró por el Bonao, remitidos en calidad de prisioneros por el general Florentino.

La revolución restauradora se encontraba completamente desprestigiada en el sur, porque los jefes que allí actuaban se ejercitaban únicamente en el pillaje.

Luperón dio vida al movimiento, imponiendo con su presencia orden y respecto a las tropas desmanteladas, aunque no pudo librar combates decisivos dado el poco espíritu de cooperación de los demás jefes insurrectos. Su situación era dramática en Baní y San Cristóbal, urgiendo al feroz general Florentino el envío de tropas con que aplastar las huestes españolas que operaban en esa línea.

Poco después Florentino avanza con sus fuerzas hasta Baní, enemistado ya con Luperón, por la escapatoria de Díaz, Alvarez y Valera, que él consideraba obra del bizarro general cibaeco. Lo hace preso para ejecutarlo según instrucciones recibidas del Cibao, escapándose Luperón de la muerte, tal vez por su inmenso prestigio, optando Florentino por remitirlo preso a Santiago.

Máximo Gómez tenía para esta época algo menos de 27 años. Fue en ese tiempo, que su vida tomó por los azares del destino, un rumbo trascendental.

Florentino había hecho domiciliar sus tropas (alrededor de tres mil hombres) en los pequeños cuarteles y el resto en las casas de familia. El hogar de Máximo Gómez fue ocupado por más de veinte soldados, teniendo su madre y sus hermanas que huir como todas las familias banilejas a los campos más ocultos para salvar siquiera la vida.

Máximo Gómez no era hombre de arredrarse ante la fuerza. Ni corto ni perezoso se dirigió al Cuartel General a exponer su queja de tan incalificable proceder, al mismo tiempo que ofrecía sus servicios militares a Florentino. Allí mismo fue hecho prisionero para ser ejecutado al día siguiente.



El destino no le había marcado aún su última hora y esa misma noche escapó, escondiéndolo sigilosamente el padre Rosón, uno de los pocos habitantes del lugar que no había corrido a ocultarse. Los parientes de Máximo Gómez fueron perseguidos, muriendo asesinados tres de ellos por órdenes del insaciable Florentino.

Ya las tropas españolas, al mando del general La Gándara y del general Eusebio Puello, avanzaban victoriosas sin encontrar resistencia, como en los días en que Luperón les cerraba el paso vigorosamente.

Las tropas colectivas del general Florentino fueron deshechas en el cambio de San Cristóbal a Baní, huyendo, como dice el historiador Rodríguez Objío, *“ese hombre nefasto, al primer revés, desde las orillas de Haina, hasta las márgenes del Artibonito”*.

En su huida, Florentino dejó una estela de sangre y de horrores. Rivalizó en crueldad con las hordas de Dessalines, sumiendo en el dolor innumerables familias que vieron caer, como los Mota, tres hijos fusilados.

El pueblo de Baní fue pasto de las llamas incenciado por la soldadesca de Florentino, cuando partían para las regiones fronterizas, llevándose para asesinar en su ruta la flor y nata de sus hombres.

Cuando el general La Gándara cruzaba por el poblado de Paya, se le juntaron los fugitivos banilejos: Máximo Gómez, Francisco J. Heredia, y otros, para secundar resueltamente el avance de las fuerzas españolas. Ese día, 18 de noviembre del 1863, entraron las tropas españolas a Baní que era ya un mar de fuego. En esa fecha, en la cual queda Máximo Gómez ligado a la causa española por circunstancias superiores a su voluntad, cumplía el futuro grande hombre 27 años.

La naturaleza moral de Máximo Gómez le reprochaba íntimamente que prosiguiera la lucha contra los restauradores, y



optó por servir la secretaría de la Comandancia Militar de San José de Ocoa, la cual desempeñaba el coronel Francisco J. Heredia.

La causa nacional continuaba triunfante, y España había resuelto la desocupación del país. Todos los individuos que estuvieron de alguna manera comprometidos con las autoridades españolas, podrían seguir el éxodo de las tropas a las vecinas posesiones españolas o según los deseos a las colonias de África.

El 11 de julio de 1865, partía Máximo Gómez en el vapor “Pizarro”, para la isla de Cuba, cuya tierra pisaría por primera vez, el día 13, con el grado de comandante de las reservas dominicanas.

“Y me encontré de improviso en la Isla de Cuba, a manera de un poco de materia inerte que lejos de su centro arrojan las furiosas explosiones volcánicas”, dice el ya general Máximo Gómez, en sus notas autobiográficas, escritas en el año 1894:

Máximo Gómez llegó a Cuba en momentos decisivos y solemne para la Antilla hermana. El pensamiento revolucionario de Céspedes y Aguilera, comenzaba a ganar terreno en el ánimo popular. Y las juntas revolucionarias ensanchaban su radio de acción hasta penetrar en la masa de los hombres rurales.

Y esas fuerzas misteriosas que guían los pasos del hombre por la vida, y que trazan el rumbo de la historia, llevaron a Máximo Gómez al mismo foco de los acontecimientos, como si conocieran el alto destino que le tenía reservado la Gloria.

Aquel hombre humilde, pero altivo, sentía hervir en su pecho la sagrada pasión de la libertad. Y frente a los desmanes de que eran víctimas sus paisanos, elevó vigorosa protesta al teniente general Villar, que cayó como todas en el vacío. Desde ese momento rompió todos sus nexos con las autoridades españolas, renunciando a su puesto de comandante de las reservas.



Máximo Gómez se radicó en El Dátil con su familia, dedicado a las faenas agrícolas. Su poderoso magnetismo personal lo rodeó bien pronto de amigos influyentes, iniciándose a poco en los secretos de la revolución cubana, por intermedio de Don Eduardo Bertot y Miniet, jefe de ese cantón según las subdivisiones revolucionarias.

Y el 10 de octubre de 1868, Carlos Manuel de Céspedes anunció al mundo desde su ingenio de La Demajagua, que Cuba se aprestaba a la conquista de la libertad, dando comienzo a la más formidable epopeya libertadora, en una guerra sin precedentes en los anales de las guerras de la independencia americana.

En esos momentos supremos Máximo Gómez no se encontraba allí; pero otro banilejo insigne, el general Luis Marcano, salvó con su pericia militar de veterano, la revolución cubana después del desastre del ataque a Yara.

Seis días después de los sucesos de La Demajagua, Máximo Gómez se encontraba en campaña, en plena actividad bélica, con el modesto título de sargento primero con que José Joaquín Palma lo investiera en esos momentos apremiantes. Coincidencia notable es esta, en que Máximo Gómez inicia fulgurante carrera militar en Cuba con el mismo grado con que recibió su bautismo de fuego en la portentosa contienda de Santomé. Sus grandes cualidades de organizador militar, lo hicieron figurar bien pronto en primera fila, como segundo del general Donato Mármol, jefe del ejército de Oriente.

En Los Pinos de Baire inició a los cubanos en el uso del machete, destrozando la columna del coronel Quiroz. El historiador Pirala refiere que en esta acción los cañones de las carabina eran cortados de un solo tajo.

De ahí en adelante, el alfanje de Máximo Gómez escribía bajo el cielo luminoso de Cuba, las más estupendas hazañas del heroísmo. Diez años de acciones portentosas lo hubieran unido con el beso de la gloria aunque el Dios tutelar de América no



hubiera reservado su brazo para terminar la mitológica contienda de la libertad de Cuba. Escribió Máximo Gómez:

“Durante esta década guerrera, jamás el sol de Cuba me calentó un día fuera del campamento o del campo de batalla”.

Su brazo no supo de fatigas, y en los más feroces encuentros, su figura, erecta bajo el plomo enemigo, era como un índice supremo, que marcaba a las gloriosas huestes mambisas, la ruta del triunfo de la gloria.

El gran caudillo dio altas pruebas de grandeza cívica en esos instantes conflictivos, que rubricaría después al final de la lucha emancipadora.

Temeroso tal vez Céspedes de su creciente prestigio, lo depuso del mando por un motivo banal en el año 1872, para llamarlo nuevamente a llenar el hueco inmenso dejado en las filas libertadoras, por la trágica caída del insuperable Agramonte, sobre la tierra estremecida de Jimaguayú.

Al mando de estas tropas aguerridas, su genio militar culminó gloriosamente. *Palo Seco, Naranja, Moja-Casabe, y Las Guásimas* fueron sitios donde el heroísmo cubano y la destreza militar de Máximo Gómez, hicieron abrir los ojos a España, para ver que los legionarios insurrectos no eran hordas salvajes y sin rumbo.

Como un centauro fabuloso, cruzó bajo el fuego de los fuertes enemigos, recibiendo un balazo en la garganta cuando gritaba: ¡*Viva Cuba Libre!* En aquel memorable amanecer de gloria. Refirió después Ramón Roa:

“Así enronquecido, echando sangre a borbotones por la boca, imperativo mandaba a su corneta de órdenes tocar Marcha a la Bandera; y desde ese instante el territorio de las Villas se encontró bajo los cascos de su caballo, que soterraron en el polvo del fracaso los planes del General Concha”.

Máximo Gómez fatigó, burló y venció con su pericia, más de 22 columnas enemigas lanzadas en su alcance. La tea



marcaba por los cuatro puntos cardinales su avance triunfal, levantando el espíritu revolucionario en aquel pacificado territorio. La labor extraordinaria de Máximo Gómez no dio todos sus frutos, porque el Ejército Libertador estaba minado por las disenciones intestinas, malogrando todos los propósitos los frecuentes motines militares. La revolución se estancó inevitablemente hasta caer en el pacto del Zanjón.

La vida de nuestro héroe fue a partir de ese momento, una odisea de dolores y de desengaños, más terribles para él que todos los horrores y peligros de la guerra. Despreciando las cuantiosas ofertas de Martínez Campos, partió hacia las playas de Jamaica, donde mordería el pan amargo de la ingratitud humana y el pan negro de su miseria ostensible.

A poco salió para la República de Honduras, donde la fraterna amistad de José Joaquín Palma, el poeta de Bayamo, le había obtenido un puesto brillante en el Ejército. Muy cómodo y seguro allí, nuevos planes revolucionarios lo lanzaron a la vida incierta de las conspiraciones, porque todo lo anteponía a la causa sacrosanta de Cuba. Ese nuevo movimiento, en el cual figuraban como cabezas visibles él y el titánico general Maceo, lo llevó con su errante familia a New Orleans. Todo fatalmente, había de caer en el fracaso. Y él mismo, encarcelado en Santo Domingo cuando vino a procurar el armamento de la revuelta conservado aquí por el gobierno.

De aquí, libre ya, encaminó sus pasos a Jamaica, de donde seguiría para el Canal de Panamá, en busca de trabajo para ganar el sustento de su familia.

Largos días de privaciones pasó allí el invicto caudillo de *Palo Seco*, viniendo a refugiarse en las postrimerías del año 1887 en la histórica ciudad de Montecristi, disipados ya los recelos políticos del general Heureaux, instigador de su prisión en 1886.

En Montecristi serenó un poco el viejo guerrero, modelando un hogar de lineamientos espartanos, a fuerza de su trabajo



honrado, y en la amorosa compañía de su esposa, la heroína Manana, mujer indómita que arrastró los más rudos años de la década sangrienta, junto al indómito vencedor de *Las Guásimas*.

Pronto llegaron a la serenidad austera de su hogar, los rumores del entusiasmo que había despertado en la conciencia continental, la prédica maravillosa de Martí. José Martí era como el Mesías esperado para iniciar nuevamente la lucha. Al influjo de su poderosa elocuencia; de la pureza de su vida ejemplar, todos los elementos dispersos se apretaron en un solo haz indestructible, en torno a esa bandera de esperanza desplegada a los vientos de la libertad y la justicia.

Máximo Gómez y José Martí estaban enemistados y los veteranos esperaban la actitud de aquel, porque todos lo indicaban como el insustituible jefe de aquella decisiva brega por la libertad. Y Martí tocó a las puertas de su corazón escribiéndole:

“yo invito a Ud., sin temor a negativa a este nuevo trabajo, hoy que no tengo más remuneración para ofrecerle que el placer del sacrificio y la ingratitud probable de los hombres. Los tiempos grandes requieren grandes sacrificios, y yo vengo confiado a rogar a Ud., que deje en manos de sus hijos nacientes y de su compañera abandonada, la fortuna que les está levantando con su valor, para ayudar a Cuba a conquistar su libertad, con riesgo de la muerte; vengo a pedirle que cambie el orgullo de su bienestar y la paz gloriosa de su descanso por los azares de la revolución y las amarguras de la vida consagrada al servicio de los hombres”.

Máximo Gómez no podía ser remiso en esta ocasión solemne en que Martí, encarnación gloriosa del sentimiento de la libertad, lo llamaba como el gladiador invencible, para que vistiera los marciales arreos, y volara a continuar la obra empezada en el macheteo feroz de los Pinos de Baire. Y allí, en



su hogar tibio y cariñoso, fueron ultimados los planes fundamentales del movimiento.

Martí saldría en una última gira de propaganda y organización, mientras Máximo Gómez se comunicaría con sus viejos oficiales, para que se mantuvieran alertas al grito estentóreo de ¡*Viva Cuba Libre!* Que surgiría de las entrañas de la Isla de Cuba.

El destino quiso tentar el valor de estos hombres y en vísperas de zarpar las diversas expediciones, todo es descubierto, perdiéndose irremediabilmente en unas horas, el fruto de largos años de sufrimientos y de sacrificios.

Martí acudió presuroso a Santo Domingo, para resolver con Máximo Gómez aquella terrible situación. Dice el historiador Gerardo Castellanos, que “*El general Gómez es el alma hercúlea de estas horas angustiosas*”.

Y el primero de abril del año 1895, surcaban las ondas del océano, en un débil esquife, seis hombres que llevaban la misión de fundir los hierros en la servidumbre en que gemía un pueblo. El ritmo impetuoso de esos seis corazones, era acelerado por el más noble de los ideales humanos: la Libertad.

El día 11 de abril, frente a la más formidable interrogación de lo desconocido, desembarcaron en Playitas, aquellos seis argonautas del Ideal.

Máximo Gómez fue investido con el grado de Generalísimo y el primer núcleo de sus fuerzas lo integraban aquellos cinco paladines: José Martí, Ángel Guerra, César Salas, Francisco Borrero y Marcos del Rosario.

A poco, en una jornada memorable, por lo infausta, cayó Martí de cara al sol; abonando con su sangre generosa, aquella tierra martirizada y esclava, como para fecundar la simiente arrojada por él en los surcos de la gloria.



El golpe fue tremendo, y el viejo heroico, afrontó la realización de sus planes estupendos, sin el concurso de aquella mente esclarecida.

Con veinte hombres de su escolta penetró el Generalísimo a Camagüey, donde sentaban sus reales las fuerzas del general Martínez Campos.

El plan de la invasión estaba en marcha, y el glorioso general Antonio Maceo se acercaba con el grueso de sus fuerzas, para combatir y vencer a aquel Ejército de más de ciento cincuenta mil hombres, con que el general Martínez Campos sostenía en Cuba el secular poderío español.

Mal tiempo fue el primer jalón de triunfos en aquella epopeya formidable, abriendo los machetes de Máximo Gómez y Maceo, grandes claros en las filas españolas. Dijo Loynaz del Castillo:

“Allí vieron los héroes, ejemplo arrebatador, destacando su marcial figura como un reto a la muerte entre una aureola de fuego, general entre los héroes”.

La guerra tiene proporciones colosales. Y España vaciaba sus cuarteles en la Isla de Cuba.

El Generalísimo permanecería en la Provincia de La Habana, mientras su lugarteniente general Antonio Maceo, iniciaba la invasión de Vuelta Abajo. Durante 43 días fatigaría Máximo Gómez con su táctica, al poderoso Ejército Español en el mismo radio metropolitano, en tanto que Maceo llevaba casi libremente el peso de la guerra hasta el más apartado confín de la República. Aquel máximo movimiento estratégico derribó a Martínez Campos, y salvó definitivamente la revolución.

Todo regía en un mar de fuego. Cuba se había levantado como un solo hombre y España no cejaba ni un ápice en la lucha.

El sanguinario general Valeriano Weyler, asumió el mando en los más rudos momentos de la lucha, última esperanza del gobierno español.



Maceo burla en increíble hazaña la Trocha de Mariel a Majana, y Máximo Gómez abre vigorosa campaña en la provincia de Matanzas. Los momentos son decisivos porque Weyler daba los últimos toques a su famoso plan de ofensiva, lanzando cuarenta batallones para aplastar de un solo golpe las fuerzas insurrectas.

Maceo, el *Titán de Bronce*, cae fulminado en Punta Brava y sobre él, el vástago inmortal del caudillo, Francisco Gómez Toro, como

“para que la sangre de Máximo Gómez, presente en su heroico hijo, corriera sobre su cuerpo inerte, y juntos el destino los uniera en la misma fecha y en la misma fosa”.

El Generalísimo debía afrontar el choque formidable de Weyler, que avanzaba con un Ejército como nunca había España enviando otro a las tierras de América.

Su genio militar fulguró entonces como en todos los momentos decisivos. Frente a aquella masa poderosa de atacantes, diseminó su ejército en *“una red de emboscadas”*, defendiendo palmo a palmo el terreno, y sangrando día y noche las extenuadas huestes españolas, incapaces ya de darle un golpe desastroso.

El Ejército de Weyler se esfumaba imponente, y la actividad bélica de Máximo Gómez lo abocaba a un desastre colosal.

España, agotada en aquella estéril hemorragia, llamó a Weyler para enviar en su lugar al general Ramón Blanco, proponiendo la autonomía que Sagasta había decidido conceder a Cuba.

Pero el sacrificio de Cuba era muy grande para no merecer la libertad, y el Ejército Libertador de Cuba, reanudó sus luchas victoriosas, bajo el mando glorioso del ilustre banilejo. La voladura del *Maine* apresuró la muerte de la dominación española en la última de sus colonias irredentas en América.



El 24 de febrero 1899, realizó Máximo Gómez su entrada triunfal a la ciudad de La Habana, a la cabeza de sus tropas victoriosas.

El fue sin disputa el más brillante estratega de las guerras de Cuba, reconocido por los mismos generales españoles, que tantas veces les hizo morder el polvo de las derrotas.

Civilista sin dobleces, Máximo Gómez abrigó sus páginas de servicios heroicos, con el supremo desinterés que demostró a la hora de la paz, paz que tuvo en él un sostén único, guiando la opinión pública cubana, por la senda de la cordura y la organización.

Loado sea su nombre. Él figura ya entre los egregios libertadores de América. Su recuerdo sirva de estímulo a los hombres del presente, para que la virtud ocupe un puesto preeminente en la vida de Cuba y Santo Domingo, unidas para siempre por los vínculos indisolubles de la sangre!



Máximo Gómez*

César A. Herrera Cabral**

El 18 de noviembre de 1836 nació en la villa de Baní Máximo Gómez y Báez, hijo de Andrés Gómez y Guerrero y de Clemencia Báez y Pérez, personas de alguna importancia en la humilde aldea que era sin duda la villa de Peravia en aquellos tiempos.

La infancia de Máximo Gómez discurre como la de todos los seres humanos entre los mimos de una familia numerosa, pues era el último hijo varón de la nutrida familia Gómez Báez.

Fue su padrino y también maestro de primeras letras, el cura del lugar don Andrés Rosón, sacerdote de gran importancia en su tiempo, que fue párroco de Baní por casi 40 años.

La fecha de nacimiento de Máximo Gómez, no precisada aún en forma absoluta, indica que vino a la vida en lo más cerrado de la noche de la dominación haitiana.

El padre Rosón intentó que Máximo Gómez siguiera la carrera eclesiástica, pero su vocación de guerrero lo guió ciega y directamente a la carrera de las armas, donde llegaría a brillar como estrella de primera magnitud.

* Discurso pronunciado el 20 de agosto de 1972 en la inauguración de la estatua ecuestre de Máximo Gómez en la ciudad de Santo Domingo. Publicado en César A. Herrera Cabral, *Divulgaciones Históricas*, Santo Domingo, Editora Taller, pp. 127-137 (Biblioteca Taller number 261).

** César A. Herrera Cabral fue un investigador en los Archivos de Sevilla y Simancas, España, que publicó valiosas obras históricas, dejando inéditos más de 100 tomos de documentos del pasado de Santo Domingo.



También Máximo Gómez ejerció de manera discreta las funciones de maestro de escuela, al lado de Sosota Bobadilla y hasta hace algunos años vivió en Baní uno que fue su discípulo, don José Ramón Landestoy y Bobadilla, muerto a la edad de 104 años, y quien contaba anécdotas pintorescas de su bizarro maestro.

La primera función de armas en que toma parte Máximo Gómez, fue la Batalla de Santomé, el 22 de diciembre de 1855, última campaña de las invasiones haitianas al territorio dominicano. Esa gloriosa acción de armas, en la cual fulguró la espada siempre victoriosa del general José María Cabral, contó con la intervención decisiva del batallón banilejo, el cual en contramarcha violenta, reclamado por el general Cabral, cuando ese cuerpo se dirigía en auxilio de las fuerzas del general Francisco Sosa, en Neiba, llegó a tiempo a la sabana de Santomé para inclinar la suerte de la batalla pavorosa a favor de la causa dominicana.

Máximo Gómez era sargento de la guardia de la bandera y es histórico que el abanderado banilejo, capitán Hipólito Caro, planteó en triunfal carrera, seguido de la escolta, en medio de las huestes haitianas, la bandera de Febrero, arrastrando al ejército en un sublime empuje victorioso.

Máximo Gómez ganó entonces, por su agresividad con el machete libertador, las insignias de subteniente.

Ese ejército dominicano victorioso contra Soulouque, estaba dirigido, como Presidente de la República y Comandante Supremo, por el general Pedro Santana, que arrastraría pocos años después a la inmensa mayoría de sus subordinados a la empresa sin gloria de la Anexión a España.

Cuando se produce en marzo de 1861 ese doloroso acontecimiento político, Máximo Gómez se encontraba fuera de las filas, atendiendo a su madre ya viuda, y a sus hermanas solteras.

La guerra de la Restauración Nacional, iniciada dos años después en la región del Cibao, tuvo en ciertas zonas, el carácter de guerra civil.



Baní sufrió las alternativas de la guerra, y el episodio más cruento lo protagonizó el general Pedro Florentino, jefe de las fuerzas insurrectas, que después de su derrota en el Guanabacoa, incendió la villa de Baní, mientras apresaba, y ejecutaba, a varios banilejos. Entre las víctimas de ese feroz soldado se encuentran el coronel Rudecindo Pimentel, casado con una hermana de Máximo Gómez, y sus tres hijos, Jesús María, Plácido y Andrés, sobrinos de Máximo Gómez.

Esto explica en parte la conducta de Máximo Gómez al lado de las fuerzas españolas, y su salida del país, acompañando a las banderas de Castilla en derrota junto con su madre y dos hermanas solteras, en su viaje a la isla de Cuba, donde fijó su residencia.

Junto con él abandonó su patria un nutrido grupo de oficiales dominicanos, que habían ligado su destino a las armas españolas y que hicieron historia en la gloriosa epopeya de la libertad de Cuba.

Máximo Gómez no fue jamás un soldado mercenario que pone su espada al servicio de una causa alejan, por afanes de lucro o de laureos. Estudiando su conducta en la guerra, en la paz, o en el exilio, resalta siempre su inmensa capacidad de sacrificio, virtud de las almas grandes, y su profunda devoción a los ideales y principios que exaltan la personalidad humana.

Cuando Máximo Gómez llega a Cuba, la isla bullía en un estado de prosperidad económica, aunque sumida bajo la coyunda de un sistema colonial que había sido barrido por el fuego de todo el continente americano.

La situación social de la Perla de las Antillas, apareció más sombría a los ojos de Máximo Gómez, cuando observó el despiadado régimen de la esclavitud, inexistente en Santo Domingo para esos tiempos.

Las crueles condiciones de explotación a que estaba sometida la raza negra en la Isla de Cuba, hirieron sus fibras sentimentales en forma dolorosa. Cuando contempló la crueldad del castigo a que era sometido un esclavo, decidió en el



fondo de su corazón luchar contra aquel régimen por todas las vías a su alcance. El mejor medio fue acercarse a los patriotas cubanos que organizaban en la clandestinidad la acción encaminada a libertar a su tierra amada e irredenta.

La senda que llevó a Máximo Gómez hasta el seno de la revolución cubana es bien conocida. La gran contienda que iba a dar diez años de verdadera epopeya del heroísmo se inició el 10 de octubre de 1868 cuando Carlos Manuel de Céspedes, prócer y mártir del patriotismo dio el grito de Yara, después de proclamar la libertad de sus esclavos en el ingenio de *La Demajagua*.

En el vértigo de estos acontecimientos se destaca en primera fila otro militar banilejo, el general Luis Marcano y Alvarez, que fue el primer jefe del Ejército insurrecto. Este soldado veterano de las guerras de Santo Domingo, junto con sus hermanos Félix y Francisco, fue un factor de gran importancia, por su experiencia y valentía, al lado de Céspedes, quien era un desconocedor absoluto del arte de la guerra. El director de las operaciones sobre la ciudad de Bayamo fue el general Marcano. Allí aparece Máximo Gómez con el rango de sargento mayor que le había otorgado el poeta José Joaquín Palma, Céspedes envía a Gómez al cuartel del general Donato Mármol, quien lo acepta con displicencia, y le encarga dirigir la vanguardia que debe enfrentarse al coronel Quiroz, que avanzaba con denuedo a batirse con los insurrectos.

Los doscientos hombres que se pusieron bajo sus órdenes estaban prácticamente desarmados, pero contaban con los machetes de trabajo, y les sobraba coraje. Organizó las emboscadas a las fuerzas españolas e instruyó a esos hombres para que no hicieran ni un solo disparo, ni se levantaran hasta que él, en persona, saltara el camino y gritara "*Al Machete*".

Este acontecimiento memorable tiene lugar en la Venta del Pino, en las cercanías de Baire. La sangrienta acción se libra como la planeó Máximo Gómez, a puro filo de machete que rindieron sobre el polvo ensangrentado a más de doscientos



hombres, salvándose Quiroz en la violenta retirada. Esa acción fue el primer timbre militar del naciente caudillo.

Poco después fue ascendido a general. Su estrella rutilante de guerrero comenzaba el ascenso que lo llevaría a las cimas de la inmortalidad.

La situación en el campo cubano no era favorable, por la falta de armamento y de organización militar, así como por las rencillas políticas que afloraron inmediatamente en torno a Carlos Manuel de Céspedes, jefe supremo, civil y militar de la revolución.

Sobre todos ellos, descargó como un alud el segundo cabo, general Blas Villate, conde de Valmaseda, cruel y sanguinario, decidido a ahogar en sangre el movimiento libertador.

Valmaseda destruyó a orillas del río Cauto, el más caudaloso de Cuba, las tropas colecticias de Donato Mármol, causándole dos mil bajas en una verdadera hecatombe que llenó de horror a todos los combatientes cubanos. En esa acción ni Máximo Gómez ni Mercado se encontraban a su lado.

La tea de Valmaceda iba reduciendo a cenizas toda la región mientras los convencionales de Guáimaro redactaban y probaban una Constitución Política.

Máximo Gómez se aferró entonces a la zona de Jiguaní, especialmente en Charco Redondo, donde se dedicó a moldear con energía implacable un ejército capaz de medirse con las fuerzas españolas. De Jiguaní era nativa la familia Toro Pelegrín, que dio a la causa de Cuba 6 hermanos que perecieron en los combates que sin descanso libraba Gómez. Una mujer de esta raza, Bernarda Toro y Pelegrín, belleza criolla de singular coraje y entereza moral, contrajo matrimonio con Máximo Gómez, en medio del estruendo de la guerra y el resplandor impresionante de los incendios.

Valmaseda, satisfecho de su obra exterminadora, publicó en el año 1870 una proclama para afirmar la pacificación del Oriente cubano. *“En las jurisdicciones de Holguín y de Guantánamo, reina una paz envidiable”*.



Máximo Gómez le respondió con una campana fulminante, atacando y destruyendo cafetales e ingenios, llevando por su parte la tea revolucionaria a los centros de producción de donde se nutrían las arcas del gobierno colonial.

En el Periódico *La Revolución*, que se editaba en Nueva York, se publicó que

“El estado de Oriente, donde se había apagado, bajo sus propias cenizas, las últimas llamas de la hoguera revolucionaria, al decir de los españoles, se levanta otra vez, viril y robustecida la voz de Máximo Gómez”.

El famoso asalto a La Socapa el día en que Valmaseda ordenó cantar un Tedeum por la pacificación lograda, y la posterior invasión de la zona de Guantánamo poderosamente defendida y donde redujo a cenizas poblaciones, ingenios y cafetales, llenó de gloria a Máximo Gómez, y a sus fuerzas, en las que figuraban soldados invencibles como Antonio y José Maceo, Flor Crombet, Enrique Collazo y otros.

Los detalles minuciosos de esta campaña son imposibles de seguirlos en esta ocasión. Pero sí es oportuno señalar, sin lugar a exageraciones, que la guerra de independencia de Cuba, es tal vez una epopeya militar que causa asombro en los que estudian su desarrollo en la década que inicia el 10 de octubre de 1868 y en las fulgurantes campañas del 95. El genio militar de Máximo Gómez le permitió ser el conductor de aquella guerra, y forjador de un ejército valeroso y disciplinado, con las mesnadas que el propio vaivén de la contienda arrojaba al campo de la insurrección inextinguible.

La condición de extranjero de Máximo Gómez, le causó de tiempo en tiempo amarguras que no mellaron su voluntad inquebrantable. Aquellos soldados que le siguieron electrizados por su don de mando, sufrieron en carne viva y en su alma de patriotas, las rudezas imperiosas del carácter de quel hombre extraordinario que no estaba moldeado para resistir la más ligera violación a sus órdenes. Cuantos estuvieron al alcance de su verbo ordenancista necesitaban muchas veces sobreponerse en aras del patriotismo, para no odiarlo. Con el fragor de la lucha



llegaron a amarlo. El rigor verdaderamente implacable de Máximo Gómez, sólo tenía un límite en los niños, los ancianos y las mujeres. Ejemplo de su férrea disciplina, fue el fusilamiento del general Roberto Bermúdez, héroe de la Revolución, desdoblado en carnicero o fiera sanguinaria, tanto con españoles como con cubanos.

Pero en su alma de soldado latía siempre una gran ternura. Su vida del hogar, el amor a sus hijos, su fervor por los héroes que le acompañaban, cuajaron en páginas admirables, surgidas de su pluma de autodidacta sobresaliente.

Gómez, además de imponer la disciplina más severa, sabía también atacarlas. Diferencias con el gobierno presidido por Carlos Manuel de Céspedes, provocaron su destitución del mando de la División de Cuba. El 8 de junio de 1872 entrega el mando al general Antonio Maceo, y se dirige a la sierra con 12 hombres de su escolta a quienes él califica de “*los Doce Apóstoles*”, en su lenguaje pintoresco. Tanto el general Masó como Calixto García le brindaron su apoyo en estas horas amargas de su vida.

Una dolorosa desgracia en las filas libertadoras, la muerte del Ballardo cubano Ignacio Agramonte, ocurrida en la acción de Jimaguayú propició su reconciliación con Céspedes.

Agramonte, una de las figuras más puras de esta contienda patriota, era el jefe insustituible de los camagüeyanos, flor de los guerreros libertadores.

Gómez, designado para sustituirlo, iba a entrar de lleno en las estupendas operaciones de las fuerzas de caballería, arma entonces de gran importancia y de difícil manejo, para quien no fuera verdaderamente un genio de la guerra.

El glorioso soldado dijo al asumir el mando de las huestes aguerridas de Agramonte, “*Este es un violín bien templado, que yo, hábil sabré tocar*”.

Como un torbellino, para despertar a todos esos hombres del estupor que le produjo la pérdida de su amado caudillo, Máximo Gómez se lanzó a una serie de operaciones sin ejemplo



en esa guerra implacable. Bajo sus ordenes, la caballería camagüeyana realizó hazañas que hicieron petrificar a las fuerzas españolas, destrozadas continuamente por las cargas al machete, sangriento y aterrador para cualquier soldado por valeroso que fuese.

Una de las acciones guerreras más importantes de esa campaña fue el combate de *Palo Seco* más bien ejecución en masa de una colonia española.

Este encuentro memorable, librado en una sabana larga y estrecha fue una hecatombe sin precedente.

El formidable encuentro se inició con la vanguardia camagüeyana, al mando de Baldomero Rodríguez. Cuando entró al escenario la caballería de Gómez, con los machetes en alto, en busca de los adversarios, se produce en 15 minutos una de las más feroces escenas de la liberación de los pueblos de América: 507 soldados, de la columna de Vilchez, cayeron para siempre. No hubo heridos porque la matanza fue al detalle.

Máximo Gómez, desdoblado en estrategia y político, comprendió perfectamente que la guerra limitada a Oriente y el Camagüey no afectaba vitalmente el poder español, concibió la idea de arrasar las fuentes de la economía colonial, y llevar el ardor de los combates a la tierra del Oriente cubano. La tea sería su mejor aliado. Y lo cumpliría.

Una serie de operaciones va señalando el desarrollo de los planes de Gómez, que en cierto modo había sufrido modificaciones por el espíritu localista de algunos generales. La mayor empresa de armas de ese año fue la batalla de *Las Guasimas de Machado*, que duró cinco días de sangrientos ataques a las sitiadas fuerzas del brigadier Armiñán.

Acontecimientos posteriores demoraron la empresa invasora, hasta que en los primeros días del año 1875, se puso en marcha el ejército cubano, sin el consentimiento del gobierno que encabezaba para esa fecha Salvador Cisneros Betancourt.

Cuba es una isla larga y estrecha, y en su cintura de avispa las fuerzas españolas habían construido la famosa Trocha de



Júcaro a Morón, llena de fortines, de alambradas, de fosos, y trampas, para establecer un aislamiento incontaminado, adonde no llegará el furor de la guerra.

La noche del 5 de enero se inició el paso de la Trocha, y al amanecer del día 6, la baja más importante de las tropas cubanas es el propio general Máximo Gómez, traspasada la garganta de un balazo disparado desde el fuerte *Catorce y medio*. Fue su primera herida de la guerra y cabalgaba sobre un caballo nombrado *Cinco* por los balazos recibidos en combates anteriores.

El acontecimiento, vividamente relatado por Ramón Roa, estremeció las filas cubanas. Dice Roa:

“Así, enronquecido, echando sangre a borbotones por la boca, imperativo manda a su corneta de ordenes tocar la Marcha de la Bandera”.

Cuatro o cinco días después estaba sobre el lomo de su caballo de guerra para convertir la región de Santa Clara *“En una cenefa roja”*.

Como un remolino, aquellas fuerzas aplastaron y acuchillaron guarniciones enteras, no obstante los veintidós batallones que lanzó el general Concha a los combates.

Durante 46 días las fuerzas cubanas realizaron proezas y prodigios bajo el mando de su valeroso comandante en jefe.

Sin embargo, los asuntos políticos no marcharon satisfactoriamente y la sublevación militar de Vicente García en *Las Lagunas de Varona*, produjo un colapso que inclinó a la marcha de la guerra por una pendiente desastrosa.

La necesidad de que Gómez acudiera en persona en auxilio del gobierno, provocó desastres militares que no pudieron ser superados más tarde.

El vía crucis de la Revolución, con asonadas y motines culminó con la paz del Zanjón, en febrero de 1878.

El general Antonio Maceo, héroe sin par y patriota abnegado, se mostró contrario a la cesación de las hostilidades,



y entonces se produce lo que se conoce en la historia de la independencia de Cuba como la Protesta de Baragüá.

Gómez abandonó a Cuba y se dirigió a la Isla de Jamaica, donde se reunió con su familia, pobre y envejecido sufrió allí lo indecible, pero su carácter hecho para las grandes desventuras, lo mantuvo en pie, con la dignidad de un héroe antiguo, aunque con él escribió más tarde “*sin patria, sin hogar, ni amigos*”.

Acosado por la maledicencia de algunos cubanos que allí vivían, Máximo Gómez escribió su famoso folleto “*El Convenio del Zanjón*”, que iluminó con claridad meridiana aquél acontecimiento memorable.

Escritor de ideas fáciles, pero elevadas, no descansará un momento su pluma. Su folleto “*El viejo Edúa, o mi último asistente*”, es un modelo de ternura y humanidad cálida y cordial.

Aquél hombre, acostumbrado a las feroces cargas al machete, se sumió en la soledad de un infortunio para transfigurarse en un ejemplar extraordinario de la especie humana.

La cultura rudimentaria que recibió en Baní de labios del cura Andrés Rozón, se había sublimado por el estudio asiduo de la historia, maestra de los grandes hombres, hasta convertirlo en un héroe de la pluma y de la espada.

Un estudioso de la vida de Máximo Gómez, un fervoroso cultor de su gloria inmarcesible, Joaquín Balaguer, escribió hace 25 años lo siguiente:

“Acaso fue Máximo Gómez el primer genio nacido en suelo dominicano: puede afirmarse sin vacilación alguna que la vida creó, para que este hombre naciera, ó un molde nuevo; un molde semejante a aquél en que de tarde en tarde son fundidas las naturalezas desmesuradas”.

Su vida itinerante lo llevó a Honduras, invitado por el presidente de la República, Marcos Aurelio Soto, arrastrado por nadie menos que aquél poeta, José Joaquín Palma, quien diez años antes, en los campos de Cuba, le había impuesto la insignia



de sargento. Ahora le traía la de general de división del Ejército Hondureño.

Largo sería el recuento de los hechos que jalonan la vida de Máximo Gómez hasta los albores de la nueva y decisiva contienda que encendería en una hoguera gigantesca la tierra cubana.

Lo encontraremos, pues, en Montecristi, dedicado a las duras faenas del campo por Laguna Salada, pero atento siempre a los latidos generosos del corazón del pueblo cubano, que se preparaba a un nuevo holocausto.

Un hombre generoso y extraordinario, ejemplo sobresaliente de talento, dignidad y valor, se acercó a él para requerirle que se incorporara de nuevo a los combates para dar remate feliz a la empresa de la libertad de Cuba. José Martí, poeta y orador portentoso, vida bullente de energías creadoras, llegó un día a Montecristi a soliviantar el ánimo del viejo guerrero.

Ambas grandezas se fundieron en un ideal común, cuya concreción excelsa es el *Manifiesto de Montecristi*, firmado por el Apóstol y el Generalísimo, en cuyas cláusulas enérgicas se plasma el ideario de la guerra que se iba a iniciar.

José Martí le había dicho, en carta memorable, cuando solicitó el concurso de su brazo y de su mente para dirigir la guerra, lo siguiente:

“Yo ofrezco a Ud., sin temor de negativa, este nuevo trabajo, hoy que no tengo más remuneración que brindarle que el placer de su sacrificio y la ingratitud probable de los hombres”.

Los tiempos grandes requieren grandes sacrificios. Y yo vengo confiado a pedir a Ud. que deje en manos de sus hijos nacientes y de su compañera abandonada la fortuna que le está levantando con rudo trabajo, para ayudar a Cuba a conquistar su libertad, con riesgo de la muerte; vengo a pedir que cambie el orgullo de su bienestar y la paz gloriosa de su descanso por



los azares de la Revolución, y la amargura de la vida consagrada al servicio de los hombres”.

Los planes estratégicos concebidos por Máximo Gómez, para organizar diversos desembarcos en Cuba, no iban a dar sus frutos sazonados, por diversos azares, y también por la profunda división del exilio cubano, no obstante los frenéticos esfuerzos de Martí para forjar la monolítica unidad de acción.

El fracaso del *Plan de Fernandina*, cuando tres barcos cargados de armas, con destino a Cuba fueron capturados por las autoridades americanas, estuvo a punto de hundir para siempre tantos sueños de gloria.

Preso de la desesperación más absoluta, volvió Martí a Montecristi, para estudiar con Gómez los acontecimientos.

El Grito de Bairé, 24 de febrero de 1895, fue una verdadera señal encendida en los horizontes de Cuba.

En la noche del 1.º de abril de 1895, abandonaron las playas de Montecristi, rumbo a Inagua, seis hombres, llenos de fe y patriotismo.

Eran José Martí, Máximo Gómez, Paquito Borrero, Ángel Guerra, César Salar y Marcos del Rosario, “*La mano de valientes*”, que dijo Martí.

Después de cruzar crudas peripericias y peligros, desembarcaron en Playitas, Isla de Cuba, el día 9 de abril a las once y media de la noche. Máximo Gómez se arrodilla y besa la tierra cubana.

Gómez, Martí y Maceo, que había desembarcado cinco días antes, se encontraron en el sitio de *La Mejorana*.

Después de largas conferencias acerca de la marcha de la guerra que se iniciaba, Gómez y Martí siguen su ruta hacia Jiguaní, y el 19 de mayo junto a *Boca de Dos Ríos*, tropiezan con la columna española de Jiménez de Sandoval, y en el encuentro infortunado muere como un héroe José Martí, vivo ejemplo de todas las grandezas humanas.



Pero la guerra había que continuarla. Regiones que como el Camagüey habían sido destruidas en la década heroica, condenaban a la Revolución. Pero él les llevaría la guerra, y si no la quieren, dice entonces, “*se la meterá a la fuerza como taco de escopeta*”.

Pero no fue necesario este sistema. Toda la zona se levanta en armas cuando siente el redoble de los cascos de su caballo. Aquellos indómitos guerreros le siguen en la famosa “*Campaña Circular*”.

Pero esta contienda iba a ser más dura y sangrienta que las anteriores, pues el ejército español contaba en ese tiempo con fusiles Máuser de repetición, artillería de campana de primera clase; las líneas férreas se habían extendido y los vapores facilitaban el transporte de tropas y abastecimientos.

Nuevamente ordenó el incendio y la destrucción de todo lo que pudiera servir al enemigo. Una verdadera consigna de tierra arrasada.

Es necesario advertir que en las guerras de independencia de la América del Sur, los refuerzos españoles no pasaron de treinta mil hombre.

En esta última campaña de Cuba, volcó España más de doscientos mil soldados, en un período de tres años, bajo el mando de sus mejores generales.

La situación geográfica de Cuba, era también un gran reto, porque era como combatir “*en una lengua de pájaro*”.

La operación más sensacional de la guerra, la “*Invasión de Occidente*”, ejecutaba por el contingente de Antonio Maceo, el lugarteniente general, que era símbolo de arrojo imperturbable.

Máximo Gómez blancó esta proeza militar, y protegió su éxito con una campaña de fuego y sangre en la provincia de La Habana.

Cuando se reunió con su glorioso compañero de armas, el general Antonio Maceo, antes de que éste emprendiera su marcha victoriosa hasta los últimos confines de Occidente,



Máximo Gómez dirigió una arenga a todas las fuerzas reunidas. Él les dijo:

“En estas filas que veo tan nutridas, grandes claros abrirá la muerte. ¡Soldados. No os espante la destrucción del país, no os extrañe la muerte en el campo de batalla!”

Ochenta mil hombre le cerraban el paso a las fuerzas de Gómez y Maceo, pero el avance se efectuó con precisión maravillosa, en medio de un océano de llamas.

Mientras Maceo llega hasta Mantua, Gómez atrae durante 43 días grandes fuerzas españolas. Allí terminó el gobierno del general Martínez Cámpora.

Valeriano Weyler, militar de la vieja escuela del terror, fue enviado entonces a dirigir la guerra. Las crueldades de este hombre superaron a las de Valmaseda.

Pero todo fue en vano. Ni la caída de Antonio Maceo, el *Titán de Bronce*, pudo cortar el aliento victorioso de esta guerra. Sobre el pecho de Maceo cayó también el hijo amado de Máximo Gómez, Francisco Gómez Toro, de 20 años, promesa tronchada en flor por el vendaval de la homérica contienda. Esto fue el 7 de diciembre de 1896, en la provincia de La Habana.

La muerte de su hijo estremeció las fibras sentimentales de Máximo Gómez.

Aquel hombre de acero, se recogió en el silencio de su campamento para sufrir la angustia de la desoladora noticia.

Hay una carta maravillosa de Máximo Gómez a María Cabrales, la viuda de Maceo, que residía en Costa Rica, dándole la noticia de la muerte de ambos. Panchito Gómez era ahijado de Maceo, bautizado en la Manigua en un rito casi pagano.

Máximo Gómez le dice así:

“Nuestra antigua amistad de suyo íntima, acaba de ser santificada por el vínculo doloroso de una común desgracia. Apenas si encuentro palabras con qué expresar a usted la amarga pena y la tristeza inmensa que embarga mi espíritu. El



General Maceo ha muerto gloriosamente sobre los campos de batalla, el día 7 del mes anterior, en San Pedro, provincia de La Habana... A esta pena se me une, allá en el fondo del alma, la pena cruelísima también de mi Pancho, caído junto al cadáver del heroico guerrero y sepultado con él, en una misma fosa, como si la providencia hubiera querido con este hecho conceder a mi desgracia el triste consuelo de ver unidos en la tumba dos seres cuyos nombres vivieron eternamente unidos en el fondo de mi corazón”.

“Usted que es mujer, usted que puede –sin sonrojarse ni sonrojar a nadie– entregarse a los inefables desbordes del dolor, llore, llore, María, por ambos, por usted y por mí, ya que a este viejo infeliz no le es dable el privilegio de desahogar sus tristezas íntimas desatándose en un reguero de llanto”.

La entrada de los Estados Unidos contra España precipitaba el final del sangriento drama.

El león ibero no pudo resistir la irrupción de las furzas estadounidenses en la contienda.

El 24 de febrero de 1899, entró Máximo Gómez a La Habana al frente de una brigada manbisa en medio de las mayores aclamaciones populares.

Un día, la Asamblea del Cerro, que era el poder deliberante en ese momento, pronuncia su deposición del mamdo supremo del Ejército Libertador por el engorroso problema de las gratificaciones militares.

Su respuesta fue bien sencilla, de carácter espartano. Dijo:

“No he venido a este pueblo, como un soldado mercenario; y por eso, desde que el poder opresor abandonó esta tierra y dejó libre el cubano, volví la espada a la vaina... Nada se me debe y me retiro contento y satisfecho por haber hecho cuanto he podido en beneficio de mis hermanos”.

No obstante ese incidente, Máximo Gómez fue una especie de oráculo en los grandes sucesos políticos de esos años.



Pero siempre se mantuvo alejado de las luchas partidistas que surgieron en Cuba con el mayor encono.

La obra de las armas había terminado. El gran soldado había comandado con tanta reciedumbre a millares de hombres, y los había guiado al exterminio y a la muerte en el vuelo prodigioso de las caballerías, cuando su curvo alfanje centelleaba bajo el castigo del sol, no quiso que su nombre fuera bandera de combate político.

En la hora de la paz, se creció como había crecido en la guerra. Tenía fe en los destinos de Cuba y en un mensaje de vísperas de su postrera visita a la República Dominicana, para pasar unos días en Baní, le dice a los cubanos:

“Donde quiera que plante mi tienda allí estará el dominicano amigo de los cubanos”.

El 17 de junio de 1905, rindió su última jornada el gran caudillo. Hoy nos encontramos de nuevo con él en su tierra natal *“carne del bronce”*, sobre un corcel de guerra como es necesario contemplarlo siempre.

El gobierno nacional, presidido por un escritor y estadista que se afana en la educación de su pueblo, rinde este homenaje a Máximo Gómez como un tributo a su gloria inmarcesible.

Aquí estamos, Generalísimo y Libertador, junto con el presidente de tu República Dominicana, los hijos de tu amado Valle de Peravia; los cubanos de todos los credos, hijos de tu espada, las fuerzas armadas de tu patria, herederas de tantas glorias militares; los hombres y mujeres de tu tierra; para rendirte todos, el emocionado tributo a tu grandeza humana, de héroe militar y prócer civil, de escritor y hombre de ideas nobles y generosas.

Bajo los soles dominicanos reverberará el bronce que te ha fijado para siempre a la admiración de tantas generaciones.



Salutación a Máximo Gómez, 1900 *

Eugenio Deschamps **

Guerrero:

La ilustre juventud de Santo Domingo de Guzmán; la hija legítima de la juventud inmortal a cuyo empuje brotó, llena de timbres, la nacionalidad dominicana; la que tiene, en la patria de Febrero un culto, la sabiduría, y una orientación, el patriotismo; la que, confundida con la inmensa multitud que te rodea, honra ruidosamente en tí, al par que las ejecutorias del titán, el egregio pensamiento de la independencia americana, pone en mis labios este mensaje, que es también amor de mi corazón y ferviente tributo de mi espíritu.

Guerrero:

La epopeya no había muerto. Había reclinado, cargada de lauros, la cabeza, y dormía sobre las gloriosas tumbas de

* Discurso de recepción hecho al arribar al puerto de Santo Domingo el generalísimo Máximo Gómez, el 18 de abril de 1900. Publicado originalmente en *Ecos Tribunicios*, y reproducido por Emilio Rodríguez Demorizi en *Discursos históricos y literarios. Contribución al estudio de la oratoria dominicana*. Ciudad Trujillo, Imprenta San Francisco, 1947, pp. 376-378 y posteriormente en Emilio Rodríguez Demorizi, *Papeles dominicanos de Máximo Gómez*, pp. 234-235.

** Eugenio Deschamps, de Santiago de los Caballeros, fue el más brillante periodista y el primero entre los oradores de su generación por su genialidad, patriotismo y combatividad frente a la tiranía de Ulises Heureaux. Su discurso de recepción a Máximo Gómez se hizo famoso en el país, así como su vertical postura nacionalista durante la Ocupación Militar Norteamericana de 1916-1924.



Bolívar y de Páez. La vía, empero, trazada por Miranda y San Martín, estaba ahí, cuajada de abismos; salpicada de cráteres, y cual la espada de la leyenda, era imposible tocarla a quien no sintiera en sí la titánica musculatura del león llanero, o no tuviera la pujanza del águila que fue, de cumbre en cumbre, tocando dianas gloriosas a lo largo de los Andes. De pronto soliviantáronse los pueblos, sonó el clarín y brilló el machete al sol. Eso que había despertado la epopeya, que salvó el mar, que saltó, rugiente y trágica a la faja de tierra en que se habían arremolinado las sombras en derrota, y encendiendo el volcán de las batallas, y haciendo surgir las abnegaciones estupendas, y resucitando, con grito formidable los heroísmos magníficos, y cruzando, a nado, con la espada entre los dientes, el horrible mar de sangre que entre ella y el triunfo arrojó, desesperada, la insensatez del error, traspuso el monte, llenó el valle, y cerró con el mágico buril de la victoria, el fulgurante ciclo heroico del continente libre!

¡Tú, oh paladín! eres la resurrección de la epopeya! ¡Ave, Hatuey! Al sentirse hollada por tí, se estremece de júbilo tu tierra. Acepta, héroe, sus viriles y ruidosos entusiasmos. Al saludarte, al festejarte, al glorificarte, orgulloso y altiva, el alma de la patria, saluda y festeja y glorifica en tí el hondo sentimiento del heroísmo y de la gloria; saluda y festeja y glorifica a Cuba. libre, al término de sus espantosas décadas sangrientas; saluda y festeja y glorifica la radiosa trinidad que ha de alzarse, triunfadora, en el rebelde piélagos caribe; saluda festeja y glorifica, por último, a América, arrojando, intrépida, la carga de sus épicos dolores y de sus nefandas servidumbres, y encarándose a los siglos, sin amos. libre, heroica, próspera, ubérrima, íntegra y gloriosa!



¡Adiós Libertador! •

Enrique Deschamps**

Aunque a la invitación dirigida por nuestro Director y su joven compañero don Enrique Deschamps no respondió, como debió responder, la juventud de la Capital, y ello indudablemente por las inconveniencias de la hora en que se efectuó aquel acto, resultado por todo extremo expresiva y simpática la manifestación de cariño y admiración con que despidió al ilustre dominicano Máximo Gómez al ausentarse de nuevo para La Habana.

Del local de la sociedad literaria *Amigos del País* partió el grupo de cincuenta o sesenta caballeros que se honraron en aquel acto a una de las más claras glorias de la República y a una de las más grandes glorias de América y del siglo. La comitiva se dirigió a la casa donde se hospedaba el esclarecido huésped, y pocos momentos después de llegar a la misma, se dirigió hacia el muelle, ocupando el sitio de honor el venerable dominicano.

* Palabras de despedida a Máximo Gómez pronunciadas por Enrique Deschamps al embarcarse en Santo Domingo para regresar a La Habana, el 18 de mayo de 1900. En Emilio Rodríguez Demorizi; *Papeles dominicanos de Máximo Gómez*, 1ª. ed., Ciudad Trujillo, Editora Montalvo, 1954, pp. 258-260 y en la reimpresión facsimilar hecha en Santo Domingo por Editora Corripio, 1985, pp. 258-260 (Fundación Rodríguez Demorizi, Vol. XXIII).

** Enrique Deschamps se desempeñaba como periodista, aunque no con el genio y fogoso nacionalismo de su hermano Eugenio. Residió por muchos años en España. Fue autor del libro informativo e ilustrado *La República Dominicana. Directorio y Guía General*, publicado en Santiago de los Caballeros 1907, reimpreso en facsímile dos veces por la Sociedad Dominicana de Bibliófilos, en 1974 y 2003.



Una vez en el muelle, y en el acto de embarcarse, descubriendo su augusta cabeza blanca, el heroico redentor de Cuba dirigió al pueblo un breve y elocuente discurso, interrumpido repetidas veces por hondas emociones, y al cual correspondió nuestro compañero don Enrique Deschamps, más o menos con la siguiente frase:

“¡Adiós, Libertador!

La generosa juventud que se estremece de noble orgullo al estrechar tu heroica mano, y que ama y admira en ti una de las glorias más puras y más grandes del suelo dominicano, anhela que arribe felizmente al puerto de su destino la nave que te conduce a la patria por tu gigantesco esfuerzo libertada; anhela que vuelvas pronto a prestarle los edificantes ejemplos de que son inagotable fuente los corazones como tu gran corazón y la experiencia como la elevada experiencia de tu venerable ancianidad; “anhela que no la olvides; anhela que vivan perpetuamente frescos y lozanos los inmarcesibles laureles que ciñeron a tu augusta frente tus gloriosos combates por la redención de un pueblo...

¡Adiós, Libertador!”

Al terminar el señor Deschamps, la noble figura del Libertador se confundió entre los brazos de la numerosa concurrencia que llenaba el muelle y luego partió entre los vítores del pueblo que le aclamaba con amorosas y entusiastas exclamaciones.



Máximo Gómez. De Montecristi a la gloria*

Juan Bosch**

Hoy es día 10 de octubre, aniversario del Grito de Yara, la acción con la cual comenzó la revolución liberadora de Cuba en el año 1868, y a nosotros nos ha parecido que un día como hoy era a propósito para dedicárselo a la memoria del más grande hombre que ha nacido en nuestra tierra.

Cuando ustedes entraban en este teatro vieron seguramente un afiche que en 24 ejemplares adorna la parte superior de la entrada, es decir del vestíbulo de este Conservatorio. Ese afiche reproduce exactamente la primera página de un periódico que se llamaba *Cuba Libre* y se editaba a miles de kilómetros de Cuba. La página que reproduce ese afiche fue la primera del número correspondiente al 23 de enero del año 1897. Se trata de este afiche que ustedes ven aquí. A la distancia que ustedes se encuentran no se dan cuenta de su tamaño, pero este afiche tiene el tamaño de una hoja de periódico como *El Caribe* o como el *Listín Diario*. Ningún dominicano ha tenido el honor de que su

* Conferencia pronunciada en el Conservatorio Nacional de Música de Santo Domingo, el 10 de octubre de 1976. Publicada en la revista *Política: Teoría y Acción* (órgano del Comité Central del Partido de la Liberación Dominicana), Año 7, No. 80, pp. 1-21. Santo Domingo, noviembre de 1986, reproducida en un opúsculo con el mismo título (que incluye otros trabajos sobre Máximo Gómez), por Editora Alfa & Omega, Santo Domingo, 1987, pp. 79-112.

** Brillante intelectual, cuentista, historiador y político. En el exilio antitrujillista fue de los fundadores del Partido Revolucionario Dominicano y en 1963 ascendió a la Presidencia de la República Dominicana, de la que fue derrocado por un golpe de Estado. Luego fundó el Partido de la Liberación Dominicana.



imagen apareciera en colores, en un periódico que se publicaba, como decíamos hace un momento, a miles de kilómetros de distancia del lugar donde este hombre estaba actuando.

En el año 1897, en el mes de enero, hacía ya un poco más de un año y 9 meses que Máximo Gómez se encontraba de nuevo en Cuba, país en el cual iba a desarrollar sus extraordinarias cualidades de guerrero, de hombre público, porque Cuba era un país altamente desarrollado en relación con la República Dominicana, y Máximo Gómez pudo desenvolver en Cuba todas las capacidades que tenía debido a que esas capacidades no encontraban obstáculo para desarrollarse en Cuba como los habría encontrado aquí. Aquí Máximo Gómez hubiera sido seguramente el jefe de una guerrilla de 17, de 20, de 25 hombres, pero en Cuba y en la guerra de la independencia cubana, Máximo Gómez pudo hacer todo aquello de que era capaz hasta llegar a conquistar el título muy merecido del más grande jefe guerrillero que ha dado la historia.

Un periódico inglés, *The London News*, lo llamó *El Napoleón de las Guerrillas*. Napoleón fue el más grande jefe militar de los tiempos modernos y fue también la imagen aborrecida por los ingleses durante todo el tiempo en que actuó como jefe militar de la Revolución Francesa, como jefe de la burguesía francesa, como gran guerrero que fue dominando uno tras otro a todos los ejércitos de Europa, y sin embargo, los ingleses le reconocieron a Napoleón su gran categoría y los ingleses bautizaron a Máximo Gómez con el nombre de *El Napoleón de las Guerrillas*.

Máximo Gómez había iniciado su carrera en Cuba al principio de la guerra de los Diez Años que es como se llama la primera de las guerras de independencia que hizo Cuba. En realidad, Cuba tuvo tres guerras de independencia, y esas tres fueron tres episodios de la guerra de liberación cubana. Como decíamos, Máximo Gómez inició su carrera en Cuba desde que comenzó el primero de los episodios. Fue a él a quien le tocó dar en la Venta del Pino la primera carga al machete de la



historia cubana. (Aquí se ha proyectado una película hecha en Cuba que se titula precisamente *La primera carga al machete*. El personaje de esa película es Máximo Gómez). Pero cuando Máximo Gómez logra desarrollar su personalidad a toda capacidad es en la última parte de la guerra liberadora, en la que se llama propiamente Guerra de Independencia, que comenzó el 24 de febrero de 1895 en Baire, un poblado de la provincia de Oriente.

Esa guerra fue organizada políticamente por el partido Revolucionario Cubano, fundado y dirigido por José Martí, y precisamente el día en que estallaba la revolución en Baire, llegaban a Monte Cristi, desde La Vega y desde Santiago, Máximo Gómez y José Martí, adonde habían ido en busca de armas para irse a Cuba a fin de iniciar la revolución, porque la organización que había montado Martí en Estados Unidos para enviar armas a Cuba había fracasado por la denuncia de un traidor que delató el llamado Plan de Fernandina a los diplomáticos españoles en Washington, y éstos, a su vez, lo denunciaron a las autoridades norteamericanas, y los barcos que estaban listos para salir con armas para Cuba fueron apresados por esas autoridades.

El 24 de febrero, cuando estallaba el llamado Grito de Baire, que fue en realidad el Grito de Viva Cuba Libre con que se iniciaba la última etapa de la revolución, llegaron a Monte Cristi Martí y Máximo Gómez con otros cubanos, y un mes después, el 25 de marzo, José Martí, quien como delegado del Partido Revolucionario Cubano, que él había fundado, autorizado por las seccionales de ese partido que había en varios países de América, había designado a Máximo Gómez Mayor General, Jefe del Ejército Libertador; además, escribió el Manifiesto de Monte Cristi que fue firmado por él como delegado del Partido Revolucionario Cubano y por Máximo Gómez como Jefe del Ejército Libertador.

Al comenzar el mes de abril, Martí y Gómez, acompañados por dos cubanos más y por un dominicano de Guerra, llamado



Marcos del Rosario, que fue durante toda la acción en Cuba el hombre que se mantuvo más cerca del General Gómez, hacen esfuerzos para embarcar y al fin logran irse y desembarcan en Playita, en la noche del 11 de abril de 1895. Playita es un lugar que quedaba cerca de donde 61 años después iban a desembarcar los actuales jefes del gobierno de Cuba. Fue en la costa sur de Cuba donde desembarcaron Martí y Gómez, en una noche muy tempestuosa, con la mar gruesa; y el 19 de mayo, es decir, un mes y 8 días después, caía José Martí en el combate de Dos Ríos, y lo que cayó no fue un hombre, lo que cayó fue un lucero.

En realidad, si no se tiene una conciencia muy clara de que este universo en el cual vivimos tiene millones de años y va a durar millones de años más, no se concibe que a la hora de la caída de Martí la Tierra no estallara. Esa noche, en una carta cuyo original nosotros leímos en Cuba de manos del hijo de la persona a quien fue dirigida, Máximo Gómez escribía más o menos estas palabras: *“Martí ha muerto y todo el campamento está de duelo, pero la revolución seguirá y Cuba será libre. Yo creo que la revolución de América se hubiera hecho aunque no hubieran existido ni Washington ni Bolívar”*.

Caído Martí, a quien Máximo Gómez, de acuerdo con Ángel de la Guardia, César Salas y Francisco Borrero, había designado unos días antes Mayor General del Ejército Libertador, el guerrero genial que creía que la revolución cubana se haría aun cuando ya no se contara con Martí, que creía que la revolución de América se hubiera hecho aunque no hubieran nacido ni Washington ni Bolívar, decide salir de la provincia de Oriente e internarse en la de Camagüey; penetra en Camagüey e inicia una campaña conocida en la historia de Cuba y en las academias militares donde se estudió y en la que todavía estudian las tácticas de Máximo Gómez, con el nombre de la Campaña Circular.

La Campaña Circular se caracterizó por la rapidez de los movimientos: por la forma como Máximo Gómez, usando la



caballería atacaba los puestos españoles; ataca uno en este punto e inmediatamente se lanza a atacar otro, y no en un punto dado más allá sino en un punto desviado hacia el oeste o hacia el este para girar de nuevo y salir avanzando sobre el punto que había atacado antes. El 14 de julio, en la Campaña Circular de Camagüey, muere el general Francisco Borrero, que fue, como dijimos, uno de los que hicieron el viaje de Monte Cristi a Cuba. Francisco Borrero murió en el ataque a La Altagracia, un nombre poco común fuera de Santo Domingo, porque la verdad es que el nombre de Altagracia, que nos viene de la Virgen de la Altagracia, es una invención dominicana. Encontramos ese nombre en Cuba una sola vez, y lo encontramos una vez en Venezuela en un sitio que se llama Altagracia de Oriteco, pero se explica que en Cuba y en Venezuela se haya puesto el nombre de La Altagracia a puntos de esos países debido a las emigraciones dominicanas que fueron a Cuba y fueron a Venezuela, especialmente en el siglo XVIII y a principios del siglo XIX.

El la provincia de Camagüey, en un punto muy cerca de la línea divisoria entre esa provincia y la de Las Villas, había una trocha hecha por las autoridades españolas, llamada la Trocha de Júcaro a Morón. Esa trocha había sido hecha desde la guerra de los Diez Años, y Máximo Gómez, que en esa guerra había sostenido la tesis de que para que la revolución cubana pudiera conquistar la libertad era necesario que entrara en Occidente (la región de Matanzas, La Habana y Pinar del Río se llamaba Occidente), cruzó la trocha de Júcaro a Morón y penetró en Occidente; llegó a Las Villas, pero no pudo tener éxito porque en la época de los Diez Años los jefes militares, que eran grandes propietarios y se habían ido a la guerra con sus esclavos a los cuales liberaron y con los campesinos de las tierras circunvecinas, no quisieron salir de sus territorios respectivos, y por esa razón Máximo Gómez no pudo pasar del centro de Las Villas, pero ya había cruzado esa Trocha de Júcaro a Morón.



En la guerra de los Diez Años la había cruzado dos veces, una para ir a Las Villas y otra para volver a Camagüey y a Oriente. Esa trocha tenía un fortín cada 800 metros, y entre fortín y fortín, hoyos, zanjas profundas, murallas, luces, que al principio de la guerra eran de carburo, pero que después eran eléctricas, y era sumamente difícil atravesar la Trocha porque si se cruzaba por el centro de dos fortines a 400 metros estaba uno y a 400 metros estaba otro. Había otra trocha que hizo el gobierno español en la última guerra, en la Guerra de Independencia; ésa fue la de Mariel a Majana, de la cual hablaremos después. Esa estaba en la Provincia de Vueltaabajo o Pinar del Río, que es la más occidental de Cuba.

Máximo Gómez cruzó en el año 1895 la trocha de Júcaro a Morón por quinta vez el día 30 de octubre de 1895, es decir el mismo año de su entrada en Cuba. En la vida de Máximo Gómez hay muchos episodios tiernos, conmovedores; por ejemplo, en el último cruce de la trocha, en la guerra grande, la de los Diez Años, cuando volvía hacia Camagüey llevaba consigo a su familia y llevaba a su hijo Panchito, el mayor de ellos, que era entonces muy pequeño, porque Panchito había nacido en plena guerra del lado de la Provincia de Las Villas, pero muy cerca de las trochas de Júcaro a Morón; había nacido en La Reforma, y un asistente de Máximo Gómez en aquella Guerra de los Diez Años, que se llamaba el Negro Eduá, que había sido esclavo, llevaba a Panchito al hombro cuando cruzaban la trocha.

El Negro Eduá se entusiasmó y en medio del cruce de la trocha gritó ¡Viva Cuba Libre! y disparó un tiro. los españoles respondieron disparando también y cuando Máximo Gómez le llamó la atención al Negro Eduá, le dijo que si no se daba cuenta que había expuesto a la muerte a su hijo Panchito, a lo que Eduá respondió diciendo: *“Pero yo no pude contenerme, general; yo no pude contenerme”*. Máximo Gómez no solamente comprendió eso, sino que muchos años después, estando en Santo Domingo, cuando se sentó a escribir cosas de esa Guerra



de los Diez Años, en que había participado de manera muy destacada, escribió un trabajo dedicado a su asistente el Negro Eduá; no escogió a uno de los héroes de la guerra de Cuba que fueron también grandes propietarios; escogió a ese antiguo esclavo llamado el Negro Eduá.

En un momento dado, también estando en Santo Domingo, al describir la Batalla de Palo Seco en la cual él y sus fuerzas destrozaron a un batallón español, terminó su descripción con estas palabras (y cito de memoria): *“Los ayes de los heridos, las quejas de los moribundos, las voces de mando, los relinchos de los caballos, los disparos de los fusiles; todo ese ruido debe encontrarse en algún lugar del espacio”*, y a esa altura del tiempo nadie soñaba siquiera con la existencia de las ondas hertzianas; nadie soñaba con la posibilidad de que el sonido se transmitiera de un sitio a otro a través de esas ondas.

Cuando salía de Monte Cristi hacia Cuba en la última guerra, en el momento en que se iban, era de noche, y su mujer Manana, es decir, doña Bernarda Toro de Gómez, cubana ella, le preguntó porque no besaba a Clemencia, la mayor de sus hijas, que estaba entonces muy pequeña, Máximo Gómez, que se iba a la guerra, y como dice él mismo en su Diario, a la guerra se va a morir; ese padre que no sabía si iba a ver de nuevo a su hija se volvió a la madre y le dijo: *“No la beso porque es un pecado perturbar el sueño de los niños”*.

Máximo Gómez cruzó la Trocha de Júcaro a Morón el 30 de octubre de 1895. Dos días después anotaba en su diario estas palabras: *“Santa Teresa, lugar de grandes recuerdos para mí”*. Santa Teresa era un potrero que estaba en la jurisdicción de La Reforma. Fue en La Reforma donde nació Panchito, su hijo mayor. La Reforma está muy vinculada a la historia de Máximo Gómez y muy vinculada a sus sentimientos como van a ver ustedes después. A La Reforma llegó en el año 1895 el día 19 de noviembre y el 24 se le unió en El Laurel Antonio Maceo, que venía de Los Mangos de Baraguá con una columna para llevar a cabo la histórica marcha de La Invasión, es decir la invasión de







la línea divisoria con Vuelta Abajo, y el día 7 de enero la columna invasora llegaba a Hoyo Colorado. Hoyo Colorado quedaba exactamente en la línea fronteriza entre la Provincia de La Habana y la Provincia Vueltabajo. Hasta allí, llevó Máximo Gómez a Antonio Maceo. Antonio Maceo siguió actuando en Pinar del Río; llegó hasta los Remates de Guane, es decir, hasta el extremo occidental de la Provincia de Vueltabajo, y Máximo Gómez se quedó operando en La Habana.

La Habana es una tierra llana, sin montañas. Ya en esa época estaba cruzada por ferrocarriles, telégrafos, carreteras. En esa provincia estuvo operando Máximo Gómez 45 días sin que fuera posible sacarlo de ahí, y en esos 45 días puso en ejecución una táctica militar, creación suya, que también fue estudiada en las academias militares de todos los países importantes, especialmente en los europeos, y todavía está siendo estudiado en academias militares de algunos países, especialmente en los del grupo socialista.

Esa campaña consistía en marchar paralelamente al enemigo; es decir, por donde iba el ejército español iba el ejército de Máximo Gómez a poca distancia de él, a cuatro o cinco kilómetros, hasta que llegaba a un punto en el cual hacía un gancho violento y se devolvía de manera que su marcha quedaba en forma de una “C”; se volvía para atacar inesperadamente a la columna española y de nuevo volvía a quedarse al lado de ella hasta que repetía otra vez el mismo tipo de ataque, y los generales españoles no fueron capaces de descifrar esa táctica que Máximo Gómez repitió de manera incesante durante toda su campaña en La Habana, en la cual incendió ingenios, incendió ferrocarriles, destruyó puentes, aplicó la Campaña de la Tea por todas partes y su nombre pasó a ser tan popular en el mundo entero como hasta ese momento no lo había sido ningún jefe guerrillero.

La guerra de liberación cubana fue una guerra que conmovió al mundo; tuvo en la opinión pública mundial el mismo efecto que la guerra de Viet Nam. Y debemos tomar nota



de estas cifras: Para combatir la revolución del año 1895 España reunió en Cuba 226 mil soldados y unos 40 generales. Cuando más tropas españolas tuvo España en la América del Sur fue en el año 1815 al enviar a Venezuela y Colombia al general Morillo con 11 mil hombres. En el año 1896, cuando Máximo Gómez estaba operando en La Habana, y operando de tal forma que el *Diario de la Marina*, el periódico oficial de España en Cuba, dijo que Máximo Gómez estaba golpeando con el puño de su machete en las puertas de La Habana, España tenía buques de guerra acorazados en un país y en una región donde la distancia entre mar y mar era muy pequeña; por ejemplo, la distancia de La Habana o Batabaño, que queda en la costa sur, es de 50 kilómetros. España podía mover sus fuerzas con barcos de guerra desde La Habana hasta Batabaño fácilmente, además las armas que se usaban eran de repetición, muy superiores, infinitamente superiores a las armas de 1815 y 1816; la artillería que usaba no era de cañones a los que había de meterles las balas por la boca.

Máximo Gómez y Maceo se enfrentaron en Pinar del Río con esos 226 mil hombres de tropas y además con unos 60 mil más entre guerrilleros y voluntarios (guerrilleros eran en Cuba los cubanos partidarios de España y voluntarios eran los españoles generalmente canarios que formaban batallones para ir a combatir voluntariamente). Así pues, España tenía en Cuba más de 300 mil hombres bajo las armas. Contra toda esa fuerza combatieron los cubanos bajo la jefatura de Máximo Gómez.

Después de haber hecho en La Habana lo que hizo y haber levantado como levantó un entusiasmo mundial de tal manera que su nombre y también el de Maceo eran pronunciados en todas partes del mundo con respeto y consideración, Máximo Gómez decidió volver a Las Villas porque tuvo noticias de que allí había una situación un poco desordenada, y el 1° de mayo acampaba en La Reforma. En La Reforma había nacido su hijo Panchito a quien él había dejado en Monte Cristi pidiéndole que cuidara de su madre y le había pedido que se encargara de







“Algunos de mis compañeros abrigan la esperanza de que pueda ser falsa la noticia, pero yo siento la verdad de ella en la tristeza de mi corazón”.

Y nosotros decimos que esas palabras deben haber sido acompañadas con lágrimas porque el jefe de la escolta del General, el entonces teniente coronel Bernabé Boza, que terminaría la guerra con rango de general, había hablado con Gómez antes de que éste las escribiera y lo cuenta en su *Diario de la Guerra*, en los términos siguientes:

“El día 14 de diciembre, acampado el Cuartel General del Ejército, ya en marcha para Occidente, en San Faustino, como a las 11 de la noche me despertó un ayudante diciéndome que el General en Jefe quería hablarme de algo grave. Corrí a su tienda, y al verme, sin decirme una palabra, con mano temblorosa me extendió un papel y me dijo: Lea eso. Era una comunicación del comandante Melchor Mola remitiendo un periódico de Ciego de Avila el cual decía que el comandante Cirujeda, con fuerzas de San Quintín (San Quintín era un batallón muy famoso del ejército español), en un lugar llamado San Pedro, cerca de Punta Brava, en la Provincia de La Habana, había dispersado una partida insurrecta y dado muerte a Antonio Maceo y su ayudante Francisco Gómez”.

Ahora habla Bernabé Boza:

“¿Cuántas veces lo han matado a Ud. los españoles, mi general? Muchísimas. ¿Y al general Maceo? Lo mismo. Pues bien, yo creo que eso no es más que una parada contra un golpe que debe haber anonadado a Weyler. Maceo ha cruzado la trocha infranqueable cumpliendo las órdenes de Ud. y pronto los verá Ud. a él y a Panchito”.

Esa Trocha era la de Mariel a Majana, hecha cerca del puerto de Mariel. Por ahí decían los españoles que no podría pasar nadie, pero Maceo pasó la trocha y con él pasó Panchito y la pasaron precisamente por el puerto de Mariel de noche; y pasaron la trocha porque Máximo Gómez le había dado órdenes



a Antonio Maceo de que fuera a reunirse con él en Las Villas para entregarle el mando.

¿Por qué quería Máximo Gómez entregarle el mando a Antonio Maceo? Luego lo diré.

Máximo Gómez le contestó a Bernabé Boza así:

“Es una esperanza, pero si el corazón de un amigo puede engañarse, el de un padre es difícil que se equivoque, y el mío me dice que la noticia es cierta. Maceo, mi compañero, y mi hijo Panchito”.

A esas palabras suma Boza las siguientes: *“Y entró en su tienda llorando, el noble y gran anciano”.*

Ahora vamos a repetir que Maceo había cruzado la Trocha de Mariel a Majana por la misma boca de la bahía de Mariel en la noche del 4 al 5 de diciembre. Dejaba atrás sus fuerzas pues sólo le acompañaban dos generales, tres coroneles, uno de ellos su médico, dos tenientes coroneles, cuatro capitanes de los cuales uno era el hijo de Máximo Gómez, y un teniente, y dejaba atrás también a 25 mil soldados españoles que bajo el mando directo de Weyler trataron de aniquilar por todos los medios a las tropas de Maceo.

En diciembre 26 del año 1896, es decir, 19 días después de la muerte de Maceo y de Panchito, el general Máximo Gómez cruzaba por séptima vez la Trocha entre Morón y El Estero y el 28 llegó a Santa Teresa. Iba a comenzar la Campaña de La Reforma. Estaba en Santa Teresa el 27 de enero, exactamente el día en que la estampa suya salía en un periódico de Buenos Aires. Máximo Gómez marchaba hacia Occidente, hacia Las Villas, para reunirse allí con Maceo, a quien él había citado porque había resuelto entregarle el mando de las tropas tal como ordenaba la Constitución revolucionaria cubana que se hiciera, pues el Lugarteniente General, que era el segundo en mando, debía ser el sucesor del General en Jefe; en ese caso el Lugarteniente General era Maceo y el General en Jefe Máximo Gómez, y Máximo Gómez había resuelto entregarle el mando a Maceo porque había sucedido algo de que él no se había dado







En esos tres días Máximo Gómez maduró el plan de la Campaña de La Reforma. Y decimos que maduró ese plan porque lo creó utilizando varios métodos de lucha en la guerra que había ido creando de manera ocasional, un día y otro día, desde la guerra de los Diez Años y en la Guerra de Independencia, y todos esos métodos de lucha aislados los puso en acción en La Reforma, y puso en acción no solamente esos métodos de lucha sino también a la naturaleza cubana. Máximo Gómez se anticipó a los admirables jefes de la guerra de Viet Nam utilizando a la naturaleza cubana como si fueran sus soldados. Por cierto, lo hacía tan conscientemente que a un corresponsal norteamericano que le interrogó un día y le preguntó cuáles eran sus mejores generales, le contestó “*que junio, julio y agosto*”; otros historiadores dicen que él dijo “*julio, agosto y septiembre*”, es decir, los meses de más lluvias. Pero no se trató solamente de utilizar la lluvia para combatir a los soldados españoles.

En Cuba había fiebre amarilla (fue precisamente un médico cubano quien descubrió, ya durante el final de esa guerra, que la fiebre amarilla que atacaba a los españoles cuando llegaban a Cuba les era inoculada por la picada de una variedad de mosquito que era el transmisor de ese mal, que no atacaba a los cubanos porque los cubanos nacían inmunizados debido a que la cubana que tenía un hijo había sido picada tantas veces por ese mosquito que había creado anticuerpos en su organismo y los transmitía a sus hijos.

Un médico cubano, el doctor Finlay, fue quien descubrió que el agente que transmitía esa enfermedad, el vector como les llaman los médicos, era un mosquito, pero no cualquier mosquito, sino un tipo específico de mosquito que se llama anofeles (*Aedes aegypti*). El hecho de que un médico cubano lograra descubrir eso demuestra lo avanzada y lo desarrollada que estaba Cuba. En los Estados Unidos, por ejemplo, había también fiebre amarilla. En New Orleans moría mucha gente de



fiebre amarilla y los médicos norteamericanos no pudieron descubrir la causa de esa enfermedad.

Máximo Gómez, decíamos, puso a combatir a la naturaleza cubana. Los cubanos les llaman plagueros a los sitios donde hay plagas, es decir, mosquitos, jejenes, mimes, y naturalmente esas plagas se dan especialmente donde hay agua podrida, agua encharcada. Máximo Gómez conocía muy bien La Reforma y todos sus alrededores; ahí había nacido su hijo Panchito, ahí había él acampado muchas veces en la Guerra de los Diez Años y en esa última guerra. Máximo Gómez decía: *“Yo sé en Cuba dónde el jején pone el huevo”*, y era verdad. El sabía donde estaba cada plaguero de La Reforma. La Reforma era un sitio que no tenía más de 60 kilómetros cuadrados. Máximo Gómez se sabía La Reforma de memoria, hasta durmiendo la conocía. En La Reforma estuvo él 20 meses combatiendo contra el ejército de Weyler. Cerca de La Reforma estaba la Trocha de Júcaro a Morón y en la Trocha de Júcaro a Morón había 10 mil soldados españoles. Tenía razón Máximo Gómez cuando dijo: *“Ahí tengo yo prisioneros a 10 mil soldados españoles”*.

El plan estratégico de Gómez fue atraer a La Reforma a las mejores fuerzas españolas, porque haciendo eso, las guerrillas cubanas que combatían en Las Villas, La Habana, Pinar del Río, Camagüey, Oriente, estarían libres de ataques españoles, y mientras tanto, él utilizaba a la naturaleza cubana para destruir a esos ejércitos españoles; la utilizaba en varias formas. En primer lugar, donde quiera que había un pedregal, un pequeño monte, un obstáculo, una vuelta de camino, Máximo Gómez apostaba 3, 4, 5 hombres para que tirotaran a las fuerzas enemigas que llegaran por esos caminos. Decía él que esos ataques por sorpresa hechos por personas que estuvieran protegidas por piedras, árboles o alteraciones en el terreno favorecían siempre a los que estaban esperando, porque los que marchaban de frente no esperaban ataque. Tan pronto atacaban, los cubanos debían salir huyendo dejando rastro para que cuando las tropas españolas se reorganizaran, los persiguieran







y al ir yo pocos recursos puedo llevarles en comparación con los que van a disponer los españoles para perseguirnos; en cambio si me quedo aquí obligo a Weyler a venir a buscarme, y como tiene mucha gente en trochas, líneas militares que torpemente sostiene y no se atreve a abandonar, tendrá que sacar soldados de Pinar del Río, Habana, Matanzas y Sagua para perseguirme. De este modo nuestras fuerzas de esos territorios ser reharán y tendrán respiro habiéndoles yo ayudado a ellos sin buscar golpes de efecto inútiles”.

Dice Freire de Andrade:

“No me atrevía a discutirle lo que me pareció absurdo, pero Máximo Gómez, con intuición admirable, había adivinado el porvenir y antes del mes teníamos a 40 mil españoles operando en fortísimas columnas haciendo combinaciones pueriles para combatir al General que durante más de un año se burló a mansalva de sus enemigos y llegó con sus fuerzas casi intactas hasta el final de la campaña”.

Al combate de Juan Criollo se refiere Máximo Gómez en su *Diario* cuando dice:

“1º de febrero. Dos columnas, una procedente de la Trocha de Júcaro y otra de Sancti-Spiritus, se presentan a levantar el sitio (de Juan Criollo). La Primera (es decir, la columna que salía de la Trocha de Júcaro a Morón) la hemos batido desde La Reforma, Juan Criollo hasta Arroyo Blanco. La segunda, desde Taguasco”.

El día 15 de febrero, haciendo notas de las luchas con las gentes del gobierno revolucionario, dice:

“Como yo también soy actor en esta grande y hermosa tragedia, que el pueblo cubano representa en medio de la América, para conquistar sus derechos, me abstengo de formar juicios sobre la conducta de los demás, cuando la mía debe ser, como la de todos, juzgada por el severo Tribunal de la Opinión”.



El día 27 de febrero escribe:

“En La Reforma, Sancti-Spíritus, en el lugar mismo en donde nació mi hijo amado, mi Francisco, escribo estas líneas. ¡Un Machetazo! (aquí Máximo Gómez se refiere al hecho de que su hijo Pachito estaba todavía vivo sobre el cadáver de Maceo, herido, pero vivo cuando se acercó el práctico de las fuerzas españolas y lo remató de un machetazo). Sí, ese golpe tajante, sobre el cadáver de aquel niño valeroso, tendido sobre el campo de Punta Brava, no lo olvidaré yo nunca. Ese destrozo infame, esa mutilación del cadáver de aquel héroe, tendido en los brazos del otro héroe muerto también, no lo puedo yo olvidar nunca. Esa profanación sangrienta con aquellos restos que merecían respeto, no la puedo yo perdonar jamás. Ante el cuadro que representaban aquellos dos hombres muertos, más bien debieron sentirse inclinados a descubrirse generosos, como rasgo de valentía, que a saciar su saña y encono contra el Cubano”.

Y Máximo Gómez tenía toda su moral para escribir esto, porque él no consintió nunca que fuera, no ya muerto, sino ni siquiera insultado un español prisionero o herido; es más, en esa misma campaña, poco antes, estando en Camagüey, cogió los heridos españoles de uno de los combates que dio en Camagüey y los envió a un lugar a donde debería mandar a recogerlos el jefe de las fuerzas españolas.

Ese mismo día 27 sigue escribiendo y dice:

“No me pesa, no haber sido en esta guerra siempre clemente con los españoles que han caído en nuestro poder, y así seguiré siéndolo pues yo no puedo imitar a los asesinos de nuestros hijos. Pero siento en mi pecho palpitar un sentimiento de venganza, no por la muerte de mi hijo, pues a la guerra se viene a morir, sino por la mutilación, por la profanación de su cadáver. Cortar una rosa no es tan malo; deshojarla con desprecio, es lo amargo”.

Y al día siguiente dice:



“Me encuentro en La Reforma y ayer tarde fui a visitar el lugar donde nació mi hijo Panchito. Allí lo que se vé ya es un monte. La naturaleza ha borrado las señales de su cuna, cubriendo aquel lugar con árboles nuevos que van creciendo de un modo prodigioso. Sólo hay allí, como señal evidente del rancho donde nació Panchito, dos o tres matas de mango. No quise tocar nada y todo quedó respetado y tranquilo en aquel lugar solitario, en cuyas cercanías el vecino más cercano es el fuerte español del Río Grande”.

Pensando de pronto en su lucha con el gobierno cubano, a pesar de que esa lucha no podía darse en La Reforma porque en La Reforma no había nada que destruir; ahí no había un ingenio, un ferrocarril, un puerto, una casa de comercio, un corral de ganado: ahí lo único que se hacía era luchar contra el ejército español, pero él pensaba constantemente en esa lucha con el gobierno revolucionario y de pronto, el día 17 de marzo escribe estas palabras:

“Nadie es capaz de apreciar el trabajo y fatiga que cuesta enseñar a los hombres a ser libres”.

El día 10 de mayo escribía:

“Víspera del natalicio de mi hijo Francisco”; y en el mes de julio decía: “La falta de salud en sus soldados y de dinero en sus cajas me hacen ver, en no lejano plazo; en el general Weyler a un General fracasado”; y decía también: “El mejor soldado que tengo yo aquí para derrotar a España es el General Weyler”.

Al final de agosto escribe este pensamiento:

“Toda obra que los hombres del gobierno hacen en la soledad del gabinete, sin compenetrarse con las aspiraciones de la opinión pública es una obra muerta”.

El 17 de diciembre, aniversario de la muerte de Panchito y de Maceo:



“Este es un día tristísimo para mí. Cumpleaños de la muerte de mi hijo Panchito en Punta Brava”. (Insiste en decir siempre Punta Brava, porque le torturaba el recuerdo de Panchito.

El 24 de febrero escribe:

“Se cumplen hoy tres años del alzamiento en Oriente capitaneado por los Generales Bartolomé Masó y Rabi. Tres años de sangrienta guerra y duras privaciones. Mi desembarco a esta tierra por la región oriental de Baracoa lo verifiqué el 11 de Abril a las 11 de la noche, y desde aquel momento no he tenido un minuto de reposo. He vivido 34 meses encima del caballo, mi sueño por la noche se reduce a cuatro o cinco horas y las más de las veces a menos. Mi alimentación, a la misma cosa todos los días, carnes sin condimentos y viandas cuando se encuentran (viandas les llaman los cubanos a los víveres). Hace tres días que acompaño la carne con miel de abejas. Siento mi pobre cuerpo cansado de la fatiga y hace muchos días, con el pretexto del frío, mi cama es el duro suelo, suavizado con pajas del potrero donde pastan los ganados. La hamaca no me es ya cómoda como me era antes y es que la Tierra quizás me llama a su seno. Pero eso, sin duda, no siento en mi corazón el tormento, sino de una ambición, la de ayudar a concluir pronto esta obra de redención y retirarme a descansar, lejos si es posible, del bullicio de los hombres; para no ser más víctima de sus veleidades, pues aquí mismo, en el puesto que ocupó, cuento con un gran número de desafectos entre esos que me dan la categoría y el puesto elevado. Blanco seguro para los tiradores”.

En Abril de 1898 escribe:

“Si interrogamos a la historia para saber qué guerra ha ganado España en América, encontramos que ninguna, y eso que no se puede poner en duda el valor de sus soldados. Pero es que sobre España pesa la inmensa responsabilidad de dos crímenes horrendos; la extinción de una raza y la esclavitud de



otra. El esplendor y la gran riqueza de España ha sido amasada con muchas lágrimas, mucha sangre y mucho dolor americano. El alma de América le debe todas sus congojas, y no contenta con estos y en su insaciable codicia cruzó los mares y se fue al África a comprar esclavos, cuyas espaldas desgarran con el látigo que derrama sangre que convierte en oro, para sostener sus orgías, sin cuidarse de que, las horas de reparación y de liquidaciones siempre han de llegar. Y sin duda pueden estar próximos, porque el espíritu de los antiguos héroes, sus víctimas, y de los modernos; Hatuey, Caonabo, Guatimozín, Céspedes, Martí, Agramante, los Maceo... se ciernen sobre la infeliz Cuba que lucha por su libertad, con fé profunda en la justicia de su causa y en el valor de sus hijos fia su triunfo”.

El día 6 de mayo escribe:

“No he venido aquí a defender y hacer política, y solamente a hacer la guerra para defender principios; y una vez que estos los considere salvados, y en camino de firmarse la paz por la interviniendo de fuerzas extrañas (es decir, ya estaban interviniendo los americanos en la guerra hispano-cubana), mi misión está terminada y para quedar más alto debo retirarme. Para la paz mis servicios no son necesarios a Cuba, como no lo serán tampoco los de muchos Generales cubanos. Otros elementos intelectuales son los llamados a administrar inmediatamente los intereses del país. Esto es lo sensato que cabe pensar y esperar que suceda”.

El 13 de junio dice:

“Hasta el día 13, ocupo a Nauyú. La expedición no asoma; nos estamos manteniendo con frutas que afortunadamente encontramos por estos contornos”.

El 16 escribe:

“No tenemos qué comer, nos estamos sosteniendo con magos, apenas maduros”.

El día 19 de julio anota en su *Diario* lo siguiente:



“En la toma del Jíbaro se ha cometido lamentable desacato el jefe Thompson (o Johnson) de la Sección de Americanos”. (Fue una acción de un pequeño número de soldados norteamericanos que ya estaban en guerra en Cuba contra los españoles, que se unieron a las tropas de Máximo Gómez), y dice él que habían cometido un lamentable desacato: “desobedeciendo las órdenes del general José Miguel Gómez y ultrajado nuestra bandera sin respeto a nada ni a nadir. Debo, en vista de tan incorrecta conducta, tomar un procedimiento serio contra el o los infractores de nuestras leyes”.

El día 23 se procedió por medio de una Junta de Guerra a conocer sobre el desacato cometido por los americanos en la toma del Jíbaro; el General Gómez da el nombre de los oficiales que la formaron y termina diciendo:

“Ha sido, según el expediente instruido, un acto tan incivil el que han cometido esos oficiales americanos, que casi ha rayado en salvajismo. Sin duda su ignorancia es tan crasa que no les ha permitido conocer a la luz de nuestra propia historia las consideraciones y el respeto que merecemos, no solamente de los que se honran con ser amigos de nuestra causa, sino hasta de nuestros propios enemigos. Profanar la enseña noble de este pueblo heroico, faltar al respeto de uno de nuestros Generales y despreciar nuestras leyes, eso, después de los españoles, sólo se le ocurre a un americano borracho y brutal”.

Y luego, refiriéndose a que el día 27 el General José Miguel Gómez, que fue el jefe de la Batalla del Jíbaro, devolvió a sus filas (a las filas españolas) a trescientos prisioneros con algunos pertrechos de guerra, cosa que no se puede hacer y no se hace en ninguna guerra, escribe esta frase:

“El General José Miguel Gómez se bajó demasiado para recoger el laurel. Hay que recogerlo siempre desde la altura de nuestro caballo de batalla”.

Ese año de 1898, el *Diario* de Máximo Gómez termina con esta frase:



“Nochebuena, la he pasado tristísimo pues me ha llegado la noticia de la muerte de mi querido primero Francisco Gregorio Billini. Hemos perdido, los dominicanos, un hombre bueno: de alma grande y de espíritu ilustrado”.

Y al fin, su *Diario de Guerra* termina en enero de 1899 con estas palabras:

“La actitud del Gobierno Americano con el heroico Pueblo Cubano, en estos momentos históricos, no revela a mi juicio más que un gran negocio, aparte de los peligros que para el País envuelve la situación que mortifica el espíritu público y hace más difícil la organización en todos sus ramos; que debe dar, desde un principio, consistencia al establecimiento de la futura República; cuando todo fuera obra completamente suya, de todos los habitantes de la isla, sin distinción de nacionalidades.

(...) De todas esas consideraciones se me antoja creer que no puede haber en Cuba verdadera paz moral, que es la que necesitan los pueblos para su dicha y ventura; mientras dure el Gobierno transitorio, impuesto por la fuerza dimanante de un Poder extranjero (es decir, el gobierno militar norteamericano que fue el que quedó en Cuba después de firmar la paz y de retiradas las fuerzas españolas) y por tanto ilegítimo, e incompatible con los principios que el País entero ha venido sustentando tanto tiempo y en defensa de los cuales se ha sacrificado la mitad de sus hijos y desaparecido todas sus riquezas”.

Hablando de los españoles dice:

“Triste se han ido ellos y tristes hemos quedado nosotros; porque un poder extranjero los ha sustituido. Yo soñaba con la Paz con España, yo esperaba despedir con respeto a los valientes soldados españoles, con los cuales nos encontramos siempre frente a frente en los campos de batalla; pero la palabra, Paz y Libertad, no debía inspirar más que amor y



fraternidad, en la mañana de la concordia entre los encarnizados combatientes de la víspera. Pero los Americanos han amargado con su tutela impuesta por la fuerza, la alegría de los cubanos vencedores; y no supieron endulzar la pena de los vencidos.

La situación, pues, que se le ha creado a este Pueblo; de miseria material y de apegamiento, por estar cohibido en todos sus actos de soberanía, es cada día más aflictiva, y el día que termine tan extraña situación, es posible que no dejen los americanos aquí ni un adarme de simpatía”.

Hemos querido leer estos párrafos del *Diario* de Máximo Gómez para que ustedes se den cuenta de que el jefe del Ejército Libertador de Cuba, el último de los grandes libertadores de América; el último en el tiempo, pero no en la categoría, no era un general machetero; era un hombre que sabía pensar, que sabía expresarse y que sabía ver el porvenir desde las nieblas del presente. Ni antes ni después ha nacido en esta tierra un hombre de la estatura de Máximo Gómez. Sin embargo, la imagen de Máximo Gómez se ha mantenido oculta a los ojos del pueblo dominicano; no se le ha dicho nunca al pueblo dominicano la verdad sobre Máximo Gómez. Está muerto desde hace 70 años y se le teme en su tierra.

Se le teme porque fue un hombre que luchó por principios; no por posiciones. La Constitución que se escribió después que terminó la guerra de independencia de Cuba tenía un artículo especialmente redactado para que él pudiera ser el primer presidente de la República, pero él dijo que no podía ser el presidente de la República; que él no había ido a Cuba a gobernar a los cubanos, que él era un extranjero que había ido a Cuba a pelear por su libertad, ni siquiera la libertad de los cubanos, sino por la libertad de todos los hombres de la tierra.

Hace 108 años que en esta fecha comenzó la guerra de liberación cubana y hemos querido aprovechar esa circunstancia para iniciar la tarea de reivindicar a Máximo



Gómez del olvido en que se le ha tenido en esta tierra. Se le ha puesto el nombre de ese hombre extraordinario a una avenida, y se lo puso Trujillo; se le ha hecho una estatua que no es una estatua de Máximo Gómez; es una estatua vacía, hueca, en la que se le tapa el rostro con el sombrero porque el escultor, que no supo quién era Máximo Gómez, era incapaz de reflejar en el rostro del héroe toda el alma de aquel gran hombre. Se le ha hecho una estatua no para honrarlo a él sino para honrarse los que la pusieron ahí. Nosotros tenemos una función penosa en nuestro país, que es levantar la sábana para que se vea lo que hay en el fondo del cuartucho. Esta noche hemos hecho el levantamiento de la sábana para que se vea en el fondo de la historia dominicana la figura de Máximo Gómez, banilejo de nacimiento y grande en América que salió un día de Monte Cristi para ir a la gloria.



La imposible desintegración de un libertador. Respuesta a dos calumnias históricas*

Francisco A. Henríquez Vásquez**

Tuvo razón el distinguido periodista José Rafael Sosa, cuando al final de su artículo “Máximo Gómez Integral”, publicado el pasado 22 de diciembre en *El Nacional de ¡Ahora!* estampó este concepto consciente o inconsciente, según el grado de conocimiento que tenga de la historia de Cuba: “Habrá que esperar respuestas”.

Y efectivamente, por lo menos mi respuesta, le va a llegar larga y tendida, contundente y definitiva, no dirigida precisamente a él, sino a los autores que recoge en el trabajo que estoy respondiendo.

Pero antes de entrar en materia, haré varias observaciones dirigidas en gran parte a obtener de José Rafael Sosa y de los numerosos lectores de *El Nacional de ¡Ahora!* una mejor comprensión de mis puntos de vista sobre el tema y la naturaleza de mi respuesta.

-
- * Este trabajo fue una respuesta que dio Francisco A. Henríquez Vásquez a un artículo del periodista José Rafael Sosa, titulado “Máximo Gómez Integral”, publicado en el vespertino *El Nacional de ¡Ahora!*, p. 30-A-1, del 22 de diciembre de 1985, porque consideró que incurrió en graves calumnias contra el Generalísimo. Dicha respuesta fue publicada consecutivamente en tres partes en el mismo diario los días 17, 18 y 19 de enero de 1986, en las páginas 14, 18 y 14, respectivamente.
 - * Historiador y profesor meritisimo de la Escuela de Historia y Antropología de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, autor de textos universitarios y miembro de número de la Academia Dominicana de la Historia.



Soy devoto y rindo culto a la figura histórica de Máximo Gómez, casi con la misma intensidad con que venero la de Juan Pablo Duarte, porque considero que de los varones nacidos en esta tierra, fueron ellos los que alcanzaron las más altas instancias de perfección humana.

A ambos, aunque si no por idénticos motivos por parecidas causas, los abatió la común desgracia de tener que vivir largos años lejos de su patria amada.

Ambos fueron clavados en la cruz y marcados por el INRI infamante, no por los enemigos de la libertad, sino por aquellos a quienes dieron la libertad.

Ambos, ante sus detractores, se yerguen impasibles, dispuestos a los mayores sacrificios, pero sin ceder un ápice de los principios que juraron defender ante el pueblo soberano.

Duarte, cuando llega a Saint-Thomas, después de ser declarado traidor y expulsado a Europa, escribe:

“Me encontré rodeado de consejeros. Todos pensaban en sus intereses; ninguno en los de la Patria. Mi negativa me atrajo muchas malas voluntades de las que más tarde sufrí las consecuencias”.

Después, cuando los verdaderos traidores celebran el primer aniversario de la fundación de la República, fusilando a María Trinidad Sánchez y a sus compañeros de martirio, llegó a la dolorosa conclusión de que, por lo menos él, no podía convalidar el crimen, aceptando una amnistía de un Gobierno colocado fuera de la ley, y toma la más heroica y dolorosa de las decisiones: el extrañamiento perpetuo de la patria.

Gómez, cuando los asambleístas del Cerro, ante su negativa de apoyar el empréstito leonino de Cohén, lo destituyen del cargo de Jefe del Ejército Libertador, amenazando fusilarle o expulsarle por extranjero indeseable, escribe su “Manifiesto al País y al Ejército”, donde entre otras cosas dice:

“Extranjero como soy, no he venido a este pueblo ayudándolo a defender su causa de justicia, como un soldado mercenario; y, por eso, desde que el poder opresor abandonó



esta tierra y dejó libre al cubano, volví la espada y la vaina (...). Nada se me debe y me retiro contento y satisfecho de haber hecho cuanto he podido en beneficio de mis hermanos (...)”.

Y decreta así su ostracismo en la vida pública, rechazando la presidencia de la República, que nadie le hubiera podido disputar.

Debo señalar que la publicación de la tesis que el señor José Rafael Sosa adjudica al historiador cubano Julio Le Riverend en el artículo que comento, no fue una sorpresa para mí; sino por el contrario la esperaba; después, que días antes –tal vez más de un mes– otra tesis igualmente peregrina sobre el Libertador de Cuba, apareció publicada en la prensa local: “*Máximo Gómez había sido anexionista por ser un seguidor del General Pedro Santana*”; es decir: el héroe de Palo Seco, Las Guásimas y Coliseo, durante sus años mozos había sido santanista y anexionista.

Las dos tesis, desde luego, tienden a complementarse, no obstante referirse a acontecimientos distanciados por 45 largos años uno de otro. Aclararé los conceptos que acabo de exponer. Esas dos tesis tienden a complementarse, porque ambas, actuando en la misma dirección, disminuyen y rebajan hasta la desintegración, la figura egregia del último Libertador Americano. El argumento es sencillo y no admite ningún tipo de rejuogo retórico, como paso a demostrar.

Un individuo que en su juventud, por seguir a un caudillo, pelea en contra de los intereses de su patria y que, además, después de pelear durante 15 años por la independencia de otro pueblo hermano, cuando ya cifra los 70 años, conviene en licenciar el arma de combate que el mismo forjó en la lucha por la libertad de Cuba, para entregarla a la voracidad del imperialismo yanqui, atada de pies y manos por no contar con ese Ejército Libertador que hubiera podido defenderla de sus nuevos opresores; ese personaje, repito, cuya vida aparecer atrapada entre esos dos polos de ignominia, no merece el título de Libertador, porque tan pronto la levantamos para mirarlo de frente, se deshace entre nuestras manos hecha añicos.



El infundido de que Máximo Gómez fue el culpable del licenciamiento del Ejército Libertador de Cuba y que, por lo tanto, debe ser considerado responsable principal del rápido dominio adquirido por los Estados Unidos sobre la isla, tanto en lo político como en lo económico, por privar a la naciente República de la única fuerza que hubiera podido enfrentar esa dominación, no es de Julio Le Riverend, aunque dicho historiador la haya incluido en su libro *La República*.

La referida tesis apareció por primera vez en la revista *Fundamentos*, órgano teórico del Partido Socialista Popular, durante los primeros años del triunfo de la Revolución –1962 ó 1963– época en que todavía las tres organizaciones que habían actuado más directamente en la derrota de la dictadura batistianan, no se habían fundido en el actual Partido Comunista.

Puedo dar este testimonio, porque entonces ocupaba el cargo de Referencista del Fondo Cubano en la Biblioteca José Martí, en La Habana. Así como puedo afirmar que entre sus autores figuraban Carlos Rafael Rodríguez y Sergio Aguirre.

Pero ¿realmente se trató en los casos de ambas tesis de probar de manera fehaciente e incontrovertible que en su juventud Máximo Gómez fue santanista y anexionista y en su gloriosa ancianidad entregó la tierra que libertó con tantos sacrificios, maniatada a las apetencias imperiales de Washington? ¿Lo creían o lo creen sus autores? No lo creo así, sino todo lo contrario; creo que en ambos casos, como tantas veces sucedió mientras vivió y luchó por los humildes y desamparados de este mundo, aquel guerrero de talla sobrehumana, como lo describe Souza, mucho tiempo después de muerto, siguió siendo víctima de su propia grandeza.

Y precisamente por eso, porque en ninguno de los dos casos se ve la posibilidad más remota de sacar valederos tan mezquinos argumentos, tenemos que apelar a los más recónditos mecanismos de la psiquis humana para explicar lo sucedido. Veamos los posibles mecanismos mentales a que hago referencia:



A) *“Si Máximo Gómez por ser partidario del tirano Pedro Santana, apoyó la anexión a España, nada importa que yo me haya deshecho en elogios al tirano Rafael Trujillo. Él, como yo, borramos ese pasado con nuestros posteriores actos de grandeza”.*

B) *“Máximo Gómez fue el caudillo militar de nuestras dos guerras de independencia, pero no supo enfrentar al imperialismo yanqui, impidiendo que el Ejército Libertador fuera licenciado, constituyéndose así en el gran culpable de que la República naciera mediatizada. Nuestro actual caudillo militar, al enfrentar y vencer el imperialismo yanqui, es quien realmente merece el título de Libertador de Cuba”.*

Desde luego que lo planteamientos hechos por el distinguido periodista José Rafael Sosa en su artículo “Máximo Gómez Integral”, ni remotamente contienen los elementos de dudosa integridad, egolatría y adulonería, que señalé en la parte final de mi artículo anterior, como ingredientes básicos de las dos tesis que voy a desenmascarar y a destruir. Todo lo contrario: reconozco que su intención no fue otra que presentar, tal como lo leyó en el libro ya mencionado de Julio Le Reverend, otra faceta, para él oculta, de Máximo Gómez; faceta que, como es fácil de observar y expuse aquí, aunque de viejo conocida por todos, tiende a reducir, degradar y desintegrar la egregia figura del Libertador de Cuba.

Esa, repito, no parece haber sido la intención del distinguido periodista; pero de todas maneras, lo importante ahora es destacar que todo el andamiaje de su artículo, desde sus puntales al tope, descansa sobre falsas premisas históricas, construidas a su vez con hechos y acontecimientos falsos o distorsionados, como paso a probar, comentando ahora los primeros párrafos de su trabajo que dicen así:

“Se ha producido en el país un importante movimiento para rescatar la obra y la memoria de Máximo Gómez con motivo del 150 aniversario de su nacimiento (...). Y creo que ese



Su nombre, inmortalizado por sus proezas legendarias, perdurará al través de las edades.

Fué uno de los más notables de esa legión de campeones impertérritos, que abandonaron predios y hogares por las maniguas, en donde juraron lidiar *ab imo pectore*, hasta conquistar la consecución de la Independencia de Cuba.

¡Que grande es ser libertador de pueblos en estas épocas menguadas! ¡Y, a él le cupo esas grandezas!

¡Héroe insigne y civilista egregio!

La posteridad evocará su nombre y elogiará con unción su memoria, como aún se evoca el nombre de Bolívar y se elogia la memoria de Páez y Santander.

Máximo Gómez, ya no era digno de vivir en estas épocas luctuosas, en que se rinde férvida adoración á todo trasgresor de los principios y á todo tráfuga del ideal.

Casi todos sus compañeros en el ideal de redención, han muerto; unos en la celada aleve, como José Martí, Maceo, Crombet, &; otros obedeciendo á los fallos de la eternidad como Hostos, Betances, Baldorioti, &.

Los redentores de pueblos se van en alas de la Muerte.

La América Latina siente entenebrecimientos de enagenada y contorciones dolorosas de agonía y es porque ya no quedan más que los protervos. ¡Los grandes hombres se han ido!

Máximo Gómez, como ellos, ya no podía en estas etapas de lobreagueses sombrías, en que cada sol que nace prende albas rojas en el otro y cada sol que muere diseña arabescos sombríos y sangrientos con los desmayos de su luz agonizante.

Cuba, agradecida del Héroe-Magno que mil veces expuso su vida por la conquista de su autonomía, debe regar con lágrimas sentidas, amargas, dolorosas, los rosales que esmalten su sepulcro.



José Martí, la admiración y el cariño por quien, al realizar su sueño de libertar a Cuba, recibió en premio, como se lo había vaticinado el Apóstol en carta memorable, no “*la probable ingratitud de los hombres*”, sino la paga mezquina del insulto, la calumnia y el desprecio, como bien lo atestigua la obra que sirvió de inspiración al artículo de José Rafael Sosa.

En Cuba es otro el cantar. Quien suscribe estas líneas en defensa del invencible Viejo Chino, cuya espada dio la libertad de Cuba, conoce la isla hermana, casi palmo a palmo, desde Baracoa, Maisí y Baitiquirí, pequeño puerto próximo a Playitas de Cajobabo, de memorable recuerdo, hasta Remate de Guanés, Las Martinas y Puerto Cortés; y, además, conoce su historia también palmo a palmo, no solamente la colonial, la de sus dos Guerras de Independencia y la Republicana –cuya mediación no fue culpa de Máximo Gómez–; tanto como los hechos de la anterior Revolución –la que según expresión de Raúl Roa en *Bufa Subversiva*, “*se fue a bolina*”,¹ y los de ésta triunfante a partir del 1.º de enero de 1959, cuyas generaciones jóvenes, afortunadamente han comenzado ya la tarea de reivindicar ante el pueblo cubano, la legendaria figura del vencedor de Venta del Pino, la Sacra y el Cafetal González.

Pues bien, yo puedo asegurarle José Rafael Sosa, que no una, sino cientos de veces; no en uno sino en decenas de sitios; no frente a guajiros ignaros, sino frente a personas cultas, me ví precisado a rebatir la mendaz afirmación de que Máximo Gómez había sido el autor directo de la muerte de Martí en Dos Ríos y de la caída de Maceo en Punta Brava. Pero que nadie se espante de tamaña infamia: ¿no lo acusaron también de ser el causante de la derrota que condujo al Pacto de El Zanjón y de haber recibido fuerte suma de dinero, entregada por Martínez Campos en pago a su traición?

1. Equivale a decir: ¡se fue al carajo!.



Tampoco esroy de acuerdo con José Rafael Sosa, cuando da su aprobación a los trabajos destinados a conmemorar el 150 aniversario del nacimiento del héroe por tratarse de *“un hombre que entendió, en buena parte de su vida, el sentido más pleno del internacionalismo”*, concepto que trasluce desgano, limitación y hasta cierta ojeriza, todo girando en torno a un parcelado *internacionalismo*, como sustituto de las virtudes capitales que hicieron de Máximo Gómez el *genio de la guerra* y el forjador de la Independencia de Cuba: su pasión por la Justicia, su integridad revolucionaria y el amor a la humanidad, entendida ésta por la suma de humildes y explotados de este mundo.

Ahí es donde hay que buscar al Máximo Gómez integral a que hace referencia José Rafael Sosa, no en fuentes inficionadas de torpe xenofobia, como la que utilizó para escribir su *“Máximo Gómez Integral”*. Afortunadamente, como en los casos de otros grandes capitanes de la historia, el insigne banilejo, además de no tener *“pelos en la lengua”*, sabía manejar la péndola, casi con la misma destreza que el machete redentor. Aportaré algunas pruebas, aún a riesgo de que, por razones de espacio, interrumpa momentáneamente los comentarios que vengo haciendo.

Al llegar a Jamaica –después del Convenio de El Zanjón– y comprobar que era el blanco de la más infame de las calumnias, cuando toda la emigración le volvía las espaldas, dice Benigno Souza:

“cuando se maldecía al vil extranjero que había vendido a Cuba por dinero, cuando se afirmaba por alguno haber visto las onzas de oro, precio de su traición en ese momento, para que no se muriesen de hambre, literalmente, su heroica mujer y sus tres hijitos, nacidos en la manigua marcial y entre el humo de los combates, él se ajustaba como peón en la finca de un judío inglés de los alrededores de Kingston”.

Y prosigue más adelante Souza:

“Pero nada pudo abatir en su miseria a aquel espíritu indomable y, celoso siempre de su honra, durante las noches,



venciendo la fatiga, y muchas en papel de estraza escribió su lapidario folleto: “La Paz del Zanjón”, donde establece con hechos notorios y lógica inexorable, la verdad de los sucesos”.²

Al llevar la guerra a Occidente, cuando la tea inicia la obra destructora y La Habana se ve rodeada por un cinturón de fuego, escribe su famosa carta al Coronel Andrés Moreno, auténtico Manifiesto que revela el temple revolucionario de Gómez, donde entre otras cosas dice:

*“Cuando llegué al fondo, cuando puse mi mano en el corazón adolorido del pueblo trabajador y lo sentí herido de tristeza, cuando palpé al lado de toda aquella opulencia, alrededor de toda aquella asombrosa riqueza, tanta miseria material y tanta pobreza moral; cuando todo esto vi en la casa del colono, y me lo encontré embrutecido para ser engañado, con su mujer y sus hijitos cubiertos de andrajos y viviendo en una pobre choza, plantada en la tierra ajena; cuando pregunté por la escuela y se me contestó que no la había habido nunca, y cuando entramos en pueblos como Alquizar, Ceiba del Agua, El Caimito, Hoyo Colorado, Vereda Nueva, Tapaste y cincuenta más, no vi absolutamente nada que acusara mi cultura ni aseó moral, ni pueblos limpios, ni riquezas limpias, ni vida acomodada, y nos recibían del brazo del Alcalde y el Cura; entonces yo me sentí indignado y profundamente predispuesto en contra de las clases elevadas del país, y en un instante de coraje, a la vista de tan marcado como triste y doloroso desequilibrio, exclamé: ¡Bendita sea la tea!”*³

Pero para qué continuar ahora, ya habrá oportunidad de brindar, trazo a trazo, la auténtica silueta integral del invicto hijo de Baní, tarea a la que mucho puede ayudar el párrafo siguiente

2. Souza, Benigno. *Máximo Gómez, El Generalísimo*. La Habana, Editorial Trópico, 1936, p. 110
3. Gómez, Máximo. *Carta al Coronel Andrés Moreno*, Sancti-Spíritus, 6 de febrero de 1897. En Máximo Gómez: *El Viejo Eduá y Otros Escritos*, Págs. 98-99. Santo Domingo, Editora Cosmos, s/f, pp. 98-99 (Colección Tiempo Histórico).



de una carta dirigida por él a Sotero Figueroa, precisamente en la época en que el general Wood, tan destacado en el artículo de José Rafael Sosa, mandaba en Cuba. Dice Así:

*“Nunca, ni cuando combatíamos a Weyler con sus 250,000 soldados, corrió mayores peligros la patria cubana; como en estos momentos. Tenemos al extranjero metido en casa... La mayor cantidad de Independencia que pueda recabar la futura República de Cuba se consolidará cada día más por la seriedad, la cultura y la riqueza...”*⁴

Leyéndolo le salta a uno la idea de que Máximo Gómez conoció a Julio Le Riverend y compartes, ¡varias décadas antes de que nacieran!.

La gran tragedia de los calumniadores de Máximo Gómez en todas las épocas –desgracia sería la palabra adecuada–, consiste en que el vencedor de Arsenio Martínez Campos y burlador de Valeriano Weyler, como sucede con el granito y con el bronce, materiales utilizados por la historia para tallar su epónima figura de Libertador, no presenta fisura alguna que merme su grandeza. Hago la anterior afirmación pensando sobre todo en las dos plagas que en la realidad de los hechos, frustraron la Guerra de los Diez Años y lograron que la primera República de Cuba, luego de corta pero mortal contienda, naciera baldada por la injerencia de los Estados Unidos de Norteamérica: el racismo y el regionalismo.

En esos dos males, verdaderos culpables de ambos desastres, causas verdaderas de esos dos fracasos, es que han debido centrar sus investigaciones y sus denuncias, Julio Le Riverend y los autores de la tesis que estoy impugnando. Pero como por ahí no se podía atacar al Chino Viejo de la leyenda heroica, como no podían acusarlo de una cosa ni de la otra para poderlo convertir, nueva vez, en chivo expiatorio de errores que otros cometieron, dan un salto mortal por encima de los aconte-

4. Benigno Souza. Ob. Cit, p. 286



cimientos que condujeron, no al licenciado del Ejército Libertador, sino a su disolución, mucho antes de la voladura del *Maine* en la Bahía de La Habana; disolución provocada por la deposición de José Maceo del mando de Oriente y su muerte en la Loma del Gato; por la negativa del Gobierno de enviar refuerzos a Antonio Maceo a Occidente y su caída en Punta Brava; por la sumisión incondicional –ordenada por ese mismo Gobierno– de Calixto García a los mandos de las tropas desembarcadas en Siboney; por las intrigas y hostilidad de ese Gobierno hacia Gómez y su rechazo al Plan de Campaña del Generalísimo, destinado a mantener movilizado el Ejército Libertador, frente a lo que muy pronto cobró perfiles de una nueva invasión extranjera, mientras se producían a sus espaldas y a las de Antonio Maceo, fracasos espectaculares, como los de La Zanja y Sagua de Tánamo.

En el año 1896, cuando todavía Weyler, desangrado se mantenía en pie, Máximo Gómez, dictó a Fermín Valdez Domínguez, mientras se encontraba en Minas de Camasán, la siguiente explicación sobre la causa fundamental que lo llevó a combatir por la independencia de Cuba:

“Muy pronto me sentí unido al ser que más sufría en Cuba y sobre el cual pesaba tan gran desgracia: el negro esclavo (...). Luego mis negocios de madera y otros, me llevaron a distintos ingenios y en uno de ellos vi por primera vez, cuando con un látigo se castigaba, sin compasión, a un pobre negro, atado a un poste, en el batey de la finca y delante de toda la dotación del ingenio. No pude dormir aquella noche y me parecía aquel negro uno de los muchos que aprendí a amar y respetar al lado de mis padres. (...). Por mis relaciones con cubanos entré en la conspiración, pero yo fui a la guerra llevado por aquellos recuerdos, a pelear por la libertad del negro esclavo. Luego fue mi unión contra lo que se puede llamar esclavitud blanca, y fundí en mi voluntad las dos ideas y a ellas consagré mi vida; pero, a pesar de los años que han pasado, no puedo olvidar que



*acepté al principio la Revolución para buscar en ella la libertad del negro esclavo.”*⁵

Después de ser depuesto por la Asamblea del Cerro, mientras residía en su humilde casa de Calabazar, estampa al margen de un ejemplar del *Diario de la Guerra*, del Jefe de su Estado Mayor, Bernabé Boza, estos pensamientos que dan una idea de la dura brega librada, entre otros males, contra el regionalismo, al tiempo que forjaba la poderosa fuerza militar que derrotó a España:

*“Cuando escribí yo también todas estas cosas, al calor de los combates librados por la libertad de este pueblo, incautamente creí, que conocía al mundo... Desgraciadamente, no fue así. Los hombres en ningún tiempo dejaron de ser muchachos crecidos... ¡Cuántos cambios y mudanzas he podido anotar durante todo el tiempo que he servido los intereses de este país! Por fortuna mía, para no llegar al desencanto, he podido sobrevivir encaramándome por sobre los escombros de mi accidentada existencia... Amigos, que no tuvieron tiempo de serme desleales, porque las balas españolas los arrancaron de mi lado, mujeres, indiferentes ante su bella historia... En este libro que leo anoto la censura de muchos de mis actos revolucionarios..., como si las revoluciones no fueran todas ellas arbitrarias, y cabe preguntar aquí: ¿se hubiera conocido la victoria final sin la invasión a las comarcas occidentales? Y ¿se hubiera efectuado ese gran movimiento por un general cubano, por más valiente que fuera, predominado en todos ellos el espíritu del localismo? Los hombres de aquellos días, de grandes dudas, saben muy bien, cuánto costó mover a Maceo de Oriente y el trastorno que nos causó para ello el general Bartolomé Masó. Esa es la Historia...”*⁶

Pero lo que jamás pudo soñar el glorioso soldado que durante 30 años de lucha y 15 de incesantes combates, trazó pautas de entereza y dignidad a un pueblo en armas, mientras forjaba en sus hijos más humildes las falanges que sembraron la

5. *Ibíd.*, pp. 32-33.

6. *Ibíd.*, pp 298-299.



derrota y el espanto en un ejército cien veces superior en hombres y armamentos; lo que nunca pudo avizorar en el lejano futuro, no obstante la mirada de escrutinio de que nos habla Benigno Souza; lo que no pudo prever, no ya *“encaramado sobre los escombros de su accidentada existencia”*, todavía vivo, sino desde el túmulo en que descansan sus gloriosos restos, fue que al cumplirse 150 años de su venida a este mundo que un día *incautamente creyó conocer*”, hubiera entre sus paisanos dominicanos quienes negaran *“esa Historia”* por él señalada como verdadera, imputándole actos de indecorosa debilidad que cometió y militancias culpables que no tuvo, porque de haberlas cometido y de haberlas tenido, honrado a carta cabal, como era, jamás los hubiera silenciado.

Sobre la primera acusación, contenida en el párrafo que José Rafael Sosa extrajo de *La República* de Julio Le Riverend y que vuelvo a reproducir: *“Pero hay un Máximo Gómez poco conocido: el Máximo Gómez del período que sigue a la salida de los españoles de Cuba y que da el pie para la ocupación militar norteamericana de la isla caribeña”*, dice Benigno Souza:

*“Vinieron enseguida el armisticio, la rendición de España y un período pleno de incertidumbre, que el General despejó con su decoro, con su hosca actitud, la cual obligó a McKinley a enviarle a Portes y Quezada con las seguridades de la próxima independencia, en cuanto estuviera organizado el país”*⁷

Y es Ramón Infiesta, quien brinda una negativa más rotunda a tan disparatada como insidiosa especie, cuando después de explicar la forma en que fue ignorado el Plan de Campaña de Gómez, señala:

“Nada de eso se lleva a efecto. Los americanos prefieren rendir a Cuba por sitio, y la bloquean. En Oriente, Calixto García, por disposición del Consejo de Gobierno, se pone a las órdenes del general Miles. Con ello, la guerra se espesa en torno a Santiago de Cuba y se deshace en el resto de la Isla.

7. *Ibidem*, pp 287-288.



Gómez se cree abandonado. “El puesto que yo ocupaba no existe ya. Está suprimido de hecho por el Gobierno de la Revolución. El cargo de general en jefe supone el derecho de mandar y mover las fuerzas de un ejército de acuerdo con un plan determinado...” dice a los militares que lo visitan”.

En el fondo lamenta el desvanecimiento de su sueño de guerrero. El Ayacucho cubano, que la mañana radiante de “Lázaro López” prometiera a los invasores, se disipará en el horror callado de un bloqueo, y Cuba llegará a la independencia “no entre el humo rojizo del incendio y el estrépito de la fusilería”, sino por la miseria de las guarniciones enflaquecidas y el hambre de las mujeres y niños”.⁸

La otra versión: la de que Máximo Gómez fue anxionista por ser un seguidor de Pedro Santana, no causa indignación sino más bien pena, porque basta leer el *Pronunciamiento de la Común de Bani, celebrado el día 17 de marzo de 1862*, para comprobar que el hombre del futuro Libertador de Cuba no aparece entre las cientos y tantas firmas que dieron su apoyo al acto inconsulto de S. E. el General Libertador, Pedro Santana, título trocado a poco por el del Marqués de Las Carreras. Ese documento de adhesión, publicado por el Lic. Emilio Rodríguez Demorizi en otra de sus importantes obras de recopilación, *Bani y la novela de Billini*, contiene una nota al pie de enorme trascendencia polémica, que gira alrededor de la figura del general Pedro Florentino.

Por eso sugerimos que este tema, cuyo simple enunciado liga y contrapone a muchos guerreros de renombre, tanto dominicanos como españoles y cubanos, alrededor del machete y de la tea como armas de combate, debe ser objeto de uno de los tantos paneles que se celebrarán con motivo del 150 aniversario del nacimiento de Máximo Gómez, donde tal vez –cosa que dudamos– sea presentada la prueba de que el último de nuestros Libertadores, fue seguidor incondicional del Marqués de Las Carreras.

8. Infiesta, Ramón. *Máximo Gómez*. La Habana, Imprenta El Siglo XX, 1937, p. 204 (Academia de la Historia de Cuba).



Máximo Gómez. Libertador de Cuba*

Roberto Cassá**

El talento del prócer

Un dominicano, nacido en Baní posiblemente antes de 1836, descolló como la figura más sobresaliente de la lucha del pueblo de Cuba por la independencia nacional. Esta participación de Máximo Gómez en la historia del país hermano resumía la capacidad militar de que estaba dotado, uno de los más brillantes de la historia de América. Desde poco después del inicio de los combates en octubre de 1868, se le asoció a la capacidad de mantener la resistencia, siendo progresivamente reconocido por sus compañeros de armas como una personalidad superior. Asevera su primer biógrafo, Benigno Souza, que ningún héroe de la historia de Cuba ha sido más reverenciado por el pueblo que Máximo Gómez. Al final de treinta años de sacrificios, el pueblo cubano asoció la liberación del dominio español con el genio del general dominicano.

Pero Gómez fue mucho más que un militar; fue un gran jefe militar porque fue una gran persona, dotado de una humanidad integral. Sus hombres se asombraban al contemplar cómo el severo jefe, capaz de ordenar fusilamientos por deserciones e

* Publicado en la *Colección Biografías Dominicanas Tobogán*. No. 20. Santo Domingo, Editora Alfa y Omega, 2001, pp. 3-65

** Historiador, profesor meritisimo de la Escuela de Historia y Antropología de la Universidad Autónoma de Santo Domingo. Autor de más de 60 obras históricas, incluyendo textos universitarios. Miembro de número de la Academia Dominicana de la Historia y actual Director del Archivo General de la Nación.



indisciplinas, podía derramar lágrimas, compadecido por las desgracias de los humildes, los negros, los ancianos, las mujeres y los niños. Concluida la prolongada jornada, con el corazón en las manos, confesó que nada detestaba más que la guerra. Fue todavía más grande en la paz, porque, como parte de su gloria, llevó una vida impoluta, rechazando con naturalidad cualquier insinuación de enriquecimiento o de ejercicio del poder.

Este talante permitió que le fluyera con espontaneidad un carisma que hacía su figura reverenciada, sobre todo en la segunda guerra de independencia, iniciada en 1895, cuando todos los jefes, sin excepción, depositaron en él las expectativas de la victoria. Sus hombres advirtieron el genio que habitaba su persona, que le permitía el trazado infalible del sentido conveniente de las operaciones. Su compañero Freyre de Andrade lo juzgó retrospectivamente en tal sentido:

“Quien calificara al general Gómez como hombre de talento o cultura erraría el adjetivo; su poderosa inteligencia podía, con justicia, calificarse de genial; por eso en la guerra tuvo éxito en el plan estratégico, producto de su admirable intuición”.

Así también lo manifestó uno de sus comandantes al recién llegado voluntario italiano Orestes Ferrara, para disuadirlo de su interés por conocer de cerca al general:

“Es un hombre grande y un genio. Los hombres grandes hay que apreciarlos de lejos. El viejo es la revolución y su carácter es, como la revolución: rebelde a toda regla, rebelde a toda cosa normal. A toda idea trillada. Es una continua explosión. Da impávido una orden si es necesaria, que supone una muerte segura y se estremece como un niño ante el dolor. Todos sus sentimientos son extremos”.

Como parte de esa personalidad, el libertador de Cuba expresaba una penetración política e intelectual que, a primera vista, contrastaba con la práctica de quien tuvo que pasar el grueso de su vida activa dirigiendo huestes de guerrilleros o afrontando una adversidad que lo mantenía a la borde la miseria.



Si bien no llegó, como José Martí a delinear concepciones ideológicas bien elaboradas, aun fuese sobre la marcha, sobresalió entre los próceres de la independencia cubana por la claridad con que ponderó problemas de la época. Refiere el historiador Jorge Ibarra que lo que los intelectuales no pudieron atisbar de inmediato, salidas ya las tropas españolas, Máximo Gómez lo logró, gracias a la intuición de jefe de guerrillero, que compensaba sus deficiencias de cultura académica.

Lo democrático, lo nacional y lo popular fueron términos indisolublemente conectados a la conformación del pensamiento político del libertador de Cuba. Como lo manifestó retrospectivamente, se asoció a la conspiración por la independencia desde los primeros meses de 1868 motivado por la repulsa que le generaba la esclavitud y la discriminación racial. Esa sensibilidad social lo hizo un decidido partidario de la democracia, ponderando este ideal político como el medio por el que podría dignificarse la vida de los pobres. Es indicativo que, dotado de la condición de dictador por el Partido Revolucionario Cubano mientras durasen las operaciones iniciadas en abril de 1895, fuese de él la iniciativa de convocar una asamblea de representantes que eligiese un gobierno en armas. La clarividencia que logró acerca del destino nacional del pueblo de Cuba, como entidad soberana y por ende independiente de cualquier potencia, lo llevó a visualizar, al igual que José Martí, el peligro que significaba la expansión económica y militar de Estados Unidos para la independencia de los pueblos antillanos.

Máximo Gómez entregó su vida al pueblo de Cuba, pero siempre lo hizo en su condición de dominicano. Desde la salida del país en 1865, no cesó nunca, según sus palabras, de añorar el suelo natal de Baní, donde aspiraba a pasar los últimos años de su vida. Su apego a la condición de dominicano formaba parte de su personalidad, no obstante la cercanía cultural entre los dominicanos y los cubanos de Oriente, donde él se estableció. Delimitó, por ello, casi hasta el final de su vida, su servicio en el estricto terreno militar. Aun así, con frecuencia, se le cuestionó



como extranjero indeseable y se le invitó a retornar a República Dominicana. Esas acusaciones nunca calaron entre sus compañeros de armas y el pueblo de Cuba. Para el historiador Salvador Morales, antes de la llegada a Cuba de Ernesto Guevara (Che) en 1956, Gómez encarnaba para los cubanos el ideario de la nacionalidad latinoamericana.

30 años de vida dominicana

Cuando Máximo Gómez abandonó el país natal, en 1865, debía tener algo más de 30 años, de forma que su personalidad se había ya definido. Su vocación de militar no fue casual, sino que se inscribió en antecedentes familiares, algunos de ellos españoles instalados en Santo Domingo, como oficiales del Batallón Fijo, en el siglo XVII. Es curioso que, como lo ha puesto de relieve Fray Cipriano de Utrera, debido a esta impronta del oficio militar en muchos de sus antepasados del género masculino, a pesar de haber nacido en Baní, poblado compuesto primordialmente de inmigrantes de las Islas Canarias, Gómez no tuviese antepasados canarios conocidos.

Utrera califica a Gómez, de acuerdo a su estudio genealógico, de *“blanco puro”*. Sin embargo, en Cuba, reconocido como blanco, llamaba la atención su piel morena, al grado de que sus enemigos proespañoles le denominaban *“el negro Gómez”*. Uno de sus oficiales, Fernando Figueredo, lo describió de la siguiente manera:

“Era de figura interesante, alto, enjuto de carnes, trigüeño, de facciones regulares, ojos negros, pequeños, mirada penetrante y dominadora, cabello, bigotes y pera a la española”.

Al margen de cualquier discusión bizantina acerca de la *“pureza”* de su genealogía hispánica, Gómez era, a cabalidad, un dominicano penetrado por el criollismo de la cultura y el amor a la patria.



Poco se sabe de sus años anteriores a 1865, principalmente porque su modestia lo llevó a la parquedad en las narraciones que hizo de su vida y porque su salida del país estuvo envuelta en circunstancias controversiales que no encajaban con su actuación posterior al servicio del pueblo cubano. Como una de las tantas ironías de la historia, Gómez, junto a cientos de dominicanos, abandonó el país solidarizado con el régimen anexionista español establecido cinco años antes; el resultado fue que, también junto a muchos de sus compañeros de emigración, desempeñara un papel de trascendencia en la liberación de los cubanos del yugo español.

Fue, al parecer, un hombre típico de su medio social, el de los descendientes de los hateros coloniales agrupados en Baní, dedicados a una ganadería agonizante y a los cortes de maderas preciosas. A pesar de la modestia, rayana en la pobreza, en que se desenvolvían las personas del estrato superior de la sociedad provinciana, Gómez logró un mínimo de instrucción gracias al interés de sus padres, quienes lo pusieron bajo la protección del párroco Andrés Rosón.

Aunque hombre de vocación militar desde muy joven, su capacidad literaria, expuesta en múltiples escritos, resulta una señal suficiente de que había alcanzado cierto nivel de cultura, aun no estuviese exento de rusticidad. Varios familiares contemporáneos se distinguieron luego como hombres de letras, como su primo Francisco Gregorio Billini. Desde luego, en la medida en que no siguió una carrera burocrática o de letrado, la formación de Gómez siempre fue inconclusa, al grado de que podían escapársele expresiones incorrectas o alguna que otra falta ortográfica. Pero lo que no logró la instrucción, a su decir, lo logró la educación, que él mismo atribuye a la obra amorosa de sus padres, de quienes recibió una atención esmerada por su condición de único varón entre varias hembras.

En diciembre de 1855, teniendo poco más de 20 años, recibió su bautismo de fuego en la Batalla de Santomé, donde las tropas dominicanas, dirigidas por el general José María



Cabral, infligieron una derrota fulminante al ejército haitiano del emperador Soulouque. En ese evento Gómez participó como sargento, rango que indica una vocación temprana aunque también su pertenencia a los estratos superiores educados, con capacidad de aplicar preceptos militares convencionales. No por casualidad Cabral fue, en los hechos, el maestro de Gómez. Este general demostró ser el principal depositario de la concepción militar esbozada por Antonio Duvergé, gracias a la cual los dominicanos lograron defender exitosamente la independencia.

En los años siguientes Gómez figuró como militar en posiciones inferiores. En tal virtud, fue asistente de su pariente Francisco Javier Heredia, comandante de San José de Ocoa. Por lo que se infiere de sus escuetas narraciones, se alineó en la “*política personalista*” de Pedro Santana. Es forzoso referir que Santana, en su confrontación contra Buenaventura Báez desde 1853, mantuvo el liderazgo de la mayoría del país, especialmente entre las esferas urbanas superiores.

Al igual que para gran parte de los dominicanos de todas las condiciones sociales, la Anexión de la República Dominicana a España en marzo de 1861, decidida por Santana, no debió constituir para Gómez un motivo especial de inquietud. Ciertamente, el país había quedado severamente afectado por la sucesión de invasiones haitianas y por la guerra civil de 1857, circunstancias que para muchos convalidaban las concepciones anexionistas que esbozaban veladamente los sectores dirigentes del Estado. Durante el régimen de la Anexión, Gómez se mantuvo en la comandancia de Ocoa, en condición de capitán de las reservas criollas.

Al producirse el estallido de la Guerra de la Restauración, en agosto de 1863, la vida de Gómez, como la de todos los dominicanos, experimentó profundas conmociones. En ocasión de la entrada de las tropas nacionales a la zona de Baní y San Cristóbal, diversas personas notables fueron reducidas a prisión bajo el cargo de españolismo, con el fin de obtener su adhesión



forzosa a la insurgencia. Varios notables temieron por sus vidas y, a la primera oportunidad, lograron escapar. El general Pedro Florentino, designado comandante de las operaciones de la tropa restauradora en el Frente Sur, llegó a la conclusión de que los blancos naturales de Baní eran todos proespañoles.

A tal efecto, en respuesta a la contraofensiva de los generales José de la Gándara y Eusebio Puello, y para adelantarse a un apoyo en la retaguardia, Florentino dispuso la captura como rehenes de numerosos notables, siendo alguno de ellos posteriormente ejecutados. Dentro de ese grupo de rehenes se hallaban familiares de Máximo Gómez y coincidentalmente este llegó a Baní en el momento en que Florentino disponía el incendio de la población, lo que lo colocó, junto a muchos, del lado anexionista.

Por lo que se desprende de la narración de Gómez y de las memorias de Luperón, avaladas por documentos, la concepción racial de Florentino, consistente en identificar el españolismo con el segmento de blancos, no era ajena a la lucha entre los partidos santanista y baecista. El probable que Florentino actuase movido, en primer término, por motivaciones sectarias de la política baescista, comportamiento que observaron muchos otros adalides de la Restauración. En efecto, hasta 1861 el baecismo se apoyó fundamentalmente en todos los excluidos del reducido círculo de poder que rodeaba a Santana, en primer lugar personas de color y jóvenes de orientación liberal. De tal manera, la postura de Máximo Gómez y de varios otros integrantes de la sociedad banileja que emigraron a Cuba junto a las tropas españolas no se explica tanto por la adhesión a España, sino por su adscripción al bando santanista, que se identificó con el establecimiento de la Anexión en 1861.

No pudo ser casual que numerosos dominicanos emigrados a Cuba participasen de manera connotada en la Guerra de los Diez Años contra España, no obstante haber abandonado su patria al concluir la Anexión a España. Además de Máximo Gómez, se distinguieron en la guerra de la independencia de



Cuba los banilejos Modesto Díaz y los hermanos Félix y Luis Marcano. Sin duda estaban penetrados de un espíritu nacional que no encontró la ocasión de manifestarse en 1863, pero si en el nuevo destino cinco años después. No hay razones para dudar de la sinceridad de Gómez cuando en sus *Notas autobiográficas*, escritas en Monte Cristi, en octubre de 1894, explicaba el abandono del suelo natal por desconocimiento político y los errores de muchos jefes de la Restauración:

“Joven yo, ciego y sin verdadero discernimiento político para manejarme dentro de aquella situación, más que difícil obscura, porque realmente la Revolución se presentó más que defectuosa, enferma, fui inevitablemente arrastrado por la ola impetuosa de los sucesos, y me encontré de improviso en la Isla de Cuba”.

El impacto de la emigración

A los dominicanos que siguieron al ejército español en su retirada en julio de 1865, se les ofrecieron garantías de que serían acogidos como súbditos de Su Majestad. Pero tan pronto llegaron a tierra cubana recibieron la terrible noticia de que no se les permitiría permanecer allí. Lo que no se les dijo fue que resultaban sospechosos de posible actitud sediciosa por ser naturales de un país que había expulsado al ejército español. Vistos globalmente como negros por los racistas gobernantes españoles de Cuba, los dominicanos recibieron la orden de dirigirse preferiblemente a África, Islas Canarias, Baleares o Filipinas, donde se estimaba que no presentarían peligro alguno. Finalmente muchos lograron permanecer en Cuba, para lo que tuvieron que dar demostraciones fehacientes de españolismo, pero quedó en ellos, como lo narra Gómez, una amargura inconmensurable, al grado de que los que podían retornaban a la patria a la primera oportunidad.

En el caso de Gómez se añadió el hecho de haber sido desconsiderado por un oficial español, conocido por su crueldad



y la afición al consumo de alcohol. En el acto, el dominicano decidió presentar renuncia a su posición de capitán de reservas, lo que lo liberó de fidelidad a la Madre Patria. Hay pocas informaciones de su vida en la zona de Bayamo, donde se dedicó al negocio del corte de maderas, aprovechando su segura experiencia en la tierra natal. Empero, debió sobrellevar una vida dura, como la generalidad de los emigrados. El mismo lo rememora:

“Así viví en Cuba cuatro años, arrastrando una existencia oscura y triste, cargando con los recuerdos de la Patria y la amargura de los desengaños”.

Ahora bien, lo que llevó a Gómez a cambiar radicalmente de postura política y a repudiar el dominio español en Cuba fue el contacto con la esclavitud y sus secuelas: la discriminación y la violencia sobre los negros. En sus apuntes autobiográficos refirió el impacto terrible que significó para él constatar la barbarie que entrañaba el orden esclavista.

“Cuba, país de esclavos: no había conocido yo tan fatídica y degradante institución y ni siquiera había podido tener una idea cabal de lo que era eso, tan fue así que me quedé espantado al encontrarme en aquella sociedad donde se despreciaba al hombre, por el hombre, de un modo inhumano y brutal... Muy pronto me sentí yo adherido al ser que más sufría en Cuba y sobre el cual pesaba una gran desgracia; el negro esclavo. Entonces fue que realmente supe que yo era capaz de amar a los hombres”.

El único consuelo que obtuvieron los emigrados fue la hospitalidad de muchos cubanos, más acentuada entre aquellos que albergaban concepciones independentistas. Estos admiraban el estatuto independiente de República Dominicana, y por inclinación democrática y nacional debieron ponderar a los dominicanos como sus hermanos. Por lo demás, la Restauración dominicana había tenido un fuerte impacto en la zona oriental de Cuba, siendo uno de los factores que desató la aspiración por la independencia. Tal circunstancia hizo posible que Gómez se



comprometiese en la conspiración que llevó a la proclamación de la independencia en Cuba por Carlos Manuel de Céspedes, el 10 de octubre de 1868. Dio la casualidad de que residía justo en la comarca donde se encontraba el centro de la conspiración. En esos meses de actividades, rememora él mismo, se encontraba en una situación delicada: de una lado, podía ser descubierto fácilmente por las autoridades por estar sujeto a vigilancia como emigrado y fusilado por traición; por el otro, resentía el recelo que provocaba en algunos de los conspiradores su condición de emigrado en solidaridad con el desaparecido régimen anexionista en Santo Domingo.

Los contrastes de la realidad cubana

El 10 de octubre de 1868 el hacendado Carlos Manuel de Céspedes, cabecilla de una conspiración que se tejía desde meses atrás, inició la guerra de independencia de Cuba en su ingenio *La Demajagua*, situado en la jurisdicción de Bayamo, Oriente. Esta guerra duró hasta inicios de 1878, por lo que fue luego denominada de los Diez Años. La contienda se mantuvo casi todo el tiempo en las provincias de Oriente y Camagüey; solo por momentos logró extenderse a la porción oriental de Las Villas, pero no pudo alcanzar la zona occidental, alrededor de La Habana, donde se concentraba la mayor parte de la población y de los ingenios azucareros, la principal riqueza de la isla.

La restricción de la guerra a la zona oriental colocaba a los insurgentes cubanos en una situación desventajosa, ya que el gobierno español disponía de una retaguardia segura. Del otro lado de la isla la vida transcurría en perfecta normalidad, como si Oriente fuera un país diferente. Esta diversidad era resultado de los procesos divergentes focalizados en Oriente y La Habana. En los alrededores de la capital cubana, desde la segunda mitad del siglo XVIII se desarrolló un sistema esclavista intensivo que colocó a Cuba como la más rica colonia de plantación y primer productor mundial de azúcar. Hacia mediados del siglo XIX,



alrededor del 45% de la población de Cuba eran esclavos. En su gran mayoría ubicados entre La Habana y el occidente de Las Villas.

En contrapartida, una porción considerable de la población habanera e incluso de las pequeñas ciudades y comarcas rurales de Occidente había nacido en España. Esta situación definía una profunda polaridad socio-cultural, ya que no había puntos comunes de interés entre los amos blancos y los esclavos negros. Ambos sectores carecían de cualquier referencia de carácter nacional; los blancos depositaban sus intereses en el mantenimiento de la esclavitud gracias a la prolongación del dominio español; por su parte, los esclavos únicamente aspiraban a la libertad, ajenos a cualquier noción de comunidad con otros sectores étnicos o sociales de la isla por su sometimiento a condiciones espantosas de vida, que les impedían forjarse nociones al respecto.

Muy distinta era la situación de Oriente, donde la polaridad étnico-social era considerablemente menos pronunciada. En esta región la mayor parte de la población era producto de la mezcla de blancos y negros, los esclavos constituían una porción minoritaria y los nacidos en España prácticamente no tenían peso significativo en la estructura demográfica. La porción mayoritaria de la población oriental se encontraba en condición de productores campesinos libres. A diferencia del esclavismo intensivo de plantación de Occidente, predominaba en Oriente la esclavitud patriarcal, habiendo el mismo Gómez advertido la diferencia de trato que recibían los esclavos de ingenios azucareros y cafetales. El sector dirigente tenía menor fuerza económica en Oriente que en Occidente e incluso se sentía víctima de la primacía de esta última zona.

Lo más importante de esa dualidad socio-demográfica radicó en la integración de la cultura del grueso de la población oriental que, a diferencia de lo que ocurría en el otro extremo, pasó a tener referentes de identidad compartida.



Eso explica el desarrollo de la idea nacional, por cuanto los orientales llegaron a la conclusión de que debían constituir un pueblo distinto al de la metrópoli, que debía organizarse en un estado independiente. Los reflejos nacionales estuvieron teñidos de regionalismos, ya que Oriente resentía el centralismo de Occidente. A lo largo de la Guerra de los Diez Años se vería cómo las tropas se conformaban alrededor de los puntos de origen de los combatientes, quienes obstinadamente se mostraban recelosos de dirigirse a otros lugares. Particular incidencia tuvo la expresión regionalista en Camagüey, provincia con muchos aspectos comunes a Oriente pero con sus peculiaridades e intereses particulares. Todavía no había galvanizado del todo la idea de una nación cubana única, constituyendo ello el talón de Aquiles de la insurrección.

La primera carga al machete

De súbito, en octubre de 1868, miles de cubanos de Oriente y luego de Camagüey se encontraron sublevados contra el dominio metropolitano pero carentes de conocimientos militares, por lo que acudieron a los emigrados dominicanos que habían participado en las guerras contra Haití y en las lides políticas intestinas. Estos veteranos dominicanos recibieron la encomienda de instruir, en cosa de días, a la masa de insurgentes. Algunos de los comandantes más connotados de los años siguientes fueron formados por Máximo Gómez, pero mientras tanto a los dominicanos se les tuvo que entregar el mando de importantes unidades. Por ejemplo, la toma y posterior defensa de Bayamo fue confiada al banilejo Luis Marcano.

Consciente de la importancia de los veteranos dominicanos, Carlos Manuel Céspedes, el primer jefe de la rebelión recomendó a Donato Mármol, uno de los contados generales cubanos en aquellos días, que le diera un mando a Gómez, quien había participado en un pronunciamiento de El Dátil, recibiendo



el grado de sargento. Pese a la reticencia de Mármol, Gómez recibió el mando de la vanguardia para enfrentar la columna española que venía a caer sobre Bayamo al mando de coronel Quirós.

En la emboscada que montó Gómez el 26 de octubre en El Pino de Baire, instruyó a sus hombres que peleasen con el machete. Cuando aparecieron los soldados españoles, se lanzó solo adelante, con el grito de “*!Al machete!*”, derrotando y poniendo en fuga a los enemigos. En lo adelante, el machete pasó a ser el arma clave que permitió a los insurrectos cubanos enfrentar a una tropa española muy superior en número, preparación militar y calidad de los armamentos. Cuando el general español Valmeseda desató una ofensiva para la captura de Bayamo, Gómez sobresalió en sucesivos hechos de armas, dirigiendo las huestes en las cargas al machete, que invariablemente generaban pánico entre los peninsulares.

Este procedimiento militar lo aprendió Gómez en su tierra natal, donde se utilizaba desde el siglo XVII y fue perfeccionado, a partir de 1844, cuando Duvergé le agregó componentes de los avances de la táctica militar convencional gracias a la asesoría de militares franceses que habían participado en las campañas de Bonaparte. La carga al machete tenía por virtud básica neutralizar las formaciones cerradas de infantería de ejércitos disciplinados. En lo adelante, Gómez, en su calida de máximo estratega de la insurrección cubana, fue introduciendo correctivos al procedimiento a medida que cambiaban las condiciones.

Esa flexible capacidad su puso de manifiesto cuando, en la guerra de 1895, la tropa española pasó a utilizar el fusil Máuser, de más alcance y precisión que el Remington, Winchester y otros fusiles norteamericanos. Gómez ordenó a sus tropas que abriesen más sus formaciones como medio de atenuar la efectividad de la nueva arma. En idéntico sentido, a partir de determinado momento, pasó a conceder prioridad al uso de la



caballería, puesto que la capacidad de movimiento y maniobras compensaba la ventaja numérica de los españoles.

En los meses siguientes la insurgencia tuvo que confrontar la contraofensiva del Conde de Balmaseda. En esa difícil situación, la figura de Gómez fue cobrando cada vez mayor relieve, sobresaliendo en la tarea de tratar de cohesionar las tropas de “*mambises*”, dispersas, mal armadas e indisciplinadas, en un ejército lo más organizado posible, que pudiese emprender la tarea de derrotar al régimen español. Tras la muerte de Mármol, jefe de Oriente, Gómez tuvo una importancia cardinal en el desarrollo de las operaciones en las zonas centrales de esa provincia.

Por momentos parecía que la insurgencia estaba agonizando, al grado de que el gobernador de La Habana llegó a proclamar la pacificación total. Gómez captó que era imperativo retomar la ofensiva como cuestión de supervivencia, por lo cual las pequeñas tropas bajo su mando lograron victorias de poca monta pero simbólicas, con el valor de contribuir a restaurar la fe en la capacidad de combate. Sobresalió la demostración de fuerza que hizo en la punta de la Bahía de Santiago de Cuba, en *La Socapa*, frente a El Morro, la mayor fortaleza de la región, donde desalojó la guarnición, casi a la vista de los habitantes de la segunda ciudad cubana.

El siguiente paso de importancia en el despliegue de la jefatura de Gómez fue la decisión de extender la guerra a la zona de Guantánamo, en agosto de 1871, puesto que esa zona había estado apartada de los hechos, a causa de la postura de los plantadores de café, muchos de ellos descendientes de franceses y propietarios de esclavos, naturalmente hostiles a la insurrección. En esta campaña, donde fue acompañado de algunos de sus discípulos, como Francisco Borrero y Antonio Maceo, llevó la directriz de incendiar o destruir los cafetales y los cañaverales, procedimiento que mantuvo inalterable a lo largo de su carrera militar. Para Gómez, la clave de la victoria radiaba en socavar la base económica del dominio español, de



forma que la isla dejara de tener atractivo para el mantenimiento del régimen colonial. De igual manera estimaba necesario obtener la adhesión de los esclavos y de otros trabajadores sometidos a la plantación, aun fuese de manera forzada, por el efecto del desempleo que provocaba la tea incendiaria.

Mientras tanto, la revolución independentista atravesaba dificultades intestinas como producto del regionalismo de oficiales y soldados, que impedía la formación de un ejército nacional que pudiese operar en todo el territorio. Como producto de los intereses gravitantes, se fueron definiendo tendencias que entraron en conflicto y que provocaron el debilitamiento de Carlos Manuel de Céspedes, quien había sido ratificado como jefe supremo en su condición de Presidente de la República en armas. Uno de los focos principales de tensión se abrió a propósito del regionalismo de los camagüeyanos, que operaban en una dinámica aparte, dirigida por su caudillo Ignacio Agramonte.

En un momento dado, Máximo Gómez fue destituido de su posición de jefe de la división de Oriente, lo que él atribuyó *a posteriori*, a manifestaciones que había hecho a favor de Agramonte. Pero, junto a las intrigas, se ratificaba la voluntad de lucha, por lo cual Céspedes enmendó su error y repuso en el mando a Gómez, al tiempo que llegó a un entendido de cooperación con Agramonte. Este último murió en combate, en 1872, y el presidente Céspedes encargó a Gómez la tarea de que marchara hacia Camagüey con el fin de reorganizar las filas insurgentes.

A mediados de 1873 Gómez inició una campaña ofensiva en esa provincia, decidiendo variar el formato táctico que hasta entonces se había empleado. Se basó principalmente en la caballería, tomando en consideración el relieve plano de la región y la disponibilidad de ganado. En los años de 1873 y 1874, que pasó en Camagüey, se libraron bajo su mando los combates más importantes de toda la Guerra de los Diez Años. A pesar de la inferioridad en número y la aguda escasez de



municiones, gracias al empleo de la caballería Gómez infligió a los españoles varias derrotas que recuperaron la moral de la insurgencia. Entre esos hechos de armas se destacaron los de *Santa Cruz del Sur, La Sacra, Palo Seco, El Naranjo y Las Guásimas*. Aunque la insurgencia contaba normalmente con contingentes de unos cientos de hombres, las tropas españolas experimentaron cuantiosas bajas gracias a la pericia del general dominicano, que combinaba la caballería, emboscadas, tretas, retiradas prudentes, etc. El ejército español se vio obligado a volver a operar en formaciones compactas de elevado número, lo que dejaba el terreno abierto al desplazamiento de las pequeñas unidades de caballería.

Gómez entendía que, además de la ofensiva constante, la revolución dependía de la capacidad de traspasar la zona de Camagüey e internarse en Las Villas y, de ser posible, en Matanzas y La Habana, donde se concentraba la población y la riqueza de la isla. Debido a la complicidad de casi todos los hacendados occidentales con el dominio español, los brotes de insurrección en Las Villas habían sido sofocados con rapidez y los restos de combatientes habían tenido que refugiarse en Camagüey. Para consolidar el control sobre la zona occidental, el régimen español dispuso el trazado de una cadena de fortificaciones y defensas de fosos y alambradas de costa a costa, casi justo en el punto central de la isla, entre Júcaro y Morón, lo que terminó siendo conocido como La Trocha. Tras consolidar su presencia en Camagüey, Gómez se propuso traspasar La Trocha con el fin de expandir la insurgencia en las comarcas occidentales. La operación se consideraba punto menos que imposible, por lo que el caudillo no tuvo la aprobación del gobierno.

Sin esperar refuerzos, el 6 de enero de 1875, con poco más de mil hombres, Gómez decidió atravesar la temida Trocha, siendo herido por primera vez de un balazo en el cuello. A los pocos días se repuso y desplegó una campaña de ataques sobre pequeñas poblaciones y haciendas que llenó de desconcierto a la



provincia central de Cuba. En mes y medio de operaciones centenares de españoles cayeron bajo el filo de los machetes de los *mambises* y casi cien ingenios azucareros fueron destruidos. La insurgencia logró obtener refuerzos de cientos de reclutas y un botín de guerra bastante significativo.

En este punto se presentaron dos circunstancias que pusieron un límite a la guerra de independencia. Por una parte, los éxitos de las operaciones ofensivas arriba vistas no pudieron quebrar la solidez de la presencia española en Occidente. A medida que avanzaban en dirección de La Habana, los mambises experimentaban dificultades crecientes, poniéndose de manifiesto que no habían madurado las condiciones para la extensión de las operaciones hacia la zona clave de la isla. El cruce de La Trocha se saldó, así, en un resultado ambiguo, porque si bien significó una hazaña militar y resultados importantes, al mismo tiempo puso de manifiesto una trocha social mucho más poderosa, que era la base de sustentación del régimen colonial en la oligarquía esclavista criolla y los altos círculos mercantiles españoles. Las *guerrillas* y otras tropas de voluntarios de civiles cubanos y españoles mostraron tener en Occidente una potencia sin comparación con la que tenían en Oriente.

En segundo término, en las comarcas circundantes de Oriente y Camagüey aparecieron gravísimas divergencias contra el gobierno de Céspedes, iniciadas con la sublevación del general Vicente García. Operó de igual manera el hecho de que se produjeron derrotas a consecuencia de la descomposición política. Gómez tuvo que abandonar toda idea de ofensiva sobre la provincia de Matanzas, donde se encontraba el mayor número de ingenios azucareros y de trabajadores esclavos. El mismo fue objeto de cuestionamientos por las tropas camagüeyanas que él había conducido hasta Las Villas, por lo que renunció de su rango, convencido de que la conducción de una guerra requiere de una disciplina basada en el respeto de las jerarquías. Le resultaba intolerable que las tropas depusiesen jefes, para



elevanto a otros de su preferencia, y lo considero una se1al de derrota. Acepto luego el puesto de Secretario de Guerra a rega1adientes, por sentirse comprometido con la causa cubana, no obstante estar convencido de que su 1nico servicio se encontraba al frente de la tropa. Impotente, vio cmo el caos se adue1aba del campo insurgente, proliferando las deserciones y emergiendo una corriente favorable a un entendido de paz.

La Paz de El Zanjn y la emigraci1n

G1mez decidi1 no obstaculizar las iniciativas de paz, pese a ser contrario a ellas, por cuanto capt1 que la desmoralizaci1n se haba apoderado de la insurrecci1n, y en virtud de ello, muchos jefes haban decidido dejar de combatir y numerosos soldados haban desertado o se haban presentado a las autoridades espa1olas. Tras diez a1os de combates, muchos llegaron a la conclusi1n de que por el momento no era posible obtener la victoria. En la segunda mitad de 1877 se desarrollaron prolongadas negociaciones, gracias a la astucia del gobernador espa1ol Mart1nez Campos, quien juzg1 m1s provechoso sembrar la confusi1n en el campo insurgente ofreciendo una paz honorable.

Como M1ximo G1mez no se consideraba un pol1tico, decidi1 no oponerse a las negociaciones; pero, como no estaba de acuerdo con ellas y vea que nada poda hacer, decidi1 presentar renuncia de su cargo de Secretario de Guerra. Contrariamente a lo que muchos supusieron, el no jug1 ning1n papel en las negociaciones que culminaron con la paz de El Zanjn, en enero de 1878. De la misma manera, decidi1 no obtemperar en lo m1s m1nimo con el r1gimen espa1ol, por lo cual pidi1 autorizaci1n para abandonar la isla. Esto no le fue posible de inmediato, por lo que se vio forzado a tener una entrevista con el gobernador espa1ol y sus principales ayudantes. Mart1nez Campos lo inst1 a que pidiera lo que quisiera *“excepto la mitra del Arzobispo”*. Ante la negativa de



Gómez Martínez Campos le ofreció un préstamo a título personal, para que al menos se marchara a su país, sin esa “*ropa miserable*”. La respuesta de Gómez reveló su integridad:

“General, no cambio yo por dinero estos andrajos que constituyen mi riqueza y son mi orgullo; soy un caído, pero sé respetar el puesto que ocupé en esta Revolución”.

Él no había seguido la corriente favorable a la paz, pero al mismo tiempo había captado la inutilidad de los esfuerzos para proseguir las hostilidades. Por eso aconsejó a Antonio Maceo que depusiese su resistencia en la zona de Santiago de Cuba, y, desde el exilio, decidió no secundar el conato de insurrección dirigido por Calixto García, en 1880, en el extremo oriental, que recibió el calificativo de *Guerra Chiquita*. Por esas actitudes, encontró un ambiente insultante en la emigración, donde muchos llegaron a la conclusión de que él había sido el responsable de la derrota, atribuyéndole haber recibido una fabulosa suma de dinero. Llevando una vida miserable en Jamaica, donde tuvo que laborar como jornalero en la hacienda de un judío, se vio obligado a refutar todas esas imputaciones infames. Con el tiempo, la influencia de testimonios de otros actores restableció la verdad de los hechos y cesó la campaña de infundios.

En 1879, a través de un insurgente cubano emigrado a Honduras, el presidente de ese país le ofreció a Gómez la misión de reorganizar el ejército. Duró poco tiempo en esa actividad, pues el presidente hondureño fue depuesto. Comenzó a llevar una vida errante, en vinculación con los emigrados cubanos que empezaban a reorganizarse con el fin de reiniciar la insurrección. La postura de Gómez ante esos planes fue tajante, señalando que no habían madurado las condiciones para la guerra tras un desenlace tan decepcionante como el de la Paz de El Zanjón. No se negaba a la eventualidad de secundar una iniciativa revolucionaria, pero sí a aceptar la jefatura de una expedición, por entender que era un extranjero que había sido desconsiderado en medio de conflictos y aspiraciones innobles.



Este estado de ánimo, sin embargo, no le duró mucho tiempo. No obstante su reiterada negativa, las figuras de más valer entre los emigrados llegaron a la conclusión de que la única posibilidad de un reinicio exitoso de la guerra dependía de que el guerrero dominicano se pusiera al frente de las operaciones. En esos años comenzó a sobresalir entre los emigrantes José Martí. Dotado de una claridad superior acerca del contenido de la independencia de Cuba, Martí fue cohesionando a sectores de la emigración, sobre todo en Estados Unidos, como los trabajadores tabaqueros del sur de La Florida.

Finalmente, una gran parte de los jefes emigrados se pusieron de acuerdo en conferir el mando supremo a Máximo Gómez, con el fin de propiciar una expedición a la isla. Gómez aceptó esa posición sobre la base de que se observase una estricta disciplina. En ocasión de uno de los tantos preparativos, en una reunión Gómez le señaló a Martí, al parecer de forma un poco airada, que no le correspondía ocuparse de un problema, lo que motivó una carta terrible del intelectual en que le señalaba: *“un pueblo no se funda, General, como se manda un campamento”*. Y a continuación le achacó que su estilo de conducción militar podía

“atraer a mi tierra a un régimen de despotismo personal, que sería más vergonzoso y funesto que el despotismo político que ahora soporta”.

Era el anuncio de la ruptura y Gómez, profundamente herido, decidió no responder. Resulta evidente que Martí no había aquilatado correctamente la intención democrática que siempre animó la acción de Gómez en la jefatura. Sobrevino así un cisma entre el ala militar y el ala político-intelectual, pues casi todos los antiguos generales se mantuvieron solidarizados con su maestro. Entre ellos se destacó Antonio Maceo, ya dotado de un prestigio inmenso, quien desarrolló una suspicacia rayana en el desdén hacia Martí, a quien visualizaba como un intelectual carente de condiciones prácticas.



Mientras tanto, todos los intentos que se emprendían terminaban en el fracaso. El más importante revés fue la pérdida de las armas que había llevado Gómez a Santo Domingo, aprovechando la disposición a colaborar de su primo, el presidente Francisco Gregorio Billini. Éste tuvo que renunciar y Ulises Heureaux, el hombre detrás del trono, ordenó la prisión de Gómez, sospechando que estaba en gestiones favorables a Billini y a su enemigo Césareo Guillermo. En esa ocasión Gregorio Luperón se solidarizó con Heureaux, no obstante su prolongada disposición a apoyar a los rebeldes cubanos, lo que ocasionó un conflicto entre ambos próceres.

Al fracasar todos estos intentos, tras deambular por diversos lugares de América, Gómez se estableció en Monte Cristi, acogiéndose a la protección de Juan Isidro Jiménez, propietario de una poderosa compañía dedicada a la extracción de campeche. En esos años Martí fundó el Partido Revolucionario Cubano, que logró la adhesión de los círculos más activos del exilio y delineó una concepción política novedosa. Ahora bien, los proyectos revolucionarios se encontraban en un punto muerto porque quienes tenían capacidad de encabezar las acciones armadas seguían obstinados en la idea de que Gómez era el único dotado de las condiciones para encabezar la contienda. La nueva generación tenía en el pensamiento de Martí una guía política mucho más desarrollada, pero carecía de las dotes acumuladas por los veteranos de la anterior generación en la Guerra de los Diez Años.

Durante años Gómez y Martí se mantuvieron distantes, sintetizando una divergencia de generaciones. El primero no dudó en apreciar la pureza de intenciones de quien luego sería calificado como el Apóstol, pero dudaba de su capacidad como jefe político. Con el tiempo, esas asperezas fueron superándose gracias a la intervención de algunos emigrados. Consciente de que para emprender la guerra por la libertad resultaba imprescindible contar con Gómez, Martí decidió ir a visitarlo a Monte Cristi en 1892, ofreciéndole la jefatura estrictamente



focalizada en el plano militar, lo que implicaba que se subordinaría jerárquicamente, precisamente lo que había cuestionado en la desavenencia de 1884. Antes de llegar a Monte Cristi, con el fin de romper las reticencias del guerrero, Martí le envió una carta desde la vecina Santiago, en la que ponía en juego toda su elocuencia literaria:

“Yo ofrezco a Ud., sin temor de negativa, este nuevo trabajo, hoy que no tengo más remuneración para brindarle que el placer del sacrificio y la ingratitud probable de los hombres (...). Los tiempos grandes requieren grandes sacrificios, y yo vengo confiado a pedir a Ud. que deje en manos de sus hijos nacientes y de su compañera abandonada la fortuna que les está levantando (...), para que venga a ayudar a Cuba a conquistar su libertad, con riesgo de la muerte”.

En realidad Gómez no había renunciado a la disposición de reemprender la laucha en cualquier momento. Aunque se viera a sí mismo como un simple oficial, penetrado agudamente del sentimiento de ser un extranjero que debía obrar con cautela, se había impuesto de manera inquebrantable como misión de vida la de ayudar a los cubanos a obtener su libertad. Aceptó la jefatura el mismo día en que recibió la carta, y entabló con Martí una relación entrañable que duraría hasta el día de la muerte del último. Puede decirse que la concepción revolucionaria del guerrero se fortaleció y se afinó por medio de la consustanciación con el luminoso ideario del Apóstol. Ambos coincidieron en que había llegado la hora de la guerra; ambos estaban dotados de un intenso sentimiento social a favor de los humildes; ambos combatieron sin cuartel la postura de los autonomistas partidarios de un régimen de libertades en el contexto del Estado Español; y ambos coincidieron, silenciosamente, en atisbar el peligro que emanaba del poderío de Estados Unidos para la consecución de la independencia de Cuba.



La Guerra de Independencia

Acordaba la jefatura de Máximo Gómez, se logró sumar a prácticamente todos los veteranos emigrados, entre los cuales sobresalía Antonio Maceo. Este, a diferencia de Gómez, no había abandonado su postura de hostilidad respecto a Martí. Gómez tuvo que trasladarse a Costa Rica, junto a Martí, para convencer a Maceo, lo que logró sin dificultad. De ahí en adelante todos los antiguos generales se sumaron al proyecto, consiguiéndose también la adhesión de los conspiradores que se encontraban en el interior de la isla.

Poco a poco fue concretándose un plan mediante el cual confluían tres contingentes expedicionario, de unos doscientos hombres cada uno, con destino a las tres regiones de la isla. Partiendo de Estados Unidos, los barcos, con el pretexto de recoger jornaleros para América Central, saldrían desde el puerto Fernandina, La Florida, Estados Unidos, para desde ahí ir a los diversos lugares a recoger a los expedicionarios. Una de las expediciones saldría de La Florida, dirigida por Carlos Roloff, un polaco veterano de los Diez Años; otra saldría de Costa Rica, al mando de Maceo; y la tercera de Monte Cristi, comandada por Gómez. Cuando los tres barcos iban a zarpar, fueron apresados y decomisados por el gobierno de los Estados Unidos, atendiendo a las denuncias de Madrid. En todo ese proceso el gobierno de Estados Unidos no prestó el mínimo sostén a la causa cubana, mostrándose más bien hostil, por cuanto no dejaba de albergar el plan de apoderarse de la mayor de las Antillas.

El golpe fue demoledor, ya que se esfumó el producto de años de contribuciones de los tabaqueros residentes en Tampa y Cayo Hueso y obreros de New Orleans y New York, en los Estados Unidos y cundió el desánimo. Gómez, sin embargo, se mantuvo inflexible en la determinación de que había que lograr cualquier medio para iniciar la insurrección. El fracaso de



Fernandina no impidió que algunos de los grupos de conspiradores iniciaran por su cuenta la rebelión, lo que hacía más imperativo el desembarco para darle una proyección nacional. Gracias a las gestiones de algunos emigrados residentes en Santo Domingo y a la intervención de Federico Henríquez y Carvajal, el tirano dominicano Ulises Heureaux entregó la suma necesaria para que Gómez, Martí y su reducido séquito salieran de Monte Cristi a iniciar la guerra. Martí consiguió una exigua suma adicional, parte de la cual destinó a Maceo para que pudiese salir desde Costa Rica. Inicialmente este se negó, considerando, indignado, que la suma era ridícula, pero terminó inclinándose ante las exhortaciones de Gómez, en carta del 27 de febrero, quien le señaló que, por cuanto *“ya hay humo de pólvora en Cuba y cae en aquellas tierras sangre de compañeros, no nos queda otro camino que salir por donde se pueda y como quiera”*.

En esos días Martí redactó un documento programático, a nombre del Partido Revolucionario Cubano, también suscrito por Gómez, conocido luego como Manifiesto de Monte Cristi, en el que se anunciaba el propósito de instaurar un orden republicano de contenido social y libertario. Este documento pasó a ser reconocido en lo adelante como el referente básico de la lucha independentista cubana.

Finalmente, el 1ro. de abril de 1895 Gómez y Martí abandonaron Monte Cristi en una goleta, acompañados de Francisco Borrero, Angel Guerra, César Salas y el dominicano Marcos del Rosario. Después de peripecias, y gracias a la ayuda del cónsul haitiano en Bahamas, lograron que el capitán de un buque mercante alemán, a cambio de 1,000 dólares, les permitiera descender en una yola a la vista brumosa de la costa cubana, desembarcando en Playita de Cajababo, cerca de Baracoa, la noche del 11 de abril. Tras una travesía en extremo peligrosa, llegados los seis expedicionarios a su destino, Gómez se inclinó reverente y besó la arena de su segunda patria.



Ya hacía dos meses que se habían iniciado las hostilidades en Oriente. Maceo, junto a Flor Crombet, otro connotado veterano de los Diez Años, había desembarcado días antes y acaudillaba las operaciones. Aun así, a los seis expedicionarios les resultó difícil establecer el contacto con las partidas insurgentes. Finalmente, lograron establecer contacto con José Maceo y luego se produjo la entrevista con Antonio Maceo en *La Mejorana*, donde el jefe insurrecto externó graves recriminaciones a Martí, posiblemente resentido por lo que estimo que había sido una insuficiente disposición a apoyar la expedición que tenía montada desde Costa Rica. A pesar de la renovada desconfianza hacia el “*doctor*”, Maceo ratificó el reconocimiento de la jefatura de Gómez. En lo adelante, entre el general en jefe y su lugarteniente se estableció una cooperación de tal naturaleza que garantizó la conducción exitosa de las operaciones.

Gómez imprimió la directriz de que había que lograr, a toda costa, una ofensiva constante como clave para el triunfo. A pesar de contar todavía con una tropa pequeña, decidió atacar una columna española en Boca de Dos Ríos, donde perdió la vida Martí, a quien días antes había designado mayor general. El golpe no podía ser sino demoledor, pero Gómez no podía arrendarse, pues nadie como él tenía conciencia de que a la guerra se iba a morir. Tras Martí, otros tres expedicionarios salidos de Monte Cristi cayeron en combate, sobrevivieron únicamente los dos dominicanos: Gómez y Marcos del Rosario.

El aspecto crucial de la concepción estratégica que movió operaciones radicó en extender la guerra hacia el oeste. Gómez calibró a perfección que la anterior contienda se había saldado en el fracaso debido al éxito del gobierno peninsular de mantener la insurrección confinada a la mitad oriental de la isla. Como parte de su decisión de sostener constante la ofensiva, consideró que había que trasladar la punta de lanza de la contienda hacia el occidente con la mayor rapidez posible, de forma tal que se evitara que las tropas españolas adoptaran



previsiones que bloquearan la invasión. Inicialmente Maceo se opuso, alegando que convenía primero fortalecer la retaguardia y designar un gobierno, pero Gómez hizo valer su posición. Implícitamente, aunque suscribía el plan de Gómez, Maceo seguía aferrado a depositar mayor confianza en la firmeza de la zona oriental. Por el contrario, Gómez entendía que la clave radicaba en extender la guerra a todo el territorio cubano, poniendo el énfasis en el efecto de desarticular la retaguardia enemiga en la zona de influencia de La Habana.

El general en jefe no esperó a que su lugarteniente se incorporara a la invasión a Occidente, por lo que se dispuso a iniciarla contando con poco más de mil hombres. Primeramente, neutralizó la negativa de actuar de los principales conspiradores de Camagüey, entrando con prontitud a esa provincia, donde obtuvo refuerzos considerables, sobre todo por la disposición al combate que mostraron los jóvenes.

Tras la conformación de partidas de insurrectos en Camagüey, Gómez pudo entrar en esa provincia a inicios de junio. A lo largo de ese mes propinó varias derrotas a las tropas españolas, lo que le colocó en condiciones de llevar a cabo lo que denominó *Campaña circular*, un recorrido de varios días por los alrededores de Puerto Príncipe, capital de la provincia, demostrando a sus habitantes tener el control del campo. Otro punto en que expresó concepciones distintas a las de Maceo fue en cuanto al tratamiento que debía darse a las haciendas. El lugarteniente creía que era necesario proteger a los hacendados con el fin de obtener impuestos de guerra. En cambio, para el general en jefe había que destruir la riqueza del país como forma de arruinar la economía y crear una crisis general. Fue lo que comenzó a hacer de nuevo en Camagüey y prosiguió hasta las puertas de La Habana, impidiendo que se llevara a cabo la zafra de 1895-96.

Cuando, a fines de octubre de 1895, entendió que la chispa de la rebelión había prendido en Camagüey, decidió de nuevo traspasar la Trocha de Júcaro a Morón. Favorecía su proyecto el



hecho de que el estallido de Oriente había estimulado la aparición con partidas rebeldes en Las Villas. Cuando Maceo hizo lo mismo, un mes después, Gómez ya había logrado cohesionar a las tropas dispersas de Las Villas y obtener un número elevado de reclutas. Ahora disponía de tres mil hombres, cifra que estimaba suficiente para emprender el más riesgoso proyecto, la invasión de las provincias de Matanzas y La Habana, zonas y ciudades del dominio español. Abrigaba el objetivo, de llevar la guerra *“hasta los últimos confines de Occidente, hasta donde haya tierras españolas”*.

Se sentía con la confianza de contar con un ayudante de la talla de Maceo, pues le permitía operar en dos frentes, sin riesgo de errores. Reunidos los dos cuerpos invasores, el general en jefe lanzó una arenga advirtiendo la terrible tarea que tenían por delante. El gobernador Martínez Campos había recibido amplios refuerzos desde España, y en poco tiempo las tropas españolas en la isla superarían los 225,000 hombres. Dijo Gómez a sus soldados:

“En estas filas que veo tan nutridas, la muerte abrirá grandes claros. No os esperan recompensas, sino sufrimientos y trabajos. El enemigo es fuerte y tenaz... El triunfo sólo puede obtenerse derramando mucha sangre. ¡Soldados!, no os espante la destrucción del país, no os extrañe la muerte en el campo de batalla... Poco se ha hecho hasta ahora, poco hemos andado”.

De nuevo, ante el riesgo de que la concentración de insurgentes provocara cuantiosas pérdidas a los españoles, el gobernador dispuso agrupar las fuerzas en grandes unidades, lo que les restaba movilidad. En las puertas de Matanzas, tras algunos triunfos, ante el hecho de que se le oponían unos 80,000 hombres en un espacio reducido, Gómez ordenó una *contramarcha*, para hacer creer que renunciaba al objetivo de penetrar en dirección a La Habana. El gobernador cayó en la celada y destinó grandes contingentes hacia el sur de Las Villas, lo que le abrió el camino a los mambises hacia La Habana. Así,



en pocos días, los insurrectos pudieron traspasar una zona llena de peligros, a causa de la concentración de caminos, vías férreas y tendidos telegráficos. La caravana fue destruyendo esas instalaciones, al igual que la riqueza azucarera, justo en el momento en que iba a comenzar la zafra. Numerosos trabajadores, cesados del trabajo, se sumaron con facilidad a las huestes de mambises, en su gran mayoría compuesta de antiguos esclavos y pobres negros y mulatos.

Durante meses, las columnas de Gómez y Maceo recorrieron la provincia de La Habana, en un despliegue constante de maniobras, pues hacían frente a los contingentes principales del ejército español. Maceo prosiguió la invasión hasta Pinar del Río, mientras que Gómez llevaba a cabo sus maniobras, consistentes en marchas a partir de una zona al sur de la ciudad de La Habana, a la cual retornaba por una ruta paralela a la que venía de atravesar días antes. Lograda la destrucción de la riqueza azucarera de Occidente y levantados miles de reclutas entre los trabajadores azucareros desempleados, Gómez consideró que, como general en jefe, le correspondía retornar hacia el este, con el fin de que su columna articulase la conducción de la guerra entre el bastión de Oriente y la punta de lanza de Occidente a cargo del lugarteniente Maceo. Justificó su retorno a los linderos entre Camagüey y Oriente señalando que, destruida la plantación azucarera, únicamente restaba esperar a que el ejército español se desgastara. Como estrategia, era consciente de que la desproporción de diez soldados españoles por cada combatiente independentista cubano impedía un triunfo fulminante en Occidente.

Primeramente, consideró que cabía reorganizar la rebelión en sus bastiones de Oriente y Camagüey para reanimar las operaciones ofensivas en estas zonas. En tal sentido, propició la formación de un gobierno cubano, con el cual de inmediato entró en conflicto, pues pretendió inmiscuirse en las operaciones militares. Para el general, las operaciones debían estar



estrictamente centralizadas en el alto mando personificado por él. Emergió en el gobierno, asimismo, una corriente de repulsa a algunos de los jefes militares, especialmente a Antonio Maceo, Gómez se había asignado la tarea de levantar una nueva columna expedicionaria hasta Occidente con el fin de llevar pertrechos a Maceo, puesto que desde hacía tiempo no se recibían expediciones desde el exterior y sus operaciones se encontraban restringidas severamente por esta causa.

El gobierno se negó a considerar las peticiones de Gómez, lo que motivó su renuncia. Volvieron a lloverle las acusaciones de extranjero y dictador. Fue en este contexto de intrigas y divergencias que murió Antonio Maceo en el sitio de Punta Brava, San Pedro (Hoyo Colorado) provincia de La Habana, cercano a sus límites con la provincia Pinar del Río. Junto a Maceo murió el hijo del general en jefe, Francisco Gómez Toro. El impacto que le provocó la muerte simultánea de su lugarteniente y de su hijo lo llevó a retirar la renuncia de general en jefe tras recibir satisfacciones del gobierno, en cuyo seno se puso de manifiesto la necesidad de que él continuara en el mando.

A renglón seguido, concibió una campaña dirigida a lograr el desgaste del ejército enemigo a través de movimientos constantes alrededor de una zona. Considerando Oriente y Camagüey zonas ganadas, donde había logrado el reavivamiento de las operaciones, decidió trasladarse al centro de la isla al frente de una columna de casi 5,000 hombres. Procuraba que no se librara ningún combate importante, sino mantener el jaque al enemigo, obligándolo a prolongados recorridos diurnos bajo el sol abrasador y a pernoctar en zonas insalubres, pobladas de jejenes y otras alimañas que estorbaban el sueño.

Por la noche, mientras una parte de los mambises dormían tranquilamente, por la certeza de que los españoles no realizaban operaciones nocturnas, otros debían sostener un fuego a discreción sobre los campamentos españoles, imposibilitándoles dormir. Este diseño táctico fue posible porque los



oficiales españoles no se atrevieron a variar el esquema de formaciones numerosas que se desplazaban lentamente, en contraste con la extrema movilidad de la caballería mambí. El general en jefe escogió la finca La Reforma como centro de esa etapa de la guerra, donde más de veinte años antes había nacido su hijo recién caído. El campamento principal de la división se encontraba a la vista de la temida Trocha de Júcaro a Morón, otra de las paradojas derivadas de la destreza del general en jefe.

La fase final de la guerra se inició con la designación de Valeriano Weyler como gobernador. Este aplicó el procedimiento de “reconcentrar” la población rural dentro de campamentos rodeados de alambradas, con el fin de impedir el abastecimiento de los mambises. Muchos miles de cubanos humildes perecieron de hambre, enfermedades y violencias resultantes del atroz recurso de Weyler. Indudablemente, sobre la base de un costo tan elevado contra la población civil, el gobierno español pudo lograr cierto control sobre las operaciones. Pero no se trababa de nada sólido, por cuanto las tropas españolas se desgastaban en igual o en mayor proporción, víctimas de las enfermedades. Decenas de miles de soldados se encontraban en los hospitales y muchos de ellos tenían que ser trasladados prematuramente a la península. Los hechos dieron la razón a la orientación de Gómez de que, ya en esa situación, lo único que cabía era esperar.

Frente a la invasión norteamericana

Si bien la victoria de los *mambises* no estaba próxima, el tiempo seguía operando a su favor. El dominio español aparecía como un anacronismo insostenible. La prohibición de actividades económicas, que logró un elevado grado de éxito, demandaba una solución política. Es lo que explica que, en 1897, el gobierno español decidiera conceder un régimen autónomo a la isla, precedido por la designación de Ramón Blanco como gobernador, en sustitución del sanguinario



Weyler, pensando que así se desactivaría la guerra. Hubo, empero, unanimidad en el campo insurgente de que la obtención de la independencia seguía siendo un objetivo innegociable.

Como el tiempo seguía operando a favor de los rebeldes, el gobierno norteamericano decidió intervenir, con el propósito de que el final del dominio español permitiera la anexión de Cuba, tal como había hecho con Puerto Rico y Filipinas, las otras dos posesiones de ultramar perdidas por España en la Guerra Hispánico-Norteamericana de 1898. Los combates entre norteamericanos y españoles duraron muy poco tiempo a causa del desbalance en armamentos a favor de los primeros y el desgaste de la tropa peninsular tras tres años de guerra.

Durante los primeros meses la presencia norteamericana fue muy bien acogida por la población cubana, pues conllevó el final de la guerra y del dominio español. Gómez, a pesar de la claridad que tenía sobre los objetivos nacionales cubanos, se sumó a ese estado prevaleciente de opinión. En tal sentido, procuró inicialmente cooperar con las tropas invasoras, pensando que el propósito del gobierno estadounidense estaba en reorganizar el país y crear las condiciones para el autogobierno del pueblo cubano. Lo alentó en esa idea el hecho de que Estados Unidos rechazó la inícuca oferta del gobierno español de aceptar de inmediato el traspaso del dominio colonial sobre Cuba y que recibió seguridades del presidente McKinley de que se respetaría la independencia de la isla.

En ese contexto sobrevino una aguda divergencia entre Gómez y la Asamblea de Representantes reunida en El Cerro, suburbio al sur de La Habana. En ese cuerpo, que discutía el conjunto de medidas para la creación de un orden en la isla, se aceptó la oferta de un préstamo para el licenciamiento de los combatientes del Ejército Libertador. Estaba promovido por el financista C. M. Cohén, e implicaba condiciones onerosas, sobre todo por una tasa de descuento de 35%. El general en jefe se opuso al empréstito, lo que motivó que fuera destituido por la Asamblea, donde llovieron de nuevo los epítetos en su contra.



Muchos de los que se pronunciaron contra él, patriotas sinceros, con el tiempo advirtieron su error y aceptaron la alerta de Gómez en contra de todo empréstito externo por el convencimiento de que lesionaría la independencia nacional.

Ante el despropósito de la Asamblea de El Cerro, el pueblo de La Habana salió en las calles en defensa del destituido general, aclamado durante días de manifestaciones multitudinarias. No había duda de quién personificaba la gesta libertadora. Desacreditada y objeto de la repulsa agresiva de la gente, al poco tiempo la Asamblea decidió autodisolverse. En la primera constitución cubana se incluyó una cláusula dirigida a permitir que el guerrero dominicano pudiese ocupar la presidencia, como era demandado por la mayor parte del pueblo. Aún así, él no deseaba inmiscuirse en asuntos políticos y menos aspiraba a la presidencia, por la certeza de que había cumplido con el deber de su conciencia, trazándose más bien el objeto de retornar a vivir a Baní lo antes posible.

Sin embargo, se vio forzado a ejercer una función orientadora, beneficiado por su prestigio, buscando contribuir a que el pueblo cubano encontrara los medios para realizar dignamente su destino. Reconoció que aspiraba a ser sombra de Bolívar y demás libertadores de América, pero nunca un presidente dedicado a enriquecerse y a oprimir a su pueblo. Tuvo que terminar aceptando la misión de mentor moral de la naciente vida nacional cubana, colocado por encima de las pasiones y capaz de propugnar por la aplicación de los principios democráticos y revolucionarios.

En esa nueva misión tuvo que enfrentar a las pretensiones de los norteamericanos por hacerse del control de Cuba a través de una anexión o protectorado. Le tocó encarnar el estado de opinión contrario a las exigencias norteamericanas. Tras la fase de esperanzas de cooperación con Estados Unidos, como lo pone de relieve Jorge Ibarra, Gómez llegó a la conclusión de que existía un conflicto irremediable entre la aspiración cubana a la autonomía nacional y los intereses de Estados Unidos. En su



proceso de radicalización llegó a la conclusión de que Estados Unidos se había conformado como un imperialismo que amenazaba la independencia de Cuba. A medida que se perfilaron las intenciones de los círculos gobernantes de Washington, la opinión pública cubana se fue dividiendo entre quienes, abierta o solapadamente, apoyaban la anexión o cualquier fórmula de dependencia estrecha de Estados Unidos y aquellos que ratificaban el objetivo de la independencia absoluta. Al guerrero dominicano le correspondió encarnar esta segunda postura, entrando en conflicto con las acciones del gobernador militar estadounidense, general Leonard Wood, promotor de la anexión de la isla.

Los norteamericanos decidieron moderar sus planes de anexión ante el temor de que en Cuba se reiterase una situación similar a la de Filipinas, donde los rebeldes dirigidos por Aguinaldo tenía en jaque a 60,000 soldados estadounidenses. Gran parte de los *mambises* se negaron a entregar sus armas, en señal de desconfianza frente a los interventores, y estaban en disposición de alzarse de nuevo en armas si se desconocía el derecho a la independencia absoluta. De ahí que Washington tuviese que renunciar a la idea, abiertamente combatida por Gómez y otros patriotas, de instalar un gobierno civil, a la manera de ensayo preliminar para la anexión.

Mientras tanto, los jefes militares norteamericanos aconsejaron que se votara por personas de nivel social en las elecciones para los integrantes de la Asamblea Constituyente. Se oponían, así, a los dirigentes involucrados en la guerra de independencia, lo que dio lugar a una protesta airada de Gómez. Este pasó a ser visto en Washington como un “*vulgar agitador*”, enemigo de Estados Unidos. Empero, él decidió no extremar su postura con el fin de que no hubiese pretextos que permitieran la perpetuación de la ocupación militar estadounidense. Aun así llamó con beligerancia a votar por los auténticos patriotas, vinculados a su juicio a las clases populares, atacando



a los antiguos integristas hispánicos y autonomistas, que él identificaba con la minoría social privilegiada.

Como descartó presentarse a la presidencia, Gómez cooperó con la candidatura de Tomás Estrada Palma, sucesor de Martí en la dirección del Partido Revolucionario Cubano, quien de palabra mantenía posturas nacionales íntegras, en contraste con otros favorecedores de una conjunción los autonomistas. Sin embargo, tras ganar las elecciones, Estrada Palma puso de manifiesto su postura pro-norteamericana. Máximo Gómez fue alejándose de manera progresiva del gobierno, achacándole reiterar los males conocidos en las repúblicas latinoamericanas. Se alineó resueltamente con los partidarios de la independencia, críticos de la Emmienda Platt, mediante la cual se mediatizaba la soberanía cubana por conceder derecho a Estados Unidos a intervenir en los asuntos internos de la naciente república. Cuando se fundó el Partido Liberal, en 1904, receptor de varias corrientes nacionales y democráticas en oposición al gobierno de Estrada Palma, Gómez no vaciló en ofrecerle su adhesión como parte de la misión que se había impuesto de orientador moral. Poco después fallecía, el 17 de junio de 1905.

En los meses anteriores a su muerte, el prócer dejó un legado ideológico que continuaba la orientación democrático-revolucionaria de Martí. Por ejemplo, en el artículo *El porvenir de las Antillas* estableció que, para evitar la repetición de las experiencias latinoamericanas, se precisaba la “*unidad fundamental de la raza*”, aludiendo a la igualdad que debía reinar entre blancos, mulatos y negros. De acuerdo a su concepción radical, eso era el requisito clave para forjar una “*comunidad histórica y de raza*”, ya que de otra manera emergería “*un conflicto social permanente, con un antagonismo que desemboca en la república oligárquica o en la demagogia y en la inestabilidad de la anarquía*”. Estas expresiones sintetizaban sus posturas críticas ante el desempeño oligárquico, corrompido y antinacional de la élite gobernante que rodeaba al presidente Estrada Palma.



Las investigaciones realizadas por Emilio Cordero Michel acerca del pensamiento del prócer lo han llevado a considerar que perseguía el establecimiento de una república social sustentada en la asociación cooperativa de los pequeños productores. Se han hecho inferencias polémicas por sus posiciones hostiles al movimiento obrero; pero, como Jorge Ibarra ha bien explicado, se debieron a su repudio a los anarquistas españoles, quienes habían mostrado indiferencia y a veces oposición hacia la lucha independentista. La prueba en contrario de esas suposiciones las dio él mismo cuando especificó en qué sentido se sentía un convencido socialista, posición más progresista que las manifestaciones hasta el momento por todos los otros próceres nacionales cubanos y antillanos.

El retorno a la patria

El libertador de Cuba nunca dejó de sentirse dominicano. A la primera oportunidad, realizó una visita a la patria, llegando el 18 de abril de 1900. Fue recibido por una comitiva encabezada por el vicepresidente Horacio Vásquez y el secretario de Relaciones Exteriores Francisco Henríquez y Carvajal Eugenio Deschamps pronunció un encendido discurso, considerado el cenit de su oratoria.

Con palabras sencillas, el eximio visitante respondió que todas su lucha en pro de la independencia de Cuba la había realizado considerándose representante del pueblo dominicano, habiendo estado todo el tiempo atento a esa responsabilidad. Tenía toda la razón; para los dominicanos la guerra de independencia de Cuba, a partir de 1895, se hizo una causa propia, no obstante las condiciones lamentables por las que atravesaba el país bajo el yugo de Heureaux. En la prensa aparecían continuamente informaciones acerca de la campaña. Los intelectuales escribieron innumerables artículos dedicados a ponderar la causa del pueblo cubano y a estimular la



solidaridad. Entre tantos otros se distinguieron Francisco Gregorio Billini, Américo Lugo, Federico Henríquez y Carvajal, Eliseo Grullón y Rafael Abreu Licairac. Se organizaron colectas de fondos en auxilio de los insurgentes y cientos de dominicanos abandonaron la comodidad de sus hogares para correr el riesgo de perecer en combate dentro de las filas del Ejército Libertador de Cuba. El general en jefe acogió algunos de ellos en su escolta. Lorenzo Despradel, un joven intelectual vegano, designado secretario personal del general en jefe, escribió luego valiosas notas acerca de sus vivencias en la guerra en que tuvo la honra de servir como comandante.

En la visita de 1900 Gómez publicó en el *Listín Diario*, el 28 de mayo, un sentido artículo, *La vuelta a mi tierra*, en el que narra las impresiones que le provocó el reencuentro con Baní, su terruño. Pero lo que más le preocupó fue transmitir la experiencia política que había acumulado en treinta años de afanes. Como era un ciudadano dominicano, se sintió con la libertad de opinar, aunque antes pidiera perdón por haber vivido tantos años fuera de sus lares. El punto que más le inquietaba era la ya visible inherencia de Estados Unidos. Para él, la potencia del norte propendía a anular la independencia nacional de los pueblos antillanos. De ahí que abogara por el estrechamiento de la solidaridad entre Cuba y República Dominicana, siguiendo las orientaciones de otros próceres antillanistas. Todavía en ese momento no estaba despejado el futuro de Cuba como estado independiente. En un Álbum de homenaje a Federico Henríquez y Carvajal, Gómez insertó la nota titulada *Previsión*.

“La libertad y la independencia de Cuba es la garantía de la libertad y la independencia de Santo Domingo. Tal es la situación de ambos países, por su vecindad y por los lazos que, por más de un motivo, los une.

Si los hombres de pensamiento y bien inspirados, de las dos Antillas, se preocuparan de este pavoroso problema político, no



deben descuidarse un momento en asegurar una manera estable su independencia absoluta.

Se debe tener mucho miedo, primero a los pretextos y después al oro y a los cañones de los imperialistas del Norte”.

Dentro de esa tónica, se mostró intransigente en defensa de la independencia de Puerto Rico, un motivo más de tensión con los interventores norteamericanos en Cuba. En varias ocasiones se solidarizó con la cruzada de Hostos, a quien visitó en sus primeras dos visitas a Santo Domingo. Abogó por una ley que creara la doble nacionalidad entre cubanos y dominicanos, privilegio que debía extenderse a los puertorriqueños cuando alcanzasen la independencia. Durante la última visita a la patria natal, con motivo del Laudo Arbitral de 1904, uno de los eslabones del sostenimiento de la República Dominicana al protectorado del imperialismo norteamericano, Gómez escribió un texto titulado *Mis juicios manifestados con leal franqueza a varios de mis compatriotas dominicanos*. Llamaba a una rectificación de “*la desgraciada historia que ha traído el país a su perdición*”, la cual requería, en primer término, la superación de los antagonismos estériles entre banderías políticas. Comparó la situación a que estaba siendo reducida la República a la que ya se le había impuesto a Cuba, que para él había pasado de la dominación española a la norteamericana. Demandaba un compás de reflexión que permitiera la unidad nacional, palabras que quedaron como su legado postrero al pueblo dominicano.

“El Laudo aquí, como la Ley Platt en Cuba, es preciso matarlos, haciéndolos innecesarios y nulos, lo que se conseguirá, cuando se consiga que desaparezcan las causas que los han creado.

¡Atrás el extranjero!

Hermoso grito es ese, que demuestra el espíritu viril de un pueblo, pero ¡ah! primero es preciso pagar”.



Bibliografía

- Baéz Díaz, Tomás. *Máximo Gómez: El Libertador*. Santo Domingo, 1986.
- Gómez, Máximo. *Diario de campaña (1868-1899)*. La Habana, 1970.
- Ibarra, Jorge. *Máximo Gómez frente al imperialismo*. Santo Domingo, 2000.
- Infiesta, Ramón. *Máximo Gómez*. La Habana, 1937.
- Morales, Salvador. *Máximo Gómez. Selección de Textos*. La Habana, 1986.
- Rodríguez Demorizi, Emilio. *Papeles dominicanos de Máximo Gómez*. Santo Domingo, 1985.
- Souza, Benigno. *Máximo Gómez, El Generalísimo*. La Habana, 1972.



Tácticas militares de Máximo Gómez*

Radhamés Hungría Morell**

I

Se define la *Estrategia* como el conjunto de procedimientos concebidos y aplicados para dirigir las operaciones militares, mientras la *Táctica* es el arte de disponer, mover y emplear las tropas sobre el campo de batalla con orden, rapidez y recíproca protección, teniendo en cuenta: misión, terreno, enemigo y medios propios. Es en resumen la *Táctica*, como alguien la consideró en el pasado, es: “*El sentido común aplicado a la guerra*”.

No debe confundirse pues, la Táctica con la Estrategia aunque la primera se fundamenta en la segunda, pues esta última sienta principios básicos, esenciales, que son inmutables, y por consiguiente, independientes de los tiempos y de los medios, cuyos principios son: la acción de conjunto, la sorpresa y el de mayor alcance moral que es la voluntad de vencer, que consiste en la entereza espiritual del mando y de las tropas a su disposición para imponerle al contrario la potencia volitiva de vencer, de aniquilar al enemigo y ocasionarle su total y final destrucción.

* Ponencia presentada en el “Seminario Nacional Máximo Gómez en las Antillas”, celebrado en el Museo Nacional de Historia y Geografía, el 26 de julio de 1986, en ocasión del sesquicentenario del nacimiento del Generalísimo. Publicado en la *Revista de las Fuerzas Armadas*, Santo Domingo, octubre de 1986, pp. 49-58.

** General de Brigada (R) Ejército Nacional. Investigador e historiador militar del Museo Nacional de Historia y Geografía que publicó varios trabajos del pretérito castrense dominicano.



Al establecer estas diferencias de la ciencia militar entre lo que es la *Estrategia* que está basada en principios, y el arte de su aplicación que es la *Táctica*, quiero significar asimismo que ambas virtudes son concurrentes en los genios militares de todos los tiempos, desde Alejandro Magno hasta Napoleón Bonaparte y los que en los tiempos modernos o recién contemporáneos han sido grandes capitanes y entre éstos puede considerarse como tal al dominicano generalísimo Máximo Gómez, Libertador de Cuba, llamado por el periódico *London News*, de Inglaterra, *El Napoleón de las guerrillas*, según nos cita el Dr. Benigno Souza en su libro sobre este gran adalid, cuyo machete victorioso en los campos cubanos logró derrotar a las tropas españolas para la conquista de su libertad.

Este paladín glorioso de la independencia de Cuba, su país de adopción pero no de stirpe y nacimiento puramente dominicanos, fue asimismo considerado por los analistas y tratadistas militares alemanes en la década del treinta del presente siglo, como el máximo gran capitán de las luchas bélicas independentistas, habiendo el Colegio Superior Militar de México traducido y publicado en su revista oficial, en aquella época, un minucioso estudio y análisis de un trabajo que fue preparado por la Escuela de Estado Mayor de Berlín, acerca de las prodigiosas campañas militares que llevó a cabo ese genio guerrero que fue Máximo Gómez.

Las *Guerras de guerrillas* comenzaron como un sistema organizado cuando Aníbal, durante su invasión hacia Roma, venció a los ejércitos romanos en las batallas de *Tesino*, a las legiones de Cornelio Escipión en *Trebia* y a las de Faminio en *Aretio* (218 A. C.), entonces se vieron precisados los romanos, alarmados por los resonantes triunfos de los cartagineses y sus aliados los galos cisalpinos, a nombrar dictador a Fabio.

Este comprendió la imposibilidad de vencer a Aníbal enfrentándosele en batallas campales, decidiendo hacerle *Guerra de guerrillas* en las montañas, siempre siguiéndolo a



prudente distancia durante sus marchas y contramarchas y tratando de agotarlo en estas idas y venidas en donde sólo acosaba a la retaguardia. Por eso Fabio mereció el sobrenombre de *El Prudente*.

Este método de guerra siguió empleándose en todos los tiempo y lugares y fue precisamente en España, la nación que no pudo vencer en nuestro territorio al cacique *Enriquillo*, que la agotó en la Sierra del Batoruco en el tercer decenio del siglo XVI, y derrotados por nuestras guerrillas, pasados más de tres centurias, durante nuestra Guerra Restauradora, en donde se perfeccionó el sistema guerrillero llevado a cabo por España contra Napoleón, entre los años 1808 y 1814. Fue entonces el español, como lo califica el historiador militar mexicano, general Gustavo A. Salas,

“el tipo de guerrillero excepcional que surgiendo de las escabrosidades de las montañas extendiéndose muy luego en toda la península para ser la pesadilla de los vencedores de Marengo y Austerlitz.”

Durante la Guerra de la Restauración de nuestra soberanía en contra de la segunda Reincorporación a España, que se inició con el primer combate en Macabón el día siguiente del grito libertador dado en Capotillo, se fueron estableciendo reglas cómo, cuándo y dónde se debía combatir al experimentado adversario que nos dominaba.

Al respecto se refiere el periódico *El Contemporáneo* de Madrid, en fecha 26 de abril de 1864, acerca de una carta enviada por:

“Una persona entendidísima, lo siguiente: El General Mella, uno de sus más distinguidos corifeos, acaba de circular una proclama a las masas rebeldes; y conocedor del país concluye recomendándoles la resistencia y haciéndoles presente, que ésta, y la espesura de sus montes, y el clima tropical se encargarán muy pronto de dar cuenta de las tropas españolas. Lo que el general Mella dice a su gente, es hasta



cierto punto la verdad, que hasta hoy lo demostró la experiencia”.

El “*faccioso*” Mella, el artífice de la “*Guerra de guerrillas y uno de sus más distinguidos corifeos*”, tal como lo catalogaron los españoles, fue ciertamente el principal autor que recopiló en una Cartilla las reglas básicas de este sistema *sui generis* de hacer la guerra, este tipo fundamental o método especial de combate, reglas no siempre fijas y cambiantes según la situación, los tiempos, el espacio del terreno donde se opera y las circunstancias que nunca son las mismas y los medios de acción para aplicarlas, como son las armas (infantería, caballería y artillería y otras ya modernizadas) y los servicios determinantes para satisfacer necesidades específicas para el cumplimiento eficaz de ciertas misiones.

En la *Estrategia* los principios son inmutables, independientes de los tiempos y los medios, como son la “*Voluntad de vencer*” y la “*Acción de conjunto*”, la “*Movilidad*” y la “*Sorpresa*”, que con sus derivados: “*Libertad de acción*” “*Economía de fuerzas*”, y “*Aprovechamiento del éxito*”, son aplicables a la *Táctica*, como también el de “*La unidad del mando*”. Pero en general, no hay reglas fijas y permanentes en las operaciones militares ejecutadas tácticamente y menos cuando se emplea el método guerrillero en donde imperan factores tales como *la sorpresa, la prudencia, la precaución, la astucia, la seguridad* y aunque parezca paradójico con esos elementos: *el atrevimiento, la audacia y el valor* sin llegar a lo temerario.

En la concepción guerrillera de Mella se prevee el evitar arriesgar un encuentro general contra el enemigo que se supone más numeroso, mejor armado, adiestrado y disciplinado, sino agobiarlo con guerrillas ambulantes y acosarle día y noche, combatiendo al abrigo de los montes y del terreno ventajoso, haciendo uso del *machete*, preparándole emboscadas, etc. Esas reglas las aprendió Gómez en su país, las asimiló y las aplicó casi hasta el infinito en Cuba.



II

Decía en sus *Memorias* Napoleón Bonaparte, el genio militar por excelencia, el máximo Gran Capitán de todos los tiempos, que:

“La guerra es un arte simple y modo de ejecución; arte simple, en lo relativo a sus amplias concepciones, puesto que las más maravillosas creaciones están al alcance de todos y se discuten con calor hasta en los billares y los cafés; arte simple en la concepción, pero infinitamente complejo en la ejecución”.

En simples palabras: *“Lo sencillo resulta dificultoso”*, tal como expresaba su oponente Karl Von Clausewitz, general y filósofo militar prusiano.

Asimismo afirmaba el propio Napoleón, que: *“No hay desgraciadamente, reglas generales en la guerra y si las hubiere todo el mundo podría ser general”.*

Decía Sócrates hace 23 siglos:

“En la guerra no hay principios generales, que son verdades naturales. Hay tantos medios de aplicarlos como circunstancias y las circunstancias nunca son las mismas”.

Traigo a colación estas sentencias, estos sabios pareceres de entendidos en la materia, en razón de que lo que se estima fácil de explicar, simple o sencillo, es difícil de entender, mucho menos lo será disponiendo de poco tiempo, para exponer *Las tácticas militares de Máximo Gómez*, cuando el Generalísimo de Cuba, no solamente fue un gran estratega, que vale decir un genio del arte militar en la conducción de ejércitos, sino también un táctico que supo disponer, mover y emplear sus tropas en los campos de batalla, con el más amplio sentido común aplicado a la guerra, en todo momento y circunstancias, haciéndolo siempre con orden, rapidez y recíproca protección, tomando siempre en consideración: su misión y terreno, capacidad del enemigo, al cual batió siempre con sus propios medios.

En toda ocasión, en cada situación que se le presentaba, fue un artífice que elevó a sus más altos planos la *Guerra de*



guerrillas que aprendió en su país y que por las dotes innatas de su genio militar perfeccionó con máximo grado. Se diría que sus padres al bautizarle con ese nombre de Máximo, vislumbraron, fueron iluminados por una luz divina, de que su vida sería un superlativo de grande capitán de todos los tiempos, en su género, como lo fueron otrora en los diversos campos de Marte: Alejandro Magno, Aníbal, Julio César, Gonzalo de Córdova, Gustavo Adolfo, Federico el Grande y sobre todo Napoleón Bonaparte, entre otros.

Y precisamente, fue en su época que un periódico londinense lo bautizó con el título de *El Napoleón de las guerrillas*, sobrenombre que le fue asimismo confirmado por analistas, comentaristas, tratadistas y otros estudiosos del Arte Militar en Europa y Norteamérica, especialmente en las academias y escuelas militares alemanas.

Cuando el general francés Bonnal, en su obra *Cuestiones de Crítica Militar* afirmaba que: "*El carácter es la cualidad por excelencia en el hombre de guerra, cualidad inseparable de la inteligencia (...)*", bien pudo referirse al gran Napoleón Bonaparte como al generalísimo Máximo Gómez, pues éste poseía un carácter excepcionalmente fuerte, tal como lo demostró íntegramente en todos los actos de su vida llena de entereza moral a toda prueba, atributo propio de su personalidad como jefe militar y como ente social.

Siempre supo imponer la disciplina a las tropas bajo su mando, mantener y dirigir sus fuerzas con ardor y voluntad férrea, con sus constantes órdenes y acciones que fueron ejemplos de fe, de constancia, de ecuanimidad y otras características esenciales que modelan a un gran jefe que luchó no solamente por independizar políticamente a un pueblo hermano sino por un ideal puro de libertad general del hombre.

Cuando el 26 de octubre de 1868 ese antiguo capitán de las Reservas Dominicanas al servicio de España, nativo de Baní, Máximo Gómez, emboscó la columna española del coronel Demetrio Quirós a su salida hacia Bayamo, distante unos 16



kilómetros y centro de la Revolución Independentista Cubana, fue exactamente lo mismo que habían hecho tantas y tantas veces los Pimental, Monción, Polanco, Luperón, Marcos Adón, Antón Guzmán, Manzueta y otros tantos, como lo hizo asimismo el general José María Cabral, el 4 de diciembre de 1864, en el célebre combate de La Canela, en nuestra Guerra de la Restauración contra la misma potencia hispánica.

El alto mando militar dominicano inspirado por las concepciones guerrilleras de Mella, Secretario del Despacho de Guerra del Gobierno Provisorio Restaurador instalado en Santiago de los Caballeros, el 14 de septiembre de 1863, desde el principio de nuestra guerra liberadora había formulado una circular, en el siguiente mes de octubre específicamente y que luego fue repetida en enero de 1864 con una nota en donde se advertía que desde el principio de la contienda

“las doctrinas que ella contiene nos habían dado la victoria en todas partes”, pero al reiterarla se hacía constar que: “por haberse apartado algunos jefes de estos principios le ha hecho experimentar reveses y exponer la Patria al borde del abismo”.

También constaba en la nota la explicación de que:

“están todas las opiniones unánimes que mientras los dominicanos sigan observando la táctica de GUERRA DE GUERRILLAS (mayúsculas nuestras, R. H. M.), tal como se hizo al principio, serán invencibles aunque la España mande aquí 50,000 hombres (...), lo que resultó aquí tan exacto como lo fuera años más tarde en Cuba, en donde 200,000 hombres no pudieron vencer a Gómez.

Las recomendaciones de observar prudencia, precaución, astucia y que:

“Nuestras operaciones deberán limitarse a no arriesgar jamás un encuentro general (...). Agobiarles con guerrillas ambulantes (...). “Nuestra tropa deberá, siempre que pueda, pelear abrigada por los montes y por el terreno y hacer uso del ARMA BLANCA” (mayúsculas nuestras R. H. M.), “Toda vez



que vea la seguridad de abrirle al enemigo un BOQUETE (Idem) para meterse dentro y acabar con él (...)”.

Eran principios tácticos, situaciones bélicas, acciones o hechos de guerra que Máximo Gómez aprendió en su país natal.

Sin embargo, durante esas campañas militares en Cuba él las amplió, las depuró y si cabe el término las magnificó, exaltando hasta su grado máximo dichas tácticas guerrilleras dentro del marco de los principios de una nueva estrategia que él concibió con un carácter peculiar acorde al tiempo y las circunstancias.

Tras la fulminante acción en la *Venta del Pino de Baire*, que obligó a los españoles suspender sus operaciones sobre Bayamo y a Quirós retirarse a Santiago de Cuba, Gómez acampado en Charco Redondo *“Lugar de donde nunca pudieron arrancarle los esfuerzos todos de Valmaseda y sus columnas”*, como afirma el Dr. Benigno Souza, comenzó la ardua tarea de instruir y disciplinar a las tropas cubanas durante el año 1869 y siguiente, cuando al final de éste, específicamente el 18 de diciembre de 1870, atacó el caserío de *La Socapa* situado en la Bahía de Santiago de Cuba, frente al Morro y sus cañones después del combate de la *Loma del Gato* y de una marcha semicircular de más de cuatro días, al frente de 600 infantes y un viejo cañón, asaltando la guarnición a la una de la madrugada, barriendo e incendiando al poblado, acción audaz y temeraria que sorprendió a Valmaseda, que marcó nuevo rumbo a la decaída Revolución Independentista y posterior empresa de invasión a la riquísima zona de Guantánamo, cuyos ingenios y cafetales fueron destruidos.

He aquí el comienzo de la guerra *“de tierra arrasada”*, pues como diría el analista y comentarista militar británico Cyril Falls: *“Es cierto que la política y economía ejercen profundo influjo en la guerra y es conveniente que se las estudie a fondo (...)*”. O como sostiene el filósofo militar alemán Clausewitz: *“que la guerra puede ser una aplicación del intercambio político y económico cuyos resultados son determinados por*



hechos, más bien que por palabras". Aquí se rebasa del dominio de *La Estrategia* hacia *La Táctica*. La *tea incendiaria* que devastó a la Isla de Cuba de confin a confin, destruyendo los medios de producción que beneficiaban y detentaban los españoles, fue elemento decisivo y fundamental durante todo el curso y desarrollo de esa guerra sin cuartel que le ofreció Gómez.

Más tarde, designado como Jefe de la Región de Camagüey, en donde, según Souza: *"iba a mandar al fin, fuerzas de caballería, arma en la cual recibió su educación militar primera en Santo Domingo y para cuyo mando poseía muy raras dotes (...)*.

Agrega este autor que Gómez llevó a cabo en los campos camagüeyanos, durante los años 1873-74:

"La más gloriosa de todas las campañas realizadas en la historia de las revoluciones cubanas, y elevaría su nombre por encima de todos los jefes, no ya entre los cubanos, sino también entre sus enemigos".

He ahí:

"Santa Cruz del Sur, La Sacra, Palo Seco, El Naranjo, Las Guásimas".

En la primera, *Santa Cruz del Sur*, en vista de ser un puerto marítimo rodeado de fortines o blocaos y cinturones de alambradas, penetró a la población por un brazo de mar y logró la captura de cien mil tiros, su objetivo principal. En *La Sacra*, considerada esta acción como una de las más importantes en la Guerra de los Diez Años por sus resultados posteriores, la resume el general español Jiménez Castellanos así:

"La caballería insurrecta amagaba algunas cargas, para hacer que nuestros infantes tomaran un orden compacto y después avanzaban en grupos con bastante intervalo entre los hombres, tiroteaban a los cuadros y les causaban muchas bajas".



Mientras Gómez se batía en orden abierto para equiparar su desventaja numérica, los españoles, preocupados por la ligereza de la caballería mambisa, se agrupaban en formación de *masa cerrada* para defenderse, es decir, agrupados en cuadros, lo que aprovechaban los cubanos para causarles enormes bajas con sus certeros disparos, hasta el extremo que en *Las Guásimas*, Armiñan y Báscones tuvieron alrededor de mil bajas, mientras que las fuerzas de Gómez no alcanzaron a las doscientas y entre ellas nada más 29 muertos. Este orden numérico solamente fue superado en las Antillas, cuando en su lucha independentista contra los haitianos los dominicanos los batieron en la *Batalla de Sabana Larga*.

Más luego en *Palo Seco*, en un cuarto de hora, cayó Gómez sobre las tropas de Vilches y las aniquiló, como diría el general Miró y Argentar, “*de un solo tajo*”.

Éste cita a un historiador militar español que expresó que “*en Palo Seco Gómez desbarató y acuchilló a Vilches con la misma estratagema usada por Aníbal en España*”.

En el inicio del año 1874 tuvieron lugar dos de las acciones más famosas realizadas por Gómez, las de *El Naranja* y *Las Guásimas*, en ésta, donde hecha separar la caballería española de su infantería, Gómez desbandó la primera al alcanzarla y luego amachetearla y la obligó a buscar refugio dentro del grueso, que la infantería de Maceo y de González habían encerrado dentro de la represa de la finca donde se les causó un número de bajas superior a mil efectivos.

Al llegar la estación primaveral y por ende las lluvias, toda operación militar contra Gómez fue suspendida. En el mes de agosto salieron entonces tres columnas españolas en su busca, quien evadió la persecución y sin hostilizarlas durante doce días en un paseo infructuoso las obligó a regresar a Camagüey con un saldo de cerca de 200 muertos y 600 enfermos que tuvieron que transportar en camillas.



Empero una tregua que se rompió el 6 de enero de 1875 marcó un hito en la historia de Cuba: *La marcha de la bandera y la transposición de la Trocha de Júcaro a Morón*, la gran muralla china construida por los españoles de mar a mar, una Línea Maginot como la de los franceses o Sigfrido de los alemanes en la Segunda Guerra Mundial, vallado que rompió Gómez a base de audacia, de astucia sólo propio de un genio de la guerra y a costa de la herida que recibió en el cuello, que no le impidió su ansiada Invasión de Las Villas. Su inicio fue realizado sobre *El Jibaro* mediante una acción fulminante y una marcha subsiguiente que duró 46 días en cuyo lapso, según apunta Souza:

“Ardieron 83 ingenios; incorporó a sus filas 1,400 hombres; se apoderó de 1,112 fusiles Remington, 150,000 tiros, 1,300 monturas y 2,000 caballos (...). Gómez fue un torbellino, un meteoro durante esos días y mientras todas las columnas españolas, aturcidas, no sabiendo dónde acudir, se arremolinan contra él en la Línea, invaden sus tenientes las Villas Occidentales y llevan sus jinetes el terror hasta cerca de Colón, en Matanzas”.

Posteriormente, acontecimientos políticos, desgraciados como siempre y especialmente en medio de esas gigantescas operaciones guerreras, exigieron de Gómez su renuncia de la Jefatura Militar de Las Villas y como colofón vino la Paz de El Zanjón que puso término a la Guerra de los Diez Años. Estos hechos son demasiado conocidos para consignarlos aquí.

Diez y siete años más tarde, luego del Manifiesto de *Montecristi* y su salida de aquí, el 1ro. de abril de 1895; del desembarco en Playitas, de nuevo en Cuba, Gómez cruzó otra vez la Trocha, avanzó hacia Las Villas, el 5 de junio entró en Puerto Príncipe y colándose por entre las columnas españoles como un fantasma asaltó e incendió La Altagracia, y según Souza, esa presencia de Gómez con la estampa de su sello distintivo, hizo que:



“las llamas, iluminando el cielo camagüeyano, en la noche del 17 de junio, avisaran como clarín a todos, a Martínez Campos, a los cubanos, a los españoles”.

Fue en esa fase cuando se desarrolló su famosa *Campaña Circular* en donde giró como un remolino; primero, alrededor de Puerto Príncipe y luego sobre Camagüey que tomó a las dos semanas de su inicio.

Luego vino el combate de *Mal Tiempo*, donde *“cae sobre la columna española en marcha, que ondula. Se comba y es arrojada contra su impedimenta, atravesada sobre el callejón”* (Ramón Infiesta), callejón que va a un río en cuyas orilladas pendientes no pudieron resistir la carga al machete.

Luego vino la *Campaña de La Habana* que se inicia el 1ro. de enero de 1896, en donde volvieron a arder los campos de caña, y como expresa Infiesta:

“los sembrados que nunca conocieron la guerra son aplastados y de los cascos de los caballos penden las papas y las cebollas, el arado es arrancado de las manos de los campesinos absortos”.

Aquí empleó su táctica llamada *La Lanzadera*, en donde buscaba siempre *“frente limpio”* y hacía caso omiso a flancos y retaguardia *“sucios”* moviéndose en terreno entroncado por líneas férreas y telegráficas, dentro de una estrecha faja que de mar a mar no sobrepasaba los diez y seis kilómetros, *“de aquí a Haina”*, como lo ha comparado un analista dominicano.

Marchas y contra marchas entre las ocho columnas destacadas sobre él por Martínez Campos, nunca pudieron éstas darle alcance.

Después de esta idas y venidas vino la campaña de *La Reforma*, no contando ya con su Lugarteniente Antonio Maceo, el *Titán de Bronce*, caído en Punta Brava y junto a éste Panchito, el querido hijo de Gómez que lo acompañaba.

En una reducida zona de operaciones durante largo tiempo, encerrado entre la *Trocha de Júcaro a Morón*, línea fortificada



de 46 kilómetros de largo, de mar a mar, operando muy cerca de ella y la oeste de los dos ríos Jatibonitos y los linderos de La Reforma, Santa Teresa, La Demajagua y los Hoyos, moviéndose constantemente dentro de un perímetro poligonal de no más que quince kilómetros cuadrados de pastizales tachonados en parte por densos bosques y fuentes de agua, con apenas unos cuatro mil hombres armados con fusiles Remington, Winchester y algunos Máuser, cuya diversificación contrariaba la *Logística* y cuanto más por la aguda escasez y la distribución de pertrechos tan disímiles, Gómez, en un período de 20 meses, mantuvo en jaque a los españoles.

Situando grupos de 25 a 30 hombres de infantería y caballería, cubría por parejas todos los caminos que salían de los poblados o campamentos, obligando al incapaz Weyler a establecer sus catorce columnas sobre un centro de operaciones, donde apenas se movía y cuando cualquiera de ellas salía las tiroteaban las parejas exploradoras de avanzadas que detectaban su dirección de marcha, número de sus efectivos, clase de tropas, etc., que Gómez ya sobre avisado emboscaba con sus gentes tiroteándoles día y noche hasta la hora de acampar que Gómez advertía por las aguadas próximas.

Ya acampadas las fuerzas españolas, reanudaba el fuego con sus jinetes armados de Máuser, momento en que aparecía como un fantasma surgido de la oscuridad el general Gómez con ochocientos o mil jinetes que le acompañaban a la vista de los españoles que intranquilizaba hasta el amanecer con los ruidos de la banda de sus cornetas y tambores y de un pertinaz tiroteo.

Al reanudar su marcha Gómez, lo hacía simultáneamente y su caballería se adelantaba como carnada al enemigo para que afanosamente, de manera cauta y lenta lo siguiera y aprovechando Gómez que la caballería española se desuniera del grueso de los infantes de la columna, caía por separado sobre ambas ya en inferioridad numérica.

En ocasiones Gómez giraba su caballería raudamente y se situaba a la retaguardia de la columna, tiroteándola en su



extrema avanzada hasta el lugar de su destino que alcanzaba con sus hombres extenuados por la sed, el hambre, el cansancio, después de burlarse de aquellos que nunca lograron comprender la táctica defensiva-ofensiva del Gran Capitán y sus tropas mambisas y sus aliados: el tórrido sol, los pantanos y mosquitos y la crecida y filosa hierba de los potreros.

Con razón resumió Souza aquella gloriosa campaña de La Reforma cuando expresó:

“En el ocaso de su vida ya, escribió esta última página de su historia militar, y en ella se superó y a sí mismo, a todo lo que antes había hecho (...). Nada, nada se puede comparar a esta épica aventura, a este duelo desigual, que duró 20 meses, entre Weyler y Blanco con sus 40,000 hombres y él, frente a 4,000 mal armados y peor municionados”.

Fue pues este íntegro dominicano, el generalísimo Máximo Gómez y Báez, el Libertado de Cuba, (cuya presidencia rehusó en más de una ocasión por motivos señalados por él mismo y comentados más ampliamente por diversos autores), el más excelso genio militar de la *Guerra de guerrillas*, uno de los grandes capitanes de todos los tiempos.

En el apéndice que sigue, resumimos sus épicas siete campañas militares y sus acciones bélicas más importantes, de las más de un ciento que libró.

Resumen de las siete campañas y principales combates de Máximo Gómez en Cuba

1ra. Guerra de los Diez Años. 1868-1870. La inició en *La Venta del Pino del Baire* (26-10-86). Campaña de Santiago de Cuba: combates de Ti-Arriba, *El Cristal*, *Charco Azul*. *Marcha Semicircular* desde Los Aguacates hasta la Bahía de Santiago de Cuba (del 13 al 18 de dic. 68) con el combate intermedio el día 15 en la *Loma del Gato*. Gómez engañó a la columna española del coronel Daza incendiando fogatas (como hizo aquí Pedro



Santana la víspera de la *Batalla de las Carreras*). En la madrugada del 18 cayó sobre *La Socapa*, incendiando la población, macheteando la guarnición y se retiró incólume a las dos horas.

2da. Campaña: Año 1871. *Invasión de la rica zona de Guantánamo*, con sus cafetales e ingenios. Combate de *La Indiana*, *La Galleta* y *La Estacada*, en el mes de agosto.

3ra. Campaña: Años 1873-1874. *La jornada de Camagüey*. Ataque a *Santa Cruz* y las grandes acciones de *La Sacra* (Báscones 100 bajas); *Palo Seco* (Vilches, 507 muertos, sin contar los heridos, el 2 de dic., 1873) *Naranja*, 10 de febrero del 74 (Báscones 300 bajas); *Las Guásimas* (Armiñán y Báscones, más de 1,000 bajas). Tácticas empleadas por Gómez: Amagos con su caballería que obligaba a los españoles a concentrarse en sus gruesos, cuyos cuadros tiroteaban los mambises haciendo blanco en masa tan apiñada.

4ta. Campaña: Años 1875-1876. *La Invasión de las Villas*. El 6 de enero del 75 Gómez efectuó el cruce de la sólida *Trocha de Júcaro a Morón* y fue herido en el cuello por un disparo desde el fuerte 14/2. *La marcha de la bandera; la toma de El Jibaro, Río Grande, Ranchuelo* (dos veces), *Marroquín* (2da. vez), *Fuerte de Las Eras*, quema de ingenios, *Cabaiguán* y cien combates más durante 46 días de marcha. Al término de la Guerra de los Diez Años, el último de su espada gloriosa, fue la carga de su caballería, en el *Cafetal González*, contra el Regimiento de Lanceros del Rey. *Paz de El Zanjón* (1878).

Última Guerra (1895-98)

5ta. Campaña: La maravillosa *Campaña Circular* sobre Puerto Príncipe y Camagüey. Asalto e incendio de *Altagracia* (17 de junio de 1895); rendición de la guarnición de *El Muerto*, combate en *La Larga*, *San Jerónimo*, *Ciego del Molina*. (Nota: después de este encuentro, Gómez se vio precisado a cambiar la



táctica de su guerra que debió introducir con la aparición del fusil Máuser 7mm. M-1895, recién reformado por España, con cargador para cinco cápsulas, con cañón de un largo de 29.1 pulgadas, mira ajustable para un alcance de 400-2,000 metros, ordenando abrir más las filas de sus tropas para que no se expusieran mucho al fuego de tan exacto armamento. Asimismo organizó fuerzas de infantería para pelear bien abrigadas a las columnas españolas, pues el fusil de sus tropas mambisas era usualmente el Remington, manucapsular, de mucho menor alcance que el Máuser español. Con inferioridad de armamento, Gómez dio, no obstante, combates tales como: *Peralejos*, de *La Invasión*, *Saratoga*, *Ceja del Negro* y otros.

6ta. Campaña: Caminando con el sol hacia La Habana y Pinar del Río. De nuevo cruzó *La Trocha de Júcaro a Marón* (30 oct. 95); rindió el *Fuerte de Pelayo*. Atacó a *Río Grande* y avanzó sobre *Sancti Spiritus*. Gómez dejó atrás las columnas españolas. El 29 de nov. se juntaron Gómez y Antonio Maceo, en Lázaro López. Combatió en *Mal Tiempo* y *Calimete* y contramarchó desde *Coliseo* a Cienfuegos, dejando intactos puentes y ferrocarriles y engañando a Martínez Campos con *El Lazo de la Invasión*, quien concentró sus fuerzas sobre Cienfuegos. Gómez, se dirigió hacia La Habana, Maceo lo hizo hacia Pinar del Río, marchas y contramarchas de Gómez entre las columnas españolas, con su *Vaivén de La Lanzadera*. Destrucción total de todo medio de producción agrícola e industrial fue *la tea incendiaria*, fue *la tierra arrasada*.

7ma. Campaña: *La Reforma*, (durante todo el año 1897 y parte del 98). Veinte meses de combate, Weyler y Blanco, durante once meses, el primero, y el segundo nueve, con 40,000 hombres frente a los cuatro mil de Gómez, peor armados con sus Remington, sus Winchester y algunos Máuser capturados a los españoles. Sobre *La Táctica* que ahora empleó Gómez, muy bien nos la describe Ramón Infiesta:



“Se mezclará a las fuerzas enemigas, y con ellas a vanguardia, o a retaguardia, o a los flancos o, aún, rodeándolo, trazará un intrincado mosaico sobre el centro de la pequeña zona entre La Trocha y Las Villas”.

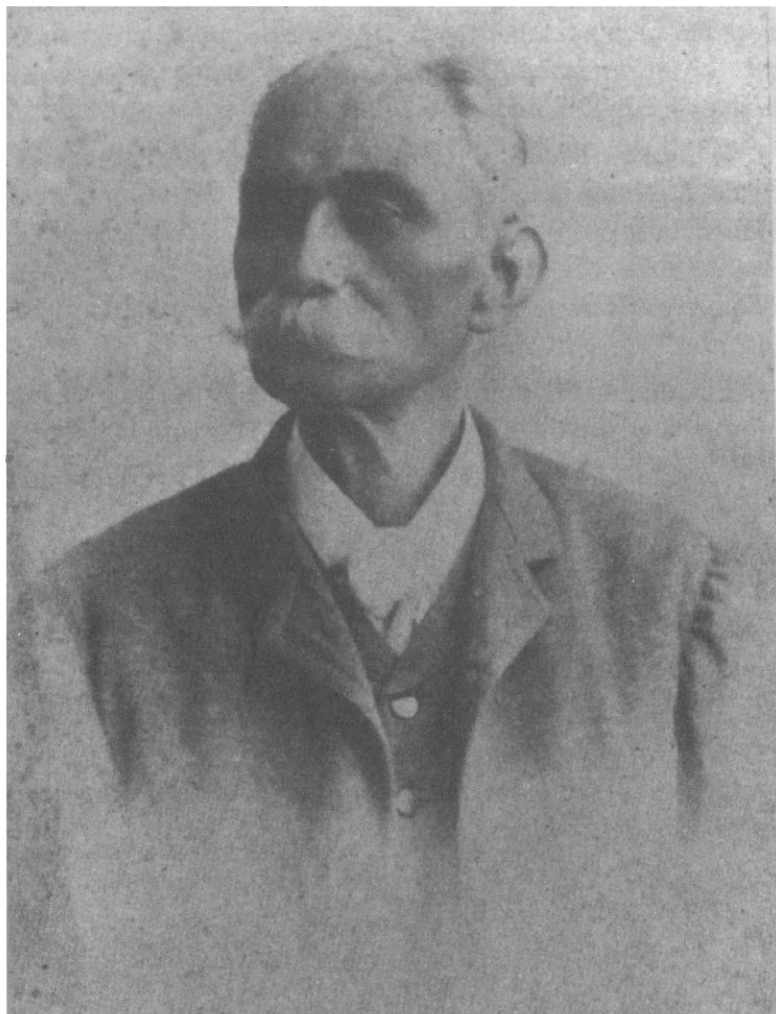
Bajo su mando directo, Gómez sostuvo combates y encuentros importantes en: *Santa Teresa* (dos veces); *Arroyo Blanco*; en la propia *La Reforma* (varias veces); en *Pelayo*; en *El Laurel* (dos veces); en *Los Hondones* y *La Demajagua*, en 1897 y de enero a marzo del 98; en *Los Hoyos*, *Guayacancito* y en *Las Casitas de La Demajagua* en 1897.

Finalmente resumimos con Freyre de Andrade este juicio sobre esta adalid de dimensiones más allá de Latinoamérica:

“La Estrategia y Táctica del General Gómez, que formó los Jefes a sus órdenes es algo original: inspiración del genio de la raza, que rompiendo los métodos de Bolívar, Sucre y San Martín, fue retoño vigoroso de la vieja cepa (hispánica), productora de los mil héroes casi anónimos que fueron dique eficaz a las conquistas napoleónicas”.

A República Dominicana debe Cuba su independencia a través de Máximo Gómez, que si fue grande en la guerra lo fue también en la paz: *“sueño de los sabios”*, siendo la primera: *“la historia de los hombres”*.





Máximo Gómez en New York, en abril de 1894, cuando llegó junto a su hijo Francisco Gómez Toro (*Panchito*) para ultimar con José Martí el frustrado Plan de Fernandina. Fotografía tomada por Moreno López.

Fuente: *Archivo Nacional de Cuba*. Fototeca, Caja 13, Sobre 21, Registro N° 632. La Habana.

Perfil militar dominicano de Máximo Gómez*

Euclides Gutiérrez Félix**

Introducción

En la historia colonial de América el pueblo de más antigua tradición de lucha militar es el que descende de los antiguos pobladores de la Isla La Española, que desde el inicio de la conquista resistió y combatió la presencia de los españoles que exterminaron en un violento proceso de explotación de apenas cincuenta años, a toda la población aborigen. Esta realidad no determinó que desapareciera la rebeldía de otros pobladores de la isla, aunque no de origen autóctono como aquéllos que encabezó en su larga resistencia militar en la Sierra del Baoruco el invencible cacique Enriquillo. Nos referimos a los negros esclavos alzados masivamente a partir de 1530 y conocidos como cimarrones.

De la insurrección de Enriquillo y de los alzamientos de los cimarrones quedó, para la herencia de las generaciones futuras de los habitantes de la colonia, la experiencia de una forma de lucha irregular, propia del desarrollo material y de las características ambientales y topográficas del país que más tarde, frente a otros europeos, ingleses, franceses y de nuevo españoles, utilizarían los criollos-dominicanos en extraor-

* Conferencia pronunciada el 26 de julio de 1986 en la XXIII Feria Nacional del Libro José Martí-Máximo Gómez, publicada en Santo Domingo, s/e, 1995, pp. 1-47

** Historiador y profesor de la Escuela de Historia y Antropología de la Universidad Autónoma de Santo Domingo. Autor de varias obras históricas y de consulta en la Educación Secundaria. Miembro correspondiente de la Academia Dominicana de la Historia.



dinarios episodios militares como la campaña de 1655, contra la expedición de Penn y Venables, la Batalla de Palo Hincado, las guerras de independencia contra Haití y la extraordinaria epopeya que conocemos con el nombre de la Guerra de la Restauración, librada contra España a partir de 1863 y concluida en 1865.

En ese largo proceso de lucha creó nuestro pueblo una escuela militar que terminó formando una identidad nacional en ese arte, que constituye la más alta expresión de la política. Aunque en forma primitiva esa escuela sirvió para mantener nuestra independencia durante el siglo XIX, no solamente en las guerras iniciadas en 1844 y más tarde en el proceso de la Restauración, sino también en la Guerra de los Seis Años. Para esa época los europeos, particularmente los españoles, reconocían, aunque a regañadientes y de manera peyorativa, las cualidades excepcionales de los dominicanos en el arte de la guerra.

Así lo consigna un periódico madrileño, *El Contemporáneo*, del 26 de abril de 1864, cuando dice:

“Sabido es que los dominicanos tienen valor personal, y que ayudados de sus impenetrables bosques y de sus ásperas y formidables cordilleras, sólo factibles a sus encallecidos pies, hacen una terrible ofensa desde el interior al exterior de aquéllos, con un sistema de guerrillas y emboscadas sin que apenas sea posible molestarles (...). Los rebeldes dominicanos, hombres de escasas necesidades en general, los más descalzos y medio desnudos, amamantados en la guerra que por espacio de tantos años han venido sosteniendo, se mantienen con los frutos del país, la caña, el casabe, el boniato y los plátanos; lo que unido a las bondades que este clima les dispensa, les da una ventaja inapreciable sobre el soldado europeo, que tan pronto se enerva con los rayos abrasadores de esta tierra tropical”.

Y señala el mismo periódico español que

“El pueblo dominicano carece de elementos para su prosperidad; su población no pasará apenas de doscientos mil



hombres; el carácter de sus habitantes se resiente de su indolencia habitual; su vida guerrera y la penuria de los gobiernos, que han tenido que sostener por muchos años guerras civiles y extranjeras, ha contribuido a que se resistiera su educación, desconociendo y rechazando toda idea civilizadora”.

Dentro del marco de una pobreza material aterradora nació, se desarrolló y se impuso el método de guerra irregular que conocemos como guerra de guerrillas, que dignificó al hombre dominicano. La expresión más elevada de esa escuela terminó siendo un hombre que llevó el método de guerra propio de los dominicanos a Cuba y lo aplicó, con profundas y más amplias perspectivas, en las grandes jornadas independentista de ese país: El general Máximo Gómez.

El guerrero de Baní es la expresión más acabada del arte de la guerra irregular. Y es también un ejemplo de las virtudes y cualidades de nuestro pueblo protagonista solitario de su historia.

Este ensayo constituye un homenaje a Máximo Gómez.

Los Antecedentes

El primer antecedente militar del pueblo dominicano puede establecerse en el momento en que Canoabo y Mairení asaltaron, incendiaron y destruyeron el Fuerte de La Navidad, exterminando su dotación en los días finales del año 1492 o en los primeros de 1493. Esa acción está justificada por el comportamiento posterior de los conquistadores españoles de la isla, que en un período de no más de cincuenta años exterminaron toda la población aborigen calculada, al momento de la llegada de Cristóbal Colón, en 250 mil almas.

A partir de entonces el poder militar y la violencia de los conquistadores fue aplastando todo intento de rebeldía o resistencia a sus órdenes y deseos, quedando sellada con sangre esa decisión en la Matanza de Jaragua realizada por Nicolás de



Ovando al asumir la gobernación de la colonia. El implacable comendador de Lares pensó tal vez que al eliminar físicamente a ciertos hombres adultos, la mayoría de los cuales tenían autoridad de caciques, resolvía para siempre cualquiera rebelión en contra de la autoridad real que ostentaba. Pero como ironía de la historia fue del infierno de sangre y fuego que Ovando provocó en Jaragua, de donde fue rescatado por la mano de Diego Velásquez el niño que se convertiría en el primer capitán invicto de la isla La Española dejando como legado imperecedero a lo que sería doscientos años después la nación dominicana, un método de lucha propio de las condiciones materiales, topográficas y ambientales del país que terminaría esbozando la guerra irregular de montaña, conocida universalmente como guerra de guerrillas.

Desde el inicio de su insurrección demostró Enriquillo excepcionales condiciones de jefe militar. No aceptó enfrentarse a sus enemigos perseguidores más que en las condiciones que le eran favorables, no solamente en el terreno sino particularmente en la cantidad de hombres de que disponía. Prudencia, astucia y paciencia conformaron las bases del método que instintivamente aplicó frente a un enemigo superior en armas, hombres y recursos, y la mejor prueba la tenemos cuando el capitán Barrionuevo relata que encontró en:

“todos los bohíos cruces puestas y a todos los gallos cortadas las lenguas porque no cantasen a efecto que no fuesen sentidos, prohibió so pena de muerte que ninguna de su gente incendiase lumbre sino donde él mandase, ni cortase ramo ni palo, porque no se pudiese ver humo, ni hallar rastro de ellos”.¹

Sobre la base de prudencia, astucia y paciencia Enriquillo elaboró en términos generales su táctica para combatir a los españoles. Parapetado en alturas de 2,300 metros de la cordillera, utilizó a su favor las irregularidades del terreno logrando exitosamente burlar a sus perseguidores. Relatan las

1. Utrera. *Historia militar de Santo Domingo. (Documentos y noticias)*, p. 189.



crónicas que los insurrectos se retiraban dejando rastros para ser seguidos sin presentar combate y apareciendo y **atacando a los perseguidores solamente cuando ya éstos estaban agotados y carecían de agua, comida y calzado. Entonces eran emboscados y aniquilados los soldados españoles** (negritas de e.g.f.).

La forma de combatir del cacique del Baoruco ocasionó no solamente apreciables pérdidas de vidas humanas sino también la inversión de importantes sumas de dinero de la monarquía y las autoridades coloniales. En carta fechada el 31 de julio 1529 y firmada por los oidores Ramírez, Espinosa y Zuazo dirigida al rey de España se dice que *“en esta guerra se han gastado de su Real hacienda y de los vecinos más de veinte y cinco mil pesos de oro”*.² y la realidad del alto costo de esa guerra era, de acuerdo a los mismos funcionarios,

“porque en la verdad esta guerra no es como la que se ofrecía en tiempos pasados en esta isla, ni de la calidad de las de Nueva España y Cuba y otras partes; porque aquí se trae guerra con indios industriados y criados entre nosotros, y que saben nuestras fuerzas y costumbres y usan de nuestras armas, y están proveídos de espadas y lanzas y puestos en sierra que llaman Baoruco, que tiene de longura más que toda Andalucía, que es más áspera que la sierra de Granada, y en parte donde ellos se ponen falta el agua y otros mantenimientos para muchos días, y para cada día ha menester un par de alpargatas por ser toda tierra llena de pizarro y de mal país y tienen tantos espías sobre los españoles en esta Ciudad, que no se menean sin que ellos lo sepan (...)”.³

El comportamiento de Enriquillo como jefe militar estuvo siempre normado por la prudencia, la astucia y la paciencia cuando tenía que hacer frente a sus enemigos en el terreno del combate, siempre escogido por él a su mayor conveniencia; pero esas cualidades, particularmente la primera y la segunda,

2. *Ibíd*em, p. 171

3. *Ibíd*em, p. 172



no le abandonaron tampoco en sus relaciones circunstanciales con las autoridades coloniales cuando se vio frente a ellas en plan de negociar la paz. En carta dirigida por los señores Zuazo, Infante y Badillo al rey de España fechada en Santo Domingo el 1 de septiembre de 1533, se consigna que

“Dicennos que cuando Barrionuevo estuvo con él, y agora cuando se vido con los de Azua, aunque muchas veces le han convidado a comer, no ha querido comer ni beber cosa ninguna (...)”.⁴

El victorioso capitán de Baoruco falleció a fines del mes de agosto del año 1535, pero su escuela militar fundamentada en esas tres reglas principales de prudencia, astucia y paciencia quedó como ejemplo para los negros esclavos que iniciaban al momento de su muerte las grandes cimarronadas como jornadas gloriosas de lucha por su libertad.

Para el año 1540 algunos cronistas y funcionarios de la Corona hablan de 3,000 ó 7,000 negros fugitivos alzados en las montañas o viviendo pacíficamente en sus palenques o manieles, pero el número de 7,000 parece realmente exagerado. Pero de todas maneras para ese año, cinco más tarde de la muerte de Enriquillo, cientos de negros cimarrones llenaron de intranquilidad a las autoridades y a los habitantes de algunas regiones de la colonia. En términos sucesivos aparecieron jefes y caudillos alrededor de los cuales se fueron agrupando importantes núcleos de alzados. Diego Guzmán, Juan Vaquero, Diego de Ocampo y más tarde Sebastián Lembá operaron como cabecillas de cimarrones que se desplazaron por diferentes regiones de la isla.

De los cuatro cabecillas, Diego de Ocampo y Sebastián Lembá fueron los que más sobresalieron y fama adquirieron y ambos operaron al frente de grandes bandas las cuales tenían en sus filas más de un centenar de hombres. Diego de Ocampo realizaba sus correrías dentro de un amplio radio de acción que

4. *Ibidem*, p. 190



comprendía Azua, San Juan, La Vega, Santiago y Puerto Plata y estableció su refugio en una loma muy alta de la Cordillera Septentrional, que hoy lleva su nombre, y que resultaba prácticamente inexpugnable para sus perseguidores. Años más tardes en las remotas regiones del sur del país, en las mismas estribaciones de la Sierra del Baoruco, propias para la defensa y el ataque sorpresivo, como lo había demostrado Enriquillo, apareció Sebastián Lembá, el último caudillo cimarrón importante del siglo XVI en la colonia de La Española.

Sebastián Lembá y sus hombres merodeaban a todo lo largo y ancho del valle de San Juan de la Maguana, asaltando hatos y haciendas y raptando esclavas. El jefe cimarrón actuaba con gran astucia, pues tenía una red de espías a su servicio que le informaban de la llegada de las tropas encargadas de perseguirlo, lo que durante mucho tiempo le permitió burlar a sus enemigos. Pero en un ocasión su huida facilitó la oportunidad a los españoles de seguir sus huellas en los intrincados senderos de la sierra y ubicar su maniel, el cual fue asaltado y destruido. El lugar fue arrasado y se recuperaron algunas negras raptadas, así como armas y mercancías, pero Lembá logró escapar ileso. Más tarde reagrupó a sus gentes y asaltó la villa de San Juan de la Maguana, *“que pilló a su antojo. De los ingenios se llevó todo el hierro (...) amén de un esclavo herrero”*.⁵

Las acciones de Enriquillo correspondían a un criterio militar definido y no debemos olvidar que el cacique del Baoruco era un indio transculturizado que había sido educado por los españoles a quienes había servido incluso de escudero. Con ellos aprendió el uso de las armas y sabía a cabalidad como actuaban y pensaban sus adversarios; aunque estaba adornado de otras cualidades humanas que enriquecieron sus dotes militares. Los negros fugitivos llamados cimarrones actuaron siempre instintivamente y su habilidad para burlar la perse-

5. Deive. *La esclavitud del negro en Santo Domingo*, t. II, p. 189.



cución desatada contra ellos estribaba, entre otras cosas, en el diestro manejo de los caballos que utilizaban, robados a los hateros españoles, y el perfecto conocimiento de la topografía de los lugares en los cuales operaban.

Pero debe agregarse que, según documentos de la época, los negros cimarrones además de diestros jinetes eran expertos en el uso de la lanza, instrumento de lucha que habían aprendido a manejar mientras cuidaban el ganado en los hatos.

Al finalizar el siglo XVI las acciones ofensivas de los negros cimarrones habían llegado a su máxima expresión, pero en los habitantes de la colonia de La Española quedaban firmemente enraizados los métodos de lucha y los hábitos de vida de los hombres de guerra y de acción que habían protagonizado desde Canabo y Mairení, pasando por la gran escuela del cacique invicto de Baoruco, hasta Sebastián Lembá, imborrables episodios de la vida nacional.

A principios del siglo XVII se llevaron a cabo Las Devastaciones ordenadas por la monarquía española y efectuadas por el gobernador Antonio Osorio. Y aunque se produjo un estado de insurrección que generó momentos de violencia cuando *“después de publicado el bando de despoblación, muchos vecinos desobedecieron y se retiraron al valle de Guaba con sus mujeres y familias y haciendas, y que hicieron junta y alojamiento”*,⁶ lo cierto es que esa rebelión no constituyó en términos militares un episodio determinante.

Será 25 años después cuando se producirán acontecimientos en la empobrecida colonia de La Española que conformarán objetivamente una conciencia patriótica en ciernes, avalada por una incuestionable destreza en el arte de la guerra.

Al finalizar la década de 1620, o sea, para los años de 1629 o 1630 comenzaron a establecerse en la Isla de La Tortuga los

6. Rodríguez Demorizi. *Relaciones históricas de Santo Domingo* (Rebelión de Guaba). T. II, p. 297.



aventureros franceses que habían salido huyendo de la Isla de Saint-Kitts. Poco tiempo después comenzaron a incursionar en la parte occidental de La Española persiguiendo y matando el ganado cimarrón. Esa actividad dio origen a la curiosa y *sui-géneris* sociedad de los bucaneros y una de las formas que las autoridades encontraron para combatir este fenómeno imprevisto fue la agresión militar en su base de operaciones. En 1634 se organizó desde la colonia de La Española un ataque a La Tortuga durante el cual murieron todos los que se hallaban refugiados allí. También sus propiedades fueron destruidas, pero como no quedó ninguna guarnición, los aventureros volvieron a ocupar la isla y ampliaron sus actividades de cazar ganado cimarrón en la parte occidental de la isla grande.

Para hacer frente a esa situación fueron creadas unidades móviles de lanceros que actuaban a pie y montados en caballos que recibieron el nombre de cincuentenas. Esas cincuentenas estaban integradas por criollos españoles la mayoría de los cuales eran mulatos; hombres endurecidos en la lucha contra la naturaleza en un medio empobrecido hasta límites increíbles, en el cual las actividades productivas habían descendido a su más bajo nivel. Fueron esas unidades móviles de lanceros las que hicieron frente a los intentos de Oliverio Cromwell, Gran Lord Protector de Inglaterra, de apoderarse de la Isla La Española para convertirla en una gran base militar que le permitiera a la burguesía inglesa despojar a España de sus territorios coloniales del continente americano.

El 13 de abril de 1655 se presentó frente a las costas de la ciudad de Santo Domingo una flota de 57 navíos con más de 13 mil hombres de los cuales cerca de 6 mil desembarcaron por las playas de Nizao y Haina a partir del día 23 de ese mismo mes. Las autoridades españolas de la colonia, la cual tendría apenas 25 mil habitantes en todo su territorio, se prepararon a hacerle frente con no más de 1,200 hombres incluidos 200 que las autoridades coloniales de Puerto Rico había enviado.



Entre el 23 de abril y el 21 de mayo de 1655 la expedición al mando del almirante Penn y el general Venables sufrió una derrota aplastante frente a las improvisadas tropas criollas de caballería e infantería compuesta en su mayor parte por mulatos y blancos nacidos en la colonia. Entre los que más se distinguieron figuraron Don Álvaro Garabito de León, que fue el primero que enfrentó a los invasores y los combatió hasta su retirada, el capitán Damián del Castillo Vaca, criollo blanco, y Juan de Morfa Geraldino, antiguo filibustero de La Tortuga y residente de muchos años en la colonia.

En los días siguientes al desembarco de los ingleses y su avance hacia la ciudad de Santo Domingo, las tropas de criollos españoles los enfrentaron con **embocadas y asaltos nocturnos** (negritas e.g.f.) como le había ordenado frente a la desigualdad de fuerzas el gobernador de la colonia que el 25 de abril despachó órdenes al capitán Damián del Castillo, *“que se hallaba en la boca de Xayna, par que con la infantería que le pareciese, pasase a resistir la marcha del enemigo **haciéndole emboscadas, y cortaduras,** (negritas e.g.f.) para impedirle el paso”*.⁷ Para ese día *“avian venido de los lugares de Monte Plata, Vayaguana, Seibo y Iguey y socorrer esta Plaza con la gente que avia en ellos”*.⁸

Para el jueves 29 de abril los invasores comenzaban a retroceder por el camino de Haina. Para entonces 200 hombres bajo el mando de los capitanes Damián del Castillo, Alvaro Garabito y Pedro Vélez Mantilla pasaron toda la noche en emboscadas por diferentes caminos y veredas ocasionando numerosas bajas al enemigo desconocedor de las irregularidades del terreno, propicias para la guerra irregular que los criollos llevaban a cabo. Para el 4 de mayo *“llegó a esta ciudad el Capitán Luis López Tirado, que lo es de una de las compañías*

7. Rodríguez Demorizi. *Invasiones inglesas de 1655*, p. 38.

8. *Ibíd.*, p. 38.



de Santiago, con 100 hombres de socorro los más lanceros".⁹
Pero ya en la noche anterior del día 3

"se dieron órdenes al Capitán Damián del Castillo, a cuyo cargo estaba la infantería de la campaña, dispusiese las emboscadas al enemigo por que venía marchando por el camino de la Esperilla. Dispusose tan a tiempo que aviendo marchado el enemigo; llegando a nuestra emboscada se le dio una rota tan grande, meneando tan bien las manos los lanceros, (negritas e.g.f.) que se le mataron más de 800 hombres, y lo obligaron a retirarse, dexando armas, y bagajes, bombas, y trabucos, escalas y caballos, vanderas, e insignias, y caxas de guerra".¹⁰

La derrota sufrida por la expedición enviada por Oliverio Cromwell, conocida en nuestra historia como la Invasión de Penn Venables, de acuerdo al criterio de ingleses de la época fue *"uno de los más vergonzosos desastres que jamás sufrieran las armas británicas"*.¹¹

Más de 1,200 muertos y cientos de heridos fueron las bajas de los invasores, pero es necesario consignar lo siguiente: en la narrativa de los combates que se sucedieron durante casi un mes de lucha, entre la emboscadas y asaltos, realizadas por Manuel González Tinoco, el 6 de febrero de 1660, al final de la misma hablando de la efectividad de las lanzas utilizadas durante los combates dice:

"La violencia de éstas lanzas es la mayor de cuantas armas ha inventado la industria cruel contra el género humano. En esta batalla no hubo prisioneros, porque estas no hieren sino matan y aunque los enemigos sean muchos, con la velocidad se da una lanzada, como dos, y aunque vengan armados (como muchos venían), de un bote a dos manos caen en el suelo y luego queda a discreción la garganta o las verijas, conque si de la

9. Ibídem, p. 44.

10. Ibídem, p. 45.

11. Ibídem, p. 5.



*primera no murió, de la segunda queda ya cadáver. Tiene cada hierro delante tan gran cuerpo como toda la mano de un hombre, rompen tanto a la entrada como a la salida, y las manejan hombres que no usan otras manos y con ellas salen, de cara a cara, a un toro o jabalí, feroces animales. Yo más quiero cien lanceros que mil armas de fuego, porque con ellos, llegando a lo estrecho, dentro de dos credos no dejan hombre vivo en todo un ejército”.*¹²

Si echamos la vista atrás podemos recordar ahora, sin intenciones de fábula, que los negros cimarrones fueron los verdaderos antecesores de estos temibles lanceros que le propinaron tan vergonzosa derrota a la armada de Oliverio Cromwell, dirigida por Penn y Venables, pero son también los antecesores americanos de los aguerridos llaneros que jugaron un papel tan importante en la lucha por la independencia de Venezuela y otras colonias españolas de América del Sur, bajo el mando de su jefe natural José Antonio Páez y el liderato continental de Simón Bolívar.

40 años después, el 21 de enero de 1691, los criollos españoles se trasladaron a la Sabana Real de La Limonada, cerca del Cabo Francés, y en un encuentro feroz enfrentaron a las tropas francesas comandadas por el gobernador Tarin de Cussy. Al terminar la misma habían muerto más de 300 franceses entre ellos el gobernador y entonces los criollos españoles saquearon y destruyeron totalmente la ciudad del Cabo. Así terminó el siglo XVII con lo que podríamos llamar la conformación de la gran calidad combativa de lo que era ya en esencia el pueblo dominicano.

El siglo XVIII es período carente en la historia militar de nuestro pueblo de luchas importantes, pero durante su transcurso y luego de los primeros veinticinco años se entró en el afianzamiento del desarrollo de la vida rural y la formación y consolidación de una conciencia patriótica nacional. La primera

12. *Ibidem*, p. 132.



experiencia objetiva de ese proceso lo constituye el grito de Tomasa Cruz, humilde mujer del pueblo, al conocer el Tratado de Basilea, informado al pregón por las calles de Santo Domingo: “*Isla Mía “Patria Mía!”* Estado de conciencia patriótica que tiene su manifestación más activa con el inicio de la lucha contra el gobierno colonial francés encabezado por Ferrand, promovida por Ciriaco Ramírez, Cristóbal Húber y Salvador Félix, el 5 de octubre de 1808, que culminaría en la Batalla de Palo Hincado, cuando un ejército integrado por españoles-dominicanos de todos los sectores sociales, blancos, mulatos y negros; hateros, pequeños burgueses, libertos y esclavos liquidó en un ataque relámpago a los restos de la gloriosa armada de Napoleón que había llegado a la isla bajo el mando de Víctor Manuel Leclerc.

La Primera Carga al Machete.

En la Batalla de Palo Hincado se hizo uso por primera vez en nuestro país del machete como instrumento de guerra, pero también se utilizaron las temibles lanzas con las cuales eran hábiles manejadores los españoles-dominicanos. Al grito de “*A muerte! A muerte!*”, los lanceros y macheteros criollos exterminaron a los soldados franceses que hacían un total de 600 hombres de los cuales unos pocos sobrevivieron. Y uno de los sobrevivientes J. B. Lemonier Delafosse, en su interesante libro titulado *Segunda Campaña de Santo Domingo*, describe así a los vencedores de Palo Hincado:

*“Los tercios españoles (si acaso podía llamarse ejército a aquella muchedumbre de negros, formando guerrillas, medio desnudos) entraron en la ciudad (...).”*¹³

Lo que Lemonier-Delafosse llamaba muchedumbre de negros, formando guerrillas, era la expresión militar de un pueblo que había ido formado su conciencia patriótica en dura y

13. Lemonier Delafosse. *Segunda Campaña de Santo Domingo*, p. 138.



solitaria lucha contra la adversidad, pero que al mismo tiempo iba acumulando conocimientos muy propios del medio material en el cual le había tocado nacer, desarrollarse y luchar.

Por esas razones, no es sorprendente encontrar en su historia una actitud de decisión inquebrantable cuando en la madrugada del 27 de febrero es proclamada la República. Fueron humildes monteros-campesinos de la región sur los primeros en enfrentar a las tropas haitianas en el inicio de las guerras de independencia. Entre esos dominicanos de vanguardia se distingue el nombre de Fernando Taveras, práctico conocedor de la frontera que hizo frente en la Fuente del Rodeo a la vanguardia de los ejércitos de occidente.

Luego de los primeros combates y de la Batalla de Azua, por espacio de once largos años se batió el pueblo dominicano a muerte contra un enemigo superior en número y en recursos, a lo largo de un frente que ocupaba toda la frontera desde el río Masacre hasta el río Pedernales haciendo una guerra de resistencia en la cual puso en práctica todos sus conocimientos instintivos del arte de la guerra irregular. Fue en esos momentos cuando se hizo de conocimiento una orden ejecutiva en la cual se ponían de manifiesto por primera vez, de manera precisa y clara, aquellas normas que sirvieron de base al capitán invicto del Baoruco para definir una táctica militar ajustada a la realidad del medio y del momento que se vivía.

La prudencia, la astucia y la paciencia quedan de manifiesto en esta disposición:

“Dios, Patria y Libertad”. República Dominicana. Cuartel General de Santiago y Mayo 10 de 1844, año 1.º de la Patria. M R. Mella. General Comandante en jefe del ejército de las fronteras del Norte, Miembro y Delegado de la Junta Central Gubernativa de la República Dominicana. Al Comandante de la Común de Dajabón, actualmente en Santiago, Teniente Coronel, Jacinto de Lora. Compatriota. Inmediatamente reciba usted la presente, se pondrá V. en marcha para Dajabón y se hará cargo allí de la Comandancia de esa Común, observando



las instrucciones siguientes, que forman el código de vuestros deberes: He dispuesto que la ocupación de aquel Pueblo no se efectúe sino por una débil guarnición que se mantendrá en observación de las operaciones de haitianos del Norte, pues temo que la suspensión de la Guerra de parte de ellos, sea una trampa que nos quieren armar. De consiguiente: Ud. Se presentará en su tránsito por Entre los Ríos y pedirá al coronel Bartolo Mejía veinte dragones y treinta hombres a pié de la gente de Los Hatos, con estos cincuenta hombres marchará Ud., entrará a Dajabón (si no hay resistencia) fijará la bandera dominicana, **sin hacer salva:** (negritas e.g.f.) atraerá Ud. todos los españoles habitantes de esa Común a nuestra causa por discursos patrióticos, advirtiéndoles que cualquiera que haya sido su opinión, su partido, la República Dominicana los perdona y les hará entrar en el goce de los mismos fueros y derechos que a los demás dominicanos; reunirá toda la Guardia Nacional de Dajabón, leerá en su presencia y en la de todo el Pueblo la Manifestación de los Pueblos de la parte española de Santo Domingo. Respetará Ud. las propiedades de todos; procurará que reine el orden y la armonía entre todos los españoles bajo su mando, atendiendo principalmente que no se interrumpa el ejercicio del culto Divino, mantendrá relaciones de amistad mientras se pueda con los vecinos haitianos de la parte opuesta del río Masacre; procurará que de nuestra parte no se les haga ofensa y finalmente impedirá el pillaje de una y otra parte, y observará las operaciones de los haitianos para que en caso de que Ud. prevea disposiciones hostiles de parte de ellos se repliegue Ud. sobre nuestros Cantones de Guayubín y Yaque. En cuanto a las raciones de la Guarnición Ud. las proveerá con las reses y los víveres que se encuentren en esa Común y que los habitantes faciliten voluntariamente, para lo cual lo estimulará Ud. por la dulzura; en caso contrario Ud. proveerá de otro modo, sirviéndose de la fuerza si necesario fuere. Deme Ud. cuenta de lo que ocurra, comunique con los Jefes de los Cantones vecinos, para solicitar su auxilio y en mi ausencia, escriba Ud. al General Imbert a quien dejo mis



instrucciones. El Teniente Coronel Juan Luis Bidó va en compañía de Ud. comisionado por mí para ayudarle a instalar las Autoridades de esa población (...)".¹⁴

Esa orden de Mella no tiene nada que envidiar a ninguna similar que haya sido redactada por cualquier general o jefe militar salido de las academias más afamadas de Europa. Ni Bonaparte, o Wellington, su vencedor, o Washington o Bolívar en América podrían transmitir en palabras más directas y sencillas las disposiciones que Mella comunicaba en ese oficio. Porque el prócer y general dominicano resume en apenas dos páginas una parte importante de la experiencia militar de nuestro pueblo que a partir del 27 de febrero hizo de esa actitud de lucha permanente un perfil militar propio.

El largo proceso de las guerras de independencia que se libraron a partir de entonces acumuló en los hombres del pueblo mayor experiencia en las actividades militares, y si bien las Batallas de Azua y Santiago, más tarde Las Carreras, fueron enfrentamientos dentro de la concepción de movimientos de ejércitos tradicionales de la época, El Número, fue una emboscada guerrillera a diferencia de Santomé que más tarde se desarrolló con el uso de caballería y cargas al machete.

Al consumarse la Anexión a España en marzo de 1861 tenía la República Dominicana no más de 150,000 habitantes, la mayoría de los cuales vivían en la zona rural y fueron humildes monteros y campesinos pobres los que conformaron el grueso de las tropas que integraron los Cantones y las guerrillas que en un violento proceso ofensivo a partir del 16 de agosto de 1863, cerraron los caminos al ejército colonial español auxiliado por los dominicanos anexionistas muchos de los cuales tenían amplia experiencia militar.

Pero la forma por excelencia de combatir del pueblo dominicano se imponía instintivamente porque estaba enraizada en su conciencia desde el nacimiento mismo de su propia vida.

14. Rodríguez Demorizi. *Hojas de servicio del Ejército Dominicano*, pp. 224-225.



Iniciada la Guerra de la Restauración aparecían en periódicos españoles como las que reproducía *El Contemporáneo*, diario de Madrid, el 26 de abril de 1864:

“Sabido es que los dominicanos tienen valor personal y que ayudados de sus impenetrables, bosques y de sus ásperas y formidables cordilleras, solo factibles a sus encallecidos pies, hacen una terrible ofensiva desde el interior al exterior de aquellos, con un sistema de guerrillas y emboscadas (negritas e.g.f) sin que apenas sea posible molestarles. Los rebeldes dominicanos, hombres de escasas necesidades en general, los más descalzos y medio desnudos, amamantados en la guerra que por espacio de tantos años han venido sosteniendo, se mantienen con los frutos del país, la caña, el casabe, el boniato y los plátanos; lo que unido a las bondades que este clima les dispensa, les da una ventaja inapreciable sobre el soldado europeo, que tan pronto se enerva con los rayos abrasadores de esta tierra tropical”.¹⁵

El arte de la guerra irregular

Ese método de *guerrillas* y *emboscadas* conocido en nuestro país desde que Enriquillo lo aplicó en su insurrección, reiterado más tarde por los criollos españoles que combatieron la expedición de Penn y Venables, fue usado por las fuerzas de Ciriaco Ramírez y Juan Sánchez Ramírez en el proceso de Reincorporación a España, se había enriquecido notablemente durante la Guerra de la Restauración cuando aparecería con un método militar sintetizado en una circular marcada con el número 212, de fecha 26 de enero 1864, dictado en Santiago y emitida por el Gobierno Provisorio de la República, dirigida al General Benito Monción, en Montecristi, ratificando instrucciones anteriores. Esta orden-circular decía:

15. Rodríguez Demorizi. *Diarios de la Guerra Dominico-Española*, pp. 110-111.



“Señor: En una circular anterior del mes de octubre próximo pasado, esta superioridad hizo a Ud. algunas observaciones sobre el género de guerra que en su concepto produciría, en la presente lucha en la que estamos comprometidos con las tropas españolas, los mejores resultados. La experiencia de los acontecimientos, desde entonces acá, en nuestros diferentes ejércitos de operaciones, ha aprobado la exactitud con que se hicieron y lo indispensable que es tener presente aquellas indicaciones por cuyas razones se reiteran a Ud. en la forma siguiente:

1) *En la lucha actual y en las operaciones militares emprendidas, se necesita usar de la **mayor prudencia**, observando siempre con la mayor **precaución y astucia** para no dejarse sorprender, igualando siempre así la superioridad del enemigo en número, disciplina y recursos. (Negritas e.g.f.).*

2) *Nuestras operaciones deberán limitarse a no arriesgar jamás un encuentro general, ni exponer tampoco a la fortuna caprichosa de un combate la suerte de la República (negritas e.g.f.); tirar pronto, mucho y bien, hostilizar al enemigo día y noche; interceptarle sus bagajes, sus comunicaciones, y cortarles el agua cada vez que se pueda, son puntos cardinales, que deben tenerse presentes como el credo.*

3) *Agobiarlo con guerrillas ambulantes, racionadas por dos, tres o más días que tengan unidad de acción a su frente, por su flanco y a retaguardia, no dejándole descansar ni de día ni de noche, para que no sean dueños más que del terreno que pisan, no dejándoles jamás sorprender ni envolver por mangas, y sorprendiéndolo siempre que pueda, son reglas de las que jamás deberá Ud. apartarse.*

4) *Nuestra tropa deberá siempre que pueda, **pelear abrigada por los montes y por el terreno y hacer uso del arma blanca** (negrita e.g.f.) toda vez que vea la seguridad del abrirle al enemigo un boquete para meterse dentro y acabar con él; no deberemos por ningún concepto presentarle un frente por pequeño que sea, en razón de que siendo las tropas españolas*



disciplinadas y generalmente superiores en número, cada vez que se trate de que la victoria dependa de evoluciones militares, nos llevarían la ventaja y seríamos derrotado.

5) *No debemos nunca, nunca, dejarnos sorprender y sorprenderlos siempre que se pueda y aunque sea a un solo hombre.*

6) *No dejarlo dormir ni de día ni de noche para que las enfermedades hagan de ellos más estragos que nuestras armas; este servicio lo deben hacer solo pequeños grupos de los nuestros, que el resto descanse y duerma. (Negritas e.g.f.)*

7) *Si el enemigo repliega, averíguese bien si es una retirada falsa, que es una estratagema muy común en la guerra; si no lo es, sígasele en la retirada y destaquen guerrillas ambulantes que le hostilicen por todos lados; si avanzan hágasele caer en **emboscadas** (negritas e.g.f.) y acribílese a todo trance con guerrillas, como se ha dicho arriba, en una palabra, hágansele a todo trance y en toda la extensión de la palabra, la guerra de manigua y de un enemigo invisible.*

8) *Cumplidas estas reglas con escrupulosidad, mientras más se separe el enemigo de su base de operaciones; peor será para él; si intenta internarse en el país, más perdido estará.*

9) *Organícese Ud. donde quiera que esté situado un servicio lo más eficaz y activo posible de espionaje, para saber a todas horas del día y de la noche el estado, la situación, la fuerza, los movimientos e intenciones del enemigo (...)*¹⁶

Ahora deberíamos preguntar: ¿Quién redactó ese manual de operaciones guerrilleras con tanta precisión y claridad en el cual se ratifican los conceptos de *prudencia* y *astucia*? El redactor de ese documento excepcional, único en su género en la historia militar de América en las luchas por la independencia, fue Matías Ramón Mella, que desempeñaba entonces las funciones de Vice-Presidente del Gobierno Provisional y Ministro de la

16. *Ibidem*, pp. 107-109.



Guerra, hecho que lo coloca en un sitio de honor en la historia militar dominicana y como un estratega de insuperable visión. Hasta la forma y el lenguaje es similar al documento dirigido por Mella al teniente coronel Jacinto Lora, en mayo de 1844.

Consumó el pueblo dominicano su victoria popular contra el ejército colonial español el 12 de julio de 1865 con la evacuación incondicional del territorio nacional por las tropas ibéricas, pero éstas al ausentarse de tierra dominicana “*llevaban dentro de sí los gérmenes más adelante fatales para el dominio español en Cuba y, entre esos banilejos, al que había de ser en el andar del tiempo, nuestro Libertador*”,¹⁷ apunta Banigno Souza, en las primeras páginas de su biografía del generalísimo Máximo Gómez.

Al abandonar su tierra natal Máximo Gómez dejaba tras de sí un escenario histórico en el cual se habían librado desde el inicio de la conquista cuentas guerras y combates con ejércitos y expediciones de diferentes países, lo que otorgaba al pueblo dominicano el **raro privilegio** de haber combatido desde los inicios mismos de su formación contra españoles, ingleses, franceses, haitianos y españoles de nuevo al cerrar el ciclo de La Restauración. Pero además, dejaba un medio en el cual las diferencias sociales estaban limitadas a su más mínima expresión, producto de la pobreza material de la sociedad; en la cual no existía la esclavitud que había sido abolida en 1822 por Jean Pierre Boyer, aproximadamente 15 años antes de que Gómez naciera, esclavitud que tenía desde el siglo XVI un carácter patriarcal diferente a como fue en otros lugares de América.

Junto a Gómez y su familia marcharon también otros dominicanos que habían servido a España durante La Anexión. Pero en Cuba la situación era totalmente diferente. Dice Souza que:

“Las instrucciones dadas por las autoridades españolas sobre estos refugiados que abandonaban su país, tras las

17. Souza. *Máximo Gómez, El Generalísimo*, p. 18.



banderas de España, fueron modelo de ingratitud y de absurda desconfianza. No les era permitido residir en Cuba, sino con raras excepciones, y, a hombres de color, a ninguno. Debían elegir su residencia entre Canarias, Baleares, África o Filipinas (...)”.

Más adelante señala:

“Máximo Gómez, también refugiado con su anciana madre y sus hermanas, refiere sus impresiones sobre la odiosa esclavitud, institución para él desconocida, en aquella sociedad”.¹⁸ (su patria, e.g.f.).

Incorporados desde sus inicios al movimiento independentista encabezado por Carlos Manuel de Céspedes el 10 de octubre de 1868, le cupo a estos dominicanos la honrosa misión de enseñar a los cubanos el arte de la guerra. El ataque y la rendición de la ciudad de Bayamo fue obra del dominicano Luis Marcano que junto a su hermano Félix y a Modesto Díaz se sumaron a los patriotas cubanos. La segunda gran lección del arte de combatir le tocó darla a Máximo Gómez el 26 de octubre en ese año en la Venta del Pino de Baire. Allí **emboscó y sorprendió** un batallón español al mando del coronel Demetrio Quiróz y Valeriano Weyler, veterano de la Guerra de la Restauración, ocasionándole más de doscientos muertos al filo del machete y dejando heridos al resto de los sobrevivientes.

Esta acción llevada a cabo por Máximo Gómez nos la relata Souza de la siguiente manera:

“Se comisionó a Gómez para mandar la vanguardia de los recién alzados escogidos para defender a Jiguani, situado en el camino de Bayamo. Gómez, sagaz, prefirió hacerlo en Baire mismo, campamento de Quiróz, y no en la proximidad del suyo, sito, como ya se sabe, en Jiguani. Muy de madrugada, con su hueste de campesinos resueltos y entusiastas (...) esperó a pie, y seguido de los caballos de Marcano y Mármol, a Quiróz, en la salida misma de Baire, a poco más de un kilómetro del pueblo.

18. *Ibidem*, p. 18.



*Con acierto juzgó más fácil sorprender la columna, aun desprevenida al salir del caserío, que no después de varias horas de marcha. La distancia de Baire a Jiguani es de cuatro a cinco leguas y sólo podría Gómez, por sorpresa intentar, con gente sin hábitos militares, armada únicamente con machetes, algunos fusiles, trabucos y escopetas la desorganización dudosa de un tropa de línea española”.*¹⁹

Agrega Souza que Gómez: “A las once del día, y para concluir, es la palabra, a la ratonera preparada a este coronel, envió algunos hombres a caballo con la orden de disparar varios tiros frente al caserío y salir después huyendo hacia Jiguani”,²⁰ lo que revela cómo usó Máximo Gómez la táctica de la provocación y la emboscada sorpresiva en su primera acción de guerra en Cuba.

Los maestros guerrilleros dominicanos

La primera Carga al Machete de la Venta del Pino de Baire y la ocupación de los patriotas de la ciudad de Bayamo dice Souza, “pronto dieron su fruto. Camagüey se subleva; la emigración de los Estados Unidos prepara sus expediciones; hombres de gran importancia del país abrazan la causa de Cuba; militares cubanos y extranjeros, se unen a los **maestros dominicanos** (...)”.²¹ (Negritas e.g.f)

Souza habla de los maestros dominicanos porque en su obra citada relata que días después “Donato Mármol, con quien no estaba en esos momentos Máximo Gómez, se lanzó en Saladillo con miles de hombres y machete en mano sobre Valmaseda y, sin tener de su parte el factor de la sorpresa, fue materialmente desecho por éste”,²² acción sobre la cual Enrique Collazo, citado por Souza, dice que:

19. *Ibidem*, p. 23.

20. *Ibidem*, p. 23.

21. *Ibidem*, p. 25. (Nota No. 37).

22. *Ibidem*, p. 25.



*“Se esperaba hacer lo que en Baire, emboscando la fuerza; desgraciadamente la emboscada no estaba bien elegida (...). De nada sirvió el arrojó; mal dirigidos y peor situados, un fuego terrible sembró la muerte entre aquellas masas de hombres, cundiendo el terror”.*²³

Convertido a partir de ese momento en una figura de incuestionable capacidad y autoridad militar, Máximo Gómez dejó vibrando en los campos de Cuba su impresionante grito de: “*Al machete!*”, que era una repetición a través del tiempo y la distancia (habían transcurrido 58 años) de aquel grito de: “*!A muerte, a muerte!*”, lanzado por los dominicanos-españoles en los inicios de la Batalla de Palo Hincado. El grito de “*Al machete!*”, estremeció los campos de Cuba desde La Venta del Pino de Baire, pasando por Palo Seco, Cafetal González y Las Guásimas, hasta Mal Tiempo y La Larga en la segunda campaña libertadora iniciada en 1895.

Al frente de las tropas puestas a su mando, atacando en la mayoría de las veces a la cabeza y machete en mano, Máximo Gómez fue jalonando un rosario de combates victoriosos entre los cuales sobresalen Santa Ana de Griñan, La Candelaria, El Recurso, Ti Arriba, El Cristal, Borjita, Arroyito, y el asalto de La Socapa, destacado particularmente por la extraordinaria demostración de audacia del gran guerrillero dominicano.

En todos estos combates Gómez hizo gala de la maestría que los dominicanos habían adquirido en sus largos años de lucha, pero además “*en él, su recio espíritu de campesino no había atenuado su áspera moral con ninguna cultura de salones. Su larga etapa de soldado, en aquellas guerras interminables, tuvo por teatro el bosque solitario*”,²⁴ dice con absoluta propiedad su biógrafo por excelencia, Benigno Souza.

Luego de su traslado a Camagüey como jefe de esa región de Cuba al frente de las tropas que había organizado Ignacio

23. *Ibidem*, p. 204.

24. *Ibidem*, p. 35.



Almonte, Gómez protagonizó los combates y las batallas más importantes de la Guerra de los Diez Años: La Sacra, Palo Seco, El Naranjo y Las Guásimas, haciendo derroche de habilidad, constancia y decisión que eran el resultado de la prudencia, la astucia y la paciencia como normas fundamentales de su método de lucha. Esas normas entre las cuales figura una de las virtudes cardinales del hombre como es la prudencia, era la escuela de su patria sintetizada en él, como la más alta expresión militar.

Después de la Batalla de Las Guásimas, cuando llegaron las lluvias, las autoridades militares españolas suspendieron la persecución contra Gómez. Pero el general dominicano siguió hostilizando a las tropas españolas de tal manera que se dispuso saliera una gran expedición formada por tres columnas combinadas a perseguirlo. Dice Souza que

*“Gómez ni las hostilizó siquiera. Se limitó a pasearlas, en aquel mes diluvial –agosto– por los terrenos bajos, pantanosos, del sur de la región no mostrándoles como cebo sino sus exploradores y escuchas. A los doce días sin haber logrado cambiar un solo tiro con él, retornan esas columnas a Camagüey, dejando enterrados en el camino más de 180 soldados, muertos de fatiga y cansancio, y trasportando 600 camillas de enfermos, de los cuales muchos perecieron después (...).”*²⁵

Esta práctica se repitió muchas veces en la zona de La Reforma; y nos recuerda el ordinal sexto de la circular de Mella escrita en la Guerra de la Restauración que señalaba textualmente al hablar del enemigo:

“No dejarlo dormir ni de día ni de noche para que las enfermedades hagan de ellos más estragos que nuestras armas; este servicio lo deben hacer solo pequeños grupos de los nuestros, que el resto descanse y duerma”.

25. *Ibidem*, p. 50.



Al finalizar la Guerra de los Diez Años con la Paz de El Zanjón, Máximo Gómez se había convertido en la primera figura militar de Cuba. No había perdido un solo combate o batalla y había inculcado a los combatientes independentistas una profunda fe en su capacidad de luchar para hacer realidad la libertad de su patria. Pero esa autoridad no le hizo nunca perder la prudencia que era una de sus virtudes heredadas de los antecedentes de su patria natal. La mejor prueba de ello la dio cuando en carta dirigida a Antonio Maceo, en fecha 6 de diciembre de 1879, le advierte sobre la posibilidad del fracaso de iniciar de nuevo la guerra.

Frente a la solicitud de apoyo que Maceo le hace a su maestro y amigo, Gómez, aunque no lo negó, predijo, sin embargo, el fracaso con estas palabras:

“toda empresa grande necesita tiempo para ser segura. No así tan fácil se pueden mover los resortes de una máquina, que, al dejar de funcionar, se han oxidado”.²⁶ (Negritas e.g.f.)

Esa prudencia la había exhibido en el campo de batalla como él mismo lo revela en carta dirigida en 1894 a Gonzalo de Quezada, citada por Souza, en la cual dice:

“Luego, yendo a mi lado, yo sé donde el jején pone su huevo en Cuba. Sé donde está la novilla más gorda y la mejor aguada. Sé a que hora el español se encandila, y a qué hora es más pesado su sueño. Así mismo sus instantes de miedo, para entonces, volverme yo un bravo atrevido; pronto conozco su osadía para, **prudente**, dejarla pasar y que la gaste en el vacío. No es muy fácil sorprenderme porque en la guerra siempre marchó con miedo atroz a la derrota más que a la muerte”.²⁷ (negritas e.g.f.).

A esa virtud, la primera de las cuatro virtudes cardinales, sumaba Máximo Gómez la firmeza de propósito que lo llevaba a cumplir con el deber de ejecutar sus planes aun por encima de

26. *Ibíd.*, p. 66

27. *Ibíd.*, p. 194.



sentimentalismos o conveniencias. Así lo demuestra en esta breve orden escrita que es un verdadero ejemplo también del poder de decisión sin vacilaciones que tenía el Generalísimo:

*“República de Cuba. Cuartel General del Ejército Libertador. El Tte. Pedro Sosa con los números que le acompañan marchará a impedir la zafra de los ingenios “San Pedro” y “Santa Lutgarda”, con el incendio de todos sus cañaverales y la muerte de todo individuo, aunque sea pacífico que preste ayuda de cualquier modo a dicha operación. Concluida su misión pasará a dar cuenta al Cuartel General de así haberlo hecho. Guayaba, Marzo 15 de 1896. El General en Jefe, M. Gómez”.*²⁸

Esbozado un criterio estratégico que era el resultado de su experiencia en la Guerra de los Diez Años, la firmeza de propósitos y el poder de decisión de Máximo Gómez le permitían cumplir cabalmente con la ejecución de un plan que estaba seguro de que sería mortal para España. Y a esa orden drástica dada al teniente Pedro Sosa se sumaron después circulares como las dos siguientes:

“Cuartel General del Ejército Libertador, Circular. Najasa, 1 de junio de 1895. A los hacendados y dueños de fincas ganaderas. En armonía con los grandes intereses de la Revolución por la Independencia del país. Considerando: que toda explotación de productos cualesquiera que ellos sean, sirvan de ayuda y recursos al gobierno que combatimos, este Cuartel General dispone: Primero. Queda terminantemente prohibida la introducción de frutos de comercio en las poblaciones ocupadas por el enemigo. Segundo. Queda asimismo prohibida la introducción de ganado en pie. Tercero. Las fincas azucareras paralizarán su labor. Y la que intentase realizar la zafra serán incendiadas sus cañas y demolidas sus fabricas. Cuarto. Los que infringiendo estas disposiciones trataren de sacar lucro de la situación actual, evidenciarán

28. Pichardo. *Máximo Gómez. Carta a Francisco Carrillo*, p. 121.



*desde luego poco respeto a la Revolución redentora; serán considerados como desafectos, tratados como traidores y juzgados como tales casos de ser apercebido. El General en Jefe, M. Gómez. Nota. Los frutos cuya introducción prohíbe esta circular, son: Tabaco, café; madera de labor y construcción, guano, cera, miel, cueros, majagua, ganados de todas clases”.*²⁹

*“Circular. Sti. Spiritus, 6 de Noviembre de 1895. Animado del mismo espíritu de inquebrantable resolución, de defensa de los fueros de la Revolución redentora de este pueblo de Colonos, vejado y despreciado por España, y en armonía con lo dispuesto sobre la materia en Circular de 1 de julio, he venido a disponer lo siguiente: Artículo 1. Serán totalmente destruidos los Ingenios, incendiadas sus cañas y dependencias de batey y destruidas sus vías férreas. Artículo 2. Será considerado traidor a la patria, el obrero que preste la fuerza de sus brazos a esas fábricas de azúcar. Fuente de recursos que debemos cegar al enemigo. Artículo 3. Todo el que fuese cogido infraganti, o resultase probada su infracción al artículo segundo será pasado por las armas. Cúmplase por todos los Jefes de Operaciones del Ejército Libertador dispuesto a enarbolar triunfante (aún sobre escombros y cenizas) la bandera de la República de Cuba. En cuanto a la manera de hacer la guerra, cúmplase la instrucción que privadamente tengo dadas. El honor de nuestras armas y el reconocido valor y patriotismo de Ud. hacen esperar el exacto cumplimiento de lo ordenado. El General en Jefe M. Gómez.”*³⁰

Prudencia, astucia, paciencia, firmeza de propósito y poder de decisión se conjugaron en el Centauro de Baní de manera excepcional para convertirlo en el más grande jefe guerrillero de todos los tiempos. Como apunta Juan Bosch “*resultó un Dios de las batallas*”. Planeaba cada acción meticulosamente,

29. *Ibidem*, p. 127

30. *Ibidem*, pp. 127-128



conocía a cada uno de sus hombres, adivinaba la reacción del español. *“El arte de la guerra consiste en saber, cómo, por dónde, con qué y en qué número viene el enemigo”*, decía sintetizando toda la sabiduría militar. Sus marchas y contramarchas eran asombrosas. Lo exigía todo del soldado, pero lo exigía todo de él mismo. Era disciplinado, férreo. Ponia a su servicio el terreno, la estación, la fauna.

“Mis mejores generales son julio, agosto y septiembre”, afirmaba aludiendo a los meses de más lluvia en Cuba; y durante la última guerra, cuando ya había muerto Martí, que fue el guía político de la revolución, y Maceo, que fue su brazo derecho, mientras operaba en La Reforma se movía de tal manera que las tropas españolas tuvieran que acampar, durante las noches, en los lugares donde más mosquitos había con lo cual obligada al español a espantarlos haciendo hogueras que lo denunciaban a los certeros tiradores cubanos. Señala Bosch que: *“Ordenó cierta vez a sus soldados que no tiraran a matar, sino a herir, porque un muerto queda en el campo abandonado; mientras que un herido inutiliza a los que han de llevarlo; necesita acémila, hospital, médicos, medicinas”*.³¹

Síntesis auténtica, profunda y coherente de las mejores cualidades del pueblo dominicano, Máximo Gómez llevó a Cuba en las dos grandes guerras en que participó los métodos de lucha y la experiencia militar de los dominicanos, actuando en un escenario histórico donde las condiciones de desarrollo material eran más propicias que en su país para llevar a cabo las grandes proezas que realizó. La prudencia, la astucia y la paciencia y más tarde la firmeza de propósitos y el poder de decisión, de las cuales hizo gala por más de trescientos años de lucha el pueblo dominicano, así como la agresividad y el coraje, encontraron en Máximo Gómez su más alto exponente, quien a su vez las convirtió en heroicas realidades al servicio de la independencia de Cuba. En su comportamiento como militar y

31. Bosch. Cuba la isla fascinante, p. 112.



como jefe guerrillero fue también la expresión más fiel del perfil militar dominicano.

Eugenio María de Hostos, el maestro inolvidable del pueblo dominicano y, en consecuencia, gran conocedor de los hombres y mujeres que lo conformaban en aquel entonces decía de Gómez, estas palabras:

“Durante la guerra, como durante el breve tiempo en que yo lo conocí, dio pruebas terminantes de aquella astucia que el peso del coloniaje desarrolló en todos los pueblos abrumados por él, y que después, la servidumbre de la vida ha desarrollado de un modo a veces aterrador en los pueblos que más han batallado por constituirse.

Entre estos, el más combatido ha sido el pueblo que habita la porción oriental de la hermosísima isla que tanto amó Colón, y que tanto aman todos cuantos en ella han vivido el tiempo necesario para apreciar sus méritos. Entre ellos no está la franqueza de carácter: pero, en cambio, está la firmeza del propósito.

*Sin medios ni recursos, sin armas ni dinero, se propusieron en 1844 libertarse de los haitianos, y se libertaron; en 1863, sin dinero, sin armas ni auxiliares, se propusieron independizarse de los españoles y se independizaron. Pues bien, como su pueblo, es el notable caudillo dominicano; reservado, astuto, sutil y firme en sus designios, como lo está es sistema insular de las grandes Antillas en su basamento submarino; no haya miedo que Máximo Gómez abandone la empresa en que cifra la gloria de su nombre y el bien futuro de la familia cubana que ha formado”.*³²

32. Rodríguez Demorizi. *Papeles dominicanos de Máximo Gómez*, pp. 205-206.



Bibliografía

- Juan Bosch. *Cuba, la isla fascinante*. Santiago de Chile. Editoria Universitaria, S. A. 1980.
- Deive, Carlos Esteban. *La esclavitud del negro de Santo Domingo*. Santiago, República Dominicana. Editorial Taller, 1980.
- *Máximo Gómez. Cartas a Francisco Carrillo*. Compilación, introducción y notas por Hortensia Pichardo. La Habana, Instituto-Cubano del Libro, 1971.
- Lemonnier Derlafosse. J. B. *Segunda campaña de Santo Domingo*. Santiago, República Dominicana. Editorial El Diario, 1946.
- Rodríguez Demorizi, Emilio. *Relaciones históricas de Santo Domingo (Rebelión de Guaba)*. T. II. Ciudad Trujillo. Editora Montalvo, 1945.
- *Papeles Dominicanos de Máximo Gómez*. Ciudad Trujillo. Editora Montalvo, 1954.
- *Invasiones inglesas de 1655*. Ciudad Trujillo. Editora Montalvo, 1957.
- *Diarios de la Guerra Dominico-Española de 1663-1665*. Santo Domingo, Editora El Caribe, 1963.
- *Hojas de servicio del ejército dominicano, 1844-1865*. V. I. Santo Domingo, Editora El Caribe, 1968.
- Souza, Benigno. *Máximo Gómez. El Generalísimo*. Santo Domingo. Revista & Ediciones Renovación, 1975.
- Utrera, Fray Cipriano de. *Historia militar de Santo Domingo (Documentos y noticias)*. T. I., Ciudad Trujillo. Tip. Franciscana, 1951.



Máximo Gómez en el marco de las relaciones dominico-cubanas*

Jaime de Jesús Domínguez

Las relaciones económicas y políticas entre Cuba y la República Dominicana en la segunda mitad del siglo XIX, deben ser objeto de amplias investigaciones debido a la importancia que revisten desde el punto de vista histórico.

La primera alusión importante a Cuba en la segunda mitad del siglo XIX que encontramos fue hecha en 1852, o sea ocho años después de haberse independizado la República Dominicana de Haití.

En el citado año el capitán general de Cuba, Valentín Cañedo, envió a Don Marinao Torrente a investigar rumores según los cuales aventureros estadounidenses simularían establecerse en Santo Domingo, para desde ahí lanzar expediciones bélicas contra las autoridades coloniales españolas en Cuba.

Don Mariano Torrente restó veracidad a los mencionados rumores, según consta en el informe que rindió al mencionado capitán general.

* Publicado en la Revista *Política: Teoría y Acción* (órgano del Comité Central del Partido de la Liberación Dominicana), Año 7, No. 80, pp. 29-39. Santo Domingo, noviembre de 1986.

** Historiador y profesor de la Escuela de Historia y Antropología de la Universidad Autónoma de Santo Domingo. Autor de varias e importantes obras, algunos extos universitarios, y miembro de número de la Academia Dominicana de la Historia.



En todo momento el presidente dominicano en la época que se realizó la misión, Buenaventura Báez, se opuso a que se utilizara el territorio dominicano para expediciones militares sobre Cuba. Es probable que Báez no quisiera que se reunieran en la República Dominicana grandes cantidades de extranjeros armados, por considerar que eso constituía una amenaza a la independencia recién adquirida.

El problema de la esclavitud

La esclavitud fue un problema fundamental en las relaciones entre los dos pueblos antillanos.

En los siglos XVII y XVIII el esclavo de Santo Domingo Español recibió de su amo un trato mucho más digno que el que se le dio al esclavo en Cuba.

En dichas dos centurias el Santo Domingo Español conoció una esclavitud de tipo paternalista, por no haber unidades productivas en las que los esclavos pudiesen ser obligados a trabajos agotadores. Contraria era la situación en la mayor de las Antillas, donde fueron sometidos a una explotación intensiva en plantaciones y fincas de diversos géneros.

En los siglos XVII y XVIII España no invirtió muchos capitales de trabajo en Santo Domingo Español. Esto provocó que dicha colonia estuviese sumergida en una miseria tan devastadora, que apenas subsistía. Los dueños de hatos ganaderos se vieron obligados a llevar un estilo de vida casi similar al de su reducido número de esclavos.

Ese común y sencillo estilo de vida evitó que se desarrollara en Santo Domingo Español, y posteriormente en lo que sería la República Dominicana, un racismo como el que existió en Cuba hasta el triunfo de la Revolución en 1959.

Los dominicanos sentían animadversión a esa inhumana forma de explotación llamada esclavitud. De ahí que ese tema estuviese en todo momento en el centro de las negociaciones que tuvieron lugar en 1860 y 1861, entre el presidente



dominicano Pedro Santana y el primer ministro español Leopoldo O'Donnell, con el fin de anexar la República Dominicana a España.

Una de las cinco condiciones que ponía Santana para que pudiera efectuarse la Anexión, era que se garantizara que no se restablecería la esclavitud, abolida por primera vez en 1801 por Toussaint Louverture, cuando éste ocupó la Parte Oriental de la isla. Restablecida por el ocupante francés en 1802, fue abolida nuevamente por el gobernante haitiano Jean Pierre Boyer en 1822, al unificar toda la isla bajo la bandera haitiana.

Por lo menos tres cuartas partes de la población dominicana estaba compuesta por negros y mulatos. El presidente dominicano estaba consciente de que tratar de esclavizar a negros y mulatos, habría dado como resultado poner miles de brazos con un gran valor probado en las batallas libradas contra los haitianos, en contra del gobierno anexionista.

Los generales dominicanos Francisco del Rosario Sánchez y José María Cabral y Luna, quienes se oponían a la Anexión, explotaron políticamente el temor que sentían los dominicanos de que España restableciera la esclavitud, siguiendo los ejemplos de Cuba y Puerto Rico.

En una proclama escrita en Saint-Thomas, el 30 de marzo de 1861, llamando al pueblo dominicano a tomar las armas contra la Anexión, consumada el 18 de ese mismo mes y año, al referirse al asunto de la esclavitud expresaron:

“La España, dominicanos, tiene que seguir uno de estos dos sistemas para gobernar; o debe dejarnos la libertad civil, la libertad política y la igualdad de que disfrutáis hace cuarenta años, o debe gobernarnos con su sistema de esclavitud civil y política, con sus preocupaciones de raza y con su desigualdad de jerarquías. El primer sistema es imposible porque implica contradicción con sus propios intereses; el segundo le es forzoso seguirle para no dar motivo de queja y conservar el equilibrio colonial de Cuba y Puerto Rico”.



En ese documento Sánchez y Cabral denunciaron la política represiva que llevaban a cabo las autoridades coloniales españolas, para poder mantener subyugada la Isla de Cuba:

“(...) la misma isla de Cuba tiene que presenciar periódicamente la proscripción y el patíbulo con que se castiga a sus hijos más ilustres por sus aspiraciones a la libertad y a la independencia”.

Desde el punto de vista de los intereses españoles, una de las ideas que sirvieron para justificar la Anexión de la República Dominicana era evitar que los Estados Unidos de América se apoderasen de la Península y la Bahía de Samaná, para lanzar desde allí incursiones militares contra Cuba.

Otro argumento era que si la República Dominicana pasaba a manos de España, se facilitaría la defensa de Cuba y Puerto Rico. La cercanía geográfica de Cuba y Puerto Rico facilitó grandemente la realización de la Anexión de la República Dominicana a España.

A partir de 1860 y desde la Capitanía General de Cuba el general Francisco Serrano Domínguez promovió intensamente la Anexión hasta su consumación el 18 de marzo de 1861.

La primeras tropas españolas llegadas a la República Dominicana en abril de 1861, procedían de Cuba y Puerto Rico. Las autoridades coloniales españolas de Cuba enviaron varios de los funcionarios que se encargaron de la administración colonial que gobernó la parte oriental de La Española desde 1861 hasta mediados de 1865.

De Cuba se enviaron fondos para subvencionar los gastos de la administración. Pero los funcionarios fracasaron en su política anexionista entre otras razones, porque pretendieron aplicar prácticas que usaban en Cuba, pero que no eran posibles en la Parte Oriental de la Isla de Santo Domingo, ya que chocaban con la realidad concreta del pueblo dominicano.

Quisieron imponer el monopolio del tabaco que existía en Cuba desde 1703, y pagar reducidos precios por dicho fruto.



Ese fue un factor muy importante para que la región tabaquera por excelencia, el Cibao, se levantara en armas como un solo hombre contra la administración colonial y fuese la sede del gobierno provisional de los rebeldes que lucharon por el restablecimiento de la soberanía dominicana, el llamado “Gobierno Restaurador”.

También se quiso implantar el sistema impositivo vigente en Cuba, pero olvidaron o no tuvieron en cuenta que la Parte Oriental de La Española no tenía el desarrollo económico que había alcanzado Cuba, por lo que la creación de nuevos impuestos fue motivo de grandes disgustos entre los dominicanos.

Los soldados españoles, acostumbrados a un fuerte racismo, fomentaron la discriminación racial, lo que causó grandes resentimientos aun entre los generales dominicanos proanexionistas. La discriminación racial y los rumores de que negros y mulatos serían enviados a Cuba para ser vendidos allí como esclavos, hicieron que muchos de éstos ingresaran a las filas del Ejército Restaurador.

Aunque en forma indirecta, Cuba jugó un importante papel en la salida de las tropas españolas de la República Dominicana, en julio de 1865.

La Guerra de Secesión estadounidense afectó considerablemente el comercio entre Cuba y los Estados Unidos de América. Eso impidió que las autoridades coloniales de dicha isla pudiesen seguir enviando a Santo Domingo la suma asignada como subvención. Este hecho impidió que muchos oficiales dominicanos pudiesen cobrar a su debido tiempo sus sueldos, lo que causó un profundo malestar en las filas de los anexionistas dominicanos.

Además, el deseo que tenían los gobernantes españoles de retener a Cuba bajo su dominio a cualquier precio, constituyó un elemento importante en la decisión tomada por el gobierno español presidido por Narváez de evacuar la Parte Oriental de La Española.



Como cada día crecían más las fuerzas restauradoras, España tenía que enviar desde la Península Ibérica, Cuba y Puerto Rico grandes cantidades de tropas para tratar de sofocar la insurrección popular. Pero ya a mediados de 1864 el triunfo de Lincoln sobre los esclavistas sureños se veía llegar. El gobierno madrileño temió que inmediatamente se terminase la Guerra de Secesión, los Estados Unidos de América tratarían de apoderarse de Cuba. Por tanto, se decidió evacuar la Parte Oriental de la Isla de Santo Domingo, con el fin de concentrar todas las fuerzas militares en Cuba, para reforzar la defensa del bastión económico más importante que España tenía en América en esos momentos.

El triunfo de los patriotas dominicanos sobre el colonialismo español les mostró a los cubanos que era posible el logro de su independencia por medio de la lucha armada. Y les enseñó también el tipo de guerra que debía seguirse: el de la guerra de guerrillas, sobre todo a base del machete, que era el tipo de arma que más temían las fuerzas españolas.

El papel de Máximo Gómez

En la Guerra de la Restauración varios dominicanos consiguieron experiencia bélica que aplicarían más tarde en favor de la lucha independentista cubana, entre los que se destacó Máximo Gómez, quien tuvo a su cargo la máxima dirección de la guerra independentista cubana.

En la República Dominicana Máximo Gómez tuvo su bautismo de fuego en la Batalla de Santomé, ganada por los dominicanos contra los invasores haitianos, el 23 de diciembre de 1855. En esa ocasión Gómez peleó al lado de sus compatriotas, pero en 1863-1965 combatió junto a las fuerzas anexionistas, tanto criollas como españolas.

Esto último tiene su explicación. Máximo Gómez era de Baní, un pueblo de la región sur formado mayoritariamente por descendientes de inmigrantes canarios. Era lógico que los



banilejos se identificaran con la Anexión a España, pero lo que más incidió en este comportamiento fueron los crímenes, abusos y vejaciones ejercidos contra la población banileja por el delegado del Gobierno Restaurador en el Sur, el general Pedro Florentino.

Sobre sus desmanes el padre de la historia dominicana, José Gabriel García, escribió:

“Florentino, que se había ensañado en Azua fusilando algunos desertores, dió rienda suelta a la ferocidad de sus pasiones, y acabó de desmoralizar la revolución en el Sur, entregándose a esas matanzas injustificables”.

No tenemos muchas informaciones sobre la participación de Máximo Gómez en la Guerra de la Restauración al lado de las tropas españolas, pero deducimos que su actuación no fue particularmente destacada. Sabemos que en 1864 era jefe militar de San José de Ocoa, un pueblo cercano a Baní, y que al ser cercado por las fuerzas restauradoras trató de llegar por caminos secundarios a Santo Domingo, pero fue hecho prisionero y llevado ante el sanguinario Pedro Florentino. Este lo invitó a unirse a las tropas restauradoras, pero Gómez se negó rotundamente. Logró escaparse y se unió al ejército español.

Algunos analistas ven en esta negativa y, sobre todo, en el hecho de que Máximo Gómez firmó una proclama anexionista en 1861 una decidida y firme voluntad de apoyar la Anexión. En realidad, la carencia de datos precisos imposibilita hacer un análisis serio y objetivo sobre la conducta de Máximo Gómez. Pero, por otra parte, en 1861 fueron muy pocos los oficiales de las reservas del Ejército Dominicano que se negaron a firmar proclamas anexionistas. Los dominicanos conocían los fusilamientos, encarcelamientos y deportaciones a los que estaba muy habituado Pedro Santana. Y en 1864 Máximo Gómez no podía unirse a Florentino, ya que bajo el pretexto de la justa causa restauradora éste, se había convertido en un vulgar asesino, incendiario y asaltante. Un abismo de sangre, abusos y destrucción separaba a los dos hombres.



Poco después de su negativa de unirse a Florentino, este último fue destituido por el Gobierno Restaurador de su cargo como delegado regional en el Sur, debido precisamente a los múltiples abusos que había cometido allí.

No obstante, esa destitución no borró el malestar político que Florentino había creado. Máximo Gómez siguió incorporado a las filas del ejército anexionista, y se embarcó junto con las tropas españolas hacia Cuba en julio de 1865.

¿Qué condujo a Máximo Gómez a combatir tres años más tarde a ese mismo ejército español, y a incorporarse a la lucha por la independencia de Cuba? Consideramos que la repulsa del dominicano a todo lo que fuese esclavitud, debió ser un importante factor en el momento de tomar esa decisión.

La emigración cubana

Durante la Guerra de los Diez Años por la Independencia de Cuba, 1868-1878, numerosas familias cubanas emigraron a la República Dominicana por razones políticas o económicas. Los emigrantes políticos fundaron en Santo Domingo y en Puerto Plata varios periódicos proindependentistas.

Es importante señalar que los exiliados cubanos fueron hostigados por el presidente Báez durante su cuarta administración, la que duró desde febrero de 1868 hasta el 2 de enero de 1874. La causa de su hostilidad era su incondicional y perpetua amistad con España. Además, Báez era el prototipo del gobernante opuesto a todas las causas justas y aliado de todos los sectores nacionales e internacionales retrógrados.

Ese hostigamiento se mantuvo durante la presidencia de Ignacio María González, quien le sucedió, formado en las filas del baecismo y, por tanto, seguidor de la tradicional costumbre de alianza con España. Quienes más sentían la hostilidad de dichos gobernantes dominicanos eran los cubanos residentes en Puerto Plata. Allí eran tan numerosos, que un barrio fue denominado "*Cuba Libre*".



Se hace necesario destacar el comportamiento de Gregorio Luperón, uno de los máximos dirigentes del ejército patriótico durante la Guerra de la Restauración, a quien los exiliados cubanos residentes en Puerto Plata le dieron una serenata, en reconocimiento del apoyo que le brindaba a la causa de la independencia de su patria.

Bajo el pretexto de que su publicación estaba perjudicando las relaciones entre los gobiernos de España y la República Dominicana, el presidente González prohibió la circulación del periódico *Las Dos Antillas*, que dirigía Eugenio María de Hostos, en cuyas páginas se abogaba por la independencia de Cuba y Puerto Rico.

El pueblo dominicano, que estaba plenamente identificado con la causa de la independencia cubana, vio con profundo desagrado el hostigamiento de sus gobernantes a los exiliados, así como el tratado que firmó González con España, en noviembre de 1874, tal como lo expresó el agente comercial estadounidense en Puerto Plata, Chas Douglas, en un informe fechado el 21 de diciembre de 1875:

“La gente está alarmada por la reciente acción mediante la cual un tratado con España ha sido ratificado, y está unida en su determinación de resistir las operaciones gubernamentales contra los muchos cubanos que residen aquí”.

Fue en la ciudad de Puerto Plata donde un agente del gobierno español intentó, en 1880, asesinar a Antonio Maceo. En el Archivo General de la Nación Dominicana están los documentos concernientes a la sumaria judicial de ese suceso criminal.

El Partido Azul o Nacional gobernó el país en forma interrumpida desde diciembre de 1879 hasta julio de 1899. Todos los gobernantes de ese período apoyaron la causa independentista cubana. Debido a ello y a la profunda amistad que unía a Luperón con Maceo, en 1881 el gobierno español organizó desde Puerto Rico una expedición armada liderada por el general dominicano Cesáreo Guillermo, para derrocar al



gobierno del arzobispo Meriño. Pero los expedicionarios fracasaron en su intento.

El rol desempeñado por los emigrantes cubanos en el desarrollo económico del país merece algunos señalamientos. Enseñaron a los campesinos dominicanos sus más avanzadas técnicas de cultivo y de preparación de la hoja del tabaco. Además, debido a sus inversiones, su capacidad y su laboriosidad contribuyeron en forma singular al progreso económico y a la expansión urbanística de Puerto Plata en los años 1868-1874, época en que dicha urbe conoció la mayor pujanza de toda su historia.

Debido a la decadencia en la producción del tabaco, a las guerras civiles que tuvieron a la urbe puertoplateña como uno de sus campos de batalla, pero sobre todo a la firma de la Paz de El Zanjón en Cuba, más de un millar de cubanos regresaron a su suelo natal en 1878 y 1879. Esto constituyó un duro golpe al desarrollo económico del país, y particularmente al de Puerto Plata.

Los cubanos en la industria azucarera

Los historiadores dominicanos están en forma unánime de acuerdo en que los inmigrantes cubanos desempeñaron el más importante rol en el surgimiento de la moderna industria azucarera dominicana. Entre los fundadores de ingenios en los años 1874-1883, época del renacimiento azucarero dominicano, se encontraban capitalistas azucareros que habían nacido en Cuba y se habían naturalizado estadounidenses, como los hermanos Loynaz, Lino Jiménez, José de Lamar y Joaquín M. Delgado. También los había que no se habían naturalizado.

Es un hecho reconocido por todos, que los capitalistas desempeñaron el más importante rol en el nacimiento de la moderna industria azucarera. Ahora bien, es necesario que nos formulemos la siguiente pregunta: ¿Cuáles fueron las causas que motivaron a los señores Lamar, Delgado, Amechazurra,



Guridi, Valiente, Cisneros y a otros empresarios cubanos a escoger a la República Dominicana como el sitio ideal para fundar sus ingenios de azúcar?

Es posible que además de la similitud de clima, costumbres e idioma, la cercanía geográfica de Cuba y lo adecuado del suelo dominicano para el cultivo de la caña de azúcar, lo esencial para tal decisión fuese el bajo costo de producción del dulce en la República Dominicana.

The Journal Commerce, el periódico de los comerciantes extranjeros radicados en Puerto Plata, calculó que en 1879 cada bocoy de azúcar de 1,500 libras exportado desde Cuba tenía de gastos nueve pesos oro con veinticinco centavos más que los exportados desde la República Dominicana.

La salida de Cuba, en el transcurso de la Guerra de los Diez Años e inmediatamente después, de empresarios cubanos y estadounidenses como Alexander Bass y M. G. Barret, afectó los intereses de la metrópoli, al ocasionar una disminución de la producción y una reducción de las actividades económicas en general.

Las autoridades españolas en Cuba trataron de poner freno a esta emigración. Uno de los infructuosos medios que usaron, fue otorgar una serie de franquicias y reducir impuestos, para entrar en competencia con las exoneraciones y otras facilidades concedidas a capitalistas foráneos por los diversos gobiernos dominicanos que se sucedieron desde 1875.

Los congresistas dominicanos, concededores de la intención de las autoridades españolas en Cuba, respondieron aprobando nuevas leyes de franquicias agrícolas, en las que se exoneraba completamente la importación de todo tipo de maquinarias a ser utilizadas en la industria azucarera.

Otro método empleado por España fue presentar a la República Dominicana como un país en el que las frecuentes insurrecciones lo convertían en un lugar de anarquía, donde el crimen y la destrucción de la propiedad privada lo hacían poco propicio a la inversión extranjera. Aunque los dominicanos



estaban muy divididos políticamente, protegieron las unidades productivas azucareras de las funestas consecuencias de las guerras civiles.

El inmigrante cubano, que tenía fama de laborioso a nivel internacional, fue un factor clave para la transformación de Puerto Plata de principal centro comercializador y de puerto de embarque del tabaco a zona ganadera de primer orden, a partir de 1880. Dos cubanos apellidados Pérez y Hurtado fueron pioneros de la crianza de ganado vacuno en potreros con pastos cultivados y cercados con alambres de púas.

Cubanos y descendientes de ellos tuvieron entre los innovadores que invirtieron en nuevos renglones productivos, especialmente en café y cacao, en el distrito de Puerto Plata. Diego y Enrique Loynaz, Andrés Brugal y Diego Hurtado estuvieron entre los iniciadores de estos ramos de producción agrícola en los campos puertoplataños. Cubanos se encuentran en el origen de la industria azucarera en Puerto Plata.

En 1871 Carlos F. Loynaz fundó, en campos cercanos a Puerto Plata, los dos primeros ingenios que laboraron en la República Dominicana con modernas maquinarias de vapor que hizo traer desde Nueva York.

Dicha empresa fracasó, posiblemente porque sus costos de producción eran muy elevados, pero eso no impidió que en una carta al ministro de los Interior del gobierno dominicano, fechada el 23 de diciembre de 1875, Loynaz hiciera recordar su rol como pionero de la moderna industria azucarera dominicana:

“ (...) es el primero que ha establecido en este país un ingenio de azúcar con máquinas de vapor (...) el exponente, que cree haber dado con su ejemplo confianza a otros capitalistas conciudadanos suyos para que hayan venido a establecer en el país haciendas iguales a la suya (...)”.

Otro cubano, Joaquín M. Delgado, fundó en campos cercanos a la ciudad de Santo Domingo, en 1874, un ingenio



moderno, y así dio comienzo al interrumpido desarrollo de la industria azucarera dominicana. A pesar del fracaso de Carlos F. Loynaz, otros inmigrantes fundaron ingenios en el distrito de Puerto Plata, a finales de la década de 1870 y a comienzos de la siguiente, y hoy día perduran dos ingenios en esa zona: Amistad y Monte Llano.

Otra industria fundada por emigrantes cubanos y que todavía subsiste en Puerto Plata, es la de ron. En 1897 la familia Brugal trasladó su fábrica desde Cuba a Puerto Plata.

Durante los años 1884-1902 la industria azucarera dominicana entró en crisis, debido a una baja casi continua de sus precios. Esto y la crisis cuantitativa y cualitativa del tabaco, que junto con el azúcar eran los dos principales productos dominicanos en la época, afectaron sensiblemente la economía dominicana.

Como consecuencia de la crisis, centenares de inmigrantes cubanos establecidos en las ciudades de Puerto Plata y Santo Domingo regresaron a Cuba en 1886 y 1887.

Contraria fue la actitud de Máximo Gómez, quien regresó a su patria para dedicarse a labores agrícolas. En 1889 se asoció con el empresario Juan Isidro Jiménez para la creación de una finca tabaquera en la que se emplearían agricultores cubanos con gran experiencia en el ramo, que se encontraban exiliados en Jamaica. Estos agricultores, unos treinta en total, vinieron con sus respectivas familias.

Desconocemos si hubo o no convenio escrito entre Gómez y Jiménez, pero sí sabemos que el primero tendría la libertad de vender la producción al mejor postor. El establecimiento agrícola fue denominado La Reforma. Estaba situado en Guayacanes en la Línea Noroeste.

La empresa agrícola tuvo serios problemas debido a la acción combinada de los hombres y de la naturaleza. Hubo una fuerte sequía que estuvo acompañada de una plaga de gusanos, hechos éstos que desmoralizaron a los inmigrantes cubanos. Por otra parte el héroe independentista se quejó, en una carta



publicada por el periódico puertoplateño *El Porvenir*, de la conducta de los cosecheros: “(...) *por las exigencias sin derechos y las quejas sin razón de los colonos*”.

Máximo Gómez supo sobreponerse con su habitual tenacidad a los malos tiempos, y en 1893 la empresa La Reforma y el nombre del futuro libertador de Cuba aparecían en un Directorio Comercial e Industrial publicado por un periódico de Santiago de los Caballeros.

Con el renacer de la lucha armada en pro de la independencia cubana, centenares de cubanos llegaron a la República Dominicana en 1895 y 1896. Entre los inmigrantes había profesionales, maestros y artesanos, pero la mayor parte eran campesinos.

El dictador Ulises Heureaux colaboró con armas y dinero a la causa cubana. Lo hizo con tanto tacto y habilidad, que no provocó protestas de consideración por parte del Ministerio de Relaciones Exteriores de España. Por su parte, el pueblo dominicano dio apoyo moral y ayuda material y fueron varios los dominicanos que abonaron con su sangre la tierra de José Martí.

A pesar de la conocida habilidad política y diplomática del presidente dominicano Ulises Heureaux, el gobierno estadounidense logró involucrarlo más de lo que éste deseaba en la guerra cubano-española, con participación estadounidense en 1898. En junio de ese año, veinte hombres armados, dirigidos por Juan Isidro Jiménez, desembarcaron del vapor *Fanita*, con la finalidad de apoderarse de Montecristi, pero fueron derrotados. Dicho vapor estaba al servicio del gobierno estadounidense. Uno de los expedicionarios, Maximiliano Grullón, declaró que el armamento que usaron, había salido de los arsenales de Washinton.

Estos indicios nos indican que la llamada *Expedición del Fanita* contaba con la aprobación del gobierno de los Estados Unidos de América. Los gobernantes de la Casa Blanca deseaban que el grupo expedicionario triunfara, para que les



fuesen ofrecidas la Bahía y la Península de Samaná, las que planeaban utilizar en la guerra contra España.

El 15 de junio de 1898 el gobierno estadounidense transmitió un solicitud al dominicano, para que permitiese el establecimiento de una estación meteorológica en Samaná. Peticiones similares fueron dirigidas a varios países centroamericanos. Su uso aparente era “*estudiar los grandes huracanes y centros de tormentas*”, pero el verdadero objetivo era mantener informados a los barcos militares estadounidenses encargados de bloquear los puertos de Cuba y Puerto Rico y de patrullar toda el área caribeña sobre las condiciones meteorológicas existentes en las Antillas.

La guerra cubano-española y la participación en la misma de los Estados Unidos de América en 1898, incidió en la vida política y económica del pueblo dominicano. Dicha contienda bélica tuvo repercusiones económicas muy negativas para la República Dominicana. Los comerciantes estadounidenses suspendieron los créditos que otorgaban a sus homólogos dominicanos. Los Estados Unidos de América redujeron las cantidades de alimentos a ser exportados, lo que causó una carestía alimenticia en República Dominicana y, como consecuencia, su encarecimiento. A su vez, los ingresos fiscales disminuyeron considerablemente, debido a la reducción de los intercambios comerciales. Creemos que esto aceleró el proceso de emisión de papeletas sin respaldo metálico por parte del dictador Heureaux.

Todo este malestar económico aceleró el proceso de desintegración de la dictadura que encabezaba Lilís desde mediados de 1886. Menos de un año después de haber finalizado la guerra cubano-española con participación estadounidense en 1898, Heureaux fue ajusticiado en un atentado, el 26 de julio de 1899, y su sucesor, el general Wenceslao Figuereo, renunció el 30 de agosto de 1899, para dar paso a fuerzas políticas más democráticas.



En definitiva, en la segunda mitad del siglo XIX se estrecharon los lazos de amistad entre los pueblos dominicano y cubano.

Fue en los años 1868-1898 cuando esa confraternidad desempeñó un rol preponderante para el destino de ambos pueblos. Los dominicanos aportaron su ejemplo de la lucha anticolonialista de 1863-1865, valiosos combatientes y apoyo moral y material a la causa independentista cubana. A su vez, los inmigrantes cubanos llevaron a la República Dominicana capitales y conocimientos técnicos para salir de la economía de subsistencia en que se encontraba. El capitalismo dominicano nació con la industria azucarera moderna, y ésta fue creada principalmente por los inmigrantes cubanos.



El pensamiento social de Máximo Gómez *

Emilio Cordero Michel**

“Quien no respeta la historia de su patria y la suya misma, y la profana, deja muy por lo bajo el respeto de los hombres y se coloca en el más lamentable desnivel político y social”.

Máximo Gómez ¹

El tema que trataré no es del todo nuevo, ya que forma parte de un amplio trabajo de investigación que, a retazos, he venido realizando desde hace algunos años y del que he ofrecido algunos avances en más de una ocasión. Me refiero a varias conferencias que he pronunciado sobre el Generalísimo, al publicado *“El Máximo Gómez desconocido”* y a los inéditos trabajos *“La prisión de Máximo Gómez en Santo Domingo, 1886”* *“Máximo Gómez campesino”* e *“Iconografía de Máximo Gómez”*, que espero tener concluidos para la conmemoración del centenario de su muerte, a mediados de junio del año 2005.

* Discurso de ingreso como miembro de número de la Academia Dominicana de la Historia, pronunciado en el salón de actos de la institución la noche del 4 de febrero de 2004.

** Historiador y profesor meritísimo de la Escuela de Historia y Antropología de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, autor de varias obras históricas, miembro de número y vicepresidente de la Academia Dominicana de la Historia.

1. Máximo Gómez. “Carta al General Bernabé Boza, La Habana, 5 de enero de 1902”. En Bernabé Boza, *Mi Diario de la Guerra*, Tomo I. La Habana, Editora de Ciencias Sociales, 1974, p. 322 (Instituto Cubano del Libro).



Abordar el tema del pensamiento social de Máximo Gómez resulta tarea un tanto espinosa, porque él mostró dos personalidades notoriamente definidas. Una de ellas, la más conocida, es la del guerrero, la del estratega y táctico militar invencible que derrotó a España, la del soldado severo, enérgico, de disciplina y sobriedad espartanas, la del jefe para quien la obediencia ciega y la ordenanza constituyeron el eje de su vida; la del hombre de temperamento irascible, agrio, hosco, a veces tierno, a veces violento, arbitrario e intransigente, ese fue el Máximo Gómez del *Diario de Campaña*.

La otra personalidad, la menos conocida, es la que lo muestra como realmente fue: un hombre de profunda sensibilidad social, un humanista, profesante de un desmesurado amor hacia los pobres, las masas explotadas y hambreadas y portador, además, de un rabioso desprecio hacia los ricos. En otras palabras, además de haber sido un exitoso guerrero, Máximo Gómez se caracterizó por una faceta ignorada: la de un auténtico revolucionario que evidenció avanzadas ideas sociales. Ese fue el Máximo Gómez que escribió parte de los escritos recopilados por su hijo Bernardo Gómez Toro en *Revoluciones...Cuba y Hogar*.²

Gómez llegó a desarrollar ese amplio pensamiento social no como resultado de su educación escolar en Baní —instrucción que él mismo consideró deficiente e inclinada hacia la teología— sino observando en los campos de su región natal, en Cuba, Jamaica, Honduras, en su finca La Reforma, en Monte Cristi, en los barrios obreros de New Orleans, Key West, Cedar

-
2. Emilio Cordero Michel. "Presentación". En Bernardo Gómez Toro, *General Máximo Gómez Báez, Revoluciones...Cuba y Hogar*, 1ª ed. dominicana. Santo Domingo, Editora Alfa & Omega, 1986, p. VII (XIV Feria Nacional del Libro "Prócer Máximo Gómez").
 3. Emilio Cordero Michel. "El Máximo Gómez desconocido". Publicado en *Isla Abierta*, Año VI, No. 274, Suplemento Cultural del periódico *Hoy*, pp. 5-8, Santo Domingo, 15 de noviembre 1986. *Revista de la Fundación García Arévalo*, Año I, N° 1. P. 15. Santo Domingo, Editora Amigo del Hogar, 1986.



Key, Cayo Hueso, Tampa, New York, Boston, Philadelphia y Panamá cómo era explotado el hombre por el hombre.³ En opinión del historiador cubano Jorge Ibarra Cuesta, incorporado esta tarde como miembro correspondiente extranjero de la Academia, “(...) *el genial combatiente dominicano tenía una ideología democrática y popular*”.⁴

Fue un verdadero autodidacta que leyó gran parte de los clásicos y todo lo que cayó en sus manos y que, desde los inicios de la Guerra de los Diez Años, celosamente guardó copia de los miles de documentos que escribió. Por esa previsión,

“sus escritos depositados en el Archivo Nacional de Cuba, en La Habana, sobrepasan los 130,000 folios que, de publicarse, darían de 45 a 50 tomos en formato de 6 por 9 pulgadas, con unas 300 páginas cada uno”.⁵

Gran parte de esos escritos muestran el otro aspecto de su carismática y extraordinaria personalidad y de su pensamiento revolucionario, porque fue un gran escritor, no tanto por la cuantía de sus trabajos, sino por la calidad de los mismos, en los que se destacan su sentido único y gran poder de síntesis, resultando, en la práctica, un magnífico cronista de la guerra como lo prueba el enorme volumen de su archivo.⁶

*“Esta ‘papelería’ y sus escritos han sido insuficientemente divulgados hasta la fecha y aún quedan muchos de éstos inéditos en espera de que se den a conocer.”*⁷

A pesar del importantísimo papel desempeñado por Máximo Gómez en las guerras de independencia de Cuba y de

4. Jorge Ibarra Cuesta. *Máximo Gómez frente al imperio, 1898–1905*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2000, p. 178 (Instituto Cubano del Libro). También existe edición dominicana con el mismo título, Santo Domingo, Editora Cole, 2000, . p. 154.

5. Emilio Cordero Michel. “El Máximo Gómez desconocido”, p. 17.

6. Raúl Rodríguez La O. *Enigma*. La Habana, Ediciones Verde Olivo, 1998, p. 16.

7 Raúl Rodríguez La O. *Máximo Gómez, Pasión y entrega*. Santo Domingo, Editorial Carieva y Editora Manatí, 2002, p. 27.



que escribió mucho más que José Martí, sus obras no han sido publicadas ni en la vigésima parte y, en opinión de la historiadora Nydia Sarabia, “(...) todavía está por escribirse una biografía completa, a pesar de que muchos lo han intentado y logrado detectar informaciones valiosas.”⁸

Al analizar su pensamiento social, trataré de ser lo más ecuánime posible, sin olvidar, claro está, que la objetividad absoluta no existe como tal porque al intelectual le es científicamente imposible separarse de su ideología. Aunque el tema es sumamente amplio, por cuestión de tiempo solamente me referiré a algunas de sus vertientes: su humanismo, entrega a los demás y devoción por los pobres, esclavos, campesinos y obreros. Por tanto, dejaré de lado otros aspectos relevantes de su ideario, los relativos a su moral revolucionaria, humildad, honestidad, desprendimiento, desinterés, rectitud, antillanismo y antiimperialismo.

De todas las manifestaciones sociales de Gómez, la que primero se distingue es su concepción del compromiso al que se sentía obligado por sus principios morales ya que, según expresó, “*Debo pertenecer a mi familia y a la sociedad; a mis hermanos los hombres (...)*.”⁹ La esencia de sus postulados éticos residía en su responsabilidad, amor familiar y sensibilidad o compasión por las desgracias ajenas: en su humanismo. En torno a este ideal, definió sus proyecciones con la siguiente afirmación, expresada en un pensamiento que escribió en Sagua La Grande, el 12 de febrero de 1899, cuando realizaba su marcha triunfal hacia La Habana:

8. Nydia Sarabia. *La memoria y el tiempo*. La Habana, Ediciones Verde Olivo, 1996, p. 93.

9. Comisión del Archivo de Máximo Gómez, *Diario de Campaña del Mayor General Máximo Gómez*, 1ª ed. Ceiba de Agua, La Habana, Talleres del Centro Superior Tecnológico, 1941, p. 218 (Edición Homenaje al cumplirse el 104 aniversario del natalicio del General Máximo Gómez, 18 de noviembre de 1940).



*“Cuba no tiene más de un millón y medio de habitantes. Yo no vine aquí para ayudar los intereses de este pueblo microscópico. Vine a obrar y a sufrir aquí porque yo creí que peleaba por la humanidad.”*¹⁰

Cuando la revolución cubana ya tenía el triunfo en las manos y las tropas españolas estaban abocadas a abandonar la isla, los Estados Unidos de Norteamérica, poniendo en ejecución su política del “Destino Manifiesto”, declararon la guerra a España. El 10 de abril de 1898, el capitán general de Cuba, Ramón Blanco, dirigió una carta a Máximo Gómez proponiéndole aliarse para combatir a los invasores yanquis, alegando que los pueblos cubano y español eran de una misma raza, hablaban el mismo idioma y promulgaban la misma religión, mientras que el pueblo norteamericano era extranjero, de raza distinta, de tendencia absorbente, intentaba apoderarse de la isla y exterminar a los cubanos por razón de su sangre ibérica.

El Generalísimo le respondió el 20 de abril rechazando su oferta con una misiva en la que demostró tener un profundo conocimiento humanista e internacionalista de estos problemas, poniendo a la humanidad por encima de las ideas de patria y raza. En dicha comunicación expresó:

*“(...) Usted dice que pertenecemos a la misma raza y me invita a luchar contra un invasor extranjero; pero usted se equivoca otra vez, porque no hay diferencias de sangre ni de razas. Yo sólo creo en una raza: la Humanidad, (...)”*¹¹

10 Bernardo Gómez Toro (comp.). *General Máximo Gómez Báez. Revoluciones...Cuba y hogar*. La Habana, Imprenta y Papelería de Rambla, Bouza y Cía., 1927, p. 11. Existe edición dominicana en ocasión de la XIV Feria Nacional del Libro “Prócer Máximo Gómez”. Santo Domingo, Editora Alfa & Omega, 1986.

11. Máximo Gómez. “Carta al General Ramón Blanco, Comandante en Jefe del Ejército Español en Cuba, 20 de abril de 1898”. En *Revoluciones...Cuba y Hogar* p. 104.



Estos conceptos los amplió en carta enviada a Tomás Estrada Palma al exponerle:

*“No hemos luchado sólo para nosotros y para Cuba, sino para la civilización, para el mundo todo.”*¹²

Después de esa revelación de profundo humanismo, su pensamiento giró en torno al negro esclavo y el problema de la discriminación racial en Cuba. Y era lógico que así sucediera, porque aquí, en República Dominicana, nunca había conocido esa brutal institución y, aunque existían prejuicios raciales en su bucólica Baní, población de rancia hispanofilia, cuando arribó a Santiago de Cuba, en la segunda quincena de julio de 1865, quedó anonadado al contemplar la realidad social que allí existía. Gómez siempre tendió a unificar el problema racial con el social y a experimentar una desbordada simpatía por los pobres, respondiendo, aunque fuera parcialmente, a una realidad histórica de su tiempo y de su contexto, ya que contraponía a las clases populares más explotadas, integradas por negros esclavos o libres, mulatos y campesinos blancos desposeídos, con las que él llamaba desdeñosamente *“las clases elevadas”*.¹³

Era natural que el Generalísimo tuviera esa cosmovisión, ya que nunca fue propietario de grandes fincas ni había tenido esclavos, por haber sido abolida esa institución, por segunda vez en el territorio dominicano, en 1822, 14 años antes de su nacimiento. Tampoco fue explotador de obreros del campo, ni aquí ni en los países en los que intentó, de manera frustratoria, extraerle a la actividad agrícola el sustento para su familia, porque siempre, cual Cincinato, cuando abandonó la espada por el arado, laboró la tierra con sus propias manos. Por esos

12. Máximo Gómez. “Carta a Tomás Estrada Palma, *Central Narcisca*, Yaguajay, 28 de octubre de 1898”. En *Boletín del Archivo Nacional*, Tomo XXXII, pp. 94–95, La Habana, 1931.

13. Ramón de Armas. “Máximo Gómez en la vanguardia revolucionaria antillana”. *Revista del Caribe*, Año VI, N° 13, p. 74. Santiago de Cuba, Casa del Caribe 1989.



motivos, no tuvo prejuicios de clase ni raciales con los hombres que combatieron bajo su mando en la manigua cubana o trabajaron a su lado en las faenas agrícolas.

Cuando en 1865 desembarcó en playas cubanas y contempló las terribles contradicciones que caracterizaban a la sociedad esclavista que allí imperaba, sufrió una conmoción tan insondable que, al explicar con posterioridad los móviles que le impulsaron a luchar contra España, confesó que se había lanzado a la guerra por la independencia de Cuba por su odio a la esclavitud y a la discriminación del negro.¹⁴ Lo explicó con las siguientes palabras:

*“Cuba, país de esclavos; no había conocido yo tan fatídica y degradante institución, y ni siquiera había podido tener una idea cabal de lo que era eso, tan fué así, que quedé espantado al encontrarme en aquella sociedad donde se despreciaba y explotaba al hombre por el hombre, de un modo inhumano y brutal. (...) Muy pronto me sentí yo adherido al ser que más sufría en Cuba y sobre el cual pesaba una gran desgracia: el negro esclavo. Entonces fué que realmente supe que yo era capaz de amar a los hombres.”*¹⁵

Posteriormente, el 5 de agosto de 1896, estando acampado en las Minas de Camasán, dictó al Dr. Fermín Valdez Domínguez:

“Mis negocios de madera y otros, me llevaron a distintos ingenios y en uno de ellos vi por primera vez, cuando con un látigo se castigaba, sin compasión, a un pobre negro, atado a un poste, en el batey de la finca y delante de toda la dotación del ingenio. No pude dormir aquella noche y me parecía aquel negro uno de los muchos que aprendí a amar y respetar al lado de mis padres.

14. Sergio Aguirre. “El Generalísimo”. En *Eco de Caminos*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1974, p. 215 (Instituto Cubano del Libro).

15. Máximo Gómez. “Notas autobiográficas, 1894”. En *Revoluciones... Cuba y hogar*, p. 130.



*Por mis relaciones con cubanos entré en la conspiración, pero yo fui a la guerra llevado por aquellos recuerdos, a pelear por la libertad del negro esclavo. Luego fué mi unión contra lo que se puede llamar esclavitud blanca, y fundí en mi voluntad las dos ideas y a ellas consagré mi vida; pero, a pesar de los años que han pasado, no puedo olvidar que acepté al principio la Revolución para buscar en ella la libertad del negro esclavo.”*¹⁶

Al finalizar la guerra de 1895, Gómez recalcó su postura antiesclavista al asegurar en “Declaraciones necesarias” publicadas en el periódico *Listín Diario*, del 31 de agosto de 1899, que:

*“He ayudado a conquistar libertades, habiendo nacido libre vine aquí, no a llorar con los esclavos, sino a animarlos para que nos fuésemos al campo a conquistar la libertad; y al campo fuimos. El triunfo coronó nuestros esfuerzos, y alcanzado mi ideal no necesito de nada.”*¹⁷

Estas opiniones de Gómez, que evidencian su amplia sensibilidad humana, vinieron a quedar ratificadas definitivamente cuando, viviendo en su finca La Reforma, escribió, en 1892 el hermoso y enternecedor relato *El viejo Eduá o Mi último asistente*, dedicado al antiguo esclavo y ordenanza, a quien la libertad parecería que le llegó tardíamente, ya que contaba con 60 años de edad cuando el Generalísimo lo liberó. Este negro lo atendió por 8 difíciles años en la guerra de 1868–1878, lo alimentó preparándole el desayuno, cazándole jutías y asándoselas con viandas, preparándole la tienda de campaña

16. Benigno Souza. *Máximo Gómez, el Generalísimo*, 1ª ed. La Habana, Editorial Trópico, 1936, pp. 32–33 (Edición del Centenario de su Natalicio).

17. Máximo Gómez. “Declaraciones necesarias”. En *Listín Diario*, Santo Domingo, 31 de agosto de 1899. Reproducidas por Emilio Rodríguez Demorizi, en *Papeles dominicanos de Máximo Gómez*, 1ª ed., Ciudad Trujillo, Editora Montalvo, 1954, p. 169. Existe 2ª ed. en Santo Domingo, Editora Corripio, 1985 (Fundación Rodríguez Demorizi, Vol. XXIII).



—cuando podía instalarla— y la hamaca en la que leía, escribía y descansaba. Por todo ello, es factible asegurar que la situación de los antiguos esclavos, la institución de la esclavitud y la discriminación racial siempre le preocuparon y sobre el tema escribió casi hasta que le llegó la muerte.

Concluyó sus manifestaciones antiesclavistas en defensa del negro cuando en *El porvenir de las Antillas*, obra posiblemente escrita en su finca de La Reforma en el año 1888, que, según Ramón de Armas, constituye un escrito altamente peculiar porque el autor se situó hipotéticamente a mediados del siglo XX y narró —como pasado histórico— lo que él consideró que vendría a ser el futuro del conjunto de las islas antillanas y el papel que le correspondería desempeñar a la población negra y mulata en los procesos de desarrollo histórico de sus respectivos países.¹⁸ En dicha singular obra, reafirmó su antiesclavismo al asegurar que:

*“(...) jamás fui esclavista; no tenía ninguna deuda pendiente con ellos, había nacido en país libre y siempre fui soldado de las causas justas, sintiendo siempre profunda veneración por las ideas y los principios de razón, de justicia y de equidad.”*¹⁹

Esta compenetración con los seres que más sufrían en Cuba, los negros esclavos, y el estrecho contacto que estableció con los hombres del campo desposeídos al realizar personalmente arduas tareas agrícolas tanto en aquella isla como en Jamaica, Honduras y en la inhóspita Línea Noroeste, conllevaba un desmesurado amor y simpatías por los pobres, por las masas explotadas del pueblo y sus ambiciones de justicia social y, a la vez, una enorme desconfianza y desprecio hacia los poderosos, hacia los ricos, hacia la burguesía agraria esclavista dueña de

18. Ramón de Armas. Ob. cit., p. 72.

19. Máximo Gómez. “El porvenir de las Antillas”. En Salvador Morales Pérez, *Máximo Gómez. Selección de textos*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1986, p. 244 (Instituto Cubano del Libro).



ingenios de azúcar —la llamada “*sacarocracia cubana*”— y de propietarios de cafetales y grandes fincas ganaderas.²⁰

En ese amor por los desposeídos estaba la raíz de su ideario social; amor que se inició en su niñez de origen rural pequeño-burguesa que le permitió conocer la mísera existencia de los trabajadores banilejos del campo. En opinión de Yoel Cordoví, fueron la esclavitud y el colonialismo en Cuba los fenómenos que hicieron posible que tomara conciencia de la explotación del hombre por el hombre y de su derecho a la libertad y el trabajo.²¹

Existen numerosas citas de Gómez relativas a su amor por los pobres y a su fe en el pueblo, de las cuales reproduciré unas cuantas. En una oportunidad escribió en su *Diario de Campaña* lo siguiente: “*No se puede vivir en ningún pueblo si no se sienten las desgracias de ese pueblo.*”²²

Estando, en 1890, en su finca de La Reforma, escribió a José Joaquín Hungría, director del periódico *Eco del Pueblo*, de Santiago de los Caballeros, una amarga carta en la que denunciaba los sufrimientos que padecían los campesinos de la Línea Noroeste por la falta de canales de riego, de plaguicidas, de vías de comunicación, por la indiferencia y desidia gubernamentales para promover el desarrollo de tan fértiles tierras “y después, al lado de eso, la explotación del comercio.”²³

20. Emilio Cordero Michel. “El Máximo Gómez desconocido”, p. 19.

21. Yoel Cordoví. *Máximo Gómez. Utopía y realidad de una república*. La Habana, Editora Política, 2003, p. 23.

22. Máximo Gómez. *Diario de Campaña*, Libreta N° 15, Adicional, p. 548.

23. Máximo Gómez. “Carta a don José Joaquín Hungría, director del periódico *Eco del Pueblo*, Santiago de los Caballeros, La Reforma, Monte Cristi, 12 de febrero de 1890”. Publicada en el N° 263, Año VIII, 5 de marzo de 1890, p. 2. Hemeroteca del Archivo General de la Nación, Santo Domingo, reproducida por Emilio Rodríguez Demorizi: Ob. cit., pp. 33–34.



El Generalísimo era figura de destacada importancia en el pequeño y aislado pueblo de Monte Cristi, por lo que era invitado a todas las actividades sociales que allí se realizaban. Por ello, cuando Martí lo visitó a comienzos de junio de 1893, el gobernador lilisista de la provincia, general Miguel Andrés Pichardo, alias Guelito, ofreció un ágape bailable en su honor. Relató Martí, con inigualable prosa en el opúsculo *El General Gómez*, publicado en *Patria*, el 26 de agosto de 1893, que:

*“(...) como en la sala de baile, colgado el techo de rosas y la sala henchida de señoriles parejas, se acogiese con su amigo caminante a la ventana a que se apiñaba el gentío descalzo, volvió el Generalísimo los ojos, a una voz de cariño de su amigo, y dijo, con voz que no olvidarán los pobres de este mundo: ‘Para éstos trabajo yo.’ ”*²⁴

Sublime momento ese de Máximo Gómez, en el que confirmó su pensamiento social y amor por los desposeídos que contemplaban la fiesta. Ahí demostró que era un hombre del pueblo y que sentía en el hondón de su alma las necesidades del pueblo.

Sin lugar a duda alguna, lo que a Gómez le tocó vivir después de 1868 fueron años fundamentales en el desarrollo de su pensamiento social. La Guerra de los Diez Años, su deambular por el Caribe, sus experiencias como campesino fracasado y obrero en la construcción del Canal de Panamá, lo convirtieron en un estudioso de la situación de las clases sociales en la zona caribeña. Lo que le permitió perfilar su ideario revolucionario fue el vivir en el campo trabajando duramente la agricultura, a la vez que leía la historia y las luchas independentistas de los pueblos de América. Fue en esos momentos cuando completó la conformación de su pensamiento social y desarrolló su revolucionarismo y antillanismo al

24. José Martí. “El General Gómez” Publicado en *Patria*, New York, 26 de agosto de 1893 y recogido en sus *Obras Completas*, Tomo 4. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, pp. 450–451 (Instituto Cubano del Libro).



comprobar que República Dominicana, Cuba y Puerto Rico debían conformar la gran familia antillana.

Gómez escribió a su amigo el mayor general Francisco Carillo cientos de cartas, muchas de ellas invitándolo a venir al país para trabajar unidos en proyectos agrarios que se le ocurrieran. En una, sin data, pero probablemente redactada a finales de mayo de 1894, en La Reforma, le expresó:

*“Yo tengo mucha fe en el pueblo, siento amor por el pueblo y esto debe ser inspirado en algo más positivo que las palabras, por lo que ese pueblo tiene de bueno y sufrido.”*²⁵

De los escritos de Gómez se desprende que fueron los campesinos, los llamados por Martí “*pobres de la tierra*”, los que de manera más directa se vieron representados en su ideología política-social y a los que dedicó lo más notable de su pensamiento revolucionario. Y fue natural que así sucediera, ya que por su extracción clasista pudo identificarse, sin grandes esfuerzos, con los sectores oprimidos y convertirse, también sin grandes esfuerzos, en un genuino representante de sus intereses.²⁶

Es importante destacar que Gómez fue siempre, por origen, por temperamento, por ideología, un campesino y que en todo momento vibró en él, como bien ha señalado su mejor biógrafo, el Dr. Benigno Souza, un recóndito amor a la tierra. Repito, que sus duras experiencias agrícolas en el Baní natal, antes de la Anexión a España; en el caserío de El Dátil, cerca de Bayamo, de 1865 a 1868; su estrecho contacto con el campesinado cubano durante la Guerra de los Diez Años y con los soldados mambises, en su casi totalidad campesinos y antiguos esclavos; sus fallidos intentos de poner a producir la tierra con sus propias

25. Máximo Gómez. “Carta al Mayor General Francisco Carillo, La Reforma. Monte Cristi”, sin fecha pero posiblemente de mediados de 1893. En Hortensia Pichardo, *Máximo Gómez. Cartas a Francisco Carrillo*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1971, p. 164 (Instituto Cubano del Libro).

26. Emilio Cordero Michel. “El Máximo Gómez desconocido”, p. 21.



manos en Jamaica, Honduras y en las áridas planicies de la cuenca del Yaque del Norte, le dieron ese impulso telúrico de retornar al trabajo con la naturaleza, *“la vuelta a la tierra”*, según sus palabras.²⁷

Tanta era la pasión del Generalísimo por la agricultura, que después de firmar con José Martí, el 25 de marzo de 1895, el *Manifiesto de Monte Cristi*, de embarcarse junto al Apóstol integrando la llamada *“mano de valientes”* en la madrugada del 1° de abril, y de arribar a Cabo Haitiano, el día 8, mientras se hacían los preparativos para llegar a Cuba, escribió a sus hijos menores Urbano, Bernardo, Andrés y Margarita, una hermosa carta de despedida que sirve de muestra de su amor a la tierra. Después de recomendarles la conducta que deberían seguir para con su madre, tía y hermanas mayores, Clemencia y Margarita, les dijo:

“Espero también que trabajen mucho y voy a ver todo lo que cuando yo vuelva encuentro hecho en ese patio. Muchas cosas bonitas, mucho sembrado, que al mismo tiempo que sea bello, sea útil. Es preciso que hagan ahorros para que lo más pronto que puedan, poner una pluma de agua, pues sin agua no hacemos nada.

Cuando se tenga el agua, de ese patio se puede hacer un conuco y ahí en Monte Cristi una familia honrada y trabajadora con un buen patio y que sepa sacar provecho de él, vive desahogada (...). Muy bien pueden ustedes hacerse grandes agricultores en ese patio y hasta pueden tomar más. Les he dejado libros que les enseñan cómo se cultiva todo y cómo se hacen las cosas de la tierra, (...) La distribución del trabajo es lo esencial para que nos dé el resultado que nos proponemos y eso es lo que ustedes deben hacer; (...).”²⁸

27. *Ibidem.*

28. Máximo Gómez. “Carta de despedida, Cabo Haitiano, 8 de abril de 1895”. En *Revoluciones...Cuba y hogar*, p. 298.



En tan paternal misiva, Gómez también les recomendó que: “(...) laboren la tierra que es el trabajo recio y duro, que da fuerza y vigor y buena salud a los hombres.”²⁹

Ya señalé que el Generalísimo, más que un guerrero genial fue un hombre que por su ideología y sentimientos encarnó los intereses de los negros esclavos, del campesinado, de los desposeídos y de los jornaleros. Un documento servirá para demostrar este aserto e ilustrar los esquemas en que se basaban sus ideas sobre “*los pobres de la tierra*”. Se trata de una carta escrita el 6 febrero de 1897 al coronel del Ejército Libertador Andrés Moreno de la Torre, rico hacendado de occidente y dueño de un ingenio azucarero en Cárdenas, en la que se retrata con absoluta claridad todo su pensamiento revolucionario. Dicho documento es de suma importancia para la plena comprensión del tema que estoy tratando y voy a reproducir sus párrafos más importantes. Las citas serán un poco largas, pero extraordinariamente reveladoras.

Por lo pronto, desde que se comienza su lectura se nota la identificación del Generalísimo con los dolores y penalidades que sufrían los negros trabajadores de los ingenios y el campesinado, víctimas de la rapacidad e inhumana explotación de los hacendados y latifundistas. Cuando Gómez penetró en los ricos territorios occidentales, realizando la “Invasión de 1896” y los contempló llenos de cañaverales e ingenios azucareros, vías férreas, carreteras, líneas telegráficas y otros elementos que evidenciaban el desarrollo económico basado en la explotación rapaz e inhumana del trabajo de los desposeídos. Cuando observó los palacetes en que residían sus opulentos dueños y los comparó con los barracones y bohíos en que vivían los campesinos y colonos; cuando avanzando por el territorio occidental con la columna invasora vio los espantosos cuadros de miseria que iba encontrando alrededor de los bateyes; en el momento que contrastó el nivel de vida del rico hacendado con

29. *Ibidem.*



el del productor semidesnudo y hambriento que mal vivía en inhumanas moradas, comprendió que la situación que veía ocultaba un tremendo trasfondo social, por lo que planteó el problema en los siguientes términos dramáticos:

*“Yo había oído hablar, con verdadero placer, de la riqueza de las comarcas occidentales, consistente, en su mayor parte, en sus soberbios campos de caña y fábricas de elaborar azúcar que yo no conocía, (...) y sentía mi espíritu consternado al pensar que tanta riqueza pudiera ser destruida por la mano terrible de la guerra y perderse en unos instantes todo el patrimonio de un pueblo, levantado en muchos años de labor y todo ese atroz procedimiento seguramente me tocaría dirigirlo, (...). Cuando la tea empezó su infernal tarea y todos aquellos valles hermosísimos se convirtieron en una horrible hoguera, cuando ocupamos a viva fuerza aquellos bateyes guarnecidos por soldados españoles, aquellas casas palacios con tanto portentoso laberinto de maquinarias; todo aquel conjunto de producción, de comodidades, de lujo, y hasta de cultura; cuando yo vi todo eso, le confieso a usted que quedé abismado y hubo un momento que hasta dudé de la pureza de los principios que sustentaba la Revolución; pensé que marchábamos por caminos torcidos, y yo mismo no me sentía bueno como quiero serlo.”*³⁰

La contemplación de las contradicciones existentes entre el propietario de la tierra y el productor de su riqueza, entre la vida miserable a que estaba condenada la clase campesina en contraste con la suntuosidad y derroche de sus explotadores, produjeron en el Generalísimo no solamente un sentimiento de solidaridad humana y de fraternal identificación clasista, sino que lo condujeron a chocar con su concepción de la vida e

30. Máximo Gómez. “Carta al coronel Andrés Moreno, Juan Criollo, Sancti Spiritus, 6 de febrero de 1897”. En Bernardo García Domínguez, *El pensamiento vivo de Máximo Gómez*, Tomo II, 2ª ed. Santo Domingo, Editora Búho, 1992, pp. 179–180 (Centro Dominicano de Estudios de la Educación y Casa del Caribe, Santiago de Cuba, Serie Investigación e Identidad).



ideología campesina y a la protesta dura, seca; a la indignación estruendosa.

Al penetrar comandando la columna invasora por las zonas de Cárdenas, Matanzas y La Habana y comprobar, pueblo tras pueblo, caserío tras caserío, barracón tras barracón, bohío tras bohío, la desnuda miseria del campesino y la escandalosa vida de lujo de los dueños de ingenios, su indignación estalló con enfado estruendoso y se preguntó:

“¿Qué razón existe, que yo no la he podido encontrar, para que al agricultor le esté vedado decir a sus hijos ‘Ayúdame a plantar este árbol, bajo cuya sombra podré descansar mañana en mi vejez cansada, mientras vosotros recogéis el fruto’? ¿Qué motivo prohíbe que el hijo del infeliz colono sepa menos, no sepa nada, ni tanto como el buey que ara, mientras los hijos y las hijas del dueño del central, cuando la zafra está terminada, pueden irse a París a pasar una temporada, a exhibirse con todo el esplendor que proporciona el lujo, siempre pagado a caro precio, como toda cosa superflua para la vida práctica de los pueblos? ¿Y a dónde pueden ir acaso el colono, su mujer y sus hijos? Estos quedan estancados e inmóviles como la máquina que tritura la caña. ¿Cuál causa habrá para que la esposa del colono no pueda tener un jardín y la señora del central sí pueda tenerlo; es que acaso aquella familia, a pesar de ser trabajadora está condenada a vegetar en el embrutecimiento, a no asimilarse jamás, con usos y ejercicios de ventajas conquistadas con su trabajo (...)? ¿Cómo se explica que el que tanto suda pase, sin embargo, una vida tan amarga?”³¹

Como ya referí, Gómez confesó al coronel Moreno que siempre había oído hablar de la riqueza de las comarcas occidentales, de sus soberbios campos de caña de azúcar y de sus productivos ingenios, y le reveló con sinceridad, que en más de una ocasión sintió consternado el espíritu al pensar que tanta

31. *Ibíd.*, pp. 181–182.



riqueza pudiera ser destruida “*por la mano terrible de la guerra*”, perdiéndose de esa manera, en pocos instantes, el patrimonio entero de un pueblo. Le atormentaba pensar que el destino iba a colocarlo, precisamente, como dirigente de ese “*atroz procedimiento*” y que, como había ocurrido en la Guerra de los Diez Años entraría en diferencias tácticas con su lugarteniente Antonio Maceo y con otros militares que se opusieron al empleo del método de “*la tea incendiaria*”: de la guerra económica.

Y así sucedió. Llegó la Invasión a Occidente y al frente de las tropas mambisas el Generalísimo, esta vez con la íntima colaboración del Titán de Bronce, confió en que un milagro impidiera que se incendiara la tea. Pero ocurrió lo inevitable. Diez mil hombres mal armados avanzaron en marcha incontenible y la riqueza enemiga no podía quedar en pie: en palabras de Gómez, “*había que quemar el panal para que se fueran las abejas*”, esto es, recurrir a la “*tea incendiaria*”.

En República Dominicana, Gómez vio y sufrió personalmente como víctima, la táctica de los restauradores, en particular del general Pedro Florentino, el llamado “Centauro del sur”, de aplicar “*la tierra arrasada*”; táctica bélica que contribuyó decisivamente en el triunfo dominicano frente al poderoso ejército español.³² Esa experiencia, las propias dificultades que afloraron en el proceso de la Guerra del 1895 y las particulares características de su personalidad, le llevaron a considerar que solamente mediante la destrucción total de la base económica del gobierno colonial podrían los cubanos alcanzar sus objetivos independentistas.

Para lograr tales propósitos, Gómez remitió innumerables circulares y órdenes a sus lugartenientes para que destruyeran los ingenios azucareros, quemaran los cañaverales y los

32. Emilio Cordero Michael. “Características de la Guerra Restauradora, 1863–1865”. *Clio*, Año 70, N° 164. Pp. 64–65. Santo Domingo, junio–diciembre de 2002, (Academia Dominicana de la Historia).



bateyes, cortaran las vías de comunicación demoliendo los puentes, derribaran los postes del tendido telegráfico, levantarán y desbaratarán las vías férreas y asolarán con todo lo que significara mermar la capacidad productiva colonial. En otras palabras: que emplearan la táctica de “*la tierra arrasada*.”

En consecuencia, “*la tea incendiaria*” inició su tarea y Gómez, al contemplar con profunda emoción cómo se destruía toda aquella riqueza bajo las llamas y el humo, se sintió asaltado por la vacilación y expresó que llegó a dudar de los principios morales que estaba acostumbrado a sustentar, a considerar que estaba equivocado y que no se consideraba tan bueno como quería serlo.³³

Empero, esa crisis emocional se resolvió con rapidez por la vía de la justificación ética. A medida que avanzaba la columna invasora se iba produciendo un profundo cambio en el ánimo y el juicio del Generalísimo. ¿Qué había sucedido? Dejaré que él mismo lo explique:

“Cuando llegué al fondo, cuando puse mi mano sobre el corazón adolorido del pueblo trabajador y lo sentí herido de tristeza, cuando palpé al lado de toda aquella opulencia, alrededor de toda aquella asombrosa riqueza, tanta miseria material y tanta pobreza moral; cuando todo esto vi en la casa del colono, y me lo encontré embrutecido para ser engañado, con su mujer y sus hijitos cubiertos de andrajos y viviendo en una pobre choza, plantada en la tierra ajena; cuando pregunté por la escuela y se me contestó que no la había habido nunca, y cuando entramos en pueblos como Alquizar, Ceiba de Agua, El Caimito, Hoyo Colorado, Vereda Nueva, Tapaste y cincuenta más y no vi absolutamente nada que acusara ni cultura, ni aseo moral, ni pueblos limpios, ni riquezas limpias, ni vida acomodada; (...) entonces yo me sentí indignado y profundamente predispuerto en contra de las clases elevadas del país,

33. Máximo Gómez. “Carta al coronel Andrés Moreno”. En Bernardo García Domínguez. Ob. cit, pp. 179–180.



y en un instante de coraje, a la vista de tan marcado como triste y doloroso desequilibrio exclamé: ¡Bendita sea la tea!”³⁴

¿Indignación? ¿Enojo? ¿Predisposición contra la clase dominante, responsable de esa trágica situación del campesinado cubano? De todo esto se encuentra en la elocuente misiva. Pero en ella se pone, al mismo tiempo en claro la creencia que tenía Gómez sobre las causas que engendraban ese cuadro de explotación y miseria.

Aunque en verdad no debo mostrarme excesivamente severo ni exigirle a Gómez lo que ideológicamente no podía comprender, la duda ingenua y sincera flota sobre todo el documento. Las interrogantes que se hizo al dibujar los límites que separaban la holgada vida del hacendado con la casi bestial del colono y del campesinado, no fueron meros recursos literarios; expresaban su íntima convicción.

Lo que sí deseo resaltar, es que comparto la opinión del historiador Salvador Morales Pérez, en el sentido de que el empleo de “*la tea incendiaria*” por Gómez fue una manifestación de su conversión:

*“(...) en un gran maestro de la guerra revolucionaria (...) y que esas llamas anhelaban devorar las injusticias sociales que imperaban en los campos cubanos aún después de la abolición de la esclavitud.”*³⁵

Dicho de otro modo, su concepción bélica al aplicar de manera implacable “*la tea incendiaria*” tuvo por objetivo no sólo destruir las bases de sustentación económica de la metrópoli sino también garantizar la futura libertad de los esclavos que representaban la fuerza de trabajo sobre la que descansaba el andamiaje plantacionista.³⁶ Por esa causa encontró feroz oposición, por los marcados intereses de la clase poseedora de los medios de producción, así como de muchos de sus

34. *Ibidem*, pp. 180.

35. Salvador Morales Pérez. *Ob. cit.*, p. 35.

36. Yoel Cordoví. *Ob. cit.*, pp. 30–31.



representantes en la dirigencia militar y civil de la guerra independentista.

Ya al concluir la guerra, estando Gómez acampado en el *Central Narcisa*, escribió a María Escobar (colaboradora de la lucha independentista que tenía el nombre de guerra de “Vencedor” y quien, junto con Antonia Romero, “La Torcaza”, realizó importantes labores revolucionarias suministrando información, transportando armas y pertrechos en el proceso bélico) una carta en la que le señaló, quizás con cierta timidez y como si no quisiera ahondar mucho en el tema, la causa de la ancestral miseria del campesino: la existencia de una clase poseedora de los medios de producción que lo explotaba y, a la vez, amenazaba la viabilidad de crear pacíficamente un Estado verdaderamente soberano, libre e independiente. Con proféticas palabras, que parecerían escritas por un cientista social moderno, le manifestó:

*“Mientras más pronto se saque a la vida a este pueblo muerto, tanto más será productivo y consumidor (...). Esto es asegurar la paz, porque cuando el pueblo tiene hambre, ella está amenazada (...). Dividida en dos castas la sociedad, una que tiene el pan y la otra que tiene el hambre, ¿cómo puede andar eso (...).”*³⁷

Descubierto el origen de la miseria de las masas rurales cubanas, Gómez, de manera ingenua y como si estuviera vaticinando el rol que desempeñaría la burguesía agraria en la república que surgiría bajo la dependencia del naciente imperialismo norteamericano que ocupaba militarmente la isla, dio a conocer, en diciembre de 1898, sus “Consejos del General” o “Proclama de Yaguajay”, recomendando a los cubanos, entre otras cosas:

“(...) Debéis ser atinados en la elección de ministros, administradores de los intereses del país; que no alfombren sus

37. Máximo Gómez. “Carta a María Escobar, *Central Narcisa*, Yaguajay, 4 de septiembre de 1898”. En Benigno Souza, Ob. cit., p. 310. (Nota del autor N° 1).



casas ni sean arrastrados por carrozas antes que las espigas maduren con abundancia en los campos de la Patria, que habéis regado con vuestra sangre para hacerla libre.

No tengáis ministros con mujeres que vistan de seda, mientras la del campesino y sus hijos no sepan leer y escribir.

(...) No se debe olvidar nunca que así como la espada es la bienhechora para dirigir y gobernar bien las cosas en la guerra, no es muy buena para esos oficios en la paz; puesto que la palabra Ley es la que debe decirse al pueblo, y el diapasón militar es demasiado rudo para interpretar con dulzura el espíritu de esa misma Ley.

(...) Con todas estas precauciones de obreros abnegados que todo lo han dado a la Patria, y ayudados por tres factores poderosísimos: el trabajo, la educación y las buenas costumbres (...) Cuba será próspera y venturosa. Mientras tanto, si no caigo en lo que falta de la lucha, cuando me vea tranquilo en un rincón de mi Patria, pediré siempre para Cuba la bendición del cielo”.³⁸

Gómez, además de ratificar en múltiples ocasiones su fe en el pueblo, de estar íntimamente convencido del carácter popular y revolucionario del movimiento independentista y de su radical defensa de los intereses de los esclavos y campesinos desposeídos, también hizo suyos los ideales de los jornaleros. Aunque a muchos pudiera parecer extraño, también manifestó su amor al proletariado, si bien no les dedicó la atención que le merecieron las otras clases explotadas. Y también resultó lógico que así sucediera, porque había contemplado atentamente en la Guerra de los Diez Años cómo los sectores populares entre los que se encontraban los obreros que constituían un débil proletariado como clase en sí, se habían incorporado a las filas mambisas por patriotismo y para procurar una transformación a su dolorosa situación.

38. Máximo Gómez. “Consejos del General o Proclama de Yaguajay, Central Narcisca Yaguajay, noviembre de 1898”: En *Revoluciones... Cuba y bogar*, pp. 123–124.



Cuando en agosto y septiembre de 1884 el Generalísimo estuvo en las ciudades de New Orleans, Tampa y Cayo Hueso procurando ayuda económica para poder llevar a cabo el fracasado Plan Gómez–Maceo que intentó reiniciar la lucha independentista, hizo contactos con obreros cubanos que laboraban en fábricas de cigarros, a los que se refirió en los días finales de la guerra, estando en La Habana, al escribir de su puño y letra en el “Extracto de mi Diario”, lo siguiente:

“(...) Las clases trabajadoras en el destierro le quitaban el pan a sus hijos y daban el dinero para que nos mandaran armas, y con miles de trabajos y exposiciones nos fueron llegando las armas.

*Los ricos contribuyentes de sangre y dinero fueron —como acontece en las horas de grandes sacrificios para el bien y gloria de los pueblos— raras excepciones. Puede decirse que la tabla de salvación para los combatientes lo fue siempre la chaveta del tabaquero. ¡Honor y gloria a esos heroicos hijos del Pueblo Cubano!”*³⁹

Esos trabajadores cubanos de la industria del tabaco estaban incorporados al “Club Revolucionario Obreros de la Independencia” fundado, el 19 de agosto de 1883, bajo la presidencia de Francisco María González, con quien Gómez intercambió varias comunicaciones. Una de ellas, sin fecha pero presumiblemente redactada a comienzos de 1885 desde New York o Kingston, constituye un valiosísimo y extraordinario documento que muestra la opinión que el Generalísimo tenía del proletariado y su adhesión a sus intereses de clase. En dicha misiva expresó:

“El movimiento actual revolucionario que se inicia, presenta una fase muy distinta del que en el 68 llevó la guerra a los campos de la esclava Antilla. Aquél partió de arriba para abajo, por eso fracasó, éste surge de abajo para arriba, por eso triunfará. Aquél lo alentó la clase privilegiada, los favorecidos

39. Máximo Gómez. “Extracto de mi Diario”. En apéndice del *Diario de Campaña*, p. 434.



*de la fortuna y los letrados; hoy éstos nos dan la espalda; mejor, para que el pueblo haga su revolución eso es lo que debe suceder. Nos dejan solos. Ahí está mi fe, porque todas las revoluciones que hacen los pueblos, son las que principian por hacer temblar y concluyen con el triunfo. Sólo el proletario tiene corazón bastante para llegar, donde quiera y por cualquier camino, en alas de su dolor.”*⁴⁰

En esa ocasión, Gómez volvió a identificarse con los sectores marginados, en especial con la clase obrera, y planteó rechazar a algunos estratos de la burguesía cubana en la dirección del movimiento de liberación nacional, con lo que intentó que el mismo tuviera un tinte verdaderamente popular y se convirtiera en “*la revolución de los desheredados*” para, como él decía, “*el pueblo y por el pueblo.*”⁴¹ Es bien sabido que la intervención militar del voraz imperialismo norteamericano y la actitud de la temerosa burguesía agraria cubana frustraron esos intentos revolucionarios y nacionalistas de Gómez

Además, en su extraordinaria obra *El porvenir de las Antillas* Gómez vaticinó:

*“La masa del pueblo o el bajo pueblo, que siempre en todo tiempo y en toda ocasión ha sido la víctima principal sobre la cual recaen todas las malas consecuencias de las exaltaciones de los poderosos y de la clase superior, y la que al fin y a la postre recoge junto con los andrajos de la miseria, el descuido, el desprecio y la desconsideración de las altas clases, se nutría poco a poco de ideas nuevas a inspiración de sus dolores y bien presto se le formó su cerebro, (...).”*⁴²

40. Máximo Gómez. “Carta al presidente del Club Revolucionario Obreros de la Independencia”. Sin data, pero posiblemente de inicios de 1885, redactada en New York o Kingston. Archivo Nacional de Cuba, Fondo Máximo Gómez, Legajo 21, N° 2973. En *Revista Casa de las Américas*, N° 50. p. 123. La Habana, 1968, (Negritas del autor, ECM).

41. *Ibidem.*

42. Máximo Gómez. *El porvenir de las Antillas*. En Salvador Morales Pérez, *Ob. cit.*, p. 236.



Aunque no es este el momento de tratar las causas que impidieron a Gómez conquistar los objetivos revolucionarios que se había trazado para beneficiar al pueblo cubano, ante el asombro que provoca su declaración es pertinente plantear las siguientes interrogantes: ¿Tenía acaso el Generalísimo un pensamiento socialista utópico a lo Tomás Moro, Robert Owen, John Lulburne, Gabriel de Mably, Charles Fourier o Claude Saint-Simon? ¿Había sido impactado por la lectura de sus obras y acaso vislumbraba el socialismo científico planteado por Marx y Engels y el rol que le correspondería desempeñar al proletariado en la sociedad?

Difíciles y polémicas preguntas porque podría lucir que estoy sugiriendo lo imposible, que solamente podrían ser respondidas después de una exhaustiva investigación en la cuantiosa documentación existente en el Archivo Nacional de Cuba, labor que no ha sido realizada hasta la fecha y que constituye una tarea pendiente para los investigadores cubanos y dominicanos. No obstante, comparto plenamente la opinión externada por el historiador Salvador Morales Pérez, en el sentido de que si tuviera que

*“caracterizar a Máximo Gómez por sus pronunciamientos político-sociales, de un modo comparativo, lo calificaríamos de “jacobino”. (...) Jacobinismo que le llevó a expresar hasta ciertos sentimientos sociales dentro de las confusas ideas acerca del socialismo –utópico– que predominaban en nuestras tierras por aquella época.”*⁴³

El propio Generalísimo afirmó tener ideas socialistas cuando, en carta fechada en La Reforma, en julio de 1893, dirigida a Francisco María González, residente en Cayo Hueso, Florida, Estados Unidos y director del periódico *La Revolución* que apoyaba al Partido Revolucionario Cubano que recién había fundado José Martí en esa ciudad a comienzos de enero de dicho año, le manifestó sus ideas sociales con las siguientes palabras:

43. Salvador Morales Pérez. Ob. cit., p. 20.



“Yo me siento ser socialista profundo, pero no lo soy en el sentido grosero de la repartición del oro, que la civilización, el decoro y hasta la virtud tal vez, demandan que se acumule en sitios determinados, como en el Planeta para su vida y desarrollo las aguas de los mares, pero sí, lo soy para la distribución de una infinidad de bienes que le son usurpados o negados a los pueblos por los que no se sabe con qué títulos, después de explotarlos los desprecian.”⁴⁴

Estas son, a muy grandes rasgos, algunas de las ideas sociales de Máximo Gómez con relación a los esclavos, el campesinado y el proletariado que, como indiqué, serían a las que únicamente me referiría. Por eso, no he tocado varios aspectos relevantes de su pensamiento social como conceptos políticos, moral revolucionaria, antillanismo, internacionalismo, antiimperialismo, humildad, honestidad, desinterés, opinión sobre la igualdad de la mujer y otros no menos importantes.

Confío que con lo que he planteado esta noche, ustedes podrán tener otra imagen de la personalidad de ese gran dominicano casi desconocido en nuestro país; de ese hombre del pueblo que sentía las necesidades del pueblo y cuyos valores éticos e ideología social lo convirtieron en un verdadero revolucionario del proceso histórico que le tocó vivir.

Bibliografía Consultada

Aguirre, Sergio. “El Generalísimo”. *En Eco de Caminos*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1974 (Instituto Cubano del Libro).

Almeida Bosque, Juan. *El general en jefe Máximo Gómez*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1986 (Instituto Cubano del Libro).

44. Máximo Gómez. “Carta a Francisco María González, La Reforma, Monte Cristi, julio de 1893”. Archivo Máximo Gómez, Archivo Nacional de Cuba, Legajo 12, N° 2. En Bernardo García Domínguez, Ob. cit., Tomo I, p. 191 (Negritas del autor, ECM).



Armas, Ramón de. “Máximo Gómez en la vanguardia revolucionaria antillana”. En *Revista del Caribe*, Año VI, N° 13. Santiago de Cuba, Casa del Caribe, 1989.

Armas, Ramón de. “El porvenir de las Antillas, un importante y desconocido trabajo de Máximo Gómez”. *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, Año 77, 3ª época, Vol. XXVIII, N° 2. La Habana, mayo–agosto de 1986.

Báez Díaz, Tomás. *Máximo Gómez: el libertador*. Santo Domingo, Publicaciones América, 1986.

Báez Díaz, Tomás. *Máximo Gómez. Episodios heroicos y sentimentales*. Santo Domingo, Editora de Colores, 2001.

Boletín del Archivo Nacional, Tomo XXXII. La Habana, 1931 (Archivo Nacional de Cuba).

Borrego Stuch, Leopoldo, *Máximo Gómez. Libertador y ciudadano*. La Habana, Imprenta P. Fernández y Cía., 1948 (Ministerio de Defensa Nacional).

Bosch, Juan. *Máximo Gómez. De Monte Cristi a la gloria. Tres años de guerra en Cuba*, 1ª ed. Santo Domingo, Editora Alfa & Omega, 1986.

Boza, Bernabé, *Mi Diario de la Guerra*, Tomo I. La Habana, Editora de Ciencias Sociales, 1974 (Instituto Cubano del Libro).

Callejas, Bernardo (comp.). *Máximo Gómez en la Historia Patria. Visión múltiple de un guerrero excepcional*. La Habana, Editorial de Letras Cubanas, 1986.

Cassá, Roberto. *Máximo Gómez. Libertador de Cuba*. Santo Domingo, Editora Alfa & Omega, 2001 (Colección Biografías Dominicanas *Tobogán*).

Cordero Michel, Emilio. “Presentación” del libro de Bernardo Gómez Toro, *General Máximo Gómez Báez, Revoluciones...Cuba y Hogar*”, 1ª ed. dominicana. Santo Domingo, Editora Alfa & Omega, 1986 (*XIV Feria Nacional del Libro “Prócer Máximo Gómez”, 1986*).



Cordero Michel, Emilio. “El Máximo Gómez desconocido”. Publicado en *Isla Abierta*, Año VI, No. 274, Suplemento Cultural del periódico *Hoy*. Santo Domingo, 15 de noviembre 1986 y en la *Revista de la Fundación García Arévalo*, Año I, N° 1. Santo Domingo, Editora Amigo del Hogar, 1986.

Cordero Michel, Emilio. “Características de la Guerra Restauradora, 1863–1865”. *Clio*, Año 70, N° 164. Santo Domingo, junio–diciembre de 2002 (Academia Dominicana de la Historia).

Cordoví, Yoel. *Máximo Gómez, Utopía y realidad de una república*. La Habana, Editora Política, 2003.

Ferrara, Orestes. *Mis relaciones con Máximo Gómez*. La Habana, Imprenta Molina y Compañía, 1942.

García Domínguez, Bernardo. *El pensamiento vivo de Máximo Gómez*, Tomos I y II, 2ª ed. Santo Domingo, Editora Búho, 1992 (Centro Dominicano de Estudios de la Educación y Casa del Caribe, Santiago de Cuba, Serie Investigación e Identidad).

Gómez Toro, Bernardo (comp.). *General Máximo Gómez Báez, Revoluciones...Cuba y Hogar*. La Habana, Imprenta y Papelería de Rambla, Bouza y Cía., 1927. Existe edición dominicana, con motivo de la XIV Feria Nacional del Libro “Prócer Máximo Gómez”, Santo Domingo, Editora Alfa & Omega, 1986.

Gómez, Máximo, *Diario de Campaña*, 1ª ed. Publicado por la Comisión del Archivo de Máximo Gómez. Ceiba de Agua, La Habana, Talleres del Centro Superior Tecnológico, 1941 (Edición Homenaje al cumplirse el 104 aniversario del natalicio del General Máximo Gómez, noviembre de 1940).

Gómez, Máximo. “Carta al presidente del Club Revolucionario Obreros de la Independencia”. Sin data, pero probablemente de inicios de 1885 desde New York o Kingston, Jamaica. Archivo Nacional de Cuba, Fondo Máximo Gómez,



Legajo 21, N° 2973. En *Revista Casa de las Américas*, N° 50, La Habana, 1968.

Gómez, Máximo. “Carta a don José Joaquín Hungría, director del periódico *Eco del Pueblo*, Santiago de los Caballeros, La Reforma, Monte Cristi, 12 de febrero de 1890”. En ejemplar N° 263, Año VIII, 5 de marzo de 1890. Reproducido por Rodríguez Demorizi, Emilio en *Papeles dominicanos de Máximo Gómez*, 1ª ed., Ciudad Trujillo, Editora Montalvo, 1954.

Gómez, Máximo. “Carta al Mayor General Francisco Carrillo, La Reforma, Monte Cristi, 1893”, En Pichardo, Hortensia, *Máximo Gómez. Cartas a Francisco Carrillo*. La Habana, Editora de Ciencias Sociales, 1971 (Instituto Cubano del Libro),

Gómez, Máximo. “Carta a Francisco María González, La Reforma, Monte Cristi, julio de 1893”. Archivo Máximo Gómez, Archivo Nacional de Cuba, Legajo 12, N° 2. En García Domínguez, Bernardo, *El pensamiento vivo de Máximo Gómez*, Tomo I.

Gómez, Máximo. “Notas autobiográficas, 1894”. En *Revoluciones...Cuba y Hogar*.

Gómez, Máximo. “Carta de despedida a sus hijos, Cabo Haitiano, 8 de abril de 1895”: En *Revoluciones...Cuba y Hogar*.

Gómez, Máximo. “Carta al coronel Andrés Moreno, Juan Criollo, Sancti Spiritus, 6 de febrero de 1897”. En García Domínguez, Bernardo, *El pensamiento vivo de Máximo Gómez*, Tomo II.

Gómez, Máximo. “Carta a María Escobar, *Central Narcisa*, Yaguajay, 4 de septiembre de 1898”. En Souza, Benigno, *Máximo Gómez. El Generalísimo*, 1ª ed., La Habana, Editorial Trópico, 1936.

Gómez, Máximo. “Carta a Tomás Estrada Palma, *Central Narcisa*, Yaguajay, 28 de octubre de 1898. En *Boletín del Archivo Nacional*, Tomo XXXII, La Habana 1931.



Gómez, Máximo,. “Consejos del General o Proclama de Yaguajay, *Central Narcisa*, Yaguajay, diciembre de 1898”. En Gómez, Máximo, *Revoluciones...Cuba y Hogar*.

Gómez, Máximo. “Declaraciones necesarias, agosto de 1899”. En *Listín Diario*, 31 de agosto de 1899, reproducidas por Rodríguez Demorizi, Emilio en *Papeles dominicanos de Máximo Gómez*, 1ª ed., Ciudad Trujillo, Editora Montalvo, 1954. La Fundación Rodríguez Demorizi, hizo una reimpresión en Santo Domingo, Editora Corripio, 1985.

Gómez, Máximo. “Carta al General Bernabé Boza, La Habana, 5 de enero de 1902”. En Boza, Bernabé, *Mi Diario de la Guerra*.

Gómez, Máximo. “El porvenir de las Antillas”, sin data. En Morales Pérez, Salvador, *Máximo Gómez. Selección de textos*. La Habana, Editora de Ciencias Sociales, 1956 (Instituto Cubano del Libro).

Griñán Peralta, Leonardo. *El carácter de Máximo Gómez*. La Habana, Imprenta Jesús Nateras, 1946.

Ibarra Cuesta, Jorge. *Máximo Gómez frente al imperio, 1895–1905*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2000 (Instituto Cubano del Libro). Existe edición dominicana con el mismo título, Santo Domingo, Editora Cole, 2000.

Infiesta, Ramón. *Máximo Gómez*, 1ª ed. La Habana, Imprenta El Siglo XX, 1942 (Academia de la Historia de Cuba). Existe 2ª ed. dominicana de la Biblioteca Nacional, Santo Domingo, Impresora Artes Gráficas Ril, 1986 (Colección Orfeo).

Martí, José. “El General Gómez”. Periódico *Patria*, New York, 26 de agosto de 1893, reproducido en sus *Obras Completas*, Tomo 4. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975 (Instituto Cubano del Libro).

Morales Pérez, Salvador. *Máximo Gómez. Selección de textos*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1986 (Instituto Cubano del Libro).



Pérez Guzmán, Francisco. *La guerra de liberación. Máximo Gómez*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1986 (Instituto Cubano del Libro).

Pérez Guzmán, Francisco y Serrano Rubio, Violeta. *Máximo Gómez. Aproximación a su cronología, 1836–1905*. La Habana, Editora de la Academia de Ciencias de Cuba, 1986.

Pichardo, Hortensia. *Máximo Gómez. Cartas a Francisco Carrillo*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1971 (Instituto Cubano del Libro). *Revista Casa de las Américas*, N° 50. La Habana, 1968.

Rodríguez Demorizi, Emilio. *Martí en Santo Domingo*, 1ª ed. La Habana, Imprenta Ucar García, S.A., 1953. La Fundación Rodríguez Demorizi hizo una 2ª ed. en Barcelona, Gráficas M., Pareja, 1978.

Rodríguez Demorizi, Emilio. *Papeles dominicanos de Máximo Gómez*, 1ª ed. Ciudad Trujillo, Editora Montalvo, 1954. La Fundación Rodríguez Demorizi hizo una reimpresión en Santo Domingo, Editora Corripio, 1985.

Rodríguez La O, Raúl. *Máximo Gómez. Una vida extraordinaria*. La Habana, Editora Política, 1986.

Rodríguez La O, Raúl. *Enigma*. La Habana, Ediciones Verde Olivo, 1998.

Rodríguez La O, Raúl. *Máximo Gómez. Pasión y entrega*. Santo Domingo, Editorial Carieva, y Editorial Manatí, 2002.

Sarabia, Nydia. *La memoria y el tiempo*. La Habana, Ediciones Verde Olivo, 1996.

Souza, Benigno. *Máximo Gómez. El Generalísimo*, 1ª ed. La Habana, Editorial Trópico, 1936 (Edición del Centenario de su Natalicio). De esta obra se han hecho varias reediciones, —ninguna tan completa como la 1ª ed. que contenía las Libretas y Notas Adicionales del Generalísimo— tanto en Cuba como en República Dominicana.

Souza, Benigno. *Ensayo histórico sobre La Invasión*. La Habana, Imprenta del Ejército, 1948.



La prisión de Máximo Gómez en Santo Domingo, 1886 *

Emilio Cordero Michel **

Para tratar el tema del encarcelamiento del generalísimo Máximo Gómez en la ciudad de Santo Domingo en los primeros días del mes de enero de 1886, obligatoriamente tendré que referirme a las causas que motivaron su viaje al país en el otoño del año anterior. Necesario es, pues, recordar que en 1884 Gómez y Antonio Maceo acordaron en Honduras el Programa Revolucionario San Pedro Sula, también conocido con el nombre de Plan Insurreccional Gómez-Maceo, que tenía el propósito de reiniciar la guerra de independencia de Cuba. El objetivo táctico del mismo consistía en desembarcar simultáneamente cinco expediciones militares en cinco regiones de la isla; expediciones que saldrían de México, Filadelfia, Cayo Hueso, Jamaica y República Dominicana y que coincidirían con cinco alzamientos armados en todas las regiones de Cuba.¹

* Trabajo que publicará el Instituto de Historia de Cuba, integrando un monográfico para conmemorar el centenario del fallecimiento de Máximo Gómez.

** Historiador y profesor meritísimo de la Escuela de Historia y Antropología de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, autor de varias obras históricas, miembro de número y vicepresidente de la Academia Dominicana de la Historia

1 Instituto de Historia de Cuba. *Historia de Cuba. Las luchas por la independencia nacional y las transformaciones estructurales, 1868)1898*. La Habana, Editora Política, 1996, p. 354



El 1º de septiembre de 1884, Francisco Gregorio Billini Aristy, un intelectual y político liberal, primo de Máximo Gómez, ascendió a la presidencia de República Dominicana en un turbio proceso electoral y con él Alejandro Woss y Gil a la vicepresidencia, quien era un fiel aliado y títere del caudillo militar y mandamás del país, general Ulises Heureaux (Lilís). Su hermano Hipólito Billini Aristy era cónsul dominicano en Nueva York y ante él acudió Máximo Gómez solicitándole colaboración para adquirir en New York, a nombre del Gobierno Dominicano, las armas, cartuchos, machetes y demás equipos militares que emplearían los expedicionarios que planeaban partir del territorio dominicano, posiblemente desde La Isabela, ubicada a corta distancia hacia el oeste de Puerto Plata, en la costa norte del país.

El 12 de diciembre de ese mismo año, Máximo Gómez llegó a New York desde New Orleans y el día 16 se reunió con su primo el cónsul Hipólito Billini, encuentro que éste relató a su hermano “*Gollito*” (apodo del presidente Francisco Gregorio con el que lo trataba Hipólito y redactaba con doble “l”, a quien el presidente se dirigía también por su apodo *Polito*) en un párrafo de la carta que le dirigió el día siguiente:

“Ayer vi a Máximo, está aquí otra vez. Le entregué tu carta y le leí los párrafos de tu carta a mí en que te refieres a él, se conmovió mucho y hasta se le saltaron las lágrimas. Dice que te diga que ya sabe lo que deseaba saber; que tu corazón está con la causa; que él tiene grandes proyectos que te comunicará a su

-
- 2 “Comunicación de Hipólito Billini Aristy a su hermano Francisco Gregorio, sin número, New York, 17 de diciembre de 1884”, p. 4. Ambos hermanos se carteaban con mucha frecuencia, siempre de manera confidencial, empleando como mensajeros a amigos y personas de confianza que viajaban entre New York y Santo Domingo, en los vapores de bandera norteamericana *Santo Domingo* y *G. W. Clyde*, que hacían escalas en Islas Turcas, Cabo Haitiano, Puerto Plata, San Pedro de Macorís y Samaná, sin enviar copias al Ministerio de Relaciones Exteriores, por lo que no existen duplicados en Copiadores de Oficios en la Cancillería ni en el Archivo General de la Nación de Santo Domingo. Esta comunicación y otras citadas más adelante, constituyen



*tiempo; que todo lo quiere hacer de manera que ni te comprometas tú ni se comprometa Santo Domingo.”*²

Sin tener en ese momento el monto del costo del equipo bélico que se necesitaba para realizar las expediciones que partirían de Santo Domingo y Jamaica, Máximo Gómez le pidió a su primo Hipólito que adquiriera 150 carabinas Remington,³ abundantes cápsulas, machetes marca “Collins”, brújulas y otros materiales militares. Puesto que en febrero de 1885 Gómez no había podido enviarle el dinero para cubrir el costo de los equipos militares, parece que Hipólito Billini procuró obtener, infructuosamente, dinero prestado con la sucursal de la Casa Jimenes⁴ en New York para poder satisfacer el pedimento

originales inéditos del archivo del amigo y profesor universitario José Antinoe Fiallo Billini, descendiente de los hermanos Billini Aristy, quien tuvo la gentileza de facilitármelas para este trabajo, por lo que le estoy muy agradecido. En lo adelante, citaré esta correspondencia inédita AJAFB (Archivo José Antinoe Fiallo Billini).

- 3 El arma de fuego portátil de mayor aceptación y más generalizada en la época por cubanos y españoles fue la carabina *Remington* que, a pesar de tener un origen Norteamérica, fue fabricada por el gobierno español y adoptada por su ejército en 1871. La carabina *Remington* calibres 41 y 43 y el machete fueron “*la delectación del patriota cubano*.” Véase a Antonio Ramos Zúñiga, *Las armas del ejército mambi*. La Habana, Editora Política, 1984, pp. 88 y 98.
- 4 La Casa Jimenes fue una conocida empresa comercial de Juan Isidro Jimenes Pereyra ubicada en Monte Cristi que explotaba los recursos forestales de La Línea Noroeste y zonas aledañas. En cierto momento fue la que tuvo mayor volumen de negocios en el país, ya que exportaba maderas tintóreas y preciosas, cueros de res y de chivo, miel de abejas y cera a varios países europeos y los Estados Unidos de América, a la vez que importaba, comestibles y bienes de uso y consumo. Mantuvo oficinas en Hamburgo, Bremen, Amsterdam, Londres, Bristol, Liverpool, Paris, New York y Boston. Jimenes fue protector de Máximo Gómez y cuando éste se radicó en el país a inicios de 1889, le facilitó tierras fértiles y dinero para que en Laguna Salada, Guayacanes, cual Cincinato, infructuosamente intentara ser productor agropecuario en su finca *La Reforma*. Después, Jimenes se convirtió en un caudillo nacional y fue presidente de la República durante los años 1899-1902 y 1914-1916.



del Generalísimo. Por tales motivos escribió a su hermano el 12 de febrero de 1885: “(...) *Dice Jimenes, Hanstead & Co. que no tienen oro ninguno para 150 rifles (...).*”⁵

Señala el historiador e investigador cubano Francisco Pérez Guzmán, que en esos mismos momentos Máximo Gómez, quien estaba en New York sin dinero que le permitiera pagar su hospedaje, fue llamado a Cayo Hueso, Florida, donde se entrevistó con los patriotas cubanos exiliados que le prometieron “*recolectar 25,000 pesos*”.⁶ Seguramente el Generalísimo le avisó a Hipólito que podría contar con recursos, por lo que éste presionó a Jimenes, Hanstead & Co., empresa que según le informó a Francisco Gregorio el 16 de febrero de 1885, le había expresado que las carabinas y cápsulas no era

“*posible mandarlas en este vapor; no están listas, irán con el “Santo Domingo” que sale de aquí el 10 de marzo. El socio de Jimenes dice que no tiene orden de embarcar los 150 Remingtons. Dime si quieres que le mande á Benito⁷ esos brogues.*”⁸

5 “Comunicación de Hipólito Billini a su hermano Francisco Gregorio, N° 2,637, New York, 12 de febrero de 1885”, p. 4, AJAFB.

6 Francisco Pérez Guzmán y Violeta Serrano Rubio. *Máximo Gómez. Aproximación a su cronología, 1836-1905*. La Habana, Editora de la Academia de Ciencias de Cuba, 198 p. 51.

7 Se refiere al patriota y restaurador general Benito Monción, caudillo de la Línea Noroeste y gobernador del Distrito Marítimo de Monte Cristi, quien residía en Guayubín.

8 A partir de la segunda mitad del siglo XIX en República Dominicana popularmente se llamó “*brogó*” a la carabina Remington de cañón corto y grueso calibre, a la tercerola que usaba la caballería española. Véase a Emilio Rodríguez Demorizi, *Del vocabulario dominicano*. Santo Domingo, Editora Taller, 1983, p. 41 (Fundación Rodríguez Demorizi, Vol. XVII) y a Carlos Esteban Deive, *Diccionario de dominicanismos*, 2ª ed. corregida y aumentada. Santo Domingo, Editora Manatí, 2002, p. 41 (Ediciones Librería La Trinitaria).



Las cien remúas⁹ de Benito irán por el “Santo Domingo” que según me dicen tocará en Monte Cristi (...) Creo que sería conveniente mandar también los 150 Remingtons y correspondientes cápsulas. No sé que hacer sobre este último envío. Tal vez a última hora me decida a mandárselos. ¡Qué Diab! De todas maneras, conviene por la propaganda haytiana.”¹⁰

Al día siguiente, 17 de febrero, Hipólito volvió a escribirle a su hermano asegurándole que: “*Los rifles y cápsulas se están fabricando y prometen entregarlos á tiempo para embarcarse por el mismo vapor (el “Santo Domingo, ECM”).*”¹¹

Cuatro días después, el 21 de febrero, Hipólito le reiteró a su hermano que “*Los rifles, carabinas y cápsulas irán, por el “Santo Domingo”. También haré que Wananecker & Brown le manden a Benito las 100 remúas de ropa y yo le mandaré los 150 rifles, 75,000 cápsulas y la bandera de seda.*”¹²

9 *Remúa*. Dominicanismo por ropa campesina compuesta por pantalones y chamarra de algodón o “fuerte azul”. Emilio Rodríguez Demorizi, *Del vocabulario...*, p. 225 y Carlos Esteban Deive. Ob. cit., p. 181.

10 “Comunicación de Hipólito Billini a su hermano Francisco Gregorio, N° 2,654, New York, 16 de febrero de 1885,” pp. 4-5, AJAFB. Cuando Hipólito menciona que “*conviene por la propaganda haytiana*” se refiere a problemas fronterizos que hubo con el gobierno haitiano presidido por el general Lysius Salomon, en noviembre de 1884, por sus pretensiones en la delimitación de la línea divisoria dominico-haitiana, conforme al *Tratado de Paz, Amistad, Comercio, Navegación y Extradición entre la República Dominicana y la República de Haití, del 9 de noviembre de 1874*, particularmente por la crisis provocada por el incidente fronterizo al los haitianos ocupar militarmente la población de Gurabo, al sur de Dajabón, en la Línea Noroeste. Este hecho causó una movilización de tropas a ambos lados de la frontera y que Máximo Gómez lo tomara como excusa para justificar la compra de las armas que se utilizarían en el Plan Gómez-Maceo. Para más información relativa a este suceso que estuvo a punto de generar en un conflicto bélico, véase a Manuel Arturo Peña Battle, *Historia de la cuestión fronteriza dominico-haitiana*, Tomo I, 1ª ed. Ciudad Trujillo, Editora de Luis Sánchez Andújar, 1946, pp. 211-212.

11 “Comunicación de Hipólito Billini a su hermano Francisco Gregorio, N° 2,661, New York, 21 de febrero de 1885”, p. 2, AJAFB.

12 “Comunicación de Hipólito Billini a su hermano Francisco Gregorio, N° 2,663, New York, 21 de febrero de 1885”, p. 4, AJAFB.



A pesar de las promesas de la rápida entrega de las armas y los proyectiles por la empresa *The Remington Arms Company*, en la primera quincena de marzo éstas no habían sido cumplidas, lo que obligó a Máximo Gómez a trasladarse a New York, ciudad a la que llegó el día 12 con \$15,000.00 en efectivo y \$5,000.00 en un giro a largo plazo.¹³ Al finalizar dicho mes, el día 27, Hipólito le informó a Francisco Gregorio que “*Máximo está aquí, nos hemos visto varias veces (pero no en mi oficina ni en público). Se irá hoy ó mañana.*”¹⁴

Para mediados de abril ya *The Remington Arms Company* había entregado el pedido de carabinas y cartuchos, aunque con defectos, por lo que Hipólito le participó a Francisco Gregorio:

“*Hoy he tenido que rechazar unas 10 carabinas, otros tantos Remingtons y 75,000 cápsulas. Mi inspector los consideró de mala calidad, así es que no irá completo el pedido y se lo comunico al Ministro de Guerra. El resto irá con el “Clyde (...).”*”¹⁵

El 5 de mayo Hipólito informó a Francisco Gregorio lo siguiente: “*Pedidos: No les mando ahora ni una hilacha, queda todo pendiente. Entre ello tus 50 brogoses, y de la orden pasada 75,000 cápsulas, 10 carabinas y 90 brogoses.*”¹⁶

El Generalísimo, como previendo lo que podría pasar en Santo Domingo con el gobierno de su primo Francisco Gregorio Billini, el 6 de mayo de 1885 le escribió una comunicación, que reposa en el Archivo Nacional de Cuba, por medio de la cual le manifestó que le estaba enviando un comisionado fiel para el transporte del material de guerra que enviaría al través del

13 Francisco Pérez Guzmán y Violeta Serrano Rubio. Ob. cit., p. 51.

14 “Comunicación de Hipólito Billini a su hermano Francisco Gregorio, sin número, New York, 27 de marzo de 1885”, p. 2, AJAFB.

15 “Comunicación de Hipólito Billini a su hermano Francisco Gregorio, N° 2,720, New York, 21 de abril de 1885”, pp. 1)2, AJAFB.

16 “Comunicación de Hipólito Billini a su hermano Francisco Gregorio, sin número, New York, 5 de mayo de 1885”, pp. 15)16, AJAFB.



cónsul Hipólito y González (Mr. Wilson) y le recomendaba a este último.¹⁷

Estas fueron las últimas comunicaciones que he encontrado relacionadas con este tema que Máximo Gómez o el cónsul Hipólito Billini dirigieron a Francisco Gregorio Billini mientras se desempeñó como presidente de la República Dominicana, porque 10 días después el Ministro de Guerra y Marina, general Ulises Heureaux (Lilís), deseoso de gobernar, presionó tanto al presidente Billini que lo obligó a renunciar a su cargo el 16 de mayo de 1885. En consecuencia, el vicepresidente, general Alejandro Woss y Gil, ascendió a la primera magistratura, dejando a Hipólito Billini como cónsul dominicano en New York.

Desde que se enteró de lo acontecido en Santo Domingo, el Generalísimo escribió al nuevo presidente Alejandro Woss y Gil pidiéndole su ayuda para la independencia de Cuba en los siguientes términos:

“(...) No puedo menos que echar de vista a mi patria, Santo Domingo, pensando que nadie mejor que mis compatriotas debían protegerme (...) en la difícil empresa cuyo ideal bien cuadra al sentimiento del Pueblo Dominicano.

(...) No me amedrenta ningún temor de que Ud. me niegue su protección y no detenga el envío de algunos materiales de guerra que tengo necesidad de situar en ese país y que ya tenía preparados con ese fin.

(...) Mi corazón me dice que aparte de que no puede usted sustraerse de la influencia de la hermosa idea que defiende, le será fácil favorecer a un hermano comprometido en una empresa de tamaña magnitud (...).”¹⁸

17 “Comunicación de Máximo Gómez a Francisco Gregorio Billini, New York, 6 de mayo de 1885”. Archivo Nacional de Cuba, Fondo Máximo Gómez, Legajo 1, N° 38, documento que gentilmente me localizó y envió el historiador cubano Francisco Pérez Guzmán.

18 Esta comunicación del Generalísimo al presidente Alejandro Woss y Gil fue localizada por la historiadora e investigadora cubana Mercedes



Concomitantemente con la renuncia del presidente Billini, el Generalísimo gestionaba en New York el despacho del material de guerra hacia Santo Domingo y al finalizar mayo de 1885, según sus propias palabras, viajó a New Orleans luego de dejar “ en New York todo el material de guerra a cargo del *Cónsul Dominicano Hipólito Billini—que se ha comprometido a ponerlo en el Arsenal de Santo Domingo.* ”¹⁹

Ciertamente, las armas, cápsulas y el material bélico fueron trasladadas personalmente por Hipólito Billini a República Dominicana y guardadas en los depósitos del Ministerio de Guerra y Marina en Santo Domingo, según le expresó el Generalísimo a monseñor Fernando Arturo de Meriño, en comunicación redactada estando preso en la Torre del Homenaje o Fortaleza Ozama, en Santo Domingo, en fecha 4 de enero de 1886.²⁰

Cuando Máximo Gómez se enteró de lo que había ocurrido en Santo Domingo con el gobierno de su primo Francisco Gregorio Billini, le escribió desde Kingston, Jamaica, el 15 de agosto de dicho año:

García Rodríguez, quien la citó en un trabajo inédito que escribié en ocasión de la conmemoración del sesquicentenario del nacimiento de Máximo Gómez en noviembre de 1986, titulado *Máximo Gómez. Antillanismo y revolución nacional*, del que tuvo la gentileza de obsequiarme una copia. En esa época, el Fondo Máximo Gómez no tenía la organización que se le dio a partir de 1991 y el documento se ubicaba en la Caja N° 81, referencia que no existe hoy. Ante mi solicitud, el historiador Francisco Pérez Guzmán trató de localizarlo para poderlo citar con su referencia actual, pero por la falta de tiempo y la prisa, su esfuerzo resultó infructuoso.

19 Máximo Gómez. *Diario de Campaña*, 15 y 30 de mayo de 1885”. Ceiba de Agua, La Habana, Talleres del Centro Superior Tecnológico, 1941, pp. 194-195. (Comisión de Archivo de Máximo Gómez. Edición Homenaje 104 Aniversario del Natalicio del General Máximo Gómez).

20 “Comunicación de Máximo Gómez a monseñor Fernando Arturo de Meriño, Cárcel de Santo Domingo, 4 de enero de 1886.” En Emilio Rodríguez Demorizi, *Papeles dominicanos de Máximo Gómez*, 2ª ed. Santo Domingo, Editora Corripio, 1985, p.131 (Fundación Rodríguez Demorizi, Vol. XXIII).



“(...) empiezo a sentirme algo agradecido o cosa así, por lo que te has interesado en mi negocio, y digo esto, porque los favores para que lo sean, deben ser completos, y tú no has acabado aún de servirme (...) De nuevo le escribo a Serafín ²¹ dándole nuevas órdenes para ver si logra lo más pronto y lo mejor que se pueda el rescate de las prendas. Al mismo le indico que se comuniqué contigo para que tú le ayudes en cuanto puedas a quitar ese obstáculo de su camino.” ²²

Temiendo que la nueva situación política surgida en Republica Dominicana pudiera hacer fracasar la expedición que partiría de este país, Gómez le escribió a los generales Serafín Sánchez y Francisco Carrillo, ambos residentes en Puerto Plata, pero en ese momento en la ciudad de Santo Domingo, señalándoles:

“Los elementos para nosotros tres (pues yo pertenezco a Uds. dos) están ahí. Sacarlos de donde se encuentran es lo que hay que hacer ahora, y si Uds. hacen eso está salvada la situación. Les diré: (...) no necesitando nosotros más que cincuenta carabinas, con doce mil cápsulas poco más o menos, y cincuenta machetes, debemos negociar todo lo restante.

Para negociar eso, no hay más que irse derecho al Magistrado (el presidente Alejandro Woss y Gil, ECM) y a Lilis y proponerles el negocio de que nos den el material arriba indicado con más, dos o tres mil pesos con lo que yo creo podemos comprar una goletita o fletar otra clase de embarcación con que lanzarnos a la mar.

(...) La expedición no debe de pasar de cincuenta hombres sin armamento de repuesto, sino que cada uno saltemos a tierra con una carabina en la mano, un machete en la cintura y

21 El Generalísimo se refería al mayor general Serafín Sánchez, quien vivió 11 años en Puerto Plata y a quien debían ser entregadas las armas llamadas por Gómez *“las prendas”*.

22 “Comunicación de Máximo Gómez a Francisco Gregorio Billini, Kingston, Jamaica, 15 de agosto de 1885”. En Emilio Rodríguez Demorizi, *Papeles dominicanos de Máximo Gómez*, pp. 421-422.



doscientos tiros en la canana. Nada más, no se admitirá equipaje de ninguna clase, pues vamos para nuestra casa y allí lo tenemos todo.

*El reclutamiento de esos hombres debe ser escogidísimo (...) Una vez preparado todo (...) se me avisa inmediatamente, para ganando tiempo salir yo de aquí, solo, pues yo sabré como lo haré, y me reuniré con Uds. en esa ciudad sin que nadie me conozca. Para entonces me reservo comunicarles cómo y por dónde debemos entrar a Cuba.”*²³

Ante el hecho de que a mediados de septiembre “*las prendas*” depositadas en Santo Domingo no habían sido entregadas a los generales Sánchez y Carrillo, el Generalísimo resolvió trasladarse a República Dominicana para resolver directa y personalmente los inconvenientes presentados por el gobierno del presidente Woss y Gil. Anotó en su *Diario de Campaña*:

*“Las noticias que me llegan de los asuntos de Santo Domingo son malas.—El armamento que hice ir allí—con la subida al Poder de otro por renuncia de Billini—me ofrece ahora serias dificultades para que venga a poder nuestro.—Por ese motivo tampoco ha podido organizarse la expedición al mando del General Francisco Borrero. (...) En vista de esas dificultades, me resuelvo a pasar a Santo Domingo lo más sigilosamente posible.”*²⁴

Para tales efectos, el 17 de septiembre escribió a los brigadieres Sánchez y Carrillo avisándoles que:

“(...) después de pensarlo bien me resuelvo pasar a ese país para ver si logro arreglarlo todo personalmente. Para lograrlo

23“Comunicación de Máximo Gómez a los brigadieres Sánchez y Carrillo, Kingston, Jamaica, 16 de agosto de 1885.” En Hortensia Pichardo, *Máximo Gómez. Cartas a Francisco Carrillo*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1971, pp. 44-45 (Instituto Cubano del Libro).

24 Máximo Gómez. *Diario de Campaña*, p. 198.



procuraré escoger los medios más hábiles y prudentes: principiaré por guardar la más rigurosa incógnita.

(...) Solamente los dos Billini y Uds. deben saber mis propósitos. Es urgentísimo que volando y por una vía segura llegue a manos del Gral. B. Monción la carta que les adjunto.(...) Es necesario que el Gral. Monción lo sepa todo—por mí mismo y que Goyito²⁵ le escriba una carta, solicitando su protección para mí, es decir la de Monción. Consignen Uds. esa carta y despáchenla.”²⁶

El 2 de octubre, Gómez abordó el vapor *Alpha* y dos días después llegó a Islas Turcas. El 5, la pequeña goleta inglesa *Dorcas* lo condujo a Monte Cristi, donde desembarcó de incógnito, según sus palabras “*cual un fugitivo, ocultando mi nombre y mi verdadera nacionalidad*” con documentos falsos en los que figuraba como Manuel Pacheco,²⁷ con el propósito de

“(...) evitar a mi Patria complicaciones; y como mi principal objetivo es hablar con los Generales Benito Monción y Gregorio Luperón, para ver como, no solamente consigo algunos recursos con ellos, si no que por su medio pueda conseguir también, más de ocho mil pesos en fusiles y cápsulas que mandé desde New York, estando mi primo Billini de presidente. Al dejar él el poder, el asunto como es natural, ofrece ahora algunas dificultades.”²⁸

El 13 de octubre viajó a Guayubín para entrevistarse con el restaurador Benito Monción, quien solamente pudo ofrecerle apoyo moral y a quien Gómez no se atrevió a solicitarle ayuda económica porque, según pudo apreciar, “*no es hombre que*

25 Apodo con el que familiarmente se conocía al general Gregorio Luperón.

26 “Comunicación de Máximo Gómez a los brigadieres Sánchez y Carrillo Kingston, Jamaica, 17 de septiembre de 1885.” En Hortensia Pichardo, Ob. cit. p. 46.

27 Máximo Gómez. *Diario de Campaña*, pp. 198)199.

28 *Ibíd*em, p. 199.



pueda dar gran cosa”.²⁹ De allí salió el día 21 hacia Puerto Plata y al amanecer del 23 llegó a la ciudad norteña en la que fue “*muy bien recibido con particularidad por el General Gregorio Luperón que me ha hecho grandes demostraciones de aprecio. Hemos hablado detenidamente sobre el asunto que me ha traído aquí y me ofrece que todo será conseguido; (...)*.”³⁰

El 27 de octubre el Generalísimo envió a la ciudad de Santo Domingo al coronel Miguel Barnet y a su secretario, teniente Alejandro González, con varias cartas para amigos influyentes y una para el presidente Woss y Gil, y en el puertoplateño semanario sabatino *El Porvenir* publicó su opúsculo *La vuelta a la Patria*.³¹ Tanto el coronel Barnet como el teniente González regresaron a Puerto Plata el 2 de noviembre y Gómez apuntó en su *Diario*:

*“Las noticias que me traen como resultado de las gestiones que estamos haciendo para conseguir el armamento son fatales—pues el Presidente contesta en términos muy dudosos—y con tal motivo me resuelvo a pasar a la Capital y personalmente entendérmelas con los hombres del Gobierno, para ver si logro, salvando mi reputación, poner a cubierto el honor de los dominicanos; comprometidos en un infame acto de usurpación de elementos para la defensa de una causa tan justa como simpática para la libre y generosa República Dominicana.”*³²

Gregorio Luperón escribió a Alejandro Woss y Gil demandándole ayudar al Generalísimo a recuperar el material de guerra que requería para poner en ejecución el Plan Gómez-Maceo, comunicación que desconozco pero cuya

29 *Ibidem*, p. 200.

30 *Ibidem*, p. 200.

31 Véase *El Porvenir*, Año XIV, N° 632, pp. 2-3, Puerto Plata, sábado, 31 de octubre de 1885. El opúsculo *La vuelta a la Patria* fue reproducido por Emilio Rodríguez Demorizi en las dos ediciones de su obra *Papeles dominicanos de Máximo Gómez*, años 1954 y 1985.

32 Máximo Gómez. *Diario de Campaña*, p. 201.



existencia queda evidenciada con la respuesta que le dirigió el Presidente al héroe restaurador en la que le expresó que *“los compromisos internacionales le impiden brindarle a Gómez el apoyo necesario para la causa de Cuba.”*³³

El 8 de noviembre, desde Puerto Plata, el Generalísimo le envió una comunicación a su primo Francisco Gregorio Billini significándole:

“Si tú crees, oye bien, que se gane tiempo si yo voy a entenderme personalmente con Lilis, porque el Padre Meriño y Alejandrino no pueden hacer nada, entonces me ponen un expreso diciéndome lo que debo hacer, (...).

*“Todo esto espero que lo harás volando. Yo creo que tú no me dejarás solo y que me ayudarás hasta el último momento, pues la confianza que tú inspiras a todo el mundo, y la nobleza con que la voz pública te bautiza, fue más que me atreví a entrar en tratos contigo cuando tenías la batuta en la mano.”*³⁴

Para tales efectos, pidió a Luperón que le hiciera una carta de presentación para el general Ulises Heureaux en la que, en términos enérgicos, el viejo caudillo restaurador le manifestó a su antiguo lugarteniente:

“El portador de esta carta puramente confidencial, es el Gral. D. Máximo Gómez, amigo mío, a quien recomiendo como un amigo, hermano y compañero en la lucha de un pueblo, que como nuestra patria ayer, lucha hoy por conquistarse su independencia y la cual tú y yo y todos los dominicanos que no hayan perdido el valor y el sentimiento de amor a la independencia de los pueblos oprimidos por dominaciones

33 “Comunicación del presidente Alejandro Woss y Gil al General Gregorio Luperón, Santo Domingo, 4 de noviembre de 1885.” Archivo Nacional de Cuba, Fondo Máximo Gómez, Legajo 5, N° 719. Información cortesía del historiador Francisco Pérez Guzmán.

34 “Comunicación de Máximo Gómez a Francisco Gregorio Billini, Puerto Plata, 8 de noviembre de 1885”. En Emilio Rodríguez Demorizi, *Papeles dominicanos de Máximo Gómez*, p. 424.

extranjeras, le debemos socorros, cooperación y decidida ayuda.

El General Gómez, a más de ser nuestro amigo, es dominicano y te exijo que lo ayudes resueltamente en todo lo que él te comunicará, sin nada de rodeos, ni de subterfugios, ni dilatorias serviles, y ayúdale a un hombre de valor y de corazón en todos sus apuros (...).

*Quiero que tú recibas y veas a Máximo Gómez como mi propia persona, y que Dios te guarde de decirme que no puedes nada, pues yo en esta súplica, no admito excusas.”*³⁵

Con esta carta, Máximo Gómez se trasladó a la ciudad de Santo Domingo, a la que llegó el 23 de noviembre, alojándose en el hogar de la señora Josefa Castillo de Vidal, ubicada en la entonces común de San Carlos, hoy barriada de la ciudad capital. Allí, al día siguiente, la juventud capitala le demostró sus simpatías en una manifestación de carácter popular en la que habló el patriota y educador puertorriqueño Eugenio María de Hostos, quien trabajaba en la reforma de la educación dominicana, dirigía la Escuela Normal de Santo Domingo (1880-1888) e impartía cátedras de Derecho Constitucional y Economía Política en la universidad. Según una crónica de la época, publicada en la *Revista El Quisqueyano*, “A las conmovedoras palabras del Señor Hostos, contestó el General Gómez con elocuentes frases que merecieron el aplauso general.”³⁶

35 “Comunicación de Gregorio Luperón a Ulises Heureaux, Puerto Plata, 16 de noviembre de 1885.” Archivo Nacional de Cuba, Fondo Máximo Gómez, Legajo 5, N° 652. Copia de este documento gentilmente me la hizo llegar el historiador cubano Francisco Pérez Guzmán.

36 “*Revista El Quisqueyano*, N° 1, p. 1. Santo Domingo, 27 de noviembre de 1885”: En Emilio Rodríguez Demorizi, *Hostos en Santo Domingo*, Vol. II, 1ª ed. Ciudad Trujillo, Imprenta J. R. Vda. García, Sucs., 1942, p. XXXIX. (Centenario de Eugenio María de Hostos, 1839-1939, Homenaje de la República Dominicana. El pasado año 2004, la Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Inc. reeditó los dos tomos de esta obra dentro de su Colección Bibliófilos 2000, con el N° 11).



De inmediato el Generalísimo inició las gestiones para recuperar las armas y el material bélico y el 24 de noviembre apuntó en su *Diario*:

“Me he ocupado asiduamente del asunto del armamento depositado aquí, y, en malas condiciones de reclamo por la caída del Presidente Billini.

Me he ido derecho donde el General Ulises Heureaux, pues éste hombre predomina en las esferas oficiales, y después de varias conferencias privadas tratando del asunto, me ha ofrecido ocuparse de él para que me abonen en todo caso en dinero, pues no solamente ya se ha dispuesto de parte del material de guerra, sino que sería peligroso y comprometido extraer todo eso de aquí.

Además, descubro malas tendencias respecto a mi personalidad política en los hombres del Gobierno o por lo menos buenos deseos de ayudarme en la empresa.

Es muy posible que todo eso tenga su causa en el temor de una complicación con España—no obstante que yo me he propuesto observar en todo una exquisita discreción.

Todo este mes lo he pasado en las luchas de esas gestiones, y no se extrañe que no haga aquí mención del Presidente Alejandro Woss y Gil, pues desairado al principio por este señor, no me atrevo a acercarme a él en demanda de justicia y mucho menos de favores.” ³⁷

Con esas expresiones, el Generalísimo dio a entender que había descubierto el origen de la actitud del gobierno de Woss y Gil para negarse a entregarle las armas y el material bélico que había adquirido en New York para poder llevar a cabo el Plan Gómez—Maceo; que bien pudo haber sido motivada por una cualesquiera de las siguientes causas, pero que en la ocasión se conjugaron todas:

1.- Haber dispuesto de ese equipo bélico ajeno como le informó Ulises Heureaux;

37 Máximo Gómez. *Diario de Campaña*, p. 202.



2.- No tener disponibles US\$10,000.00 para resarcir los gastos en que había incurrido Gómez para adquirir esos materiales de guerra;

3.- La injerencia del gobierno español que conocía al dedillo todos los pasos de los exiliados cubanos en República Dominicana y el Caribe y, particularmente, “*los compromisos internacionales*” a los que se refirió Woss y Gil en su carta a Luperón;

4.- Los celos que provocaba la presencia de Gómez, quien había sido recibido en la ciudad de Santo Domingo con manifestaciones de simpatía y solidaridad de parte de un grupo de jóvenes hostosianos, por lo que se le llegó a considerar un agitador político;

5.- Los temores de los generales Ulises Heureaux y Alejandro Woss y Gil y de funcionarios gubernamentales de que Gómez, por su carisma político–militar y pensamiento revolucionario, utilizara el armamento que reclamaba para participar en la política dominicana e intentara restablecer el gobierno liberal de su primo Francisco Gregorio Billini.

Lo cierto es que hubo una absurda intriga política contra el Generalísimo promovida por Ulises Heureaux, autor de su prisión, alentada, además, por el cónsul español en Santo Domingo, por el grupo lilisista gobernante y por altos burócratas de mentalidad colonialista hispanófila, y quizás también ,como sugirió el historiador Vetilio Alfau Durán, “*hubo algo secreto, misterioso, que despedía olor a cobre.*”³⁸ No es de extrañar, por tanto, que el presidente Alejandro Woss y Gil dictara orden de prisión contra el Generalísimo, que éste fuera arbitraria y violentamente detenido y que se intentara eliminarlo cuando era conducido a la cárcel mediante el conocido procedimiento de aplicarle “la ley de fuga”.

38 Vetilio Alfau Durán. Nota al trabajo de Manuel Ángel González Rodríguez “Apuntes y recuerdos de San Carlos, VII”. En *Clío*, Año XXV, N° 110, p. 176. Ciudad Trujillo, abril-junio de 1957 (Órgano de la Academia Dominicana de la Historia).



En efecto, a las seis de la mañana del 2 de enero de 1886, mientras el Generalísimo estaba acompañado de sus familiares Telésforo Martínez Gómez, Jesús Gómez y Luis Felipe Pimentel Gómez conversando con la señora Anita Lugo, con quien tenía vieja amistad y frecuentemente la visitaba en la calle Eugenio Perdomo de San Carlos, se presentó el general Isidro Pereyra, Comandante de Armas de dicha común, en compañía de un cabo y dos rasos y personalmente hizo preso a Gómez y a sus familiares, ordenando a la escolta que lo acompañaba trasladarlos a la Fortaleza Ozama, después de lo cual se retiró y dejó a los detenidos en manos del cabo y los soldados.

Conforme a la tradición oral que le fue contada a Manuel Ángel González Rodríguez por la señora Leonor Pimentel Vda. Valdez, hija de Luis Felipe Pimentel Gómez, sobrino del Generalísimo y apresado junto a éste, tradición que publicó en su trabajo *Apuntes y recuerdos de San Carlos*:

“(...) La escolta que hizo preso al Generalísimo Gómez, partió con él hacia la Fortaleza Ozama. Tras ella siguieron los dos parientes del Generalísimo. En su recorrido la escolta avanzó por la calle adelante hasta la Peña y Reynoso; pasó por detrás de la iglesia y bajó por el Camino de la Fajina, hoy calle Emilio Prud’homme.

Al llegar al solitario y agreste Camino del Río, hoy Avenida Mella, el jefe de la escolta, indicándole con el fusil la dirección que debía seguir, se dirigió al Generalísimo Gómez y le dijo: ‘Por aquí, por aquí, que vamos a entrar por la Puertecita de Santa Bárbara’. El Generalísimo altivo, ceñudo, con voz varonil y sin rodeos le respondió: ‘¡No, por aquí!’. Le dio la espalda y sobre la marcha dobló a la derecha, después a la izquierda, prosiguió hacia el Sur y entró por la Puerta del Conde en la ciudad de Santo Domingo.

En presencia del hecho realizado por el Generalísimo Gómez, los soldados que componían la escolta, admirados, turbados, vencidos, le siguieron detrás; no ya como sus ope-



sores y conductores, sino como subalternos comedidos y obedientes. El don y la voz de mando, la presencia de ánimo y la actitud resuelta del que fué después Libertador de Cuba, los había anonadado y vueltos al revés.

Por lo demás, agrega la tradición que al tiempo en que el Generalísimo Gómez fué encerrado en uno de los calabozos de la Torre del Homenaje, le refirió a uno de los carceleros el hecho que le ocurrió en el trayecto con el jefe de la escolta que lo hizo preso y añadió: **‘Creo que eso de quererme llevar sin razón por el Camino del Río, teniendo a dos pasos la Puerta del Conde, era con el fin de aplicarme la ley de fuga’**.³⁹

El mismo día 2 de enero y en los subsiguientes desde la cárcel, el Generalísimo escribió *La manifestación de Máximo Gómez*, denunciando su violenta e injustificada prisión⁴⁰ y varias cartas: a su hija Ignacia Gómez Castillo, quien estaba muy preocupada por la sorpresiva prisión de su padre;⁴¹ al arzobispo Fernando Arturo de Meriño; al general Ulises Heureaux; y a Eugenio María de Hostos.

En su misiva al arzobispo Meriño le señaló:

“Se me supone interesado en la política interior del país en apoyo de maquinaciones en contra del Gobierno constituido, y no acierto a explicarme cómo el Gobierno haya podido dar oído y crédito a intrigas de ese género contra mi humilde persona-

39 Manuel Ángel González Rodríguez, “Apuntes y recuerdos de San Carlos, IV”. En *Clío*, Año XXIV, N° 107, p. 94. Ciudad Trujillo, abril-junio de 1936 (Órgano de la Academia Dominicana de la Historia). Negritas del autor ECM. Véase también a César Herrera Cabral en “Máximo entre los libertadores de América”, en *Divulgaciones históricas*, Santo Domingo, Editora Taller, 1989, p. 122 (Biblioteca Taller N° 261) y a Joaquín Sergio Incháustegui, *Reseña Histórica de Bani*, 3ª ed., Santo Domingo, Editora Búho, 2001, pp. 71-72 (Alianza Banileja y Asociación Peravia).

40 Máximo Gómez. *Revoluciones... Cuba y bogar*. (Recopilación de su hijo Bernardo Gómez Toro). La Habana, Imprenta y Papelería Rambla, Bouza y Cía., 1927, p. 229.

41 “Comunicaciones de Máximo Gómez a su hija Ignacia Gómez Castillo, Cárcel de Santo Domingo, inicios de enero de 1886”. En Emilio Rodríguez Demorizi, *Papeles dominicanos de Máximo Gómez*, pp.21-23.



lidad que, de seguro, deben ser de origen español; pues todo el mundo sabe, y lo saben bien los dominicanos, que yo ando persiguiendo un ideal más bello, en pos de cosa más verdadera y positiva cual es la Independencia de Cuba.

(...) Sabe bien el Gobierno, lo sabe usted y lo saben también otros hombres serios y honrados, que yo he venido aquí a reclamar diez mil pesos que me adeuda el Gobierno, cuya suma apronté con mucho gusto el año pasado en New York, al Cónsul Dominicano, para compra de armamentos, que él mismo condujo a los arsenales de esta plaza, al llegarnos allí la noticia de que sería fácil rompiese la guerra con la República de Haití, cuya deuda se me pagaría oportunamente.”⁴²

En su misiva del 8 de enero de 1886 a Ulises Heureaux, quien se encontraba en Puerto Plata, le solicitó trasladarse junto a Luperón a Santo Domingo para que ambos lo sacaran de la prisión.. También le informó que había suplicado, por medio de sus amigos, al presidente Woss y Gil que le concediera

“cambiar el lugar de mi prisión actual por el de una casa particular de persona respetable y de la confianza del Gobierno, donde, aunque preso pueda yo mientras tanto, despachar los asuntos a mi cargo.

Después de repetidas instancias y todas ellas desechada, al fin se me ha concedido pasar a la casa de la señora Josefa Castillo de Vidal donde permaneceré hasta tanto se resuelva todo lo pendiente en mis dichos asuntos.”⁴³

Las gestiones del arzobispo Meriño, de Luperón y, particularmente, las de Hostos frente al presidente Woss y Gil, surtieron efecto y éste le manifestó al independentista puertorriqueño el 8 de enero:

42 “Comunicación de Máximo Gómez al arzobispo Fernando Arturo de Meriño, Cárcel de Santo Domingo, 4 de enero de 1886”. En Máximo Gómez, *Revoluciones...Cuba y Hogar*, pp. 231-232.

43 “Comunicación de Máximo Gómez al general Ulises Heureaux, Cárcel de Santo Domingo, 8 de enero de 188”. En Máximo Gómez, *Revoluciones...Cuba y hogar*, p. 235.



*“Al fin hemos convenido para conciliar todos los extremos que el General Gómez sea puesto en libertad a la llegada del vapor americano. Esta reposición me hace faltar, en cierto modo, a lo prometido, pero me compensa del desagrado que esto me hace sentir, la seguridad que tengo de que usted, sabrá benévolamente esperar un poco más lo que ayer debió recibir. De usted S.S. y amigo, A. Woss y Gil.”*⁴⁴

Con relación a su puesta en libertad, el 9 de enero el Generalísimo apuntó en su *Diario*:

“Por fin de mucho empeño de varios amigos que se interesaron por mí—obtuve la libertad—pero bajo las condiciones de salir para el extranjero en un vapor americano que se encuentra en puerto; mandándome al efecto, el pasaporte despachado en términos, como si fuera a un hombre perturbador del orden público.

*Reiterando por medio de mis amigos las súplicas que me dejaran desembarcar en Puerto Plata; pude conseguir eso, y bajo el apoyo y protección del General Luperón.”*⁴⁵

La prensa de la ciudad de Santo Domingo prestó poca atención al drama que le tocó vivir al Generalísimo. Solamente pude encontrar en la hemeroteca del Archivo General de la Nación una sola referencia a su prisión, publicada en *El Eco de la Opinión*, redactada por su director, César Nicolás Penson, el 14 de enero de 1886, con el siguiente tenor:

“CRONICA.- El General Máximo Gómez.

Acaba de ser puesto en libertad el Quisqueyano ilustre, el grande Antillano, el noble hijo de América, Gral. Máximo Gómez. Por una de esas causas inexplicables que afligen hondamente el corazón de los pueblos, fue encarcelado este hombre que goza de fama universal, cuyo ilustre nombre e

44 “Comunicación del presidente Alejandro Woss y Gil a Eugenio María de Hostos, Santo Domingo, 8 de enero de 1886”. En Emilio Rodríguez Demorizi, *Papeles dominicanos de Máximo Gómez*, p. 339.

45 Máximo Gómez. *Diario de Campaña*, p. 204.



ilustres hechos son glorias de América i blasón de alto nombre para Quisqueya.

El sentimiento general i la afluencia continua de todo lo más selecto de esta sociedad al lugar de su detención i las innumerables tarjetas i cartas que recibía, han dado testimonio de que los hijos de este suelo estiman en lo que vale a este abnegado compatriota nuestro (...).

Enviamos, pues, al General Máximo Gómez, nuestra más cumplida enhorabuena.”⁴⁶

El 15 de enero de 1886, el Generalísimo dirigió al presidente Alejandro Woss y Gil una carta que me fue localizada en el Archivo Nacional de Cuba por el historiador Francisco Pérez Guzmán, misiva que se encuentra en muy mal estado y en la que se lee en el párrafo más completo lo siguiente:

*“Mas como hoy se me hace salir violentamente del país, suplico a Ud. se sirva dar la orden de que se suspendieran los efectos de mi pasaporte y al mismo tiempo con su valiosísima mediación privada para que de una manera digna se arregle el asunto de la sagrada deuda (roto en el documento original) infeliz Cuba.”*⁴⁷

Ese mismo día, Máximo Gómez salió de la ciudad de Santo Domingo “*en medio de un lucido acompañamiento que le siguió hasta el muelle*”⁴⁸ y se embarcó en el vapor *G. W. Clyde*, buque que hizo escalas en San Pedro de Macorís y Santa Bárbara de Samaná y el 18 arribó a Puerto Plata donde descendió a tierra.

46 Semanario *El Eco de la Opinión*, N° 340, p. 1. Santo Domingo, 14 de enero de 1886. Hemeroteca del Archivo General de la Nación, Santo Domingo.

47 “Comunicación de Máximo Gómez al presidente Alejandro Woss y Gil, Santo Domingo, 15 de enero de 1886”. Archivo Nacional de Cuba, Fondo Máximo Gómez, Legajo 5, N° 738. Gentileza del historiador Francisco Pérez Guzmán.

48 Máximo Gómez. *Diario de Campaña*, p. 204.



Puesto que previamente sus protectores, el arzobispo Meriño y Eugenio María de Hostos, habían logrado con el presidente Woss y Gil que Máximo Gómez pudiera permanecer en Puerto Plata bajo la protección de Luperón, éste pasó todo el resto del mes de enero esperando un “*pagaré endosado al señor Diego Loynaz, por la suma de ocho mil pesos— para ver si se logra descontarlo en esta plaza.*”⁴⁹

El general Ulises Heureaux se presentó en Puerto Plata en la primera semana de marzo de ese año⁵⁰ y el Generalísimo, apuntó en su *Diario* el 8 de marzo de 1886:

*“Llega Lilis, célebre por sus picardías—me entregan el pagaré. Los términos en que está redactado no ofrecen las mejores ventajas para negociarlo—y paso todo este mes en inútiles diligencias para hacerlo dinero efectivo—sin poderlo lograr.”*⁵¹

Máximo Gómez y Lilis se entrevistaron varias veces sin que éste pudiera negociar el pagaré por lo que tuvo que recurrir a Maximiliano Grullón, Casimiro Nemesio de Moya y a Gregorio Luperón para lograr reunir \$2,500.00 que quedaron reducidos a \$1,125.00 que fueron repartidos entre el general Francisco Carrillo, el Dr. Eduardo Hernández para cubrir sus gastos de viaje y comprar armas en New York y para él sufragar los suyos para viajar a Jamaica donde esperaría noticias. El día 14 de marzo, el Generalísimo abandonó Puerto Plata, por vía de Islas Turcas, y el 18 desembarcó en Kingston, Jamaica.⁵²

Al embarcarse en Puerto Plata. Máximo Gómez abandonó el país, según sus palabras,

49 *Ibíd.*, p. 204.

50 El semanario *El Porvenir*, Año XIV, N° 649, p. 2, Puerto Plata, 6 de marzo de 1986, anunció que: “*Entre los pasajeros que vinieron de la Capital en el vapor Santo Domingo, se encontraba el general Heureaux (...).*” Hemeroteca del Archivo General de la Nación, Santo Domingo.

51 Máximo Gómez. *Diario de Campaña*, pp. 204-205.

52 *Ibíd.*, p. 205.



“(…) con el corazón triste—porque el fracaso ha sido más doloroso cuanto que ha acontecido entre los míos.”⁵³

Y este doloroso fracaso por recuperar vanamente las armas y el material bélico que Ulises Heureaux y Alejandro Woss y Gil se negaron a entregarle, significó también que abortara todo el Plan Insurreccional Gómez-Maceo para reanudar la guerra de independencia de Cuba. El Generalísimo, además de vaticinar lo negativo que resultaría Lilís para el desarrollo del proceso histórico del pueblo dominicano,⁵⁴ escribió con un cierto humor negro que en su caso, muy bien se le podría aplicar “(…) *lo de aquel adagio vulgar ‘vine por lana y salí trasquilado’*.”⁵⁵

A pesar de ese descalabro, el Generalísimo no desmayó en sus intentos insurreccionales durante ese período que Martí, con gran acierto, denominó *La tregua fecunda*, ni tampoco se desanimó cuando ya unidos ambos igualmente vio malograrse el Plan Fernandina, en enero de 1895. Por el contrario, después de firmar juntos, el 25 de marzo de 1895, el manifiesto *El Partido Revolucionario Cubano a Cuba*, conocido históricamente como *El Manifiesto de Monte Cristi*, integró “*la mano de valientes*” que con el Apóstol desembarcó por Playitas de Cajobabo y reinició la “*guerra necesaria*” que culminó con la mediatizada independencia del pueblo cubano y la República Neocolonial.

53 *Ibidem*, p. 205.

54 Véase la opinión del Generalísimo sobre el general Ulises Heureaux: “*hombre de aviesas intenciones para todo lo que no le redunde en su propio bien. Se deja conocer en él, una desmedida ambición de dinero, y sacrifica lo más sagrado a sus intereses. (...) Si los dominicanos no tratan de quitarse la influencia maléfica de ese hombre, el país va derecho a la ruina y al salvajismo. La fuerza no es Gobierno, y éste es el único medio que conoce Lilís para gobernar.*” En Máximo Gómez, *Diario de Campaña*, pp. 205-206.

55 “Comunicación de Máximo Gómez al general Ulises Heureaux, Puerto Plata, 8 de enero de 1886”. En Emilio Rodríguez Demorizi, *Papeles dominicanos de Máximo Gómez* p. 135.





Máximo Gómez y su hija María Clemencia Gómez Toro en marzo de 1904, en el patio de su casa ubicada en Galeano N° 45, El Vedado, La Habana. Detalle sacado de la fotografía de toda la familia del matrimonio Gómez-Toro tomada por el norteamericano Sumner Matheson.

Fuente: Museo de Historia de la Ciudad de La Habana. *Cuba, 1904*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1985, p. 3.

Últimos días de Máximo Gómez*

María Clemencia Gómez Toro**

Habana Septiembre 20, 1905.
Sr. Leopoldo Domenech
Monte Cristi.

Mi Amigo y Compadre más distinguido y consecuente:

Dichosos los seres que como yo, en medio de la gran catástrofe de mi pobre alma, el cielo misericordioso les hace visible la existencia del Todo Poderoso dejándoles a su lado *dos almas superiores*; la de *mi madre y la tuya*.

¡Bendito sea Dios en las alturas”... Y El a ti Leo, te bendiga y premie...

Tus cartas, después de la muerte de mi Papá (tres) en mi poder, y el perfume de cariño y consuelo que amanan allá en lo más sagrado de mi corazón, junto al recuerdo de mi corazón, junto al recuerdo de mi Padre amado. Gracias con el alma, gracias. Dios me ha hecho ver y sentir, que cuando sinceramente prodigamos un *afecto grande y puro*, somos premiados; ¿qué más premio ni que más anhelo para mí que cerciorarme que tu

* Publicado en *Clio*, Año XXIII, No. 103, pp. 115-121. Ciudad Trujillo. Abril-junio de 1955 (Órgano de la Academia Dominicana de la Historia).

** María Clemencia Gómez Toro (llamada *Monchita* por el viejo Edúa y la tropa mambisa) era la hija mayor del matrimonio de Máximo Gómez con Bernarda Toro Pelegrín (*Manana*). Nació en una montería de Pedregalón, Dos Ríos, Provincia de Santiago de Cuba, el 11 de mayo de 1873.



alma junto a la mía estuvo de rodillas (si la frase es admitida) junto a la losa fría que cubre esos restos tan amados?

Quiero escribirte *largo* para decirte muchas, muchas cosas, y vamos a dividir esta carta en partes para que así mismo me contestes sobre cada punto. Empezaré por la enfermedad de mi idolatrado Papá.

El 25 de Abril a las diez de la noche tomamos aquí el tren expreso para Sgo. de Cuba, Papá, Mamá Margarita y yo, paseo que Papá quería hacer con nosotras por Santiago y que, mucho tiempo en proyecto, siempre había tenido un inconveniente. Llegamos a casa de Máximo (Sgo.) el 26 a las 10 p.m. habiendo sido esperado Papá en todos los paraderos (Pueblos) con verdadero entusiasmo por el pueblo cubano y especialmente en Sgo. de Cuba; bandas de música, corporaciones y todo lo más selecto estaba allí. Nosotras con Máximo nos fuimos a su casa y no hubo modo de que Papá pudiera llegar a nosotros hasta las 12 de la noche, pues siguió con sus aliados los del Partido Liberal, en manifestación compacta hasta llegar a casa su candidato único el Gral. Emilio Núñez, cuyo candidato Papá aún no había hecho público a pesar de que ya era demasiado conocido su modo de pensar. Días de contento pasamos con familia y amigos. Papá hizo dos excursiones, una al vecino pueblo de “La Ciénega” y otro a “La Maya” (él último) viaje este último que hizo saliendo de casa al amanecer (con amigos) y volviendo cargado de flores el mismo día 1o. de mayo (mi cumpleaños) a las seis de la tarde, nos contó todos sus triunfos por el Partido Liberal; nos dijo del gran banquete al aire libre, la profusión de vivas y de flores, éstas últimas nos las entregó.

Llegó la hora de cenar y no quiso hacerlo dijo se sentía estropeado y mal, que se iba a acostar; nosotras cenamos y él dormía. Llegó la hora de acostarnos y Papá dormía, no quisimos molestarlo, pero a esto de las 12 de la noche, Mamá alarmada por aquel largo sueño, le tocó la frente y conoció que tenía fiebre, le puso el termómetro y lo comprobó. Muy temprano nos



llamó para decírnoslo, nos levantamos y fuimos a su lado. Papá dijo que le llamaran al Dr. Henríquez y Carvajal. Vino este buen médico y recetó, diagnosticando una fiebre de cansancio, y el pequeño dolor de la mano dijo era necesario observar para saber bien, pero que podía ser tanta presión que había recibido al estrechar tanta mano como se había llegado a él el día anterior.

Recetó para la mano (derecha) compresas de agua boricada caliente. Estuvo combatiendo la fiebre que fluctuaba de 37 y medio a 38 grados. Siembargo, la inflamación de la mano sin haber el más mínimo granito, hizo que el médico se decidiera a hacer la incisión estando el Dr. Dellundé y el Dr. Grillo. La fiebre cedió un día; en la inflamación no había pus, pasaron las 24 horas debidas para la primera cura, y al tercer día que tocaba hacerla Papá dijo: *“Doctor mire si no hay tanta necesidad de hacer esa cura hoy pués me siento cansado”*; contestó el Dr.: *“Veremos a ver Gral.”* Levantó la venda, y la herida muy bien, dijo: *“Bueno, la dejaremos a mañana”*; la tardecita estaba lluviosa y Papá en estado catarral estaba sentado junto a la puerta del cuarto que daba al patio. El médico indicó que se recogiera enseguida, pues sentía escalofríos, que volvería a verlo tan pronto cenara.

Volvió y Papá tenía el asma que era crónica en él y fiebrequita; allí volvió la receta, y pasó con nosotros hasta tarde de la noche; ya el médico me había dicho tenía una gripe que sería peligrosísima; la mano si con menos inflamación siempre mal. Debo advertir que Henríquez, previéndolo todo le había puesto inyecciones de suero (no recuerdo el término técnico) antiinfecciosa, para evitar si había infección que se generalizara. Ya Papá seguía mal, se llamaron los muchachos por telegrama, Urbano y Bernardo; se quedó tía Chucha en la casa con amigas y amigos; llegaron los muchachos a Sgo. de Cuba, si no me equivoco, el 17 de Marzo a las diez de la noche; ya el Dr. Henríquez había dominado un tanto la gravedad que hubo desde el 13 en noche; acompañaba a mis hermanos el Dr. Pereda,



médico cirujano que el Dr. O'farris* entonces Alcalde de la Habana y miembro del Partido Liberal presentó a los muchachos o mejor dicho a Urbano para que en nombre del Partido asistiera a Papá si era de su agrado.

Urbano lo aceptó, mientras tanto el Dr. Henríquez y Dellundé *Doctor*, eran los que asistían al enfermo, como también habían dado su opinión médica los que fueron como cubanos sin ser llamados (motivo mayor de agradecimiento) Doctores Cómas y Manduley; ya antes había tenido consulta con Henríquez con el Dr. Guimerá, todos de opinión como Henríquez, una gripe afectaba los pulmones. Llegaron los muchachos y el médico de La Habana –a Papá, para no alarmarlo se le hizo creer que ellos sabiendo su enfermedad, pues los teníamos al corriente por telégrafo, habían dispuesto su viaje. A las 11 de la noche, puesto al corriente el Dr. Pereda por el Dr. Henríquez, médico de cabecera, del principio y estado del enfermo, procedió a un minucioso examen.

Al día siguiente a las 9 a.m. se procedió a consultar, con todos los médicos antes en mención. La opinión de Pereda fué ampliar más la incisión, pero su diagnóstico –una infección que minaba el organismo del enfermo– operación dolorosísima, que sufrió mi pobre Papá a las dos de la tarde de ese mismo día, se encontró algo de pus, no cantidad como dijo la prensa y afirman muchos o algunos, yo estaba allí y toda la familia mientras se operaba a Papá. Jamás lo dejamos un momento solo. Vinieron disturbios entre Pereda y demás médicos principalmente con Henríquez, pues Pereda con la ambición de gloria científica sólo para él no quería ejercer allí su profesión á menos que no fuera como médico de cabecera.

En la consulta estuvo poco cortés con sus compañeros, principalmente con el Dr. Grillo. Hizo el Dr. Pereda indica-

* Nota del editor. Se refiere al famoso médico y patriota habanero Juan Ramón O'Farrill, quien desde los Estados Unidos de Norteamérica prestó eminentes servicios a los mambises que luchaban en la Guerra de Independencia de 1895. Emilio Cordero Michel.



ciones fortuitas para traer al enfermo, en el tren expreso que teníamos a nuestra disposición, para La Habana. Todos estaban de acuerdo menos yo y mis tíos políticos y los médicos de allí. Dije: *“Papá está sumamente grave y se nos puede quedar en el camino. Nunca falta para el Gral. Gómez una casa en esos Pueblecitos donde quedarnos”*, pues para eso contesté nos quedamos aquí con la familia y no lo mortificamos; de La Habana se puede traer medicina que aquí no se encuentre.

Papá tampoco quería salir para La Habana en aquel estado. Urbano dijo: *“bien haremos un consejo de familia y resolveremos así”*. Triunfamos yo y mis tíos y dejamos a Papá allí: obrar de otro modo hubiera sido exponerle demasiado sin esa necesidad fortuita —á más, en el Consejo de familia todos estuvimos de acuerdo en mandar ó telegrafiar a La Habana para que fuera el médico de Papá, Dr. Yacobsen; y Urbano dijo: *“entonces nos atendremos a la opinión de su médico, si él opina dejarlo lo dejaremos si llevarlo enseguida; ¡en marcha!; es decir Yacobsen decidiría el asunto”*. Así sí le contesté. Lo esperaremos listos para marchar, añadí, si Yacobsen lo cree necesario. *“Pues voy a telegrafiarle enseguida”*, dijo Urbano. Y se disolvió aquella reunión de expertos, más bien que de vivos, por el dolor que nos agujijoneaba. El Doctor Henríquez estaba en el corredor contiguo al cuarto de Papá. Me acerqué y le dije:

“Doctor hemos determinado llamar al Dr. Yacobsen para que así él decida de una vez el viaje de Papá, y tome también parte en la asistencia médica”. Muy bien dispuesto, Yacobsen es ó ha sido el médico del Gral. Y se hace necesaria su presencia, me contestó Henríquez, ahora voy a telegrafiar a Manuel Silveira (este Sr. íntimo amigo de Papá, Urbano lo tenía al corriente de todo y el Dr. Henríquez á su vez por encargos del mismo señor) el estado del Gral. Y como él me encarga le diga si creo que deba venir Yacobsen, y Uds. telegrafian por él, le diré mi opinión que és la misma de Uds. —Bueno Doctor”. Llega Urbano y le preguntamos: *“¿Mandastes por Yabcosen?”* — “No



el Dr. Pereda me ha dicho que lo cree innecesario, que él es bastante para asitir a Papá... ”.

No sé cómo me quedé en aquel momento, pues mi gran fé estaba en el Dr. Jacobsen, médico que conocía más que ninguno el temperamento de Papá, pues había sido siempre su médico de dos años a esta parte dos o tres veces, pues Papá nunca enfermaba, su padecimiento único era el asma, que casi era su estado normal de todas las noches después de comer –dos horas) ó a la media noche un tiempo igual, para lo que nunca llamó médico, y sí, tenía recetas de algunos, que calmaban aquella afección. Una de las últimas recetas que usó, la del Dr. Henríquez, pues Papá tuvo fé en su receta para esta enfermedad, sí nos fijamos en esta manifestación que hizo al mismo, *en presencia mía*

–“*Dr., yo le consulto a Ud. sobre mi asma porque creo que Ud. mejor que muchos puede tener alguna buena receta por lo mucho que Ud. pasó con Salomé (Salomé Ureña, la esposa del Doctor) y como trataría usted de aliviarla en su asma!...*” Estas frases ó sinónimas fueron o son las que comprueban que Papá creyó en Henríquez, antes que otros médicos.

No era mi intención relatar aquí las desavenencias entre médicos, pero, aunque no en detalles, me he ido extendiendo demasiado. Hagamos pues un paréntesis aquí, pues dejé sin explicar la manera que el Dr. Pereda tomó la cabecera del enfermo, lugar que el quería para obrar libremente, según sus frases textuales hablando con mis hermanos, y que oí yo. Ante esa manifestación de Pereda, y como ya Urbano lo había aceptado como médico que enviaba el Partido político de Papá, Urbano Mamá y Máximo, de acuerdo los tres (á mí nada me dijeron) dieron el puesto primero a dicho médico cirujano (y en la tarde del día que Pereda amplió la incisión, llamaron a Henríquez al salón. Yo que vía aquello, aunque á mí nada se me dijo, me dejé ir, y me senté allí donde yo creía era mi puesto también en asunto de familia que debió como á hija y hermana mayor de enterárseme.



Urbano, Mamá y Máximo, manifestaron al Dr. Henríquez, que habían resuelto nombrar a Pereda médico de cabecera de Papá, pero él quedaría también de médico. *“Es decir –según entiendo en segundo lugar”*. Henríquez volvió y dijo: *“Eso han dispuesto ustedes... y el Dr. Pereda lo acepta?... Sí, contestó uno, ésa es la disposición de la familia”*. Entonces yo que creí aquello injusto más que en el fondo, en la forma, según mi criterio, poco decente –me volví al Dr. y le dije:

“Conste Dr. Henríquez que para nada he tomado parte en éste asunto, en ésta determinación de mi familia– a mí nada se me ha dicho, y por lo mismo quiero que Ud. sepa que protesto de éste acto, á mi modo de pensar poco correcto y poco justiciero” – *“Yo no puedo aceptar lo que Uds. disponen”*, contestó el Dr. Henríquez, *“yo he sido llamado por el Gral. Gómez, y además mi situación científica no me permite aceptar lo que Uds. me proponen”*.

Aquella reunión se disolvió sin haber quedado nada de acuerdo. Ya por la noche el amigo Dr. La Torre y yo tratábamos de, hablando con el Dr. Henríquez, aunar voluntades para que él y el Dr. Pereda quedaran á la cabecera de Papá, que había tenido después de la segunda operación de Pereda, una pequeña mejoría. Henríquez últimamente nos contestó:

“Yo soy amigo verdadero del General, y jamás lo abandonaré, sería necesario que se me despache por la familia. Pero entre nosotros los médicos, existen ciertas consideraciones profesionales que no podemos dejar de llenar o de exigir; nó sé cómo siendo yo médico de cabecera, el Dr. Pereda ha aceptado ese lugar sin estar de acuerdo conmigo. Ahora yo esperaré á que él hable, yo mientras tanto, no dejo mi puesto y sigo en él. Además, esa humillación que se me hace de dejarme a mí, el médico de cabecera en el segundo lugar yo no puedo aceptarla, nó sabría hacer valer mis derechos profesionales, y Uds. mismos (dirigiéndose a mí) no sería digno!...”

Me retiré con aquella última respuesta, muy razonable con el alma más sombría, para el cuarto de Papá que estaba inquieto



y grave. El Dr. Latorre se unió al Dr. Pereda; después todos, y el Dr. Henríquez y mis hermanos estuvieron hablando. Después de una largo rato, como a las diez de la noche, entraron Henríquez y Pereda al cuarto del enfermo, parecía que estaban ya unidos; o mejor dicho, de acuerdo en quedarse ambos. El Dr. Henríquez después de ver cariñosamente a Papá –dijo: *“Bien entonces hasta mañana”* –*“hasta mañana respondimos”*, y el Dr. Pereda adelantándose dijo, –*Bueno Dr., hasta mañana eh!... Ya sabe, esta noche vuelo yó, –mañana usted”* –*“Si”* dijo el Dr. Henríquez. Y al despedirlo yó en la puerta me dijo:

“Todo se ha arreglado, y nos hemos puesto de acuerdo; esta noche se queda Pereda, y mañana en la noche me toca a mí y él desacansa; de día, los dos; ya es otra cosa, los dos quedamos con los mismos derechos, se le ha dado esa forma y yo la he aceptado por el General, amigo que quiero y no puedo abandonar. Gracias Dr., le contesté, ¡Adiós!...”

Cuanta angustia en esas noches horribles de la gravedad de Papá... Aquellos descensos de temperatura que ya parecía que se nos iba, y después de reaccionarlo a la fuerza de vida artificial, inyecciones que traspasaban aquella epidermis sensible aún, y tan dolorosa que le hacía exclamar: *“Tanto sufrir para nada!... De ésta no escapo yó...”* Aún resuena en mis oídos y atraviesa mi corazón aquellos *“ ¡Ay mi hija!...”* que a veces me miraba y exhalaba del alma con alguna lágrima que nublaba su pupila de mirada tan tierna, que presentía que ya iba a dejarme sola, todavía en mi juventud, cuando más falta me hace, cuando más necesidad tengo de su mirada porque su amor lo siento que desde lo alto de la inmortalidad me besa y bendice!... Sí, en mi albún de niña su pensamiento en la primera página me dice:

“Si yo muero, no llores pues nos entenderemos desde el Cielo; para las almas que se comprenden, no hay espacio ni tiempo, ellas viven eternamente en el infinito: mira a lo alto y sentirás la presencia de Dios y la mía junto a tu corazón y nó habrá tristeza en tu alma ni lágrimas en tus ojos”.



Desde entonces nó olvido ese párrafo de su pensamiento: lo sabe de memoria mi corazón y lo repite el alma... y es hoy mi consuelo....!

Pero sigamos la narración de los principales acontecimientos de aquellos días de su gravedad, que he querido copiar en mi memoria para el amigo ausente y querido. Al otro día del entendido entre los médicos Henríquez y Pereda (día 18 de Mayo si mi memoria nó me es infiel, entre los apuntes de mi *Diario* no aparece la fecha) y aquel día se recibió aviso del amigo Silveira que yá el Dr. Yacobsen había salido para el lugar de nuestra residencia. “¿Cómo será esto, dijeron Urbano y La Torre, cuando yó, dijo el primero, después de decirle que embarcara Yacobsen, dí contraorden para que no saliera, en otro telegrama? Además, ya sabían también que el Dr. Henríquez había puesto telegrama a Silveira diciendo “*El General grave, conviene venga Yacobsen*” y aparecía en el telégrafo, otro telegrama de Urbano, sin firma, donde después del de contra orden, decía: “*Venga Yacobsen*”.

Por supuesto, ésto levantó una polvareda en contra del Dr. Henríquez, el Dr. Pereda, protestó alegando que Henríquez había telegrafiado a Silveira que viniera Yacobsen sin conocimiento suyo como compañero, y nó comprendiendo cómo pudiera ser lo del telegrama con la firma de Urbano mandado por el médico sin permiso ni acuerdo de la familia, hubo quien dijera “*Ese ha sido Henríquez*”, usando epítetos insultantes. Llega Henríquez y Urbano les explica lo que hay en su contra, sobre el telegrama que pusiera á Silveira, nó niega éste haberlo puesto, y muestra la copia que tenía en los bolsillos. Era la misma de su telegrama. Dice Henríquez:

“*Conviene venga Yacobsen, lo puse cuando Uds. pusieron el suyo: “Venga Yacobsen” y como estoy por horas al habla con Silverio por telégrafo, que así me lo encarga, lo hice así sabiendo la disposición tomada por Uds. en consejo de familia, y nó enterado de su segunda disposición*”.



Naturalmente que Henríquez comprendió que se dudaba de su corrección y se le creía capaz de haber tomado la firma de Urbano para el segundo telegrama antes mencionado.¹ Aquel hombre que había demostrado exquisita ternura en su asistencia a Papá debía ser la víctima de los acontecimientos; y así mismo lo presintió el enfermo amado, exclamando en su lecho de muerte; en esos mismos días. *“Dios lo ha querido así!... de ésta no me levanto! y el pobre Carvajal (así llamaba por su segundo apellido a Henríquez) será el burro de carga!”*

Esa misma noche a las diez, por el tren, debía llegar el Dr. Yacobsen; según lo convenido a Henríquez le tocaba velar aquella noche y desde las ocho estaba en su puesto, a Pereda le tocaba recibir a Yacobsen. Urbano, Máximo y La Torre marcharon al hotel a unirse á Pereda, para ir al paradero á recibir a Yacobsen, éste alegaba que no quería aparecer con Henríquez ante Yacobsen porque le había faltado a las consideraciones debidas mandándolo á buscar sin su anuencia. Por fin lo convencieron, y pudieron lograr que este médico fuera a recibir a Yacobsen y tener una consulta con él, prometiendo Urbano y Máximo que no estaría presente Henríquez.

Eran las once de la noche, y aún no habían llegado á casa, estaban en el hotel, tratando de arreglar la manera de hacer las cosas del mejor modo para ellos. A ésa hora Papá se pone malísimo, con accesos de tos asmática, Henríquez escribía en el comedor, digo a la enfermera: *“Voy a llamar a Henríquez, quizás recete un calmante para esa tos”*. “No” contestó la enfermera, *“yo no puede obedecer para su receta, el Dr. Pereda me ha dicho que nó lo haga, que llame únicamente al Dr. La Torre”*. Mamá y todos, como siempre, rodeábamos el lecho. Un mármol frío cayó sobre mi alma con aquella respuesta, y la enfermera fué al salón en busca de La Torre á quien nó encontró –entonces yo dije: *“Ah no!... habiendo un médico, por tonterías*

1. Nota de la autora. Respecto á los dos telegramas, resultó ser la inversión de éstos lo que causaba la equivocación. Fueron los dós puestos por Urbano.



de otro, no vá a sufrir Papá y corré a llamar á Henríquez qué yá entraba en el cuarto". Al entrar le dije lo que había hecho Pereda, hizo caso omiso y se fué a ver a su enfermo, estuvo allí a su lado y le recetó, no se tomó en cuenta su receta, mientras Papá seguía mal y agitado, y Mamá y yó a su lado sufríamos con él, y Pereda, Urbano, Máximo, La Torre y Yacobsen aún no aparecían.

A las doce aparecieron Urbano y Máximo, llamaron a Henríquez y le dijeron que venía Pereda y Yacobsen a tener una consulta y que Pereda nó quería tenerla en su presencia. Aquel hombre con el sello de víctima contestó – *"Eso quiere decir que Uds. Me retiran"*. "Si", contestó Máximo. Y aquel hombre bueno y científico, después de decir a mis hermanos que así no se obraba con un médico, y que Bernardo que estudiaba medicina lo comprendería a su tiempo, y otras cosas correctas pero verdades, se levantó. Yó hablé y dije: *"Ay Dr, qué injusticias!... usted sabe cómo este acto tiene mi protesta con el alma"* "Lo sé", me dijo. *"Ud. si sabe de esto"*, y me estrechó la mano casi sollozante de pesar. Tío Manuel Calás, también lo estrechó diciéndole cuánto sentía incidente tan desagradable!... Había triunfado la miseria humana!...

A poco rato volvieron Urbano, Máximo y Pereda, La Torre y Yacobsen cuya llegada me satisfacía mucho por la fé que como á médico le tengo. Hizo á Papá un examen minucioso, tuvieron consulta Pereda y él. Cuando Yacobsen examinaba a Papá, que lo recibió con mucho agrado, nos preguntaba mucho sobre le principio de la enfermedad de Papá, por eso había criticado yó y criticaré la conducta de Pereda que siquiera debió haber esperado que pasase aquella consulta para exigir que se omitiera á Henríquez, pues éste último fué el médico de cabecera de Papá desde el primer día, y debía poder decir los detalles ó manifestaciones de la enfermedad (científicamente) mejor que lo que él mismo explicara a Yacobsen.

Después de la consulta nos llamaron a la familia para decirnos que Papá tenía una infección, y que siempre quedaría



sumamente delicado su organismo, aunque esperaban combatir el mal. Ya comprendimos con esto que Papá estaba casi desahuciado ó por completo. Pero siempre las esperanzas nos alentaban a unos y á otros. Al otro día temprano, salió para su residencia de La Habana el Dr. Jacobsen, quedando Papá con la asistencia médica de Pereda. El 20 de Mayo tuvo Papá una mejoría, también antes había tenido mejorías y volvía a recaer, así fué su enfermedad hasta el final. Pereda estuvo unos días; lo dio por salvado, recibió felicitaciones y telegramas conceptuándolo con el salvador del General Gómez.

Después lo dejó al cuidado de los médicos Guimera y Martínez y él regresó a La Habana por tener allí operados á su cuidado. Todos los días tanto los médicos que quedaron en su lugar como Urbano, le ponían al corriente del estado de Papá, que llegó á pasar días sin fiebres, esto és le faltaba un día y volvían, le faltaba otro y volvían. En esa alternativa, los médicos opinaban cambiarle de domicilio. Se fueron a ver varios lugares á ver si había uno a propósito, pero entonces, viendo que aún seguía mal, determinamos Mamá y los muchachos traerle a La Habana donde había más recursos para su asistencia. Mamá al final convenció a Papá de que mejor estaría en La Habana; él no quería salir de allí enfermo, por fin cedió y dijo: *“Bueno llévenme al Vedado”*

Aprovechando su mejoría para mudarlo salió Urbano para La Habana á buscar una Quinta con todas las condiciones higiénicas para el enfermo. Mudó Urbano a tía y la casa entera ayudado por Lupita, Encarnita, Amelia, y varios amigos más á la Quinta del Vedado. Volvió a Sgo. de Cuba acompañado del Dr. Pereda; llegaron con el tren de las diez de la noche; es decir, un tren con todas las comodidades, teníamos allí nada más para embarcar á Papá con nosotros –cedido por Silveira. Esa noche estaba Papá muy grave y vacilábamos la familia y los médicos, si podríamos embarcarlo por la mañana. La infección atacaba a los intestinos. Por la mañana estuvo mejor y nos embarcamos para La Habana el día 7 de junio a las doce.



Aquel viaje fué atroz. Se iba parando por el camino cuando pasaba aquellos descensos tan horribles. ¡Qué angustia!...

Aquella mañana del día que llegamos á La Habana, yo estaba allí á su lado y llamándome me dijo: “¡Ay hija mía!... tu padre se muere, llevas un cadáver!..” “No Papá”, le dije, “mira és que tú estás muy nervioso!”. Una lágrima resbalaba por su mejilla y yó tuve que oprimirme el corazón para nó prorrumpir en sollozos. Lo besé y nó sé cómo podíamos sostenernos. Llegamos a La Habana de doce a una del día. En aquel casón donde yá estaba tía y llena de amigos silenciosos lo llevamos á su cuarto. En silla lo bajamos del tren al coche y vestido de pantalón oscuro, saco blanco y su gorrita blanca, saludaba con ella á los amigos ¡Aquel espíritu nó se doblegó nunca!...¡La misma muerte, como que le esperaba!...

Y siguió grave Papá. Aquellas noches eran horribles, y el 13 de Junio una esperanza nos iluminó: le ayudamos a levantarse y paseó por el cuarto y el salón que habíamos hecho uno, comunicándolo de las gentes y de los demás cuartos; y quiso pasarse agarrado del brazo de Andresito que había llegado á tiempo de los E. Unidos del Norte (Pensilvania). La inflamación al hígado se notaba más floja, y el enfermo tenía mejor semblante. Dos ó tres amigos habían ido a recibir a Andrés al muelle, y cuando estuvo en la casa se quedó en el comedor, y fuimos preparando poco a poco a Papá diciéndole: “*Papá, ya Andrés llegó, y está en el muelle, yá tomó coche para acá*”, y así sucesivamente, y á cada un aviso de éstos, se sonreía como iluminado por el amor de Padre. Quiso que lo sentaran en un sillón para esperar a Andrés, y así lo abrazó conmovido. Debo consignar aquí, la junta de médicos que se hizo de los mejores científicos, en La Habana, allí en la casa del Vedado, y que teniendo la misma opinión de Pereda, médico de cabecera, declararon el caso perdido. Papá lo comprendió así. Aquél espíritu tenía la virtud de leer la conciencia en los ojos y semblantes de que se le presentaría. ¡Nadie podía engañarle!...



Vamos á explicar aquí de qué manera se aceptó por Mamá y mis hermanos la cuestión de las dos enfermeras que velaban a nuestro lado, una de ellas por la noche y otra por el día. Cuando llegó Pereda á Sgo. de Cuba, dijo á Urbano que él sabía que nosotros asistíamos a Papá, pero que se necesitaban dos enfermeras que alternaran de día y de noche por cuestiones científicas, como las inyecciones, las pulsaciones y otras cosas que surgían y necesitaban de conocimientos científicos y como éstas son mujeres recibidas por sus estudios en la materia, se hacían indispensables allí.

Lo aceptó mi familia, y tanto en Sgo. de Cuba como en El Vedado, y en el tren siempre había una de éstas señoritas, ayudándonos a asistir á Papá. Esto me lacerará siempre el alma... y no quiero que nadie lo sepa para que no levante más rencillas. Sólo sobre el corazón verdadero de un amigo puedo llorar mis pesares.² A Papá le disgustó la cuestión de las enfermeras; quizás pensó como yo, que aunque todos, día y noche estábamos atendiéndole, todo se lo hacíamos entre todos. Mamá a la cabecera, quizás pensó repito, no debían manos extrañas estar sobre su lecho. No dijo nada pero lo demostraba *“!Ay Dios mío! Cuánto me hace sufrir esto...!Si se me hubiera oído!*

Otra cosa, la ausencia del Dr. Henríquez, á quién él estimaba de verdad lo hizo sufrir, preguntaba a menudo por él, llamó á tío Manuel y le preguntó, y por último a su amigo Jaime Vidal, dominicano residente en Sgo. de Cuba á quién Papá distinguía mucho. Una vez dijo: *“O muerto o vivo yo hubiera querido con Henríquez”*. Tanto Jaime, Mamá, Tío Manuel y yo cuando hablaba del Dr. Henríquez le hablábamos evasivamente, diciéndole qu estaba con otros enfermos ocupado. ¡Ay... yo no podía, en aquellos últimos momentos de mi Padre, angustiarse más, diciéndole la injusticia cometida por los suyos con un hombre como el Dr. Henríquez, cuya asistencia con Papá fue la

2. Nota de la autora. No quiero consignar aquí su nombre.



de un hijo. Pero él lo comprendía todo. Jaime le dijo: *“No se preocupe General, usted sabe que Henríquez es su amigo siempre, trate de estar tranquilo para verlo pronto bueno y estar todos contentos”*. Una vez en El Vedado, Papá no volvió a hablar del asunto. Aquel gran corazón, antes de dejar de palpar miraba con gran ternura a las enfermeras. *“Cuidenme mucho esas muchachas”*, nos dijo, y, un día hablando conmigo me dijo: *“Si se habrán resentido conmigo?...No quiero parecer injusto”*.

Al otro día de la llegada de Andrés, Papá siguió agravándose, yá se le inflamaron los piés y la cara; la inflamación del hígado seguía su curso y muy dolorido, ya no podía casi levantarse, pero siempre pidió otra vez más, caminar por el cuarto, y sentarse junto á la ventana de rejas que daba a la parte del jardín. Y allí estuvo un rato, nosotros á su lado, como si admirara por última vez los capullos verdes de las flores de Junio que se abrían á la vida, mientras la existencia suya decaía como queriendo exaltarse en los días de perfumes y flores, en la Naturaleza hermosa, que su corazón amante de todo lo bello tanto había amado y admirado.

Lo acostamos, y yá no pudo levantarse más; y aún nó era anciano, su cuerpo estaba fuerte y hermoso, su mirada brillante y subyugadora, aún conservaba esa chispa del amor y del genio que nó muere. Aquel semblante tan hermoso, nó lo contrajo ni aún el hielo de la muerte!...Su cerebro se mantuvo siempre firme y sólo dos días antes de expirar en algunos momentos nó podía conciliar las ideas con facilidad, y la palabra por el peso de la lengua era torpe por instantes. El día antes de morir dijo: *“Vengan mis hijos todos”...Yo me muero, mucha unión”* y todos lo abrazamos; él mismo nos consolaba. ¡Que lucha interna!... Dios mío.... Nosotros le decíamos ocultando nuestras lágrimas *“No Papá, si tú estás mejor!...”* ¡Pero Ay! sabíamos ya que estaba herido de muerte!...

El día antes de morir, sentado la última vez en su sillón, dijo a sus amigos. *“Qué dichoso soy, mis hijos valen lo que pesan!...”* y se sonreía con esta sonrisa de satisfacción del que muere sin



anhelar nada más: del que muere habiéndolo hecho todo, y habiendo realizado todo lo grande anhelado!... Su compañera... sus hijos!... sus amigos!... Su Patria entera!..., todos amantes y agradecidos allí besándole, adorándole! ... Y esa noche la pasó inquieto, y nó dormía ni un momento, dos días antes de morir. Entonces yó me arrodillé ante mi Dios y mi Virgen María, y en un rincón en aquella alcoba impregnada de muerte, crucé las manos sobre el pecho, y exclamé: *“Dios mío! Virgen pura!... por última vez déjame, déjame, pero si es tu voluntad, cúmplase!... pero no me lo dejes agonizar!... que se tranquilice, que no sufra!... Piedad Dios mío!... Piedad”*. Y de allí junto a Dios me levanté más consolada: serían las seis de la tarde del día 16 de Junio.

A las dos de la madrugada, Papá empezó a dejar aquel delirio y se tranquilizó. Mis súplicas las había oído el Todo Poderoso!... Yó le dije a Lupita: *“Papá se nos muere mañana á esta hora de la madrugada”*, y lloramos abrazadas allá en el último cuarto. Era la una en punto. Al otro día por la mañana llamó a Mamá: *“No te he dicho nada”*, le dijo, y le acercó su boca a la suya y mucho mucho la besó como un loco enamorado de un alma. *“¡Adios!...”*, le dijo y agregó *“Todo lo mío es tuyo”*. Mamá le daba esperanza, lo besaba con su ternura de Santa, y lloraba sin que él lo notara. A Margarita fijándose en ella, antes le había dicho: *“Margarita, nó me olvides!...”* A Urbano, mirando que estaba triste le dijo: *“Urbano por qué estás triste?... todavía, todavía no me muero!...”*. A mí, su Clemencia, me miró con ésa mirada que nunca volveré a recibir y me dijo: *“Clemencia, Clemencia ¡Ay... mi hija!”*.

Eran las seis más cinco, y yá se entraban los amigos en la alcoba; todos rodeábamos el lecho adorado; Urbano le daba la leche, él no creía que Papá estaba próximo al último suspiro; yó sujetaba la copa; *“Otra cucharadita Papá”* decía Urbano, y le daba la leche. Yo nó sabía cómo decirle á Urbano que nó le diera más. Sí, dijo y tomó otra: *“Otra”*, dijo Urbano, y la tomó. *“No más...”* dijo Papá y se viró como el que se va a morir, y mientras



yó puse la copa en la mesa, oí un suspiro; él médico (dos, el Dr. Pereda y Ortega, eran los que asistían a Pápa), o, mejor, dicho, los dos médicos, se apresuraron, tomaron el pulso y el corazón. Yó fui tomé las velas que ya tenía preparadas y me arrodillé. La oración de Papá dije; y encendiendo la primera vela que era la que había alumbrado los restos de mi hermano Pancho en Cacalnia^{*} cuando se exumaron, empecé (todos se arrodillaron) á rezar aquella oración Santa que él, Papá, escribió para nosotros y nos enseñó en el regazo de Mamá a rezar todas las noches, cuando éramos niños y nos dormíamos con un beso suyo!... Al repetirla por segunda vez, ya el médico dijo aquella sentencia terrible, y salió sollozante: “*Ha muerto el General Gómez!...*”. Entonces, yo no sé lo que pasó... Yó besé, si besé muchos los piés de Papá, adorado que aún los sentí calientes. Pero ya Papá no me respondía, ni me oía, ni me basaba!.... ¡Yá estaba sola!... ¡Sola!... Sin mi Papá.... ¡Gracias que me queda el tesoro de mi madre!... ¡gracias Dios mío!.... gracias...

Nosotros estuvimos con Papá hasta su último momento, lo prendimos y lo besamos por última vez. Cuando expiró, quedó como dormido, una sonrías vagaba pro sus labios amorosos, y un rayo de sol, el último de la tarde se posaba en la blanca muselina de su pabellón. Eran las seis de la tarde. ¡Y el gran Astro del día acudía a la última cita de otro gran Astro que se hundía para siempre, después de haber iluminado muchas almas!...Y empezaba el perfume de las flores que velan de noche, y moría la flor que dura una alborada, y corrían muchos

* Nota del editor. El lugar en el que el campesino Pedro Pérez enterró y cuidó los trestos de Antonio Maceo y de Francisco Gómez Toro (Panchito) se llama Cacahual, en esa época perteneciente al distrito municipal de Bejucal, Santiago de Las Vegas, provincia de La Habana. Los restos de Panchito fueron exhumados el 8 de diciembre de 1899 en presencia del Generalísimo, toda su familia y numeroso público; en el rancho del campesino Pérez se velaron sus restos y en el sitio en el que reposaron se erigió un mausoleo. En el Archivo Nacional de Cuba, La Habana, hay varias fotografías del acto. Emilio Cordero Michel.



besos y muchas lágrimas sobre los restos que albergaron aquel ¡Genio!.. aquel gran Espíritu!... y aquel conjunto de amores de lágrimas, de luz, y de flores despedían por vez última un alma que sólo supo de grandezas y de amor. ¡Así murió el que me dio un alma para que pudiera llevarla digna de su memoria! Así, con la sonrisa del que se duerme después de haber cumplido con sus deberes ¡se durmió para siempre el corazón que más me amó en éste mundo!...

Guarda en tu corazón estas páginas tomadas del corazón que ha derramado lágrimas sobre ellas. La mano se abreviaba por seguir los latidos de mi cerebro y mi corazón que nó alcanzaba, y por eso los signos casi no pueden conocerse en su forma, pero tú que comprendes mi alma, también los comprenderás. Guarda mis líneas sin hablar de ellas á nadie más que á la santidad de tu hogar. Tu madre, tu Esposa, tus hijos y tu familia más cara. Si alguna vez nos encontramos, alguno de los tuyos junto á mí, lloraremos juntos sobre la loza que guarda la felicidad mayor, que supo amarme en esta vida ¡Mi Padre amado...Mi Papá....!.

¡Gracias al Cielo que me queda mi Santa Madre.... Gracias Dios mío...!.

María Clemencia Gómez Toro.

Nota: El original de esta carta, cuya ortografía se ha respetado, nos fué facilitado por el joven Federico Julio y González. Lo conserva hoy Leopoldo Cabreja Domenech. Vetilio Alfau Durán.*

* Nota. El editor también ha respetado la ortografía de esta dramática y humana carta, testimonio de los últimos días del Generalísimo, salvo fragmentar algunos largos párrafos y emplear cursivas en las citas que se mencionan en su texto. Emilio Cordero Michel.



La muerte de Máximo Gómez*

Pedro Henríquez Ureña**

El sábado 17 de junio, cuando a Santo Domingo llegaba la correspondencia informadora de la extrema gravedad del más ilustre dominicano contemporáneo que era también el más prominente de los libertadores cubanos, tocaba la enfermedad del caudillo su término fatal. Eran las seis de la tarde antes de ocultarse el sol; el Presidente Estrada Palma acababa de entrar en el cuarto del enfermo cuando éste expiró.

La noticia voló desde la quinta del Vedado hasta La Habana antigua, y se difundió con una velocidad fantástica. Antes de cerrar el crepúsculo flotaban en innumerables edificios las banderas a media asta y los cortinajes negros. En seguida y durante toda la noche, la quinta fue invadida por la más significativa y numerosa representación de la sociedad de La Habana, empezaron a recibirse centenares de telegramas de condolencia. El Ayuntamiento, el Consejo provincial y las Cámaras co-legisladoras se reunieron hacia media noche para

* Esta reseña del sepelio del generalísimo Máximo Gómez, la escribió Pedro Henríquez Ureña, cuando residía en La Habana y asistió al mismo. Fue publicada en el periódico *Listín Diario* de Santo Domingo, el 9 de agosto de 1905 y reproducida por Emilio Rodríguez Demorizi en *Papeles dominicanos de Máximo Gómez*, 1ª ed. Ciudad Trujillo, Editora Montalvo, 1954, pp. 293-297 y en la reimpresión facsimilar hecha en Santo Domingo por Editora Corripio, 1985, pp. 284-287 (Fundación Rodríguez Demorizi, Vol. XXIII).

** Uno de los más brillantes intelectuales y maestros dominicanos de América. Humanista y catedrático en varias universidades latino americanas y de los Estados Unidos de América, autor de más de medio centenar de ensayos literarios.



tomar acuerdos sobre los funerales. El Senado votó una ley según la cual se declaraban días de duelo el 18, el 19 y el 20 de junio de este año, se tributaría al cadáver del general Gómez los mismos honores que a un presidente de la República, se costearían por el Estado los funerales y el sepelio, llevarían los cuerpos armados de la República luto oficial durante nueve días, y se conducirían los restos al Cementerio de Colón el martes 20. A más acordó el Senado reunirse el miércoles 21 en sesión solemne en la cual haría el elogio fúnebre del héroe el Castelar cubano, Antonio Sánchez de Bustamante. (Elección justa, porque si el orador cubano casi insustituible para hablar ante la tumba de Máximo Gómez era Manuel Sanguily, por desgracia ausente ahora, en la sala del Senado encaja como ninguna la palabra de Sánchez Bustamante).

A las siete de la mañana del domingo 18 fue trasladado el cadáver embalsamado la noche anterior, al Palacio Presidencial. El monumental ataúd, totalmente cerrado (en cumplimiento de la voluntad del muerto), y envuelto en las banderas cubana y dominicana, se colocó en el salón rojo del Palacio: durante los tres días le hicieron guardias de honor los veteranos de la independencia y desfilaron ante él todo el pueblo de La Habana y muchos excursionistas llegados de provincias. El Palacio se colmó de ofrendas: todo los cuerpos oficiales, las agrupaciones políticas, las instituciones de todo carácter, e innumerables empresas y particulares enviaron coronas. Estas se contaban por cientos. Las había estupendas, espléndidas, algunas como la del Senado y la del Consejo Provincial, tenía dos metros de altura.

La ciudad entera estaba de luto. Estaba prohibido hacer música, y no se oía vibrar un piano, ni cantar una voz, ni sonar uno de los muchos fonógrafos de La Habana. Cada media hora, durante tres días, disparaba el cañón de la Fortaleza de la Cabaña; y cada hora tañían las campanas de los templos. Cerrados los teatros, las oficinas, los establecimientos, ofrecían las calles, llenas de colgaduras negras y banderas enlutadas un aspecto extraño con las multitudes que discurrían convergiendo



hacia el Palacio. El entierro estaba dispuesto para las tres de la tarde del martes 20 de junio. Para definir lo que fué una manifestación de duelo oficial y popular sólo cabe un adjetivo: *Colosal*.

Difícil es, aún en ciudades de mucho mayor población que tan enorme público se reúna para un acto semejante; porque no es exagerado asegurar que del cuarto de millón de habitantes que tiene La Habana sólo una ínfima parte, retraída por necesidades imperiosas, dejó de acompañar o presenciar el desfile.

Desde el medio día estaban llenas de personas las casas del trayecto marcado para el entierro. A las dos, bajo el sol tórrido había un mar humano en la plaza de armas frente al Palacio. A poco empezaron a alinearse las fuerzas; la artillería, la guardia rural, la policía municipal, los bomberos, todas en grupos numerosísimos y las bandas de música; todas las de la capital y algunas de otras ciudades.

Minutos después de la hora fijada, descendió el féretro en hombros de ocho individuos; los cuatro hijos del caudillo, Máximo, Urbano, Bernardo y Andrés Gómez y Toro y cuatro dominicanos que por concesión especialísima del gobierno de Cuba fueron elegidos para ese honor por la colonia residente en La Habana: el Encargado de Negocios, señor Pérez Román, el general Francisco Effres, el señor Francisco Carvajal y el comandante Lorenzo Despradel.

Hubo el estruendo marcial de rigor: se rindieron armas, se dispararon veinte y un cañonazos por la Fortaleza y la banda municipal tocó una pieza fúnebre. Se colocó el ataúd sobre un armón de artillería tirado por ocho mulas y partió el cortejo: delante de las fuerzas militares en el centro del cadáver seguido por los familiares y los altos funcionarios presidiendo la extensa comitiva detrás los carros de coronas y por último los bomberos.

La procesión recorrió un trayecto de cinco kilómetros y medio desde la plaza de armas hasta el Cementerio de Colón: cruzó la calle de Obispo, llegó hasta el Parque Central, se detuvo



un instante frente a la Estatua de Martí, dio un rodeo, y tomó por la calle de San Rafael hasta la calzada de Galiano, en donde la comitiva tomó coches hasta el cementerio. Fue una recorrida memorable: había trechos alfombrados de rosas; desde los atestados balcones llovían flores y palmas y laureles; y comisiones de damas, noble representación de la mujer cubana, se acercaban a regar sobre el féretro flores, muchas flores, todas las flores. El pueblo se amotinó varias veces, y a gran esfuerzo lo contuvo la policía: era que deseaba arrancar el féretro a aquel ceremonioso cortejo oficial y llevarlo él, en sus fornidos hombros, hasta la mansión del último reposo.

A las cinco y media llegó la fúnebre procesión al vasto cementerio. Allí, esparcida en la meseta vacía que se extiende ante la entrada o arremolinándose para traspasar la vigilada puerta, esperaba otra multitud, aún más abigarradamente popular que las anteriores, que se ha calculado en cuarenta mil personas. Lo enorme del público hacía lentas todas las operaciones, y hasta la seis y diez minutos no fue colocado el féretro en la bóveda que lo contendrá mientras se erija un mausoleo. No hubo discursos. Mientras descendía el ataúd, sonó el clarín del corneta José Cruz, quien había estado a las órdenes del Generalísimo en la Manigua, con el memorable toque de SILENCIO de los mambises. Un fúnebre recogimiento, en la doliente calma del crepúsculo, acongojó los espíritus; y entonces, sobre el trágico silencio vibró agudamente otro clarín, el del corneta Juan Barrenas, que también estuvo a las órdenes del Generalísimo, con el toque de la GENERALA, profundamente sugestiva, grandiosa, épica. La bóveda se cerró. La fuerza de artillería hizo una triple descarga.

Mientras los patriotas lloraban al dar el adiós supremo a Máximo Gómez, la tierra, madre y alma simbólica debía abrazarle amorosamente, porque al entrar en su regazo el héroe entraba también su vida, como parte gloriosa de las grandes evoluciones humanas, en la consagración inmortal y serena de la historia.

La Habana, 21 de junio de 1905.



La muerte del soldado.
17 de junio 1905*

Enrique Ubieta**

Máximo Gómez, el invicto caudillo de las dos guerras, servidor durante treinta y tres años de la causa de la libertad cubana, mantenedor inflexible de la indispensable y difícil disciplina de la lucha irregular; estrella fija en el mando cubano frente a la sucesión desafiante de los caudillos contrarios; consagrador de una vida entera a una causa ajena donde lo único era el éxito y la victoria, muere este día. Se apagó aquella palabra que dio la voz de mando en los combates; aquel cerebro en que cristalizó la epopeya nacional de la invasión; cayeron exánimes y dobladas aquellas manos que en 20 de mayo de 1902 izaron por sí mismas sobre los muros de la histórica Fortaleza del Morro la bandera que habían levando en Yara, en 10 de octubre de 1868, Carlos Manuel de Céspedes y sus 37 compañeros; dio su último latido aquel corazón que tanto amó a Cuba.

¡Llorad cubanos!

* De "Efemérides de la Revolución Cubana, publicada en el diario *La Discusión*. La Habana, 17 de junio de 1914, periódico que divulgó importantes documentos de la historia patria cubana. Reproducido por Emilio Rodríguez Demorizi en *Papeles dominicanos de Máximo Gómez*, 1ª ed. Ciudad Trujillo, Editora Montalvo, 1954, pp. 284-287 y en la reimpresión facsimilar hecha en Santo Domingo por Editora Corripio, 1985, pp. 284-287 (Fundación Rodríguez Demorizi, Vol. XXIII).

** Periodista cubano.



Algunos detalles sobre su muerte: el General se quejó bastante durante la noche, tosiendo con frecuencia. No obstante, en sus ratos de lucidez se mostró locuaz con sus familiares y amigos que le rodeaban, haciendo muchas veces gala de sus genialidades.

Al ser interrogado por el Doctor Pereda si tenía sueño, contestó que sí. Insistió el doctor en que debía dormir, replicando entonces el General:

—¿Cuál? ¿El sueño eterno? ¿Usted cree que yo me voy a poner tan pronto la casaca? ¡Yo soy muy duro para rendirme!

Por la madrugada, hablando con sus hijos, les decía:

—Yo no rindo la bandera; ¡todavía tengo fuerzas para luchar!

Como a la una, el General se incorporó preguntando a su hijo Urbano lo siguiente:

—¿Tú recuerdas cómo se llama aquel amigo mío, maestro de escuela, de Santo Domingo? Yo quisiera que, se hallara aquí.

Urbano le contestó:

—Ya le avisaremos cuando te pongas bueno.

A lo que replicó el General:

—Si ya estoy bueno.

Después de estos esfuerzos, volvía a apoderarse del General la inquietud y el desvelo en que pasó toda la noche. Desde las once de la mañana de este día se acentuó rápidamente la gravedad. El General iba perdiendo el conocimiento.

A las once y media se mandó a buscar al General Emilio Núñez. A esa misma hora el General estaba acostado del lado izquierdo, y sintiéndose muy grave, dijo:

—Esta no es buena posición para morir.

Y entonces varió de posición. Poco después de las cinco, los médicos cambiaron de posición al Caudillo; entonces éste, animándose súbitamente, pronunció esta frase, con acento vigoroso:



–Yo reclamo, si estoy muerto, enterradme, caballeros.

Las palabras del General pronunciadas con tono de mando y con gran entereza, impresionaron a los oyentes.

A las seis menos cuarto llegaba a la casa el señor Presidente, General Freyre de Andrade y el Ayudante Poey.

Las personas que se hallaban sentadas en el recibidor, puestas en pie, saludaron al Jefe de Estado, quien se dirigió directamente a la alcoba del egregio enfermo, acompañado del Doctor Pereda y del joven Urbano Gómez. El señor Estrada Palma se acercó en seguida al lecho del General, contemplándolo con señales de honda emoción. El Caudillo, ya agonizante, no pudo darse cuenta de la presencia de su viejo amigo.

Momentos antes de las seis, los facultativos, en su empeño heroico de alimentar hasta el extremo al querido enfermo, trataron de hacerle tomar un poco de leche. El General, ya en las últimas fatigas, rehusaba el alimento diciendo ahogadamente:

–No más, no más..

El Presidente Estrada Palma contemplaba afectadísimo, con los ojos bañados en lágrimas, la tristísima escena.

En el instante en que el Doctor Pereda insistía en que tomase un poco más de leche, el rostro del General reveló una fuerte contracción, haciendo una aspiración profunda y quedó desplomado...

Una sensación de angustia suprema se reflejaba en el rostro de los presentes, cuando el Doctor Pereda tomaba el pulso al General, para convencerse científicamente de la certeza de la gran desgracia nacional, y aplicando el oído al corazón del General, en medio de un silencio sepulcral, solamente interrumpido por los sollozos de los allí presentes, con acento solemne exclamó:

–¡El General ha muerto!

Indescriptible fue la explosión de dolor de los congregados en torno del lecho del gran Caudillo, y las escenas conmovedoras que allí se desarrollaron.



La viuda y los amantes hijos se abrazaron a los inanimados restos del gran patriota, resistiéndose a admitir la dureza de la realidad. El señor Estrada Palma, después de expresar su pésame a los familiares del General, se retiró hacia Columbia, vivamente emocionado. Eran las seis y cuarto.

El repetirse por la casa mortuoria el eco triste *¡El General ha muerto!* penetraron en la alcoba las personas que se encontraban en las otras estancias pendientes de los últimos momentos. Los teléfonos, puestos en movimiento, difundieron por la ciudad la infausta nueva y se iba llenando la casa, por momentos, de diversos elementos sociales, ansiosos de contemplar por última vez al guerrero insigne en su lecho de muerte. El cadáver del General fue envuelto en una blanca sábana, como sudario; la cara, demacrada por la prolongada dolencia, se destacaba rodeada por un pañuelo. Al mismo tiempo que se sacaban las mascarillas del héroe, se practicaron en su cadáver las medidas necesarias para conservar datos útiles a fin de perpetuar su figura en mármoles.

La altura total era: un metro 70 centímetros.

Del hombro al talón: un metro 40 centímetros.

Rótula al talón: 48 centímetros.

De la espina iliaca a la rótula: 50 centímetros.

Brazo, antebrazo y mano: 79 centímetros.

De hombro a hombro: 38 centímetros.

De la espina iliaca, de un lado a otro: 38 centímetros.

Pie: 21 centímetros.

Nota del Editor. El cadáver de Máximo Gómez no fue pesado. Sin embargo, su hijo médico, Dr. Bernardo Gómez Toro, estima que cuando su padre disfrutaba de buena salud debió pesar entre 120 y 125 libras. La altura total del Generalísimo indica que era un hombre de estatura media y su poco peso demuestra que era enjunto. Con la infección que le provocó la muerte rebajó bastante, lo que puede comprobarse observando la fotografía de su mascarilla que figura al final de esta obra. Emilio Cordero Michel



Certificado de defunción del Generalísimo Máximo Gómez*

J. Pereda**

DR. PEREDA
Cirujano
Consulado 122
Tel 1790

La Habana, 17 de junio de 1905

El Mayor General Máximo Gómez, General en Jefe que fué del Ejército Libertador Cubano durante la última guerra por nuestra Independencia (1895-1898) acaba de fallecer en este momento, seis y siete minutos de la tarde, en su domicilio calle 5ª núm. 45, Vedado, a consecuencia de piohemia¹ y en ese

* Publicado en el diario *La Discusión* de La Habana, el 17 de junio de 1914, periódico que divulgaba temas de historia patria cubana. Lo reprodujo Emilio Rodríguez Demorizi en *Papeles dominicanos de Máximo Gómez*, pp. 366-367 y en la reimpresión facsimilar hecha en Santo Domingo por la Editora Corripio en 1985.

** El Dr. J. Pereda fue el médico de última enfermedad de Máximo Gómez y por ello expidió el Certificado de defunción. Este galeno habanero tuvo divergencias con su colega dominicano Dr. Francisco Henríquez y Carvajal cuando, en Santiago de Cuba, no se pudieron poner de acuerdo con relación al tratamiento de la infección que causó la muerte del Generalísimo. Al efecto, véase lo señalado por su hija Clemencia en el relato *Últimos días de Máximo Gómez*, que figura en las páginas precedentes.

1. Notas del editor. Piohemia es una infección general del organismo provocada por la reabsorción en la sangre del pus infecto o de algunos de sus elementos. Véase Martín Alonso, *Enciclopedia del idioma*, Tomo 3. Madrid, Aguilar S. A. de Ediciones, 1958, p. 3,287. Emilio Cordero Michel.



instante en que ocurrió su muerte se encontraban presentes, además del que suscribe, el Sr. Presidente de la República, Tomás Estrada Palma; el Secretario de Gobernación, General Fernando Freyre de Andrade; Generales Bernabé Boza y Javier Vega; el Alcalde Municipal, Doctor Juan Ramón O'Farril; el Coronel Orencio Nodarse; el Capitán Tavel; el Comandante Curtis; el licenciado Cardona; los señores Presas, González, Sousa y Dr. Ortega; la señora Bernarda del Toro, esposa del General; todos sus hijos y demás familiares, así como también gran número de señoras y señoritas.

Y a petición del Coronel del Ejército Libertador señor Manuel María Coronado, Director de *La Discusión*, presente también, extendiendo este certificado a las seis y media de la tarde.

Dr. J. Pereda.



Ecós de prensa dominicana de la muerte de Máximo Gómez*

Emilio Cordero Michel

Seguido se conoció en la ciudad de Santo Domingo la gravedad de Máximo Gómez, el periódico matutino *Listín Diario* comenzó a informar a la población de su estado de salud y posterior fallecimiento. A continuación, se reproducen esas reseñas de prensa en su gran mayoría extraídas de la obra de Emilio Rodríguez Demorizi, *Papeles dominicanos de Máximo Gómez* (en lo adelante ERD, Papeles) y de la hemeroteca del Archivo General de la Nación (en lo adelante AGN).

En la mañana del día 17 de junio publicó la noticia del agravamiento de su salud en los siguientes términos.

“Máximo Gómez.

Infausta noticia nos comunica hoy nuestro servicio cablegráfico: la gravedad del esclarecido general Máximo Gómez, el ilustre compatriota que acaudilló en los campos de Cuba las huestes libertadoras de aquella tierra hermana. Elevamos al Todo-Poderoso nuestras preces por la salud del anciano caudillo, honra de su patria y gloria de América.”¹

* Extraídas, en su gran mayoría de la obra de Emilio Rodríguez Demorizi, *Papeles dominicanos de Máximo Gómez* (en lo adelante ERD, *Papeles*) y de la colección del periódico *Listín Diario* (en lo adelante LD), de la hemeroteca del Archivo General de la Nación (en lo adelante AGN).

1. LD, Año XVI, No. 4,775, p. 2. Santo Domingo, 17 de junio de 1905. AGN.



Como el Generalísimo falleció a las 6:07 p.m. de la tarde del día 17, los organismos gubernamentales empezaron a manifestar sus condolencias a los deudos a partir del día 18 y el *LD* a hacerse eco de tan luctuoso acontecimiento el día 18 con el siguiente cablegrama:

“Máximo Gómez ha expirado
(Por cable francés al *Listín*)

“La Habana, junio 17

El General Máximo Gómez ha muerto esta tarde a las 6”.

Legación Dominicana”.²

* * *

“La Muerte del Gral. Gómez
Manifestaciones oficiales de duelo.

Ayer a las 1 del día recibió el Encargado de Negocios y Cónsul General de Cuba en esta capital, señor Giraudy, un cablegrama del Secretario de Estado y Justicia de aquella República en que le comunicaba la triste nueva de haber fallecido en La Habana el invicto general Máximo Gómez, jefe que fué del ejército libertador cubano.

Momentos después recibió el Vicepresidente Cáceres otro cablegrama, sucrito por el joven Urbano Gómez, hijo del esclarcido Libertador, en el mismo sentido de aquél.

En seguida el Vicepresidente Cáceres expidió estos cablegramas al Presidente de la República y al hijo del prócer fallecido:

2. *LD*, Año XVI, No. 4,776, p. 1. Santo Domingo, 18 de junio de 1905.
ERD, *Papeles*, p. 289-290.



Santo Domingo, junio 18, 1905

Presidente República Cubana,
Habana.

Gobierno y pueblo dominicanos expresan profundo sentimiento dolor motivo muerte invicto general Gómez.

Vicepresidente funciones Presidente,

Vicepresidente Cáceres.

Santo Domingo, junio 18, 1905

Urbano Gómez,
Habana.

Gobierno y pueblo dominicanos comparten justo dolor.
Transmítalo familia.

Vicepresidente Cáceres”.³

* * *

“El Ministro de Relaciones Exteriores dirigió ayer también al Encargado de Negocios de la República en La Habana estos dos cablegramas:

Santo Domingo, junio 18, 1905

Legación Dominicana,
Habana.

Nombre Gobierno rinda visita duelo familia Gómez.

Sánchez”.⁴

3. LD, Año XVI, No. 4,777, p. 1. Santo Domingo, 19 de junio de 1905. *AGN y ERD, Papeles*, p. 288.

4. LD, Año XVI, No. 4,777, p. 2. Santo Domingo, 19 de junio de 1905. *AGN y ERD, Papeles*, p. 289. El Sánchez que firma estos cablegramas era Juan Francisco Sánchez de Peña (Papi), hijo del patricio Francisco del Rosario Sánchez y Ministro de Relaciones Exteriores del gobierno de Carlos Morales Languasco.



“Santo Domingo, junio 18, 1905

Legación Dominicana,
Habana.

Ofrende corona nombre Gobierno tumba Gral. Gómez.

Sánchez”.⁵

“El Ministro de Correos y Telégrafos, Señor Pichardo,⁶ ha transmitido ayer y hoy la infausta noticia a toda la República. Entre los telegramas en contestación recibió hoy éste:

Baní, junio 19, 1905.

Ministro Bernardo Pichardo,
Santo Domingo.

Manifestaciones condolencia pueblo, pérdida hijo ilustre Gómez. Ayuntamiento decreta tres días de duelo local. Prepáranse ofrendas y actos públicos.

Presidente Ayuntamiento Herrera”.⁷

* * *

“El Presidente Morales, actualmente en el Sur, tan pronto se le comunicó la muerte del General Gómez, expidió un telegrama en que expresaba el dolor causádole por la noticia.

5. *LD*, Año XVI, No. 4,777, p. 2. Santo Domingo, 19 de junio de 1905
AGN.

6. Era Bernardo Pichardo, literato y político, autor del *Resumen de Historia Patria*, obra que fue el único texto de historia que se utilizaba en la educación secundaria durante la tiranía de Trujillo, que influyó mucho en la desinformación de la juventud dominicana.

7. *LD*, Año XVI, No. 4,777, p. 2. Santo Domingo, 19 de junio de 1905
AGN y *ERD*, *Papeles*, p. 289.



Hoy fue trasmitida ésta al Congreso, por oficio del Ministro de lo Interior.

En todos los edificios públicos del Estado, la Provincia y el Municipio flota a media asta el pabellón nacional”.⁸

* * *

“De Duelo

El *Listín Diario* enluta hoy sus columnas en homenaje de duelo á la memoria del invicto general Máximo Gómez y presenta sus muy sentidos votos de condolencia á la familia del ilustre prócer, quien siempre dió muestras de alta estima y consideración á este periódico y á sus hombres”.⁹

* * *

“Duelo Local. (Por cablegrama)

Baní, junio 19, 1905.

Listín,
Santo Domingo.

Desde ayer se están sucediendo grandes demostraciones de duelo con motivo de la nunca bien llorada muerte de nuestro ilustre compueblano el General Máximo Gómez. El Ayuntamiento está recibiendo telegramas de condolencia de todas partes de la República. Se han decretado tres días de duelo local. Esta tarde se llevará a efecto una peregrinación a la casa donde nació el inmortal banilejo, Libertador de un pueblo hermano, y donde se deslizaron su infancia y juventud.

Corresponsal”.¹⁰

8. *Ibidem*.

9. *LD*, Año XVI, No. 4,777, p. 3. Santo Domingo, 19 de junio de 1905 *AGN*.

10. *LD*, Año XVI, No. 4,777, p. 3. Santo Domingo, 19 de junio de 1905 *AGN* y *ERD*, *Papeles*, p. 290.



“Máximo Gómez

Máximo Gómez ha muerto.

El Caudillo, el héroe, el gran ciudadano de la América, el dominicano egregio, el Libertador cubano ha finado su vida en La Habana: su vida era un sol de gloria que iluminaba al mundo.

Este creador de una patria americana, dominicano de origen, cubano de nación, pertenecía por la grandeza de su obra a la Humanidad, era ciudadano de todos los países libres y héroe cuyas proezas escritas están en el corazón de todos los pueblos esclavos.

Cuando cerradas fueron las puertas del templo de Jano, su espada, la última espada esgrimida victoriosamente por un ideal libertador, no abrumó con pesadumbre angustiosa el espíritu del pueblo que redimió la fuerza de su genio; sino que continuó guiándolo como antes a la victoria, a la paz y a la prosperidad actuales. Fué en los días de la guerra, por la grandeza del esfuerzo, por la realidad de la obra, émulo de San Martín y de Bolívar y él, que hizo brillar de nuevo en el cielo de la América el sol de Chacabuco, Maipú, Junín y Ayacucho, vivió libre de ambiciones y alejó de sí la copa amarga del poder que Washington había apurado.

Durante los cuarenta o más días de su enfermedad, de rodillas en derredor de su lecho ha permanecido el pueblo de Cuba, haciendo preces por la existencia del Padre de la Patria, fortaleciendo con su amor aquella extraordinaria naturaleza que los mil peligros y las inúmeras penalidades de catorce años de guerra, parecían haber hecho eterna. Ninguna voz ha roto la armonía de esas plegarias que han terminado en un sollozo. *La Discusión*, de La Habana, fiel intérprete del sentimiento cubano, escribía días antes de su muerte, cuando la sentencia hirió todos los corazones: “*Máximo Gómez, moribundo, es algo así como la bandera proscripta y anulada para siempre. Todos, aún los más fríos, sentimos que se nos va con él toda una página, hasta*



ahora conservada, de la historia de Cuba. Y en cada hogar se experimenta sensación de la muerte de un padre”.

El sol de su carrera ilumina hoy rostros tristes, rostros sorprendidos: no debía morir, su cuerpo parecía eterno como su obra. Cuba pierde su prestigio único, la voz que todos escuchaban, el buen viejo que le volvía el juicio en los raros instantes de locura; el mundo que le dió su admiración, al vencedor de las Guásimas y Palo Seco, Coliseo y Mal Tiempo; al estratega insigne de La Reforma y la Invasión a Occidente; y España misma, que no le mira ahora frente a sus tercios heroicos, admira en él uno de los más bellos tipos de la raza cuyo temple y hazañas rememoran las de aquellos capitanes que le dieron un día el dominio del mundo.

Cuba y Santo Domingo unidos estuvieron siempre en el amoroso regazo de su corazón; unidos deben estar hoy derramando lágrimas en su tumba. Cuba le habrá de contemplar siempre, en la cima de la epopeya, erguido sobre su caballo blanco, brillando al sol antillano el machete libertador, conducir su pueblo a la victoria abriendo generoso el amplio camino de la paz y prosperidad actuales.

Santo Domingo habrá de escuchar siempre su sincera voz cuando en enero último, nos dijo una vez más, lo que siempre proclamó, que era dominicano, porque nunca había olvidado el color de nuestro cielo, el agua de nuestros ríos y el eco de nuestras montañas”.¹¹

* * *

“Máximo Gómez

¡Allá, en Cuba heroica, ha muerto un dominicano ilustre, un viejo venerable, un apóstol de las libertades antillanas!

11. LD, Año XVI, No. 4,777, p. 2. Santo Domingo, 19 de junio de 1905.
AGN y ERD, *Papeles*, p. 290-292.



Su nombre, inmortalizado por sus proezas legendarias, perdurará al través de las edades.

Fué uno de los más notables de esa legión de campeones impertérritos, que abandonaron predios y hogares por las maniguas, en donde juraron lidiar *ab imo pertore*, hasta conquistar la consecución de la Independencia de Cuba.

¡Que grande es ser libertador de pueblos en estas épocas menguadas! ¡Y, a él le cupo esas grandezas!

¡Héroe insigne y civilista egregio!

La posteridad evocará su nombre y elogiará con unción su memoria, como aún se evoca el nombre de Bolívar y se elogia la memoria de Páez y Santander.

Máximo Gómez, ya no era digno de vivir en estas épocas luctuosas, en que se rinde férvida adoración á todo trasgresor de los principios y á todo tráfuga del ideal.

Casi todos sus compañeros en el ideal de redención, han muerto; unos en la celada aleve, como José Martí, Maceo, Crombet, &; otros obedeciendo á los fallos de la eternidad como Hostos, Betances, Baldorioti, &.

Los redentores de pueblos se van en alas de la Muerte.

La América Latina siente entenebrecimientos de enagenada y contorciones dolorosas de agonía y es porque ya no quedan más que los protervos. ¡Los grandes hombres se han ido!

Máximo Gómez, como ellos, ya no podía en estas etapas de lobreuses sombrías, en que cada sol que nace prende albas rojas en el otro y cada sol que muere diseña arabescos sombríos y sangrientos con los desmayos de su luz agonizante.

Cuba, agradecida del Héroe-Magno que mil veces expuso su vida por la conquista de su autonomía, debe regar con lágrimas sentidas, amargas, dolorosas, los rosales que esmalten su sepulcro.



Baní, su pueblo natal y amado y á quien un día él ofreció sus restos, como una ofrenda a su nativo valle, no le es fácil regar con sus lágrimas, esa fosa que está lejos, pero deplorará amargamente la fugaz desaparición de uno de los más grandes de sus hijos.

Máximo Gómez, F. G. Billini y Nicolás Heredia constituyen una famosa *trimurti* banileja, que no atinó á saber por qué todos han muerto lejos de la nativa Villa.

¡Arcanos del destino!...

A veces pienso: ¿Acaso ellos como Scipión exclamaron: ¡No poseerás mis huesos!?!...

El porvenir avanza *leggero*: y él lo dirá.

Y, en mis labios tiembla una plegaria por el Apóstol insigne, que por desventura o por ventura cierta, acaba de morir en Cuba redimida, en pleno invierno de su vida.

Sunt lacrima rerum.

Francisco Xavier del Castillo Márquez.”¹²

* * *

“Las exequias de Máximo Gómez, Junio 20, 1905.
(Por cablegrama)

Una muchedumbre inmensa ha asistido hoy a las exequias del mayor general Máximo Gómez”.¹³

12. *LD*, Año XVI, No. 4,778, p. 1. Santo Domingo, 20 de junio de 1905.
AGN. Francisco Xavier del Castillo Márquez, de Baní, fue un notable literato autodidacta de su pueblo. Visitó Cuba en 1905 y publicó el opúsculo *Bajo otros cielos* en Madrid, en 1907.

13. *LD*, Año XVI, No. 4,779, p. 2. Santo Domingo, 21 de junio de 1905.
AGN.

“Las exequias de Máximo Gómez.

La Habana, 21 de junio de 1905.

Anteayer recibió el Ministro de Relaciones Exteriores el siguiente cablegrama que le dirigió el encargado de negocios de la República en La Habana:

Ministro Exterior,
Santo Domingo.

Excepcional entierro ayer. Imponente manifestación gratitud cubana, ocupamos lugar preferente.

Legación”.¹⁴



14. *LD*, Año XVI, No. 4,780, p. 2. Santo Domingo, 230 de junio de 1905.
AGN.

Breve iconografía de Máximo Gómez

Emilio Cordero Michel

En el año 1985 asistí en La Habana a un evento histórico de nivel internacional y, junto al amigo José Chez Checo -entonces director del Museo Nacional de Historia y Geografía y ambos miembros directivos de la Comisión Pro Museo Máximo Gómez- pasamos un par de días en el Archivo Nacional de Cuba viendo y seleccionando las centenares de fotografías del Generalísimo allí depositadas para reproducir las que consideráramos se podrían publicar con cierta nitidez.

Nos permitieron llevarlas al pie de una gran ventana por la que entraba bastante luz natural y allí José, sobre una cartulina gris, las colocaba para que yo las fotografiara con mi cámara Canon A-1, usando un lente macro de la misma marca, LD de 50 mm., 1:3.5.

Saqué varias decenas de fotografías porque aspiraba a que, por ser 1986 el año en que se conmemoraría el sesquicentenario del natalicio de Gómez, podría editar una gran iconografía suya, con el señalamiento del lugar, la fecha y una reseña del momento histórico en que se hizo. De regreso al país, trabajé bastante preparando la obra que, desgraciadamente, no encontré patrocinador porque al apeteer editarla con ciertas características que consideraba y aún considero la convertirían en algo muy especial, su costo era algo elevado para la época.

Por esa razón, ha permanecido inédita y lo seguirá estando si no se publica como es mi pretensión, porque es una especie de



obsesión que tengo con ella. No obstante, para esta ocasión, le he extraído 25 fotos: la de la portada, cuatro que figuran dentro del texto y las veinte que aparecen en esta pequeña iconografía.

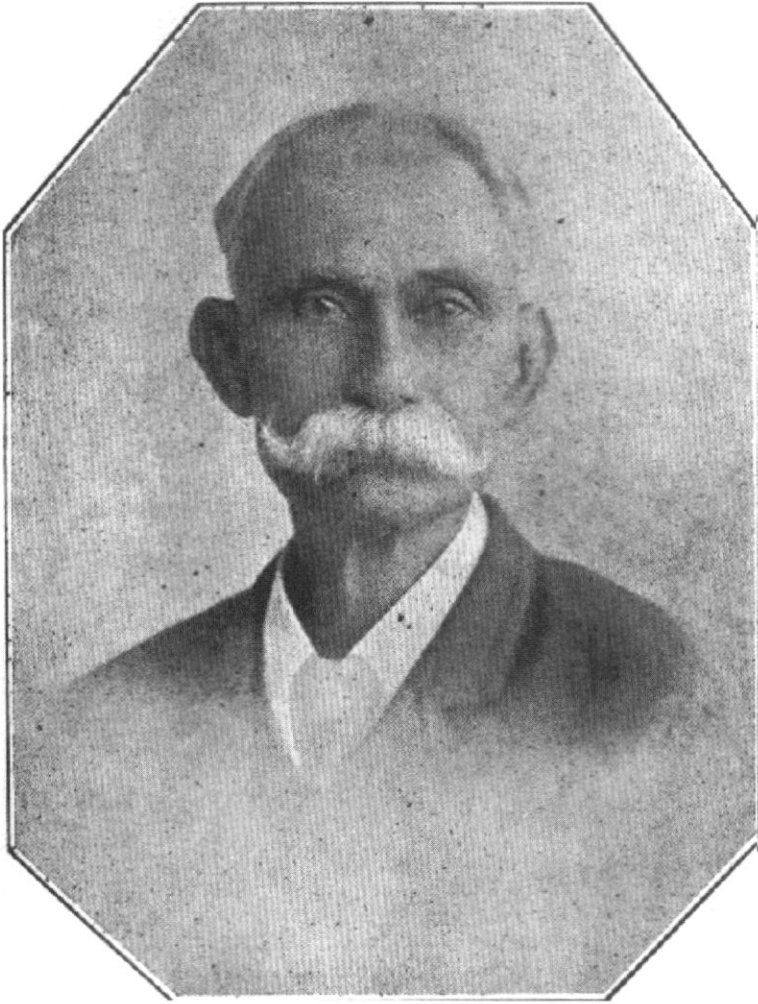
A estas fotografías no les he incluido las amplias explicaciones históricas de la obra inédita, sino que simplemente me he limitado a indicar, muy brevemente, el lugar, fecha y ocasión en que fueron tomadas, el fotógrafo y la fuente.



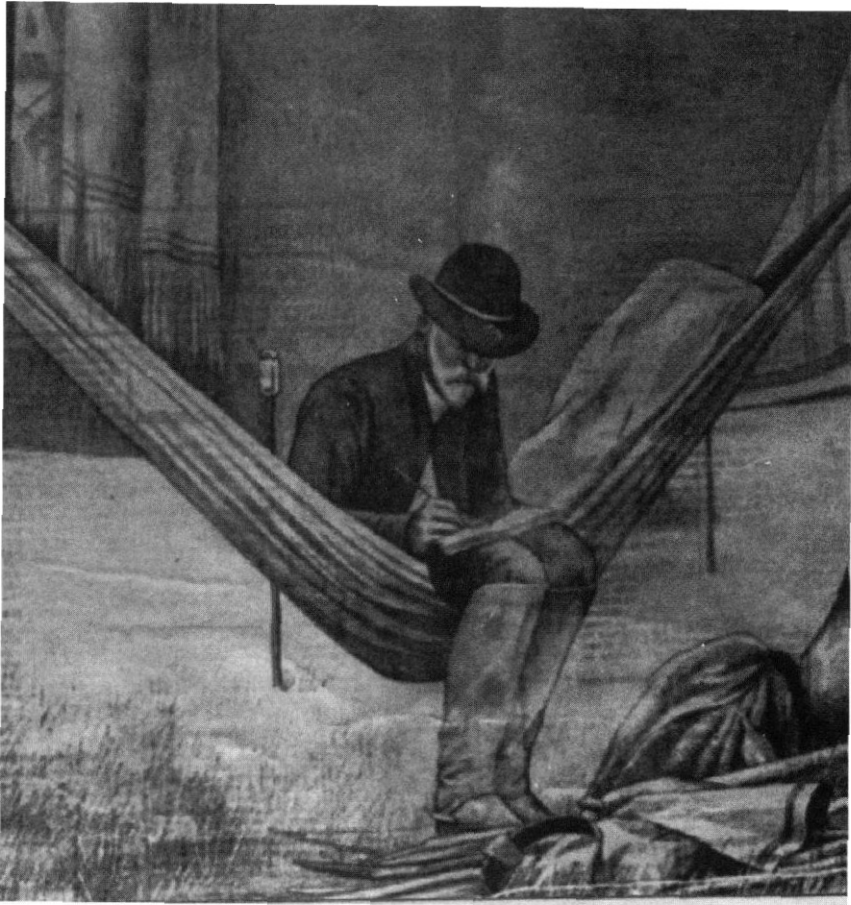


Máximo Gómez, a los 43 años, en Kingston, Jamaica, a finales de noviembre de 1979, cuando acababa de regresar de Tegucigalpa, Honduras para visitar a su esposa e hijos que se habían quedado allí mientras él entrenaba al ejército hondureño. Fotografía de Ernest Bavastro.

Fuente: *Archivo Nacional de Cuba*. Fototeca, Caja 13, Sobre 229, Registro N° 625.



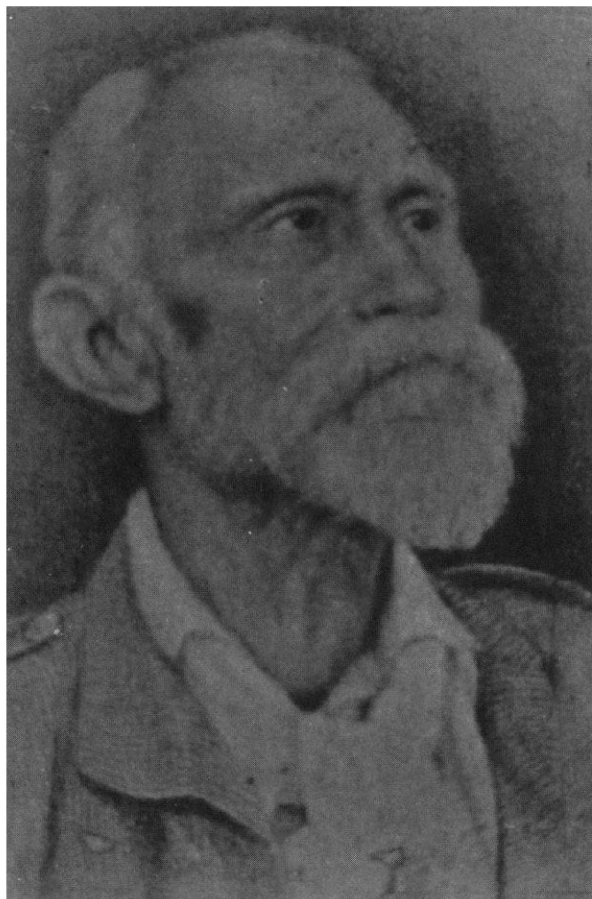
Máximo Gómez en New York, en abril de 1894, con 57 años, cuando fue a esa ciudad a organizar con José Martí el Plan de Fernandina que fracasó a comienzos de febrero de 1895. Fotografía de Moreno López.



Máximo Gómez en el Campamento La Reforma, Camagüey, con 60 años, en mayo de 1897, escribiendo sentado en su hamaca. Esta fotografía del corresponsal del periódico *New York Herald*, Thomas Robinson Dawley, se hizo famosa por la publicidad que le dio la prensa española al publicarla con un pie lleno de insultos al Generalísimo.

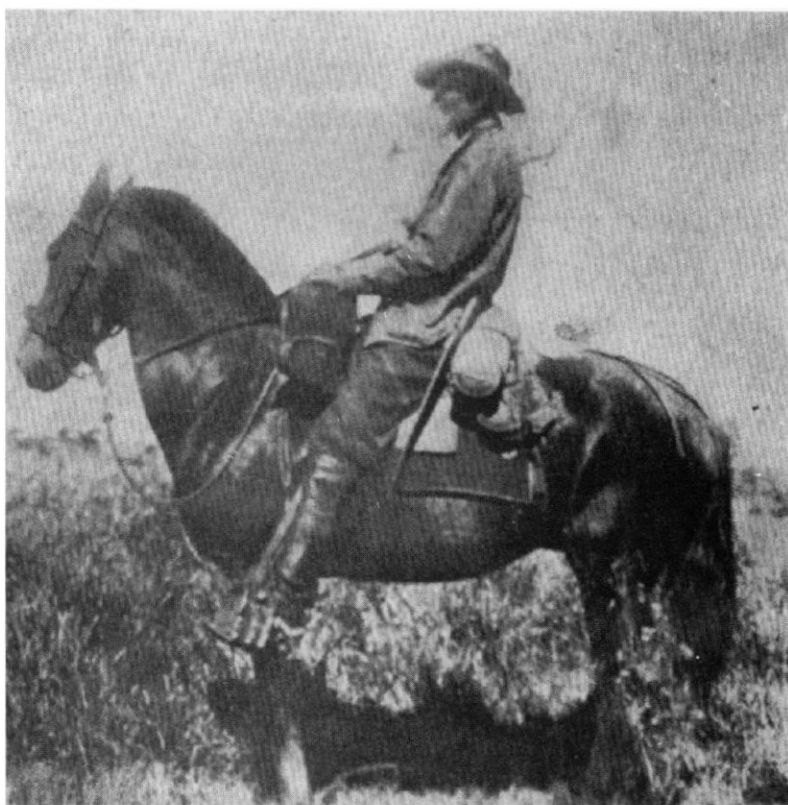
Fuente: *Semanario Ilustrado*, Año III, Nº 108. Madrid, 11 de julio de 1897. En *Biblioteca Nacional José Martí*. Hemeroteca., La Habana.





Máximo Gómez en el Campamento de la Demajagua, Sancti Spiritus, Las Villas, a finales de 1897 (posiblemente entre los días 22 y 26 de diciembre). La fotografía fue tomada por el corresponsal Silvester Scovell del periódico *New York Herald*, amigo del Generalísimo, a quien lo acompañó en el inicio de la Invasión a Occidente, a finales de diciembre de 1895, le hizo varias entrevistas y le tomo fotos.

Fuente: *Archivo Nacional de Cuba*. Fototeca, Caja 13, Sobre 225, Registro N° 613. a.



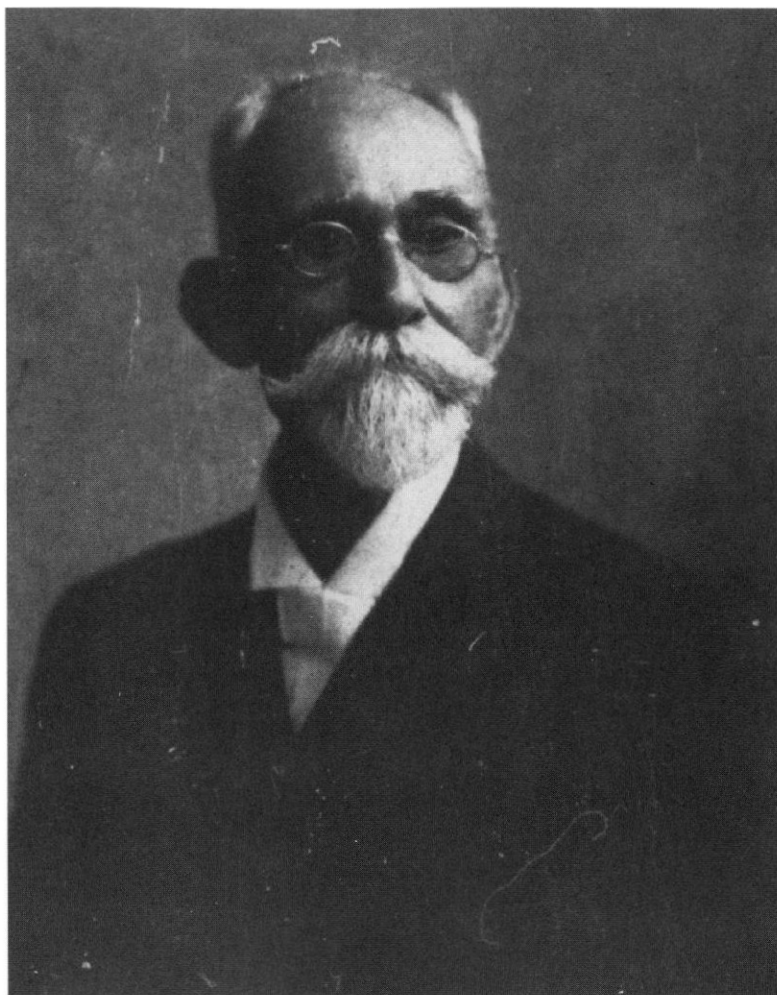
Máximo Gómez en el caballo zaíno “Noble” que perteneció al general José Maceo y que tras su gloriosa muerte pasó a sus manos. El Generalísimo hizo su entrada triunfal a la Habana, el 24 de febrero de 1899, montando este corcel que, luego, se lo obsequió al general Bernabé Boza, jefe de su Escolta y Estado Mayor. La fotografía fue tomada por el corresponsal del *New York Herald* Silvester Scovell, a finales de 1897 en el Campamento La Reforma, Sancti Spíritus, Las Villas.

Fuente: *Archivo Nacional de Cuba*. Fototeca. Caja 14, Sobre 232, Registro N ° 660.



Máximo Gómez a los pocos días de su entrada a La Habana al frente del Ejército Libertador. La fotografía es un detalle ampliado de la que le tomó Cohner junto a los jefes y oficiales de su Estado Mayor.

Fuente: *Archivo Nacional de Cuba. Fototeca. Caja °4, Sobre 238, Registro N° 676.*



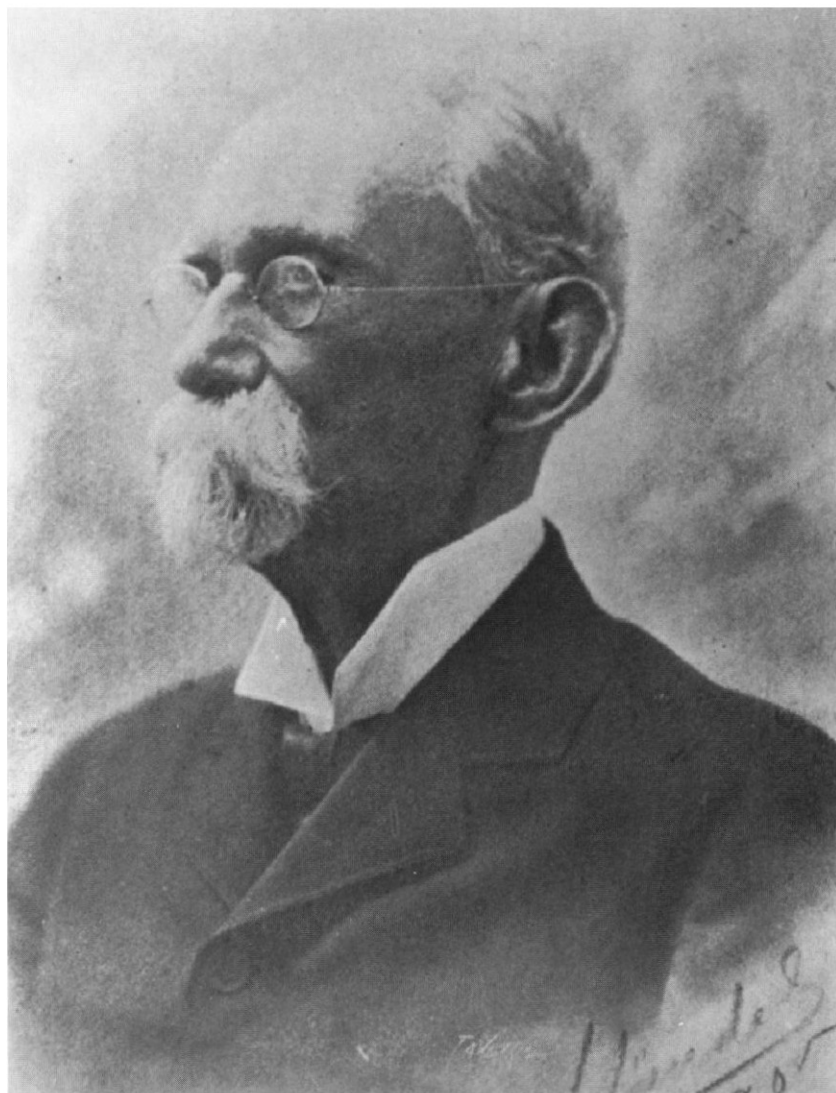
El Generalísimo en La Habana, en octubre de 1901. Fotografía de N.E. Maceo y Hno. que sirvió de modelo al óleo del pintor Federico Martínez que se exhibe en el Museo de la Ciudad de La Habana.

Fuente: *Archivo Nacional de Cuba*. Fototeca, Caja 13, Sobre 225, Registro N° 617.



El Generalísimo con su esposa Bernarda Toro Pelegrín (*Manana*) y los hijos de ambos, en La Habana, en noviembre de 1904, en el patio de su casa de Galeano 45, El Vedado. De izquierda a derecha: María Clemencia, Máximo, Bernardo, Urbano, Andrés y Margarita. Fotografía de Kart L. Handel.

Fuente: *Archivo Nacional de Cuba*. Fototeca, Caja 14, Sobre 240, Registro N° 685.



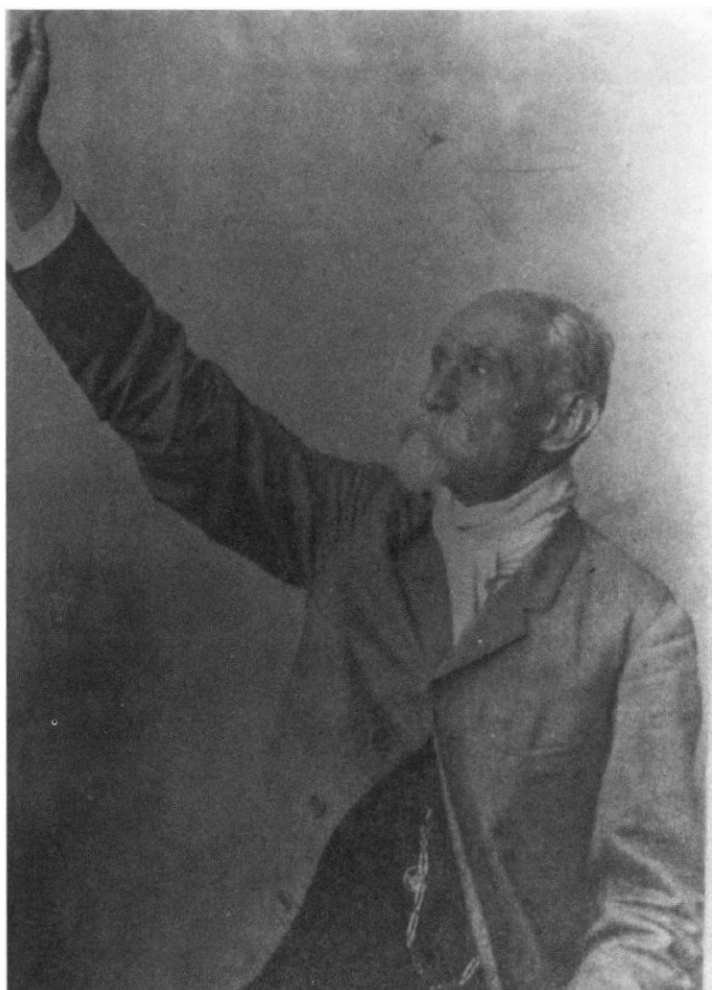
Máximo Gómez en La Habana, a inicios de 1905, año de su fallecimiento, con 68 años de edad. Fotografía de Karl L. Handel.

Fuente: *Archivo Nacional de Cuba*. Fototeca, Caja 13, Sobre 225, Registro N° 615.



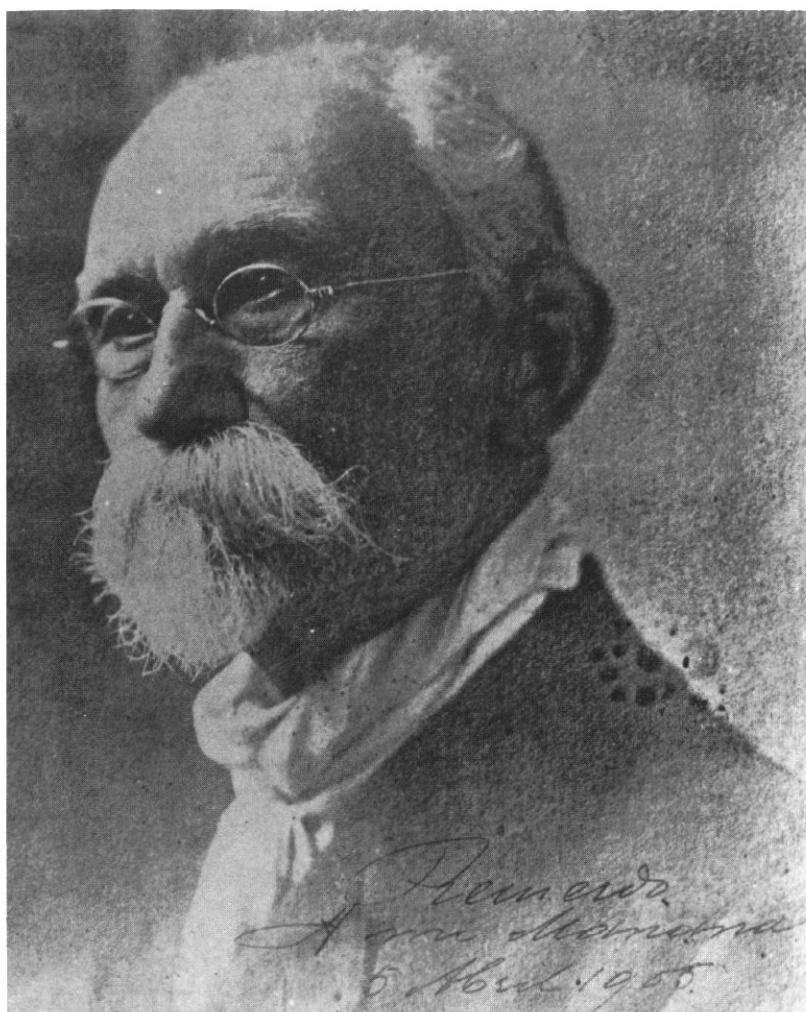
Máximo Gómez en el patio de su casa en febrero de 1905. Retrato de un fotógrafo norteamericano de apellido Gutiérrez.

Fuente: Gobierno de Cuba. *Concurso Internacional para la Erección de un Monumento a la Memoria del Mayor General del Ejército Libertador Generalísimo Máximo Gómez y Báez*. La Habana, Imp. De P. Fernández y Cía., 1917.



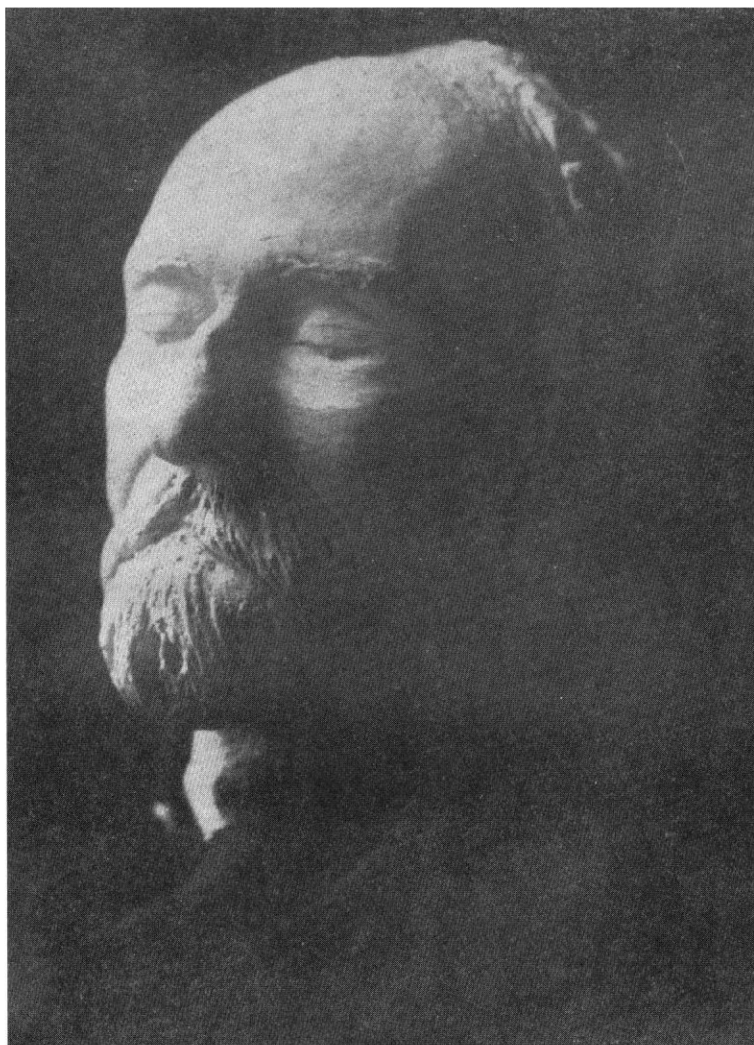
Penúltimo retrato de Máximo Gómez, de finales de febrero de 1905, posando en La Habana para el óleo del pintor Feliciano Ibáñez “Batalla de Mal Tiempo”. Fotografía de S. A. Cohén.

Fuente: *Archivo Nacional de Cuba*. Fototeca, Caja 13, Sobre 25, Registro N° 610.



Último retrato de Máximo Gómez, tomado en su casa a mediados de abril de 1905 por un fotógrafo norteamericano cuyo nombre no he podido averiguar.

Fuente: *Archivo Nacional de Cuba*. Fototeca, Caja 13, Sobre 225, Registro N° 616.



Mascarilla de Máximo Gómez hecha dos horas después de su muerte por el artista Aurelio Melero (Padre). Existen otras 4 fotografías tomadas desde diferentes ángulos, pero consideré que la que se muestra es la mejor.

Fuente: *Archivo Nacional de Cuba*. Fototeca, Caja 14, Sobre 233, Registro N° 666.



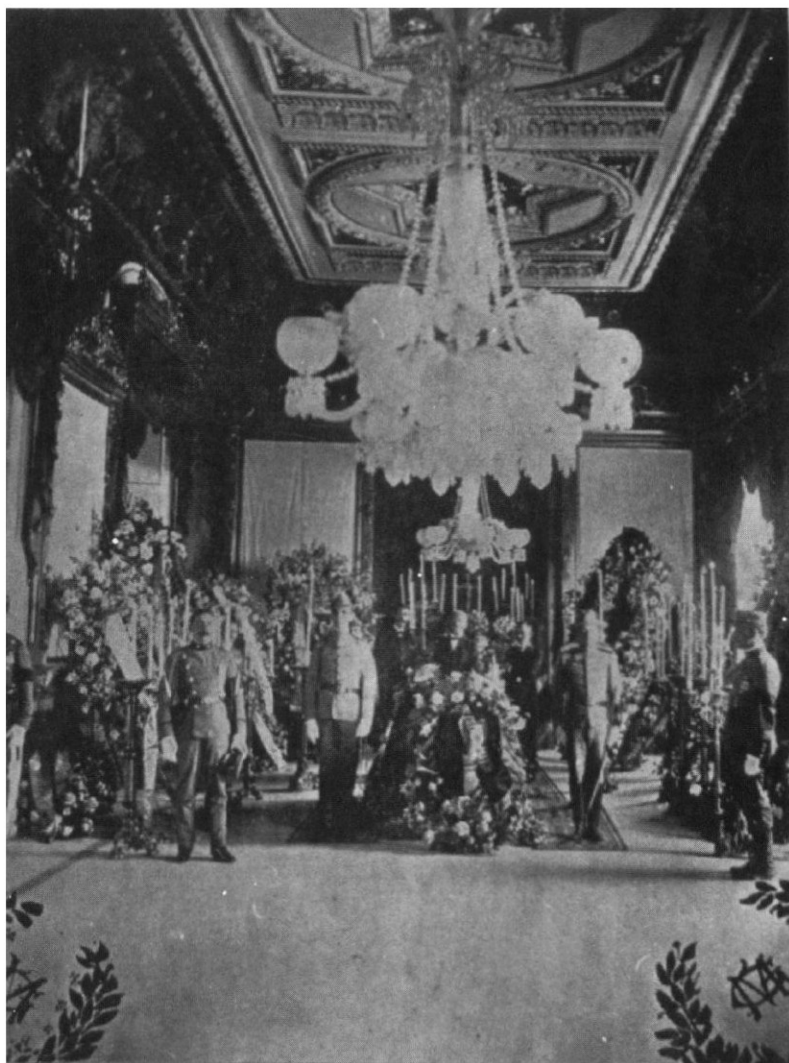
Sepelio de Máximo Gómez, La Habana, 20 de junio de 1905. Salida del féretro de la casa mortuoria de Galiano 45, El Vedado, para ser llevado al Palacio Presidencial (antiguo Palacio de los Capitanes Generales) para rendirle homenaje en Capilla Ardiente. Fotografía de Santa Coloma.

Fuente: Periódico *El Figaro*, Año XXI, N° 26, 25 de junio de 1905. En *Biblioteca Nacional José Martí*. Hemeroteca. La Habana.



Sepelio de Máximo Gómez., La Habana, 20 de junio de 1905. El cadáver del Generalísimo en Capilla Ardiente en el Salón Rojo del Palacio Presidencial. En el primer plano haciendo guardia de honor se distinguen, a la izquierda, el dominicano y asistente del Generalísimo comandante Lorenzo Despradel (*Muley*) y , a la derecha, el general Bernabé Boza, jefe de su Escolta y Estado Mayor. No se identifica al fotógrafo.

Fuente: *Revista Cuba y América*, Año XIX, N° 13, La Habana, 25 de junio de 1905. En *Biblioteca Nacional José Martí*. Hemeroteca, La Habana.



Sepelio de Máximo Gómez, La Habana, 20 de junio de 1905. El cadáver del Generalísimo en Capilla Ardiente en el Salón Rojo del Palacio Presidencial. Fotografía de Belain.

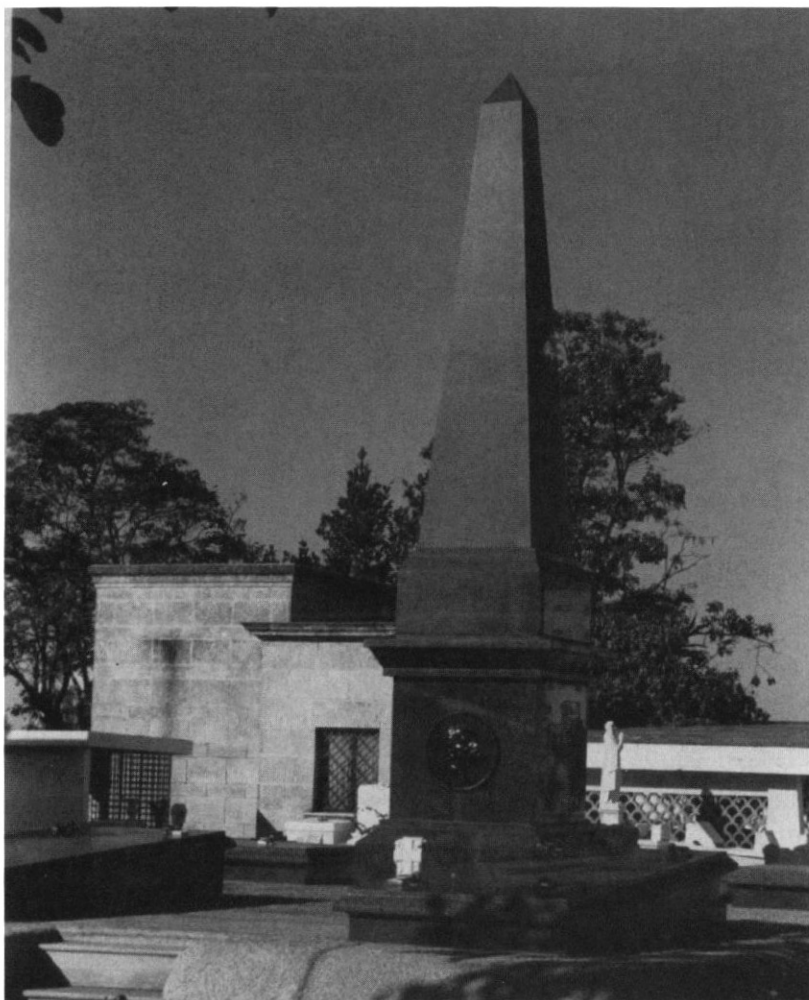
Fuente: Periódico *El Figaro*, Año XXI, N° 26, 25 de junio de 1905. En *Biblioteca Nacional José Martí*. Hemeroteca, La Habana.



Sepelio de Máximo Gómez, La Habana, 20 de junio de 1905. Paso del sarcófago frente al teatro “Albisu”. Se distingue detrás del armón al comandante Lorenzo Despradel (*Muley*). No se identifica al fotógrafo.

Fuente: Revista *Cuba y América*, Año XIX, N° 13. La Habana, 25 de junio de 1905. En *Biblioteca Nacional José Martí*. Hemeroteca, La Habana.





Mausoleo que guarda los restos mortales de Máximo Gómez en el Cementerio Colón, de La Habana, al que fueron trasladados cuando se concluyó su construcción, el 17 de junio de 1910.

Fuente: Fotografía tomada por Emilio Cordero Michel, en noviembre de 1985.



Imponente estatua ecuestre de Máximo Gómez de bronce sobre un pedestal de mármol en el Malecón de La Habana, obra ganadora de un concurso internacional, del escultor italiano Domenico Boni, inaugurada el 18 de noviembre de 1935 al cumplirse 99 años del natalicio del Generalísimo para las celebraciones que se hicieron el siguiente año, fecha del centenario de su nacimiento.

Fuente: Fotografía tomada por Emilio Cordero Michel, en noviembre de 1985.



Estatua ecuestre del Generalísimo en bronce, erigida en la Academia Militar Máximo Gómez, de La Habana. Este hermoso monumento, del escultor cubano José de Larra, fue inaugurado el 18 de noviembre de 1986, al cumplirse el sesquicentenario de su natalicio, en un acto en el que hicieron uso de la palabra los comandantes revolucionarios Raúl Castro Ruz y Juan Almeida Bosque, al que asistí como invitado del Gobierno Cubano junto a una amplia delegación dominicana.

Fuente: Fotografía tomada por Emilio Cordero Michel, el 18 de noviembre de 1986.





Esta edición de
MAXIMO GOMEZ
A CIEN AÑOS DE SU FALLECIMIENTO,
se terminó de imprimir en mayo de 2005,
en los talleres gráficos de Editora Búho.
Santo Domingo, República Dominicana.

